

LILY PEROZO
LINA PEROZO ALTAMAR



Quédate

VOLUMEN 5





Quédate VOLUMEN 5

LILY PEROZO
LINA PEROZO ALTAMAR

Copyright © 2020 Lily Perozo y Lina Perozo Altamar

Todos los derechos reservados.

Diseño de portada por: Tania Gialluca

Primera Edición: febrero de 2020.

ASIN: B084F19FCW

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sin permiso previo de la titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Contenido

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Nota de autoras:](#)

[«Ven y descifra de mi corazón tanta confusión.»](#)

[«Sirena y duende jugando en ríos revueltos.»](#)

[«El milagro anhelado por fin se ha consumado.»](#)

[«¿Cómo le cobro al destino las vidas que no estuve contigo?»](#)

[«Si tú presentías que hasta mí llegarías, quédate eternamente...»](#)

[«Presiento que traes tanto para aprender, que quisieras si quieres, enseñarte también»](#)

[Nota de autoras:](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[No dejes de leer la continuación de esta historia en:](#)



Dedicatoria

Seguimos dedicando esta historia a nuestro hermano

Omar, pues sin él nunca nos hubiésemos animado a escribir y Quédate hoy no sería una realidad.

A nuestras hermanas de la casa rosada, quienes fueron las primeras en leer esta historia, gracias por animarnos a publicarla, este es un sueño de todas que hoy se hace realidad.

Con cariño.

Lily y Lina Perozo Altamar



Agradecimientos

A Dios por este hermoso regalo que nos ha dado, por hacer que podamos transmitir emociones a través de las letras. A nuestra familia y amigos que siempre nos apoyan, que creen en lo que hacemos y se sienten orgullosos, los queremos muchísimo.

Tania muchas gracias por estar allí siempre dispuesta a ayudarnos, por tu creatividad, tu paciencia y tu amistad. También a mi Jess que aún lejos de este proceso, sigues siendo parte de cada historia. Las queremos.

Andrea Herrera por darle un aspecto más profesional y cuidar de los detalles de este volumen. Ha sido un placer trabajar contigo.

A las chicas del grupo Hermanas Perozo que siguen semana tras semana los capítulos que les voy publicando, gracias por vivir esta aventura junto a nosotras.

A las chicas del equipo de preventa, que como siempre hacen una labor extraordinaria: Andrea, Dayana, Danitza, Sandris, Evelin, Fátima, Lizeth, Fernanda, Gri y

Jessica muchas gracias por todo.

A todas las chicas que se animaron a participar en la cuenta regresiva con sus artes, gracias por compartir sus talentos con esta historia, nos hicieron sentir halagadas y felices.

Y, por último, para nuestras queridas lectoras, quienes una vez más se dejan cautivar por nuestras historias, esperamos que “Quédate” las conquiste y las haga vivir muchas emociones, se les quiere con el corazón.

Lily y Lina Perozo Altamar.



*En el destino estaba,
que fueras para mi...
Y nadie le apostaba,
a que yo fuera tan feliz
Pero cupido se apiadó de mi*

Reyli Barba

Capítulo 1

Fabrizio estaba a punto de pagar el pasaje cuando una fuerte brisa elevó el periódico que reposaba sobre el mostrador, salió corriendo y logró alcanzarlo, miró nuevamente a su padre en la fotografía quien le sonreía a pesar de su mirada triste. Esa imagen lo hizo sentir como si un muro se irguiera frente a él impidiéndole avanzar, se acercó a una banca y allí se dejó caer sentado, obligándose a analizar mejor lo que estaba a punto de hacer y las consecuencias que tendría.

—Ya has hecho sufrir bastante a tu padre como para ir hasta allá y robarle la felicidad que puede brindarle ese hombre. Al fin y al cabo, ese debe ser el Fabrizio Di Carlo que siempre quiso tener, un hijo obediente, fuerte y que no cometiera errores —murmuró.

Llevó sus dedos temblorosos a la imagen de su padre y le brindó una caricia cargada de arrepentimiento y resignación, no tenía ningún sentido lo que estaba a punto de hacer, ya no era Fabrizio Di Carlo, solo era su fantasma. Había decidido dejar su vida atrás cuando se enlistó en el ejército con el nombre de Richard Macbeth, y debía mantenerse así, intentar recuperar su pasado no tenía razón de ser, mucho menos ahora que alguien más ocupaba su lugar.

—De seguro ese hombre debe ser un médico exitoso como usted lo quería, o por lo menos alguien que lo ayuda a llevar las riendas de los laboratorios, y no un don nadie como lo soy yo... Solo tengo que mirarlo para saberlo, él está lleno de vida, sin cicatrices, sin demonios que lo atormentan... en cambio yo, con mis inseguridades y miedos, solo volvería para hacerlos sufrir aún más, para reabrir una herida que ya tienen cerrada... ¿Quién soy yo para decirles que ese hombre es un impostor, para enfrentarlos al dolor de saberse engañados? —cuestionó, posando su mirada en quien asombrosamente era idéntico a él; su interior ardía, abrumado por los celos que encendieron ese infierno en él, pero contra el que no podía luchar.

Se puso de pie y soltó un suspiro al caer en cuenta de que el problema no eran ellos sino él, era quien debía olvidarlos y seguir adelante, pero para eso primero debía de arrancarlos de sus recuerdos, de su vida. Tenía que hacerse a la idea de que era Richard Macbeth, debía acabar con el Fabrizio Di Carlo que tenía en el fondo de su ser, debía asesinarlo para poder continuar por Joshua, por Marión, por él mismo, ya no podía seguir en la misma situación, añorando algo que hacía mucho que perdió a causa de sus malas decisiones.

Dejó en la banca el diario y con pasos pesados se dirigió a la salida de la estación, tomó un auto de alquiler y no supo cuánto tiempo pasó, hasta que el chofer llamó su atención para anunciarle que ya había llegado a su destino. Le pagó y bajó, se quedó frente a la casa, observándola durante un rato, apenas podía contener su llanto porque sabía que, al entrar allí, debía dejar tras él a quien fue en el pasado.

—¡Hey... Richard! ¿Fuiste a dar un paseo? —inquirió Manuelle al verlo aparecer por la puerta, pensó que estaría dormido.

Él se había quedado en el salón, leyendo un libro mientras vigilaba a Joshua, jugando con un carrito de madera. No pudo evitar mostrarse sorprendido al ver que se había recortado la barba, ya que no recordaba la última vez que lo vio así, pero suponía que era parte de los avances que estaba manifestando.

—¡Papi! —expresó Joshua, extendiéndole los brazos, Fabrizio lo levantó con el brazo que tenía libre—. Está suave —acotó, sonriendo y mirándolo. Se sorprendió al verlo con menos

barba.

—Sí, sigue jugando campeón, debo ir a descansar —respondió, dejándolo sobre la alfombra y luego siguió por el pasillo.

—Richard. —Lo detuvo Manuelle—. Felicitaciones, la pasta te quedó como para chuparse los dedos, apostaría a que en tu otra vida fuiste italiano —agregó, sonriendo ampliamente.

—Gracias cuñado, se hace lo que se puede —esbozó con un nudo en la garganta y volvió para seguir hacia su habitación.

Entró y fue directo al baño, se quitó la ropa y se puso un pijama, cerró a medias las cortinas y se metió en la cama, acostándose de medio lado mientras su mirada se perdía en el halo de luz que entraba por medio de las colgaduras. Trató de dormirse para acallar sus pensamientos y evitar que su alma siguiera sufriendo, comenzó a pedirle a Dios que lo ayudara a liberarse de esa situación.

A ese Dios al que renunció cuando el gas mostaza lo consumía, le había pedido regresar con vida del frente porque tenía una razón para vivir, aunque en ese momento desconocía que su esposa estaba embarazada. No obstante, ese Dios fue inclemente con él, porque si en las oportunidades que estuvo en batalla no murió siendo lo único que quería, luego de que obtuvo algo a lo cual aferrarse, entonces cayó en uno de los ataques, por esa razón renegó de él.

Sin embargo, mucho tiempo después volvió a creer cuando al abrir los ojos se encontró con los de Marion y posó su mano en un vientre de unos seis meses de embarazo. En ese momento casi no coordinaba, no sabía dónde estaba ni cómo se había salvado, solo era consciente de ella y de la suave caricia que le daba a su vientre.

Lloró al saber que podría estar nuevamente junto a ella, y desde ese instante le prometió a Dios que nunca más dudaría de su poder, le pidió perdón de todas las formas posibles y le puso el nombre de su hijo a su pequeño, su hermoso Joshua. Por eso ahora acudía a él una vez más y le pedía fuerzas para olvidar su pasado, para que llegara el día en que al despertar ya no recordara nada sobre Italia.

Manuelle estaba absorto en su lectura y no notó que Joshua se había quitado los zapatos, a él no le gustaba verlo en calcetines por la casa ni que dejara juguetes regados, pero por más que le enseñara el orden no aprendía. De pronto, Joshua levantó la mirada y vio a su tío entretenido con su lectura, mientras que él ya estaba aburrido y quería hablar con alguien, aunque tampoco deseaba molestar a su tío porque no le gustaba que lo interrumpiera cuando leía, por lo que se puso de pie y con sigilo se encaminó a la recámara de sus padres.

Abrió la puerta con cuidado para no hacer ruido, vio a Richard acostado de espalda así que caminó bordeando la cama hasta estar frente a él. Luego, con su dedo índice dibujó la lágrima que salía de los ojos de su padre, recorriéndola por la nariz. Él, al verlo, le sonrió, pero sabía estaba triste y eso no le gustaba, así que quiso consolarlo.

—Papi... ¿Te duele la barriguita, por eso estás llorando? —preguntó, acariciándole la larga cabellera.

—No, mi vida... no me duele la barriga —respondió, posándole la mano en la cabeza mientras intentaba sonreír.

—Pero te duele algo... ¿Qué te duele papi?

—Me duele aquí —dijo, llevándose la mano al pecho—. Pero estaré bien, te prometo que estaré bien y mañana vamos a terminar de armar el rompecabezas. —Le aseguró, mirándolo a los ojos.

—Está bien... si no te sientes bien mañana no importa, lo podemos armar otro día —indicó, poniéndose de pie.

Salió de la habitación con el mismo andar silencioso y pasó de largo junto a su tío, quien no se percató de su presencia, así que fue hasta la cocina, rodó su silla, se subió y alcanzó un vaso. Lo llenó de agua y luego se bajó, se puso de puntillas para agarrarlo con sus dos manos, salió de la cocina y llegó hasta Manuelle.

—Tío... tío —dijo bajito, como si estuviese hablando en secreto.

—Joshua, ¿qué te he dicho de los zapatos? —cuestionó, viendo que estaba en calcetines y los zapatos en la alfombra.

—Shhh —susurró, llevándose un dedo a los labios—. No hables fuerte que papi está durmiendo y yo voy a acompañarlo —anunció, encaminándose con el vaso entre las manos.

Manuelle lo siguió con la vista, pensando en que su sobrino necesitaba compartir con más niños, pues al estar rodeado de adultos ya parecía un viejo prematuro. Tan solo tenía cuatro años y ya buscaba la manera de cuidar de su padre, seguramente lo había aprendido de tanto ver a Marion hacerlo, y eso no estaba bien, él debía disfrutar de una niñez normal.

Joshua entró a la habitación cuidando de no hacer mucho ruido, se acercó a la cama una vez más llevando el vaso en sus manos, sintiéndose bien por poder ayudar a su padre. Vio que tenía los ojos cerrados y pensó que se había quedado dormido, pero luego lo escuchó suspirar, así que supo que seguía despierto.

—Papi, toma para que te sientas mejor —dijo, extendiéndole el vaso con agua, mientras le entregaba una sonrisa entusiasta.

Richard no pudo evitar sonreír ante la atención de su hijo, de su pedacito de cielo que deseaba cuidar de él. Se incorporó en la cama quedando sentado, agarró el vaso y se bebió el agua, estaba sediento después de tanto llorar; en ese momento Joshua subió a la cama, sentándose frente a él mirándolo detenidamente.

—¿Ya te sientes mejor? —preguntó, con una gran sonrisa que hizo brillar sus ojos.

Richard puso el vaso en la mesa de noche y asintió, después de mirarse en los hermosos ojos de su hijo y ver toda la inocencia que emanaba su mirada, rompió en un sollozo y empezó a llorar como un niño. Se llevó las manos a la cara para cubrirsela mientras todo su cuerpo temblaba porque se reflejó en su hijo y recordó varios episodios con su padre, cuando se quedaban los domingos en la cama tal y como estaba él con Joshua, y le destrozó el corazón pensar que su pequeño nunca conocería a sus abuelos ni a su tía.

—Ya papi, ya... mami viene ahora y te hará sentir mejor, ella te curará. —Joshua se lanzó a él, rodeándole el cuello con sus bracitos.

—Sí... sí mi vida, mami me curará, ya... Perdóname Joshua, perdóname. —Richard liberó su cara y se aferró a su hijo.

—Ya no llores más, mira que ya no me picas —mencionó haciendo referencia a la barba, retirándose un poco y con su mano limpió las lágrimas de su padre.

—Está bien, no voy a llorar más y me la voy a dejar crecer de nuevo porque no te vas a liberar de las cosquillas —pronunció, tratando de sonreír porque no quería contagiarlo de su tristeza.

—¡Ay no, papi! ¡No! Sabes que me dan ganas de hacer pipí.

—Bueno, entonces no... ¿prefieres que te enseñe a leer? —preguntó, entrecerrando los ojos.

—Mejor déjate crecer los pelitos —sugirió, con su sonrisa ladina.

—¡Ah! Eres un pícaro... está bien, entonces serán cosquillas.

—¿Papi? —preguntó, mirándolo a los ojos y lo vio asentir para que continuara—: ¿Puedo tomar la siesta contigo?

—¿Tienes sueño ya? —inquirió y su hijo solo asintió—. Bueno entonces vamos a dormir —anunció, tomándolo por la cintura para acostarlo a su lado y se acomodó arropándolos a ambos—.

¿Andabas en calcetines por la casa? —cuestionó y lo vio afirmar nuevamente, para luego soltar una carcajada—. ¿Qué te dijo tu tío?

—“Joshua, qué te he dicho, Joshua los zapatos, los calcetines...” —respondió, tratando de imitar la voz de su tío.

—Tienes que obedecerle —ordenó, llevándole una mano a los cabellos y despeinándolo.

—Ya, por favor, duérmete... —siguió con su imitación y soltó una carcajada—. Así me dice también.

—Le sacarás canas verdes al pobre Manuelle —dijo, riendo, aunque sabía que debía mostrarse serio, no podía ante las ocurrencias de su hijo—. Y ahora sí, vamos a dormir.

Se puso de medio lado y Joshua también lo hizo, refugiándose en su pecho, Richard lo rodeó con sus brazos, mientras su hijo tomaba entre sus dedos un mechón de su cabello y lo acariciaba. Al cabo de unos minutos ambos se quedaron dormidos.

Brandon había pasado por Fransheska al teatro, almorzaron juntos y luego le propuso pasear un rato por los campos de trigo, el paisaje en esos lugares era hermoso, ella aceptó mostrándose encantada con la idea. En minutos llegaron hasta uno en especial, el favorito de Fransheska pues aún lucía los hermosos colores de la primavera, esa fuerza y brillo que solo lograba conseguir en los campos de su lugar natal, bajaron del auto y comenzaron a caminar agarrados de la mano, aún el trigo no estaba listo para ser cosechado; sin embargo, algunos trabajadores estaban allí para mantenerlos limpios de plagas y maleza.

Ella se acercó para saludarlos, conocía a varios porque eran los padres de las niñas a las que ella les daba clases de danza en el teatro. Los hombres la habían visto crecer, así que comprendió que miraran con seriedad a Brandon, la estaban cuidando como a sus hijas.

Ni siquiera saber que eran novios formales evitó que los hombres murmuraran algunas advertencias para el americano, lo que hizo que Brandon se sintiera un poco intimidado y que su novia mostrara una sonrisa traviesa. Fransheska se despidió para sacar a su pobre novio de esa situación, y siguieron con su camino, llegando a un hermoso puente de piedra sobre el río.

—Este es uno de mis lugares favoritos... parece el paisaje de un cuento de hadas —dijo ella, con una sonrisa que iluminaba su mirada.

—Tú lo complementas a la perfección —mencionó, abrazándola.

—¿Porque soy una princesa? —preguntó de manera coqueta.

—Sí, eres mi princesa —respondió, rozando sus labios con los suaves y rosados de ella, que eran una verdadera tentación.

—Es aún más hermoso porque estoy junto a ti... todo es perfecto cuando te tengo a mi lado, Brandon —expresó, mirándolo a los ojos y antes de besarle se le ocurrió algo—. ¿Me ayudas a subir?

—¿A subir? —preguntó sin comprender.

—Aquí —respondió, señalando el muro de piedra.

—¿No es peligroso? —inquirió Brandon, asomándose para ver la distancia entre el puente y el río.

—No... el río en este lado es profundo... no mucho solo lo suficiente —informó, mostrándose confiada.

—¿Lo suficiente por si caes? —cuestionó, mirándola a los ojos.

—No pasará nada, Brandon... he subido a este puente infinidad de veces, lo utilizaba mucho para practicar mi equilibrio, y admito que más de una vez fui a dar al río..., pero eso no sucederá hoy porque tú estás conmigo —contestó, infundiéndole confianza.

—Lo único distinto de las ocasiones anteriores a esta... es que yo también terminaré en el río contigo —pronunció divertido.

—No sería mala idea —acotó ella en el mismo tono.

Brandon accedió después de comprobar que sería seguro, la sujetó por la cintura y la sentó sobre el muro de piedra, que era lo bastante ancho para que ella estuviese cómoda. Fransheska alejó las manos de sus hombros y elevó los brazos, lo que hizo que él se pusiera un tanto nervioso y la agarró con fuerza de la cintura para darle estabilidad.

—Me encanta subir aquí... es parecido a volar, mira —mencionó, extendiendo los brazos de nuevo.

—Fransheska, creo que no deberías tentar a tu suerte —indicó, al ver cómo ella se dejaba caer hacia atrás. Él podía sostenerla sin problemas, pues apenas le resultaba pesada, pero se sentía nervioso.

—No es suerte... confió en ti —esbozó, haciendo un esfuerzo mientras estiraba un poco más su cuerpo—. Puedo estirarme más si me ayudas —agregó sin mirarlo.

—Fransheska... —Le advirtió, instándola a detenerse. En respuesta ella cerró las piernas alrededor de su cintura y bajó un poco más, lo que hizo que él se tensara, así que se apoyó en el muro para tener una mayor estabilidad también—. ¿Te sientes cómoda? —Le preguntó con algo de sarcasmo y la voz más grave de lo habitual.

—Sí... la vista desde aquí es hermosa, ojalá pudieses verla.

—Puede que logre hacerlo... si vamos a dar al río los dos.

—Si quieres podemos hacerlo —sugirió, con una sonrisa traviesa, pero al sentir que él en verdad estaba tenso decidió terminar con su juego—. Ayúdame a subir... toma una de mis manos.

Él obedeció de inmediato, sintiéndose aliviado de que ese episodio terminase, no le temía a la altura; por el contrario, le gustaba mucho, pero ponerla en riesgo era algo que lo aterraba. Sintió que ella apretaba más las piernas en torno a él, y en otra situación eso le hubiese resultado muy excitante; sin embargo, en ese momento lo único que quería era bajarla de allí.

—¿Complacida, señorita? —inquirió, mirándola con una sonrisa.

—Sí... completamente —respondió, mostrando el mismo gesto.

—Me alegra, aunque a mí me tuvo pendiendo de un hilo todo este tiempo, mientras usted estaba tan relajada —pronunció, fingiendo un tono de reproche y mirándola con seriedad.

—Relajada, no... bueno sí; sobre todo, me sentía confiada... sabía que no me dejarías caer —acotó con naturalidad.

—Por supuesto, de hacerlo tendría que lanzarme detrás —mencionó en el mismo tono. Fransheska dejó libre una carcajada que para él resultó mucho más hermosa que el canto de los pájaros.

—No exageres... sabía que no me dejarías caer porque sabes que confió en ti... estoy completamente segura de que nunca... nunca, me vas a dejar caer y por eso te amo —respondió, rozando sus labios mientras lo abrazaba, luego descansó su cabeza en la de Brandon—. Necesito quedarme un rato así —susurró, cerrando los ojos.

—¿Te sientes mareada? —preguntó con preocupación, posando su mano sobre la suave mejilla de ella.

—No... bueno la cabeza me da vueltas, pero me pasa lo mismo cuando me besas —susurró contra los labios de Brandon.

Brandon recibió el comentario como una invitación y la besó, sus cuerpos estaban muy cerca, ella todavía lo mantenía prisionero de sus piernas, y él aprovechó para acariciarle la espalda, pegándola a su cuerpo, la escuchó gemir y eso lo instó a reclamar más de ella.

Fransheska llevó sus manos hasta el cuello de él y lo acarició suavemente, enredando sus dedos en ese cabello sedoso y dorado. Mientras Brandon acariciaba su espalda y elevaba la otra mano a su cuello, al tiempo que sus bocas se abrieron para dar paso a un beso más profundo, más intenso.

Brandon también gimió al sentir el maravilloso y excitante roce de su pecho con la suavidad de esos deseables senos, provocando que el latido de su corazón se desbocara. Las piernas de Fransheska, que lo mantenían prisionero haciendo que el calor de su cuerpo aumentara sin piedad, su piel empezaba a sonrojarse por la falta de aire, mientras seguía bebiendo de los labios de la mujer que le robaba la razón.

El beso, que comenzó como una caricia, ahora se desbordaba de pasión, y la necesidad de dejarse llevar se hacía más intensa en ambos; sin embargo, Brandon al ser más consciente de a donde los podía llevar su deseo si no se detenían, fue bajando el ritmo. Se alejó y pudo ver un destello maravilloso en aquellos ojos grises, la sombra del deseo que los cubría y lo invitaba a cruzar límites que no debía. Eso le gritaba la razón, que era mejor detenerse, pero su cuerpo le exigía mucho más de esa entrega.

No pudo resistirse y bajó al cuello de Fransheska para besarlo con la misma pasión, dejándose embriagar por el maravilloso olor a flores del perfume que usaba. Sintió que ella intensificaba las caricias en su nuca, subiendo entre sus cabellos mientras un concierto de jadeos salía de sus labios y se ahogaba cerca de su oído.

—Brandon, mi amor... mi amor —susurró, temblando.

Notó que su cuerpo comenzaba a despertar y supo que lo mejor era parar, pues podía sentir que ella también estaba siendo presa de ese calor maravilloso que era el prelude de una entrega absoluta. Soltó un suspiro pesado, resignándose a llegar solo hasta allí, lo que no era fácil pues era un hombre acostumbrado a tenerlo todo, pero sabía que con ella debía esperar.

Fransheska notó su cambio y supo que él intentaba contenerse, por lo que también suspiró, no pudo evitar que su cuerpo doliera al apreciar que él se alejaba. Esa necesidad que Brandon había despertado en ella se estaba haciendo incontrolable, su vientre y sus piernas temblaban deseando retenerlo más tiempo allí, y sintió que si él no la sujetaba iba a terminar en el río.

—Abrázame, Brandon. —Le pidió y su voz sonó distinta.

Para él eso fue una orden y la acató enseguida, además, también sintió las piernas débiles después de que ella soltó el amarre. La rodeó con sus brazos para brindarle suaves caricias en la espalda, en ese silencio se permitieron retomar el ritmo normal de sus latidos, y respirar profundamente para llenar sus pulmones de aire.

—*Ti amo* —susurro en italiano al oído de su novio—. *Tu sei il amore de la mia vita*^[1] —agregó con voz melodiosa.

La sonrisa en el rostro de Brandon se hizo más grande, mientras su corazón se hincha de felicidad; sujetó una mano de Fransheska y se la llevó a los labios para darle un suave beso, luego se acercó a los labios trémulos de ella como si fuese a besarla.

—*Ti voglio nella mia vita per sempre* ^[2]—pronunció también en italiano, con la mirada brillante—. *Ti amo Fransheska* —agregó, para luego fundirse en ella con un beso apasionado.

La tarde estaba cayendo cuando el auto de Brandon entró a la propiedad de los Di Carlo, él bajó para saludar a Fiorella. Su suegra insistió en que se quedara un rato y tomaran un té, él accedió con una sonrisa, esa que lograba cautivar a cualquier mujer.

—Luciano me comentó que el banco va muy bien —mencionó Fiorella, para entablar una conversación.

—Sí, la verdad estamos muy complacidos con los porcentajes, dentro de quince días voy a

enviar el primer balance a mis analistas en Chicago —contestó con una sonrisa que dejaba ver que era sincero.

—Me alegra en verdad, eso quiere decir que tendremos el placer de contar con tu presencia muy seguido... si se afianza la sucursal, seguramente desearás visitarla con frecuencia

—Por supuesto, aunque no solo regresaré para visitar la sucursal —acotó, mirando a Fransheska y le sujetó la mano.

Sin embargo, pudo notar que ella se tensó al escuchar esas palabras, ese era un tema que no habían tocado hasta el momento, aunque sabía que su partida era un hecho inminente.

Fiorella también vio el cambio en el semblante de su hija y se regañó por traer a acotación el asunto, pensó en decir algo, pero temía empeorarlo todo. Por suerte, en ese momento el motor de un auto se escuchó, rompiendo el incómodo silencio que se había instalado.

—Debe ser Luciano o Fabrizio... si me disculpan regreso en un momento —indicó, saliendo para dejarlos solos.

Fransheska suspiró y volvió su mirada al jardín, Brandon se acercó un poco más y le acarició la mejilla. Ella lo miró y le dedicó una sonrisa, pero ese gesto no llegaba hasta sus ojos; por el contrario, estaban vidriosos.

—Sabes que daría lo que fuese por llevarte conmigo... que si...

—No hablemos de eso... no ahora, no quisiera comenzar a extrañarte desde este mismo momento —mencionó y su voz denotaba el remolino que tenía en su interior.

Él llevó hasta sus labios la mano que sujetaba y le dio un beso tierno y largo que la hizo suspirar, ella cerró los ojos para evitar que las lágrimas se derramaran. El corazón de Brandon también latía con una lentitud dolorosa, el solo hecho de pensar en alejarse de ella lo aterraba, la necesitaba en su vida, no quería separarse de ella.

Fransheska supo que lo mejor era cambiar de tema, así que abrió los ojos y miró a la casa. Vio que Fabrizio se asomaba al jardín desde la ventana de su habitación ocultándose detrás de las cortinas, ella negó con la cabeza al ver cómo su hermano abandonaba el lugar antes de que Brandon lograra verlo.

—Fue Fabrizio quien llegó, seguramente pensó que Victoria estaba junto a nosotros al ver tu auto y por eso no vino a saludar.

—Victoria está actuando de la misma manera, le dije que tal vez unos días separados les vendrían bien a ambos, para aclarar sus sentimientos; sin embargo, dudo que haga algo si él no toma la iniciativa. Para estas cosas ella es bastante... testaruda, teme a ser rechazada...

—Fabrizio nunca haría eso, te aseguro que jamás la rechazaría porque está enamorado. Nunca lo había visto disfrutar de una felicidad tan completa, sin mentiras... sin dudas; solo ahora...

—Yo creo lo mismo; sin embargo, cuando se está en una situación como esa, uno ve todo más complicado porque lo hace desde adentro —mencionó, recordando su propio sufrimiento.

—Lo sé... pero en algún momento tienen que llenarse de valor, es absurdo perder algo tan hermoso... la verdad no entiendo la actitud de mi hermano, nunca fue un hombre de rendirse...

—Es una situación complicada, Fransheska... no solo para él, también lo es para Vicky, las cosas no han sido fáciles para ella.

—Fabrizio también ha pasado por muchas pruebas... así que con más razón ambos deberían aprovechar esta oportunidad que la vida les está ofreciendo... solo espero que hagan a un lado sus miedos y no dejen escapar la felicidad —expresó, consciente de sus palabras.

—Muchas veces me sorprendes, muchachita... la forma en como vez la vida, con tanta madurez... algunas veces, eres la niña que cree en los cuentos de hadas, en otras, eres la joven que puede dar cátedra de vida... también... —Se detuvo mirando los ojos grises que brillaban

lentos de expectativa.

—¿También? —preguntó intrigada mientras le sonreía.

—También eres la mujer que es capaz de desarmarme con una sonrisa, robarme el aliento con una mirada... y volverme loco con un beso —respondió, mirándola a los ojos, sonriendo.

Ella suprimió un suspiro perdiéndose en el cielo de esos ojos que tanto adoraba, se acercó a él muy despacio y rozó sus labios, apenas un toque pues no podía olvidar que estaban en su casa y sabía que, si iniciaba un beso, no lograría detenerse.

Capítulo 2

Margot se vio tentada a viajar hasta Italia para descubrir en qué andaban Brandon y Victoria, pues sospechaba que existía otro interés más allá de la labor altruista que los mantenía en ese país; no obstante, su salud se resintió durante el viaje de Edimburgo a Londres. Sufrió un fuerte resfriado y cuando estuvo recuperada por completo, quedaba una semana para tomar el barco hacia América, lo que la limitaba para viajar hacia Florencia.

Además, no podía arriesgarse a empeorar su estado de salud emprendiendo otro viaje mucho más ajetreado, pues tendría que tomar un barco y luego subir a un tren. Tampoco podía darse el lujo de quedarse un mes más en Europa, debía regresar a Chicago para hacerse cargo una vez más de los negocios de la familia, pues, aunque confiaba en el buen criterio de sus sobrinos y de Robert, quería comprobar por sí misma, que las cosas se estuviesen haciendo bien.

Así fue como se embarcó rumbo al país que su padre había adoptado como hogar hacía muchos años, y se mantuvo en contacto con sus sobrinos a través de telegramas. Al llegar fue recibida por la mano derecha de la familia, y no pudo evitar sentirse un poco decepcionada al no encontrar a Christian y a Sean esperando en la estación, los había extrañado mucho y deseaba verlos.

Sin embargo, en cuanto divisó un par de autos más frente a la fachada de la casa, comenzó a sospechar que podían ser ellos, y al entrar al salón de la gran mansión de los Anderson, supo que todo había sido una estrategia de ese par de bribones, quienes ya la esperaban. Sus esposas le habían organizado una pequeña celebración para darle la bienvenida, por lo que ella no pudo evitar sentirse emocionada ante la sorpresa y hasta estuvo a punto de derramar algunas lágrimas cuando sus chicos la abrazaron, entregándole ese cariño especial que la hacía sentir como si fuese su madre.

—Bienvenida a su hogar, tía Margot —expresó Christian, entregándole una sonrisa que desbordaba felicidad.

—Estamos felices de tenerla de nuevo con nosotros —mencionó Sean, acercándose para ofrecerle su brazo y llevarla a la terraza.

—Yo también estoy feliz de estar de vuelta, los extrañé mucho —confesó, mirándolos orgullosa, pues los dos se habían convertido en unos hombres de familia, como siempre quiso.

—Nosotros también a usted —comentaron los chicos al mismo tiempo, como si fuesen gemelos y eso provocó las sonrisas de sus esposas, así como la de su tía.

—Espero que le agrade la sorpresa que le hemos preparado —indicó Annette, quien se había esmerado en cada detalle.

—Está todo muy hermoso, hija, gracias por este recibimiento —dijo, observando a su alrededor la delicada y elegante decoración.

—Queremos que se sienta en casa de nuevo —agregó Patricia, dedicándole una linda sonrisa.

—Gracias, querida... por cierto, el embarazo te ha sentado muy bien, te ves hermosa —comentó, viendo su pronunciado vientre.

—Muchas gracias, tía, ya estoy en el sexto mes y este embarazo ha sido más tranquilo —anunció sonriente, pero esta se desvaneció segundos después—. Aunque estaría feliz si Victoria estuviese presente en el nacimiento, pero en su última carta dijo que aún no tenían una fecha concreta para su regreso.

—Las cosas están marchando muy bien allá, el tío envió un balance sobre los dividendos que está dando la nueva sucursal y son realmente buenos, al parecer todas las familias de Florencia apuestan por la solidez que representa nuestro apellido y nos han confiado su dinero para que seamos quienes lo resguardemos —explicó Sean con tono entusiasta, al notar que el semblante de su tía se tensaba tras escuchar el comentario de su cuñada.

—Me alegra escucharlo; sin embargo, el lugar de Brandon es aquí, en Chicago y el de Victoria también, creo que es momento de que regresen —pronunció, dejando claro que en la próxima carta que les enviase a sus sobrinos les ordenaría que regresaran a Chicago.

—Tía, cuéntenos cómo estuvo el viaje y cómo dejó a la tía Beatriz —intervino Christian, luego del tenso silencio que se apoderó de todos, atentos a la declaración de la matrona.

Margot empezó su relato de lo que había sido su estadía en Escocia, hacía mucho que no se tomaba un tiempo para dedicarlo a ella, ni disfruta de la belleza de las tierras altas, esas donde nació y pasó sus primeros años de vida. Aunque no todo fueron vacaciones, también aprovechó para reunirse con otros clanes, y aunque ya era del conocimiento de todos que Brandon había tomado las riendas de la familia, ella dejó en claro que seguía junto a su sobrino al frente de la misma y lo estaría hasta que Dios así lo quisiera, pues su sobrino siempre pedía de sus consejos para cualquier decisión importante que tuviese que tomar.

10 de julio de 1914

Fabrizio llegó a la casa de Antonella un poco más temprano y vestido de manera formal, ese día irían a un tribunal porque ella había prometido llevarlo para que viera el movimiento dentro de estos. Aprovechando que tenía varios amigos jueces, encontró unos pases especiales para poder presenciar un juicio que estaba siendo muy reseñado por la prensa en los últimos días.

Aún no le contaba que no estudiaría leyes sino medicina, porque sabía que en cuanto lo hiciera ella le pediría explicaciones, y tendría que decirle la verdad, no quería que entre los dos hubiese secretos. Aunque no sabía cómo tomaría la noticia, no quería que se sintiera culpable y quisiera terminar su relación, pues él había aceptado precisamente por mantenerla a su lado; además, sentía que aún podía convencer a su padre, le quedaba un año por delante para ello.

Antonella que ya lo esperaba, se le veía hermosa con un vestido azul cobalto; al parecer ya sabía que era su preferido, seguro se lo habrá dicho entre tantas pláticas frente al atardecer. Subieron al auto y Federico los llevó al tribunal, al llegar pasaron a la oficina del amigo de Antonella para saludarlo y agradecerle por la ayuda.

Fabrizio se sintió un tanto incómodo al ver las miradas que el juez le dedicaba a su mujer, pero se obligó a actuar con madurez, demostrándole a Antonella, que él confiaba en ella y en su amor. El hombre le ordenó a su secretaria que le diera dos carpetas, las cuales contenían algunos detalles informativos del caso, las mismas que se le entregaban al jurado, luego de eso se despidieron.

Aún faltaba media hora para que iniciara la sesión, así que decidieron ir a un café, ocuparon una de las mesas del exterior, pues el día estaba demasiado caluroso para estar dentro del local. Mientras esperaban por sus órdenes, Fabrizio abrió la carpeta y durante todo ese tiempo estudió el caso, consultándole algunas cosas a Antonella de vez en cuando, y no tardó mucho para llegar a una conclusión.

—Este hombre es inocente, si todo lo que se dice en el perfil e informe, es cierto, es inocente, Antonella —anunció, mostrando una mirada llena de certeza.

—¿Como lo sabes, si aún no has empezado a estudiar y es la primera vez que estás en un juicio? —cuestionó ella, aunque podía notar que algunas cosas no encajaban en el expediente.

—Tienes razón, pero me sé todas las leyes y los códigos de memoria, y este hombre no ha cometido ningún delito, está claro que intentan inculparlo, pero... no, mejor olvídale. —Recordó que nada ganaba con emocionarse, porque ya no sería abogado.

—Dime —pidió, mirándolo a los ojos y lo vio dudar.

—Después, ahora será mejor darnos prisa, el juicio ya va a empezar —dijo, acabando de un trago su café y se puso de pie para luego ayudarla a ella, le ofreció su brazo mientras le sonreía.

Llegaron y un guardia del tribunal les hizo pasar a la sala de juicio, donde presenciaron las declaraciones de algunos testigos traídos tanto por la parte acusadora como por la que defendía al acusado. Mientras todo eso se desarrollaba, Fabrizio sentía que su corazón palpitaba demasiado rápido, estaba emocionado, por estar por primera vez en un juicio y al mismo tiempo triste porque hasta ese momento todo indicaba que encontrarían culpable al acusado.

El juez dio un receso y todos abandonaron la sala, ellos se quedaron en el pasillo y él pudo ver a la familia del acusado, su esposa y sus tres hijos, uno de ellos ya adolescente quien intentaba brindarles fortaleza a sus hermanos. Fabrizio no pudo seguir presenciando esa escena, se sentía impotente ante el sufrimiento de esas personas, se giró hacia Antonella y ella también se mostraban algo meditabunda; en realidad, había estado muy callada y distraída, como si algo la preocupara, pero como siempre él respetaba su silencio.

—No tengo dudas, Antonella, ese hombre es inocente, se ve perfectamente que fue engañando debido a su falta de conocimientos, esos desgraciados se aprovecharon de él y su familia. Además, basta con mirarlo a los ojos para saber que no es una mala persona, y mira a su esposa y sus hijos, que por cierto no creo que deberían de tenerlos aquí, a la espera de un veredicto en donde pueden condenar a su padre a prisión, no es bueno para ellos... —pronunció con pesar, volviéndose para mirarlos, luego suspiró—. En fin, tal vez lo condenen erróneamente porque los verdaderos culpables tienen dinero. —La adrenalina corría por sus venas, al sentirse tan seguro mientras Antonella lo veía sonriente, y le acarició la mejilla.

—En realidad esto es algo que te apasiona —comentó, mirándolo a los ojos, admiraba la intensidad con que se expresaba.

—Tanto como tú —respondió, llevándose la mano de ella a los labios para darle un beso, y la vio sonreír, pero sus ojos no lo hacían; por el contrario, su mirada se cubrió de una sombra de tristeza que le aceleró los latidos—. No, tú me apasionas mucho más.

Ella negó con la cabeza y alejó su mano, excusándose en que allí no se podían tener ese tipo de comportamientos, pero también le rehuyó la mirada, como si intentara esconderle algo. Él quiso llevarla a otro lugar y poder besarla, en ese instante sintió la imperiosa necesidad de hacerlo, pero cuando estaba por tomarla de la mano, escucharon que llamaban de nuevo a la sala para reanudar el juicio.

Fabrizio intentó dejar de lado esa sensación de zozobra que lo embargaba, y se concentró en el juicio mientras miraba al podio donde estaba el jurado, buscando en sus expresiones adivinar el veredicto que darían. Antonella lo admiraba con semblante tranquilo, viendo en él esa pasión por las leyes que lo desbordaba; al fin, dieron el veredicto que declaró al acusado: inocente.

Fabrizio se emocionó y no pudo evitar aplaudir ante la imparcialidad del jurado y del juez, al saber que la justicia había triunfado, a pesar de todo el dinero que tenía la parte demandante. Se emocionó mucho más al ver cómo el hombre salía corriendo y se abrazaba con su familia, eso lo hizo sentirse satisfecho, se volvió a mirar a Antonella y ella estaba llorando.

—¿Por qué lloras? —Le preguntó aún emocionado.

—Porque es inocente, tenías razón —dijo, abrazándolo.

—Lo supe gracias a ti, Antonella, si no fuese por tu ayuda ahora no entendería los artículos,

gracias por traerme —expresó y se alejó un poco para secarle las lágrimas, mientras le besaba la frente.

Minutos después la sala quedó vacía y ellos tuvieron que salir, fueron a un restaurante para comer algo, pues estaban hambrientos, y ya entrada la noche llegaron a la casa de Antonella. Antes de bajar del auto ella le agarró la mano a Fabrizio y le dio un beso.

—¿Te quieres quedar esta noche? —Le preguntó, mirándolo a los ojos, mientras luchaba con las ganas de llorar que sentía.

—Me encantaría, solo tengo que escribirles una nota a mis padres y la enviamos con Federico —respondió, entusiasmado con la idea.

Ella asintió con una sonrisa, bajó del auto llevándolo de la mano y caminó con él hasta el estudio, allí buscó lo que necesitaba y se lo entregó; lo vio escribir una nota rápida y entregársela a su chofer. Después de eso subieron a la habitación, hicieron el amor casi toda la noche, como cuando a él le tocaba partir para el colegio o la última noche cuando ella iba a visitarlo a Londres.

Fabrizio despertó cuando el reloj marcaba casi las nueve de la mañana, entró al baño para ducharse y luego salió llevando solo una toalla rodeando sus caderas, mostrando su torso en completa desnudez, que ya empezaba a marcar mejor su musculatura, dándole un aspecto más masculino. Buscó algo de ropa en el armario, había llevado varios conjuntos para tenerlos allí cuando se quedaba a dormir, después de estar listo se sentó al borde de la cama con cuidado, Antonella despertó y se lo encontró admirándola.

—Buenos días, amor de mi vida —dijo, acariciándole la mejilla.

Ella se incorporó, quedando sentada sin apartar la mirada de Fabrizio ahogándose en el mar calmado que eran sus ojos, se acercó y le dio un beso en los labios al que él correspondió con entusiasmo.

—Te amo... te amo... te amo... te amo... te amo... millones de veces *te amo* —pronunció, entre besos en los labios de Antonella.

—Será mejor que te vayas, o tu madre tendrá otro ataque de celos y vendrá a reclamarme. — Le dijo, apartando la vista, mientras sentía que un nudo de lágrimas le cerraba la garganta—. Ve, no quiero que te regañen por mi culpa. —Lo sintió ponerse de pie y ella no pudo evitar dedicarle una última mirada, lo vio abrir la puerta, pero antes de salir se giró y articuló con sus labios un «te amo» para luego entregarle la mejor de sus sonrisas, lo que hizo que tragara con dificultad para obligarse a hablar—. Dile a Federico que te lleve, no te vayas solo.

—Está bien, no te preocupes, sigue descansando... Te amo, Antonella Sanguinetti, eres el amor de mi vida.

Ella no pudo mantenerse impasible ante sus palabras, rápidamente salió de la cama y caminó hasta él, lo amarró en un abrazo y antes de dejar que el llanto la desbordara, intentó calmar lo que sentía refugiándose en la pasión. Acunó el rostro de Fabrizio y buscó sus labios para devorarlos en un beso ardoroso, lo sintió dejar caer su chaqueta y responderle con la misma intensidad; sin siquiera notarlo, ya la encaminaba una vez más a la cama.

—No, ya debes irte... Adiós, Fabrizio —mencionó, alejándose y le dio la espalda para que no viera que estaba a punto de llorar.

—Vendré a verte mañana, hasta entonces, recuerda que estoy locamente enamorado de ti. —Le susurró al oído, luego le dio un beso en el cuello y sonrió al sentirla estremecerse.

Antonella lo sintió alejarse y luego escuchó el sonido de la puerta al cerrarse; caminó de prisa hasta el balcón llevándose una mano a los labios para acallar los sollozos que pujaban por salir. Sin embargo, una vez que se vio en medio de la soledad, tuvo la libertad para expresar sus

emociones, y las lágrimas se hicieron presentes acompañando los temblores de su cuerpo que parecían estar a punto de quebrarla en cientos de pedazos.

15 de julio de 1914

Fabrizio regresó al día siguiente a la casa de Antonella, pero Eva le informó que ella no estaba, según le contó había viajado por dos días a Roma pues tenía unos negocios pendientes que debía atender. A él se le hizo raro que no le comentara nada, aunque pensándolo bien no fue mucho lo que habló la noche que se quedó allí, pues su mujer solo se dedicó a amarlo con esa intensidad que solo ella poseía.

Sonrió ante sus pensamientos, pues no tenía ni idea si lo que decía era verdad ya que no tenía con quien compararla, ella había sido su única mujer. Sin embargo, estaba seguro de que ninguna otra era tan sensual y apasionada como Antonella, ni mucho menos lo haría sentir como ella porque más allá del sexo los unía el amor.

Regresó a su casa y una vez más el tiempo le pareció eterno, aunque compartió mucho con su familia y disfrutaba junto a sus padres y su hermana, con cada minuto que pasaba extrañaba más a su novia. Sentía que dependía de Antonella, que era su mundo, su sol, su luna; no sabía cómo haría cuando debiese ir a la universidad y pasar cinco años más alejado de ella, presentía que se volvería loco.

Después de esos dos días regresó a su casa y solo le bastó verla para sentir que su mundo se llenaba de colores de nuevo; se acercó para envolverla en sus brazos y ella lo recibió alegremente. Sin embargo, también la notó algo distante y por momentos se perdía en sus pensamientos, hasta detuvo sus avances cuando él le insinuó sus deseos de hacerle el amor.

—Hoy no, Fabrizio... estoy muy cansada por el viaje y solo deseo dormir —pronunció, alejándose de él sin mirarlo.

—Está bien... pero puedo quedarme contigo, te veré mientras duermes —sugirió con una gran sonrisa para convencerla.

—No podré dormir si lo haces, te conozco, sé que vas a seguir insistiendo y eventualmente terminaremos haciendo el amor.

—Prometo portarme bien —dijo, llevándose la mano al pecho.

—Bien, entonces hazlo, regresa a tu casa y déjame sola para que pueda descansar —mencionó con un tono más serio.

—Haré lo que me pides, descansa, mi amor, regresaré mañana —respondió, acunándole el rostro para darle suaves besos.

Antonella le respondió con una sonrisa que no alcanzó a iluminar su mirada, lo que lo hizo sentir algo preocupado, pues podía sentir que ella estaba actuando extraño y cada vez estaba más distante. No obstante, hizo esas ideas a un lado y justificó su actitud por el cansancio del viaje, seguro al día siguiente se mostraría como siempre.

19 de julio de 1914

Fue el día que tuvieron su primera discusión, pues Antonella cada vez lo evadía más y por más que él le preguntara qué sucedía o si había hecho algo mal, ella no le decía nada, solo se sumía en esos pesados silencios que lo exasperaban. Por lo que no le quedó más remedio que presionarla, necesitaba que ella fuese sincera, que hablase con él y le contase qué ocurría, por qué estaba así.

Ella le dijo que tenía algunos problemas con las empresas en Roma, que no tenía cabeza para

nada más que eso, pero cuando él le pidió que le contara y que quizá podía ayudarle a encontrar una solución, ella solo le respondió con evasivas y se alejó de él, ya ni siquiera dejaba que la tocara como antes, apenas si respondía a sus besos y eso lo tenía atormentado.

—Por favor, Fabrizio, déjame sola, necesito hallar una solución y no lo haré contigo revoloteando por aquí.

—Creo que deberías dejar de pensar en eso, aunque sea un par de horas y relajarte, quizá con la mente más despejada consigues una solución al problema —sugirió, abrazándola por la espalda, y comenzó a darle suaves besos en la nuca.

—No tengo tiempo para esto... será mejor que te vayas —dijo, soltándose del agarre y caminó hacia el balcón.

—Desde que regresaste no tienes tiempo para nada, no puedo besarte ni tocarte, cada vez que me acerco te alejas... ¡Dime de una vez qué está pasando, Antonella! —exigió, estaba a punto de llorar, porque sentía que la perdía.

—¡Te lo he dicho decenas de veces, pero no me escuchas! —mencionó en el mismo tono—. Lo único que deseas es que me dedique a atenderte, que te espere todas las tardes para que en cuanto llegues lo único que hagamos sea tener sexo... y la vida no es solo eso, los adultos tenemos responsabilidades, pero qué vas a saber tú de eso, solo eres un niño —agregó con algo de desprecio.

—Yo no soy un niño... —refutó, sintiéndose sorprendido y molesto por sus reproches, no esperaba que ella le hablase así.

—Sí lo eres y justo ahora estás haciendo un berrinche porque no te presto atención, como si tú fueses lo único importante en mi vida, pues no, lamento tener que decirte esto, pero no lo eres, Fabrizio, así que ahora vete y déjame sola —mencionó y le dio la espalda.

Fabrizio se sintió profundamente herido y molesto por sus palabras, también se vio tentado a responderle, pero respiró hondo e intentó calmarse, porque podía complicar aún más la situación. Sin embargo, no pudo controlar su temperamento, por lo que al salir lanzó la puerta con tanta fuerza que el golpe retumbó en toda la casa.

Ignoró los llamados de Eva, quien intentaba hacer que esperase por Federico para que lo llevara hasta su casa, en ese momento lo único que necesitaba era estar solo. Llegó hasta el parque y no pudo evitar ir hasta su banca y sentarse a llorar, estuvo allí durante un buen rato, debatiéndose entre sus deseos de regresar a la casa de Antonella para hablar con ella, o esperar a que las cosas se calmaran.

Al llegar a su casa intentó disimular su tristeza delante de su madre y su hermana, no quería preocuparlas o mal imponer a Antonella con ellas por una tonta discusión, porque estaba seguro que lograría solucionarlo. Subió a su habitación mostrándose casual, pero al cerrar la puerta detrás de sí, las lágrimas se hicieron presentes una vez más.

Un minuto después sentía que la puerta se abría, y vio que era su hermana, se limpió las lágrimas con rapidez y respiró profundo.

—¿Se pelearon? —pregunto ella, sentándose al borde de la cama.

—Fui yo quien comenzó, tuve la culpa —confesó con tristeza.

—Seguro te dio razones —dijo, acostándose a su lado para consolarlo, lo abrazó y al escucharlo sollozar no pudo contener sus propias lágrimas, pues odiaba verlo sufrir.

—No estés triste, Campanita, fue solo una tontería y de seguro mañana nos reconciamos, ya lo verás —mencionó con entusiasmo.

—No me gusta verte llorar, Peter Pan, si ella te quisiera no te haría llorar —acotó, buscando su mirada.

—Antonella no sabe que estoy llorando... además, ya te dije que quien se portó mal fui yo. —
Le limpió las lágrimas a su hermana.

—¿Me puedo quedar a hacerte compañía esta noche? —preguntó mirándolo a los ojos, sabía que si se marchaba él seguiría llorando.

Fabrizio solo asintió dedicándole una sonrisa, la besó en la frente y así se mantuvieron hasta que el sueño los venció.

Al día siguiente fue temprano a la casa de Antonella a pedirle disculpas por su comportamiento de la tarde anterior, pero Eva le dijo que no estaba. Él pudo notar que la mujer le mentía, seguramente Antonella le había pedido que la negara cuando fuese a verla, suspiró mostrándose derrotado, pero no desistiría, regresaría al día siguiente.

22 de julio de 1914

Antonella siguió negándose durante los siguientes días, y ya comenzaba a cansarse de esa situación, por lo que escabulléndose en la casa logró subir hasta la habitación antes de que Eva lo alcanzara. Entró y la vio sentada en el canapé del balcón, con la mirada perdida.

—¿Qué haces aquí? —preguntó asombrada y se puso de pie.

—Necesito saber qué sucede ¿por qué no quieres verme?... ¿Que he hecho mal? Antonella yo te amo y no creo que una simple discusión sea para que no hayas querido verme en todo este tiempo, no consigo dormir... te lloro todas las noches.

Antonella sabía que tenía que dar el paso definitivo y terminar con esa relación, no era justo dejar que él siguiera corriendo detrás de una quimera, ella no podía cambiar y tampoco podía conseguir que el mundo lo hiciera, las cosas eran como eran. Tenía que dejarlo antes de que fuese más difícil para los dos, prefería que la odiara en ese momento, y no despreciándola dentro de algunos años y que terminara abandonándola por una mujer más joven.

—Fabrizio... es que no sé cómo decírtelo, yo siento que esto... que lo nuestro no puede ser —expresó, mostrándose aturdida.

—Antonella, por favor no me digas eso —mencionó, al tiempo que se le inundaban los ojos—. Ni siquiera lo menciones. —Se acercó hasta ella para abrazarla, pero la vio retroceder dos pasos.

—Mejor vete, Fabrizio. ¡Vete! —Le gritó, dándole la espalda.

—No ¡No! ¡No Me voy a ir! —Alzó también la voz, necesitaba que ella lo escuchara—. Yo te amo, mujer, no me puedes pedir que me vaya, no me puedes dejar así —pronunció, suavizando la voz.

—No hay nada que decir, Fabrizio... se terminó, vete por favor.

Él intentó acercarse a ella una vez más, pero Antonella caminó hasta la puerta y la abrió para que se marchara, luego se metió al baño para escapar de su mirada cargada de dolor y desconcierto. Fabrizio se dio media vuelta y salió de la habitación, llorando y con el alma destrozada. No fue directamente a la casa, necesitaba estar solo, así que se fue a los jardines, subió al bote y remó hasta llegar a mitad del lago, luego se tendió y se puso a mirar el cielo.

Sus sollozos se mezclaban de vez en cuando con el canto de los pájaros, y lloró hasta quedarse dormido, para cuando despertó ya era de noche, llevó el bote hasta la orilla y subió un auto de alquiler para llegar hasta su casa. Su madre estaba en la puerta, era evidente que lo esperaba para regañarlo, pero al ver la tristeza en su mirada solo lo abrazó muy fuerte para reconfortarlo.

—Mi vida, mi pequeñito... ¿Qué ha pasado? —inquirió, acariciándole los cabellos mientras él le rodeaba la cintura.

—Nada... Nada, mamá —respondió, en medio del llanto.

—¿Cómo que nada? Mira nada más cómo estás, te hizo algo, Antonella, es eso ¿verdad? —Él se mantuvo silencio—. Es eso... ella te ha lastimado —pronunció con voz dura y se soltó del abrazo. Entró a la casa con paso rápido y seguro, subió a su habitación buscó su bolso y bajó, mientras Fabrizio la seguía.

—¿Qué va hacer? Por favor, madre. —Intentó detenerla.

—Voy a ir a ponerle los puntos sobre las íes a esa mujer, ella no es quien para hacerte sufrir, no a mi niño. ¡Cómo puede tener tanta sangre fría para hacerte llorar de esta manera...! Ya verá, va a saber quién es Fiorella Di Carlo —dijo con rabia mientras se empolvaba la nariz con manos temblorosas a causa de la ira.

—¡Mamá, no... no, ella no tiene la culpa, yo... yo soy el culpable! —acotó, sujetándole la mano para que no saliera—. Yo fui quien se molestó con ella, por favor, madre no vaya, me hará quedar como un niño —pidió con los ojos cristalizados por las lágrimas.

—Tranquilo, no lo haré... pero que ella no te haga llorar de nuevo, porque lo lamentará. —Le advirtió, mirándolo a los ojos, dejó el bolso en el mueble del recibidor y lo abrazó nuevamente.

Después de un rato él se obligó a mostrarse más tranquilo, subió a la habitación, se dio un baño y no bajó a cenar pues no quería que su padre lo viera en ese estado.

Capítulo 3

Victoria había pasado cuatro días sin ver a Fabrizio y sentía que hasta respirar le costaba, intentaba distraerse con libros, ocupándose en una y mil cosas en el trabajo, pero nada funcionaba, él estaba aferrado a sus pensamientos y a donde quiera que iba le parecía verlo, cada cosa le recordaba a él, el color de sus ojos, su sonrisa, su cabello. No había un momento del día en que no lo pensara, en que no deseara salir corriendo a buscarlo, decirle que lo amaba y que lamentaba mucho haberlo herido.

Al final se acobardaba porque temía a recibir un rechazo de su parte que le rompiera el corazón, ante su desesperación decidió hablar con Brandon, y su primo le sugirió que le diese un tiempo para que pudiera asimilar todo lo que le había contado. Ella decidió seguir su consejo y no llamó a casa de los Di Carlo, para no hacerlo sentir presionado, pero ¿cuánto debía pasar para que él aclarara sus sentimientos? ¿Por qué la lastimaba con su indiferencia? ¿Cómo podía pasar tanto tiempo ignorando que se necesitaban?

Porque ella tenía más que claro que no deseaba seguir así, su ausencia la estaba destrozando y no solo le dolía el corazón o el alma, también le dolía el cuerpo que rogaba por sentir sus besos y sus caricias una vez más. Sin siquiera poner resistencia dejó sus lágrimas correr de nuevo y se abrazó con fuerza a sí misma para confortarse un poco, al tiempo que los sollozos llenaban el silencio de su habitación, mientras miraba el paisaje a través del ventanal.

Se adentraba el verano y el sol era más brillante, el aire más cálido y todo parecía vibrar lleno de vida; sin embargo, para ella todo era gris y frío. Su mundo había pasado de ser maravilloso y perfecto a un completo caos, y en su interior crecía el miedo de que Fabrizio hubiese dado por terminada su relación.

—No... no eso, por favor... ¡Dios mío, por favor no lo permitas! Me volvería loca si no lo tengo a mi lado... si él se aleja me perderé de nuevo... lo necesito, lo necesito llenándome la vida de felicidad, de amor... ¡Fabrizio... regresa por favor! ¡Yo te amo... te amo, mi vida! —expresó en medio de sollozos, llevándose las manos al rostro.

Intentó calmarse respirando profundo, no ganaba nada con estar allí llorando y haciendo cientos de suposiciones, debía mantener las esperanzas de que no todo estaba perdido. De pronto vio a Antonio paseando a Piedra de luna en el jardín, seguramente la pobre se aburría todo el día encerrada en el establo, de inmediato una idea cruzó su cabeza y se puso de pie.

—¡No puedo soportar más esto! —sentenció y caminó de prisa hasta su armario para buscar su traje de equitación, no seguiría esperando, iría a buscar a Fabrizio.

Minutos después bajaba las escaleras como un torbellino, salió al jardín y le pidió a Antonio que le pusiera la montura a su yegua, apenas estuvo preparada, subió a ella y salió rumbo al lugar donde siempre se encontraba con Fabrizio. Al llegar no vio señales de él, y tal como le había sucedido en días anteriores, su corazón sufría otra desilusión, las lágrimas se hicieron presentes y una vez más sus pulmones luchaban por conseguir un poco de aire.

—¡Fabrizio... ¿Por qué me haces esto, amor?! ¿Por qué...? ¿Acaso no te das cuenta de que me estás lastimando? Que este dolor me está matando... no puedo sacarte de mi cabeza, ni de mi corazón... necesito tanto tenerte aquí...

Se dejó caer de rodillas junto al gran árbol, mientras su cuerpo se estremecía a causa de los

sollozos y el llanto se volvía cada vez más amargo, acompañado de esa presión en su pecho que la torturaba como tiempo atrás. Negaba con la cabeza para espantar a esos pensamientos que le decían que una vez más se quedaría sola, y que todo eso no había sido más que una cruel jugarreta del destino que la castigaba por sus errores, y que ya nunca sería feliz de nuevo.

»¡Te juro que te amo! No me dejes caer de nuevo, Fabrizio... por favor no permitas que me pierda... tú eres mi sol y no puedo estar sin ti... ¿Para qué llegaste a mi vida? Para salir así y llevarte todo... para dejarme sin tus besos, sin tus caricias... ¡Nunca debí entregarte mi amor, no lo mereces... no lo mereces!

Ella hablaba entre sollozos, dejando a su corazón liberar todo el dolor que llevaba dentro desde que él se marchó aquella tarde, dejándola llena de remordimiento, de incertidumbre y desolación. Se dejó caer hasta quedar tendida sobre la grama, recordando todos esos momentos por los que daría lo que fuera para vivirlos de nuevo.

Una vez más, Fabrizio se había quedado en la oficina hasta tarde, llenándose de trabajo para no verse en la tentación de ir hasta el río, y comprobar que, como las veces anteriores, ella no estaba allí. Después de la segunda ocasión que no la encontró, se propuso no acudir más a ese lugar, aunque su corazón sufriese lo indecible por la lejanía.

El auto avanzaba a gran velocidad por la carretera que llevaba hasta su casa, tampoco deseaba estar mucho tiempo en la ciudad; en realidad no existía un lugar donde quisiese permanecer. Sentía que todo le incomodaba, y le aburría llegar a su casa para tenderse sobre su cama y dedicarse a mirar el cielo raso durante horas, ya que no era una idea efectiva para olvidar a Victoria; por el contrario, su imagen se instalaba en su mente y era imposible sacarla de allí.

Ni todos los libros que tenía su padre en la biblioteca, ni todos los discos de su madre, en su mayoría temas de amor, ni los libros de cuentas que se llevaba a su casa para seguir trabajando, lograban alejarla de él. Necesitaba hacer algo urgente, por eso pensó en viajar hasta cualquier ciudad cercana, ofrecerse para visitar alguno de los laboratorios fuera de Florencia, pero su padre tenía asuntos pendientes y no podía prescindir de él por esos días.

Regresó de sus pensamientos cuando sus ojos captaron la imagen de Casa Renai en lo alto de la colina, su corazón comenzó a palpar con fuerza y sus manos sudaban, mientras ese deseo que lo torturaba cada vez con más fuerza se instalaba en su ser. Su corazón gritaba que fuese a buscarla, que dejara atrás los miedos y los estúpidos celos que lo estaba arruinando todo, pero cuando se acercaba al desvío que llevaba a la villa de los Lombardi, su tonto orgullo lo hizo acelerar.

—¿Por qué todo tiene que ser tan complicado contigo, Victoria? —cuestionó en voz alta, mientras apretaba el volante.

Sus días se había convertido en una constante disyuntiva desde que su novia le contase sobre su pasado con el hijo del duque, por una parte, deseaba olvidarse de todo eso, pero por la otra le resultaba imposible, era como si cada uno de esos episodios se hubiese quedado grabados a fuego en su memoria. Lo que resultaba bastante irónico, pues ni siquiera era capaz de recordar su propio pasado, pero él de ella no podía sacárselo de la cabeza, y todas aquellas cosas que Victoria compartió con Terrence Danchester, lo torturaban.

Era fin de semana por lo que Daniel y Vanessa no tenía que ir a la oficina, así que decidieron quedarse juntos esos dos días en el apartamento de ella; compartiendo las comidas, juegos, libros. Aunque él no era mucho de leer, su fuerte eran los números; sin embargo, no se opuso cuando ella le sugirió ser quien le leyese.

Estaban acostados en el sofá de la sala, Vanessa con el rostro sobre el pecho de él, en una postura que le permitiera leer con comodidad, mientras Daniel le acariciaba el cabello y se dejaba cautivar por su hermosa voz. A pesar de tener poco tiempo juntos, habían llegado a sentirse muy compenetrados, tanto que parecía como si toda la vida hubiesen compartido de esa manera.

—«Entonces el ruiseñor se apretó más contra la espina, y la espina tocó su corazón, y un fuerte espasmo de dolor lo atravesó. Amargo, amargo era el dolor, y más y más salvaje crecía la canción, porque cantaba el Amor que se perfecciona con la Muerte, el amor que no muere en la tumba.»^[3] —La voz de Vanessa se quebró al decir esas palabras y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Daniel sintió como si esa espina también se le hubiese clavado a él, esa última frase llevó a su mente a recordar eso que tanto deseaba olvidar; mejor dicho, a esa a quien tanto necesitaba olvidar. Las lágrimas se agolparon en su garganta, al comprender que por más que quisiera liberarse de lo que sentía por ella era imposible, solo le bastó recordarla para saber que aún seguía latente en su corazón.

Sin poder evitarlo, ese último recuerdo que tenía de Victoria llegó hasta su mente, y una punzada de dolor le atravesó el pecho al recordar lo impotente y frustrado que se sintió. En ese entonces se veía tan triste y desolada, sin ese brillo que antes poseía y que nunca más volvió porque se quedó con Danchester en su tumba.

«Porque cantaba el Amor que se perfecciona con la Muerte».

Ahora comprendía que eso era lo que había pasado con Victoria, la muerte de Terrence lo había perfeccionado ante ella, ya no podía cometer errores, no podía defraudarla porque todo en él era pulcro, sin equivocaciones. Danchester era alguien que nunca nadie lograría sustituir, mucho menos superar, ella lo sabía porque lo había creado y se amarraba a ello con todas sus fuerzas.

Ese amor que le profesaba a él era la coraza que la mantenía alejada de todo, y al mismo tiempo era lo que la estaba matando, porque a diferencia de su exnovio, ella se culpaba de todo, ella era la antítesis y entre más perfecto fuese Terrence, menos lo sería ella.

—Daniel... ¿Daniel, me escuchas? —preguntó Vanessa, al ver que él se encontraba absorto. Llevó una mano hasta su mejilla y la acarició con suavidad, haciéndolo reaccionar, él la miró extrañado, como si no supiera qué hacía allí—. ¿Dónde estabas?

—¿Eh? Me distraje un momento... —contestó, esbozando una sonrisa nerviosa. Se puso de pie y caminó a la cocina.

Vanessa se quedó sentada observándolo, era evidente que se había puesto nervioso, otra vez sus pensamientos habían sido atrapados por *ella* y no era la primera vez. En realidad, había perdido la cuenta de las veces que lo había descubierto así, pensando en esa mujer que dejó en Chicago, siempre que eso sucedía lo ignoraba, porque le aterraba saber más de *ella* y aún más, descubrir que quizá él seguía enamorado de esa mujer.

Sin embargo, sentía que ya no podía seguir así, algo dentro ella comenzaba a crecer asfixiándola, llenándola de angustia y sabía que tenía que dejarlo salir, antes de que fuese demasiado tarde. Dejó el libro de lado y se puso de pie, de pronto sus manos fueron cubiertas por una ligera capa de sudor, por lo que las secó con la falda de su vestido, mientras respiraba hondo, tratando de calmar sus nervios y al tiempo que se obligaba a llenarse de valor para hablar de ese tema.

—¿Por qué no me cuentas de ella? —preguntó y le dio gracias a su voz por no mostrar el grado de turbación que sentía.

—¿Ella? No entiendo, Vanessa —comentó, sorprendido y se volvió para mirarla, aunque por alguna razón presentía de quien hablaba, pero trató de mostrarse ignorante—. ¿Quién es *ella*? —

inquirió de nuevo y sintió como un peso se alojaba en su estómago.

—La mujer que dejaste en Chicago —respondió mirándolo a los ojos, para evitar que le rehuera.

—¿Mujer? No hay ninguna mujer en Chicago —mencionó dándose la vuelta para escapar de ese interrogatorio.

—Eso no es cierto, Daniel... sé que existe alguien y que con frecuencia se atraviesa en tus pensamientos, así que es absurdo que intentes engañarme, o tal vez seas tú quien busca engañarse, al creer que ya la has olvidado.

No sabía de donde estaba sacando el valor para hablarle así.

—Aquí nadie está engañando a nadie, Vanessa, no sé de dónde sacas esas ideas tan absurdas —mencionó en un tono algo hosco, y enseguida su semblante se tornó serio y su cuerpo se tensó.

—De tu actitud... la verdad no ganas nada con negármelo, solo confirmas más mis sospechas... lo que no entiendo es por qué te muestras tan esquivo... a menos, claro está, que no desee hablar de ello porque aún te duele... porque todavía la amas —dijo, estudiando cada una de sus reacciones, necesitaba que le fuese sincero.

Daniel tragó pasando saliva y parpadeó con nerviosismo al verse acorralado, pero de inmediato se obligó a mostrarse sereno y mirarla a los ojos mientras percibía que el silencio cada vez era más denso.

—Vanessa... ¿Qué sucede? ¿A qué viene todo esto? —cuestionó.

Vanessa notó la contradicción en él y decidió ser comprensiva...

—Daniel, no voy a juzgarte ni a rechazarte porque compartas conmigo tus sentimientos... si no quieres hacerlo, perfecto, pero hay situaciones que a veces me superan —respondió, sintiendo que un nudo de lágrimas comenzaba a cerrarle la garganta—. Yo no puedo fingir todo el tiempo que no pasa nada... que no noto cuando te pierdes en tus pensamientos después de que estamos juntos, o cuando tienes esos arranques de pasión y me haces el amor sin siquiera mirarme a la cara. —Su voz se quebró al final porque estaba a punto de llorar, pero tomó aire para no hacerlo.

—Vanessa. —Él se detuvo intentando buscar las palabras adecuadas para responder a sus dudas y por más vueltas que le daba no lograba hacerlo, así que decidió tomar la vía más rápida —. Creo que estás equivocada... no existe nadie en Chicago esperándome, no tengo ningún tipo de compromiso con ninguna mujer —agregó, caminando hasta donde ella estaba para besarla y vencerla.

Ella se quedó atónita ante la respuesta de Daniel, pensaba que al menos tendría la honestidad de confesarle que sí, que existió alguien y que estaba superándola; pero solo le había mentido descaradamente. Se percató de sus intenciones y lo esquivó de inmediato, no se convertiría en su segunda opción, porque para ella ya él era la primera, porque ya lo amaba y no merecía nada menos que ser amada también.

—Necesito descansar, si no tienes problema me gustaría quedarme sola, por favor —mencionó sin esconder su rabia.

—Perfecto —masculló y caminó hasta la mesa donde dejó las llaves de su auto, estaba vestido decentemente así que no sería problema salir sin perder más tiempo. No obstante, al llegar a la puerta no pudo continuar y con la mano puesta en la perilla se volvió para mirarla—: No entiendo qué es lo que quieres... qué ganas con...

—La verdad... eso es lo que gano... lo que necesito, y no sentir que le estoy robando tu compañía a alguien más...

—¡No existe nadie más! —gritó lleno de dolor y rabia. Ella sollozó y las lágrimas por fin desbordaron sus ojos. Él se sintió terrible—. Vanessa, lo siento... no debí —pronunció,

mostrándose arrepentido.

—No te preocupes... todo está bien —expresó con voz entrecortada y le hizo un ademán para que no se acercara.

Él cerró los ojos mientras era torturado por el miedo de perderla si le decía la verdad, si afrontaba que aún seguía enamorado de Victoria, sabía que Vanessa no aceptaría tener una relación con un hombre que todo el tiempo pensaba en otra mujer. Suspiró con desgano, descubriéndose una vez más atrapado en ese callejón sin salida, y como el cobarde que era se dio la vuelta y salió huyendo de ese lugar.

Vanessa mantuvo la esperanza de que él se abriese a ella, que le fuese sincero, pero esta se derrumbó al verlo salir de su casa, sin siquiera dedicarle una mirada o una palabra. Se dejó caer en el mueble y empezó a llorar, sintiéndose estúpida, vacía, decepcionada de ella misma por atreverse a pensar que un hombre como él en verdad podía enamorarse de alguien como ella.

—¿Por qué tuviste que presionarlo de esa manera?... ¿Y por qué no?... ¿Acaso no era justo que supieses toda la verdad? —Algo le decía que buscando la verdad podía llegar a sufrir más.

Daniel escuchó sus sollozos desde el otro lado de la puerta y se sintió mucho peor, quiso regresar y decirle toda la verdad, sabía que era lo menos que merecía, pero no estaba preparado para exponer sus sentimientos como Vanessa le pedía. Caminó de prisa mientras luchaba contra el remordimiento por dejarla así, subió a su auto y lo puso en marcha sin siquiera saber a dónde iría.

Comenzó a dar vueltas por el centro de la ciudad, no quería llegar a su casa; en realidad no deseaba estar en ningún lugar, y sabía que no tendría sentido porque a donde quiera que fuese se sentiría igual. Toda esa situación lo estaba volviéndolo loco; de pronto, detuvo el auto porque las lágrimas ya le empañaban la vista.

Le dio varios golpes al volante para descargar la rabia que le provocaba sentirse atado una vez más a un amor imposible, ese que pretendía arruinar todo lo que había ganado hasta el momento. Su vida comenzaba a equilibrarse, sentía que estaba siendo dueño de su destino una vez más, pero solo se estaba engañando como le dijo Vanessa, él nunca sería libre mientras siguiera amando a Victoria.

Después de varios minutos se limpió las lágrimas con rabia, encendió el auto y siguió recorriendo las calles. Se detuvo frente a un restaurante, entró y fue directamente hasta la barra del bar, pidió un whisky doble y se llevó el vaso a los labios, tomándolo de un trago, hizo una mueca de desagrado cuando sintió el licor inundar su boca y luego quemar su garganta, respiró profundamente y después exhaló.

—Deme otro igual por favor —mencionó, mirando el vaso en su mano, esperando encontrar en el alcohol un poco de alivio.

Después del segundo trago una alerta se encendió en su cabeza, no podía dejarse llevar por sus emociones y cometer los mismos errores de antes, se suponía que ya había aprendido la lección y que eso lo había hecho madurar. Sacó un billete de su bolsillo para pagar los tragos y luego salió, inhaló con fuerza para llenar sus pulmones de aire y así intentar calmar el torbellino de emociones que sentía; de pronto su mirada se perdió en la hermosa imagen del lago que mostraban esa pasividad que él necesitaba, atravesó la calle y se sentó en una banca.

La suave brisa de la tarde mecía su cabello cobrizo al tiempo que su mirada se perdía en las aguas del Cook que mostraban hermosos destellos, gracias al sol crepuscular. Sin proponérselo había llegado hasta ese lugar de nuevo, como hizo la primera vez que besó a Vanessa y ella sacudió su alma llenándola de emociones que no comprendía y que le daba miedo admitir.

En esa oportunidad pensó tener todo muy claro, estaba seguro del amor que sentía por Victoria y que un beso no cambiaría sus sentimientos, al menos fue lo que creyó en ese entonces, pero las

cosas habían cambiado, ahora Vanessa y él tenía una relación que le había traído paz y estabilidad. Con ella se había sentido feliz como no lo había sido con nadie, le había ayudado a alejar su dolor, la soledad y los fantasmas que de vez en cuando llegaban a torturarlo, pero ahora todo eso pendía de un hilo.

—¡Maldita sea, estoy atrapado! Preso de este amor que no tendré jamás y que me está impidiendo entregarme a alguien más —expresó en voz alta. Se llevó las manos a la cabeza y comenzó a llorar con fuerza—. Este es mi castigo y me lo merezco... lo sé, estoy pagando todo el mal que te hice, Vicky... el odio que una vez pensé sentir por ti no es ni la mitad de fuerte que este amor que me está consumiendo ¡¿Qué hago, Dios mío?! ¡¿Qué hago?! —rogó a ese ser supremo al que había aprendido a acudir gracias a ella.

Dejó que el llanto lo desbordase sin oponer resistencia, aprovechando que estaba solo en ese lugar y que no tenía que pasar la vergüenza de que lo viesen sufrir por un amor que siempre había sido imposible, y lo que era peor, llorar ante la posibilidad de perder otro que sí se había entregado a él por completo.

Capítulo 4

Vanessa pasó toda la tarde llorando y recordando las veces que Daniel la hizo feliz, como nunca pensó que volvería a serlo después de la muerte de su esposo. Durante mucho tiempo se cerró a todo aquello que tuviese que ver con el romance, aunque pretendientes no le faltaron luego de enviudar, ella prefirió quedarse sola porque temía no conseguir en un nuevo hombre, lo que Peter le había entregado.

Sin embargo, desde que conoció a Daniel ninguna barrera fue lo suficientemente fuerte para impedir que sus sentimientos empezaran a aflorar de nuevo, se vio envuelta en su encanto y sus atenciones. Al principio pensó que solo se sentía atraída porque era guapo, y que ese sentimiento nunca cambiaría, pero se había equivocado y lo peor era que ni siquiera sabía cómo había llegado a amarlo.

—Estoy enamorada de él y no puedo negarlo, desearía tanto que no fuese así porque es horrible saber que estoy amando sola..., porque, aunque sea atento y apasionado en la intimidad, no me ama. —Una vez más enterró su rostro entre las almohadas.

Un llamado a la puerta la hizo sobresaltarse porque no esperaba a nadie, tampoco estaba para recibir visitas, así que decidió ignorarlo, pero entonces lo escuchó de nuevo. Se levantó con cuidado de la cama limpiándose las lágrimas, luego se acercó al espejo y descubrió que estaba hecha un desastre, por lo que se acomodó un poco el cabello y se secó el rostro, pensando que lo más seguro era que se tratara de alguna vecina y no quería alimentar habladurías.

Sus ojos se llenaron de sorpresa y su corazón comenzó de nuevo su carrera desbocada, cuando vio que quien estaba bajo el umbral era Daniel. Se le veía triste y derrotado, con la mirada en el piso y las manos en los bolsillos de su pantalón; de pronto subió la mirada y pudo ver que él también había estado llorando. Eso la hizo contener el aliento y no pudo hacer nada más que mirarlo.

—¿Qué quieres de mí, Vanessa? —preguntó fijando su mirada vidriosa y atormentada en ella.

—Que seas sincero —respondió enseguida, intentando con todas sus fuerzas mantener sus lágrimas dentro de sí.

Él soltó un suspiro que más dio la sensación de ser un lamento, cerró los ojos y respiró profundamente para llenarse de valor, aunque había llegado hasta allí dispuesto a contarle todo, sabía que eso no sería sencillo. Su cuerpo estaba tan tenso como una piedra, pues sentía que llevaba el peso del mundo sobre sus hombros, abrió los ojos y allí estaba ella observándolo expectante.

—Está bien... te contaré todo —accedió con voz trémula.

Vanessa lo invitó a pasar y caminaron hasta el salón, ella tomó asiento y le indicó a él que hiciera lo mismo, pero Daniel dudó porque no deseaba estar a la misma altura de ella. Ya bastante complicado resultaba desnudarle su alma como para que también tuviese que verla a los ojos mientras lo hacía.

En ese aspecto seguía siendo reservado, porque sufrió mucho a causa de las burlas de Elisa y de su propia madre cuando se enteraron de lo que sentía por Victoria, así que lo que menos quería era que Vanessa pudiese ver cómo el dolor hacía estragos en él. Optó por tomar un cojín y sentarse en la alfombra, sintiendo que allí estaría menos vulnerable, pudo notar que ella se

sorprendía, pero no comentó nada al respecto y lo dejó estar donde quisiera.

—Yo tenía diez años cuando la conocí, ella llegó a la casa de mi familia materna para vivir allí junto a mi tío abuelo Stephen, a quien mi madre culpaba por todas las desgracias que había sufrido nuestra familia... era tanto el rechazo que mi madre sentía hacia esa niña, que sin siquiera conocerla mi hermana y yo comenzamos a odiarla.

Daniel comenzó su relato manteniendo la cabeza agachada porque le avergonzaba recordar aquello y mucho más tener que contárselo a Vanessa, probablemente ella acabaría odiándolo después de conocer su verdad. Aun así, se armó de coraje para continuar porque ella merecía conocer su pasado, saber el tipo de persona que era antes de que llegara a esa ciudad para comenzar una nueva vida.

Con cada revelación, Vanessa se sentía más sorprendida y empezaba a entender que no lo conocía en lo absoluto, pues nunca sospechó que él pudiera llegar a ser tan cruel, caprichoso y mezquino; lo creía una mejor persona. A medida que él avanzaba en su relato ella iba sintiéndose más decepcionada y dolida, porque comenzó a comprender que su relación no tendría futuro, ya que, así como su madre rechazó a esa pequeña por ser la hija de una campesina, lo mismo haría con ella por ser una simple secretaria, y además extranjera; a ella también la odiaría.

—He escuchado suficiente, no quiero saber nada más —dijo, poniéndose de pie, necesitaba alejarse de manera definitiva.

Daniel la sujetó de la mano para impedirle que se alejara, al tiempo que buscaba su mirada, necesitaba que ella lo comprendiera.

—Vanessa... sé que todo esto te puede resultar incómodo y te aseguro que para mí lo es mucho más..., pero a pesar de ello necesito contarte todo, no quiero que pienses que sigo siendo esa persona.

—No quiero escucharte... no quiero saber nada más, Daniel, tú eres el único culpable de todo lo que llevas dentro... si la hubieses aceptado desde un principio, haciendo a un lado tus prejuicios, quizá las cosas hubiesen sido distintas entre ustedes, pero no lo hiciste... no lo hiciste porque la considerabas inferior a ti... ¡Y te digo algo más, yo en su lugar habría actuado igual porque tú eres un miserable, Daniel Lerman, y no mereces que ninguna mujer te entregue su amor! —Le gritó, poniéndose de pie, necesitaba sacarlo de ese lugar y de su vida.

—¡No! Vanessa, no... yo era un chico caprichoso e inmaduro, pero todo eso forma parte del pasado, ya no soy así... ¡Por favor tienes que creerme...! —pidió, incorporándose rápidamente para caminar detrás de ella, no podía perderla por su estupidez del pasado.

Vanessa se detuvo y lo miró a los ojos, necesitaba ver si era sincero porque en el fondo de su corazón deseaba creer en él.

—Solo dime si sigues enamorado de ella. ¿Todavía amas a Victoria Anderson? —inquirió con el miedo apretándole la garganta y el corazón latiéndole desesperado, mientras luchaba por contener las lágrimas que estaban a punto de desbordarse.

—No lo sé... ¡Demonios, no lo sé! Yo me enamoré de ella porque me hizo ver lo que realmente importaba en la vida... sin siquiera proponérselo, Victoria me dio algo que jamás tuve, gracias a ella pude descubrir lo que era amar a alguien de manera incondicional... ni mi padre ni mi madre... ni siquiera de Elisa, nadie en ese entonces me brindó eso. —Su voz dejaba ver la desesperación que lo embargaba, se detuvo ya sin aire y las lágrimas bañaban su rostro.

Vanessa se quedó en silencio analizando cada una de las palabras de Daniel para intentar comprenderlo, pero en lugar de menguar su dolor, solo lo acrecentaba y comenzaba a sentir que algo la asfixiaba. No sabía qué decir o cómo actuar porque ella le había pedido que fuese sincero y él lo estaba siendo, contándole cosas íntimas de su familia, ese tipo de debilidades que muchas

personas buscaban ocultar porque las avergonzaban.

También se estaba exponiendo tal y como era, en ningún momento justificó sus acciones del pasado o responsabilizó a alguien más por sus errores. Le estaba mostrando su alma sin disfraces, haciéndole ver que era un ser humano con defectos, pero que estaba luchando desesperadamente por salir del abismo donde se encontró y ser una mejor persona; sin embargo, no sabía si eso le bastaba para creer en él y apostar por su relación, porque también estaba su madre y el desprecio que sentía por la gente pobre.

—Vanessa... yo sé que... que he fallado muchas veces en mi vida, que soy el peor de los miserables... pero si existe algo de lo que nunca... por favor, escúchame bien —mencionó al ver que ella se había quedado callada y buscó su mirada para decirle eso mirándola a los ojos—. Si existe algo de lo que nunca me arrepentiré es de todo este tiempo que he pasado junto a ti... tú me has dado tanto, me has dado paz y estabilidad... no puedo mentirte y decirte que ya no amo a Victoria... pero lo que siento por ti también es...

—Daniel, no sigas por favor... de verdad no sigas, yo te pedí sinceridad y no puedo quejarme de lo que obtuve, pero ya no deseo saber nada más ni seguir haciéndome ilusiones con algo que evidentemente no tiene futuro —expresó con la voz cargada de dolor.

—Sí lo tiene, si me das la oportunidad de demostrarte que he cambiado y que puedo ser un hombre mejor, verás que lo nuestro es posible... —Intentó sujetarle el rostro, pero ella le rehuyó.

—Lo siento, pero no puedo hacerlo no es tan fácil, necesito tiempo..., al menos para poder asimilar todo esto.

—Puedo comprenderlo, aunque te parezca extraño puedo entenderte... y ese era mi miedo, por eso te esquivé esta tarde cuando me lo preguntaste... Lo peor es que no puedo culparte por la decisión que has tomado, de verdad lamento mucho que esto haya terminado así y ni siquiera puedo pedirte que me perdones porque no estoy seguro de merecerlo... Solo te pido que no me condenes por mi pasado, porque he cambiado y eso puedo jurártelo.

Vanessa lo miró, luchando por mostrarse equilibrada.

—Solo el tiempo me demostrará si lo que dices es verdad..., de momento es mejor alejarnos y que nuestra relación sea solo laboral.

—Entiendo... te prometo que nada cambiará en ese aspecto, seguiremos trabajando juntos y... se hará como deseas. —Daniel lo sintió todo perdido cuando la vio darle la espalda, soltó un suspiro pesado y caminó para abrir la puerta.

—Te lo agradezco. —Vanessa tragó para pasar las lágrimas que le apretaban en la garganta, se dio la vuelta para no verlo marcharse, porque sabía que podía terminar reteniéndolo y perdonando todo.

—Me horrorizaba perderte, pero ahora sé que era inevitable. —Él no supo qué más decir, estaba derrotado, así que salió.

Vanessa estalló en sollozos presa del dolor y la desesperación, al ser consciente de que Daniel se había marchado, quiso salir corriendo tras él, pero se había petrificado. Estaba clavada en ese lugar mientras sentía que el corazón se le caía a pedazos y que respirar era cada vez más difícil, terminó por caer de rodillas al tiempo que su cuerpo entero se estremecía por el llanto amargo que la desgarraba.

Fabrizio cayó en una profunda depresión luego de su fallido intento por enfrentar a su pasado, imaginar que su familia nunca lo había conocido realmente era algo que no podía soportar. Ya que solo eso explicaría por qué ellos habían aceptado que ese hombre ocupase su lugar, que realmente creyesen que se trataba de él.

Recordaba lo unido que era a su hermana y no podía creer que ella no se hubiese dado cuenta de la diferencia, porque puede que físicamente fueran idénticos, pero sus personalidades debían ser distintas, el recuerdo de esa fotografía en el diario se lo gritaba, ese hombre no era igual a él. Sin embargo, ella estaba tan pequeña cuando se fue, que a lo mejor existía la posibilidad de que creyese que quien estaba a su lado era él, pero con sus padres las cosas eran distintas, no podía concebir que ellos tampoco notasen el engaño.

Todas esas dudas lo estaban matando en vida, haciendo que su dolor y que el vacío de sentir que lo había perdido todo, fueran insoportables, tanto que ni siquiera la presencia de Marion, o el ingenio y la ternura de su hijo, lograban alejarlo. Una vez más su mente se perdía entre sombras, y pasaba todo el día en el sillón de su habitación, mientras su mirada cristalizada por las lágrimas se perdía en el rosal de su esposa y que tanto le recordaba al de su madre.

«Madre, ahora es a él a quien le dará esos abrazos y palabras cariñosas a las que me tenía acostumbrado, esas por las que mi padre se molestaba y que me hacen tanta falta... mamá siempre me apoyó, hasta el último momento, me ayudó y lo que más me duele es que lo último que vi en su rostro fueron lágrimas que derramaba por mí».

Suspiró liberando su llanto, mientras los recuerdos se apoderaban de su mente llevándolo a ese día, ese maldito día que lo había destrozado, el inicio de su peor pesadilla.

30 de julio de 1914

Ya sabía que durante el día se le haría imposible entrar a la mansión de Antonella, por lo que decidió usar otra estrategia, aprovechó que sus padres habían salido a una cena con los Ferreti y que Fransheska estaba en casa de los Lombardi, para llevar a cabo su plan, se puso uno de sus trajes más sobrios para lucir como alguien adulto y escapó de la casa. Su corazón palpitaba rápidamente a medida que se acercaba a la mansión, mientras repetía las palabras que había ensayado para que ella lo perdonase y hasta le compró un ramo de rosas blancas, sus esperanzas estaban renovadas después de vivir tantos días en agonía.

Ya estaba entrada la noche cuando subió la escalinata que llevaba a la mansión de dos plantas con paredes pintadas de un cálido amarillo, mostrando el más puro y hermoso estilo florentino. Llamó a la puerta y le abrió Eva, como ya sospechaba Federico y Gastón no estaban por ningún lado, así que no le fue difícil eludirla, ya que ella por su avanzada edad no pudo detenerlo cuando corrió hacia las escaleras para subir a la habitación de Antonella.

—¡Niño... no por favor, no suba, no vaya a la recámara de la señora...! —dijo nerviosamente tratando de seguirlo.

Sin embargo, cuando logró llegar a lo alto de la escalera, ya él estaba girando la perilla de la puerta para abrirla, y ella no pudo hacer nada más que boquear como pez fuera del agua, se llevó una mano al pecho, al tiempo que lo veía quedarse como una estatua debajo del umbral. Sus ojos se llenaron de lágrimas porque sabía lo que el pobre muchacho vería dentro de la habitación, eso la hizo sollozar.

El ramo de rosas se deslizó de la mano de Fabrizio y cayó pesadamente al suelo, haciendo que varios pétalos se desprendieran con el golpe, de la misma manera en la que se despedazó su corazón al ver a Antonella en la cama junto a otro. Sus ojos no podían dar crédito a la escena que presenciaban, ella estaba desnuda sobre ese hombre, mientras él le lamía los senos de una manera asquerosamente lasciva y ella gemía como si disfrutase de todo aquello.

En ese instante el cielo se le desmoronaba y todos los sueños que tenía junto a ella se hicieron añicos, sin poder evitarlo un sollozo escapó de sus labios expresando el dolor que se apoderó de

su pecho, mientras un nudo de lágrimas amenazaba con asfixiarlo. En su cabeza solo se repetía una interrogante: «¿Por qué?» «¿por qué ella estaba haciéndole eso?» Quiso correr y alejarla de ese miserable, mirarla a los ojos y gritarle esa pregunta, pero el dolor y la decepción le habían robado la voz, así que sollozó mucho más fuerte.

Antonella, al escuchar ese sonido se percató de su presencia y todo el cuerpo se le tensó hasta casi volverse un bloque de granito, se alejó con algo de torpeza de Adriano e intentó cubrirse con las sábanas revueltas a su alrededor. En medio de todo ese caos, lo único que se le ocurrió fue que, quizás, era lo que él necesitaba para olvidarse de ella de una vez por todas, aunque eso le rompiera el corazón.

—¡Cierra la puerta, Fabrizio! ¡Cierra la puerta! —gritó sin mirarlo.

Él escuchó su voz como si estuviese muy lejos de allí, pero sus palabras llegaron a sus oídos y tuvieron la fuerza suficiente para desgarrarle el corazón. Las lágrimas lo sobrepasaron, y quiso acabar con todo, por lo que cerró la puerta y se dio media vuelta, luego se encaminó con la poca fuerza que tenía y bajó las escaleras.

—Mi pequeño. —Le dijo Eva y lo abrazó, él se aferró a ella mientras sollozaba, eso le partió el corazón, así que lo llevó a la cocina y lo sentó en una silla donde siguió abrazándolo y meciéndolo.

Sabía que no podía dejarlo ir en ese estado, y se le ocurrió prepararle un té para calmarlo un poco, de la boca de Fabrizio no salía una sola palabra solo lágrimas silenciosas, estaba como ido del mundo. Supuso que aún no asimilaba lo que acababa de ver, así que comenzó a hablarle para tratar de reconfortarlo con palabras, pero todo parecía en vano, él no mostraba otra emoción en su rostro que no fuese dolor, lo sucedido lo había destrozado.

Así pasaron algunos minutos hasta que se escuchó el sonido de un portazo que claramente provenía de la habitación de Antonella, luego unos fuertes pasos bajar las escaleras. En ese momento, algo lo poseyó, se puso de pie con rapidez encaminándose hacia el salón y en cuanto vio al hombre se le fue encima para reventarlo a golpes.

—¡Señora! ¡Señora! —Eva intentó detenerlo, pero le fue imposible, sabía que la única que podía hacerlo era su patrona.

Fabrizio tenía el rostro enrojecido por la ira, sus facciones se habían hecho más adustas y todo en su actitud advertía de lo peligroso que podía ser en ese momento. No le dio tiempo a Adriano de reaccionar, le dio un golpe en la mandíbula haciéndolo trastabillar y rodar por las escaleras, él bajo rápidamente y le dio otro golpe, luego empezó a darle patadas con toda la rabia que tenía por dentro, quería matar a ese infeliz por haber tocado a Antonella.

—¡Joven... por favor deténgase, ya no siga! —Eva lo sujetó por un brazo para que dejara de golpear al señor Doglio, pero Fabrizio estaba como poseído y no hacía caso a sus ruegos.

Adriano no pudo reaccionar en un principio, porque aún se sentía desconcertado por la intromisión de ese joven en la habitación y por la actitud que tomó Antonella después de eso. Sin embargo, al ser consciente de lo que estaba pasando, consiguió alejarse y como pudo levantó su cuerpo dolorido del piso, de inmediato su instinto le exigió venganza y con una mirada iracunda se acercó hasta Fabrizio, lo agarró por la corbata y lo haló hacia él para darle un golpe.

—¡No!... ¡No, Adriano!... ¡Es un niño!... Es apenas un niño —pronunció Antonella y bajó las escaleras corriendo, llegó hasta él y lo sujetó por la cintura, arrodillándose—. ¡No le hagas nada, por favor...! Por favor —suplicó mientras lloraba, sabía que al momento de golpearlo, ella no tendría la fuerza necesaria para detenerlo.

Adriano la miró con rabia y dudó en hacer lo que le pedía, se limpió el hilo de sangre que salía de su comisura y luego se llevó una mano al costado, al sentir el dolor de las patadas de Fabrizio.

—Te salvas por eso, mocoso —espetó con rabia y lo empujó haciéndolo caer junto al ama de llaves.

Le dedicó una mirada cargada de resentimiento y decepción a Antonella, pues no tenía que analizar mucho las cosas para saber que ella y ese pobre imbécil tenían algo. No podía creer lo bajo que había caído para meterse con un estúpido muchacho, cuando podía tenerlo a él; caminó hacia la puerta y salió azotándola con fuerza.

Antonella posó su mirada en Fabrizio y poco a poco el miedo fue abandonando su cuerpo, al comprobar que él parecía estar bien; sin embargo, la tensión estaba a punto de quebrarla y sabía que si pestañaba una sola vez iba a terminar derramando su llanto. Por ello se escudó detrás de la molestia, ayudó a poner de pie a la pobre Eva, y luego le dedicó una mirada cargada de reproche.

—Supongo que estarás satisfecho con lo que viste, ahora márchate a tu casa y no regreses —ordenó, dándole la espalda y subió a su habitación, necesitaba alejarse de él.

Fabrizio sintió como si le hubiese dado una bofetada la escucharla decirle eso, pero era mayor el dolor de perderla, así que sin importarle que estuviese furiosa, se encaminó detrás de ella porque necesitaba pedirle disculpas por su comportamiento tan impulsivo.

—¿Niño, a dónde va? No se humille más por favor.

—Tengo que pedirle disculpas, Eva, fui un bruto —respondió entre lágrimas y subió. Entró sigilosamente y en un acto muy masoquista posó su mirada en la cama que estaba desordenada, la arrancó para no llenarse de rencor y la buscó a ella, encontrándola en la terraza mirando hacia el jardín—. Antonella... yo...

—Vete Fabrizio... es mejor que lo hagas... ¿Acaso no fue suficiente con lo que viste? —cuestionó con rabia.

—No... no, Antonella, yo te amo y si me dices que solo lo hiciste porque estabas molesta conmigo, te juro que me olvido de todo, hago de cuenta que no vi nada, que todo fue una visión de mis estúpidos celos... Antonella, perdona mi estupidez y que fuese tan impulsivo, pero no estaba pensando... solo necesitaba sacar la rabia que tenía dentro del pecho. —Caminó hacia ella mientras lloraba y la abrazó por la espalda—. Antonella, perdóname... y haré de cuenta que no vi nada... no vi nada, pero no me dejes, mi amor por favor... no puedo salir adelante, no puedes haber olvidado todo lo que hemos vivido, Antonella, tú eres mi vida... te lo he dicho miles de veces —pronunció con el dolor haciéndole girones la garganta.

—Suéltame, Fabrizio, ya todo se acabó, se terminó... ¿Cómo quieres que te lo diga? —Ella trataba de soltarse del agarre en su cintura, pero él más se aferraba.

—No lo entiendo, mírame... Antonella, mírame —rogó, pero ella logró soltarse y se escabulló para salir de la habitación.

—¡Eva... Eva llama a Federico, que se lleve a Fabrizio que lo saque así sea por la fuerza! —ordenó con la voz vibrándole por tener que contener las lágrimas, debía mostrarse firme.

—Antonella... tenemos que hablar, por favor —pidió una vez más, intentando acercarse a ella, pero solo conseguía que se alejara.

—¡Ya basta, Fabrizio... esto se acabó, entiéndelo de una vez! —dijo dándole la espalda para caminar a su habitación.

Fabrizio se puso delante de ella para impedir que huyera, necesitaban hablar y que le diera una explicación de sus actos.

—¡No! ¡Esto no se puede acabar! Por favor dame una oportunidad, te prometo que todo será distinto... que será mejor.

—Sí, será mejor estando cada uno por su lado —sentenció, mirándolo a los ojos y al ver cómo el dolor se reflejaba en esos hermosos ojos topacio, no pudo mantener su vista allí por más tiempo

y vio que en ese instante aparecía su chofer—. Federico lléveselo... ¡Ahora! —demandó y subió de prisa las escaleras.

—Joven, acompáñeme por favor... vamos a llevarlo a su casa. —Federico lo sujetó por el brazo para hacer que caminara.

—¡No... no me voy...! —dijo negando con la cabeza e intentó ir detrás de Antonella—. Mi amor, Antonella, por favor no me saques de tu vida, no de esta manera —suplicó una vez más, pero al ver que ella no se detenía se desesperó—. ¡Antonella! ¡Antonella! —gritó mientras Federico lo sacaba prácticamente arrastras.

—Joven, baje la voz por favor, son las dos de la madrugada, va a despertar el vecindario. —Federico intentó hacerlo entrar en razón, y al fin logró subirlo en el auto, luego se puso en marcha con rapidez, antes de que se le diese por bajar de nuevo.

Condujo hasta la villa de los Di Carlo y durante el trayecto solo podía escuchar los sollozos cargados de dolor del muchacho, le apenaba mucho toda la situación, pero en el fondo sabía que esa relación no tenía futuro. Su patrona no era una mujer que fuese a casarse con un chiquillo ni mucho menos a formar una familia, ella era una mujer distinta y parecía que ningún hombre lograba llenar el espacio dejado por su difunto patrón, menos lo haría un niño.

Capítulo 5

31 de julio de 1914

Los esposos Di Carlo habían regresado casi a medianoche de su cena con los Ferreti, de inmediato Anna les informó que Fabrizio no estaba en la casa; que había salido sin informarle a nadie de a donde iría o si regresaría a dormir. La molestia se apoderó de Luciano, pues sentía que su hijo comenzaba a escapársele de las manos, cada vez se tomaba más libertades y ni siquiera había cumplido la mayoría de edad, intentó relajarse porque no tenía caso alimentar la rabia esa noche, pero se prometió que al día siguiente tendría una charla larga y tendida con su hijo.

Subió a su habitación y se dispuso a dormir; sin embargo, se le estaba haciendo difícil conciliar el sueño, solo daba vueltas y vueltas en la cama, así que a media madrugada decidió bajar para tomar un trago de brandy, eso siempre le ayudaba. Descendía por las escaleras cuando vio las luces de un auto que entraba a la propiedad, de inmediato sintió que un peso se alojaba en su estómago, por lo que bajó más de prisa mientras pensaba en su hijo.

Antes de abrir la puerta miró a través de los paneles de cristal y descubrió que era el auto de Antonella Sanguinetti, quitó los seguros con rapidez y al abrirla vio que el chofer ayudaba a bajar a Fabrizio. Su hijo se veía desconsolado, aunque físicamente parecía estar bien, pero su imagen le provocó un profundo dolor, se acercó a él queriendo abrazarlo, pero no llegó a hacerlo, porque recordó que debía reprenderlo por la manera en la que se marchó de la casa.

—Buenas noches, señor Di Carlo. —Lo saludó Federico—. Lamento molestarlo a esta hora, pero la señora Sanguinetti me pidió que trajera al joven —indicó, mostrándose apenado.

—¿Sucedió algo malo? —preguntó, sin apartar su mirada de Fabrizio, notando que tenía el rostro hinchado y enrojecido.

—Será mejor que se lo diga su hijo, si me disculpa, debo regresar.

—Comprendo, muchas gracias por traerlo. —Luciano agarró a su hijo por el brazo para meterlo a la casa y después cerró la puerta.

—Padre... disculpe —expresó entre lágrimas.

—Vamos al despacho, no quiero que tu madre baje y se dé cuenta de todo esto —ordenó, mirándolo con seriedad. Entraron y el primero en dejarse caer en el sillón frente al escritorio fue Fabrizio, parecía que apenas podía mantenerse en pie—. ¿Qué sucedió? —preguntó yendo directo al grano, al tiempo que tomaba asiento.

—Solo discutimos, nada más —respondió, esquivando la mirada inquisitiva de su padre, que lo hacía sentirse peor.

—¿Estás seguro de que solo discutieron? —inquirió y se molestó mucho más, cuando vio que asentía—. Fabrizio Alfonzo, puedes dejar de vernos la cara de estúpidos a tu madre y a mí, ¿crees que no nos damos cuenta de todo lo que te está pasando? Es evidente que esa mujer te dejó, es eso ¿verdad? Ella terminó la relación —concluyó porque ya lo sospecha, y el sollozo que escapó de labios de su hijo solo se lo confirmó—. Bien que te lo dije... Fabrizio no te entregues por completo si no estás seguro de su amor, y me aseguraste que lo estabas... ¿Acaso crees que porque se acostaba contigo te amaba?... El hecho de que una mujer te entregue su cuerpo no quiere decir que también te esté entregando su corazón.

—Yo la amo, padre... la amo —susurró llorando.

—¡Tú la amas, pero ella no, carajo! —gritó lleno de rabia e impotencia al ver a su hijo sufrir de esa manera—. Y deja de llorar ¡eres un hombre! —cuestionó, para hacerlo reaccionar.

—No me pida que deje de hacerlo porque en este momento no puedo. —Bajó el rostro mientras las lágrimas mojaban sus mejillas porque no podía sacarse de la cabeza lo que había visto; sin embargo, se obligó a bloquear ese recuerdo y aferrarse a todo lo que había vivido con Antonella—. Ella me quiere, solo está molesta, pero me va a perdonar, mañana iré a hablar con ella y sé que todo se va a solucionar —agregó queriendo mostrarse convincente.

—No, tú no vas a ninguna parte. Mañana te quedas aquí en la casa ya está bueno de que te estés humillando —sentenció furioso.

—Pero, padre... —Intentó mediar con él.

—Pero nada, te quedarás aquí y dejarás de pensar en Antonella Sanguinetti..., esto se acaba hoy y es mi última palabra. El hijo de Luciano Di Carlo no se va arrastrar por ninguna mujer, así que te vas a tu habitación y de ahí no sales hasta que yo lo diga.

—Usted acaba de exigirme que sea un hombre, entonces lo seré... Mañana iré a casa de mi mujer y solucionaré todo, es una decisión que solo me corresponde a mí —pronunció con gesto altanero.

—¡Vas a hacer lo que te he dicho y no se habla más del tema! —Le dio un golpe al escritorio, para no dejar dudas de su autoridad.

—¡No puede castigarme como a un niño! —refutó, poniéndose de pie, por primera vez se revelaba de esa manera ante su padre.

—Claro que puedo porque soy tu padre y mientras vivas bajo mi techo acatarás cada una de mis órdenes, así que ahora mismo te vas a tu habitación —pronunció con la voz vibrándole por la rabia, el rostro enrojecido y el ceño profundamente fruncido.

—No... no va a prohibirme que vea a Antonella. —Se obligó a ser valiente, aunque sentía que el miedo recorría su interior.

—¡Te vas a tu habitación, Fabrizio Alfonzo, ahora mismo! —exclamó poniéndose de pie con actitud amenazante—. ¿O prefieres que sea yo quien te lleve? —inquirió, con su mirada fija en la de él.

Fabrizio supo que su padre hablaba en serio, era capaz de llevarlo a arrastras a su habitación, y aunque él podía poner resistencia, jamás actuaría de esa manera con su padre porque lo respetaba; sintiéndose derrotado dejó caer los hombros y salió del despacho. Estando bajo la ducha se dio la libertad para llorar y sacar de su pecho todo el dolor que sentía, pero era imposible pues este no menguaba con nada.

Nunca pensó sentirse de esa manera, tan devastado, apenas podía respirar en medio de tantos sollozos, y por más que intentaba bloquear la imagen de Antonella desnuda sobre ese hombre, no conseguía hacerlo. Se dejó caer al suelo mientras decenas de dudas asaltaban su cabeza, y su cuerpo se estremecía a causa del llanto; poco a poco comenzó a entumecerse y solo así el dolor se fue aplacando. Cerró la llave, se puso de pie y luego vistió una bata de paño, estuvo durante unos minutos dando vueltas en su habitación, tentado de ir de nuevo a casa de Antonella, pero en ese instante escuchó las voces de sus padres y al parecer estaban teniendo una discusión, de seguro era por su culpa.

Eso lo hizo sentir muy mal y decidió que era mejor esperar, a lo mejor después de descansar, lo pensaría todo con mayor claridad y conseguiría la forma de solucionar lo ocurrido, no podía seguir preocupando a su familia. Se puso el pijama y se metió a la cama, quedándose dormido a los pocos minutos.

Cuando se despertó sentía que la cabeza le iba a estallar, pero apenas se preocupó por eso, lo

primero que hizo fue buscar la hora en el reloj sobre la mesa de noche, al ver que era casi mediodía se puso de pie enseguida para cambiarse. Luego de varios minutos estaba listo, pero al intentar abrir la puerta la encontró cerrada con llave y entró en pánico, por lo que empezó a tirar de esta con fuerza, intentando abrirla.

—¡Padre, ábrame! ¡No me puede tener como un prisionero! ¡Padre, déjeme salir!... Madre... ¡Madre, abra la puerta, por favor!... Por favor, no me pueden encerrar todo el tiempo, no soy un niño de cinco años, ¡Fran... Campanita!... Fransheska. —Se cansó de llamar sin recibir respuesta, y ni siquiera podía salir por la ventana.

Así pasó los días, encerrado como si fuese un prisionero, su padre ni siquiera lo dejaba bajar a comer con ellos, era su madre quien le llevaba la comida y se quedaba un rato con él, consolándolo. Muchas veces quería escapársele, pero sabía que la metería en problemas con su padre si hacía algo como eso; además, odiaba hacerla sufrir y ponerla en una disyuntiva entre ambos.

04 de agosto de 1914

Inglaterra le declaraba la guerra a Alemania, y aunque fuese cruel y egoísta de su parte, él se sintió feliz, porque eso significaba que no regresaría al internado. Sin embargo, sus esperanzas se cayeron por un abismo cuando su padre recibió una carta del colegio, donde le decían que las clases se reanudarían la segunda semana de septiembre, porque la seguridad de los alumnos no estaba comprometida, ya que el frente de batalla estaría en la frontera franco-alemana.

El desespero se apoderó una vez más de Fabrizio, necesitaba ver a Antonella y hablar con ella antes de regresar a Londres; por suerte su padre le levantó el castigo con la condición de que no fuese hasta Florencia para intentar hablar con ella. No podía arriesgarse a ser castigado de nuevo, por lo que recurrió de nuevo a Fransheska, aunque su hermana se había negado la última vez a seguir llevando sus cartas porque la lastimaba ver su dolor, al no recibir una respuesta, se condolió de sus súplicas y aceptó llevarla aprovechando que esa tarde iría a sus clases de ballet en el teatro.

Su padre le había permitido a su hermana continuar las clases y él suponía que era para alejarla de la situación que atravesaba, pues consideraba que le estaba dando un mal ejemplo, como si fuese un criminal. Sin embargo, sabía que Fransheska lo entendía y por eso le ayudaba; en cada carta le explicaba a Antonella lo mal que estaba y que solo quería que le diera una oportunidad para hablar.

Su corazón se llenó de esperanzas cuando Fransheska le hizo entrega de una hoja doblada, estaba tan emocionado que no pudo evitar que su mano temblara cuando la recibió, se la llevó al rostro para absorber el aroma de Antonella y luego se dispuso a leer. El corazón se le desbocó al enterarse de que ella había accedido a verlo al día siguiente en el muelle a las siete de la noche.

06 de septiembre de 1914

Su padre no le pasaba llaves a su habitación así que no le fue difícil escaparse para acudir a su cita, no le importaba si después de eso terminaba castigado de nuevo, pero tenía que arriesgarse.

Llegó al muelle faltando cinco minutos para las siete, estaba ansioso y por eso caminaba de un lado a otro, tenía una presión en su pecho y un peso en su estómago que estaba a punto de hacer que se pusiera a llorar con tan solo imaginar que ella no llegaría. De pronto vio su auto estacionarse cerca de la entrada, Federico bajó y caminó hasta la puerta trasera para abrirla, el

alma le volvió al cuerpo en cuanto vio a su amada bajar y a pesar de que ya era noche, todo su mundo se iluminó como si acabase de salir el sol

—¡Antonella! —mencionó caminando hacia ella con una gran sonrisa, quería tenerla entre sus brazos para abrazarla y besarla.

—Fabrizio... solo he venido a decirte adiós, y a pedirte que por favor te olvides de mí —expresó con voz trémula, sintiendo a su corazón latir desesperado con solo verlo.

—Antonella, sabes que no podré olvidarme de ti.... Porque te amo y sé que tú también me amas... solo pídemme que no me vaya y no lo haré, me escapo de la casa y me voy a vivir contigo... estaremos juntos para siempre... —dijo, intentando tomarle las manos, pero ella se alejó negando con la cabeza.

—No... tú no vas hacer eso porque es una estupidez. Debes quedarte en tu casa..., con tu familia.

—Pero yo quiero estar contigo —refutó acercándose más—. Antonella, por ti estoy dispuesto a todo, porque te amo.

—Pero yo no... yo no te amo... todo fue mentira, Fabrizio... Nunca te amé... no lo hice —mencionó sin mirarlo a los ojos.

—¿Entonces por qué me lo decías? —preguntó con un nudo en la garganta, negándose a creer que lo que le decía su padre era cierto.

—Por la estúpida idea de que querías un hijo, solo a ti se te ocurre eso... ¿Qué te hacía pensar que yo quería un hijo tuyo? —cuestionó mostrando un gesto de fastidio, y seguía sin mirarlo.

—El hecho de que tú me amaras, eso me hizo pedirte que tuviéramos un hijo. —Él no podía entender por qué era tan dura.

—¿Pero es que no te das cuenta de que solo eres un muchacho? No tienes la madurez para ser padre... ¡por el amor de Dios, si aún dependes del tuyo! —Le recordó y su voz reveló algo de desprecio.

—Puedo ser lo que quiera si me lo propongo... Te lo demostré al conquistarte y ser un hombre para ti —expuso con seguridad.

—Tú no me conquistaste... yo solo cedí porque me emocionó el hecho de que fueras virgen, te utilicé para saciar mi morbo, además, ni con todo lo que te enseñé llenaste mis expectativas, Fabrizio, lo siento, pero necesito a un hombre de verdad no a un chico... —Cada vez hacía sus palabras más duras, sabía que lo estaba lastimando, pero esa era la única manera en la que podía hacer que la olvidara.

—¡Todos lo que dices es mentira! —espetó, temblando de rabia.

—Sabes muy bien que no... y ya me cansé de esto, no pienso seguir perdiendo mi tiempo contigo, así que ve... ve y estudia para que seas un gran abogado y cuando eso pase ni me lo agradezcas, porque el error más grande que he podido cometer en mi vida fue haber llegado hasta ti esa tarde y explicarte los malditos artículos. —Se dio la vuelta para marcharse porque que las lágrimas estaban ahogándola y sabía que de un momento a otro se quebraría.

—¡Ni eso podré hacer! ¡Renuncié a eso por ti! —Le gritó con toda la rabia y el dolor que había en su alma.

Antonella se estremeció al escuchar ese reproche, y sin poder evitarlo un sollozo escapó de sus labios, se llevó la mano a la boca para evitar que la escuchara. Descubrir que todo era cierto le dolió demasiado e hizo que reforzara aún más su decisión de acabar con esa relación, cerró los ojos conteniendo sus lágrimas y respiró profundo, necesitaba terminar con esa situación.

—No voy a estudiar leyes... —esbozó con voz trémula, mostrándose derrotado—. Estudiaré medicina... esa fue la condición que mi padre me puso para que pudiera seguir a tu lado, renuncié

por ti y ahora tú me dejas... —Un sollozo le quebró la voz.

—¡Nunca te pedí que lo hicieras, no me culpes a mí de ello porque yo ni siquiera lo sabía! — espetó furiosa, sentía que él la había engañado al no hablarle sobre eso—. Aún puedes estudiar leyes, ya no estarás conmigo así que tu padre no puede obligarte a nada... dentro de un par de años serás adulto y podrás hacer lo que te plazca con tu vida, a mí me da lo mismo, ya no hay nada en ti que me interese, quería estar con un inexperto y ya lo tuve.

—¿Por qué eres tan dura conmigo? —preguntó llorando.

—Porque la vida es dura... te lo he dicho muchas veces. —Su expresión era de frialdad e indiferencia, pero por dentro se desboronaba porque la vida la estaba golpeando como nunca.

—¿Antonella, que va a pasar conmigo? —cuestionó desesperado.

—No lo sé, ni me interesa... ya te he dicho que no me interesa lo que te pase... ¡Por Dios! — exclamó deseando huir de ese lugar.

—Me moriré, Antonella, me duele el alma —expresó en medio de un sollozo y estiró su mano para intentar alcanzarla.

—No te vas a morir, no seas dramático, esto pasará y vas a superarlo, cuando conozcas a otra ni te acordaras de mí. —Esas palabras le dolieron más a ella de lo que pudieron herirlo a él.

—Antonella, no puedes ponerle un punto final a nuestra relación. —Fabrizio se arrodilló y la abrazó mientras ella le daba la espalda.

—Hace un mes que se lo puse, Fabrizio, pero no quieres aceptarlo. —Le recordó, mientras miraba al cielo pidiéndole ayudaba a Dios para terminar con todo eso y no sufrir más.

—Antonella... en estos tres meses no concebía despertar y aceptar que nuestro amor terminó, aunque me grites a la cara que no me amas, no lo creo, es mentira que no sientas nada después de que te he amado todos los días... ¡Te lo he dado todo, Antonella y estoy dispuesto a darte más porque yo soy para ti y tú eres para mí... eras para mí y ahora me das la espalda diciéndome que no te importo, te he entregado mi vida y ahora tú me dices que todo es falso... de haberlo sabido no te hubiera amado tanto...! —expresó con rencor.

—Ya... Por favor, Fabrizio —pidió y se mordió el labio para ahogar sus sollozos, pensando en que nunca debió aceptar ir a ese encuentro, no debió ceder a su deseo de verlo una vez más.

—Tal vez fui quien cometió el error, pero no es justo que me dejes por eso, sabes que mi mundo gira a tu alrededor y que te estás llevando mi vida en este adiós... Antonella, que no me ames tiene que ser mentira... Dime que es mentira, por favor y no me pidas que te olvide porque no lo voy hacer... no lo voy hacer ni después de muerto —aseguró aferrándose a ella, no quería perderla—. Mi amor, tal vez yo no... no puedo darte el placer suficiente porque aún me falta experiencia, pero puedo aprender y te aseguro que te haré sentir más placer que cualquier otro hombre que hayas tenido en tu vida.

—¡Ya basta! Cállate y suéltame... ¡Suéltame, Fabrizio! —Le exigió y forcejeó con él para que la dejara ir, ya no podía seguir allí torturándose y lo que era peor, lastimándolo—. ¡Esto se acabó!

—¡Antonella... por favor! —rogó soltándola, pues no quería imponérsele, así que la liberó y vio que ella intentaba alejarse.

Sin embargo, Fabrizio actuó con rapidez consiguiendo sujetarla del brazo, la giró hacia él y sin darle tiempo a protestar, la tomó de la nuca para acercarse y así apoderarse de sus labios con un beso ardoroso, urgido y hasta rudo, que le suplicaba que se quedara a su lado. En un principio la sintió tensarse e intentar alejarlo, pero luego cedió y terminó besándolo con el mismo ímpetu, enredó los dedos en su cabello y comenzaron a devorarse a besos, lo que hizo que sus esperanzas se renovaran.

—Antonella —susurró emocionado, no quería dejar de besarla; la escuchó sollozar y eso lo

hizo sentir confundido—. Mi amor...

—No..., esto solo fue un beso de despedida, lo nuestro acabó, Fabrizio. —Aprovechó su conmoción para salir huyendo.

—¡Ya lo sé! Sé que, aunque me arranque con las manos el corazón y te lo entregue en este momento no cambiará nada, ya sé que todo este tiempo fui un estúpido, un iluso... un mocosito ¡Un maldito mocosito! Solo quiero que recuerdes algo, Antonella Sanguinetti... ¡Tú acabas de matarme! ¡Recuérdalo siempre, me mastate! —gritó sintiendo que su garganta se desgarraba.

Fabrizio se quedó de rodillas llorando y lo hizo durante horas y horas, sin importarle el frío que le calaba hasta los huesos, o que su padre le daría el castigo de su vida en cuanto volviese, ya no le importaba nada pues su mundo se había derrumbado. El sol apenas se asomaba en el horizonte cuando se puso de pie para ir hasta su casa, pero apenas había dado un par de pasos cuando su corazón le pidió seguir avanzando, giró y comenzó a correr hacia la casa de Antonella, necesitaba verla una vez más, aunque fuese una.

Al llegar lo recibió Eva, diciéndole que ella acababa de salir a la estación de trenes. Fabrizio no le creyó por lo que subió corriendo a la habitación y comenzó a revisar todo, el armario estaba casi vacío solo estaban las prendas que él había llevado, bajó con prisa y antes de salir Eva lo detuvo.

—Mi niño yo sé que ha sufrido... pero sé que es por amor. —Se llevó la mano a uno de los bolsillos de su uniforme y le entregó unos billetes, sabía que él sería capaz de irse corriendo hasta la estación, así que le ayudó para que tomara un taxi, quizá si se daba prisa podía cambiar su destino y el de su patrona, quien también estaba sufriendo por todo eso, aunque intentara esconderlo—. Tenga cuidado por favor. —Le dijo con la mirada cristalizada.

—Gracias, Eva... me voy mañana a Londres así que no nos veremos en un tiempo, pero no me olvide en estos meses. Sabe que la quiero mucho —pronunció, mirándola a los ojos, se abrazó a ella le dio un beso en la mejilla y otro en la frente.

—No, mi niño, nunca... nunca podré olvidarlo... ¿Cómo olvidar al nieto que no tuve? Ahora apúrese antes de que se le vaya el tren —dijo luego de darle un beso en la frente y derramar un par de lágrimas, mientras pedía al cielo que él pudiera alcanzar a su señora.

Cuando llegó a la estación ya el tren estaba por partir, así que burlando la seguridad logró llegar hasta los andenes y comenzó a correr detrás de la locomotora. Alcanzó a ver a Antonella de espaldas y empezó a llamarla a gritos, pero ella no se volvió y era imposible que no supiera que él estaba allí, porque los demás pasajeros sí se volvieron a mirarlo.

Sin embargo, ella no lo hizo y lo único que quería era verla a los ojos una vez más, solo eso; el tren se alejó y él siguió murmurando su nombre mientras caía de rodillas y sus lágrimas salían sin poder evitarlo, ni siquiera le importaba que estuviese rodeado de un mar de personas. Los sollozos se hicieron más fuertes, por lo que se llevó las manos al rostro para esconder su vergüenza, no podía hacer nada más porque no tenía ni siquiera las fuerzas para ponerse de pie; de pronto sintió que una mano se posaba en su hombro

—Vamos a la casa, Fabrizio... ya deja de hacer el ridículo —expresó Luciano con un tono molesto, aunque por dentro se sentía aliviado, había llegado hasta la estación con el alma pendiendo de un hilo al creer que su hijo terminaría escapando con esa mujer.

Fabrizio sabía que ya no podría hacer nada por lo que se puso de pie y lo acompañó, ni siquiera podía levantar la cabeza y mirarlo a la cara, él se lo había advertido, le había dicho que Antonella no lo amaba, y tenía razón, ella nunca lo amó. Por suerte el trayecto a su casa fue en completo silencio, quizá su padre se conmovió al ver su estado y por eso no le hizo ningún reproche, ni le pidió que dejara de llorar como hacía siempre que lo veía hacerlo, al llegar su

madre lo esperaba en el salón así que corrió y se aferró a ella.

—Se fue, mamá... se fue... me dejó... —esbozó, mientras todo su cuerpo se convulsionaba en los brazos de Fiorella, quien también lloraba al ver el sufrimiento de su hijo.

—Ya, mi niño... nenito, trata de calmarte... no llores así que a tu mami se le rompe el corazón —susurró, acariciándole la espalda.

—Fabrizio, ve a dormir, no has dormido nada y eso no es sano. —Le ordenó Luciano, estaba preocupado por su hijo y también Fiorella, pues ella tampoco había dormido bien en toda la noche.

—Padre... por favor, no me encierre, no me voy a escapar más se lo prometo, pero no me encierre —pidió, desviando la mirada a él.

—No te voy a encerrar, pero ahora ve a darte un baño y te acuestas —mencionó, tratando de hacer que su hijo se sintiera mejor.

—Ve, mi corazón, tu padre tiene razón, debes descansar —acotó Fiorella, acariciándole el cabello mientras intentaba dejar de llorar.

Fabrizio se soltó del abrazo de su madre y afirmó para no preocuparla más, le dio un beso en la mejilla y luego se encaminó a su habitación. Sentía que se había quedado vacío, era como si Antonella hubiera abierto su pecho y de un tajo le arrancara el corazón, sabía que nada aliviaría el dolor que llevaba por dentro.

—Fabri... ven acá hijo. —Luciano le extendió los brazos para brindarle un abrazo, no podía dejarlo ir viéndolo tan destrozado.

—Papá... —Fabrizio se giró y con premura llegó hasta su padre, quien lo amarró en un abrazo que lo hizo sentir un poco reconfortado, mientras el llanto se hacía cada vez más doloroso.

—Hijo, sé que es difícil, pero tienes que ser fuerte y superarlo, tienes que seguir adelante —mencionó, palmeándole la espalda a su hijo de dieciséis años, que ya estaba un poco más alto que él, pero que en ese instante parecía un niño de siete años.

Tuvo que hacer acopio de toda su fortaleza para no liberar las lágrimas que lo ahogaban, verlo sufrir de esa manera le partía el alma tanto como a Fiorella, pero él siempre se había obligado a mostrarse más fuerte, porque sus hijos necesitaban que fuese su pilar en situaciones difíciles, que estuviese allí para apoyarlos.

Fiorella esperó a que él se durmiera para entrar a la habitación y organizar su equipaje pues en la mañana partiría hacia Londres, no terminaba de sentirse a gusto con enviarlo lejos en ese momento. Sin embargo, Luciano la convenció alegando que sería mejor para él estar fuera de Florencia y en el fondo sentía que su esposo tenía razón.

Fabrizio despertó un par de horas después en medio de un sobresalto, llamando a Antonella, y comenzó a llorar al darse cuenta de su realidad, y de que quizás ella nunca más volvería. Fiorella se metió en la cama acostándose a su lado para que volviera a dormir, empezó a acariciarle los cabellos mientras le cantaba una de esas canciones de cuna que usaba cuando era un bebé.

Capítulo 6

Una vez más, Fabrizio conducía de camino a su casa mientras las luces de la tarde bañaban todo el paisaje toscano, regalándole una escena maravillosa y digna de ser plasmada en una pintura. Sin embargo, él le prestaba poca atención y no porque no admirara la belleza sino porque su mente de nuevo estaba colmada por los recuerdos de las vividas junto a Victoria; cada día la extrañaba más y estaba seguro de que su orgullo no se mantendría por mucho tiempo.

Decidido a ignorar su deseo de mirar hacia Casa Renai, fijó su vista en el camino de tierra y agradeció haberlo hecho, porque un segundo después tuvo que pisar el freno con tanta fuerza que todo su cuerpo se fue hacia adelante, haciendo que su pecho se golpeará contra el volante. Un auto que reconoció de inmediato le bloqueaba la entrada a su casa, él apretó los labios para contener dentro de sí, una buena cantidad de improperios cuando vio a Antonella bajar del vehículo que le cerraba el camino, resopló con fastidio pues eso era lo último que le faltaba, bajó el vidrio y sacó la cabeza.

—Quita el auto, por favor —exigió con tono hosco.

—Necesito hablar contigo. —Fue la respuesta que recibió por parte de ella, quien se acercaba con andar decidido hacia él.

—Nosotros no tenemos nada de qué hablar... ya todo quedó muy claro la última vez que nos vimos, así que es inútil que insistas —mencionó, y pisó el acelerador, pero manteniendo el auto en neutro.

—¡No seas grosero, Fabrizio! —Le reclamó al ver la nube de polvo que levantaba, él dejó de hacerlo y ella supo que era su momento de continuar—: Por favor, solo he venido a hablar... después de esto no insistiré más... lo prometo —expresó calmada.

Fabrizio levantó una ceja en señal de desconfianza, no sabía si creerle porque era consciente de que Antonella no se daba por vencida con facilidad y todo eso podía ser una nueva treta para hacer que volviera con ella. La miró a los ojos y algo en su mirada le dijo que le diera la oportunidad que le pedía; después de todo, tuvieron una relación de muchos años y merecía su consideración, dejó libre un suspiro, apagó el motor y bajó del auto sin mucho ánimo.

—¿Cómo estás? —preguntó ella, buscando sus ojos.

—Bien... ¿Qué quieres, Antonella? —inquirió sin rodeos, se apoyó en el capó del auto y cruzó los brazos sobre su pecho.

—Yo estoy bien... bueno dentro de lo que cabe, gracias por preguntar, Fabrizio —pronunció sin poder esconder el pesar que le provocaba que a él ni siquiera le interesase. Lo vio fruncir el ceño y mirar a otro lado, dejándole ver que ella estaba colmando su paciencia, así que dedicó enfocarse en lo que la había llevado hasta allí—. Quiero que hablemos —contestó al fin su pregunta.

—¿De qué? —cuestionó de nuevo con seriedad.

—Yo... no sé por dónde empezar. —Se detuvo al ver que él seguía en la misma actitud, ella suspiró y ladeó su cabeza para mirarlo a los ojos, necesitaba que la viese como lo hacía antes—. Ya no son iguales... tus ojos no son los mismos, o quizá debo decir que tu mirada no es la misma, no para mí...

—Antonella, por favor... creo que ese tema ya ha quedado claro —esbozó con algo de

fastidio, y comenzaba a arrepentirse de haber aceptado hablar con ella, no debió hacerlo.

—Ya sé que solo deseas librarte de mí... pero por favor no seas tan rudo —pidió con la voz vibrándole por las lágrimas que le apretaban la garganta—. Yo no tengo la culpa de amarte como lo hago... y sé que te hice mucho daño en el pasado, pero en ese momento no supe cómo actuar... yo solo creía que estaba haciendo lo mejor para ti..., pero si pudiese regresar el tiempo...

—El tiempo no se puede regresar, Antonella... así como los errores que cometimos no pueden ser reparados —dijo, fijando su mirada en ella con algo de resentimiento—. Te aseguro que si yo tuviese ese poder lo usaría sin pensarlo.

—Seguramente lo harías para alejarte de mí... tal vez hubiese sido lo mejor, que tú jamás me hubieras conocido —acotó, bajando el rostro para esconder su dolor—. Ahora serías un gran abogado..., con esposa e hijos... feliz. —Una lágrima escapó de su ojo y rodó por su mejilla, pero como ella se había prometido que no lloraría, la secó con rapidez porque no quería provocar lástima en él.

—No, lo usaría para evitar todo el sufrimiento que le causé a mi familia por mi estupidez y mi inmadurez, pero más que eso lo usaría para evitar perder aquello que la guerra me arrebató y que ahora intento recuperar desesperadamente y que no consigo —expresó con una mirada atormentada.

También a ella la había mantenido ignorante de su trauma y por eso siempre esquivaba el tema del pasado, pero ya se estaba cansando de guardar ese secreto. Aunque ahora no tenía sentido contarle eso a Antonella porque ya no era parte de su vida.

—A mí la guerra me arrebató tu amor... y a ti te quitó tu esencia, ya no eres el mismo joven maravilloso, lleno de ilusiones, alegre, cariñoso y entregado... ahora eres tan distinto Fabrizio, que siento que fuiste tú quien se perdió en ese horrible lugar, y nada de lo que yo hice en estos dos años consiguió que pudiera recuperarte —esbozó sin poder seguir conteniendo su llanto, necesitaba sacar todo eso de su pecho antes de dejarlo ir para siempre.

Fabrizio esquivó la mirada atormentada de Antonella porque no tenía nada más que decirle, aunque no pudo evitar que sus palabras lo lastimaran, pues no era la primera persona que le decía eso: Él ya no era el mismo. Ella fue su todo, años atrás y al ver su indiferencia supo que ya no tenía nada más que hacer, lo había perdido. Por tanto, se pasó la mano rápidamente por la cara para limpiar sus lágrimas y respiró hondo para evitar que nuevas aparecieran, luego llevó una mano hasta la mejilla de Fabrizio y la acarició con ternura.

—Mi niño... no te imaginas cuánto daría por tenerte de nuevo junto a mí... por recuperar esa mirada que antes me dedicabas, cuando yo era el centro de tu vida. —Un sollozo le rompió la voz, pero se esforzó por continuar—: A mí también me dolió dejarte esa noche, Fabrizio, y no te imaginas la dimensión... cada una de tus palabras fueron puñales clavándose en mi corazón y te juro... te juro que daría lo que fuera por haber hecho las cosas de manera diferente, pero... —Se detuvo al ver que él solo la miraba con desconcierto.

—Antonella... yo ya te he dicho que no me importa el pasado... todo está olvidado, pero no puedo darte lo que me pides... simplemente no puedo —mencionó mirándola a los ojos, le dolía causarle ese sufrimiento, pero su corazón ya le pertenecía a Victoria, aunque el de ella aún siguiese siendo de Terrence Danchester.

—No lo digas de nuevo, por favor... me duele, Fabrizio, me duele saber que no soy nada para ti... que ya no soy tu razón para vivir... tus sueños... ¡Maldita sea y todo fue mi culpa! —exclamó sintiéndose mucho más frustrada y desesperada que años atrás.

Dejó salir toda la rabia y el dolor que sintió durante tanto tiempo, y no pudo evitar sollozar al sentir cuán injusta había sido la vida con ellos. Él intentó hablar una vez más, pero ella negó con

la cabeza para pedirle que la dejara continuar, necesitaba sacar todo eso de su pecho para poder dejarlo ir e intentar continuar con su vida lejos de él.

»Yo te amo... y deseo que seas feliz, a pesar de que sé que tu felicidad no está a mi lado y aunque esto me esté matando... no puedo hacer nada para evitarlo, perdí desde el día que dejé que mis miedos me ganaran... Solo te pido que nunca te rindas, no cometas los errores que yo cometí, si no es... Victoria Anderson... u otra chica, o cinco o diez más que lleguen a tu vida, prométeme que cuando llegue la indicada no la dejarás escapar, que no te condenarás a la soledad y al dolor de saber que pudiste ser feliz... inmensamente feliz... y no lo eres por tu culpa. No hay nada peor en la vida que eso, mi niño... tómalo como la última lección —pronunció con la voz trémula y sus ojos desbordados en llanto, mientras sentía que esta vez el dolor de renunciar a él era mucho peor, y que la vida era demasiado cruel como para hacerla pasar por todo de nuevo.

—Antonella... —Fabrizio quiso decir algo más, porque no se sentía bien causándole ese daño, pero no daba con las palabras para consolarla, no estaba en él entregar lo que ella necesitaba.

—Está bien... —dijo y negó con la cabeza, pues no soportaría que él le dijese una vez más que no sentía nada por ella.

Se limpió las lágrimas e intentó sonreír a pesar del dolor que sentía, no quería que su despedida fuese igual a aquella que les destrozó el alma a los dos. Luego se acercó más y acunó entre sus manos ese hermoso rostro que tanto adoraba, lo miró a los ojos para guardarlos en sus recuerdos, subió y le dio un suave beso en la frente.

»Así debió ser siempre... así —esbozó, temblando a causa del dolor y el llanto que estaba conteniendo.

Sin darle tiempo a reaccionar se alejó de prisa, luchando por no volverse a mirarlo tal como lo hizo años atrás, porque una vez más sabía que si lo hacía nada impediría que se aferrara a él, solo que ahora él no se aferraría a ella. Subió a su auto y salió del lugar a toda velocidad, dejando una estela de polvo tras ella, mientras los sollozos le rompían la garganta y la imagen de Fabrizio se hacía cada vez más pequeña en el retrovisor.

Las lágrimas rodaban con total libertad por sus mejillas y le costaba respirar, sentía que el alma se le iba en cada sollozo, mientras sus recuerdos seguían allí atormentándola, llenándola de dolor, rabia y desesperación. No podía soportar más la tempestad en su interior, así que fue bajando la velocidad hasta detener el auto a un lado del camino; de inmediato su llanto se hizo más amargo, apoyó la frente en el volante y aferró sus manos a este para no caerse.

—«El amor te hace sufrir». Te lo dije Fabrizio y no me creíste... ¿Por qué no lo hiciste? Ambos fuimos prueba de ello..., solo que yo ahora lo sufro una vez más, porque tú te olvidaste de todas las promesas que me hiciste... me juraste tantas veces que yo siempre sería la única en tu vida... y ahora no soy nada... ¡No soy nada! ¡Dios mío, ayúdame! ¡Ayúdame porque no voy a soportar esto! Cómo me duele perderte mi niño... cómo me duele hacerlo de nuevo.

Sus recuerdos la llevaron a aquel día cuando ese mundo perfecto que había creado con Fabrizio, se veía resquebrajado por la revelación de secretos que él guardaba y de los que se enteró por alguien más.

09 de julio de 1914

El auto se estacionó frente a la fachada del restaurante donde la había citado, Federico se acercó y la ayudó a bajar, ella se acomodó el hermoso sombrero que le cubría medio rostro, mientras intentaba actuar de manera casual, pero con cada paso que daba el temblor en sus piernas se hacía más intenso. El maître la recibió con una gran sonrisa, y la guió hasta la mesa en el

reservado donde ya la esperaba Luciano Di Carlo, él se puso de pie en cuanto la vio llegar, despidió al hombre con un movimiento de cabeza y una sonrisa amable.

—Buenas tardes, señora Sanguinetti, gracias por venir.

—Buenas tardes, señor Di Carlo, gracias a usted por la invitación —respondió, recibiendo el firme apretón del hombre, cuya mirada la hacía sentir intimidada, como si fuese una chica de quince años nuevamente y estuviese frente a su severo padre.

Él también estaba algo tenso por esa reunión, aunque la había solicitado y tenía claro lo que le diría a la mujer, seguía temiendo que Fiorella o su hijo se molestasen por habérselos ocultado. Le dedicó una sonrisa cordial a Antonella, luego dio un par de pasos y alejó la silla para que ella tomara asiento, después regresó a la suya e intentó relajarse, debía mostrarse seguro delante de ella.

—Supongo que sospecha el motivo por el que le pedí verla hoy, señora Sanguinetti. —Inició la conversación, fijando su mirada en ella.

—Sí, por supuesto..., permítame decirle que yo planeaba ir a su casa para verlos a su esposa y a usted —mencionó sintiendo que los nervios hacían vibrar su voz, así que se detuvo para tomar aire y se obligó a calmarse—. Quería hablarles de mi relación con Fabrizio, pero quise esperar un poco para que pudiesen asimilarlo, sé que no es algo sencillo y en verdad les agradezco que sean tan comprensivos —agregó, esforzándose por mantenerle la mirada.

—Ciertamente es algo difícil de digerir, para cualquier padre es complicado comprender que su hijo comienza a hacerse adulto, y más cuando ese cambio ocurre de la noche a la mañana y de manera tan drástica. Nunca imaginamos que nuestro hijo entablaría una relación con una mujer como usted. —Vio que ella se tensaba y que su semblante se ensombrecía, así que quiso rectificar—. Espero no ofenderla con mi comentario, señora Sanguinetti, pero Fabrizio es apenas un chico mientras que usted ya estuvo casada, enviudó y es mucho mayor que mi hijo.

Luciano no quería ser grosero con la mujer, pues él era un caballero, pero también debía ser claro y directo con ella, porque no permitiría que su capricho arruinara el futuro de Fabrizio.

—Soy consciente de todo ello, señor Di Carlo..., y créame que intenté mantener las distancias con su hijo, pero las cosas se nos salieron de las manos a ambos. Fabrizio es un ser maravilloso y no necesitó ser un hombre de mi edad o mayor para conquistar mi corazón —expresó con absoluta convicción

—Entonces usted lo ama —cuestionó, con su mirada fija en ella.

—Así es, señor y espero construir una vida junto a él —respondió, intentando mostrarse segura, pero algo en la mirada de Luciano la intimidaba y la hacía sentir que no estaba de acuerdo con su relación.

—Bien, ni mi esposa ni yo nos opondremos a que eso suceda; sin embargo, tendrá que ser después de que nuestro hijo se haya graduado. Fabrizio tiene un futuro brillante y sé que llegará a ser un extraordinario médico, pero para eso necesita estar enfocado, así que le pediré que hasta entonces no alimente ninguna idea de casarse o formar una familia. —Su voz era casi una exigencia.

—Disculpe... ¿dijo médico? —inquirió, mirándolo a los ojos.

—Sí, mi hijo estudiará medicina en Cambridge.

—Pensé que estudiaría leyes..., eso es lo que me ha dicho —indicó Antonella, sintiendo que esa revelación la tomaba por sorpresa.

—No, lo de las leyes es un simple capricho... su verdadera vocación es la medicina; además, para poder estar con una mujer como usted será mejor que sea un prestigioso médico —comentó mostrándose tranquilo, al ver que ella estaba de acuerdo con que su hijo estudiase, una de sus

principales preocupaciones era que ella quisiese desviar a Fabrizio de su realización como profesional.

—No es necesario que su hijo sea un prestigioso médico para que pueda estar a mi lado, lo aceptaré con la profesión que él desee... y siento que su verdadera vocación son las leyes —argumentó porque sentía que algo no encajaba en ese asunto.

—Perdone, señora Sanguinetti, pero yo conozco a mi hijo mejor que usted, así que si le digo algo tenga por seguro que es la verdad. Fabrizio seguirá el legado de la familia Di Carlo y se será un médico como lo fue mi padre y como lo fui yo —esbozó con determinación.

—Tiene razón, usted conoce a su hijo mejor que yo —acotó desviando su mirada que de pronto se cristalizó.

Las palabras de Luciano la hirieron, porque justo en ese momento se daba cuenta de que eso era cierto, ella no conocía verdaderamente a la persona que amaba. No sabía por qué Fabrizio le había mentado con relación a su vocación, quizá solo usó esa maniobra para poder acercarse a ella, o quizá lo usaba siempre para deslumbrar a las chicas.

Negó con la cabeza para alejar esos pensamientos, mientras se recordaba que debía confiar en él, pero que si quería salir de dudas solo había una manera de hacerlo; debía ponerlo a prueba.

—Dentro de algunos años Fabrizio será un profesional y un hombre adulto, así que la diferencia de edad entre ustedes dos no se notará... solo deben esperar a que las cosas se mantengan igual —acotó, porque algunas relaciones a distancia no duran mucho.

—¿Qué quiere decir con que se mantengan igual? —cuestionó, sintiendo que un peso se alojaba en su estómago y sus manos se cubrieron de una capa de sudor frío.

—Bueno..., mi hijo es un chico joven, señora Sanguinetti, y esta relación ha sido su primera experiencia por lo que es lógico que de momento se sienta deslumbrado, pero eso podría cambiar si llegara a conocer a alguien más —contestó con un tono casual, pero usando las palabras adecuadas para que ella supiera que él aspiraba a alguien mejor para Fabrizio, una joven hermosa y de buena reputación. Vio la mirada de la mujer destellar de rabia y supo que su comentario había ido muy lejos, así que trató de acomodarlo—. Aunque también puede que sea usted quien conozca a un caballero que se amolde mejor a sus expectativas, alguien como mi difunto amigo Doménico.

—Puede que tenga razón, pero de momento su hijo llena todas mis expectativas porque es alguien realmente maravilloso.

—Dejemos que sea el tiempo quien acomode cada cosa en su lugar —comentó Luciano con una sonrisa a todas luces fingida.

Antonella podía percibir la antipatía que su *suegro* sentía hacia ella, pues este no disimulaba en exponerla; por el contrario, sabía cómo hacerla dudar de su relación con Fabrizio, pero ella se enfocó en recordar todo lo que vivido junto al chico que amaba. Sin embargo, casi al final de la comida, él le fue presentando detalles que despertaron nuevas sospechas en ella, ese afán porque Fabrizio estudiara medicina parecía ser una obsesión más de parte de Luciano que una vocación de su hijo.

—En la vida no se puede tener todo, siempre debemos hacer sacrificios para estar junto a las personas que amamos, y cuanto más rápido aprendamos a asumir eso, más pronto maduraremos. A mi hijo ya le ha quedado claro porque tuvo que elegir entre esa tontería de estudiar leyes o mantener la relación con usted —esbozó, mientras la acompañaba a subir a su auto—. Solo espero que sepa valorarlo, señora Sanguinetti, porque son pocos los hombres que renuncian a sus sueños por una mujer. —No supo qué lo llevó a hacer esa confesión, quizá para quitarse el peso de sentir que era él quien estaba obligando a Fabrizio a ser doctor, y hacerla a ella la única responsable.

Antonella se quedó sin saber qué decir, esa revelación le había robado la voz y su alma había

caído al piso haciéndose añicos, ella no podía permitir que Fabrizio sacrificase sus sueños. Vio que Luciano le extendía la mano y se despidió de él con un gesto mecánico.

Las dudas no la dejaron en paz desde entonces, sentía que le estaba robando a Fabrizio la oportunidad de ser quien realmente quería. Pudo comprobarlo cuando fueron junto al tribunal, lo vio tan emocionado y convencido del poder que tenía la justicia, que todas sus dudas fueron resueltas y sin analizarlo mucho, tomó la decisión de ser ella quien se sacrificara para que él pudiese alcanzar sus sueños.

Después de esa noche comenzó su cadena de errores, poco a poco lo fue alejando y al no saber cómo manejar una situación como esa, no encontró otra manera que haciéndolo sufrir. Quería acabar con todo de una vez y quizá lo mejor hubiera sido marcharse de Florencia y desaparecer, pero su corazón se negaba a dejar de verlo de la noche a la mañana; además, él debía tomar todo ese dolor como un impulso para olvidarla y seguir adelante, necesitaba tener la certeza de que la olvidaría; y así fue como Adriano entró a la ecuación.

Recurrió al más cercano de los amantes que había tenido tras la muerte de su esposo, a quien conocía desde que eran unos niños y pensó que podía ser el adecuado para alejar a Fabrizio de ella, pero nunca imaginó que él llegaría esa tarde a su casa y los vería teniendo sexo. Eso la hizo sentir tan miserable, sucia y baja que ni siquiera tenía el valor de mirarlo a la cara, merecía que él la despreciase y que no quisiera verla más, pero su hermoso niño solo quería reparar su relación, seguía aferrado a algo que no podía ser y lo único que conseguía con eso era que ambos sufrieran un infierno.

Regresó de sus remembranzas cuando las luces de un auto la encandilaron, ya la noche había caído y ella ni siquiera era consciente de cuántas horas había pasado allí, recordando como su vida se había ido por un barranco. Sentía que se había quedado seca de tanto llorar, igual como le pasó aquella vez cuando llegó a Roma y pasó días enteros en su habitación llorando, debatiéndose entre regresar para buscar a Fabrizio y empezar una vida juntos lejos de todos, o resignarse a perderlo de una vez por todas.

Hizo lo mismo que en aquel entonces, porque ya no había nada para salvar, así que puso el auto en marcha y se dirigió a su casa. Eva la esperaba en la sala y la vio entrar hecha un completo desastre, se acercó hasta ella y Antonella, olvidándose de todas esas estupideces que la servidumbre debe mantener la distancia, corrió hasta ella y la abrazó con fuerza mientras temblaba y se ahogaba en llanto.

—Lo perdí, Eva... lo perdí... perdí el amor... —esbozó con voz temblorosa y ronca por las horas de llanto y por todas las veces que había gritado—. Siento mi alma vacía... ya no tengo nada...

—Señora..., por favor intente calmarse, no llore así —pidió Eva, mientras le acariciaba la espalda para consolarla.

—Yo creí que todo podía comenzar de nuevo, que al fin tendríamos una vida juntos... felices, ahora solo me queda el dolor, la culpa, el vacío... solo un montón de recuerdos, recuerdos que me están matando... ¿Por qué la vida es tan cruel conmigo? ¿Por qué no me deja ser feliz? ¿Por qué tuve que perder a mi niño... a mi hermoso niño de ojos topacio? —cuestionó presa de la desesperación.

Eva no supo qué decirle, porque para ella su señora ya había perdido al niño Fabrizio hacía mucho, ese joven que había regresado no era el mismo, aunque era idéntico físicamente su esencia era distinta. Arrulló a Antonella contra su pecho e intentó consolarla, sin poder contener su propio llanto, era imposible al ver a la señora así, completamente destrozada y no terminar llorando.

Dos días después todo estaba preparado para su viaje, Eva, Federico y Gastón se quedarían a cargo de la propiedad en su ausencia, ya ella había dispuesto un fondo para cubrir todos los gastos y sus salarios. Se marchaba a España, quería poner mucha distancia de por medio, tal vez eso la ayudaría a sanar su corazón, sabía que era lo mejor pues esta vez no tendría motivos para volver.

Antonella miró su reflejo en el espejo y parecía carecer de vida, sus ojos aún estaban hinchados y rojos por las horas de llanto; los azotes del dolor no se borraban con facilidad. Tampoco tenía intención de ocultarlos por eso dejó su rostro sin una gota de maquillaje, su vestido era sencillo y solo llevaba en su mano un anillo que jamás en su vida se quitaría, pues era la prueba de que alguna vez fue realmente feliz, que alguna vez amo y fue amada.

—Señora Antonella, ya todo está dispuesto —mencionó Eva.

—Está bien, dame un momento, enseguida bajo —murmuró, sin desviar la mirada del jardín, mientras sentía como el dolor se hacía más intenso al saber que una vez saldría de allí con el corazón roto.

Paseó su mirada por toda la habitación recreando la imagen de su niño en cada rincón, dedicándole esa sonrisa maravillosa, esa mirada que le llenaba el alma. Un suspiro tembloroso escapó de sus labios, se llevó una mano al pecho y antes de cerrar la puerta pudo imaginarse parada en la terraza mientras Fabrizio la abrazada de esa manera en que solía hacerlo, con tanto amor.

—Adiós, Fabrizio —susurró y una lágrima solitaria bajó por su mejilla—. Adiós, mi niño. — Se sentía completamente desolada.

Cerró la puerta tras de sí y se obligó a ser fuerte, solo un poco más, se puso el sombrero y bajó las escaleras; procuró que su despedida con Eva fuese rápida, no deseaba prolongar su sufrimiento. Subió al auto y mientras avanzaba por las calles, supo que no podía irse de allí sin antes hacer algo más.

—Vamos antes a los jardines, por favor, Federico. —Le ordenó al chofer, sin apartar la mirada de la caja de música.

El auto llegó al lugar indicado, ella bajó y caminó hasta su banca, su mirada se perdió en los hermosos colores que el agua adquiriría cuando se acercaba la tarde, la suave brisa mecía su cabello y sus pensamientos volaron ocho años atrás.

—*No tengas miedo, Antonella, no te vas a caer.*

—*Fabrizio, es que no sé... y si me caigo... no... no sé nadar.*

—*No hay problema, yo sé, te prometo que no te pasará nada.*

Ella regresó de sus recuerdos dejando ver una sonrisa en su rostro, cerró los ojos y respiró profundamente para llenar sus pulmones de aire mientras apretaba con fuerza la caja contra su pecho. Se puso de pie y miró el paquete de cartas que tenía en una mano.

—Perdona todo el daño que te hice —murmuró y lanzó las cartas al centro del lago—. Me llevo tu alegría conmigo... el dolor no lo quiero. —Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras veía cómo las cartas que él le envió luego de su separación, desaparecían en las aguas aceitunadas del lago en medio de los jardines.

Caminó alejándose de ese lugar al tiempo que una serie de maravillosos recuerdos se apoderaban de su mente, provocándole una sensación agri dulce dentro del pecho. Subió al auto y le dio la orden a Federico de continuar. Cuando llegaron a la estación de trenes el que tenía destino para Barcelona ya anunciaba su salida, por lo que Federico se apresuró a entregar su equipaje y luego regresó hasta ella.

—Que tenga un buen viaje, señora. —Le deseó con una sonrisa, para intentar animarla, aunque era evidente que nada lo haría.

—Gracias, cuida mucho de Eva, por favor.

—Pierda cuidado, señora —respondió y la vio subir al tren.

Ella ocupó el vagón que le correspondía, corrió la cortina para observar a las personas en los andenes, y su mirada se perdió buscando una figura que ya nunca más encontraría, un par de lágrimas rodaron por sus mejillas al tiempo que la presión en su pecho se hacía más intensa y no podía evitar temblar ante tanto dolor.

—Esta vez no llegaste, Fabrizio —susurró, sintiendo como las lágrimas una vez más se hacían presentes, suspiró y cerró los ojos.

El tren inició su marcha mientras los recuerdos de sus días más felices se iban desvaneciendo como los últimos rayos del sol, que se perdían para darle paso a una noche que sería eterna para ella.

Capítulo 7

08 de septiembre de 1914

Al abrir sus párpados hinchados luego de las horas de llanto y sueño, pudo ver a su madre dormida a su lado, la admiró por varios minutos para después abrazarse a ella recibiendo el calor que el cuerpo materno le ofrecía. Las lágrimas se hicieron presentes una vez más al ser consciente de que ya no podía hacer nada, Antonella se había ido, lo había dejado y cada una de las palabras dichas por ella hacían eco en su cabeza, quería odiarla, pero no podía, quería no amarla y era más difícil aún.

Escuchó que abrían la puerta de la habitación y por el sonido de las pisadas supo que era su padre, así que optó por hacerse el dormido escondiendo la cara en el pecho de su madre. No quería que lo sacara del refugio que representaba su regazo, en ese momento necesitaba estar allí porque su calor y su aroma lo reconfortaban.

—Amor, Fiore, ve a vestirme, yo me encargo de Fabrizio, tiene que arreglarse —susurró, acariciándole la espalda a su esposa.

—Está bien. —Ella le dio un beso en la frente a su pequeño, luego se puso de pie cuidando no despertarlo y salió de la habitación.

Fabrizio se aferró a la cobija y hundió su rostro en la almohada para fingir delante de su padre que estaba profundamente dormido. Con suerte lo convencía y terminaba desistiendo de su idea de enviarlo de nuevo al colegio, porque no quería volver a Londres.

—Fabrizio... Fabrizio, levántate, tienes que prepararte, se hace tarde —dijo, meciéndolo suavemente por el hombro.

—Padre... déjeme dormir un poco más... me siento cansado —esbozó y luego se cubrió el rostro con la frazada.

—Podrás dormir durante el viaje, ahora ve a bañarte. Te espero abajo, no tardes. —Agarró la maleta y abandonó la habitación.

Fabrizio no tuvo más remedio que ponerse de pie, apenas tenía ánimos para caminar hacia el baño y cada vez se sentía peor, y lo que menos quería en ese momento era alejarse de su familia con el corazón como lo tenía. Caminó por el pasillo como si llevase un bloque de granito de una tonelada sobre su espalda, al llegar a la escalera vio a Fransheska sentada en el sofá del recibidor, su madre parada junto a la ventana y su padre estaba sentado en su sillón favorito, al verlo quiso usar un último recurso y bajó las escaleras casi corriendo, llegó hasta él y se puso de rodillas ante las miradas atónitas de todos.

—Padre, por favor... no quiero irme... al menos déjeme aquí una semana más, no quiero estar solo en el colegio —suplicó al tiempo que las lágrimas rodaban por sus mejillas, tomando la mano de su padre entre las de él y la besaba—. Padre... yo le prometo que ni siquiera saldré de la habitación, pero no haga que me vaya al colegio donde estaré solo. —Su mirada reflejaba la desesperación que sentía.

—¡Fabrizio Alfonzo, ponte de pie por favor! —expresó Luciano con la voz quebrada—. Sabes que lo que me pides es imposible, hijo, tienes que ir a clases porque en una semana debes llenar la solicitud para entrar a la escuela de medicina y tienes que estar allá.

—Padre, me dará tiempo de llegar, solo le pido que espere a que esté un poco mejor... por favor..., por favor... se lo suplico. —Lo miró a los ojos, mientras sus labios seguían en los dedos de su progenitor que ya eran bañados por las lágrimas.

—Ya hablé, Fabrizio y no me harás cambiar de opinión —sentenció, retirando su mano de las de su hijo—. Esa es mi última palabra, así que ponte de pie y no perdamos más tiempo. —Se levantó dejando a Fabrizio aún de rodillas, pero su hijo al ver su reacción se puso de pie también y corrió hasta Fiorella.

—Madre..., por favor, dígale... convénczalo para que me deje quedarme una semana, no quiero estar solo... no quiero que me dejen solo con esta tristeza —rogó, pero al ver que no obtenía respuesta se puso furioso—. ¡Madre, por Dios! ¡Por una vez en la vida diga lo que piensa y no se doblegue ante mi padre! Usted es su esposa no su títere —exigió mirándola a los ojos, para hacerla reaccionar.

—¡Fabrizio! —repuso Luciano molesto—. No le hables a tu madre de esa manera, respétala. —Le ordenó, mientras ignoraba la mirada cargada de súplica de su esposa, no podía ceder ante la petición de su hijo, porque ya Fabrizio había roto muchas promesas.

—Mi bebé, tienes que ir a clases... si dependiera de mí, te quedarías conmigo, pero sabes que puedes perder la oportunidad para la solicitud —Intentó convencerlo usando ese tono de voz dulce que solo le ofrecía a él, no quería que Luciano siguiese regañándolo.

—Todo esto por una estúpida solicitud que ni siquiera deseo llenar, madre, porque bien sabes que no me gusta la medicina, no me gusta... ni siquiera puedo ver sangre sin que me provoque náuseas.

—Pues eso es lo que vas a estudiar, Fabrizio, y no vengas ahora con el cuento de las leyes porque cuando andabas con Antonella Sanguinetti, no te importaban en lo más mínimo las leyes.

—¡Luciano! —exclamó Fiorella, sintiéndose sorprendida de que su esposo le sacara eso en cara a su hijo, se estaba portando de manera horrible con su pequeño. Le advirtió con la mirada que dejara de hacerlo y luego se volvió para ver a Fabrizio mientras le secaba las lágrimas—. Mi vida, tienes que ser fuerte... lo vas hacer por tu bien, para que seas un gran hombre, qué más quisiera yo que te quedaras conmigo, pero primero es tu futuro... te amo mi bebé, mi pequeño... vas a superar este dolor, yo sé que sí ¿sabes por qué? —preguntó con ambas manos en las mejillas de Fabrizio.

—No... no podré hacerlo, madre... —Él negó con la cabeza, mientras los sollozos le desgarraban la garganta.

—¡Claro que sí! Podrás hacerlo porque eres un ser maravilloso, con un corazón tan grande que tu pecho es muy pequeño para albergarlo, porque en tus ojos se reflejan el alma pura que posees, porque eres único y porque ahora debemos estar alejados, pero sabes que siempre vas a contar con nosotros y porque ya lo sabes, aunque tengas canas sobre canas seguirás siendo mi nenito. —Intentó sonreír en medio de sus lágrimas para darle ánimos a su hijo.

—Fabrizio Alfonso, ya está bien... ¿Acaso no te avergüenza hacer llorar a tu madre y a tu hermana de esta manera? —cuestionó Luciano con rabia, viendo que el cuerpo de su pequeña princesa se estremecía a causa de los sollozos. Su hijo lo miró con resentimiento y eso le dolió, pero debía hacerlo reaccionar—. Fransheska estará en un lugar donde correrá más peligro que tú y no está haciendo un drama por ello, porque sabe que esto es por su bien —acotó con autoridad.

—Pues a ella tampoco debería mandarla al colegio —alegó Fabrizio, pensado que, si su hermana se negaba a ir, su madre presionaría más a su padre y él no tendría más opción que ceder.

—Yo no tengo miedo, quiero ir al colegio y tú también deberías hacerlo, Fabri —mencionó con determinación pues lo único que quería era que su hermano estuviese lejos de Florencia y de

esa mujer que tanto daño le había hecho, así que apoyó a su padre.

—Horacio lleve el equipaje de mis hijos al auto, si seguimos aquí se nos hará tarde y perderemos el tren —ordenó Luciano al chófer.

—¡Madre... por favor! —Fabrizio le suplicó una vez más a ella, porque sabía que con su padre era un caso perdido.

—Mi vida, ya no sigas llorando, verás cómo el tiempo se va volando y cuando menos lo pienses vamos a estar en la cocina preparando pasta. —Le dio un beso en la frente y le dedicó una sonrisa cargada de ternura—. Trata de tranquilizarte por favor, tienes los ojos muy enrojecidos e hinchados, no me gusta verte así... me rompes el corazón —dijo, mientras lo llevaba hacia el auto, manteniéndolo abrazado a ella.

Fabrizio supo que ya no podía hacer nada más, su destino estaba decidido y ya no tenía ni fuerzas ni motivos para seguir luchando, pues no contaba con el apoyo de su familia y mucho menos con el amor de Antonella. Faltaba poco para que el tren saliera cuando llegaron a la estación, Luciano le había sugerido a su esposa que se quedara en la casa, para evitar que Fabrizio hiciese un espectáculo bochornoso en la estación, pero Fiorella se negó a dejarlos ir solos, subió al auto junto a su niño y lo abrazó durante todo el camino, mientras le acariciaba el cabello y lo besaba.

Lo que Luciano tanto temía se hizo realidad, pues su hijo seguía aferrado a Fiorella cuando hicieron la última llamada para abordar, su mujer tampoco le hacía las cosas fáciles y él casi tuvo que arrancarle a Fabrizio de los brazos para subirlo al tren. Sus miradas siguieron ancladas la una en la otra mientras se alejaba, y aunque ella intentó sonreírle no pudo evitar que los sollozos le rompieran la garganta y un llanto amargo fue lo último que le entregó a su hijo.

Durante el trayecto a París ninguno mencionó nada acerca de lo sucedido, pues Luciano le había advertido a su hijo que no quería que Fransheska se viene involucrada en todo eso, su pequeña ya estaba albergando un fuerte sentimiento de odio hacia Antonella Sanguinetti y era muy joven para llenarse de resentimiento. Le dolía en el corazón ver a su hijo sufrir de esa manera, pero solo intentaba hacer lo mejor por él y sabía que alejarlo de Florencia lo era.

Fabrizio solo se dedicó a observar a través de la ventanilla el paisaje toscano que dejaba atrás y las lágrimas no parecían acabarse, mientras Fransheska, quien descansaba la cabeza en sus piernas a momentos le daba besos en la mano que sostenía la suya, y él en respuesta le acariciaba el cabello con la que tenía libre. Odiaba hacerla sufrir tanto, apenas era una niña y solo debía estar viviendo momentos felices; en lugar de eso, ya comenzaba a sufrir por un amor que ni siquiera era suyo, y temía que eso más adelante fuese a limitarla de alguna manera y que ella se cerrase al amor.

Al llegar a París no perdieron tiempo, su padre decidió llevar a Fransheska esa misma tarde al colegio, su decisión hizo que esa sensación de vacío y desesperación dentro de él se hiciese más contundente, sentía que no soportaría separarse de ella también. Tenía la esperanza de que su padre al menos la dejase pasar esa noche con ellos para no sentirse tan solo, a esas alturas ni siquiera se molestó en rogarle, ya sabía que no lo haría cambiar de parecer.

—Peter Pan... mi Peter Pan —pronunció Fransheska en medio de un llanto que la estremecía, aferrándose a Fabrizio.

—Ya, Campanita, no llores que se te apaga la luz —murmuró, acariciándole la espalda, conteniendo su llanto.

—No me gusta verte tan triste, ni que llores... por favor, Fabri, prométeme que no vas a seguir llorando —pidió mirándolo a los ojos mientras le acariciaba las mejillas—. No importa que esa tonta no te quiera, no necesitas de su cariño porque mamá y yo te daremos mucho y tendrás de

sobra —agregó, regalándole una sonrisa.

—Lo sé, Fran... sé que mamá y tú me quieren mucho, yo también las adoro a las dos —esbozó, sintiendo que el nudo en su garganta cada vez se apretaba más y que las lágrimas amenazaban con desbordarlo de nuevo, por lo que respiró profundo.

—Papá también te quiere mucho..., no te molestes con él, solo intenta hacer lo mejor. —Lo vio asentir con un movimiento forzado, y suspiró comprendiendo que no sería fácil hacer que ellos se reconciliaran—. Te quiero tanto, Fabri, tú mismo lo has dicho soy tan pequeña que solo puedo albergar un sentimiento en mí y ese sentimiento es mi amor por ti hermanito, así que si te pasa algo malo sé que se transformaría en odio hacia esa mujer, yo... yo soy una niña todos me dicen que soy una niña, pero la buscaría y le sacaría los ojos.

—Fran... no... tú no harías algo así, y no por ella sino por ti... porque eres el ser más hermoso sobre la tierra y quiero que permanezcas de esa manera —mencionó con su mirada fija en la de su hermana, para que no fuese a cometer una tontería, se esforzó en regalarle una sonrisa para convencerla y le dio un beso en la frente, luego suspiró—. Gracias por defenderme de esa manera, tengo la mejor hermana del mundo, se supone que yo debería defenderte y darte palabras de aliento, pero las cosas son al revés, que desastre de hermano soy, deberías tener otro que no te dé tantos problemas, ni dolores de cabeza —dijo, sintiéndose avergonzado.

—Yo no quiero a otro hermano, tú eres el mejor hermano del mundo, ¿por qué crees que no me pongo celosa cuando mamá te hace tantos cariños? Sé bien que te los mereces, por eso te quiero tanto.

—No más que yo. Te quiero muchísimo, Campanita. —Le dio un beso en la mejilla y otro en la frente, pues ya tenía que entrar.

Él se quedó allí viendo cómo se alejaba y ella cada tanto se volvía para mirarlo también, dedicándole esa sonrisa tan bonita que tenía, aunque sus ojos iban colmados de lágrimas. En ese momento se sentía completamente solo, pues a pesar de que su padre estaba a su lado, no le dirigía la palabra, y quizá era mejor así, estaba cansado de escuchar sus reproches que solo lo hacían sentir peor.

En cuanto llegaron al hotel él se metió al baño y mientras se duchaba aprovechó para desahogarse, necesitaba liberar parte de la presión que sentía en el pecho, así que aprovechó para llorar sin temor a ser juzgado. Salió y se negó a cenar, lo único que quería era dormir de ser posible para siempre.

Al día siguiente llegaron al internado cuando casi anoecía, el tren había tardado más de lo esperado, porque solo dos ferrocarriles permanecían como transporte civil, los otros habían sido destinados para trasladar a las tropas que combatirían a los alemanes en Francia. Estando ya en el colegio, Luciano se reunió con la madre superiora poniéndola al tanto de la situación por la cual atravesaba su hijo, por lo que le pidió que fuera un poco condescendiente con él, al menos durante la primera semana.

La religiosa solo accedió porque le tenía estima al muchacho, era de sus mejores alumnos; sin embargo, le advirtió que debía llenar la planilla de solicitud para ingresar a Cambridge y prepararse para un par de pruebas que exigían como requisito. Luciano le aseguró que Fabrizio cumpliría con todo, y pidió que lo dejarán verlo una vez más para despedirse y ser quien le entregara la solicitud.

—Muchas gracias, hermana Leonora —dijo para que la religiosa lo dejara a solas con su hijo, necesitaba hablar con él antes de marcharse.

Entró y recorrió la recámara con la mirada, era un lugar cómodo y amplio, pero carente de la calidez que poseía su hogar, tragó en seco para pasar el nudo que se formó en la garganta al

comprender a lo que su hijo se refería. Sin embargo, ya estaba allí y no había vuelta atrás, lo mejor para él era estar lejos de Florencia hasta que lograra olvidar a esa mujer, era un chico fuerte y confiaba en que lograría superar esa situación y aprendería la lección.

—Esto será una tortura... estar todo el día solo, sin poder conversar con nadie, sin que me den un consejo, sin que me digan que todo va a estar bien y que el dolor en mi pecho va a disminuir. —Le dijo con la voz quebrada a su padre, sin volverse a verlo—. Es difícil y triste, padre, no es justo darme cuenta de esta manera que la vida puede ser tan dura, creo que es un castigo muy fuerte, es un castigo que no merezco, mi único error fue enamorarme, fue entregarme por completo. —Un sollozo le quebró la voz, a pesar de la rabia que sentía en ese momento, no reemplazaba al dolor.

—No estarás solo, Fabrizio, están tus compañeros de estudios —alegó Luciano, creyendo que ellos lo ayudarían a distraerse.

—Ellos no son mi familia, necesito el apoyo de un padre, no de un compañero que no sabe cómo hacerlo, si no se ha dado cuenta, padre, todos son de mi edad y dudo que alguno le haya pasado lo mismo que a mí. —Su voz tenía un dejo de resentimiento que no podía ni quería esconder, y su postura rígida también demostraba su rabia.

—Tienes razón, quizá ninguno ha vivido algo igual, porque han esperado su tiempo y no se arriesgaron a vivir cosas que aún no les correspondían. —Luciano no pudo evitar hacer ese reproche.

—Ya sé que me culpa de todo esto..., pero déjeme decirle algo, enamorarse no es ningún pecado —espetó, vibrando de la rabia.

—Hacerlo de la persona equivocada, sí lo es —refutó Luciano, pero al ver que lo había herido, se sintió mal—. Y ya olvidemos este tema, te quedarás aquí para culminar tus estudios, verás cómo tus amigos te ayudarán a superar todo esto —aseguró, optimista.

—Sí, me ayudarán burlándose de mí, cuando me vean llorar como un estúpido porque sencillamente no entenderán lo que siento, no han vivido lo suficiente y a esta edad, padre, son superficiales. —Cada una de las palabras las dijo con ira mientras temblaba a causa de la misma—. Y no saben cuánto pueden herir con un comentario.

—Ya está bien, Fabrizio, por favor... vas a superar esto... ¿Para qué quieres estar en Florencia? ¿Para que al mínimo descuido vayas a buscar a esa mujer?... ¿Para eso?

—¡No!... No pienso buscarla más, me hizo mucho daño, me humilló de todas las maneras posibles y sé que lo nuestro está terminado. —Le aseguró, mirándolo a los ojos, para que supiera que decía la verdad, estaba decidido a sacar a Antonella de su corazón.

—¿Entonces por qué tanta insistencia? —cuestionó, porque ya no podía confiar en su palabra, lo había defraudado.

—Solo quiero estar al lado de mi madre y de usted, padre, es su deber aconsejarme, guiarme y ayudarme en momentos difíciles, no desentenderse y buscar la mejor solución dejando al mocoso en manos de personas que no sienten el mínimo afecto por uno, más que por el dinero que usted paga aquí.

—Fabrizio, te estás extralimitando. —Le advirtió, porque no le gustaba el tono que usaba ni sus palabras.

—Solo digo la verdad, porque un buen padre no abandonaría a su hijo en los momentos en que más le necesita, nunca le he pedido nada ¡Nada! Me he amoldado a usted, a sus reglas, siempre he dicho las cosas tal y como quiere escucharlas y las hago como usted dicta y ¿de qué me sirve todo eso? De qué me sirve ser un hijo respetuoso, cariñoso si no obtengo nada con eso porque ahora que lo necesito, sencillamente me da la espalda ¡Me deja como si no le importara en lo más

mínimo lo que me pase! —Las emociones que sentía lo llevaron a alzarle la voz a su padre, porque por más respeto que le tuviese, no podía callar cuánto le dolía su manera de tratarlo.

—¡Fabrizio Alfonzo! ¡Ya basta!... Basta —exclamó saliéndose de sus casillas, puso la solicitud en el escritorio con un golpe seco—. Aquí te dejo la planilla para la universidad, enfócate en tu futuro y ya deja de compadecerte, compórtate como un hombre, así como lo fuiste para involucrarte con esa mujer y afronta con entereza las consecuencias de tus actos. —Le exigió, mirándolo a los ojos.

Fabrizio apretó con fuerza la mandíbula para guardarse las palabras que le quemaban el pecho y le desgarraban la garganta, esas que se había guardado durante años cada vez que él insistía en que estudiara medicina. Se equivocaba si dejaría que decidiera su destino, si le exigía que actuase como un hombre entonces lo haría, le dejaría claro que las decisiones sobre su vida las tomaría él y nadie más.

»Deseo con todo mi corazón que salgas de esto... eres mi hijo y te quiero, solo Dios sabe cuánto. —Luciano intentó calmarse y actuar de manera más comedida, no quería que toda esa situación hiciese que su hijo terminara odiándolo, liberó un suspiro y se acercó a él—, pero tienes que entender que mi deber como tu padre es evitar que hagas más tonterías y termines arruinando tu vida... Ahora me voy, pero vendré a buscarte, no hay necesidad de que viajes solo hasta París. —Se acercó y le dio un beso en la frente, pero el gesto endurecido de su hijo no le dejaba lugar a dudas de que estaba molesto—. Cuídate mucho, que Dios te bendiga —agregó, mirándolo a los ojos.

—Adiós padre. —Fue todo lo que pronunció en un tono hosco y se volvió dándole la espalda, así como él lo estaba haciendo.

Luciano se quedó observando por unos segundos la espalda de su hijo, sintiendo unos deseos enormes de confiar en él de nuevo, pero no era fácil hacerlo; además, Fabrizio debía aprender que los actos tenían consecuencias, ya no era un niño. Soltó un suspiro pesado para luego caminar hacia la puerta, lo vio una última vez antes de abrirla y después de eso salió sin decir nada más.

Capítulo 8

Brandon había salido temprano para pasar por Fransheska a casa de los Di Carlo, aprovecharían que era sábado para visitar San Gimignano, un hermoso pueblo cercano que ella había prometido mostrarle. Ambos invitaron a Victoria y a Fabrizio, para ver si así lograban que ese par de tercios se decidiesen a hablar y de una vez por todas solucionasen sus problemas.

Sin embargo, ellos se negaron alegando que deseaban descansar, quizá sospechaban sobre sus planes y por eso lo hicieron, se estaban dejando ganar por el orgullo y la cobardía. Brandon y Fransheska siguieron con sus planes a pesar de la negativa, ella había preparado una cesta para tener un picnic en las laderas de la ciudad y él llevó su cámara para sacarle muchas fotografías.

En realidad, ni Fabrizio ni Victoria querían incomodarlos pues sabían que podrían cohibirse con ellos; además, que no deseaban ver muestras de amor mientras sufriesen la pena que les había dejado su separación, porque si eso sucedía lo más seguro era que Victoria terminase llorando y Fabrizio sintiéndose estúpido una vez más.

Victoria decidió que tampoco se quedaría allí encerrada porque eso solo hacía que los recuerdos de Fabrizio la asaltasen, necesitaba salir de ese lugar y buscar la manera de distraerse. Así que se puso su traje de equitación y bajó para pedirle a Antonio que le ensillase a Piedra de luna, luego regresó a la cocina para preparar una cesta con algunos alimentos; el día se veía hermoso y se dedicaría a disfrutarlo.

—¿Saldrás, Vicky? —preguntó Ángela, con interés.

—Sí, voy a dar un paseo, deseo pasar el día cerca del río, distraerme un poco... este encierro me está asfixiando —contestó, abrochándose los guantes—. ¿Puedes darle esto a Antonio para que lo asegure en la montura de Piedra de luna, por favor?

Ángela solo afirmó en silencio, sabía que su amiga buscaba, desesperadamente, hacerse la fuerte y no admitir que extrañaba a Fabrizio, al menos no después del tercer que él ni se acercaba, ni la llamaba, estaba resuelta a darse su puesto.

—Listo, ya tu yegua está preparada para tu paseo. —Tuvo la intención de agregar algo más, pero prefirió no hacerlo para no entristecerla, pues la veía muy entusiasmada.

—Muchas gracias, no volveré sino hasta la tarde... si Brandon llega antes dile que salí a pasear, que no se preocupe que estoy con Piedra de luna —mencionó con tono decidido.

—No te preocupes así lo haré, que disfrutes tu paseo —respondió dedicándole una sonrisa, y la despidió con un ademán de su mano.

—Muchas gracias, nos vemos en la tarde —dijo con una sonrisa.

Salió del lugar con un galope ligero y elegante, mientras los rayos del sol del verano la bañaban, haciendo resplandecer su cabello dorado. Tras media hora de cabalgata llegó a un hermoso lugar que estaba un poco apartado, pero era perfecto para sus planes de pasar un día distinto y relajado.

La luz del sol iluminaba el paisaje con sus colores brillantes, pero no debía preocuparse por insolarse ya que un grupo de cipreses le brindaba su sombra. El río le quedaba a pocos metros y se veía muy provocativo, un pozo que se había formado gracias a la barrera que formaba una gran piedra creaba un espacio perfecto para bañarse.

Descendió de Piedra de luna y agarró la canasta donde había guardado la comida, una botella de zumo de manzana y una manta, luego dejó libre a su yegua para que pudiera andar a su antojo. Había llevado un libro, por supuesto nada relacionado con el amor, sino de terror, Allan Poe conseguiría alejar cualquier imagen romántica de su cabeza, aunque lo más seguro era que luego tendría pesadillas.

Sacó un melocotón para comerlo, luego se tendió sobre la manta y comenzó a leerlo; llevaba tres páginas de *El gato negro* cuando decidió dejarlo a un lado, no soportaba ver como maltrataban al animal. Buscó entre los otros cuentos y se encontró con *La Casa Usher* al menos allí no había animales maltratados; la historia la atrapó por completo y, aunque macabra, no dejaba de ser atractiva.

Para el mediodía ya el calor era muy intenso y el aire se sentía húmedo; dejó el libro de lado y su mirada se enfocó en el agua que se veía sumamente tentadora. Sin pesarlo mucho se deshizo de su ropa y se metió al río, al principio la temperatura la hizo crisparse como una gata, pero poco a poco se fue acostumbrando.

Comenzó a nadar y después de varios minutos se sentía totalmente a gusto, sumergiéndose en las relajantes aguas que alejaban de ella toda la tensión. Después de estar más de una hora nadando, salió sintiéndose totalmente renovada, tomó la toalla que había guardado en el bolso y se envolvió, por allí no se veía a nadie por lo cual no se preocupó de ponerse la ropa de nuevo, se tendió sobre la manta, agarró unas fresas y continuó con su lectura.

Sin darse cuenta se quedó dormida, la suave brisa y el sonido de la naturaleza la había sumido en un estado de sopor que logró vencerla. Despertó al escuchar un trueno a lo lejos que la sobresaltó, se levantó viendo que el cielo se había puesto gris, agarró sus cosas y las guardó, luego buscó a Piedra de luna.

Su yegua se encontraba un poco inquieta, pensó que eran los truenos que la tenían así, cada vez se sentían más cerca y una gruesa formación de nubes no muy lejos de allí anunciaban que sería una gran tormenta. Caminó hasta el río y se mojó la cara para terminar de despertarse, bebió un poco de agua para refrescar su garganta y después regresó para vestirse.

—Tranquila, hermosa... ya nos vamos a la casa —pronunció, acariciándole la crin para calmarla antes de subirse en ella.

—No solo sales para adéntrate en un bosque que es peligroso, sino que te quedas dormida como si estuvieses en tu recámara, y para colmo con amenaza de tormenta... Definitivamente eres una mujer que gusta de correr riesgos.

Victoria se sintió sorprendida al ver a Fabrizio salir de detrás de los cipreses, se veía tan hermoso y relajado, con esa camisa blanca que resaltaba el bronceado de su piel, su cabello castaño y el azul de sus ojos, que justo en ese momento le dedicaban una mirada tan intensa que hizo que sus piernas comenzaran a temblar. Su voz había desaparecido por completo y solo conseguía mirarlo, mientras el latido de su corazón parecía un pájaro salvaje que intentaba escapar de su jaula; sintió un deseo enorme de correr hasta él para abrazarlo y besarlo, pero no podía moverse, estaba hipnotizada.

—¿Cómo...? ¿Desde cuándo...? —inquirió con voz trémula, aunque no encontraba completar una pregunta.

—¿Cómo llegué hasta aquí? —esbozó lo que ella intentaba decir. Victoria asintió sin dejar de mirarlo, y eso lo hizo sonreír—. Con Ónix... ¿Desde cuándo lo he estado? Todo el día —mintió con tranquilidad, pues apenas había llegado hacía unos minutos.

Había ido a Casa Renai para hablar con ella y al no conseguirla allí comenzó a buscarla, dio con ese lugar gracias a su caballo que parecía tener el olfato de un beagle cuando de Piedra de

luna se trataba. Consiguieron a la yegua retozando en un campo cerca del río, por lo que a Fabrizio no le fue difícil adivinar que Victoria estaría cerca de ese lugar, y así fue, la encontró durmiendo tranquilamente.

—Eso es mentira... yo... yo llegué y no te vi en este lugar —mencionó con voz temblorosa—. Seguro llegaste cuando me quedé dormida... —Intentaba controlarse, pero la cercanía de Fabrizio la ponía cada vez más nerviosa. Aunque estaba resuelta a hacerle pagar por su indiferencia, lo único que quería era besarlo y abrazarlo.

—Tienes razón, cuando llegué te encontré dormida y... —calló sus palabras, estremeciéndose al recordar cómo se deleitó con su cuerpo casi desnudo, sabía que se había portado como un indecente fisgón, pero le fue imposible luchar contra la tentación de verla así.

—¿Y? —preguntó Victoria llena de curiosidad, mientras parpadeaba de manera nerviosa, al caer en cuenta de que había estado solo con su ropa interior hasta hacía poco.

—Me perdí en tu imagen... no fui capaz de apartar mi mirada de ti, y me reproché mil veces lo estúpido que he sido... fui el más imbécil de todos los imbéciles, un verdadero idiota —respondió con voz suave, acercándose aún más a ella pues se moría por tocarla.

—Lamento no poder contradecirte en lo que acabas de decir... —expresó esquivando la mirada de Fabrizio mientras intentaba parecer tranquila, pero su corazón latía tan de prisa, que estaba segura él podía escucharlo, lo que la hizo sonrojarse; sin embargo, alzó la barbilla en un gesto muy altivo—. Yo agregaría más calificativos a esa lista —agregó de manera casual y se alejó de él, no lo perdonaría tan fácil.

Fabrizio dejó ver esa media sonrisa que la desmoronaba por completo, esa que volvía sus piernas de trapo y que le impidió seguir mostrándose indiferente. Su cuerpo entero se estremeció cuando él la detuvo tomándola de la mano con firmeza y suavidad, antes que montara a la yegua y la hizo que se volviera para mirarla a los ojos.

—¿Cuáles? —preguntó buscando su mirada—. De verdad me interesa saberlos —pidió, avergonzado.

Victoria se quedó sin saber qué decir, su actitud la sorprendía porque él siempre se había mostrado tan orgulloso y arrogante, que verlo en esa actitud sumisa y humilde la desconcertaba. Además, al mismo tiempo hacía que se olvidara de todo a su alrededor, y que lo único que deseara en ese instante fuera hacer a un lado su orgullo herido y refugiarse en él, en sus brazos y perderse en sus labios; negó con la cabeza para retomar su postura, no podía dejar que ese poder que tenía sobre ella la dominase por completo.

—Orgulloso... arrogante, malcriado... —mencionó sin vacilar. Él sonrió de nuevo y ella puso todas sus fuerzas en contener ese suspiro que intentaba salir dentro de su pecho.

—Lo siento... me porté como un idiota, Victoria, lo sé... me dejé cegar por los celos, por la rabia y el dolor... pero te juro que no quise hacerte daño, amor. —Su mirada reflejaba que estaba arrepentido.

—Fabrizio... yo... —Su corazón dolió al verlo así.

—Por favor, déjame continuar, Victoria... yo me cegué, me dejé llevar por lo que sentí en ese momento y después el orgullo comenzó a hacer estragos en mí y por eso me alejé, porque no quería que el dolor que sentía provocase que dijera o hiciera algo de lo cual iba a arrepentirme después..., pero ya no pude más y por eso fui a Casa Renai a buscarte, al llegar, Angela me dijo que habías salido y comencé a rondar el bosque... al llegar aquí y verte, todas mis dudas, los celos y el dolor se fueron por un barranco, olvidé todo al verte, Vicky. —Su voz se tornaba más ronca, por estar conteniendo su llanto, su mirada ya estaba cristalizada.

—¿Fuiste a buscarme? —inquirió, sintiéndose tan emocionada que no pudo evitar sonreír y

estuvo a punto de lanzársele para besarlo, pero supo que él necesitaba decir algo más.

—Lo hice, a pesar de que pasé estos días repitiéndome: «Tienes que ser valiente, Fabrizio... tienes que mantener tu posición». Pero en el amor no vale ser valiente... yo sabía que en el fondo me iba a morir de amor en cuanto viera tus ojos, oliera tu perfume, sintiera tu calor... Lo sabía porque mi felicidad depende de ti, Victoria —confesó mirándola a los ojos, abriendo su pecho para ella.

—La mía también depende de ti, mi amor, no te imaginas cuanto... y tal vez fui más idiota que tú, todo lo que pasó fue mi culpa, sabía que debía buscarte y tratar de explicarte; sin embargo, me quedé sin hacer nada, pensando que tú eras el que debía dar el primer paso... —Bajó la mirada mostrándose apenada—. Lo siento, Fabrizio, siento tanto haberte lastimando, no quise hacerlo, mi amor... no quise —agregó y las lágrimas rodaron por sus mejillas.

Fabrizio la metió entre sus brazos.

—No, amor, perdóname tú a mí... por favor.

Victoria se aferró a él con fuerza, sintiendo que su alma danzaba de júbilo una vez más porque él estaba a su lado y seguía amándola, levantó la mirada para perderse en los ojos color zafiro que tanto había extrañado, y su mirada le pedía que la besara. Fabrizio llevó una mano hasta su mejilla y se cernía sobre ella muy despacio para besarla cuando un potente trueno retumbó en todo el lugar. De inmediato el cielo pareció abrirse en dos, descargando un torrente de agua sobre ellos que no tardó en empaparlos, él la ayudó a montar a Piedra de luna y después montó sobre Ónix con destreza.

—¡Tenemos que regresar a la casa! —gritó ella para que él lograra escucharla entre el ensordecedor rugido de la lluvia.

—¡No, estamos muy lejos! ¡Sígueme! —ordenó, haciéndole un ademán y tomó otro camino.

Fabrizio y Victoria galopaban a toda prisa, esquivando los árboles que encontraban a su paso, ella con más cuidado pues no estaba acostumbrada al terreno y la lluvia arreciaba dificultándole la visión. Al fin llegaron a un claro en medio del bosque que le resultó conocido, a pocos metros divisó la cabaña donde se habían refugiado semanas antes, vio que Fabrizio reducía el trote del caballo y ella hizo lo mismo, hasta que se detuvieron.

Él descendió de Ónix con agilidad y caminó hasta ella para ayudarla, la sujetó por la cintura y la bajó con apenas esfuerzo, por un instante sus miradas se encontraron y el deseo hizo nido dentro de sus cuerpos. Querían saciar las ganas que tenían de besarse y ni siquiera les importaba que la lluvia fuera inclemente; sin embargo, el retumbar de un trueno los hizo sobresaltarse y sonreír sintiéndose tontos, él negó con la cabeza y la agarró de la mano.

—Vamos. —Le dijo, mirándola a los ojos.

Victoria asintió y corrió junto a él para resguardarse bajo el pórtico, mientras ella intentaba retirar un poco del agua que escurría de su cabello, vio que Fabrizio miraba a través de las ventanas al interior, quizá para saber si había alguien que pudiese abrirles. De repente fue hasta una esquina de la cabaña, donde se encontraban unas masetas colgantes, buscó dentro de una y halló la llave, ella lo miró sorprendida, pero él solo le dedicó una sonrisa al tiempo que abría la puerta y la invitaba a pasar primero.

—¿Cómo sabías dónde estaba la llave? —Le preguntó, desconcertada a medida que caminaba al interior.

—Yo la dejé allí —contestó, mirándola a los ojos—. Volví al día siguiente a reparar la cerradura y le dejé una nota a Filippo explicándole lo que había sucedido. Cuando regresó de visitar a su familia vine a verlo y él me entregó una de las copias por si volvía a necesitar refugiarme aquí —explicó con una sonrisa ladina.

—¿Sabes quién vive aquí? —preguntó ella, detallando mejor el lugar ahora que había más luz; en verdad era muy lindo y acogedor.

—Sí, es el guardabosques... y también les ayuda a algunas familias con las yeguas cuando están de parto, o cuando algún caballo se escapa; de seguro estará atendiendo un llamado o en el pueblo comprando comida —mencionó, entre tanto encendía los leños en la chimenea—. Es mejor que te pongas cerca del fuego —dijo, caminando hacia ella—. Voy por los caballos para resguardarlos.

—¿No necesitas ayuda? —preguntó, porque no quería que estuviese mucho tiempo a la intemperie con ese clima.

—Tranquila, sé cómo lidiar con ese par de rebeldes, enseguida regreso —respondió sonriente y salió.

Victoria se quitó la chaqueta de su traje de equitación que estaba empapada, caminó hasta el perchero y la colgó, quedándose solo con la blusa de seda en tono marfil que se pegaba a su cuerpo, dejando ver el delicado sostén que llevaba debajo. Se acercó al fuego y extendió sus manos para calentar sus dedos que estaban helados; de pronto, se estremeció al sentir que un par de brazos fuertes la rodeaban.

—¿Tienes frío? —preguntó Fabrizio, en un susurró a su oído, dándole un suave beso en el cuello y luego otro en el hombro.

—No..., ya no —respondió, volviéndose para mirarlo—. Tú alejas de mí el frío y la oscuridad —agregó, perdiéndose en el maravilloso azul de sus ojos, mientras le ofrecía sus labios.

Fabrizio apretó el abrazo para pegarla a su cuerpo y fue bajando despacio para adueñarse de su boca, la escuchó regalarle un gemido al sentir la tibieza de su lengua rozando con suavidad sus labios. Él también gimió al sentir que temblaban, para, de inmediato, ceder a su demanda, las manos de ella acariciaban su espalda con pasión, haciéndolo estremecer y desearla mucho más.

Profundizó el beso succionando y mordiendo, acariciando y probando todos esos lugares que ella disfrutaba y que a él lo volvían loco cuando la sentía temblar o los gemidos se ahogaban en su boca. Sus ropas estaban mojadas y se pegaban a sus pieles, haciéndoles sentir el calor que brotaba de sus cuerpos, esa sensación de exquisita calidez que los envolvía, ese deleite de respirar de la boca del otro, beber, saciar y al mismo tiempo pedir más, mucho más.

Sus manos recorrían sus cuerpos con lentitud, despertando todas esas sensaciones y emociones que tanto habían extrañado, el ritmo de sus corazones aumentaba y sus respiraciones eran cada vez más agitadas. El deseo comenzaba a nublarles la razón y amenazaba con sobrepasarlos, se acercaban, desenfrenadamente, a la línea entre la locura y la cordura, esa que él se había prometido no cruzar.

—Vicky... mi amor. —Le susurró al oído, haciéndola temblar.

Ella suspiró y besó de nuevo sus labios, acariciándolos con su lengua, mientras subía las manos hasta su nuca y lo acariciaba con la punta de sus dedos, apenas roces; sin embargo, era consciente de que ese toque enviaba descargas de placer a todo su cuerpo, porque lo sentía temblar. Victoria notó que él profundizaba más el beso que ella había iniciado, para luego apretarla contra su poderoso pecho y que sus senos se presionaran de manera exquisita.

Sus labios abandonaron los de ella y se perdieron en el cuello blanco y dulce como el azúcar, cubriendo con la tibia humedad de su boca ese punto donde su pulso latía desesperado, rozando apenas con su lengua ese lugar detrás de su oreja que le encantaba.

—Te amo. —Le dijo en voz muy baja, mientras respiraba el aroma de su piel que lo enloquecía—. Te amo con todas las fuerzas de mi ser... te has apoderado de mi alma, Victoria, y no existía

un solo instante del día en que no te cruzaras en mi mente... ¿qué me has hecho? —preguntó, mirándola a los ojos, esos ojos que lo hechizaron y que ahora lucían oscuros y brillantes por el deseo.

—Yo debería hacerte la misma pregunta. —Logró decir en apenas un susurro, sobre los tentadores labios de Fabrizio, perdiéndose en el mar que eran sus ojos y que tenían un brillo que ella conocía bien.

Él se apoderó de sus labios con más necesidad, con pasión, con desesperación, enredando sus dedos en el sedoso cabello dorado, en esa cascada de oro que le fascinaba. Ella gemía y temblaba entre sus brazos, llevándolo a ese abismo de deseo en el que anhelaba perderse, pero de un momento a otro su conciencia salió en su auxilio recordándole que debía detenerse, así que se fue alejando.

—Fabrizio... —Le susurró al oído con voz íntima y excitante—. No dejes de besarme... bésame, bésame —suplicó, presa de esas sensaciones que hacía mucho que no sentía y quería volver a vivir.

—Amor... amor, yo quisiera... —Él pudo percibir el deseo en su voz y se estaba sintiendo realmente tentado a hacer lo que ella le pedía, pero no quería aprovecharse de la situación, así que le acunó el rostro para mirarla a los ojos—. Victoria, yo quisiera no solo besar tus labios, quisiera besar todo tu cuerpo, perderme en ti... no te imaginas cuánto lo deseo..., pero no está bien, no podemos... —Ella lo calló, posando sus dedos en sus labios y mirándolo a los ojos.

—Solo bésame... sigue... —Se acercó a su oído, porque la vergüenza de lo que iba a pedir no la dejaba mirarlo a los ojos, aunque eran precisamente estos, los que le gritaban que era él, que era su rebelde y que quizá esa entrega lo haría regresar a ella—. Bésame como deseas... yo también quiero besarte y entregarme a ti.

—¿Vicky...? —La pregunta quedó inconclusa porque vio la respuesta en sus ojos esmeralda.

—Quiero que hagamos el amor —susurró al fin mirándolo a los ojos, sintiendo sus mejillas encenderse, así como todo su cuerpo que vibró llenándose de expectativas.

—Victoria... amor... ¿Estás segura de esto? —Le preguntó con voz trémula, porque dentro de él se desataba un huracán de deseo, amor, nervios, ternura, todo eso se mezclaba y lo excitaba.

—Sí, estoy segura... quiero entregarme a ti, aquí y ahora —respondió sin titubear, sintiendo su corazón latir muy de prisa.

—¡Oh, mi amor! —expresó, sintiéndose tan emocionado que estaba a punto de llorar, las emociones dentro de él giraban como un torbellino. La cargó y caminó hacia la cama con ella.

Él le dio una sonrisa maravillosa, llenándola de confianza, le rozó los labios con los suyos y la vio afirmar de nuevo, con una sonrisa que iluminaba su mirada. Al llegar la bajó muy despacio, dejándola delante de la cama, acariciando con suavidad sus hombros, bajando por sus brazos, siguiendo hasta sus manos para llevárselas a los labios y besarlas mientras la miraba a los ojos.

Comenzó a besarla con sutiles roces de sus labios y llevó las manos de Victoria hasta su pecho, para que pudiese sentir el latido de su corazón, el beso se fue haciendo más intenso y sus manos comenzaron a subir por la delgada cintura, buscando los botones de su blusa. Sintió que ella se tensaba, así que intentó ir más despacio y en lugar de desnudarla antes, decidió ser él quien se expusiera primero para que ella se sintiera más confiada, por lo que comenzó a desabotonar su camisa.

—¿Me ayudas con esto? —pidió, con una sonrisa ladeada.

Victoria asintió mostrando el mismo gesto de él, pero acompañado por esa aura de timidez que la envolvía, sus manos empezaron a temblar, pero luchó por controlarse y actuar de manera segura. Se recordó que no era la primera vez que lo desnudaba, así que con lentitud comenzó a

desabotonar la camisa, mientras sentía que su corazón saldría disparado de su pecho de un momento a otro.

—Mis dedos están algo entumecidos por el frío. —Se justificó, pues estaba tardando demasiado en quitarle la camisa.

—Toma todo el tiempo que desees —pronunció, dedicándole una cálida sonrisa, mientras le acariciaba la mejilla.

Fabrizio respiró profundamente y se concentró en la imagen de Victoria desnudándolo, para poder guardarla para toda su vida, aunque que esa no sería la última vez que la vería hacerlo, pues deseaba que, a partir de ese momento, ella fuese la única mujer que lo tocara de esa manera. Dejó libre un suspiro y le acarició con suavidad la mejilla, para luego buscar sus labios y entregarles besos sutiles, despacio la fue bajando hasta tenderla sobre la cama.

Victoria se acomodó intentando controlar su respiración, pero eso era un imposible, apenas conseguía el aire suficiente para no perder la consciencia, no lograba hacerlo, así como tampoco conseguía calmar el temblor que se había apoderado de su cuerpo. Su mirada se deslizó hasta el pecho de Fabrizio, comprobando que era idéntico al de Terrence, y pensó que incluso desnudo él se vería igual a su rebelde.

Fabrizio se recostó primero a su lado, acariciando su cintura, sus brazos, besaba con ternura sus labios, sus mejillas, perdiéndose en el verde de sus ojos, que brillaban con esa luz que iluminaba su mundo. Se estremeció al sentir una de las pequeñas manos de Victoria, acariciándole el pecho y bajando a su abdomen, delineando su forma con suavidad.

Ella solo se estaba dejando llevar por su instinto, mientras sus dedos vagaban por la cálida piel, descubriendo que las sensaciones que le provocaban eran las mismas de años atrás. Su mano se deslizó por la suave capa de finos vellos que adornaban su pecho, pero que poco a poco se iban perdiendo a medida que bajaba, estaba tan ensimismada que cuando se topó con la correa, su mano tembló.

Él ladeó una sonrisa y la besó con suavidad mientras ella también le sonreía, regresó a los botones de su blusa y lentamente fue abriéndolos, no pudo evitar que su mirada se perdiera en la blancura de su piel. Suspiró con ensoñación cuando soltó el último botón y vio que lo único que cubría sus senos, era un delicado sostén blanco de encaje y seda, que le ofrecía una vista muy generosa.

—He querido verlos desde la noche que caímos en la piscina —susurró, deslizando sus dedos por la suave curva donde nacían.

—Hazlo... te doy permiso para mirarlos —respondió ella, recordando aquella vez cuando le pidió verla desnuda.

—Mi amor... mi dulce Victoria —murmuró, sintiéndose muy emocionado, ancló su mirada en la de ella porque tenía que decirle lo que deseaba—. Después de hoy voy a desear tenerte a mi lado siempre, hacerte el amor y despertar contigo... Victoria..., voy a querer que seas mi esposa y debemos casarnos porque quizá quedes embarazada, y confieso que nada me haría más dichoso que eso.

—Y yo voy a estar feliz de hacerlo, de entregarme a ti y ser tu esposa —respondió con una sonrisa, aunque no pudo evitar tensarse cuando él dijo lo del embarazo, aún ese fantasma la atormentaba, pero había solo una manera de averiguar si sus miedos eran reales o no—. No hay dudas en mí de lo que deseo... y es pasar mi vida contigo.

—Entonces nos casaremos mañana mismo —dijo emocionado.

Ella soltó una carcajada ante su entusiasmo y asintió mostrándose de acuerdo, no quería esperar un día más para iniciar una vida juntos. Lo besó muy despacio y vio en su mirada que no

había dudas, así como tampoco las había en ella, y aunque no fuese como alguna vez imaginó que sería su boda, la verdad era que sentía que sería maravilloso, y que al fin podría dejar atrás todos los miedos y entregarse a él por completo.

Fabrizio atrapó sus labios en un beso intenso y profundo, que buscaba agradecerle por confiar de esa manera y estar dispuesta a compartir su vida con él. Su cuerpo le exigía conquistar mucho más, así que llevó el beso a solo roces de labios, y su mano fue bajando lentamente el encaje que cubría uno de los senos, se estremeció y él lo hizo junto a ella.

Bajó la mirada para maravillarse con la piel nívea, maravillosa y suave de Victoria, adornada por un pequeño botón rosa que había despertado con sus caricias, comenzó a desearlo con locura y no se pudo resistir, despacio se fue acercando para tomarlo con sus labios.

Rozó la curva de su seno, de inmediato la sintió estremecerse y liberar un gemido, animándolo a repetir ese movimiento un par de veces más, pero estaba deseando ir más allá. Así que rodó muy despacio para posarse sobre ella, con delicadeza deslizó el encaje para poder admirarlos con total libertad y el movimiento que hacían lo invitaba a apoderarse de ellos, lo que no dudó en hacer.

Victoria jadeó de placer al sentir como la boca de Fabrizio se adueñaba de uno de sus pezones, mientras su mano masajeaba el otro seno. De inmediato notó cómo todo dentro de su ser se desbordaba de emociones y sensaciones, su parte más íntima tembló mientras era bañada por una ola de humedad, y su instinto se hizo presente, exigiéndole que participara también de ese encuentro.

Llevó sus manos por debajo de su camisa, subiendo con sus dedos a lo largo de su espalda, lo sintió temblar ante ese toque y hacer sus besos más intensos, viajando al otro pezón para hacer lo mismo. Ella se arqueó para ofrecérselos, al tiempo que movía sus caderas buscándolo, sintiendo crecer la necesidad de ser llenada por él.

Fabrizio, al ser consciente de la excitación en ella, llevó una mano hasta su pierna para acariciarla con suavidad, instándola a que lo envolviera y ella lo hizo de inmediato, dándole así la libertad para estar más cerca. Comenzó a rozar su pelvis con la de ella, siendo testigo del temblor que la recorría, así como el calor que emanaba de su cuerpo y que se acrecentaba.

Él no pudo resistirse y se presionó contra su centro, para hacerle saber cuán despierto estaba su cuerpo y que solo esperaba por ella, para complacerla. La sintió aferrarse a su espalda y comenzar a mover sus caderas en respuesta, provocando con ese movimiento que toda su columna temblara y que su erección humedeciera su ropa.

En ese instante supo que no podía esperar más, pero se obligó a detenerse unos segundos para mirarla a los ojos, le acarició la mejilla y cuando ella lo miró, fue como si hubiera sido transportado a otro lugar. De pronto, todo su entorno cambió, ya no estaban en la cabaña, sino en otra habitación de amplios ventanales, sobre una cama vestida con sábanas blancas y ella se veía mucho más joven.

Capítulo 9

Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo, resultado del miedo que le provocó esa alucinación que solo duró escasos segundos, pero que había sido tan nítida que hizo que algo dentro su cabeza estallara y que sus pulmones se apretaran, haciéndole difícil respirar. Parpadeó con nerviosismo y luchó por enfocarse de nuevo en el momento, sintiéndose aliviado de comprobar que ella era la Victoria que él conocía, y que estaban en la cabaña del guardabosques, que todo allí seguía igual.

—¿Sucede algo, amor? —preguntó ella, al ver que él se había quedado quieto y su mirada lucía atormentada.

—No..., no es nada. —Intentó sonreír para ocultar sus nervios, pero el episodio lo había dejado tan mal que toda la excitación que corría por su cuerpo había desaparecido—. Todo está bien —susurró y buscó sus labios para besarla, deseando retomar lo que hacían.

De pronto, un ruido afuera los hizo salir de la burbuja en la cual se encontraban y los caballos comenzaron a relinchar como anunciando la llegada de alguien, segundos después se escucharon los ladridos de un perro. Victoria se tensó llenándose de nervios y él se puso alerta, se levantó despacio para no asustarla, caminó hasta la ventana y corrió un poco la cortina, sus ojos se abrieron con sorpresa cuando vio que era el guardabosques quien regresaba.

—¡Sansón! ¡Espétame! ¡Sansón! —gritó Filippo descubriendo a los dos caballos en el pequeño establo que estaba junto a la cabaña, reconoció de inmediato al hermoso ejemplar negro, era Ónix.

Fabrizio caminó de prisa hasta la cama y ayudó a Victoria a ponerse de pie, luego comenzó a abotonarse la camisa con rapidez, no quería que el hombre descubriese lo que estuvieron a punto de hacer en su hogar, ni que la juzgase a ella como una desvergonzada, porque no era así, las cosas solo se estaban dando, nada más.

—¿Qué sucede, Fabrizio? ¿Quién viene? —preguntó Victoria, intentando acomodar su ropa con manos trémulas.

—Es Filippo. —Le respondió en voz baja.

—¿Quién? —inquirió ella en el mismo tono de él.

—El guardabosques —contestó terminando con su camisa, la vio que entraba en pánico, así que se acercó para ayudarla.

—¡Oh por Dios! —exclamó presa de los nervios.

—Tranquila, todo estará bien. —Fabrizio le dedicó una sonrisa pícaro, y un guiño de ojo para hacerla sentir confiada.

Escucharon unos pasos en la superficie de madera del piso de la entrada, él la agarró de la mano y caminó con rapidez hasta la puerta abriéndola antes que el hombre.

—Buenas tardes, Filippo. —Lo saludó con una gran sonrisa.

—Buenas tardes, Fabrizio... ¿cómo estás? —preguntó, fijando su mirada en la hermosa señorita que estaba junto al joven.

—Bien, y tú... disculpa que hayamos entrado así, es que nos atrapó la tormenta. —Se excusó, intentando mostrarse casual.

—No tienes que disculparte, sabes que te ofrecí que la usarás de refugio si la necesitabas..., pero pensé que te encontraría con tu hermana —comentó, esperando que le presentará a la chica.

—No, ella se fue de paseo hoy a Gimignano, por cierto, te presento a mi novia —dijo

mostrando una gran sonrisa, se sentía maravilloso volver a llamar a Victoria de esa manera.

—Encantada, Victoria Anderson —esbozó, extendiéndole su mano, que aún temblaba a causa de todo lo vivido.

—Es un placer señorita, Filippo Martoccia... ustedes son los que se están quedando en Casa Renai ¿cierto? —preguntó, pues había escuchado de los americanos, aunque conversaba poco con las personas cuando salía de allí, era inevitable escuchar los comentarios.

—Así es, tenemos varios meses aquí y la casa nos encanta —respondió, mostrando una sonrisa amable.

—Bueno, nosotros debemos irnos —anunció Fabrizio.

—¿No se quedan a tomar un café? Puedo preparar un poco, creo que les hará bien —sugirió Filippo, siendo hospitalario.

—Tranquilo, no es necesario. —Fabrizio lo detuvo antes de que se encaminara hacia la cocina —. Es mejor que aprovechemos que la tormenta paró, no vaya a ser que arrecie de nuevo y nos toque quedarnos a pasar aquí la noche... si algo así llega a suceder puedes quedarte sin amigo, porque mi cuñado me arrancará la cabeza —comentó en tono de broma, luego le extendió su mano al hombre—. Gracias por la invitación, con gusto la aceptaremos otro día.

—Fue un placer conocerlo, señor Martoccia, hasta pronto.

—Igual, señorita, hasta pronto... y tengan mucho cuidado.

Fabrizio llevó a Victoria de la mano para salir con ella de la cabaña, caminaron hasta donde había dejado atados a Piedra de luna y Ónix, montaron a los animales y salieron del lugar de inmediato. Una vez que dejaron la cabaña atrás, bajaron un poco el trote y Fabrizio se volvió para mirar a Victoria, ella aún se sentía abrumada por la situación que acababan de vivir, pero en cuanto miró a Fabrizio comenzó a reír presa de los nervios y él la acompañó de buena gana.

Bajaron de los animales y corrieron hasta un árbol para refugiarse de la lluvia que caía de nuevo, reían alegremente, colmados de esa felicidad que corría por sus venas, al estar juntos de nuevo. Fabrizio le dedicó una mirada llena de amor y deseo, luego la amarró en un abrazo pegándola a su cuerpo y adueñándose de sus labios con pasión, la misma pasión que a ella la consumía.

De regreso de Gimignano, Brandon se vio obligado a orillar el auto a un lado del camino para esperar a que la lluvia menguara un poco, ya que a momentos empañaba tanto el parabrisas que no le dejaba ver nada. Aún era temprano así que no se preocupaba en apresurarse, era preferible demorarse en llegar que correr el riesgo de tener un accidente; pues el cielo se había tornado oscuro y era apenas iluminado por ocasionales relámpagos.

—No debes preocuparte, siempre es así para estas fechas —mencionó Fransheska dedicándole una sonrisa.

—Pues parece un diluvio —contestó mientras le sonreía.

—He visto peores. —Ella juntó sus manos para llevárselas a su boca y contrarrestar el frío que se instalaba.

—Ven acá, yo te daré calor —agregó abrazándola, al estar ya casi en verano ambos habían optado por usar ropas ligeras, no creyeron que fuese a llover tan fuerte.

Fransheska rodeó la cintura de Brandon con sus brazos, mientras él pasó el brazo sobre sus hombros para pegarla a su cuerpo, le dio un suave beso en la frente y ambos cerraron los ojos. Pasaron varios minutos así, sumidos en el silencio, llenándose del calor que sus cuerpos se brindaban y escuchando solo sus respiraciones; de repente, el sonido de un trueno los hizo sobresaltarse, abrieron los ojos y cuando sus miradas se encontraron rompieron a reír.

—Casi nos quedamos dormidos —dijo ella escondiendo la cara en el pecho fuerte y cálido de Brandon, le encantaba su perfume.

—Así parece —respondió él, acariciándole la espalda con ternura.

—Sabes que de pequeña cuando llovía de esta manera no podía dormir... empezaba a dar vueltas sobre mi cama, cubriéndome con las cobijas, hasta que los truenos le ganaban a mi valentía y salía corriendo a la habitación de Fabrizio, él sabía que me asustaba mucho y me dejaba dormir a su lado... me sentía segura, consciente que al lado de mi hermano nunca me pasaría nada... —Se quedó callada unos segundos, recordando.

—¿Le temes a los truenos? —Brandon la miró a los ojos.

—Sí, muchísimo... y los años que mi hermano estuvo en la guerra, y llovía de esta manera eran una tortura para mí, no lograba conciliar el sueño, en esos momentos el dolor de saberlo lejos y en peligro se apoderaban de mi corazón con más fuerza. —Ella no pudo evitar que una lágrima rodara por su mejilla.

—Fransheska... ya pasó, amor. —Le susurró con ternura, mientras subía el rostro para limpiar las lágrimas con sus pulgares.

—Lo sé... disculpa, pero es que a veces siento... —Se detuvo al ser consciente de las palabras que le diría a Brandon, quizá él creería que estaba loca si le decía que a veces seguía sufriendo por Fabrizio.

—No tienes que disculparte por nada, solo debes comprender que estas son cosas que deben quedarse en el pasado, y no tiene sentido que te entristezcas por ello, porque ahora tu hermano está junto a ti sano y salvo... eso es lo importante —expresó, mirándola a los ojos.

—Sí... y aunque todavía le temo a los truenos, sé que puedo contar con él... —Dejó ver una gran sonrisa, pero sus ojos aún se encontraban vidriosos, suspiró para buscar un recuerdo más alegre y olvidar esa tristeza—. Recuerdo la primera tormenta que tuvimos después de su regreso, fue para estas mismas fechas... Era medianoche y todos dormían, yo salí corriendo de mi habitación cuando un relámpago cayó cerca de la casa y la hizo retumbar, él estaba despierto y me abrió de inmediato al pensar que sucedía algo. —Ella soltó una carcajada al recordar la cara de su hermano.

—¿Qué hiciste? —preguntó sonriendo, lleno de felicidad al ver que ella había alejado la tristeza y una vez más era su chica alegre.

—Entré a su habitación corriendo, me lancé en la cama y me cubrí con las cobijas, él se quedó parado sin saber que hacer... y solo me dijo: *Fransheska, ¿qué haces?* —respondió imitando la voz de su hermano, ante la mirada divertida de Brandon—. Recuerdo que le dije *Tengo miedo y no puedo dormir en esa habitación*. Él me miró sin comprender... supongo que pensaba que a mis diecisiete años ya había superado algunos miedos. El caso es que le pedí que por favor me dejara allí, después de casi tres años era evidente que la cama no era lo suficientemente grande para los dos...

—Supongo que tenía la misma de cuando era un adolescente —comentó Brandon imaginándose la cómica escena.

—Sí, mis padres nunca la cambiaron... bueno, no hasta ahora que él exigió que le dieran una más grande —respondió, riendo y secándose los lagrimales—. Él seguía refunfuñando y yo solo me reía, le decía que eso le pasó por comer de más en el ejército, si acaso le dieron alimentos para caballos, después de reír por casi una hora me quedé dormida... pero me hizo trampa, porque a la mañana siguiente me desperté en mi habitación. —Finalizó con un puchero.

Brandon soltó una carcajada ante la cara de Fransheska, ella no pudo evitar acompañarlo, lo miró a los ojos y le dio un suave beso, luego se acomodó en su pecho otra vez. El nuevo sonido de

un trueno rompió el silencio, ella tembló y él la abrazó con fuerza mientras sonreía.

—Cuando estoy a tu lado tampoco siento miedo.

—Me alegra escucharlo —dijo, acariciándole la espalda—. Y yo prometo no hacerte trampa, porque cuando estemos casados vamos a dormir juntos todas las noches, aunque no haya tormentas —agregó sonriendo sobre la suave cabellera de Fransheska.

—Me alegra saberlo —respondió ella con una sonrisa.

Brandon hizo a un lado el cabello de Fransheska dejando al descubierto la parte de atrás de su cuello, terso, blanco y tan hermoso que lo invitaba a besarlo. Él cedió ante la tentación y comenzó con suaves caricias de sus labios, ella temblaba ante cada roce lo que lo hizo feliz y sus labios se llenaban de la tibieza que poseía su piel.

El deseo que despertaba en él cada vez era más fuerte, expandiéndose por todo su cuerpo y exigiéndole más, por lo que abrió muy despacio la boca y comenzó a saborear la piel, al tiempo que cerraba los ojos para dejarse embriagar por la maravillosa sensación que despertaba en él.

Fransheska dejó libre un gemido, mitad sorpresa mitad placer, al percatarse de la tibieza y la humedad de la lengua de Brandon, paseando por su cuello. Dejó caer los párpados pesadamente y se aferró más a él, escuchando el latir intenso de su corazón y el de ella lo seguía al mismo ritmo, pues compartían la misma emoción.

—Brandon —susurró, y su cuerpo tembló cuando las manos de él se deslizaron con agonizante lentitud por su espalda.

Él la sujetó de los hombros para hacer que lo mirara y atrapó sus labios sin siquiera darle tiempo a reaccionar, su cuerpo parecía de trapo, rendido por completo ante cada caricia que él le brindaba. Quiso participar también de ese beso y llevó sus manos a los poderosos brazos de él, subiendo hasta sus hombros y de allí bajaron de nuevo a su espalda, haciéndolo estremecer, aunque no tanto como lo hacía ella, quien parecía una estrella que nunca dejaba de titilar.

Brandon abandonó los labios de Fransheska y regresó a su cuello, dibujando una línea con sus labios hasta bajar a su clavícula, dejando que su aliento se estrellara contra la tersa piel de ella mientras advertía cómo se erizaba. Él deseaba más, así que presionó sus labios suavemente en varios puntos del cuello de ella, llegó hasta la garganta abriendo de nuevo su boca para saborear su piel, y la escuchó jadear de placer.

—Me encantas, Fransheska... me fascinas. —Suspiró besándola.

—Tú también me fascinas, Brandon —susurró, suspirando, al tiempo que sus manos se movían en el cabello rubio.

Él volvió a apoderarse sus labios que estaban sedientos de sus besos, y ella respondió con la desesperación de quien se encuentra un oasis en medio del desierto. Separó sus labios para recibirlo y sentirlo en cada rincón, rozando sus lenguas, succionando, acariciando, liberando los gemidos dentro de la boca de Brandon sintiendo cómo él también lo hacía dentro de la suya, y ya su cuerpo comenzaba a percibir un calor tan intenso que parecía quemarla.

Brandon fue bajando su mano muy despacio por la cadera de Fransheska, hasta llegar a su pierna, ella tembló ante la caricia haciendo que el corazón de él latiese con más fuerza, dejándose llevar por su excitación comenzó a acariciarla con la misma intensidad que sus labios se adueñaban de los de ella. Sintió que la tela resbala con suavidad entre su mano y la piel de ella, lo que hizo que de sus labios escapara un gemido, su cuerpo le exigía cada vez más, deseaba poseerla, hacerla su mujer.

Sus labios una vez más abandonaron la boca de Fransheska, y bajaron para recorrer la exquisita piel de su hombro que estaba al descubierto, empezó a besarlo con suavidad, pero no pudo contener a su apasionado instinto, así que llevó una mano para deslizar el tirante de su

vestido y tener su hombro libre de obstáculos para disfrutarlo a plenitud, entregándole un beso profundo y largo.

Ella gimió y se aferró con fuerza a la espalda de Brandon, su mente no lograba coordinar una idea clara y no podía hacer nada más que sentir. Dentro de su cuerpo se desataba una tormenta mucho más fuerte que la que caía afuera, y empezaba a humedecer su rincón más íntimo, llenándola de un exquisito calor y aumentando ese temblor que se unía a la sensación de necesidad en su vientre, la misma que comenzaba a llegar más allá.

Notó cómo la mano que Brandon tenía en su pierna subía lentamente la tela de su vestido hasta llevarla a su muslo, luego la sintió apoderarse de su rodilla con caricias que dispararon su excitación. Abrió los párpados y una sombra nublaba su mirada, tal vez la misma que seguramente le nublaba el pensamiento, mientras Brandon una vez más estaba en su cuello saboreándolo de manera maravillosa, cerró los ojos hallándose completamente rendida a él, entonces llegaron hasta su mente las palabras que le dejará Fabrizio en aquella carta cuando partió a la guerra.

Campanita, que tu luz brille por siempre y que conozcas el amor para que veas que el tiempo vuela cuando estás con esa persona, pero, hermanita, antes de entregar tu corazón, primero asegúrate de que ese hombre se merezca al hermoso ser que eres, no solo por fuera sino por dentro... tal y como me lo advirtió papá, no te entregues por completo si no estás segura. Te quiero, Campanita, no lo olvides, no lo olvides nunca.

Las palabras retumbaron en su cabeza con más fuerza que el sonido del trueno que acaba de escucharse afuera, su cuerpo se tensó por completo ante las imágenes que desfilaban por su mente, de su hermano llorando por Antonella Sanguinetti. De inmediato su garganta se inundó de lágrimas y comenzó a sentir que se ahogaba, toda la excitación de minutos atrás fue reemplazada por temor.

—Brandon —pronunció y su voz se quebró al final—. Brandon..., por favor —repitió de nuevo, sollozando.

Él reaccionó de inmediato al escuchar que su tono de voz era trémulo, buscó los ojos de Fransheska y su mirada angustiada lo regresó a la realidad. Su corazón detuvo de golpe la carrera desbocada de la cual era preso, acunó el rostro de Fran entre sus manos y pegó su frente a la de ella, sintiéndose un estúpido por haberse dejado llevar por su deseo y no respetarla.

—Fransheska, lo siento... amor, lo siento, por favor perdóname... —Le dijo con voz angustiada, mirándola a los ojos.

Ella solo logró asentir y las lágrimas rodaron por sus mejillas, eso hizo que el corazón de Brandon se contrajera de dolor. Subió para darle un beso en la frente, cerrando los ojos para no dejar salir sus propias lágrimas, y respiró profundamente para intentar calmar su cuerpo mientras advertía el temblor en ella.

—Dame un momento, por favor —pidió con voz quebrada por esa sensación de culpa que sentía y salió del auto.

Fransheska lo miró sin saber qué hacer, afuera la lluvia aún era fuerte y él estaba a la intemperie, se obligó a reaccionar y también salió, caminó hacia él, temía haberlo lastimado. El agua era sumamente fría y la golpeaba con fuerza porque venía acompañada de ráfagas de viento; sin embargo, luchó por avanzar y llegar hasta él, necesitaba hacerle comprender que todo estaba bien.

Brandon estaba de espalda tratando de drenar la rabia contra sí mismo por no controlarse, también lidiaba con el dolor y la vergüenza de haber puesto a Fransheska en esa situación. Él la deseaba como nunca había deseado a otra mujer en su vida, pero también la amaba y precisamente por ello debía cuidarla y esperar el tiempo adecuado, hasta que fuesen marido y mujer, cerró los párpados, dejando que las lágrimas se mezclaran con las gotas de lluvia que bañaban su rostro.

—Brandon. —Lo llamó ella con preocupación.

—Lo siento, Fransheska... yo no quise... —Él se volvió para mirarla, se acercó hasta ella que temblaba y llevó sus manos hasta su rostro para verla a los ojos—. Lo siento tanto, mi amor...

—Todo está bien... yo te amo, Brandon... es solo que... —Se detuvo pues no sabía cómo explicarse.

En ese momento el sonido de un trueno retumbó en todo el lugar, ella tembló de manera involuntaria a causa del temor que le provocaba ese sonido. Brandon la agarró de la mano y subieron al auto para refugiarse del frío y de la lluvia, de inmediato él buscó la manta que habían usado para el picnic y envolvió a Fransheska para darle calor, luego comenzó a frotarle los brazos.

—Brandon, yo... no quise rechazarte.

—Fransheska... no lo hiciste, mi vida —dijo, mirándola a los ojos para que no se atormentara con esa idea.

—Pero... ¿Por qué te alejaste de mí? —Le preguntó con preocupación, mientras sus pupilas seguían las de él.

—Necesitaba hacerlo... solo eso —confesó, esperando que ella comprendiera por qué actuó de esa manera.

—Entiendo. —Supo a lo que se refería, Edith le había contado de *eso*, bajó la mirada, mientras un suave rubor cubría sus mejillas—. Entonces yo también necesitaba hacerlo —agregó en un susurro.

Él sonrió y le subió el rostro para mirarla a los ojos, estaba a punto de besarla en los labios, cuando decidió que lo mejor era no tentarse de nuevo, así que dejó caer ese beso en su frente.

—Espero que no dejes de besarme ahora por lo que acaba de suceder —expresó mostrándose seria, no quería que él se cohibiera.

Brandon dibujó una sonrisa maravillosa y la besó en los labios, pero esta vez siendo consciente de no pasar el límite por lo que el beso duró muy poco, después de eso se quedaron abrazados; por suerte la lluvia comenzó a menguar y retomaron el camino de regreso.

Frente a ellos ya se encontraba la fachada de casa Renai, disminuyeron el trote de los animales porque ya no era necesario apurarse, la lluvia había pasado; solo se mantenía una ligera llovizna que a veces venía acompañada de suaves ráfagas de viento. Fabrizio fue el primero de bajar del caballo y caminó hasta Victoria para ayudarla, al ver que ella intentaba descender también de la yegua.

—Será mejor que nos despedamos ahora, para que entres y te cambies, o agarrarás un resfriado —dijo, mirándola a los ojos.

—Tienes razón... —mencionó asintiendo, y le acarició el pecho con suavidad—. ¿Por qué no pasas y te presto algo de Brandon? Tú también puedes enfermarte —sugirió, dedicándole una sonrisa.

—Estoy bien, lo mejor será llegar hasta mi casa, está cerca y puedo esperar unos minutos... no creo que sea mucha la diferencia —respondió con una sonrisa, y le rozó los labios.

—También podrías tomar un té caliente. —Ofreció sonriendo.

—Me encantaría, pero creo que sería... poco prudente entrar a tu casa —calló al ver la mirada de desconcierto en sus ojos. Se acercó un poco más y le acarició la mejilla, acercándose a sus labios—. Dudo que pueda controlarme y no arrastrarte hasta tu habitación... y hacerte el amor hasta que amanezca. —Su voz era ronca, íntima, sensual, y sus ojos se paseaban por el rostro de

Victoria que había tomado un hermoso tono carmín, quiso comérsela a besos.

—Yo... Fabrizio —susurró sintiéndose abrumada y excitada.

—Te amo, Victoria Anderson, ya tienes mi corazón y mi alma, mi cuerpo te estará esperando hasta que Dios nos una como marido y mujer... Sé que te dije que podíamos casarnos mañana y créeme sería el hombre más feliz del mundo si lo hacemos, pero sueño con darte un anillo y que nuestra unión sea especial, que tengamos a nuestras familias como testigos y verte vestida de blanco, radiante y hermosa como un ángel... como mi ángel —mencionó con su mirada anclada en la de ella y una sonrisa que nacía en su alma.

—Yo también deseo que tengamos todo eso, pero te amo y quiero entregarme a ti para que estés seguro de mis sentimientos —expresó de manera apremiante, porque no quería perderlo y porque también se moría por sentirse su mujer otra vez.

—Y lo estoy, estoy completamente seguro de tus sentimientos... no necesito nada más que verme en tus ojos para estarlo —expresó con convicción y ternura al mismo tiempo.

Victoria se acercó para darle un beso suave y lento que lo llenara de certeza, a la vez, ella misma se prometía nunca más volver a lastimarlo. No podía permitir que los miedos que se adueñaron de sus pensamientos por tanto tiempo, volvieran a arruinar la única esperanza que tenía de ser feliz; se separaron dándose un par de besos.

Fabrizio montó sobre Ónix de nuevo, le dedicó una gran sonrisa y con destreza hizo que el animal girara sobre sus patas traseras, para después salir al galope. Mientras corría el corto trayecto hasta su casa, la imagen de lo sucedido en la cabaña regresó a su cabeza, no precisamente de lo que vivió con Victoria, sino de ese extraño episodio que lo descolocó y al que no le encontraba una explicación.

Intentó enfocarse para intentar descubrir lo que había sido, pero su mente parecía estar envuelta en una espesa neblina impidiéndole recordar con claridad. De pronto el relinchido de su caballo lo sacó de sus cavilaciones, anunciándole que ya estaban cerca de su casa, pero cuando enfocó su mirada en la hermosa villa sobre la colina, sintió como si la viese por primera vez, como si ese lugar no hubiese sido su hogar durante toda su vida o al menos lo que recordaba de esta y una vez más lo recorrió un escalofrío.

Incluso llegó a sentir miedo de entrar allí y encontrarse con su familia; todo eso le parecía tan irracional que se obligó a armarse de valor y negó con la cabeza mientras luchaba por alejar esa sensación de él. Llegó hasta el establo y se encargó de desmontar a Ónix, se quedó allí un rato cepillando su crin para intentar calmarse y evitar que sus padres o su hermana notaran la turbación que se había apoderado de él, no quería angustiarlos.

—Todo está bien... eso solo fue un lapsus... recuerda que el psiquiatra te dijo que algunas veces tendrías episodios extraños, que tus recuerdos se mezclarían... seguramente fue eso, nada más. —Se dijo para brindarse seguridad.

Desde hacía unos meses había comenzado a sentirse mejor, estuvo más estable sin sufrir esos espantosos dolores de cabeza ni depresiones en las que caía sin un motivo aparente. Tampoco había tenido esos estados de humor tan irritables que conseguían que ni siquiera él se soportara. Todo eso parecía haberse esfumado y en el fondo sabía que esas señales debían ser un avance, solo tenía que seguir así, aunque siguiera sin recobrar su pasado lo importante era tener estabilidad mental y no sentir que se estaba volviendo loco.

Capítulo 10

Brandon detuvo su auto frente a la hermosa villa de los Di Carlo, ambos se habían sumido en sus pensamientos luego de lo sucedido, provocando que un pesado silencio se apoderara del ambiente dentro del coche. Aunque algunas veces lo rompían con frases cariñosas, miradas cargadas de amor y sonrisas que los acercaban, no podían negar la tensión que se había apoderado de sus cuerpos, por eso Fransheska sintió que debían hablar antes de salir del auto.

—Brandon... yo quiero, quiero explicarte por qué tomé esa actitud hace un momento. —Los nervios hacían vibrar su voz.

—Fransheska... amor, no hace falta que digas nada, yo te comprendo, tú hiciste lo correcto... —alegó, presintiendo que su novia seguía sintiéndose culpable, pero allí el único responsable era él.

—Por favor... necesito hablarte de esto —rogó, mirándolo a los ojos, lo vio asentir instándola a continuar. Ella suspiró para liberar la presión que sentía dentro del pecho—. Brandon... yo he estado evitando este tema por días, pero creo que es hora de hablar de ello... Nuestra relación es lo más hermoso que me ha pasado, todo lo que me das y lo que siento contigo me hace la mujer más feliz sobre la tierra, tus palabras y tus acciones me llenan de confianza... sabes que confió en ti —expresó sin apartar su mirada un solo instante de él—. Sé que siempre podré hacerlo, sin embargo, tú tienes que regresar a tu país de un momento a otro y yo...

—Fransheska... yo no pienso irme por ahora, amor —aseguró, no quería que se atormentara con eso.

—Pero lo harás, Brandon, no será mañana, ni pasado... tal vez sea dentro de un mes o quizás menos..., lo harás y cuando eso suceda yo me quedaré aquí... —Un sollozo le rasgó la voz.

—Yo vendré por ti, amor... Fransheska, te prometo que voy a regresar y será para que estemos juntos por siempre, para hacerte mi esposa. —Le aseguró mientras le acunaba el rostro.

—Lo sé, amor... pero ¿cómo te explico? —respiró profundo para ordenar sus ideas—. Brandon, yo tengo dos visiones del amor... una maravillosa que es la que han llevado mis padres, ellos siempre nos enseñaron que no existe en el mundo un sentimiento más hermoso y fuerte que el amor... Siempre han sido un matrimonio estable, a pesar de que la situación que atravesamos con Fabrizio nos afectó a todos, y principalmente a ellos, lograron superar la prueba más difícil que Dios les puso y siguen unidos... lo que es mejor, aquello fortaleció aún más su vínculo —explicó ella, mirándolo a los ojos, porque necesitaba que él la comprendiera.

—Te entiendo, mi amor, y es mi deseo que nosotros tengamos una relación igual, que podamos ser plenamente felices y superar cualquier prueba que la vida nos ponga delante —dijo, llevándose la mano de ella a los labios para darle un beso.

—Brandon... yo sé que tus intenciones son las mejores, pero eso no evita que a veces sienta miedo porque también tuve otra visión de este sentimiento, esa donde el amor puede arruinarte la vida, la que te hace sufrir y llorar... Mi hermano le entregó el corazón a una mujer que no supo valorarlo, que lo destrozó a tal grado que prefirió lanzarse a una muerte segura que seguir viviendo sin ella...—Sollozó al recordar lo devastado que estaba Fabrizio esa última vez cuando viajaron hasta el colegio, justo antes de que escapara.

—Amor, te juro que yo nunca te dañaré, hacerlo sería como dañarme a mí mismo, tú eres lo

más importante que tengo y jamás haría nada que te hiciese sufrir —pronunció con la voz ronca, pues le dolía ver que todos esos recuerdos hacían estragos en ella, le acarició las mejillas limpiando con los pulgares sus lágrimas.

—Hay situaciones que se escapan de nuestras manos, Brandon... si tú te vas yo guardaré hasta el último minuto mis esperanzas, pero eso no evitará que la angustia y las dudas en algún momento se apoderen de mi alma... y si por algún motivo tú no puedes regresar... —Brandon intentó detenerla, pero ella lo calló posando los dedos sobre sus labios—. Si no puedes regresar al menos con la prontitud que deseas, yo me llenaré de dolor y no quiero eso porque sería injusto que me entregue a ti por completo, que dependa totalmente de ti y de tu cuerpo, como ya lo soy de tus besos, porque sé que me volvería loca al no tenerte —finalizó rompiendo en llanto.

Brandon se acercó a ella y la abrazó con fuerza mientras dejaba libre sus propias lágrimas, le acarició la espalda con ternura para consolarla. Estuvieron así un par de minutos hasta que ella logró calmarse; él se movió para mirarla a los ojos y comenzó a besar delicadamente sus mejillas para secar sus lágrimas.

—Amor... siento mucho haberte puesto en esta situación, remover recuerdos tan dolorosos dentro de ti, pero no tienes por qué dudar... Fran, yo te juro que volveré por ti y ya nunca más nos separaremos... Y sabes que si lo deseas ahora mismo entro a tu casa para pedirle a tus padres que me concedan tu mano en matrimonio y nos casamos mañana mismo... solo tienes que decirme que me aceptas y me tendrás a tu lado desde este mismo momento —pronunció con absoluta convicción, mientras se sumergía en esos ojos grises para que parecían un par de lagunas cristalinas.

—Brandon, no existe nada en el mundo que desee más..., pero aún no es el momento... Yo estoy muy unida a mi familia, creo que primero tendría que hacerme a la idea de un matrimonio, de tener que dejar a mis padres, mis amigos, mi país... sería un cambio muy fuerte para decidirlo de un momento a otro —esbozó sintiéndose nerviosa ante esa idea, porque era consciente de que cuando lo decidiese tendría que dividir su corazón en dos.

—Entonces yo te esperaré el tiempo que sea necesario, voy a estar allí para ti cuando lo decidas... solo espero que sea antes de que me haga viejo, no vaya a ser que las personas piensen que no son mis hijos los que llevaré al parque a jugar sino mis nietos —mencionó con una sonrisa para aligerar el momento.

Ella soltó una pequeña carcajada sintiendo que él podía alejar toda esa pena que a veces regresaba para atormentarla; le acarició el hermoso cabello dorado y lo besó muy despacio. Brandon hizo ese beso más profundo para sellar el pacto que acababan de hacer, suspiraron al separarse dejando que sus frentes descansaran la una sobre la otra, abrieron los ojos y sus miradas estaban llenas de convicción, sonrieron y luego bajaron del auto para entrar a la casa.

Marion despertó y al no sentir el cuerpo de su esposo junto a ella, se incorporó girando su cabeza para buscarlo con la mirada, Richard estaba sentado en el sillón junto al ventanal, y la luz del alba iluminaba la mitad de su cuerpo que solo estaba cubierto por su ropa interior. Ella dejó escapar un suspiro al darse cuenta de que otra vez estaba ausente, llevaba varios días en ese estado y lo peor era que ni siquiera sabía lo que le había pasado, porque había mejorado mucho en las últimas semanas, pero otra vez se perdía en medio de sus sombras.

Le dolía verlo tan triste, además, la falta de apetito lo perjudicaba, debía comer algo para contrarrestar el daño que los medicamentos podían causarle a su estómago. Se puso de pie y caminó hasta él, se inclinó a su lado para acariciarle con suavidad la mejilla y acomodó un poco sus cabellos.

—Richard, deberías dormir un poco... amor, no es sano que pases tantas horas en vela — sugirió notando las sombras bajo sus ojos.

—No tengo sueño, Marión, no te preocupes, mi vida, mejor ve a bañarte que se te hace tarde —respondió como si fuese consciente de su entorno, pero su mirada seguía perdida.

—Richard..., está bien. —Sabía que insistir era vano por lo que se puso de pie, se vistió con su salto de cama y salió.

Se encaminó hacia la cocina para preparar el desayuno, optó por algo ligero porque no tenía mucho tiempo y debía asegurarse de que Richard comiera algo; porque si dependiera de su hermano, lo dejaba morir de hambre. Manuelle no se caracterizaba por ser un hombre paciente, así que no le insistiría a su esposo para que se alimentara, si no lo hacía a él le daba lo mismo, pero ella debía cuidarlo.

—Te he traído algo para que desayunes —mencionó minutos después, cuando regresaba a la habitación.

—No tengo apetito, mi vida —repuso con la voz apagada.

—Por favor, Richard... sabes que tienes que comer algo, no puedes estar con el estómago vacío, eso te hace mal —insistió, poniendo la bandeja cerca de él para que la comida le despertara el apetito, pues había hecho una de sus favoritas.

—Está bien, pero solo comeré el emparedado. —Lo agarró y le dio un pequeño mordisco, tuvo que hacer un gran esfuerzo para que pasara por su garganta, pues la tenía casi cerrada.

Marion se sentó junto a él y aprovechó para comer la parte del desayuno que su esposo no quiso; le dio un beso y le dedicó una sonrisa como premio cuando lo vio comer su último bocado. Luego se dirigió al baño para comenzar a prepararse, abrió la llave mientras se despojaba de su ropa y después se metió debajo de ducha, dejó la puerta abierta como era su costumbre cuando estaba sola con Richard, él había retomado la misma posición lánguida de antes.

Ella quería saber qué era lo que pasaba por su mente en ese momento y a qué se debía tanto sufrimiento, se dedicó a buscar en sus recuerdos algo que le dijera por qué el comportamiento de su esposo había cambiado tanto. Cuando lo conoció era algo taciturno, muchas veces se perdía y lo invadía la nostalgia, pero eso era normal en la mayoría, ya que todos estaban lejos de sus familias.

Sin embargo, la nostalgia de Fabrizio parecía deberse a algo más, porque una vez que terminó la guerra y él estuvo más recuperado no quiso buscar a sus padres. Ella no sabía la razón pues nunca se lo había explicado y tampoco sabía mucho sobre su pasado, él siempre se había mostrado muy hermético en ese aspecto, y se negó cuando más de una vez le propuso ir a Devon para que su familia supiera que estaba bien y que era padre de un hermoso niño.

Recordó la primera vez que pudieron estar a solas, aunque se habían visto un par de veces en el campamento, apenas si se había dirigido la palabra. Él llegó una tarde con una herida de bala en la pierna, y ella se ofreció para atenderlo de inmediato, fue la primera vez que le habló directamente y sus palabras la enamoraron.

Me he encontrado a un ángel en el infierno, ¿has venido a rescatarme? ... Es curioso que sea precisamente una mujer la que me devuelva las ganas de vivir.

De pronto esas palabras hicieron eco con tanta fuerza dentro de su cabeza que sintió como si una centella hubiese caído junto a ella, iluminando todo a su alrededor. Un sollozo brotó de sus labios, por lo que se llevó rápidamente la mano a la boca para acallarlo, mientras cerraba los ojos y negaba con la cabeza, pero ya esa idea se había apoderado de su cabeza y comenzaba a torturarla.

—Es eso, Richard... sufres por un amor —cuestionó, dejando correr un par de lágrimas

mientras su cuerpo temblaba.

Sentía que no podía contra la presión en su pecho y necesitaba liberarla, así que se puso una toalla y salió de la ducha para cerrar la puerta. No quería que él la escuchase llorar e intentase averiguar lo que le sucedía, porque en ese momento no tenía la certeza de nada; sin embargo, ya la duda estaba instalada en su cabeza.

»Tiene que ser eso, porque no encuentro otra explicación... Tu familia no podría destrozarte el corazón y dejarte en ese estado, eso solo puede hacerlo una decepción amorosa —concluyó, sintiendo que se le caía la venda de los ojos.

Estuvo un rato más allí dejando que su llanto corriera libremente, sintiendo que ese dolor en su pecho se hacía más insoportable y un sabor amargo le inundaba la boca. Recordó que no podía llegar tarde al trabajo, aunque la jefe de enfermeras era condescendiente con ella por su situación, no podía abusar.

Terminó de bañarse y mientras se miraba en el espejo empañado del baño, supo que no podía salir así o Richard notaría que algo pasaba. Se echó una solución de manzanilla que tenía para refrescar su vista cuando llegaba muy cansada del trabajo; por suerte aclaró sus ojos, pasó rápidamente hasta el armario y comenzó a vestirse.

En más de una ocasión sintió ganas hablarle a Richard sobre sus sospechas, pero lo pensó mejor y decidió no hacerlo, necesitaba tiempo para poder analizar todo con cabeza fría y después hablaría con él. Agarró su bolso y se acercó hasta él para despedirse, solo le dio un rápido beso en la mejilla, estaba por alejarse cuando sintió que la sujetaba de la muñeca y levantaba el rostro para mirarla.

—¿Estás bien? —preguntó, sintiéndose algo extrañado por su actitud tan distante, ella era más cariñosa.

—Sí, nos vemos esta noche... intenta descansar —respondió, luchando contra el nudo en su garganta.

—Lo haré... te amo, Marion. —Sintió la necesidad de decírselo.

—Yo también te amo, Richard. —Le dio un beso en los labios, después de eso salió casi corriendo de la habitación.

Él se quedó allí solo, repentinamente una extraña sensación de zozobra se apoderó de su pecho, presintiendo que algo le pasaba a su esposa, dejó caer sus párpados con pesadez y soltó un suspiro. Una vez más los recuerdos de la parte más dolorosa y oscura de su vida se apoderaban de su mente, llevándolo a revivir ese infierno al que lo llevó su amor por Antonella Sanguinetti.

24 de septiembre de 1914

Ya habían pasado dos semanas desde que su padre lo dejara en el internado, y el tiempo no había conseguido hacer mella en su dolor; por el contrario, cada vez era peor, se sentía tan vacío y solo que muchas veces llegó a creer que se volvería loco. A veces tenía episodios donde la desolación era tan grande, que se veía tentado de abrir la ventana y saltar para así acabar de una vez por todas con su sufrimiento, pero la cobardía le ganaba y continuaba soportando su cruel y oscuro destino.

La mayor parte del tiempo se la pasaba distraído durante las clases, también en las misas, pero esa mañana en particular le escuchó decir algo al sacerdote, algo que llamó su atención; él habló sobre los voluntarios que estaban llevando a la guerra. Jóvenes que ni siquiera eran militares y que no tenían una mínima experiencia en ataque o en armamentos, y que eso era un sacrilegio porque iban a una muerte segura y muchos lo hacían por ideales errados, que los engañaban.

Durante el resto de la mañana no pudo sacarse esa idea de la cabeza, escuchó decir a algunos de sus compañeros que el padre estaba equivocado, y que solo decía eso porque era un hombre de Dios, pero que los jóvenes que se enlistaban eran muy valientes y regresarían como héroes cuando derrotaran a los alemanes. Para cuando anunciaron el almuerzo, él se excusó con una de las religiosas y le dijo que iría a su dormitorio porque no se sentía bien.

Sin embargo, ya tenía otros planes, aprovechó que no tendría clase hasta las cuatro para escaparse, al salir pudo ver todas las paredes de Londres forradas con el afiche de Horatio Kitchener donde lo señalaba y su mensaje decía: *Tú, los británicos te llaman*. También había muchas tiendas de campaña donde los que querían ser voluntarios podían inscribirse; la idea de ofrecerse para combatir se instaló en su cabeza, pero tenía un problema, aún era menor de edad.

—Tiene que mostrarme algún documento para poder inscribirlo. —Le exigió el militar cuando llegó su turno en una de los puntos.

—Lo he perdido..., pero le aseguro que cuento con la mayoría de edad y quiero servir a mi país —alegó, intentando convencerlo, por suerte había adquirido el acento y podía pasar por británico.

—Lo siento, pero sin una identificación no lo admitiré... —mencionó tajante y alzó la cabeza para continuar—. ¡Siguiente!

Fabrizio se sintió frustrado y estuvo a punto de desistir, pero mientras se alejaba escuchó a un grupo de jóvenes que al igual que él eran menores de edad y habían conseguido sacar nuevas identificaciones en una jornada especial que estaban realizando en el Real Colegio Naval; sin que les hicieran muchas preguntas. De inmediato subió a un auto de alquiler y le pidió que lo llevara; al llegar vio una larga fila de personas, pero ya estaba allí y no se echaría para atrás, conseguiría entrar como voluntario al servicio de su majestad.

El tiempo de espera le ayudó a escoger un nombre, pues sabía que no podía registrarse como Fabrizio Di Carlo Pavese, si lo hacía el funcionario descubriría que era italiano, así que necesitaba un nombre inglés. Se le vinieron varios a la cabeza, pero él que más le gustó fue Richard, dudó un poco más con el apellido pues ninguno terminaba por convencerlo; de pronto su mirada captó un auto que estaba estacionado cerca y tenía el escudo de uno de los ducados, lo identificó de inmediato, era el de Oxford, conocía su historia.

—Danchester... suena bien —murmuró y después de mucho tiempo su mirada volvía a iluminarse—. Richard Danchester.

—No comentas una estupidez, niño, se darán cuenta que mientes.

—¿Cómo dice? —inquirió, Fabrizio, volviéndose para mirarlo.

—¿Acaso crees que Danchester es un apellido común que cualquiera puede tener? —cuestionó con una sonrisa mitad burla y mitad amargura—. Si vas a dar datos falsos para poder sacarte una credencial como mayor de edad, debes darles unos que sean creíbles. ¿En verdad crees que un Danchester tendría que hacer esta fila interminable para sacarse un documento? ¿O se ofrecería como voluntario en una tienda de campaña? De querer hacerlo se presentaría ante el mismo Kitchener, y este de seguro le ofrecería un cargo de asistente de algún teniente o un coronel, jamás lo pondrían en un batallón junto con otros novatos.

—Comprendo —murmuró Fabrizio, sintiéndose apenado y bajó el rostro porque eso le recordó lo que siempre le decía Antonella, era un niño que no sabía nada de la vida.

Mientras pensaba en otro apellido, vio que el auto pasaba junto a la fila, él enfocó su mirada en este y descubrió que en la parte de atrás iban dos ocupantes, seguramente padre e hijo. De pronto el auto se detuvo y uno de ellos abrió la puerta, pero no estaban lo bastante cerca para que él pudiese verlos, aunque por lo que se podía apreciar a través de la ventanilla trasera, parecían

estar discutiendo.

—Quizá Benjen Danchester sea tan intransigente como mi padre —murmuró y frunció el ceño mientras veía al auto alejarse.

—¿Nombre y apellido? —preguntó el funcionario, sin siquiera despegar la mirada del formulario.

—Richard Macbeth—respondió, a último momento no se le ocurrió nada más que la obra que estaba intentando leer la noche anterior para poder conciliar el sueño.

—¿Edad? —inquirió y alzó el rostro para mirarlo por encima de sus anteojos, mostrando un semblante serio e intimidante.

—Dieciocho, los cumplí el año pasado en diciembre —contestó, irguiéndose para parecer más alto.

—Acta de nacimiento —continuó, bajando la mirada al papel.

—La tiene mi madre en Devon...

—Debe traerla para comprobar que es quien dice ser.

—Señor, por favor haga una excepción conmigo, le aseguro que mi nombre es Richard Macbeth y que tengo dieciocho años, solo necesito la identificación para presentarme como voluntario.

—Bien... —Soltó un suspiro cansado, había pasado todo el día escuchando la misma historia, sabía que ese joven mentía, al igual que otros tantos, pero si lo que querían era enlistarse en la guerra y defender al país de los alemanes, pues eran bienvenidos—. Aquí tiene el formulario, termine de llenar sus datos y pase a esa otra tienda, allí le tomarán las huellas dactilares y la fotografía.

—Muchas gracias —mencionó, sintiéndose aliviado.

Fabrizio agarró la hoja mostrando una sonrisa, y caminó hasta donde el hombre le indicaba, media hora después ya tenía una nueva identidad: ahora era Richard Macbeth, oriundo de Devon. Luego de pasar por el puesto donde lo registraron como voluntario, lo llevaron junto a otro grupo de jóvenes a un salón dentro de la escuela naval, donde les proyectaron un cortometraje que mostraba a las tropas británicas y francesas, avanzando en largas caravanas que eran despedidas por decenas de personas que le lanzaban flores y los aplaudían, pues ellos serían los héroes que salvarían a Europa de caer en manos del desalmado ejército alemán.

Les dijeron que organizaran sus asuntos pendientes, porque al día siguiente partirían a primera hora, no debían perder tiempo ya que el mundo los esperaba, ellos eran la esperanza. Él quedó en el pelotón que saldría al día siguiente a las ocho de la mañana para formar parte del regimiento que iría a la región francesa de Flandes.

Capítulo 11

Cuando Fabrizio regresó al colegio ya casi era hora de su clase, por su suerte no se habían dado cuenta de su ausencia, habló con la hermana alegando que aún seguía indispuesto y que le pidió que le permitiera retirarse a su habitación. Ella accedió, pero le dijo que antes pasara por la enfermería para que lo revisase el doctor; cumplió con el trámite impuesto por la religiosa y después caminó de prisa hasta su recámara, no tenía tiempo que perder, debía preparar un bolso y escribir un par de cartas.

Abrió la gaveta del escritorio para buscar una hoja de papel, al hacerlo vio la solicitud para la universidad que aún no había llenado y que debería entregar dentro de dos días. La sacó y se quedó mirándola por varios minutos; de pronto empezó a rellenarla y dejó claro que su vocación eran las leyes, ni siquiera supo por qué lo hizo, ya que de momento lo único que tenía en mente era poder ir a la guerra para salvar al mundo y olvidar, solo eso.

Londres 24 de septiembre de 1914

Padre:

Para cuando reciba esta carta ya estaré en la guerra. Sí, tal como lo lee, hoy me he enlistado como voluntario y parto mañana, no sé a dónde nos llevan, solo que sé voy a defender al mundo o al menos intentaré ayudar para que los alemanes no avancen y también para olvidar. Necesito desesperadamente olvidar.

El dolor crece a cada minuto, y la verdad... Por favor esta parte no se lo diga a mi madre..., pero me vi tentando a saltar por la ventana, solo que al intentarlo recordé que usted me dice que debo ser fuerte, pues bien, seré fuerte. Voy a enfrentarme a hombres despiadados y a defender nuestro derecho a vivir en paz.

Dígale a mi madre que no se preocupe, que estaré bien... Aunque no sé realmente a lo que me enfrentaré... trataré de estar bien. También dígame que la amo más que a nada en el mundo y que recuerde que seré su bebé mientras ella así lo considere, que me perdone por todas las tristezas que le ocasioné y que aún recuerdo su rostro, y lo que más me duele es que lo último que vi en sus hermosos ojos grises fueron lagrimas por mi sufrimiento...

A Fransheska dígame que la amo... ella sabe que es así, que ha sido la hermana que cualquiera pueda aspirar y tuve la dicha de que fuese mía, que todos los días está en mis pensamientos al igual que usted y mi madre. Dígame que, si salgo con bien de todo esto, prometo llevarla en mi espalda a su lugar secreto, que me perdone por descuidarla y abandonarla en los días que mantenía mi relación con Antonella, sé que lo hice, solo que estaba ciego y no me daba cuenta...

Campanita, que tu luz brille por siempre y que conozcas el amor para que veas que el tiempo vuela cuando estás con esa persona, pero, hermanita, antes de entregar tu corazón, primero asegúrate de que ese hombre se merezca al hermoso ser que eres, no solo por fuera sino por dentro... tal y como me lo advirtió papá, no te entregues por completo si no estás segura. Te quiero, Campanita, no lo olvides, no lo olvides nunca.

Padre, sé que todo lo que ha hecho ha sido por mi bien, solo que no sabía si en realidad eso

sería bueno para mí, no le culpo de nada, de nada... Usted es mi orgullo, y si algún día se diera la oportunidad, me gustaría ser tan buen padre como lo es usted. Sin embargo, escucharía un poco más a mi hijo en los momentos en que esté desesperado... aunque lo más probable es que no tenga hijos, sabe igual que yo lo que es la guerra y hacia donde me dirijo.

Pero no estoy arrepentido ni tengo miedo, tuve más miedo el día que me dejó solo en esta habitación... Sí, aún estoy aquí desde la habitación del colegio le escribo esta carta... mi despedida. En cuanto pueda le escribiré otra para que sepan si estoy bien, si no lo hago ya sabe lo que ha pasado, espero me perdone, padre... Una última cosa, no me busque, sé que lo hará alegando que soy menor de edad, pero no dará conmigo porque me hice otro documento del que no le daré ningún dato, no quiero que me encuentre.

En el mismo sobre va otra carta, por favor, padre, es lo último que le pido entréguesela a la señora Eva, es el ama de llaves de Antonella. No piense que es para despedirme de ella, es para hacerlo de Eva, ella fue mi apoyo en los peores momentos y siempre me aconsejó para bien. Usted también está en deuda porque si no fuese por Eva, ni siquiera tendría esta carta de despedida.

Sé que no me van a perdonar esto que estoy haciendo, pero sepan que los quiero mucho a los tres, y que siempre estarán en mis pensamientos,

Fabrizio Alfonzo Di Carlo Pavese

El par de lágrimas que se deslizaban sobre sus mejillas cayeron sobre la hoja, haciendo que la tinta se corriera un poco, él intentó secarla con rapidez, pues no tenía el valor para escribir todo eso de nuevo. Soltó un suspiro pesado y luego dobló la hoja mientras sus manos temblaban, sentía que una parte de su corazón se iba en ese papel; y por un instante, estuvo tentado a dejar de lado sus planes, pero ya no podía hacerlo porque eso sería desertar.

—Debes continuar, no tienes más opciones, Fabrizio.

Londres 24 de septiembre de 1914

Querida Eva:

Sé que le sorprenderá un poco recibir esta carta, pero lo hago porque a usted le debo mucho, me ofreció apoyo en uno de los momentos más difíciles de mi vida, sin juzgarme o reprocharme el haber sido tan iluso. Esa noche mientras me consolaba comprendí el porqué de sus miradas de lástima al principio... Sí, me daba cuenta cómo me miraba, pero yo estaba tan enamorado que no podía ver la realidad.

Si solo hubiese sido un poco más clara, tal vez... hubiese abierto los ojos a tiempo y no me hubiese llevado tan mala experiencia. Nunca pensé que el amor, sentimiento que mis padres me habían inculcado desde niño como uno de los más puros que puede albergar el ser humano, me causara tanto dolor, nunca me explicaron a profundidad los contras con los cuales he quedado devastado.

Le prometí a mi padre que no trataría de comunicarme de nuevo con Antonella; sin embargo, es inevitable no hacerlo, pero intentaré mantener mi promesa pidiéndole que sea usted quien le haga saber que sigo sin entender su comportamiento... ¿Por qué ilusionarme de esa manera?, ¿Para qué darme alas y después arrancármelas de golpe con palabras tan duras? Sé que fui insistente, pero es porque estoy enamorado, solo eso.

Ahora espero poder olvidarla, lucharé con todas mis fuerzas para hacerlo, y espero que

algún día cuando me vaya a la cama ella no sea en lo último que piense, ni lo primero al despertarme. Sé que se fue huyendo de mí y también sé que regresará. Sin embargo, cuando le pedí a mi padre que me dejara quedarme una semana más en Florencia, no fue porque mantuviese alguna esperanza, sino porque necesitaba el apoyo de él... de mi familia.

Antonella: solo me llevo de ti lo último que vi, tu espalda, eso fue lo que al final me ofreciste, solo la espalda y esa última visión será la que me ayudará para olvidarte. No quiero de ti ni los buenos momentos porque todos fueron mentira, tú misma me lo dijiste.

Antonella: todavía creo que no era necesario que te esforzaras tanto, que me ilusionaras por más tiempo, si ya habías obtenido lo que querías, no dejaste en mí nada que no te perteneciera... seguro esa era la meta... arruinarle la vida al pobre niño. Lo has conseguido porque ahora me iré a una muerte segura.

Pero si salgo de esto lo último que haré será buscarte, te lo prometo, no te molestaré más... y al fin ni abogado ni medico... sino militar... Salgo a las ocho de la mañana a la guerra, me he ofrecido como voluntario. Perdóneme Eva sé que a usted esta noticia la consternará un poco, porque sé que su afecto por mí es sincero, no se preocupe y por favor no llore, porque la conozco y sé que lo está haciendo, no tengo miedo si es eso lo que le preocupa.

Me despido de usted con cariño,

Fabrizio Alfonso Di Carlo Pavese

Miró la hoja en sus manos e igual que le pasó con la anterior, también sentía que una parte de su corazón se quedaba allí, solo que esa parte ya estaba muerta. Un par de lágrimas rodaron por sus mejillas mientras la metía en el sobre, lo selló y lo dejó junto a la de sus padres y la solicitud para la universidad, solo que esta no la enviaría a Cambridge sino a Florencia, se la haría llegar a su padre.

Se puso de pie y comenzó a hacer su equipaje, le habían advertido que solo llevase dos conjuntos casuales, porque la mayoría del tiempo solo usarían su uniforme. No les mencionaron nada acerca de los permisos que les daban a los soldados, suponía que al estar en guerra estos quedaban suspendidos, pues se necesitaba a cada hombre para combatir a los alemanes y salvaguardar las vidas de miles.

25 de septiembre de 1914

A la mañana siguiente antes de ir a el Real Colegio Naval de Greenwich, pasó por la oficina de correo y dejó un sobre con destino a Florencia a nombre de Luciano Di Carlo, en este iban las dos cartas, también su solicitud para la universidad, además de sus documentos que ya no necesitaría. Al salir de la oficina supo que ya estaba hecho, no había manera de cambiar su destino, y tampoco estaba en sus planes hacerlo, así que irguió la cabeza y caminó con paso seguro, asumiendo desde ese momento que ya era un soldado.

Apenas cruzó la gran reja de hierro forjado con los escudos reales, le ordenaron formarse en una fila junto a otro grupo de jóvenes y los llevaron por un camino que bordeaba la prestigiosa construcción inglesa, que había sido residencia de la familia Tudor. Llegaron a una gran tienda de campaña donde uno a uno debía pasar para que le cortaran el cabello, luego los enviaron a unos vestidores para que se ducharan y se pusieran el uniforme.

Fabrizio alcanzó a mirarse en uno de los espejos que tenían en la tienda de campaña, sorprendiéndose de lo distinto que lucía, esa ropa y el corte de cabello lo hacía verse mayor.

Mientras caminaba pudo notar que no sería fácil andar con esas botas, pues pesaban demasiado, pero se dijo que se acostumbraría.

Una hora después recorrían las calles de Londres en medio de una lluvia de elogios por parte del pueblo, y en ese instante supo que había tomado la elección correcta, pues veía la esperanza en las miradas de cada una de esas personas, mientras le regalaban rosas, pañuelos y notas, las que él recibió con cariño; y por primera vez en todo ese tiempo sonreía, sintiendo que a lo mejor su vida comenzaba a tener un nuevo sentido.

—¡Vamos, muchachos, acaben con esos malnacidos! —gritaban los ancianos desde los balcones de sus hogares.

—¡Hagan que regresen a sus casas derrotados! —vociferan algunas mujeres que estaban en las puertas de sus viviendas.

—¡Nosotros confiamos en ustedes! ¡Son nuestros héroes! —decían los niños con miradas brillantes y grandes sonrisas.

Fabrizio sentía que su corazón se hinchaba de orgullo al escuchar todas esas palabras, pero en esos momentos cuando algunas chicas se acercaban para tomarle la mano o besar su mejilla, no podía evitar ver a Antonella en cada uno de sus rostros. Sin embargo, se obligó a rechazar esa imagen porque se iba precisamente para olvidarla, aunque no pudo hacer nada contra el par de lágrimas que rodaron por sus mejillas al ver que muchos de sus compañeros eran despedidos por sus familiares, mientras que él estaba completamente solo.

Subieron a los barcos que los llevarían a Francia, y de allí los transportarían por tren hasta Amiens, era un hermoso pueblo típico de la campiña francesa, con pequeñas casas hechas de piedra y tejados rojos, a él le pareció encantador. Sin embargo, no se quedaron por mucho tiempo, solo para abastecerse de alimentos, luego subieron a unos camiones y partieron rumbo a su campaña militar en Doullens.

Ese sería su destino de momento debían recibir el entrenamiento que necesitaban para defenderse en el frente; llegaron casi al anochecer y todos se sentía exhaustos, pero apenas podían dormir porque a los lejos se escuchaba el sonido de la batalla.

27 de septiembre de 1914

No había salido el sol cuando escucharon resonar en el piso de madera unas fuertes pisadas, seguidas del estruendoso sonido de un par de silbatos, que hicieron que más de uno cayese de su cama o se golpease contra los postes de las literas a causa del tremendo susto. Eran sus superiores quienes habían llegado hasta allí para despertarlos por órdenes del jefe a cargo del regimiento, ya que deseaba ver a los reclutas que había enviado Kitchener.

—¡De pie! ¡Comenzaremos a entrenar en diez minutos!

Fabrizio saltó de la cama y durante unos segundos no supo qué hacer, pero reaccionó al ver a algunos de sus compañeros vestirse con rapidez y luego correr hacia los baños. Solo le daría tiempo de lavarse la cara y los dientes, así que abrió la llave y el agua helada lo hizo estremecerse de pies a cabeza, terminó allí y se presentó en el patio.

—Buenos días, señores, sean bienvenidos a su primer entrenamiento, soy el teniente coronel Douglas Haig, hombre a cargo de la fuerza expedicionaria británica, a mi lado están los tenientes Arthur Holmes y Marcus Collingwood, ellos serán los encargados de capacitarlos física y mentalmente para que puedan combatir en las fuerzas del frente occidental —anunció con ese don de mando que se había formado en todos sus años al servicio de la corona británica, mientras miraba al grupo de jóvenes frente a él.

Después del discurso del teniente coronel Haig, comenzaron a adiestrarlos sin siquiera hacer que desayunaran, los arrastraron a un gran campo y allí les fueron indicando cada ejercicio que debían realizar, así estuvieron durante dos horas. Fabrizio sentía que estaba a punto de desmayarse, su rostro ardía y todo su cuerpo temblaba, aún no se recuperaba del viaje del día anterior; se sintió aliviado cuando el silbato sonó dando por terminada la carrera con obstáculos que lo había dejado cubierto de lodo de pies a cabeza.

Sin embargo, lo peor estaba por venir, los enviaron a arrastrarse en un gran pozo de lodo que estaba cubierto por una alambrada de púas, por lo que debía tener mucho cuidado de no lastimarse. Pero los gritos de Collingwood y Holmes, exigiéndole que fuesen más rápido lo obligaron a ello y en más de una ocasión sintió las afiladas puntas arañándole la espalda.

Así trascurrió su primer día en Doullens entre ejercicios, gritos, golpes, caídas y un montón de situaciones que le hicieron sentir más de una vez que no lograría soportar tanto. Al caer la noche los enviaron a sus dormitorios, y él al fin pudo sacar de su pecho todas las emociones que sentía, dejó correr su llanto en silencio para no ser objeto de burlas, como lo eran otros allí que no podían acallar sus sollozos; terminó por quedarse dormido minutos después.

Juraba que apenas había cerrado los ojos cuando el sonido del silbato lo despertó, él teniente entró gritando como el día anterior, según él ya eran las cuatro de la mañana, ese hombre no conocía el mínimo respeto por el sueño. Fabrizio intentó levantarse, pero el dolor en su cuerpo era demasiado, tenía todos los músculos inflamados y no podía siquiera respirar ante el dolor del abdomen, en ese momento le dieron ganas de llorar y sus compañeros al verlo así lo ayudaron a ponerse en pie, mientras reían a su costa.

—Tranquilo, novato, el dolor se pasará con los días.

—Sí, seguro que el agua te ayudará un poco —dijo John y le dio unas palmadas en la espalda ante lo cual Fabrizio dio un brinco—. Lo siento —indicó mostrando una sonrisa a modo de disculpa.

—Está bien —respondió, y salió con rapidez para prepararse.

Llegó a lo que ellos le llamaban baño, un cubículo en el que apenas podía moverse, con un tanque con agua y un recipiente pequeño para ducharse, la piel se le erizó en cuanto sus dedos tocaron el agua fría. Respiró profundo varias veces y no se decidía a dejar que el líquido corriera por su piel; agua caliente, necesitaba agua caliente, repetía en pensamientos mientras se mojaba la mano y la pasaba por sus brazos y sus hombros, tratando de acostumbrarse. De pronto sintió un golpe en la puerta que lo hizo sobresaltarse.

—¡Date prisa! No pretendas que será un baño de espumas.

—¡Ya salgo! —respondió en el mismo tono malhumorado de quien estaba al otro lado, luego dejó escapar un suspiro.

Se armó de valor y sin pensarlo se echó encima el agua, que de inmediato lo hizo brincar, y así lo hizo una vez más, agarró la pastilla de jabón que le habían dado y se la pasó por el cuerpo; por suerte, la tercera taza de agua que se lanzó encima ya no le resultó tan fría, su cuerpo se había acostumbrado. Sin embargo, al salir todo fue peor ya que la brisa lo hizo titiritar sin poder evitarlo fue nuevamente motivo de risas, se encaminó sin prestar mucha atención y se fue a la tienda donde se cambió delante de todos, pues no le quedaba de otra, tendría que ir perdiendo el pudor.

Una vez que estuvieron listos, los tenientes Collingwood y Holmes, los hicieron formarse de diez en diez y les fueron haciendo entrega de sus rifles para practicar. Era la primera vez que Fabrizio tenía uno entre las manos, estaba sumamente frío y pesado; un nudo se le formó en la garganta al comprender lo que tenía que hacer.

Debería matar a otros jóvenes como él, en ese instante quiso dar un paso atrás y regresar al colegio, pero la mirada del teniente sobre él lo hizo mantener firme. El hombre se hizo a un lado y les dio la orden de disparar, Fabrizio haló del gatillo y la repercusión del disparo hizo que el rifle le golpeará el hombro con fuerza, enseguida la salida de la bala le quemó la palma de la mano por lo que dejó caer el armamento con una maldición de por medio.

Collingwood al percatarse se dirigió hacia él con una mirada amenazante y le agarró la mano mirándola por varios segundos, después le abrió el uniforme sin el mínimo cuidado descubriendo la mancha roja que apareció en su hombro. Vio al teniente soltar un suspiro con desgano al tiempo que cerraba los ojos y negaba con la cabeza, lo que le anunció que estaba en problemas.

—¿Usted no ha disparado antes? —preguntó mirándolo a los ojos.

—No —respondió Fabrizio en apenas un susurro para no ser nuevamente un blanco de las burlas de sus compañeros.

—¿No qué? —demandó Collingwood en un grito, viendo como el joven, que dudaba fuese mayor de edad, se sobresaltaba.

—¡No, mi teniente, nunca he utilizado un rifle! —contestó con voz firme y alta, como había visto que los demás hacían.

—¿Qué carajo ha hecho Kitchener? —cuestionó para sí mismo, llevándose una mano a la cara, luego dirigió la mirada al rotulo en el uniforme del chico—. Macbeth. Vaya a que lo cure un compañero, por hoy no podrá disparar, trotará todo lo que duren las practicas.

—¡Sí, mi teniente! Permiso para retirarme —Hizo el ademán que al principio le parecía sumamente ridículo, pero no le quedaba de otra.

—Permiso concedido... Al trote, Macbeth, que desde ya empiezan a correr las horas. —Le ordenó y siguió con lo suyo.

Fabrizio estuvo trotando casi todo el día, solo descansó durante la hora del almuerzo, para cuando dieron las tres de la tarde, sentía que sus piernas ya no podían más y que en cualquier momento caería desplomado. Por suerte, su teniente se conolió de él y lo envió a descasar, le dijo que antes debía ir a enfermería para que le revisaran la mano, tenía que estar curada en unos días ya que saldría al frente.

El sol entraba por los grandes ventanales de la habitación iluminándola por completo, dejando que la cálida brisa de mediados de verano entrara y la colmara de los dulces aromas de las flores del jardín, así como del canto de los pájaros y el murmullo del viento entre las hojas más altas de los robles, arces y nogales. Su mirada melancólica se perdía en el paisaje frente a ella, mientras su semblante mostraba el deteriorado estado de su salud, que cada vez se hacía más débil; de pronto, escuchó un golpe en la puerta.

—Adelante —mencionó, caminando hacia el escritorio.

—Buenos días, señora Margot, he venido en cuanto recibí su mensaje —dijo Robert entrando al despacho y mirando a la matrona.

—Buenos días, Robert, gracias por haber venido con prontitud —Le hizo un ademán para que tomara asiento—. Como sabrá, mi estado de salud empeora y no podré hacerme cargo de los asuntos del banco por el momento, así que deseo que le haga llegar un telegrama a Brandon solicitándole que regrese inmediatamente al país junto a Victoria..., necesito que ellos estén aquí.

—Señora Margot... no debe preocuparse por los asuntos del banco, el señor Sean y yo nos estamos encargando de llevar las riendas y todo ha marchado bien. Además, el señor Brandon tiene asuntos pendientes en Europa —alegó Robert, pues esa orden de la matrona le sonaba más a un capricho que a una necesidad.

—Esos asuntos pueden esperar, pero yo no, Johansson. Necesito que mis sobrinos regresen —exigió con molestia.

—Entiendo su punto; sin embargo, debe comprender que la acción de enviar un telegrama es un poco alarmista, ya que en este no podré explicar en detalle la causa por la que usted solicita la presencia del señor y la señorita con carácter de urgencia. Algo que está de más decir, es poco prudente, tal vez sea mejor enviarle una carta —sugirió, intentando persuadir a la mujer.

—Una carta tardará por lo menos quince días en llegar si contamos con suerte, y yo necesito a mis sobrinos aquí cuanto antes. —Margot empezaba a alterarse y eso no era conveniente para su estado de salud—. Ponga como motivo mi enfermedad y que son mis deseos verlo con urgencia... solo eso —ordenó, mirándolo a los ojos.

—No se preocupe se hará como usted desee, no se altere por favor, recuerde lo que dijo el doctor que debe tener reposo absoluto —respondió, no le quedaba más que complacer a la matrona.

—En ese caso haga lo que le pido, Robert y no ponga más excusas. El médico solo trata de ocultar lo obvio, pero yo siento que mi tiempo se acaba... cada vez estoy más cansada, no tengo la fuerza de años atrás y deseo ver a Brandon y a Victoria, ellos han sido como los hijos que nunca tuve y no quiero irme sin verlos por última vez.

—Haré todo lo que esté a mi alcance para que eso sea posible, señora Margot, ahora, si no necesita nada más, me retiro para cumplir con su encargo —anunció, viendo que la mujer le había dado la espalda y miraba a través de la ventana.

—Eso es todo, avísame en cuanto envíe ese telegrama, por favor.

—Así lo haré, no se preocupe.

—Bien, muchas gracias por su colaboración, Robert... —Se volvió para mirarlo antes de que saliera—. Le agradecería también que me mantuviese al tanto en caso de que Brandon se comunique con usted —indicó mirándolo a los ojos.

—No tiene nada que agradecer, es mi trabajo, y pierda cuidado, señora Margot, en cuanto tenga noticias de sus sobrinos se las haré saber, ahora me retiro y la dejo para que descanse. Margot asintió en silencio y lo vio marcharse, luego volvió la mirada al jardín y suspiró sintiéndose aliviada, también satisfecha porque había conseguido convencer al administrador para enviar ese telegrama. El tiempo era su enemigo en esos momentos y lo que menos deseaba era dejar cabos sueltos, debía convencer a sus sobrinos para que se casaran, eso era lo mejor para ambos y le daría estabilidad a la familia, Brandon y Victoria tenían que regresar para ocupar los lugares que le correspondían, tenían que darle al clan un heredero que continuase con el legado Anderson.

Capítulo 12

19 de octubre de 1914

Fabrizio sentía un nudo de nervios en su estómago y una tensión que le entumecía todo el cuerpo, mientras caminaba para subir a los camiones que los llevarían hasta la ciudad de Lille, el más importante centro del comercio de Flandes y frontera con Bélgica. Después de casi tres semanas preparándose para estar en el frente, sentía que no estaba listo para empuñar un arma y comenzar a arrebatar vidas; sin embargo, ya no había nada que pudiera hacer para evitarlo.

Los tenientes los reunieron el día anterior y les había dado parte de la información; la estrategia era llegar hasta Ypres para hacer retroceder a los alemanes y ocupar la ciudad, pues era un punto clave por su acceso al estrecho de Dover. Les aseguraban que si dominaba esa región sus enemigos se rendirían rápidamente, y la guerra habría terminado antes de la Navidad, por lo que podrían volver a sus hogares para celebrarla junto a sus familias.

Durante el trayecto se detuvieron una hora en Arrás para unirse a otra campaña de soldados franceses que ya los esperaban, y luego continuaron el viaje que les llevó un par de horas más. Al llegar a Lille aprovecharon para tomar el almuerzo, mientras escuchaban algunas anécdotas por parte de los franceses, quienes ya llevaban varias semanas luchando, y en sus rostros se podían apreciar los vestigios del cansancio que les habían dejado las noches sin dormir.

A las dos de la tarde salieron de nuevo, el resto del viaje lo harían caminando pues era más seguro; iban formados en largas filas por el angosto sendero de tierra que los llevaría hasta Ypres, luciendo sus hermosos uniformes y con los rifles colgados de los hombros mientras entonaban cánticos para ahuyentar el miedo, que por momentos intentaba apoderarse de algunos, al escuchar a lo lejos las fuertes detonaciones de los cañones. Sin embargo, en la mayoría de los jóvenes soldados reinaba el entusiasmo de por fin estar en el frente de batalla, ya que se habían enlistado con la idea de convertirse en héroes y eso solo lo conseguirían luchando.

La luz del día casi moría cuando Fabrizio vio una gran extensión de tierra que parecía baldía y estaba envuelta en un ambiente gris y frío, que se distanciaba mucho del verdor que poseía la campiña, eso le confirmó que había llegado al frente, allí era donde se libraría la batalla. Toda esa zona había sido arrasada por los cañones alemanes y la lluvia había formado algunos pozos de fango, donde se podía caer fácilmente si no se tenía cuidado; siguieron avanzando hasta llegar a una región boscosa, donde se habían algunas tiendas de campaña.

—¡Oye, novato! —Lo llamó Arthur mostrando una sonrisa burlona—. De seguro el agua aquí es más fría que en Doullens, creo que no te bañarás hasta que regresemos.

—Ya déjalo en paz... no ves que está muerto de miedo —comentó John al ver la palidez que cubría el rostro del muchacho.

Fabrizio quiso defenderse de las burlas de Arthur, pero prefirió no hacerlo porque no quería que su voz demostrara el temor que sentía, solo les dio la espalda y fue en busca del lugar donde dormiría. Entró a la gran tienda donde ya varios de sus compañeros se quitaban las botas, mostrando los pies llenos de ampollas por la larga caminata, dejó caer su bolso en un espacio vacío y se desplomó junto a este, al tiempo que tragaba para pasar el nudo de lágrimas en su garganta.

20 de octubre de 1914

A la mañana siguiente su peor pesadilla comenzaba a hacerse realidad, el teniente Collingwood los enviaba a las improvisadas trincheras frente al valle para prepararse y enfrentar a los alemanes. El temblor en su cuerpo se iba haciendo más intenso a medida que se acercaba y escuchaba la fuerza de las detonaciones de los cañones, el sonido retumbaba en todo el lugar, dejándolo aturdido.

—¡Señores, ha llegado la hora! ¡Este es el momento de demostrar de qué están hechos! ¡Es el momento para mostrar su coraje y hacer que esos malditos regresen derrotados a su país! — Collingwood intentaba que su voz pudiera escucharse por encima del estruendo que hacían los cañones, mientras se dirigía a su pelotón—. ¿Lo harán?

—¡Sí, mi teniente! —respondiendo al unísono.

—¡No los escucho!... ¿Lo harán? —gritó de nuevo, mirándolos.

—¡Sí, mi teniente! —repetieron esta vez con más brío.

Marcus asintió con un movimiento rígido de su cabeza y miró a su compañero, luego se llevó el silbato a los labios y lo hizo sonar con fuerza, dando la orden para que los soldados salieran de las trincheras. Fabrizio sentía la adrenalina, la ansiedad y el miedo haciendo estragos en su cuerpo mientras subía las escaleras para adentrarse en ese valle inhóspito, donde posiblemente encontraría la muerte.

En cuanto salió de la trinchera sus ojos se abrieron con asombro al ver una impresionante cantidad de alemanes corriendo hacia ellos, en ese momento se sintió completamente desprotegido y quiso dar marcha atrás, pero escuchó la voz de su teniente que gritaba: *¡Sigan avanzando!* Ninguno de sus compañeros retrocedió y eso lo llenó de valor, por lo que siguió corriendo al tiempo que empuñaba con fuerza su rifle, pero todavía no se atrevía a dispararlo, aunque escuchaba ya algunas detonaciones que hacían sus compañeros.

A pocos metros de donde él estaba vio el cuerpo de un soldado francés salir volando, el hombre lanzó un grito de agonía, pues había quedado herido de muerte. Justo en ese momento sintió el roce frío del metal que rozaba su mejilla, era una bala de metralla que pasó a escasos centímetros de él, y llevado por su instinto de supervivencia se dejó caer al suelo, jadeando, aturdido y con los latidos de su corazón a punto de reventarle el pecho.

—¡Macbeth ponte de pie! ¡Levántate! —gritó John, tirando de su hombro mientras el ejército alemán avanzaba hacia ellos.

—¡Déjalo allí! ¡Ya está muerto! —exclamó Arthur, quien atendía la orden de retirada de Collingwood y corría hacia las trincheras.

Fabrizio reaccionó al escuchar sus palabras y se puso de pie de inmediato, aún no estaba muerto, pero si no se daba prisa lo estaría pronto. Corrió junto a John y en el camino fue levantando a varios de sus compañeros que habían caído heridos, pero no de gravedad, podía escuchar a las balas pasar silbando a su lado.

De repente el estruendo de los cañones cobró vida de nuevo y detrás de ellos comenzaban a volar los cuerpos de decenas de alemanes, que traspasaban las líneas de *tierra de nadie* y se adentraban en el campo dominado por Los Aliados. Los segundos que transcurrieron hasta que pudiera llegar a su trinchera fueron eternos para Fabrizio, y cuando al fin consiguió hacerlo solo pudo caer desplomado mientras sollozaba como un niño, aunque no era el único, más de la mitad de los allí presentes también lloraban, asombrados ante el terror que significó enfrentar al enemigo por primera vez y haber estado a punto de perder la vida.

Para cuando cayó la noche, las bajas de alemanes, franceses y británicos eran incontables, pues el fuego continuó durante varias horas ya que en la tierra de nadie aún quedaban soldados vivos. Esa noche Fabrizio no pudo dormir debido al miedo y la tensión que invadía su cuerpo, solo se aferró a su rifle mientras esperaba que el sonido de las metrallicas y de los cañones cesaran por lo menos un instante. Esto sucedió ya casi al amanecer, pero no para que pudieran descansar, sino para que ambos bandos salieran a recoger los cadáveres y contar el número de bajas que habían tenido.

22 de octubre de 1914

Al fin había logrado conciliar el sueño después de casi treinta y seis horas, aunque el sonido de los cañones había depuesto, detrás de ellos quedó algo mucho peor: los gritos de los heridos. Muchos de los jóvenes que sobrevivieron al primer ataque en Ypres quedaron muy mal heridos, la mayoría había perdido algún miembro, habían quedado ciegos o incluso habían perdido la cordura ante tanto horror desatado en solo un día de batalla.

Los pozos de fango ahora eran fosas comunes, donde descansaban los cadáveres de algunos soldados que todavía no eran recogidos para ser enviados a sus familiares. Debían dejarlos allí hasta que llegaron los camiones donde los trasladaría a Doullens, Arrás o Dunquerque, porque tenerlos en el campamento o las trincheras podría provocar que la descomposición de los cuerpos desatara alguna enfermedad, causando más bajas.

Fabrizio fue saliendo lentamente del sueño, intentó abrir sus párpados, pero los sentía muy pesados, era como si su cuerpo se negara a despertar. Sin embargo, el sonido de algunas exclamaciones lo hicieron espabilarse de golpe, pesando que los alemanes los atacaban de nuevo, cuando miró a su alrededor vio que no eran sus enemigos sino decenas de ratas las que los agredían.

—¡Santo Dios! —gritó y se puso de pie rápidamente, para alejar las que estaban royendo sus botas manchadas de sangre y barro.

—Si no salen de allí se los terminarán comiendo —mencionó un francés, que estaba por encima de la trinchera, pero del lado aliado.

—¡Malditos animales! Parecen unos conejos —acotó Martin, un chico pelirrojo de Devon, quien trataba de matarlas con una barra.

Fabrizio saltó de la improvisada cama que había hecho con troncos, para no tener que dormir en el suelo cenagoso, corrió como pudo en medio de la trinchera que estaba llena de agua, pues había estado lloviendo durante toda la noche. Sus botas se hundían casi hasta la mitad haciendo que su escape fuese más complicado; al final, logró salir al descampado donde había algunas tiendas de campaña y vio a otros de sus compañeros que se habían quitado el uniforme.

—Si no nos matan los alemanes... lo harán las ratas —pronunció con la respiración agitada y los ojos muy abiertos ante su asombro.

—Las ratas no son lo peor en las trincheras, revisa tu ropa y verás lo que terminará matándote —indicó John, quien se restregaba el cuerpo con un pañuelo mojado para aliviar la picazón en su piel.

Fabrizio le hizo caso a su compañero, se quitó la chaqueta y luego la miró, pero no vio nada que le advirtiera que lo que decía era verdad; así que procedió a quitarse la camisa y cuando la extendió ante sus ojos, sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo. Estaba llena de pequeños animales que caminaban sobre la tela, él la lanzó de inmediato al suelo y casi entró en pánico cuando miró su pecho y vio que lo tenía cubierto de piojos de campo.

—Mierda..., mierda... ¡Mierda! —gritó y comenzó a pasarse la mano por la piel para quitárselos, pero no era así de sencillo, debía usar sus uñas para arrancarlos y cada vez que lo hacía le dejaban una marca roja en la piel—. Van a desangrarnos... nos comerán vivos —dijo con voz trémula, mientras luchaba contra ellos.

Sus compañeros comenzaron a reír de manera nerviosa, porque se oyó bastante alarmista; sin embargo, no dudaron en seguir en su lucha contra los pequeños demonios que le laceraban la piel. De pronto vieron venir al teniente Collingwood acompañado de dos cabos, así que de inmediato dejaron lo que hacían para saludarlo, mientras soportaban el ardor que les provocaban los piojos.

—Descansen... veo que ya comenzaron a atacarlos las alimañas —mencionó mirando los torsos enrojecidos de los soldados—. Cabo Dawson, llévelos a la tienda de provisiones, deles una botella de vinagre de manzana a cada uno y dígales cómo usarlo, y más les vale que lo rinda porque van a necesitarlo por un largo tiempo —comentó y luego se marchó para seguir con su revisión.

—Vamos, muchachos, el vinagre les ayudará a aliviar la comezón, veré si puedo conseguirles también un par de hojillas, lo mejor será que se rasuren porque a los piojos les gusta quedarse donde más vello tenemos... así que yo me afeitaría hasta las pelotas.

Todos se miraron sorprendidos, pero lo que el cabo decía tenía lógica; además, él llevaba más tiempo en el ejército, no era un voluntario como ellos, así que debía saber de lo que hablaba y con tal de mantener alejados a los malditos piojos, eran capaces de quedarse lampiños. Por suerte fueron relevados en sus puestos de las trincheras, así que Fabrizio pudo encargarse de afeitar todo su cuerpo y darse un buen baño, esta vez no le importó que el agua estuviese helada, porque eso refrescó su piel irritada por las picaduras.

24 de noviembre de 1914

Tres semanas y miles de bajas le llevó a Los Aliados poder asegurar Ypres, pero no consiguieron que los alemanes se rindieran, solo recuperaron algunos kilómetros y crearon una línea de trincheras para detener el avance del ejército enemigo hacia territorio francés.

Durante ese mes las batallas se mantuvieron de manera constante, solo paraban por algunas horas, máximo por un par de días mientras los altos mandos creaban nuevas estrategias que pudieran romper las líneas alemanas. Sin embargo, durante esos períodos ellos continuaban trabajando en la construcción de las trincheras, debían armar grandes barricadas de estacas de madera y alambres de púas, que impidieran o retrasaran el paso de enemigo, así como caminos de madera para no tener que atravesar el suelo cenagoso.

Todos los soldados y los oficiales debían relevarse en las trincheras en jornadas de veinticuatro horas, también tuvieron que pedir refuerzos a Arrás porque las bajas habían diezmando las filas de la fuerza expedicionaria británica. Fabrizio sentía que el tiempo allí se había detenido y que era como estar sumido en una pesadilla de la que no podía despertar; a veces, cuando veía llegar los camiones deseaba correr hacia ellos para escapar, pero sabía que antes de que pudiera hacerlo lo atraparían y sería fusilado por su propio pelotón.

El sol comenzaba a caer y las temperaturas bajaban drásticamente, lo que anunciaba que la noche en la trinchera sería muy difícil, se encontraban prácticamente a la intemperie. Cubiertos solo por las capas de sus uniformes que poco podían hacer contra el frío porque había sido creadas para que fuesen ligeras y así poder correr con ellas, no tanto para abrigo; los guantes tampoco ayudaban mucho ya que eran de muy mala calidad, alguien como Fabrizio sabía eso.

—¡Otra maldita noche en este infierno! —Se quejó William, uno de los mayores del grupo y

quien se había enlistado para poder alimentar a su familia, que moría de hambre luego de que él quedara sin trabajo—. Ni siquiera nos dan algo para soportar este puto frío.

—Nos dan chocolates —murmuró Fabrizio, buscando en su bolsillo para sacar un trozo y comerlo.

—Los alemanes reciben aguardiente, a los rusos también les llevan vodka... ¿Y a nosotros qué nos dan? ¡Chocolates! ¡Chocolates como si fuéramos unos estúpidos mocosos! —exclamó y comenzó a patear la pared de la trinchera para descargar su rabia.

—Será mejor que te calmes, si te llega a ver un oficial te castigará —comento Douglas, quien había llegado allí con un ideal, pero ya comenzaba a perderlo ante tantos actos de crueldad de parte de ambos bandos, que solo veían a los soldados como peones.

—Me da lo mismo, ya me harté de toda esta mierda —dijo y caminó para abandonar su puesto, enseguida sintió que una bala pasó a su lado, dejando un zumbido en su oído.

—¡Nos atacan los alemanes! —gritó John, quien esa noche estaba de vigía—. ¡Todos a sus puestos! —ordenó haciendo sonar su silbato con fuerza para llamar al teniente Collingwood y los refuerzos.

Una vez más se desataba el infierno en Ypres, mientras Fabrizio se preguntaba cuánto duraría esta vez y si moriría.

Ese día la reunión se había extendido más de lo habitual, por lo que Brandon tuvo que llamar a Fransheska al teatro para avisarle que llegaría un poco tarde; ella le dijo que se tomara su tiempo y que no se preocupara. Una hora después consiguió librarse de los accionistas y salió casi corriendo del lugar para buscar a su novia, como ya era tarde para almorzar decidieron comprar algo en algún café e ir hasta los jardines para hacer un pequeño picnic.

Buscaron un lugar apartado donde pudieran compartir sus besos, sin temor a ser un espectáculo para los mirones, se dieron de comer el uno al otro, compartiendo besos y caricias que empezaban a exigirle entregar y reclamar más, pero Brandon supo contenerse en esa ocasión. Cuando subieron al auto para emprender el camino de regreso, Fransheska le pidió pasar primero por casa Renai para saludar a Victoria, tenía varios días sin verla y quería entregarle unos dulces que había comprado temprano, sabía que deliraba por ellos.

—Buenas tardes, Brandon, Fransheska —mencionó Ángela, en cuanto los vio atravesar la puerta, había estado esperando por él.

—Buenas tardes, Ángela —contestó Brandon con una sonrisa.

—Buenas tardes, Ángela ¿cómo estás? —La saludó Fransheska, caminando hasta ella para darle un abrazo.

—Muy bien, Fransheska, gracias ¿tú cómo has estado?

—Bien gracias... la verdad es que estoy feliz —respondió dedicándole una mirada a su novio.

—Me alegra escuchar eso —expresó con una sonrisa.

—A mí también —acotó Brandon tomando asiento junto a Fransheska, llevándose la mano de ella a los labios para darle un beso.

—Brandon... Te llamé a la oficina, pero me dijeron que ya habías salido... hace un momento llegó esto y el sobre dice que es urgente. —Le extendió el sobre intentando parecer calmada, pero algo le decía que lo que fuera que le informasen allí, debía tratarse de algo grave.

Brandon lo agarró y lo abrió con cuidado intentando mantener la tranquilidad, era un telegrama y el remitente era Robert, eso le resultó algo extraño porque hacía tan solo quince días que le envió una carta. Además, un mensaje y con carácter de urgente no era habitual en el hombre, al menos que se tratase de algo realmente importante.

Fransheska había posado su mirada en Brandon, intentando leer su reacción, mientras ella misma sentía que los latidos de su corazón se hacían pesados, presintiendo lo que podía contener ese telegrama. Lo vio fruncir el ceño y tensarse en cuanto Ángela se lo entregó así que eso alimentaba sus sospechas; entonces vio a Brandon palidecer, la mano que sostenía la hoja tembló y él se puso de pie.

—¿Sucedió algo grave? —preguntó Fransheska sintiéndose alarmada ante la actitud de Brandon y también se levantó.

—La verdad no sé cómo interpretarlo —respondió confundido—. Mi administrador dice que... que mi tía está mal de salud y pidió vernos a Victoria y a mí —agregó, mirando a su novia a los ojos.

Fransheska se quedó en silencio sin saber qué decir, las palabras de Brandon se estrellaron en su pecho causándole un dolor agudo que le quitó todo el aire. Enseguida las lágrimas se agolparon en su garganta y tuvo que apretar los labios para no sollozar.

Brandon la miró y en sus ojos también se reflejaba la confusión, no sabía qué hacer o decir, estaba perplejo ante esa noticia y comenzó a sentir que una espantosa opresión se adueñaba de su pecho, porque con cada segundo que pasaba, la gravedad de ese asunto y la acción que él debía tomar, se volvía más contundente.

—¿No dice nada más? —preguntó Ángela a quien la noticia también la había dejado aturdida.

—No... no, solo eso... ¿Dónde está Vicky?

—Salió a pasear, pero no debe tardar... voy a... permiso —esbozó, sintiendo que su garganta se llenaba de lágrimas, pues acababa de comprender lo que ese telegrama significaba.

Fransheska llegó hasta él y le acarició la mejilla con ternura, intentando esbozar una sonrisa para reconfortarlo, porque sabía que debía estar pasando por un momento difícil. Brandon se volvió a mirarla, se acercó a ella y le dio un beso en la frente, eso hizo que su barbilla temblara al intentar retener sus lágrimas, por lo que respiró profundamente para evitar que el dolor que sentía la derrumbara.

—Fransheska... yo...

—Tranquilo... no tienes que decir nada, solo dame un abrazo.

—Mi amor... mi amor —murmuró en su oído, mientras la abrazaba con fuerza para amarrarla a él.

Ella rogaba por quedarse así con Brandon, siempre junto a él y que eso que ahora era inminente, nunca sucediese, apretó sus párpados con fuerza para contener su llanto. Él se separó muy despacio y acunó entre sus manos el rostro de Fransheska para mirarla a los ojos, luego le dio un beso suave y maravilloso.

—Brandon... creo que será mejor que te quedes a... a intentar comunicarte con tu familia y preparar todo para el viaje —mencionó una vez que se separaron, debía ser su apoyo en ese momento.

—Sí... creo que es lo mejor, tal vez no sea tan grave como parece... te llevo a tu casa y regreso para...

—No, no hace falta... Antonio me puede llevar, es mejor que tú te quedes aquí, supongo que deseas hablar con Victoria cuanto antes —alegó, queriendo mostrarse calmada y caminó con él.

Antonio también se notaba consternado por la noticia al igual que Ángela, pero intentaron disimular en cuanto los vieron llegar. Fransheska le entregó los dulces para Victoria y se despidió dándole un abrazo. Necesitaba salir de allí para poder liberar el llanto que la estaba ahogando, no se atrevía a hacerlo en presencia de Brandon porque no quería sumar más preocupaciones a las que ya tenía.

—Amor, te llamaré en cuanto logre obtener más información... dudo que sea esta noche, pero nos veremos mañana como siempre —pronunció y su voz mostraba su preocupación.

—Está bien, debes estar tranquilo, con el favor de Dios no será nada grave —contestó acercándose a él para besarlo y se esforzó por entregarle una sonrisa—. Nos vemos mañana.

Brandon se quedó allí parado mientras veía el auto alejarse, sintiendo esa presión en su pecho que apenas lo dejaba respirar, se llevó las manos al cabello y al fin dejó correr unas lágrimas; pero fue poco lo que eso hizo para menguar la angustia que sentía. Caminó hasta el despacho con el telegrama en mano, se dejó caer en el sillón detrás del escritorio y se dispuso a leer una y otra vez las líneas.

No entendía por qué tanta urgencia ¿sería que su tía estaba verdaderamente grave? Esa idea hizo que sus latidos se aceleraran, porque a pesar de sus diferencias la quería mucho, ya que ella en cierto modo había sido como una madre para él; de pronto escuchó un par de golpes en la puerta que lo sacaron de sus pensamientos.

—Adelante —mencionó, dejando el telegrama a un lado.

—Buenas tardes, Brandon, me dijo Ángela que te llegó un telegrama de América y que deseabas verme —dijo Victoria entrando.

—Así es, toma asiento por favor, Vicky —respondió y tomó aire para armarse de valor y darle esa noticia, sabía que para ella no sería sencillo regresar a América y separarse de Fabrizio, sería como lo que vivió en Escocia cuando estalló la gran guerra—. Robert envió este telegrama con carácter urgente. —Se lo entregó para que lo leyera.

Victoria lo recibió sin comprender muy bien la actitud de Angela y de Brandon, pero algo le decía que no era nada bueno, su mirada se centró en las líneas escritas en el papel:

Chicago, 18 de junio de 1921

Brandon y Victoria:

Les escribo para informarles que tu señora tía se encuentra delicada de salud, y me ha pedido que les haga saber sus deseos de verlos cuanto antes. Quedo a la espera de su respuesta.

Robert Johansson

Victoria se quedó pasmada al leer el contenido del telegrama, sus manos temblaron y algo muy pesado se posó sobre sus hombros, pensó en su tía y su corazón se sintió oprimido ante la sola idea de perderla. Sollozó dejando el telegrama de lado, luego de ser consciente de que debían volver a América cuando antes para estar a su lado en esos momentos y eso implicaba dejar a Fabrizio.

—Robert no especifica qué tan grave se encuentra la tía...

—No... no lo hace, tal vez porque no puede dentro de un telegrama, pero no enviaría algo así sin considerarlo de importancia.

—Sí... lo sé, pero no deja de extrañarme que en las cartas que hemos recibido no mencionaran nada de esto. Recibí cartas de Annette y de Patricia hace una semana y me contaban que todo estaba igual que siempre —alegó, presintiendo que quizá la tía no estaba tan mal y que todo eso no era más que una estrategia para hacer que regresaran, porque no sería la primera vez que trataba de imponerse.

—Las cartas duran cerca de quince días en llegar, Vicky, si le sumamos a eso otros quince

días... sería más o menos un mes, tiempo suficiente para que la tía sufriese una recaída, sabes que su salud ya no es tan estable como antes —acotó y dejó libre un suspiro.

—Supongo que esto significa... —Se detuvo temblando de pies a la cabeza, porque la sola idea le dolía inmensamente.

—Que tendremos que regresar de inmediato a América...

—¡Dios mío! —exclamó ella caminando a una de las ventanas.

—Vicky... créeme que comprendo lo difícil que todo esto resulta, yo tampoco deseo dejar a Fransheska..., pero ambos sabíamos que tarde o temprano tenía que suceder.

—Lo sé..., lo sé, pero eso no hace que sea menos difícil. —Se volvió para mirarlo—. ¿Cómo haremos para comunicárselos? —preguntó y en su mirada se reflejaba el dolor y la angustia.

—Fransheska estaba aquí cuando recibí el telegrama —contestó, desviando la mirada hacia el ventanal.

—¿Cómo lo tomó? —preguntó buscando la mirada de su primo.

—Normal, creo trató de entender la situación, sin embargo, sé que nada de esto será fácil para ninguno de los cuatro, en realidad de todos, pues Ángela también está afectada —respondió con desgano.

Victoria se llevó una mano a los labios para ahogar sus sollozos, cerró los ojos y lo primero que llegó hasta su cabeza fue la imagen de Fabrizio, no sabía cómo soportaría separarse de él de nuevo.

Capítulo 13

El auto se detuvo frente a la casa de los Di Carlo y Antonio bajó para abrirle la puerta a Fransheska, quien seguía absorta en sus pensamientos, él podía comprender lo que la joven sentía en ese momento. Le extendió su mano dedicándole una sonrisa, ella la recibió y salió del auto respondiéndole con el mismo gesto; sin embargo, sus ojos lucían opacos por las lágrimas derramadas.

—Muchas gracias por traerme, Antonio —esbozó, desviándole la mirada porque no quería mostrarse tan triste.

—No tiene nada que agradecerme, señorita Fransheska, que descanse —mencionó para despedirse.

Antonio subió al auto y retornó a Casa Renai, ella soltó un suspiro y entró, Anna la recibió con esa sonrisa que le dedicaba siempre, pero de inmediato notó que algo le sucedía a su hermosa niña, aunque trató de disimular entregándole una sonrisa. Por suerte sus padres no estaban en el salón, no quería ver a su madre en ese momento porque sabía que en cuanto lo hiciese, todas las lágrimas que intentaba mantener dentro de sí se desbordarían.

—¿Está bien, niña Fran? —preguntó Anna, temiendo que hubiese discutido con el señor Anderson, no quería verla sufrir también por amor como lo hizo años atrás el joven Fabrizio.

—Sí, estoy bien, Anna, solo un poco cansada, no te preocupes. —Le dio un beso en la mejilla y se alejó antes de ponerse a llorar.

Subió las escaleras y caminó con paso apresurado hasta su habitación, pero ya frente a su puerta cambió de idea y regresó para dirigirse a la recámara de su hermano. Esperaba que él hubiese regresado ya de su paseo con Victoria, porque necesitaba desahogarse con alguien, dio un par de golpes en la puerta y segundos después Fabrizio le abrió.

—Hola, Fran. —La saludó con una sonrisa, pero su gesto se tornó serio al ver la tristeza que reflejaba su mirada.

—Hola, Fabri... ¿Estás ocupado?

—No... solo iba a cambiarme para la cena, pero todavía es temprano, pasa —contestó observando el semblante de su hermana.

Fransheska entró a la habitación y se alejó de él porque de pronto se sintió nerviosa, no sabía cómo darle esa noticia y tampoco quería ser quien lo hiciera, pero era algo que no podía ocultarle. Se sentó al borde de la cama como siempre hacía y cerró los ojos dejando libre un suspiro; él ocupó el espacio a su lado.

—¿Sucede algo, Fran? —inquirió, acariciándole la mejilla y vio que un par de lágrimas escapar de sus ojos y rodar cuesta abajo.

—Se van. —Fue todo lo que alcanzó a decir y rompió a llorar.

Fabrizio abrió mucho los ojos mostrándose sorprendido, de inmediato sintió como si le hubiesen agarrado el corazón y lo apretaran con fuerza dentro de un puño, para luego lanzarlo al suelo. Respiró con dificultad porque un torrente de lágrimas le inundó la garganta en cuestión de segundos, mientras trataba de asimilar la información que su hermana le daba, sabía muy bien a quienes se refería.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó buscando su mirada.

—Estaba en Casa Renai con Brandon, cuando Ángela le hizo entrega de un telegrama que llegó de América... su tía está enferma, al parecer es bastante delicado y pidió verlos, supongo que tendrán que partir cuanto antes —respondió y su llanto se hizo más amargo.

—¿Su tía Margot? —inquirió, frunciendo el ceño. No tenía muy buenas referencias de esa señora, y no sabía por qué, pero de pronto sintió desconfianza con relación a la gravedad de su enfermedad.

—Sí, ella. Según me comentó Brandon, ya ella venía presentando problemas de salud, por eso se había tomado unos meses en Escocia, pero regresó a América y al parecer tuvo una recaída —respondió, sorbiendo las lágrimas e intentando calmarse.

—Debió haberse quedado en Escocia, así si ellos viajaban a verla los hubiésemos acompañado y aprovechamos para conocerla y también el país.

—Eso hubiera sido genial..., pero no será posible, Brandon y Victoria tendrán que subir a un barco que los lleve lejos de nosotros y quién sabe cuándo los volveremos a ver —pronunció y rompió en llanto de nuevo al tiempo que los sollozos la estremecían.

—Fran... no llores así. —Le pidió mientras la abrazaba y le besaba el cabello con ternura, haciendo un esfuerzo para no llorar.

—No puedo evitarlo, Fabri... me duele mucho... ¿Por qué todo tiene que ser tan complicado? Si tan solo hubiese entregado mi corazón a alguien que siempre estuviese a mi lado..., pero no... ¡Viene a enamorarme de un americano! Yo sabía que él tendría que irse en algún momento... lo sabía y aun así me arriesgué, no me importó... fui una tonta y no sé qué gano con llorar ahora —expresó con rabia y comenzó a secarse las lágrimas con brusquedad.

—Uno no escoge de quien enamorarse, Fran, y si pudiese recordar creo que hablaría con más propiedad sobre eso. —Le dijo mirándola a los ojos—. Además, estoy seguro de que, si dependiera de Brandon, se quedaría contigo para siempre, Campanita... No debes sentirte mal por estar enamorada, aunque ahora sientas que duele mucho, debes mantener la esperanza y cuando menos lo pienses estarán juntos de nuevo. —La acomodó en su regazo como si fuese una niña.

—No quiero hacerle las cosas más difíciles, sé que él tampoco desea irse... pero ¿cómo hago para no sentir este vacío que se ha instalado en mi pecho? No quiero que se vaya, Fabri... no quiero —expresó entre lágrimas y se aferró a él.

Fabrizio la abrazó y se quedó en silencio sin saber qué decir, él también estaba sufriendo pues la sola idea de no tener Victoria a su lado le rompía el corazón; pero ahora su hermana lo necesitaba. Se quedó allí dejando que se desahogara, conteniendo sus propias lágrimas y sus sentimientos mientras su pequeña hermana los dejaba libres, después de un rato ella logró calmarse y él la recostó en su cama.

—¿Por qué no descansas un rato? Yo les diré a nuestros padres que tenías un dolor de cabeza y por eso no bajarás a cenar —mencionó, mientras le acariciaba el cabello.

Fransheska asintió en silencio, posando una mano sobre la que Fabrizio tenía en su mejilla para agradecerle que estuviese allí consolándola. Él le dedicó una sonrisa y le dio un beso en la frente; ella intentó responderle con el mismo gesto, pero no lo logró y su hermano lo comprendió, lo vio alejarse, pero antes de que saliera quiso decirle algo, así que se incorporó un poco en la cama.

—Fabri... —Él se volvió para mirarla y ella continuó—: Gracias... por estar aquí... por acompañarme.

—No tienes nada que agradecer, Fran... siempre voy a estar contigo, es una promesa ¿lo recuerdas? —La miró con ternura y eso por fin la hizo sonreír, aunque fue un gesto fugaz lo hizo sentir satisfecho de haberlo conseguido.

Salió de la habitación y caminó hasta uno de los ventanales que dan al jardín, su mirada se perdió en el paisaje y al fin las lágrimas se hicieron presentes; se sintió tentado de llamar a Victoria, pero seguramente ella solo tendría cabeza para la situación que atravesaba. Además, debía seguir el ejemplo de su hermana y no hacer las cosas difíciles.

Esa noche les fue imposible conciliar el sueño, cada uno estaba sumido en sus pensamientos, mientras sus corazones se llenaban de angustia, miedo y dolor ante la inminente separación; sin embargo, sabían que la solución no estaba en sus manos, solo el tiempo podía dárselas y eso era lo que menos tenían: tiempo.

Pasaba del mediodía cuando Fabrizio llegó hasta el lugar donde siempre se encontraba con Victoria, ella ya estaba allí y en cuanto lo vio llegar corrió hacia él. Bajó con rapidez de su caballo y la abrazó con fuerza, ella rompió a llorar enterrando el rostro en su pecho, verla de esa manera le provocó un profundo dolor.

—Victoria, amor... no llores, todo está bien —pronunció con ternura mientras le acariciaba el cabello con suavidad.

—No quiero irme... no quiero dejarte. —Alcanzó a decir en medio de los sollozos. Él llevó un dedo hasta su barbilla y levantó su rostro para verla a los ojos.

—Yo tampoco quiero alejarme de ti, solo imaginarlo me atormenta, pero no podemos hacer nada, tú tienes que...

—Es que es demasiado pronto, Fabrizio, nosotros debíamos volver... estábamos consciente de ello, pero no tan rápido... no así.

—¿Cuándo? —preguntó temiendo la respuesta.

—En tres días... —respondió sollozando.

—¡Dios! Es peor de lo que temía —expresó con la voz ronca y de inmediato sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Anoche estuvimos pensando en todas las posibilidades, si enviábamos un telegrama para confirmar la noticia y conocer con más exactitud el estado de la tía, pero este tardaría dos días en llegar a América y para recibir una respuesta serían dos días más, así que lo descartamos... Brandon hizo un par de llamadas y la próxima semana sale un barco desde Southampton, tendríamos que viajar dentro de tres días si queremos tomarlo —explicó mientras las lágrimas bañaban su rostro y lo miraba a los ojos, sintiéndose devastada por tener que vivir otra separación, como si no hubiese tenido tantas en el pasado.

Fabrizio solo se quedó en silencio y la abrazó con fuerza, sentía la imperiosa necesidad de amarrarla a él y no pudo seguir conteniendo sus lágrimas. Sintió que Victoria también se aferraba a su espalda, y sollozaba con fuerza así que él comenzó a darle suaves besos en el cabello, intentando consolarla de esa manera porque no podía hablar.

Estuvieron así por varios minutos, luego caminaron y se sentaron a la sombra del árbol, sin dejar un solo instante de abrazarse, él le daba besos en la mejilla y ella los dejaba caer en sus manos.

—No debes estar triste, Vicky, te prometo que estaremos juntos de nuevo, no importa si no puedes regresar, yo iré hasta donde estés y no nos separaremos nunca más, mi amor. —Le susurró al oído, con su nariz en el sedoso cabello dorado para conservar su aroma.

—Sí, sea como sea vamos a estar juntos de nuevo... tenemos que prometernos que lo haremos —dijo buscando su mirada, queriendo mostrarse esperanzada, aunque las lágrimas inundaban de nuevo su garganta, al imaginar que no lo vería en mucho tiempo.

—Es una promesa —aseguró y le dio un suave beso en los labios, que fue ganando intensidad, así como las caricias que se entregaban.

Deseaban aprovechar cada segundo juntos y por eso no se cohibían en entregarse a sus sentimientos, se tumbaron sobre el pasto y dejaron que sus bocas y sus manos fuesen quienes se expresaran por ellos. Él intentaba contener sus emociones, tanto esa sensación de angustia que le provocaba el saber que se separaría de ella, como el deseo que era cada vez más poderoso y que le exigía reclamar todo de Victoria y sabía qué podía hacerlo, que ella se entregaría si se lo pedía, pero no era el momento, aún no.

—Daría lo que fuera por quedarme contigo —susurró ella una vez que él fue bajando el ritmo de sus besos, soltó un suspiro tembloroso por las lágrimas en su garganta—. Pero mis tías han sido como unas madres para mí... aunque tía Margot siempre fue tan estricta y hemos tenidos nuestras diferencias, la quiero mucho y no me perdonaría si llega a pasarle algo y no alcanzo a despedirme de ella —confesó esa dualidad que la atormentaba, no quería ser una malagradecida.

—Vicky, también daría lo que fuera para que te quedaras conmigo, pero jamás te pondría a escoger entre tu familia y yo, en este momento debes pensar en tu tía porque ella te necesita, ya tendremos tiempo para estar juntos de nuevo —mencionó, mirándola a los ojos.

Como dijo Fransheska, ellos debían hacerles las cosas fáciles y apoyarlos, eso significaba ser pareja, ser incondicionales.

Ella lo abrazó con fuerza para agradecerle que fuese tan comprensivo, le hizo recordar tanto a Terrence cuando su padre enfermó, él siempre estuvo allí para ella, apoyándola en uno de los momentos más duro de su vida. Intentaron alejar la tristeza viendo como Ónix y Piedra de luna retozaban en el campo, parecían un par de niños y era evidente que un sentimiento romántico había nacido en ellos también, así como lo hizo en sus jinetes.

Fransheska llamó a las hermanas de la congregación alegando que se sentía mal de salud, y que por ese motivo no daría su clase ese día; la verdad era que no tenía ánimos para hacer nada, pasó toda la mañana tendida sobre su cama hasta que su madre fue a verla para saber qué le ocurría. Ella intentó parecer normal, pero Fiorella conocía muy bien a sus hijos y sabía si algo les pasaba, al final, Fransheska terminó contándole todo, y su madre se dedicó a consolarla mientras lloraba entre sus brazos como una niña.

Verla así le partía el alma, recordó esa época en la que Fabrizio se derrumbó por el abandono de Antonella Sanguinetti; claro ahora las cosas eran distintas. Brandon se marchaba por asuntos ajenos a su voluntad y algo dentro de sí le decía que él debía estar tan desolado como su hija.

—Buenas tardes, Fiorella —mencionó Brandon, cuando llegó a la casa de los Di Carlo y su suegra lo recibió. Había ido al teatro a buscar a Fransheska, pero le dijeron que ella no había ido ese día.

—Buenas tardes, Brandon ¿cómo estás? —saludó con amabilidad.

—Bien, gracias ¿tú cómo has estado? —preguntó y paseó su mirada por el lugar buscando a su novia.

—Bien, gracias, Fransheska me contó lo de tu tía y que tienen que regresar a América, de verdad lamento el motivo, espero que la salud de la señora Anderson mejore —dijo al tiempo que le hacía un ademán para que tomara asiento.

—Gracias por tus buenos deseos, yo también hubiese querido quedarme más tiempo, pero cuando suceden cosas así debemos actuar con rapidez. Precisamente hoy convoqué una reunión en el banco con la junta directiva para explicarle lo sucedido. —Se sintió aliviado al ver que su suegra comprendía la situación.

—Te entiendo, es una situación muy difícil, pero no debes preocuparte, dejás la sucursal en buenas manos, tus socios son hombres honorables y sé que Luciano también estará al pendiente...

pero imagino que vienes a hablar con Fran.

—Así es... pasé por el teatro a buscarla y me dijeron que no había ido —respondió, siendo consciente de que quizá ella estaba tan triste que ni siquiera quiso salir de la casa.

—Acompáñame, está en el jardín. —Le dedicó una sonrisa y se encaminó hacia la terraza—. Está cerca de la fuente, siempre que desea estar sola llega hasta allí —agregó, señalando el lugar.

Brandon descubrió que sus sospechas eran ciertas, su novia debía estar tan triste como lo estaba él. Le dedicó una sonrisa a Fiorella, aunque ese gesto no tenía ni la mitad de la efusividad que él acostumbraba a lucir, antes de comenzar a caminar vio unas hermosas rosas blancas cerca de la terraza.

—¿Puedo? —Le preguntó, extendiendo la mano hacia las flores.

—Por supuesto, todas las que están en este jardín son para ella —mencionó con ternura y le sonrió para animarlo.

—Gracias, Fiorella —dijo y salió en busca de Fransheska.

Cuando llegó al lugar la vio con la mirada perdida, en las ondas que se formaban dentro de la fuente, pero al mismo tiempo era como si estuviese en otro lugar, alejada de todo. Él caminó despacio y se detuvo detrás de ella, respiró profundo para llenarse de valor y darle la noticia de su partida.

—Me dijo un hada que en el centro de este jardín había una princesa que estaba muy triste. — Su voz era suave y ronca, mezcla de las emociones que llevaba dentro. Caminó para tomar asiento junto a ella y le entregó la rosa al tiempo que le dedicaba una sonrisa.

—Gracias, amor... —mencionó llevándose la rosa a la nariz.

—¿Cómo estás? —preguntó con preocupación, al ver que sus ojos estaban ligeramente hinchados y su nariz enrojecida.

—Bien... —respondió intentando sonreír, pero una lagrima rodó por su mejilla demostrando que mentía.

Brandon sintió que el corazón se le encogía y sus ojos también se inundaron, los cerró para evitar llorar en ese instante, porque sabía que eso solo haría las cosas más difíciles. Se acercó a ella para darle un beso en su mejilla y la escuchó liberar un suspiro tembloroso, lo que hizo que la presión en su pecho le hiciera difícil respirar.

—¿Me abrazas? —Le pidió Fransheska, necesitaba que él lo hiciera o terminaría derrumbándose allí.

—Te amo. —Le susurró al oído y la abrazó con fuerza.

Fransheska no pudo contener más sus emociones y rompió a llorar, su cuerpo temblaba a causa de los sollozos mientras se aferraba con ímpetu a él y su corazón amenazaba con quebrarse en dos. Brandon tampoco pudo mantener las lágrimas dentro de sí, las dejó correr con libertad al tiempo que le acariciaba la espalda; de pronto, ella se separó un poco y hundió el rostro en su pecho, no quería que la viera llorar ni que él lo hiciera.

Brandon la rodeó con sus brazos y le depositó un beso en el cabello, había llegado para decirle que saldrían dentro de tres días, pero de solo pensar en pronunciar esas palabras sentía que el corazón se le quebraba. En realidad, su corazón, su alma y sus pensamientos, todo de él se quedaría con ella, nunca pensó que pudiese existir un dolor tan grande, verla sufrir de ese modo y no poder hacer nada le resultaba insoportable.

«¡Dios mío dame fuerzas para hacer lo correcto! No quiero dejarla, esto me está costando mucho, me está doliendo mucho».

—Brandon... —mencionó, sacándolo de sus pensamientos.

—¿Sí? —preguntó y se limpió las lágrimas, para luego buscar esos ojos grises que tanto

adoraba.

—¿Cuándo se van? —inquirió con voz estrangulada. Él se quedó en silencio y ella comprendió que estaba buscando las palabras para que esa respuesta no fuese tan dura—. ¿Tan pronto? — Aunque él no le contestó, ya ella la sospechaba.

—Dentro de tres días —respondió y su voz se quebró.

Fransheska jadeó con fuerza al confirmar que era mucho peor de lo que había imaginado, pensó que quizá les quedaba al menos una semana, pero ni siquiera eso tendrían. Se puso de pie dándole la espalda y caminó hasta la fuente, creyó que sus piernas iban a flaquear y que el dolor en su pecho se hacía insoportable, cerró los ojos y se mordió el labio para no gritar.

Brandon también se levantó y caminó hasta ella, la rodeó con sus brazos y hundió su rostro en el cabello castaño, buscando reconfortarla con ese gesto, odiaba verla sufrir. Ella pudo sentir las lágrimas mojarle el cuello y eso la hizo estremecer, suspiró y le agarró las manos para entrelazarlas con las suyas, luego se dio vuelta muy despacio subió el rostro y le dio un beso.

Necesitaba olvidar, al menos por un instante, que él se iría pronto, que ya no podría perderse en ese cielo hermoso que eran sus ojos, o disfrutar de sus besos y sus caricias, quería aprovechar cada segundo del tiempo que les quedaba juntos. Brandon la sujetó por la cintura para acercarla más a él, mientras su boca buscaba hacer ese beso más profundo e intenso, necesitaba refugiarse en la pasión para olvidar el vacío que poco a poco se iba apoderando de su pecho.

—Fransheska... yo... —intentó decir, pero ella lo calló posando un par de dedos sobre sus labios.

—No digas nada... solo bésame, Brandon... bésame hasta que olvide que solo nos quedan tres días juntos —rogó y renovó el beso con mucha más intensidad que antes.

El no dudó en complacerla y la aferró tan fuerte a su cuerpo que casi se fundían en uno solo, sus manos abarcaron la delgada espalda de Fransheska, mientras los dedos de ella se hundían en la suya, y gemía entregándose por completo. Ya habían compartidos roces apasionados, pero en ese momento sus besos no eran solo febriles sino también urgidos y desbocados, necesitaban quitarle tiempo al tiempo para vivir su amor.

Capítulo 14

24 de diciembre 1914

La nostalgia se apoderaba de cada corazón de los que se hallaban en ese lugar, que parecía haber sido olvidado por Dios; en medio de la oscuridad y el silencio, muchos se dedicaban a mirar hacia el cielo que esa noche se encontraban colmado de estrellas, mientras intentaban imaginar lo que estarían haciendo sus familiares. Las lágrimas de los soldados más jóvenes brotaban en silencio, aunque de vez en cuando se oía algún sollozo, pero nadie se atrevía a reclamarles o hacer una broma a su costa, pues esa noche todos compartían la tristeza de estar lejos de sus hogares.

Días atrás recibieron una avalancha de cartas y regalos de sus familias, de personas que no conocían e incluso de la princesa María, por lo que no podían decir que les faltara la comida o que estuviesen escasos de abrigos que les brindaran calor. Sin embargo, les faltaba la presencia de sus seres queridos y ante eso ni los generales ni los oficiales podían hacer algo para levantarles el ánimo, pues era más difícil combatir a la nostalgia que al mismo enemigo.

De pronto comenzaron a escuchar un murmullo proveniente del lado de los alemanes, todos se pusieron alerta sin poder creer que fuesen tan despiadados como para atacarlos la noche de Navidad, quizá no podían esperar otra cosa de quienes habían bombardeado pueblos enteros. Collingwood, quien había decidido acompañar a sus hombres esa noche en la trinchera, comenzó a hacer señas para que ocuparan sus posiciones y envió al vigía para que le informara sobre la situación, mientras la tensión se apoderaba de todos.

En la trinchera de Los Aliados solo se escuchan las pesadas respiraciones de los soldados, quienes agudizaban sus oídos para saber de dónde llegaría el ataque y así poder esquivarlo, porque sabían que de eso dependía que continuasen con vida. El sonido que provenía de la trinchera alemana se hacía más fuerte, flotando en medio de la oscuridad que reinaba en la tierra de nadie y que comenzaba a llegar a los oídos de británicos y franceses, sorprendiéndolos distinguían que era algo melodioso.

—Están cantando... mi teniente —susurró Dalton, volviéndose a mirarlo y sus ojos reflejaban la sorpresa ante ese descubrimiento.

—¿Qué dices? —cuestionó Marcus con molestia y subió la escalera para intentar mirar hacia el campo enemigo. Confiaba más en sus ojos que en sus oídos; sin embargo, lo que había dicho el soldado era cierto, los alemanes cantaban—. Deben estar tramando algo esos malnacidos, no bajen la guardia —ordenó a su batallón.

El teniente Collingwood hizo que el miedo dentro de todos se acrecentara, reemplazando la nostalgia por el temor y la adrenalina que una vez más hacía latir sus corazones de manera desbocada. Fabrizio en lo único que pensó fue en que dentro de tres días estaría cumpliendo diecisiete años y que quizá no llegaría, tragó para pasar el nudo en su garganta y aferró con fuerza su rifle.

—Es *Noche de paz* —murmuró Frank, quien había vivido durante diez años en Alemania cuando era niño.

—¿Qué? —inquirió Fabrizio, sin entender a qué se refería.

—Están cantando *Noche de paz*... En los hogares alemanes se reúnen en Nochebuena y cantan

ese villancico —respondió en un susurro, para que el teniente no lo escuchara.

—¿Cómo lo sabes? —cuestionó, mirándolo con asombro.

—¡Silencio ustedes dos! —Los reprendió Marcus, aunque el comentario del soldado Hyde le resultó interesante, así que agudizó más su oído para descubrir si este tenía razón.

—Mi teniente... creo que el soldado Hyde dice la verdad, están cantando *Noche de paz* —indicó Dalton, quien desde su puesto podía apreciar mejor la melodía, incluso alcanzó a ver algunas luces naranjas que colgaban de los potes de las trincheras y se asemejaban a unas cadenas de faroles.

—Bueno, al parecer los *cabezas cuadradas* están celebrando la Navidad —pronunció Marcus, mostrando una sonrisa torcida.

—Mi madre nos cantaba esa canción —murmuró William, un chico de diecisiete años que se habían enlistado junto a Fabrizioo.

Un pesado silencio se apoderó de la trinchera de los británicos, mientras escuchaban las voces de los alemanes al otro lado del campo de batalla y la nostalgia se apoderó de sus corazones con mucha más contundencia. De pronto, un murmullo comenzó a escucharse entre ellos también, era Frank quien en medio de lágrimas recordaba a su madre y de sus labios brotó la melodía de manera natural, a él le siguieron Larry, Gregory e incluso Fabrizioo, quien la conocía porque en el internado las hermanas se las hacían cantar a todos.

—¡Qué demonios! Cantemos nosotros también... Es Navidad —mencionó Marcus, sintiendo en ese momento el peso de la ausencia de su esposa y sus tres hijas, quienes se habían quedado esperándolo.

«Noche de paz, noche de amor,
todo duerme en derredor,
entre los astros que esparcen su luz
brilla anunciando al niño Jesús
brilla la estrella de paz.»

Las sonrisas adornaron los rostros de los soldados quienes en medio de lágrimas recordaban a los suyos, y algunos cerraban los ojos para imaginarse en sus hogares siendo abrazados por sus familiares. Se veían sentándose a la mesa para degustar las deliciosas cenas que les cocinarían sus madres o sus esposas, disfrutando del fuego crepitar en la chimenea y de un vaso de licor que alejara ese intenso frío que los envolvía, y así se sintieron en casa de nuevo.

Durante el resto de la madrugada estuvieron cantando todos esos villancicos que conocían desde niños, asombrándose al descubrir que compartían muchos con los alemanes y que ellos, en más de una ocasión, les siguieron en el canto, aunque lo hacían en su lengua. Al llegar el alba todos esperaban que un milagro sucediese, y que llegara un mensaje con un telegrama del rey Jorge, donde les notificara que la guerra había acabado y que serían llevados a casa; sin embargo, el sol se fue abriendo paso entre la bruma y nada de eso sucedió.

—Mi teniente... un hombre se acerca —mencionó Dalton, sin dar crédito a lo que veía—. Viene... viene hacia nosotros y trae algo en la mano, pero no es un arma... parece un pequeño arbusto.

—¡Todos a sus puestos y preparen sus armas! —ordenó Marcus, recordando el telegrama que recibió de sus superiores un par de días antes, donde le advertían que no podía bajar la guardia o los alemanes se aprovecharían—. Manténgalo en la mira, pero no disparen.

—¡Sí, mi teniente! —respondieron a la orden.

Marcus agarró sus binoculares y buscó al hombre que deambulaba en tierra de nadie, lo veía

sonreír y caminar con algo de dificultad dejando ver que estaba ebrio, llevaba en su mano un pequeño arbusto adornado con velas blancas: Era un árbol de Navidad. Sintióse sorprendido esperó a que se acercara un poco más, luego con un ademán les indicó a sus chicos que revelaran sus posiciones para hacerle una advertencia, pero este ni siquiera se inmutó; por el contrario, siguió avanzando hacia ellos con una sonrisa.

El soldado alemán comenzó a agitar su brazo libre saludándolos, sin dejar de sonreír un solo momento, lo que desconcertaba a los británicos, quienes no sabían cómo actuar en esa situación. Fabrizio estaba aún dentro de la trinchera y vio a uno de sus compañeros que, llevado por la curiosidad, se asomó desatendiendo las órdenes del teniente Collingwood de mantener sus posiciones.

—Frank... si te ve el teniente te castigará —susurró, halándolo por la chaqueta, se sentía muy intrigado, pero no se arriesgaría.

—Tranquilo, Collingwood, está tan entretenido que no lo notará.

—¿Pudiste ver lo que sucede? —inquirió muy bajo.

—Al parecer los *cabezas cuadradas* quieren celebrar la Navidad junto a nosotros —contestó al tiempo que sonreía.

—Tienes que estar bromeando —comentó Douglas, quien había alcanzado a escuchar la conversación.

—Bueno si no me crees, compruébalo por ti mismo. —Lo retó encogiéndose de hombros y le cedió su puesto en la escalera.

Douglas se llenó de valor y subió cuidando de que el teniente no lo descubriese y pudo ver que lo que su compañero decía era verdad, en la tierra de nadie había tres alemanes que caminaban hacia ellos. En sus manos en lugar de llevar sus rifles, solo que traían botellas de aguardiente, tabacos y dos árboles adornados con velas y cintas de colores, mientras seguían cantando.

—¡Feliz Navidad! ¡Feliz Navidad! —exclamaban con alegría.

Los soldados alemanes también sentían algo de miedo al ver que los británicos se mostraban recelosos, quizá había sido una locura salir de esa manera de su trinchera, pero ya era tarde para regresar a ese hueco oscuro y frío. Se detuvieron antes de entrar al terreno de Los Aliados, esperaban algún tipo de reacción de su parte, solo deseaban que no fuese hostil pues habían llegado hasta allí con la intención de celebrar con ellos y así aliviar un poco la nostalgia que sentían.

—¿Qué hacemos, mi teniente? —preguntó Dalton, quien desde su posición podía derribar a uno y quizá hasta a dos.

—Todos mantengan sus posiciones, no les dispararemos a hombres desarmados, iré a ver qué buscan —sentenció y revisó la carga de su arma, luego se la guardó detrás de la espalda.

—Iremos con usted, mi teniente. —Se ofreció Frank y haló a Fabrizio de la manga, para que los acompañase—. Sé hablar alemán, podré servirle de interprete —agregó para convencerlo.

—Bien, Hyde, Macbeth y Warren dejen sus rifles y vengan conmigo. Vigías estén atentos a cualquier movimiento, si noto algo extraño les haré una señal y no duden en disparar —ordenó mirándolos, los vio asentir y salió junto a los tres soldados, con paso decidido se encaminó al encuentro con los enemigos.

Fabrizio iba temblando de pies a cabeza y su corazón palpitaba demasiado rápido, sentía que caminaba hacia una muerte segura; sin embargo, al ver las actitudes de los alemanes no los sintió como una amenaza. Contrario a ello se notaban bastante relajados y alegres; el teniente se acercó a uno de ellos que tenía la insignia de capitán, este le extendió la mano para saludarlo.

—¡Feliz Navidad, teniente! —expresó estrechándole la mano.

—¡Feliz Navidad, capitán! —respondió, mostrándose aún receloso y observó a los tres jóvenes que lo acompañaban.

—¿Qué le parece si hacemos una tregua hoy? —sugirió sonriendo.

—¿Una tregua? —inquirió Marcus, frunciendo el ceño.

—¡Sí, hombre! Es Navidad, no tenemos por qué tomar las armas este día, dejemos que los muchachos celebren y hagámoslo nosotros también, así no nos pesará tanto el estar lejos de casa ¿no le parece?... Venga y beba con nosotros, nos quedaremos en terreno neutral si eso lo hace sentir más seguro —dijo señalando algunos árboles que habían derribado para construir las trincheras.

Marcus lo siguió hasta donde le pedía y se sentó a su lado, pero no bebió de la botella hasta que no vio que el capitán le daba un gran trago; después de un minuto y al ver que no pasaba nada, accedió a darle un sorbo al aguardiente que de inmediato le calentó el pecho. El alemán sonrió con entusiasmo al ver que había se había ganado la confianza del teniente, luego miró a sus soldados que se acercaban con cierto recelo a los desconfiados británicos, pero a medida que se fueron dando las manos la tensión se fue alejando de ellos.

Fabrizio no lograba salir de su asombro al ver que podía fraternizar con los alemanes, que ellos eran jóvenes igual a él y de pronto se vio intercambiando un trozo de chocolate por un trago de aguardiente. Se llevó la botella a los labios y sintiéndose confiado al ver la manera en la que el alemán lo bebía, también le dio un gran sorbo; por supuesto, no estaba preparado para esa sensación de ardor que se apoderó de su garganta y su pecho.

—¡Es demasiado fuerte! —exclamó luego de tener un ataque de tos, que hizo que su rostro y su garganta enrojecieran.

—¿Es la primera vez que lo pruebas? —inquirió el soldado en inglés, pero con un marcado acento alemán.

—Sí... —confesó algo apenado, nunca había bebido nada más fuerte que el champagne cuando hacían un brindis por alguna celebración, y siempre bajo la supervisión de su madre.

—A ustedes los británicos los crían con leche hasta los veintiuno —comentó riendo—. ¡Vamos, toma otro trago! —Le ofreció la botella, mostrando una gran sonrisa.

Fabrizio no quería quedar delante de todos como un chiquillo, así que se obligó a beber de nuevo; por suerte el segundo trago ya no le resultó tan fuerte ni desagradable, aunque tuvo un pequeño ataque de tos al pasarlo, lo que provocó que tanto alemanes como británicos rieran a su costa. También se aventuró a fumar por primera vez y disfrutó un poco más de esa experiencia, a pesar del sabor amargo que le dejaba en el paladar, por lo menos no lo quemaba.

Casi al mediodía cuando el sol comenzó a atravesar con sus rayos la densa neblina que envolvía los bosques de Flandes, ambos bandos se mostraban más confiados, comenzaron a hablar sobre sus familias y lo mucho que las extrañaban; también hablaron de lo mal que lo pasaban en las trincheras a causa de los animales y del frío. El tema de la guerra parecía haber sido olvidado por completo, ninguno se atrevía a mencionar que un bando vencería al otro; e incluso, se dieron un tiempo para recoger los cadáveres de sus compañeros y los organizaron para darles una cristiana sepultura.

Al final de la tarde las trincheras estaban vacías y todos los soldados estaban se encontraban en tierra de nadie, pero no matándose unos a otros, sino disputando un partido de fútbol, un verdadero clásico entre Alemania e Inglaterra. Los gritos eran de alegría y las risas flotaban en medio del campo devastado por los cañones y las metralhas, mientras los dos oficiales a cargo habían tomado el rol de árbitros para que fuese un juego limpio.

La victoria fue para los alemanes, quienes celebraron con un baile y mucha algarabía, pero

fueron generosos con los perdedores y les dieron una botella de aguardiente, para que pasaran el sabor de la derrota. Fue un día que quedaría grabado para siempre en las memorias de todos los que participaron, porque ese acercamiento los hizo más humanos y puso en una cuerda floja la continuación del conflicto bélico, junto a los intereses de muchos poderosos.

27 de diciembre de 1914

La tregua del día de Navidad les había salido muy costosa a ambos bandos, pues sus superiores al enterarse de lo que habían hecho les ordenaron retomar las armas de manera inmediata, e incluso comenzaron a solicitar los nombres de los oficiales que formaron parte de ese armisticio para ejecutarlos por traición. Sin embargo, el apoyo de los soldados a sus superiores estuvo a punto de provocar una revuelta y evitó que estos fueran juzgados, aunque no pudieron hacer nada contra las órdenes de reanudar los ataques.

Así fue como una vez más la artillería golpeaba con fuerza a alemanes y británicos, quienes debían enfrentarse nuevamente como enemigos. Algunos estaban renuentes a disparar sus armas, pero eran obligados bajo la amenaza de ejecución por los oficiales que habían llegado desde Arrás para reemplazar a los anteriores, quienes seguían encuartelados como castigo.

Fabrizio se encontró en medio de una de las peores batallas que había vivido durante esos meses, y en un momento en el que vio caer a su lado a Frank y un poco más allá a Douglas, no supo qué hacer y sin saber hacía donde se dirigía se lanzó a correr. Así fue como terminó deambulando a través de las trincheras devastadas, ya cansado de tanto caminar apenas podía avanzar, pues sus pies se enterraban en el lodo haciéndolos sentir más pesados.

Sin embargo, continuaba con su marcha porque detrás de él seguía escuchando los estadillos que hacían las balas al salir de los rifles; después de caer un par de veces en profundos agujeros donde casi se sumergía por completo, buscó una vara y sondeaba prudentemente antes de avanzar. Estaba tan agotado que sus ojos se cerraban y en un instante los reflejos no le respondieron tan rápido, por lo que el impulso de su cuerpo lo lanzó a uno de los agujeros y el fango aspiró su pierna derecha paralizándola, trató de sacarla, pero apenas tenía fuerzas suficientes para no desmayarse.

Hizo un último esfuerzo y consiguió sacar su bota, la que trajo consigo unos cables que reconoció como una línea telefónica, comenzó a seguirlos y halló el cadáver del telefonista, su rostro había sido destrozado por un mortero y las aguas lodosas lo habían hinchado dándole un aspecto macabro. Lo hizo a un lado con manos temblorosas y miró a su alrededor a ver si encontraba el teléfono para comunicarse con su comando, pero no había nada más, solo barro y cadáveres, eso era todo lo que quedaba de esa trinchera.

Intentó ponerse de pie, pero sus piernas ya no respondían, por lo que decidió arrastrarse para seguir avanzando, pero al tener que hacerlo de esa manera, tropezaba con todos los cadáveres y de un momento su estómago no pudo resistirlo más, así que los espasmos se apoderaron de él y comenzó a vomitar de manera incontrolable. Cuando terminó de expulsar el poco alimento que tenía en el estómago, se dejó caer de espaldas y comenzó a llorar, mientras pensaba que tal vez hubiese sido mejor morir de un disparo y no terminar en esa situación tan espantosa.

Aún guardaba las esperanzas de que su pelotón lo encontrara o que al menos el enemigo lo fusilara y no tener que morir de hambre o de hipotermia, sería algo irónico tener que hacerlo el mismo día en que nació. Poco a poco la noche fue cayendo y su cuerpo se fue entumeciendo hasta el punto que dejó de ser consiente del dolor y el cansancio; su mirada se perdió en las estrellas y empezó a llorar con las pocas fuerzas que tenía al tiempo que recordaba a su familia.

—No puedo más... no puedo más —expresó en medio de la avalancha de sollozos que le desgarraban el pecho y la garganta, mientras hacían estremecer su cuerpo—. Mamá, Fran... Padre... Lo siento tanto... lo siento tanto... solo espero que me perdonen por lo que hice y que Dios me permita reunirme con ustedes cuando vayan al cielo —pidió, resignándose a morir en ese lugar.

Necesitaba que los brazos de su madre lo cobijaran, deseaba escuchar la voz de su hermana, ansiaba abrir los ojos y ver a su padre entrar por el umbral con esa sonrisa que tanto le gustaba ver en él. Quería volver a estar en su casa junto a ellos, y en ese instante se arrepintió de la estupidez que había cometido, de ser tan impulsivo; y por masoquista que le pareciera, su corazón y pensamientos también extrañaban a Antonella, no era suficiente todo lo que había visto para que la arrancara de su ser; por el contrario, sentía que su amor crecía cada vez más a pesar que sentía su alma muerta.

—Daría lo que fuera por estar junto a ustedes en este momento... lo que fuera —susurró dejando caer sus párpados pesadamente.

El dolor y el cansancio terminaron por vencerlo, no supo cuándo la inconsciencia se apoderó de él y lo llevó a un sueño tranquilo, que supuso sería el prelude de la muerte. No obstante, un par de días después despertó dentro de una tienda de campaña, estaba en una camilla y vio a Robert junto a él, sentía la lengua muy pesada y la garganta demasiado seca para poder esbozar palabra, pero hizo un movimiento con su mano para atraer su atención.

—¡Por fin, Macbeth! —exclamó con emoción—. Pensamos que esta vez no la contarías, pasaste dos días con fiebres muy altas y hasta deliraste —explicó mientras le ayudaba a beber un poco de agua.

—Frank... y Douglas —esbozó Fabrizio, con algo de dificultad.

—Cayeron en el frente... también Jeff, Patrick y Dalton —mencionó, bajando la cabeza, pero de inmediato la subió para darle la buena noticia—. Sin embargo, el teniente Collingwood está de nuevo al mando de nuestro pelotón, porque el capitán Remington perdió la vista durante el ataque y tuvo que ser enviado a Amiens, a nosotros nos enviarán de nuevo al campamento en Arrás.

Robert siguió hablándole a Fabrizio sobre todo lo que había sucedido durante esos dos días que estuvo inconsciente, le ayudó a comer ese insípido y horrible caldo que servían en el ambulatorio de campaña, pero que después de dos días sin comer nada le supo a gloria. Aunque ambos se sentían felices de estar vivos y seguir juntos, no pudo evitar llorar al recordar a sus amigos que habían partido, teniendo tantos sueños y planes por delante.

Capítulo 15

La tarde comenzaba a caer bañando con sus luces doradas el pasillo por donde Vanessa caminaba, llevaba en sus manos dos carpetas que contenían los últimos estados de cuenta del día. La mayoría de los empleados se preparaban para terminar su jornada y ella también estaba lista para irse a casa, pero antes se detuvo frente a la puerta de la oficina, dio un par de toques para anunciarse y enseguida escuchó esa voz que aceleraba los latidos de su corazón.

—Permiso, aquí traje las carpetas que me pidió —mencionó, caminando hasta el escritorio sin siquiera mirarlo.

—Perfecto, muchas gracias —respondió Daniel, observándola.

Él ya estaba cansado de su actitud tan distante y de toda esa situación, aunque apenas habían pasado dos semanas y ella le había pedido tiempo, sentía que no podían seguir en ese punto muerto. Así que llevado por un impulso se puso de pie y caminó para detenerla, pero al ver que ella se percataba de sus intenciones e intentaba escapar, fue más rápido en interponerse entre ella y la puerta.

—Ya terminé con todo lo pendiente, me voy a mi casa.

—¿Qué tengo que hacer para que me perdones? —preguntó mirándola a los ojos. Ella se quedó en silencio sin saber qué decir, le esquivó la mirada e intentó tomar la perilla de la puerta para salir, pero él se lo impidió—. Vanessa... necesito que me perdones, por favor... Lamento no haber sido sincero desde un principio, de verdad lo siento mucho... no supe cómo actuar, tenía miedo...

—Daniel, necesito que me dejes salir. —Quiso que su voz sonara a exigencia, pero no fue así porque las lágrimas que la hacían vibrar.

—No puedo dejar de pensar en lo nuestro, te veo aquí a diario y en lo único que puedo pensar en los días que pasamos juntos... Vanessa, sé que cometí un gran error, que merezco que me trates con indiferencia... pero, por favor, solo dame otra oportunidad —pidió mirándola a los ojos, mientras se acercaba a ella para besarla, necesitaba sentir de nuevo sus labios y sus caricias.

—Yo... no puedo, lo siento, Daniel —respondió esquivándolo, porque sabía que en cuanto la tocara estaría perdida.

—¿Por qué? ¿Qué necesito hacer para demostrarte que lo que siento por ti es verdadero? —cuestionó frustrado.

—Porque no puedo y no necesito que me demuestres nada, ya todo me quedó claro la última vez que hablamos sobre esto, así que ahora déjame salir. —Esta vez su voz se sonó más segura, aunque por dentro sentía que se derrumbaba.

—Vanessa, mírame. —Le pidió atravesándose en su camino y cuando logró atrapar su mirada, continuó—: Estoy dispuesto a hacer lo que sea para recuperarte, si quieres que salgamos y le digamos a todos que tenemos una relación, lo haré en este momento...

—¡No! ¿Acaso te has vuelto loco? Ya te dije que no quiero nada, solo deseo trabajar en paz, que todo vuelva a ser como antes... solo quiero mi tranquilidad y mi estabilidad de regreso —sentenció y caminó con determinación hacia la puerta para salir.

Sin embargo, antes de que pudiera abrir la puerta se vio atrapada por los fuertes brazos de Daniel, quien le rodeó la cintura y la pegó a su cuerpo, haciendo que fuese consciente de su calor

y su delicioso perfume. Antes de que pudiera protestar, sus manos la giraban haciéndola quedar frente a él y la apoyó en la puerta mientras acercaba su rostro de manera peligrosamente tentadora.

—Nada será como antes, no mientras sigamos sintiendo estas ganas de comernos a besos, este deseo de hacer el amor hasta quedar rendidos. —Le susurró, pegándola a su cuerpo para hacerle sentir la muestra más contundente del deseo que sentía por ella.

Vanessa se quedó sin aire al sentir la dureza del miembro masculino hundirse en su vientre, un estremecimiento la recorrió por completo y no pudo escapar de la mirada ámbar que parecía un volcán a punto de estallar. Daniel aprovechó su conmoción para apoderarse, con deseo y premura, de sus tentadores labios. Entró en su boca sin vacilación, succionando, mordiendo y acariciando.

Era un beso abrasador y tan intenso que ella no pudo resistirse, terminó dejando sus emociones en libertad, entregándose y participando también de ese juego que Daniel llevaba dentro de su boca. Sin embargo, su mente le jugó una mala pasada, recordándole que eso era todo lo que tendría de él porque su corazón ya le pertenecía a otra, la tensión se apoderó de su cuerpo y se alejó de él.

—Yo necesito más que tu pasión, Daniel, deseo tu corazón, pero tú no puedes dármelo porque no lo tienes, ya le pertenece a alguien más —pronunció con la voz rasgada, viéndolo a los ojos.

Daniel hizo una mueca de dolor y ella no necesitó nada más para saber que había tocado su punto débil. Victoria Anderson seguía siendo lo más importante para él, no la había superado y solo intentaba engañarse y lo peor, engañarla a ella.

—Vanessa... —Intentó detenerla, pero apoyó las manos sobre su pecho para alejarlo y ese gesto le dolió tanto, que no tuvo más remedio que dar un par de pasos hacia atrás y dejar que se marchara.

La vio abandonar la oficina y de inmediato el dolor, la rabia y la impotencia se apoderaron de su pecho, caminó hasta su escritorio y se dejó caer en el sillón, luego apoyó la cabeza en el espaldar porque sentía que no podía con el peso de sus pensamientos. Cerró los ojos al tiempo que dos lágrimas rodaban por sus mejillas, se sentía frustrado y atrapado en ese sentimiento, no entendía nada.

Ya ni siquiera estaba seguro de si en realidad amaba a Victoria o si todo eso no era más que una estúpida obsesión. Quizá estaba enamorado de Vanessa o solo la necesitaba a su lado para olvidar a su amor imposible, esas dudas lo torturaban día y noche, pero hasta el momento de lo único que estaba seguro era de que Vanessa le daba una paz que nunca había sentido y la estaba perdiendo.

—¿Hasta dónde llegarás con tus miedos, Daniel? ¡Maldita sea! ¡¿Hasta cuándo serás un cobarde?! —Se gritó para hacerse reaccionar.

Lanzó las carpetas que se encontraban en el escritorio y enterró la cabeza entre sus manos, sin poder contenerse, dejó que las lágrimas que estaban ahogándolo saliesen de él en un torrente. Necesitaba drenar parte del dolor y la impotencia que sentía al ser consciente de que estaba perdiendo a una mujer extraordinaria y lo peor era que no sabía cómo hacer para evitarlo.

El lugar era iluminado por la luz de la tarde que atravesaba el ventanal que daba al jardín, mientras él navegaba en sus recuerdos y sin darse cuenta un par de lágrimas mojaron sus mejillas, cerró los ojos y suspiró con pesadez. Aunque delante de todos se mostraba calmado, centrado y hasta resignado a lo que estaba sucediendo; la idea de no tener a Victoria a su lado lo estaba matando.

Delante de ella se mantenía en pie, dándole fuerzas y comprensión para no hacerle las cosas más difíciles, pero cuando estaba liberaba su dolor. Un toque en la puerta lo hizo reaccionar, se

llevó las manos al rostro para limpiar las lágrimas y luego se acomodó un poco el cabello.

—Adelante —ordenó y dio gracias que su voz sonara normal.

—Imaginé que estabas aquí ¿estás bien? —preguntó Fiorella, acercándose a él con una sonrisa y se sentó a su lado.

—Sí, estoy bien, madre, solo estaba pensando un rato —contestó, esquivándole la mirada.

—Hijo, no tienes que esconderte de mí, sabes que siempre puedes contar conmigo... Lo sabes ¿verdad? —preguntó, mirándolo a los ojos y le acarició la mejilla con ternura.

Él asintió en silencio y se llevó la mano de su madre a los labios para darle un beso, cerró los ojos y unas lágrimas lo traicionaron desbordando sus ojos. Ella se acercó más a él y lo rodeó con sus brazos, ante ese gesto su hijo le pasó los brazos por la cintura y comenzó a llorar abrazado a ella, como un niño.

Fiorella se quedó en silencio mientras le acariciaba la espalda con ternura para consolarlo, y también lloró al verlo sufrir de esa manera. Sintió a los recuerdos arremolinarse dentro de ella, haciéndole revivir aquella época tan triste que atravesó su familia, lo abrazó con más fuerza para alejar su dolor como le faltó hacer en aquel entonces, debió aferrarse a su hijo hasta reparar su corazón.

—¿Estás así por la partida de Victoria? —esbozó, acariciando su hermoso cabello castaño.

—Sí... pero no puedo dejar que me vea así, no puedo derrumbarme delante de ella y empeorar las cosas, creo que la situación ya es bastante difícil como para que yo también la complique más —respondió, pasándose la mano por el rostro para secar sus lágrimas y se puso de pie, no le gustaba provocar lástima en nadie.

—Pero no puedes guardar todo ese dolor dentro de ti, no es sano, Fabrizio... además, es normal que te sientas triste, no hay nada de malo en mostrarlo —mencionó, caminando hasta él y lo abrazó dándole un beso en la espalda.

—Creo que tendré tiempo suficiente para desahogarme cuando se hayan marchado, de momento prefiero guardarme mis emociones porque a Victoria le está costando mucho esta separación, y sé que, si yo no la apoyo, terminará peor... tiene que irse, es inevitable...

—Me parece un gesto muy noble, pero no te olvides de apoyarte a ti mismo de vez en cuando, algunas veces nosotros también necesitamos de una palabra de consuelo... o de un abrazo.

—Usted me lo ha dado, madre y se lo agradezco, no sabe cuánto... —La miró por encima del hombro, dedicándole una sonrisa y le dio un beso en la mano—. ¿Sabe? A veces siento que todo esto es tan perfecto, tan maravilloso... que temo sea mentira... es... es como si no mereciera ocupar el lugar que ocupó...

—Fabrizio, por favor... ¡Qué cosas dices, hijo! —mencionó tensándose de inmediato y le esquivó la mirada—. Nosotros somos los que debemos dar gracias por tenerte aquí, así que aleja esas ideas de tu mente; por cierto, hace mucho que no tienes dolores de cabeza ¿verdad? —inquirió, mirándolo a los ojos.

—Hace unos meses se esfumaron por completo, es algo que todavía no entiendo, antes eran muy frecuentes... tal vez sea una mejoría —respondió sin darle mucha importancia.

—¿Has recordado algo? —preguntó de inmediato.

—No... no, nada en concreto, todo sigue igual... lugares que no he visto, personas a las cuales no puedo ni distinguir ni escuchar... los mismos cuadros borrosos —contestó con la mirada perdida.

—Ya encontrarás la manera de recuperar tus recuerdos... y si eso no sucede, sabes que nosotros estaremos contigo siempre —aseguró, tomando el rostro entre sus manos y le dio un suave beso en la frente.

—Lo sé, gracias, madre. —Fabrizio le dio beso en la mejilla.

—Por cierto, vine a comentarte que tu padre y yo vamos a organizar una cena de despedida para Brandon y Victoria, esperamos que eso aligere un poco toda esta tristeza, sé que es difícil, pero es mejor que no hacer nada ¿no crees?

—Me parece perfecto. —Esa noticia lo hizo sonreír.

—Bien, entonces haremos que sea muy especial.

Fiorella era consciente de que los jóvenes no estaban de ánimo para nada más que no fuese llorar por la inminente separación; sin embargo, sabía que era mejor olvidarse de ello por unas cuantas horas. Así que crearía la ocasión para que pasarán una velada especial que les dejara recuerdos hermosos y alegres, esos los acompañarían hasta que volviesen a encontrarse.

Brandon y Victoria llegaron a la casa de los Di Carlo cuando el crepúsculo estaba en todo su esplendor, ella vestía un hermoso vestido rosa, mientras él lucía casual pero impecable como siempre. Fueron recibidos por los esposos quienes los invitaron al salón, un minuto después entraban Fabrizio y Fransheska tomados del brazo, justamente como se veían el día que los conocieron.

Ella deslizó el brazo para alejarse de su hermano y caminó hasta su novio, entregándole la más hermosa de sus sonrisas y sin importarle que sus padres estuviesen presentes, hizo a un lado el protocolo y se abrazó a él con fuerza; al tiempo que rozaba sus labios con un tierno beso, Brandon no pudo más que recibirla de la misma manera.

—Tranquilo..., mis padres son comprensivos —susurró, al sentir que él se tensaba—. Y saben que yo no me cohíbo a la hora de mostrar mis sentimientos.

—Jamás me negaría el placer de besarte, aunque amenazaran con arrancarme la cabeza —murmuró él, con una sonrisa pícaro.

Fabrizio siguió ejemplo de su hermana y caminó hasta Victoria, le sujetó la mano y se la llevó a los labios para besarla, aunque se moría por probar sus labios, no era de mostrarse tan cariñoso delante de los demás, por mucha confianza que les tuviera a sus padres. Quizá porque sabía que si la besaba en ese momento no podría darle solo un roce de labios, iba a querer explorar su boca un buen rato.

—Te ves hermosa —susurró, mirándola con un brillo en los ojos.

—Y tú luces tan apuesto como siempre —respondió ella, sintiéndose tentada de besarlo, pero al igual que él sabía que una vez que sus labios se rozaran, nada lograría hacer que se alejaran.

Luego caminaron para tomar asiento junto a sus padres, al igual que Brandon y Fransheska, comenzaron una conversación distendida, tocando cualquier tema que evadiera el viaje que emprenderían los primos al día siguiente. Antes de la llegada de los Anderson, los hermanos Di Carlo habían estado hablando en el jardín y prometieron hacer todo lo posible para no mostrar su tristeza; debían hacer que esa despedida estuviese repleta de momentos felices para recordar.

—Le pedí a Lucía que hiciera varios de tus postres favoritos, Victoria —anunció Fiorella, una vez que se sentaron a la mesa.

—Muchas gracias por el gesto, Fiorella, la verdad es que me quedé enamorada de los dulces italianos —respondió sonriendo.

—¿Tanto como de Fabri? —inquirió Fransheska con picardía.

—Creo que ama un poco más a los dulces —acotó Brandon, queriendo jugarle una broma.

—¡Brandon! —Se quejó Victoria y miró a Fabrizio—. No es cierto, a ti te amo mucho más. —Le aseguró, mirándolo a los ojos, mientras le tomaba la mano y la apretaba suavemente.

—Eso lo veremos cuando llegué la Genovesa —comentó Luciano uniéndose a las bromas que

hacían a costa de su hijo.

—Luciano. —Lo reprendió Fiorella, aunque no pudo evitar sonreír ante la cara de su hijo, le ofreció su mano para solidarizarse con él—. Tranquilo, cariño, nunca ningún postre podrá despertar más amor en una dama que el joven del que está enamorada... bueno, excepto el tiramisú, a veces lo amo más que a tu padre —agregó uniéndose a la broma y también para hacerle pagar a su esposo.

Todos en la mesa rieron ante su comentario y la cara de asombro que puso Luciano, era evidente que no esperaba una declaración así por parte de su esposa. Y así, en medio de ese ambiente de alegría fue transcurriendo la cena; incluso llegó el turno de Fabrizio para vengarse de Brandon cuando le dijo que su comida se enfriaría si no dejaba de mirar a su hermana y cenaba.

Sin embargo, Luciano le hizo el mismo comentario a él, pues apenas había probado bocado por estar mirando a Victoria, lo que provocó que ella se sonrojara y él se quedase callado. Fiorella se sentía feliz de ver que Luciano dejaba de lado la seriedad y compartía con sus hijos esos momentos tan hermosos que solo puede crear el amor.

Después de la cena salieron a la terraza para tomar café y comer la deliciosa genovesa que se veía muy tentadora. Aprovechando que la noche estaba cálida, pues habían entrado el verano y el cielo adornado por millones de estrellas les daba un espectáculo bellissimo.

Fiorella era consciente que las parejas se cohibían de brindarse muestras de cariño porque ellos estaban presentes, así que le hizo una señal con la mirada a Luciano y él la entendió de inmediato, ellos también fueron jóvenes y estaban enamorados, así que sabían que algunas veces se necesitaba un poco de privacidad. Se excusaron alegando que debían terminar algo relacionado con la empresa, se despidieron por el momento y entraron a la casa.

—¿Me acompañas al jardín? —Le preguntó Fransheska a Brandon con su mirada gris tan brillante como el firmamento.

—Por supuesto —respondió él con una sonrisa.

Se pusieron de pie despidiéndose sin palabras de sus hermanos y se encaminaron hasta la fuente en medio del jardín, que estaba iluminada por hermosos faroles. Justo en ese instante parecía el paisaje de un cuento de hadas, y ella lucía tan hermosa en ese vestido blanco, con el cabello suelto y esa encantadora sonrisa, que provocó que él se enamorara un poco más de su princesa.

Brandon comenzó a imaginarse su futuro con ella, tomado de su mano luciendo lleno de arrugas y con el cabello blanco, quizá sus pasos serían más lentos, pero seguiría tan enamorado de Fransheska como lo estaba en ese instante, viéndola igual de hermosa y con esa magia tan maravillosa que solo ella era capaz de obsequiarle, llenando su corazón de alegría, de vida.

En ese preciso momento tuvo la mayor certeza de la que jamás fue consciente, deseaba pasar el resto de su vida al lado de Fransheska Di Carlo, hacerla su esposa, la madre de sus hijos, su compañera, su amiga, su amante. Él había renunciado a todos sus sueños de libertad y de viajar por el mundo por el bien de su familia, pero a lo que nunca renunciaría sería a estar junto a ella, no existiría en la tierra poder alguno que lograra hacerlo renunciar a ella porque al fin la había encontrado y regresaría allí para hacerla su esposa.

—Estás muy callado —dijo, acariciando su mejilla con ternura.

—Estaba descubriendo una verdad maravillosa —contestó con una sonrisa al tiempo que la envolvía en sus brazos.

—¿Una verdad? ¿Qué verdad? —preguntó intrigada.

—Que eres un milagro, mi milagro —respondió con la mirada iluminada y una gran sonrisa.

—Brandon —susurró sintiéndose abrumada por sus palabras.

—Te amo tanto, Fransheska... y te esperé durante tanto tiempo que te juro que nada impedirá que comparta mi vida contigo, voy a regresar y te haré mi esposa, tú serás la madre de mis hijos y prometo que dedicaré mi vida a hacerte feliz —pronunció con convicción mientras la miraba a los ojos.

Ella se sintió tan cautivada por las palabras de Brandon que la emoción le robó la voz, no supo qué decir en ese momento porque sentía que solo decirle que lo amaba no era suficiente para expresar lo que sentía. Sin embargo, tenía la necesidad de responderle, así que le ofreció sus labios para que los besara y solo bastó un roce para que ese amor tan maravilloso que él le entregaba la envolviese.

Cuando estaba con él todo era perfecto, era como si con solo ver sus ojos entrase dentro de otro mundo, un mundo especial y mágico que tenía como rey al amor. Deslizó sus manos por la poderosa espalda de su novio y gimió al sentir su pesada lengua entrar a su boca, luego de eso las emociones giraron dentro de ella creando espirales de placer y felicidad.

—No creo que exista en el mundo una mujer más feliz que yo —Le susurró siguiendo el reflejo de las estrellas en los ojos azules.

—No creo que exista en el mundo un hombre más feliz que yo —respondió él, tomándola por la cintura para pegarla a su cuerpo y fundirse en un beso con ella.

Les dieron rienda suelta a sus emociones y profundizaron ese beso hasta sentir que comenzaban a flotar, siendo bañados por la luz plata de la noche y la naranja de los candelabros, se dedicaron a entregarse sutiles caricias que le calentaban la piel, el alma y el corazón.

Capítulo 16

Después de estar compartiendo durante varios minutos, Brandon y Fransheska decidieron regresar, aunque si hubiese dependido de ellos se quedaban a vivir para siempre en ese mundo que ahora los dos compartían. Caminaban tomados de las manos dedicándose miradas y sonrisas cargadas de amor, al acercarse a la piscina se sintieron llenos de curiosidad al escuchar las risas de Fabrizio y Victoria.

—Fue tu culpa —alegó ella en tono de reproche.

—¿Mi culpa? —preguntó él, divertido.

—Sí, tú culpa... yo estaba muy tranquila y llegaste tú a perturbarme, acercándote con tanto sigilo y tu voz me... me distrajo —respondió, desviando la mirada y sonrojándose.

Él dejó ver esa sonrisa ladina y sensual que a ella le encantaba, aunque todas le fascinaban, pero esa en particular la deslumbraba y lo hacía desearlo con locura.

—No fue con intención... —mencionó, pero el brillo en su mirada se intensificó y la sonrisa se acentuó—, aunque no puedo quejarme de lo que sucedió después ¡Dios, te veías tan hermosa! Y poder abrazarte así —agregó casi en un susurro.

Victoria se estremeció ante la profundidad de sus palabras, ella también se sintió en medio de un sueño en esa ocasión, sus manos rodeándole la cintura, su sonrisa, su mirada, el calor de su cuerpo.

—Pensándolo bien... creo que usted me debe algo, señorita —susurró y la intensidad de su mirada la hizo estremecer, se le había ocurrido una idea, así que buscó a su hermana con la mirada —. ¿Fran, puedes prestarle un vestido a Vicky? —preguntó y ninguno de los tres entendió, o quizá hubiese dicho cinco, pues sus padres se habían asomado al balcón de su habitación para mirarlos.

—Un vestido, sí claro, pero ¿por qué? —inquirió sin comprender.

—Porque pienso cobrarme un baño que me hicieron dar hace algún tiempo —contestó, tomando a su novia en brazos.

—Fabrizio... ¿Qué haces? —preguntó Victoria, con nerviosismo.

—Ya lo verás —dijo con un velo enigmático en su mirada y caminó con ella hacia la piscina.

Ante la mirada sorprendida de todos incluyendo la de Vicky, se lanzó al agua con ella y el peso de sus cuerpos los hizo sumergirse de inmediato llegando hasta el fondo. Fransheska rompió en una carcajada y Brandon no pudo más que acompañarla, mientras los padres tardaron más en reaccionar, pero después también rieron abiertamente ante la ocurrencia de los enamorados.

Emergieron del agua segundos después amarrados en un estrecho abrazo, Victoria todavía no salía de su sorpresa y separó sus labios en busca de aire, pero él se lo impidió cuando atrapó su boca con la suya fundiéndose en un beso con ella. Su actitud los dejó a todos aún más sorprendidos, ya que era extraño que él mostrase su afecto de manera tan abierta y espontánea.

Fabrizio sintió como si alguien más actuara por él, llevándolo a arriesgarse y entregarle ese beso a Victoria delante de todos, incluso de Brandon, había una rebeldía latiendo en su interior y le fue imposible no ceder ante la tentación. Llevó una mano a la nuca de Victoria y sin ningún reparo disfrutó de la humedad y la dulzura de su boca, olvidándose de las personas que los rodeaban, era como si en ese lugar solo estuviesen ellos dos, como aquella noche.

—¡Por Dios! ¡Fabri, déjala respirar! —bromeó Fransheska, aunque a Brandon no parecía

molestarle la actitud osada de su hermano, sí podía ver que su padre comenzaba a tornarse serio y quería evitarle un regaño a su hermano.

La voz de Fransheska se coló a sus odios y lo obligó a separarse, aunque su mirada seguía anclada a la Victoria, expresándose el amor que sentían en ese instante. Sin embargo, ella no tardó en ser consciente que los esposos Di Carlo también los veían y eso la hizo ruborizarse, por lo que escondió su rostro en el cuello de él.

—¡Estás loco, Fabrizio! —exclamó con voz apenas audible.

—Sí... y tú eres la culpable —respondió con una sonrisa—. No pude evitarlo... esa vez me ganó el desconcierto por cómo ocurrieron las cosas, pero era lo que más deseaba, sentía mi corazón latir con tanta fuerza y todo por ti. —Le confesó mirándola a los ojos.

Victoria se perdió en la mirada de él olvidándose de todos los presentes y estuvo a punto de besarlo, pero sintió que le lanzaban agua y eso la trajo de vuelta a la realidad, ambos se volvieron a ver y era Fransheska quien reía divertida.

—¡Hey, hipnotizados! Si no salen se van a resfriar —indicó, cobrándose la broma de su hermano en la mesa.

—Creo que sería una excelente idea que nos acompañaras. —La amenazó, nadando para salir de la piscina.

—Ni loca, el agua tiene que estar helada —respondió, corriendo para ocultarse detrás de Brandon.

—Creo que la sirena que buscas ya está dentro de la piscina —mencionó él con una sonrisa.

Luciano dejó libre un suspiro al tiempo que un dolor se apoderaba de su pecho, provocado por una inmensa nostalgia al ver que sus hijos jugaban como dos niños. Su esposa lo notó y supo de inmediato lo que sentía porque a ella le había pasado lo mismo, se acercó hasta él y pasó sus brazos alrededor de su cintura para luego apoyar la cabeza en su pecho, él también la envolvió con sus brazos.

Fabrizio regresó hasta Victoria y la rodeó con sus brazos para llevarla hasta la orilla de la piscina, la ayudó a salir intentando que sus ojos no se fijaran en su figura, porque sabía que el agua había transparentado sus prendas. En realidad, él también le ofrecía una generosa vista de su torso y sonrió al ver que ella no se cohibía en mirarlo, ambos estaban empapados de pies a cabeza y su hermana tenía razón, era mejor cambiarse de ropa o terminarían enfermado, lo primero que se quitaron fueron los zapatos.

—Vamos Vicky, te voy a ayudar a cambiarte —mencionó Fransheska, caminando hacia ella mientras sonreía.

—No te preocupes Fran, quédate con Brandon yo le pido a Anna que nos ayude —dijo Fabrizio, pero tenía otros planes.

—¿Estás seguro? —preguntó, pues ella no tenía problema.

—Por supuesto, regresaremos en unos minutos —contestó y agarró a Victoria de la mano para entrar a la casa.

Entraron y las luces de la cocina ya estaban apagadas, por lo que él supo que ya todos se habían retirado a descansar, eso le permitiría seguir con lo que tenía pensando. Sin soltar a Victoria, pasaron de largo hasta la sala, pero cuando se encaminaban hacia la escalera ella lo detuvo.

—Fabrizio, espera... ¿No tenemos que buscar Anna? —preguntó nerviosa.

—Creo que ya se fueron a dormir, no te preocupes yo te puedo ayudar —susurró sonriendo, la sintió temblar y la vio tragar en seco.

—Yo... yo, creo que puedo hacerlo sola, sé dónde está la recámara de Fransheska —indicó,

aunque deseaba con todo su ser que él la desvistiera, sabía que también iba a anhelar que pasara algo más y eso era inconcebible en ese momento.

—De ninguna manera, yo te ayudaré... vamos Vicky —dijo, halándola de la mano, pero ella no se movió.

—No... Fabrizio de verdad, no es necesario...

—Está bien... hagamos una apuesta si llegas primero que yo a la habitación de Fransheska, lo haces tú sola... si no, yo te ayudo —sugirió y tenía de nuevo ese brillo en los ojos que la hechizaba.

—¿Hablas en serio? —inquirió sin poder disimular su asombro.

—Por supuesto... a menos que tengas miedo de perder.

—¿Perder yo?... Sí claro —mencionó y acto seguido salió disparada escaleras arriba para lograr llegar primero.

Fabrizio fue tomado por sorpresa, pero en cuanto reaccionó, corrió detrás de ella, subieron las escaleras en segundos y justo antes de que Victoria lograra abrir la puerta de la habitación de su hermana, él la atrapó por la cintura pegándola a su cuerpo. La giró para mirarla a los ojos, la apoyó en la pared y comenzó a besarla, un beso que no tuvo preámbulos, ni roces, fue un beso cargado de pasión, de deseo, tan maravilloso y febril que los hizo temblar.

Victoria enredó las manos en el cabello de Fabrizio sintiendo como él se adueñaba de su boca con tanta intensidad que olas de calor comenzaron a viajar a través de su cuerpo haciéndola delirar. Sus lenguas se entrelazadas y colmaban cada rincón, al tiempo que sus labios succionaban y acariciaban los suyos, elevándola y al mismo tiempo haciéndola sentir un temblor extraordinario que la recorría de pies a cabeza, provocando que deseara mucho más.

Fabrizio deslizaba sus manos por la pequeña cintura, bajando a sus caderas, buscando acortar toda distancia entre ambos, bebiendo de su boca y deleitándose en su maravilloso sabor, sintiendo el cuerpo de Victoria temblar con cada toque de sus dedos. Muy despacio fue bajando el ritmo del beso, quedándose solo en roces sutiles, tibios y húmedos que buscaban menguar su pasión.

Victoria agradeció que él se controlara, pues sabía que ella no lograría hacerlo y que, si en ese instante Fabrizio la llevaba a su habitación para hacerle el amor, no se negaría porque no podía contener todas esas emociones que se habían apoderado de su cuerpo. Lo sintió apoyar la frente contra la suya mientras su respiración agitada se estrellaba contra su rostro, calentándolo y embriagándola con el dulce aroma del café que había bebido.

—Victoria Anderson, te prometo... no, te juro que vas a ser mi esposa, la madre de mis hijos, la mujer con la que pienso pasar el resto de mi vida... aunque tenga que atravesar el océano, aunque tenga que buscarte por cada rincón de América, por cada rincón del mundo... lo haré, te encontraré y te voy hacer mi esposa —sentenció solemne, sintiendo el deseo vibrar en su cuerpo.

Ella no pudo evitar derramar una lágrima ante esas palabras, pero no era de tristeza, sino de esa emoción que creyó que nunca más volvería a experimentar. En respuesta buscó de nuevo los labios de él y se dejó llevar por su deseo, pero esta vez el beso fue más calmado, aunque despertaba las mismas sensaciones dentro de ella.

—Será mejor cambiarnos —mencionó él, abriendo la puerta de la habitación y le hizo un ademán para que entrara.

La expectativa le llenó el cuerpo, intensificando el temblor a causa de los nervios y el deseo que le provocaba imaginar a Fabrizio ayudándola a desvestirse, se estremeció al anticipar lo que sería sentir sus manos vagando por su cuerpo desnudo. Él encendió la luz y le dedicó una sonrisa traviesa, luego caminó pasando al lado de la cama para hacer que ella la viera, porque sabía que lo seguía con la mirada, sonrió al ver que se sonrojaba y no tenía que ser adivino para saber lo

que pasaba en ese momento por su cabeza.

Sin embargo, entendía que no podía llevar ese juego más allá, estaban en casa de sus padres y en la habitación de su hermana; además, se había prometido esperar hasta hacerla su esposa. Giró la perilla de la puerta que daba al baño y la invitó a pasar mientras la miraba a los ojos y podía ver cuán nerviosa se sentía, así que le dedicó una sonrisa para infundirle confianza y le acarició la mejilla, haciendo que el cuerpo de Victoria se relajara un poco.

—Este es el baño —mencionó y su voz ronca demostraba que él también se sentía excitado por toda esa situación, se aclaró la garganta y continuó—: tienes toallas y todos lo que necesites —agregó señalando el lugar—. En el armario encontrarás un vestido que te quede, creo que son de la misma talla... y tendrás que escoger entre quedarte con tu ropa interior mojada o ir sin nada debajo del vestido —agregó con esa sonrisa ladeada que usaba para seducir, mientras recorría con su mirada la tentadora figura de Victoria.

Ella lo miró sorprendida ante ese comentario y su rostro se pintó de carmín, pero al ver la malicia que se desbordaba de su mirada y su sonrisa, descubrió que todo se trataba de un juego que había dispuesto solo para provocarla. Todo eso de la apuesta y el beso, solo era porque se quería cobrar la vez que se escapó de la piscina; pues ella también sabía cómo jugar a ese juego, así que lo miró con esa mezcla de inocencia y sensualidad que era innata en ella.

—Pensé que me ayudarías —pronunció y paseó su mirada por el marcado torso de Fabrizio, sintiéndose tentada a besarlo.

Lo vio dar un par de zancadas acortando la distancia que los separaba, con una actitud tan seductora y amenazante que hizo que todo su cuerpo fuese barrido por una ola de calor. Contuvo la respiración cuando Fabrizio se detuvo frente a ella y la miró con esa intensidad que volvía su cuerpo de goma.

—No deberías tentarme de este modo, Victoria. —Su voz vibraba por el deseo y era más profunda, íntima y poderosa.

La vio temblar y se acercó para darle un beso justo detrás de su oreja, entretanto sus manos se daban el gusto de acariciar los pequeños y hermosos senos que lo enloquecían, haciéndola gemir.

—Cuando seas mi esposa... pienso hacerlo sin que me lo pidas. —Le susurro al oído, luego se acercó a sus labios de nuevo y agarró el inferior para morderlo con suavidad, sintiéndola temblar y lo soltó mostrando una sonrisa cargada de malicia y en sus ojos destellaba el deseo—. Me encantas, Victoria y apenas puedo esperar para disfrutar del placer junto a ti —susurró contra la piel nívea y temblorosa de su cuello, embriagándose de su aroma.

—Fabrizio... yo... —Ella quería decirle que también deseaba lo mismo, pero su voz desapareció frente a la intensidad de su mirada.

—Podría escaparme contigo esta noche a un lugar donde solo estemos los dos, y te haría el amor una y otra y otra vez hasta que mi cuerpo quede rendido, pero si hago eso tu partida me dolerá mucho más... y ni siquiera sé si podría dejarte ir —confesó, mirándola a los ojos mientras le rozaba los labios y sus manos de deslizaban por sus caderas, esas que sujetaba junto a su cuerpo.

—Yo tampoco podría dejarte —pronunció temblando al sentir que su cuerpo se derretía y una ola de humedad bañaba su intimidad.

—Por eso debemos esperar hasta que estemos juntos de nuevo, para poder casarnos y vivir a plenitud nuestro amor.

Ella asintió con algo de pesar porque sabía que él tenía la razón, y porque era consciente de la falta que le haría no solo a su corazón sino a su cuerpo, ya lo había padecido en todos esos años. Se acercó y lo besó con ternura para mantener a raya a la pasión; sin embargo, no pudo evitar

separar sus labios cuando sintió que él los rozaba con su lengua dándole un toque excitante.

Fabrizio se alejó dedicándole una sonrisa, luego suspiró con resignación y salió de la habitación dejándola a ella en medio de un vórtice de sensaciones y emociones mientras su cuerpo temblaba ligeramente, presa de ese calor exquisito provocado por el deseo. Negó con la cabeza para enfocarse en el momento y con rapidez comenzó a desvestirse, una vez que lo hizo supo que no podía quedarse con esa ropa interior porque estaba empapada, así que decidió no ponerse nada debajo y se sentía extraña, pero también libre.

—¿Vicky, ya estás lista? —preguntó Fabrizio minutos después, desde afuera, a él le había llevado menos tiempo cambiarse.

—Todavía no —respondió ella, viendo qué podía hacer con sus prendas mojadas, pues no le parecía dejarlas allí tiradas.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó en un tono sugerente.

—¡Ya deja de jugar! —Le exigió Victoria y lo escuchó soltar una carcajada, lo que la hizo sonreír también.

—Está bien, te espero abajo —dijo y se alejó silbando.

—Ahora sé dónde dejar esto —esbozó para sí misma, al tiempo que dejaba ver una sonrisa cargada de picardía.

Victoria regresó al salón de los Di Carlo y ya su primo estaba listo para marcharse, aunque si de ellos dependiera se quedaban allí, pero no podían hacerlo porque su tren salía temprano y debían descansar. Ella se acercó a Fabrizio para abrazarlo con fuerza, esa no era su despedida definitiva porque se verían en la estación, pero desde ya comenzaba a extrañarlo, le rozó los labios y en ese momento se le ocurrió confesarle lo que había hecho para alejar la tristeza.

—Te dejé algo en tu habitación... y también tomé algo, te digo para que sepas cuando no la consigas —comentó de manera casual.

Él la miró desconcertado y ella le entregó una sonrisa coqueta, luego agarró su mano y la llevó hasta su cadera para darle una pista de lo que se trataba. Fabrizio tragó en seco no solo al imaginar lo que podía ser, al sentir como la tela del vestido resbalaba sobre la piel desnuda de Victoria, sonrió de manera seductora y asintió dándole a entender que sabía a lo que se refería. Por más que quisieron no pudieron seguir prolongando la despedida así que se encaminaron al auto, no sin antes prometerse que se verían temprano.

Las primeras luces del día iluminaban el hermoso paisaje toscano, la luz atravesaba los árboles y las flores creando un juego de colores y destellos maravilloso, el aire fresco y lleno de las fragancias del campo inundaba toda la casa. Victoria sentía que cada rincón de ese lugar se quedaría grabado en su memoria, subió al ático y se acercó a la ventana que abrió la primera vez que visitó la casa en compañía de Fabrizio, enseguida la tristeza se apoderó de su pecho porque no quería marcharse de ese lugar y tener que dejar a su novio, deseaba que el tiempo se detuviese.

—Vicky, ya estamos listos —dijo, Angela mirándola con pesar.

Ella asintió y se limpió la lágrima con el dorso de la mano, luego caminó para salir junto a Angela, a los pies de las escaleras se encontraban Antonio y Brandon. Los primos caminaron para dejar un momento solos a sus amigos y que así pudieran despedirse.

—Ángela... —La llamó con ternura. Ella le agarró las manos mirándolo a los ojos y se obligó a entregarle una sonrisa—. Ángela, mi ángel que llegó desde muy lejos para iluminar mi mundo —susurró con una sonrisa y los ojos húmedos.

—Mi caballero Antonio —susurró ella y su sonrisa se hizo más grande y hermosa—. Espero que no te olvides de mí...

—Jamás haría algo así... no sabría cómo. Será imposible olvidarme de tus ojos, de tus sonrisas, de tus labios. —Los rozó con ternura, para luego pasar a un beso más intenso.

—Prométeme que vas a pensar en mí todos los días. —Le pidió ella con un nudo en la garganta, una vez que se separaron.

—Te prometo que voy a pensar en ti cada hora del día y de la noche... te amo, princesa Ángela —pronunció, acariciando con ternura la mejilla—. También cumpliré con mi promesa de ir a buscarte, pedir tu mano a tus padres y hacerte mi esposa.

Angela no supo qué decir, solo se abrazó a él con fuerza y un par lágrimas rodaron por sus mejillas, mientras en su pecho se mezclaba la tristeza y la emoción. Antonio se separó al fin de ella, le limpió con delicadeza las mejillas y le dio otro beso, uno que les abrigara el corazón hasta el momento en que volvieran a encontrarse.

Esperaron unos minutos más para ver si los jóvenes Di Carlo aparecían, pero no lo hicieron y pensaron que tal vez era lo mejor, quedarse con los recuerdos de la noche anterior y no prolongar más esa agonía. Angela, Brandon y Victoria le dieron un último vistazo a la fachada de la casa, luego subieron a la parte de atrás del auto, mientras Angela iba delante con Antonio y durante casi todo el camino a la estación sus manos estuvieron unidas

Ya en la estación, Angela y Victoria veían a Brandon caminar de un lado a otro, mostrándose muy ansioso y no era por el viaje o la situación de su tía, ya que dirigía la mirada a la entrada de la estación; Victoria no estaba mejor, el tiempo corría y ellos no llegaban, la desesperación comenzaba apoderarse de ella.

Un instante después sus mundos se iluminaron al ver atravesar por la puerta a los Di Carlo, los jóvenes miraban a todos lados buscándolos y se les veía algo nerviosos. Victoria se puso de pie y Brandon salió en busca de su novia y su cuñado, Fransheska lo vio acercarse y corrió hasta él con una sonrisa que lo llenó de felicidad.

—Pensé que no vendrías. —Le dijo, mirándola a los ojos.

—Nos quedamos dormidos... ¡Qué tontos! —respondió con una carcajada, mientras se perdía en el azul cielo de los ojos de su novio.

—Tremendo susto que me diste, dormilona —expresó en tono de broma y le dio un beso breve y delicado, pero que le ayudó a liberar toda la presión que tenía dentro del pecho.

Fabrizio llegó hasta Victoria y la abrazó con fuerza, hundiendo su rostro en el hermoso cabello dorado, embriagándose con el perfume a rosas y llenándose del calor de su cuerpo, quería guardar tanto como fuese posible para poder sentirla a su lado cuando ya no estuviese. Ella hacía lo mismo, cerró los ojos y deseó con todas sus fuerzas que el mundo dejara de girar y el tiempo se detuviese en ese instante, quedarse para siempre en ese abrazo.

—Quiero quedarme así abrazado a ti —susurró Fabrizio, luchando contra ese vacío que comenzaba a sentir en su pecho.

—Siempre voy a estar contigo, siempre vamos a estar juntos... aunque un océano se interponga entre nosotros, no importa porque yo te llevo conmigo. —Ella se separó un poco de él para mirarlo a los ojos—. Te llevo aquí —dijo, señalándose el corazón—. Te llevo en cada parte de mí ser, cada vez que sonrío va a ser porque estoy pensado en ti, cuando suspire o mi mirada se ilumine... aun si me siento triste sé que estarás conmigo dándome ánimos... siempre, siempre vas a estar conmigo —mencionó entre besos.

—Victoria, te amo... mi vida, mi vida —expresó y la besó.

Anunciaron la salida del tren sacándolos de la magia a todos, la realidad llegaba hasta ellos golpeándolos con toda la fuerza que tenía, sus cuerpos se estremecieron y el dolor llegó cubriéndolos en un instante, sus abrazos se hicieron más fuertes, inquebrantables.

—Fran, no quiero dejarte —confesó Brandon, apretándola contra su cuerpo, mientras las imágenes de los momentos compartidos llegaban hasta él y sentía que las lágrimas inundaban su garganta.

—Yo me voy contigo, voy a estar contigo cada instante... te llevas mi corazón, mis pensamientos, mi amor... no llores por favor, Brandon —pidió con la voz estrangulada al sentir como dejaba escapar un sollozo. Aunque ella ya lo hacía, lloraba porque le era imposible no hacerlo y comenzó a secarle las lágrimas.

Él se llevó las manos de ella hasta los labios para besarlas mientras se preguntaba en pensamientos ¿cómo haría para soportar esos días sin verse en esos ojos? ¿Cómo haría para soportar ese dolor? Ella le regaló una sonrisa, haciendo acopio de todas sus fuerzas para no derrumbarse delante de él, no soportaba verlo así.

Victoria sentía que el corazón se le rompía de nuevo, pero no quería hacer las cosas más difíciles, sabía que él estaba haciendo un gran esfuerzo por mostrarse tranquilo, rodeó su cuello con los brazos y subió para darle un beso. Él pasó sus brazos alrededor de su cintura pegándola a su cuerpo, perdiéndose en un beso que les llenaba el alma de alegría en medio de ese sentimiento de pérdida. Anunciaron la salida del tren una vez más, despertando de nuevo esa sensación de angustia en sus corazones.

Fabrizio sentía que el llanto estaba a punto de desbordarlo, ella llevó la mano a su rostro para acariciarlo y vio como dos lágrimas gruesas rodaban por sus mejillas, por lo que bajó la mirada para que Victoria no lo viese así, pero ella no lo dejó hacerlo. Llevó una mano hasta su barba y lo obligó a mirarla, se acercó muy despacio y comenzó a secar con sus labios esas lágrimas, él le acariciaba la espalda con suavidad, intentando controlarse para no desplomarse en ese momento, no quería, no debía hacerlo.

—¿Sabes cuál es mi color favorito? —susurró en su oído. Él negó con la cabeza, ella se movió para mirarlo—. El azul zafiro —contestó con una sonrisa que iluminó su mirada.

—Yo me quedaré por siempre a vivir en los tuyos —esbozó tratando de sonreír—. No voy a soportar estar lejos de ti... no voy a poder estar bien si tenerte junto a mí, así que no te sorprendas si viajo hasta América más pronto de lo que piensas... te necesito para ser feliz, Victoria —confesó mirándola a los ojos, luego buscó sus labios de nuevo y se fundió en un beso más profundo.

—*¡Última llamada al tren con destino a París!*

Se escuchó una voz a lo lejos que los hizo separarse y caminaron tomados de manos hasta el andén para subir, ya Ángela y Antonio estaban junto a la puerta, ellos también se veían afectados por la separación. Ella fue la primera en subir mientras que las otras parejas le rogaban al tiempo que se detuviese y parar su sufrimiento, pero no siempre se obtiene lo que se quiere.

—Te amo, te amo, te amo. —Se dijeron Brandon y Fransheska entre besos, para luego separarse.

Victoria y Fabrizio no mencionaron nada, sus miradas ya hablaban por ellos, se unieron en un beso de nuevo y después de eso la despedida fue definitiva. Ella caminó para subir al tren tomada de la mano con su primo, y desde la escalerilla se volvieron para mirar a los italianos parados en el andén, Fabrizio sintió como si una fuerza lo impulsara y dio unos pasos cuando la locomotora se puso en marcha.

—¡Victoria! —La llamó y ella le dedicó una sonrisa—. ¡Gracias por llegar a mi vida! —agregó con una sonrisa mirándola a los ojos.

Ella sintió un deseo enorme de bajar de ese tren, correr hasta él y abrazarlo, quería quedarse allí, así como lo quiso aquella vez cuando su tía los separó en Nueva York. Las emociones eran

exactamente las mismas y las lágrimas bañaron su rostro, se abrazó a Brandon quien también estaba llorando, ambos dejaban en ese andén una parte de sus almas.

Capítulo 17

18 de enero de 1915

La noche estaba hermosamente estrellada y la luna era apenas un hilo plata en lo alto del firmamento, salió de la tienda porque no lograba conciliar el sueño, sabía que de un momento a otro lo enviarían al frente y solo pensarlo lo hacía temblar de pánico. No le temía a la muerte sino a matar, eso era lo que más lo atormentaba cada vez que cerraba sus ojos recordaba esas miradas moribundas.

También lo atormentaba el recuerdo del día que estuvo vagando entre fango y cadáveres, sin comida, sin agua y con frío, solo esperaba que, si se veía de nuevo en una situación como esa, no perdiese el armamento o hallase uno en buenas condiciones para así poder acabar con su vida sin tanto sufrimiento. Se dejó caer junto al tronco de un árbol y puso a un lado la lámpara de gas que llevó para alumbrarse el camino, también porque había decidido escribirle a su familia. De seguro estarían molestos, era consciente de que había sido muy egoísta; sin embargo, pensó que lo más sensato era decirles que aún estaba vivo y que los extrañaba.

Como toda la correspondencia era revisada, su plan era enviar un sobre al colegio para despistar a los servicios postales porque si se enteraban de que era italiano lo juzgarían como espía o algo así, ya que se corrían fuertes rumores de que Italia planeaba unirse a la Triple Entente. Por ese motivo no podía enviar la carta directamente a Florencia; solo esperaba que la madre superiora fuese discreta y le hiciera llegar la carta a su padre.

Arrás, 18 de enero de 1915

Estimada madre Rumsfeld:

Quiero que sepa que estoy bien, sé que la metí en un grave problema y lo lamento mucho, por eso espero que todavía me recuerde... Aunque dudo que se haya olvidado de mí porque no creo que tenga otro alumno al que le haya mandado a leer cuarenta capítulos del Génesis como castigo por llegar tarde a misa luego de haber comido la noche anterior algo sumamente pesado.

Ni al que le concedió una salida un fin de semana libre después de una hora rompiendo con las reglas de la institución. Y no se imagina cómo me gustaría estar en el Congo, nunca me había preocupado por averiguar nada de ese país hasta que usted lo nombró y me quedé maravillado con sus extraordinarias selvas.

También me gustaría regresar el tiempo y poder cambiar algunas cosas en mi vida, claro, no cambiaría haberla conocido, sé que me tenía cariño, madre, solo que a veces es muy dura, y siento que debería mostrar más seguido ese lado generoso que posee, eso no irrespetaría al hábito.

Sin embargo, le escribo esta misiva para pedirle un inmenso favor, y es que le haga llegar a mi familia la otra carta que hallará en este sobre, soy consciente de que quizá esto le parezca un atrevimiento de mi parte, pero confió en que su buen corazón la guiará para hacer lo correcto y porque sabe que ellos deben estar desesperados por tener noticias mías.

Con mi mayor estima, se despide de usted.

Richard Macbeth

Releyó la carta esperando que fuese lo bastante convincente para que la religiosa lo ayudara, y que no despertara las sospechas de los agentes que revisaban la correspondencia, ya que no era el único que lo hacía de esa manera. Sabía que muchos de sus compañeros habían escapado de su casa para unirse a la milicia, mintiendo sobre su edad y que no quería darle información a sus familias para que no dieran con ellos, porque falsificar una identificación era un delito.

Arrás, 18 de enero de 1915

Querida familia:

Padre, por favor lea usted la carta, no deje que mi madre ni Campanita lo hagan, porque necesito desahogarme, pero no quiero exponerlas a ella a tanto horror que he vivido en este lugar que parece haber sido olvidado por Dios. Sé que sabrá cuales pasajes leer en voz alta y cuales hacerlo solo para usted.

Quiero pedirles perdón por haber tardado tanto en escribirles, pero no reunía el valor para hacerlo porque sé que estarán molestos conmigo, quiero que sepan que estoy bien, y que, aunque todo aquí es muy duro, yo he sido sumamente fuerte, más de lo que esperaba y que he reventado mis propios índices de valentía.

Madre... Mamá, no tiene ni idea de cuánto la extraño, sus palabras cariñosas, sus caricias, sus miradas y esas sonrisas tan bonitas que me dedicaba, también extraño mucho cocinar junto a usted y probar su comida. Aunque no me quejo de la comida de aquí porque es buena y nos sirven una gran porción, solo que la hacen sin sal y mucho más pesada, mis cenas están compuestas por granos, patatas, carne... según ellos para aumentar mi masa muscular.

Le confieso que al principio no podía dormir con la pesadez en el estómago, pero ya estoy más que acostumbrado, también he hecho mucho ejercicio y sé que si me ve no me reconocería; ahora podría cargar a Campanita con el mínimo esfuerzo. Le escribo esto y me da risa recordar lo que pasé los primeros meses, para bañarme tenía que pensarlo... no hay agua caliente, ni almohadas de plumas, me levantaban a las cuatro de la mañana...

Digo me levantaban porque ahora es muy poco lo que duermo, me acostumbré a estar atento y al mínimo ruido me despierto, por eso se me hace muy difícil conciliar el sueño. Precisamente escribo esta carta en un momento de insomnio, pero sabe, el lugar desde donde escribo es hermoso.... Hay millones de estrellas y están sumamente cerca, me recuerdan tanto a sus ojos, madre, al levantar la vista siento que usted me mira guiándome y protegiéndome.

Campanita, de seguro ya eres toda una señorita, sabes que se me es imposible no acordarme de ti, aquí todo el tiempo llueve y a cada trueno pido para que no te asustes como si estuvieses a mi lado, creo que será muy difícil dejar esa costumbre de protegerte en noches de tormentas. ¿Sabes? Ahora sí podría ser tu caballo e ir al galope porque sé que no me cansaría, todos los días corro por tres horas y hubo una oportunidad que troté cuarenta kilómetros, me alejé tanto que terminé perdiéndome, ya sabes que es normal en mí.

Muchas veces en la noche me adentro en el bosque y observo las luciérnagas, esperando que alguna sea un hada porque a pesar de todo, este lugar en ocasiones me resulta mágico, aquí el tiempo se detiene y muchas veces no sé en qué día de la semana vivo, todos son exactamente iguales. Me hace falta escuchar tu risa y prefiero tus gritos por las mañanas mil veces a tener

que escuchar el silbato del teniente... Te digo algo, es mucho más exigente que papá y me regaña mucho más, pero me acostumbré y hasta he llegado a sentir aprecio por él... Otra cosa que espero me perdones y es que he perdido la práctica del baile porque aquí solo cantan, algunos bailan y los que lo hacen, lo hacen muy, pero muy mal, sé que te burlarías de ellos, pero son buenos muchachos y tengo una gran amistad con ellos, así que no estés triste por mí, te quiero hermanita... mi hada.

Padre... no sé por dónde empezar con usted, sé que lo que me queda de vida no será suficiente para pedirle perdón por mi estupidez, por retarlo de esta manera que no se merecía... y en este momento no sé si aún merezco llamarlo padre, pero se me es imposible no hacerlo. La vida hoy nos separa más que nunca, pero también lo quiero más que nunca y la falta que me hace a veces es torturante, la soledad es mi día a día a pesar de que hay cientos de hombres a mi alrededor me siento tan solo que es doloroso...

Sabe, ya no le tengo miedo ni asco a la sangre porque hay cosas mucho peores, cosas que quizá ni siquiera usted ha enfrentado... He visto cómo una bomba desmiembra a un hombre a mi lado y me salpica con su sangre y viseras, he visto morir a soldados más jóvenes que yo, apenas niños, también a muchos hombres ya adultos orinarse en los pantalones por el miedo, así como he visto a otros que enfrenta a la muerte con valentía.

Cuando apenas tenía un mes aquí fui enviado a Ypres, estuve allí casi tres meses y logré sobrevivir, de seguro fue Dios quien así lo quiso, porque no me explico cómo he conseguido mantenerme con vida en medio de tanto horror, y cómo hombres más experimentados han muerto a manos de los alemanes... Hay tantas cosas que me gustaría contarle, padre, pero el papel no me alcanza, lo racionan, solo nos dan dos hojas mensuales a cada soldado y no nos permiten guardarlas, si no las usamos debemos devolverlas.

Sé que de un momento a otro me enviarán al frente de nuevo, ahora estoy en un campamento, en el cual me encuentro bien... bueno, físicamente, porque no he podido olvidar y le juro que lo intentó día y noche, pero me es imposible. Al menos me consuela saber que mi estadía aquí no ha sido en vano y me llena de satisfacción saber que estoy siendo útil a la humanidad.

Supongo que se preguntará si he sufrido alguna lesión... aunque le cueste creerlo solo he tenido uno que otro arañazo por alguna bala, y una quemadura en la palma de la mano cuando disparé por primera vez. Sabe que nunca había tenido un arma en mis manos, así que la agarré mal y por eso me lastimó, pero ya está curada y el moretón que me dejó la culata del rifle también se borró al poco tiempo. También he aprendido a cuidarme de las ratas y las pulgas que abundan en las trincheras, así que no debe preocuparlo que contraiga alguna enfermedad.

Aunque le confieso que no sé si lograré salir de aquí, pero eso no es nada nuevo porque desde un principio lo sabía. Solo quiero que estén preparados y que no se preocupen porque los amo con todo mi ser. Así que no hay nada de qué preocuparse porque he contado con suerte, mucha diría yo.

Sé que ha sido bastante injusto de mi parte no dejarles saber antes de mí, ahora escribo con el temor de que me odien por todo lo que les he hecho pasar, solo espero que mantenga de mí los buenos recuerdos. Les escribiré nuevamente, pero no sé si será pronto, porque somos demasiados soldados y envían las cartas por pelotones, quizá pueda hacerlo de nuevo en cinco o seis semanas cuando le toque correspondencia nuevamente a este pelotón.

Quisiera seguir escribiéndole, pero se me acaba la hoja, solo me gustaría decirle que no sé por qué siempre veíamos el futuro de forma diferente. Ahora sé que el mío no fue el que yo esperaba, ni tampoco el que usted quería para mí. A pesar de que eran distintos. No olviden que los amo muchísimo y que así será siempre.

Se que es difícil, sin embargo, se los pido... Perdónenme.

Richard Macbeth

Terminó de escribir y liberó las lágrimas que ahogaban su garganta, aunque no quería decirles lo mal que se sentía para no preocuparlos, se le hizo imposible no desahogarse. Sabía que se merecían la verdad, al menos eso, después de haberlos defraudado tanto; cerró el sobre y se dirigió a la campaña, se acostó y puso ambas cartas bajo de su almohada, para dárselas por la mañana al teniente.

25 de mayo de 1915

La batalla se había convertido en una eterna lucha por invadir las trincheras del bando enemigo, pasaban horas y horas en cruentos enfrentamientos para conseguir avanzar unos pocos metros. No obstante, no se lograba una verdadera victoria porque al llegar los refuerzos del bando contrario, los soldados debían replegarse y eso llenaba de frustración a británicos, franceses y alemanes por igual, ya que les dejaba claro que estaban estancados. Algunos les echaban la culpa al duro invierno que había sido el más duro en décadas y que les restaba concentración a las fuerzas expedicionarias.

Sin embargo, al llegar la primavera los oficiales británicos crearon una nueva estrategia y movilizaron sus tropas hasta Artois bajo el mando del mariscal John French. Esa sería la segunda vez en que Fabrizio estaría en un frente tan duro como el de Ypres, pues las veces anteriores solo se le envió a patrullar y a reemplazar a los soldados en algunas trincheras del valle del Somme, donde no corrió verdadero peligro, pero en su interior algo le decía que sería distinto.

La mañana del 27 de mayo las tropas ocuparon sus posiciones y comenzaron la ofensiva contra el frente alemán, durante horas lucharon por avanzar y consiguieron recuperar al menos un kilómetro del territorio ocupado por el enemigo. Ese mismo día mientras el sol moría tras los bosques, la vida de Fabrizio también estuvo a punto de acabar cuando se dobló el tobillo y cayó en una de las alambradas, quedando completamente expuesto para ser el blanco de las ametralladoras alemanas, pero una vez más contó con suerte cuando dos de sus amigos llegaron en su auxilio y lograron liberarlo.

Esa noche fue llevado a la tienda de campaña donde funcionaba la enfermería y el doctor le informó que había sufrido un esguince, y no podría caminar en varias semanas. Su lesión no era un motivo suficiente para darle la baja, por lo que solo lo enviaron de regreso a Arrás y le indicaron que se mantuviera en reposo; igual no era mucho lo que podía hacer allí ya que el mariscal French había detenido los ataques porque escaseaba la artillería.

20 de julio de 1915

Fabrizio había pasado casi dos meses con el tobillo enyesado, eso lo había salvado de ser enviado a Ypres de nuevo, donde decenas de británicos, hindúes y franceses morían a diario a causa del letal gas cloro que habían comenzado a usar los alemanes. Aunque los sargentos que quedaban al mando de los campamentos, le habían asignado otras tareas y lo hacía ejercitarse para mantenerlo activo.

—Macbeth. —Lo llamó Rick, llegando hasta la tienda donde limpiaba los rifles junto a dos novatos.

—¡Sí, mi sargento! —respondió poniéndose de pie y haciendo el respectivo saludo junto a sus

dos compañeros.

—Descanse —ordenó y agarró uno de los fusiles para ver qué tal hacía el trabajo, lo aprobó con un asentimiento de su cabeza y luego continuó—: Mañana irá a Doullens en la caravana para traer las provisiones, saldrán temprano así que será mejor que termine esto rápido para que descanse. —Miró a los dos novatos y suspiró al ver que apenas eran unos chicos, dudaba que pasaran los dieciséis años y eso era algo que lo enfurecía, mandar a morir a jóvenes que quizá tuviesen un futuro prometedor en otras circunstancias—. Ustedes también se van a descansar luego de terminar aquí.

—Como usted ordene, mi sargento —respondieron al mismo tiempo, con las miradas al frente e irguiéndose para parecer más altos.

Vieron salir al oficial con ese andar rígido que le había dejado los años de servicio militar, una vez solos se dejaron caer de nuevo en la banca y siguieron con sus tareas, pues sabían que el cabo Harry llegaría para revisarlas minuciosamente, y este era más molesto que un grano en el trasero. De pronto Aaron suspiró con nostalgia, lo que sorprendió un poco a Fabrizio y a Greg, pues el joven casi siempre se mostraba de buen humor, demasiado para estar en una guerra.

—¿Qué sucede? —preguntó Fabrizio, mirándolo.

—No es nada —respondió bajando el rostro.

—Vamos hombre, habla. —Lo animó Greg.

—Es que me gustaría tanto ir al pueblo..., no sé ver a otras personas, otros lugares... sentirme libre al menos un día.

—¿Libre? ¿Y es que acaso somos prisioneros? —cuestionó Greg mientras lo miraba con un gesto burlón.

—Bueno, no... pero tampoco podemos ir a donde nos plazca.

—Aaron tiene razón, aunque no estamos en unas celdas como los prisioneros alemanes, nos mantienen cautivos en este lugar y si por casualidad se te da por desear marcharte te condenan por desertor y te fusilan —acotó Fabrizio con algo de resentimiento, pues había visto el destino de aquellos que intentaban conseguir su libertad.

Los dos jóvenes se quedaron en silencio dándole razón pues él tenía mucho más tiempo allí y sabía de lo que hablaba, ellos apenas habían llegado hacía un mes y estaban ansiosos por ser enviados a uno de los frentes de batalla para acabar con muchos alemanes.

A la mañana siguiente cuando la caravana entró a la ciudad, se volvió de inmediato el centro de las miradas de los habitantes, las cosas habían cambiado mucho en esos meses de guerra; sobre todo, luego de que el crucero acorazado británico, el HMS Hampshire, se topara con una mina que terminó hundiéndolo. El suceso causó la muerte cientos de personas entre las que estaba lord Horatio Kitchener, eso había provocado un duro golpe al pueblo, quienes al verse sin su ministro de guerra dieron por perdida la causa, por lo que muchos pedían la rendición de Los Aliados.

Pero la negativa del rey Jorge y los primeros ministros británico y francés, quienes alegaban que Kitchener había dejado listo su trabajo y que debían seguir hasta conseguir la victoria, habían caldeado los ánimos. El pueblo comenzó a hacer más visible su descontento, y descargaban su frustración con los soldados que se topaban, les exigían que se revelaran a sus superiores y depusieran sus armas, que en sus manos estaba acabar con la guerra.

Los jóvenes de la fuerza expedicionaria pasaron de ser salvadores a personas no gratas en lugares como Amiens, y los insultos les llovían cuando debían ir por sus provisiones hasta el poblado. Ya el teniente les había dicho que hicieran oídos sordos; sin embargo, era imposible hacerlo cuando se referían a ellos como cobardes.

Todo empeoraba al ver como escupían el suelo que pisaban, por lo que Fabrizio bajaba la

cabeza para esconder las lágrimas que colmaban sus ojos mientras hacía acopio de toda su fuerza para no derramarlas. De entre ese mar de personas salió una niña de unos diez años con el cabello castaño y unos hermosos ojos grises; sin saber cómo había roto el cordón de seguridad que hacían sus compañeros, mientras ellos cargaban el camión con los alimentos.

La pequeña le cerró el paso y él pensó en ese momento que seguramente lo escupiría o lo insultaría, pero ella solo alzó la cabeza para mirarlo a los ojos. Un compañero la sujetó por el brazo para quitarla del camino, halándola con fuerza innecesaria, Fabrizio dejó caer el costal sin importar que el sargento estuviese viendo.

—¡Hey, Flint!... Es una niña. —Lo enfrentó para impedir que la lastimara, pues no había hecho nada malo.

—Te está estorbando el paso, Macbeth.

—Pero no es necesario que la trates de esa manera. —Se encaminó hasta la pequeña quien tenía cierto parecido a su hermana, se puso de cuclillas frente a ella, le apoyó las manos en los hombros y mirándola a los ojos le preguntó en francés—. ¿Estás bien? —Le acarició la mejilla, ella asintió, para luego mostrarle una sonrisa tímida—. Discúlpalo, es que tiene hambre —agregó sonriendo—. ¿Querías decirme algo? —Se aventuró a preguntar y tragó en seco esperando un insulto, ella asintió y buscó algo dentro de su abrigo, sacando un escapulario atado por un cordón negro.

—Es san Bénézet, para que te preste su fuerza y te ayude a salir bien —indicó algo apenada al tiempo que se lo entregaba.

—Gracias —respondió sin poder evitar que las lágrimas se asomaran a sus ojos—. ¿Me ayudas a ponérmelo? —La pequeña con manos temblorosas lo ató al cuello de Fabrizio, él lo miró y lo tomó depositándole un beso al escapulario.

—¡Macbeth apúrese! —Le ordenó su cabo segundo.

—Seguro me ayudará... muchas gracias por este regalo, pequeña. —Le dio un beso en la mejilla y ella lo abrazó con fuerza.

Desde que lo vio llegar con el grupo pensó que sería su hermano mayor que regresaba del frente, por eso corrió y atravesó a los soldados para entregarle esa medalla de San Bénézet, pero al llegar hasta él y darse cuenta de que no era Phillippe se sintió muy desilusionada. Sin embargo, ese soldado tenía la misma mirada así que decidió darle el collar para que lo cuidara, y así pudiera regresar con su familia, como esperaba que lo hiciera Phillippe también.

Fabrizio se alejó de la niña dedicándole una sonrisa, en ese momento algunos de los habitantes del pueblo comenzaron a aplaudirlo ante su gesto, él solo les dedicó una sonrisa, agarró de nuevo el costal de papas y lo subió a su hombro.

Ella se despidió con una gran sonrisa y haciéndole un ademán con la mano, al que él correspondió de la misma manera. Luego de eso subió al camión y su mirada no abandonó a la pequeña hasta que ya no podía verla, su corazón se llenó de nostalgia porque esa niña le recordó mucho a Fransheska, así que enseguida decidió que esa tarde le escribiría una carta a su familia.

Escuchó un revuelo entre las personas, al parecer alguien estaba pidiendo que detuvieran los camiones, por lo que todos se pusieron alertas y tomaron sus rifles. Las voces se confundían a su alrededor y no alcanzaba a ver de lo que se trataba; sin embargo, escuchó con claridad cuando el sargento dio la orden de seguir, alegando que solo se trataba de un pobre loco que buscaba a alguien.

Capítulo 18

Luego de regresar de la estación, Fabrizio y Fransheska se encerraron cada uno en su habitación, aunque compartían la misma pena, ambos necesitaban estar solos para poder desahogarse; Fransheska lloró hasta quedarse dormida y Fabrizio hizo lo mismo. Él despertó ya entrada la tarde, pero no salió de su habitación porque no quería ver o hablar con nadie, así que solo se sentó junto a la ventana y su mirada se perdió en el paisaje.

Fiorella no podía quedarse de brazos cruzados ante el sufrimiento de sus hijos, por eso quiso animarlos un poco, primero pasó por la habitación de Fabrizio, llevando una bandeja con su platillo favorito a ver si conseguía que comiera algo. Él se lo agradeció y tuvo que comer casi obligado porque no tenía apetito, pero tampoco quería rechazarla; sin embargo, su madre lo conocía tan bien que supo que él deseaba estar solo, así que recogió todo y se dispuso a salir.

—Fabri... sabes que yo siempre voy a estar para ti, si necesitas hablar, desahogarte, llorar... lo que sea, yo siempre voy a estar para ti —mencionó y sus ojos se llenaron de lágrimas, acompañando esa nostalgia que nunca la abandonaba.

—Lo sé, madre —respondió asintiendo y se esforzó por dedicarle una sonrisa, no quería que ella estuviera triste por su causa.

Fiorella asintió mostrando el mismo gesto, no pudo hablar porque tenía la garganta inundada por las lágrimas, así que solo se acercó para darle un fuerte abrazo y un beso en la frente, después salió para ir hasta la habitación de Fransheska. Cuando entró su hija acababa de salir del baño, aun llevaba la bata de felpa y el cabello envuelto en una toalla, había estado llorando durante toda la tarde, sus ojos hinchados y enrojecidos se lo decían, aunque sabía que había descansado un par de horas, porque cuando pasó para que bajara a cenar la vio dormida.

—Princesa, no has probado nada de alimento hoy, así que te traje algo para que comas. —Se acercó a ella con una sonrisa.

—No tengo hambre, mamá —dijo, caminando hasta el tocador.

—Fran, por favor, hasta tu hermano comió algo. —Suspiró al ver que ella no se inmutaba—. Si sigues así te vas a enfermar.

—No te preocupes, estaré bien —intentó tranquilizarla.

—Princesa..., yo sé que toda esta situación es muy triste, pero debes poner de tu parte para que superar este dolor, recuerda que le prometiste a Brandon que estarías bien...

—Lo sé... es solo que. —Fransheska no pudo continuar, el dolor le robó la voz y las lágrimas se hicieron presentes.

—Mi pequeña —esbozó Fiorella con tristeza y caminó hasta ella para darle muchos besos, como cuando era niña.

Consiguió calmarla y agarró el cepillo del tocador para desenredarle el cabello, de vez en cuando la observaba a través del espejo y le sonreía para darle ánimos. Cuando terminó se acercó al armario y buscó un lindo camisón celeste, su hija se lo puso con lentitud, luego se metió a la cama y Fiorella supo que estaba huyendo para no comer, pero no la dejaría, así que se sentó en el borde llevando el sustancioso y rico caldo que le había preparado Lucía.

Fransheska suspiró con resignación y se llevó una cucharada a la boca, el tibio y delicioso líquido le inundó la garganta provocándole una sensación reconfortante. Lo terminó completo no solo por complacer a su madre, sino porque sintió que le había hecho bien, le regresó la taza,

mostrando apenas un esbozo de sonrisa.

—Así me gusta. —Fiorella se hizo un lado junto a su hija y la rodeó con sus brazos, dándole un beso en la mejilla—. Ya verás como el tiempo pasa volando y más pronto de lo que piensas él estará aquí.

—Sí, lo mismo me dijo Fabrizio una vez: *El tiempo pasa volando cuando estás al lado de la persona que amas, Fransheska*. —Respiró profundo para evitar que las lágrimas la rebasaran—. Pero no me dijo que cuando no estás a su lado es una eternidad... Tan solo ha pasado un día y ya siento que no tengo más llanto dentro de mí... pero siempre aparecen de nuevo las lágrimas.

—Mi chiquita... si quieres llorar, hazlo, llora... —dijo mientras la mecía entre sus brazos como cuando era una bebé.

La tuvo así hasta que se quedó dormida, la acomodó con cuidado para no despertarla y la arropó dándole un beso en la frente, luego apagó la luz y salió. Caminó por el pasillo y antes de llegar a su habitación decidió pasar por la de Fabrizio, él también estaba dormido, aunque ni siquiera se puso el pijama, sabía que no estaría cómodo, pero era mejor no despertarlo.

Luciano también había ido a constatar por él mismo que sus hijos dormían tranquilos, desde aquellos reclamos que le hiciera Fabrizio tiempo atrás, ahora solo se dedicaba a estar al pendiente de ambos y apoyarlos en todo lo que necesitasen. Sin embargo, si lidiar con el desengaño amoroso de un adolescente era complicado, tener que afrontar la despedida de los amores de sus dos hijos lo era aún más.

El alba anunciaba su llegada a la ciudad luz, luego de horas de viaje y de haber pasado casi toda la noche sin dormir, añorando a sus amores entre lágrimas y recuerdos. Al bajar del tren fueron recibidos por Gerard, él se mostraba feliz por tenerlos allí, aunque fuese unas cuantas horas; Brandon y Victoria intentaron mostrar el mismo entusiasmo, pero no consiguieron alejar del todo esa pena que los cubría desde que dejaron Florencia.

—Victoria, Brandon... que alegría verlos —expresó, acercándose.

—Hola, Gerard. ¿Cómo estás? —Brandon lo saludó con un abrazo.

—Muy bien, gracias ¿tú cómo has estado? —inquirió notando que se le veía muy desenchajado.

—Bien, un poco preocupado por la tía, pero confiado en que esto será algo pasajero —respondió, mirándolo a los ojos.

—Claro, no es para menos —comentó y después posó su mirada en la mujer que aceleraba sus latidos—. Victoria, tan hermosa como siempre —mencionó, caminando hasta ella, le agarró las manos y depositó un par de besos en estas.

—Gracias, Gerard... tú tan galante como siempre —respondió intentando sonreír, y recibió el brazo que él le ofrecía.

Después de unos minutos llegaban a la mansión Lambert, lucía igual de hermosa que siempre, con sus grandes ventanales y su jardín de ensueño; bajaron de los autos llevando el equipaje. Aunque la idea de Brandon era salir esa misma tarde para Londres, no podía ser tan descortés con su amigo, así que aceptó pasar la noche en París.

Al mediodía día se les unió Edith para compartir el almuerzo con ellos, deseaba saludarlos y también hablar con Brandon sobre Fransheska, porque a pesar que la relación de su amiga parecía de ensueño, ella quería comprobar que el americano en verdad estuviese profundamente enamorado o se las vería con ella.

Gerard no estaba al tanto de las relaciones de los Anderson con los Di Carlo, por eso les sorprendió un poco esa actitud de ambos, se les notaba tristes y preocupados. En un principio pensó que de seguro se debía al estado de su tía; sin embargo, su falta de atención hasta cuando hablaban de la matrona le dejó ver que se trataba de algo más.

—¿Cómo dejaste el banco en Florencia? —Se aventuró a preguntarle a Brandon, para no ser tan evidente.

—Bien... bien, quedó en buenas manos, aun así, pienso regresar en cuanto me sea posible —contestó obligándose a concentrarse en la conversación. Sabía que había estado muy distraído.

—He escuchado muy buenos comentarios y en verdad me alegra que consiguieras esa plaza, es muy importante

—Sí, así es —comentó Brandon y se sintió avergonzado al ver que apenas había probado bocado, pero el plato de Victoria estaba peor.

—Me hubiese gustado viajar con ustedes hasta América para visitar a la señora Margot, pero el trabajo me lo impide. —Gerard continuó con la conversación, fijando esta vez su mirada en Victoria.

—Puedes enviarle una carta y nosotros con gusto se la entregaremos —respondió ella con tono amable, vio que Brandon le hacía una seña y vio su plato casi intacto, así que se obligó a comer.

—Sí... eso haré, muchas gracias, Victoria —respondió con una sonrisa, vio que ella trataba de hacer lo mismo, pero su mirada no se iluminaba como siempre; por el contrario, lucía opaca.

Continuaron con la comida y después pasaron al salón a tomar café, Victoria se excusó alegando que se sentía un poco cansada del viaje y subió a la habitación que habían dispuesto para ella; la verdad era que no deseaba seguir allí actuando solo por inercia. Gerard y Edith le sugirieron a Brandon que subiera a descansar, pero él no lo hizo por cortesía, igual sabía que no lograría hacerlo porque no dejaba de sentirse preocupado y cuando era así no descansaba.

Después de unos minutos, Gerard tuvo que ir a su estudio para recibir una llamada, así que Edith y Brandon se quedaron solos en el salón. Ella podía notar que estaba algo distraído y ella sabía cuál era la razón, pero se moría por tener la certeza para escribirle a Fransheska y decirle que ese hombre la adoraba, esperaba que eso la animara un poco, pues sabía que debía estar muy triste.

—Brandon. —Se aventuró a hablar. Él levantó el rostro y la miró a los ojos—. Supongo que debo felicitarte. —Le dijo con una hermosa sonrisa. Él no entendió a lo que ella se refería—. Fran me escribió el mes pasado contándome que tú y ella eran novios —explicó al ver el desconcierto en él.

—Gracias, Edith. La verdad es que ella me hizo sumamente feliz al aceptarme, a pesar de que me porté como un tonto cuando...

—¡Oh, no te preocupes!... Fue una situación muy difícil para ti, solo que en ese momento no lo comprendimos así, pero te puedo asegurar que ella nunca dio pie para que eso sucediera, Fransheska puede parecer una chica muy desinhibida; pero en el fondo es muy conservadora, hasta demasiado madura para la edad que tiene, a veces habla como si tuviese ochenta años —mencionó con una sonrisa.

—Es una mujer especial —acotó y su sonrisa se hizo más amplia, alejando esa sombra que lo cubría, con solo recordar a su novia.

—Sí, lo es... y está loca por ti. —Soltó una pequeña carcajada, al ver que él se sonrojaba como un chiquillo—. Se le notaba tan feliz en las cartas —agregó con emoción para justificar sus palabras.

—Me alegra escucharlo, ella también me hace muy feliz, me ha hecho sentir emociones que desconocía y me ha llenado la vida de cosas maravillosas —dijo mirándola, mientras sus ojos brillaban.

—Entonces siéntete afortunado, el amor es algo complicado para muchos y difícil de encontrar para la mayoría; sobre todo, uno como el de ustedes, sé que ahora ambos deben sentirse muy mal

por esta separación, pero ya verán que el tiempo pasa volando y cuando menos lo piensen estarán juntos de nuevo —dijo para animarlo.

Brandon le agradeció el gesto con una sonrisa, luego de eso Edith se despidió porque debía ir a su clase de derecho internacional en la Sorbona; Gerard también le hizo saber a su huésped que debía salir para atender un asunto importante, así que Brandon aprovechó para subir a su habitación e intentar descansar un poco.

Gautier se unió a ellos a la hora de la cena, había estado de casería junto a su amigo Jean Paul Leblanc durante el fin de semana, y por eso no estuvo presente para recibirlos. Se mostró alegre y amable como siempre con sus invitados; sobre todo, con Victoria porque aún tenía la esperanza que correspondiese a los sentimientos de su hijo, ya que era evidente que este aún estaba enamorado de ella.

Cuando terminaron pasaron al salón para charlar; sin embargo, Victoria se excusó alegando que deseaba pasear un rato por los corredores junto al jardín, los caballeros asintieron comprendiendo que la política era un tema aburrido para las damas. Ella llegó hasta el pasillo donde bailó con Fabrizio en el cumpleaños del ex ministro, de inmediato los recuerdos se adueñaron de su mente y esa sensación de paz que él le provocaba la embargó por completo, una sonrisa adornó sus labios y no pudo evitar suspirar con ensoñación.

—Es un hombre afortunado el dueño de ese suspiro —mencionó Gerard detrás de ella.

Victoria se volvió sorprendida y apenas posó su mirada en él, se sintió muy expuesta ante la intensidad que se desbordaba de los ojos oscuros. Respiró hondo intentando disimular sus nervios, se pasó la mano por el cabello de manera natural y le dedicó una sonrisa mientras lo veía caminar hacia ella.

—Es una noche hermosa, a pesar de que llovió toda la tarde.

—Sí, lo es —contestó Gerard recargándose en la columna a su lado—. ¿Cómo estás, Vicky? —preguntó, mirándola a los ojos.

—Bien... bien, Gerard —respondió esquivando su mirada.

—No lo parece, te ves triste —acotó sin dejar de mirarla.

—Supongo que debe ser... no sé por lo de mi tía, por el viaje de improvisado... todas las cosas que dejamos en Florencia, el trabajo que estábamos realizando... —Ella se esmeraba en darle razones, no deseaba entrar en detalles en ese momento y menos con él.

—Y por Fabrizio Di Carlo —afirmó sorprendiéndola. No le había resultado muy difícil llegar a esa conclusión, supo de la atracción entre ellos desde que compartieron aquellos días en Beauvais.

Victoria se volvió a mirarlo y no pudo evitar parpadear con nerviosismo, no creía que Brandon le hubiese mencionado algo; de ser así, se lo habría advertido para que estuviese preparada. Acaso sería que se enteró de alguna otra manera o lo había descubierto por casualidad, pensó mientras veía la sonrisa que él le entregaba y que no llegaba a su mirada; en realidad, se veía muy triste.

—Gerard... yo... yo quisiera...

—Es tan evidente... muchas veces eres un completo enigma, Vicky, pero en otras eres tan transparente como el cristal... No debes preocuparte... yo entiendo y la verdad me hace feliz que tú estés bien... solo no me pidas que me alegre por él, me cae tan mal como Danchester —expresó y su sonrisa se hizo más amplia, aunque después mostró una mueca de dolor y le esquivó la mirada.

—Será porque son idénticos... —contestó y su mirada se perdió.

—Sí... en la personalidad, esa misma actitud arrogante, grosera... como si fueran los dueños

del mundo —reprochó sin poder evitarlo, pero en sus palabras no había odio, simplemente el rechazo natural de esas personas que no llegan a congeniar.

—No solo en eso se parecen, Gerard... —Se detuvo al darse cuenta que estaba a punto de entrar al terreno que siempre evitaba.

—Sabes que también tengo esa impresión... bueno nunca compartí con Terrence Danchester, solo lo vi de lejos un par de veces, pero estoy seguro que también tenía el cabeza castaño y los ojos claros. —Se encogió de hombros—. Supongo que no tiene importancia, ya que son rasgos comunes en muchos europeos.

—Sí, lo son. —Se limitó a responder mientras temblaba.

Él cambió de tema, ese definitivamente no le agradaba, solo lo tocó para confirmar lo que sospechaba y no podía negar que aún le dolía, pero se había propuesto dejar ese amor en el pasado y valorar la amistad que Victoria le ofrecía. Ella le agradeció que no ahondara más en el tema, era incómodo hablar de ese tema con él porque podía notar que aún sentía algo por ella y no era justo hacerlo sufrir de esa manera.

A la mañana siguiente salieron temprano rumbo al puerto de Le Havre, acompañados por Gerard y Gautier, quienes habían insistido en llevarlos, al llegar temieron que quizá el barco no fuese a zapar, porque estaba corriendo una fuerte brisa que estaba bastante fría para ser verano y el cielo anunciaba una tormenta. Sin embargo, el puerto autorizó al barco para hacerlo, Brandon se acercó hasta Gautier y se despidió agradeciendo todas las atenciones, luego caminó hasta Gerard y le dio un abrazo. Victoria también se despidió del ex ministro con un abrazo y después se unió a su primo y a Gerard.

—Ojalá puedas visitarnos pronto. —Le dijo con una sonrisa.

—Eso espero de todo corazón... como también espero que tú seas realmente feliz, inmensamente feliz, Victoria —expresó con sinceridad y aunque sonreía, su mirada estaba cristalizada.

Ella sintió un dolor agudo dentro del pecho, no le gustaba herir a las personas y menos a aquella que apreciaba, llevó su mano hasta la mejilla de Gerard y la acarició con ternura. Él posó la suya sobre la pequeña de Victoria e intentó sonreír, pero las lágrimas terminaron traicionándolo y lo dejaron completamente expuesto.

En ese instante fue consciente de que ya no tendría más oportunidades con ella, y aunque se había prometido a sí mismo intentar ser feliz con lo que Victoria podía brindarle, llevarlo a cabo no era tan fácil. Lo comprendió al pasar casi toda la noche llorando, porque era otro el dueño de su amor, otro sería quien la haría feliz, quien tendría la dicha de llamarla esposa y verla como la madre de sus hijos, otro se estaba quedando con todo lo que alguna vez soñó.

Victoria no pudo mostrarse impasible ante su dolor, así que se acercó hasta él y le dio un abrazo, uno que Gerard hizo más fuerte al tiempo que dejaba escapar un sollozo. Hundió su rostro en la dorada cabellera que tantas veces anheló tocar, sus manos se aferraban a la espalda de ella, como queriendo retenerla allí.

—No quiero perderte... no quiero que él te aleje de mí —confesó con la voz ahogada en llanto mientras temblaba.

—Gerard —susurró y se movió buscando su mirada—. Eso no pasará, mírame —pidió al ver que él bajaba el rostro mostrándose avergonzado—. Nunca, nada cambiará mis sentimientos por ti, esta amistad se mantendrá siempre... es una promesa.

Él se pasó las manos por el rostro con rapidez para secar su llanto, ninguna otra mujer lo había visto derramar tantas lágrimas como ella, ya no quería seguir haciéndolo. Aunque el dolor de la

pérdida lo estuviese desgarrando, porque la amaba y justo en ese momento sabía que ese amor no lo abandonaría nunca, sin importar lo que hiciera ella seguiría siendo la dueña de su corazón.

—Y yo haré todo lo posible para que esa promesa sea para siempre... sin lágrimas, tú me has dado muchas cosas y por eso te adoro —mencionó, llevándose las manos de Victoria a los labios para besarlas y luego se acercó abrazándola con fuerza—. Te adoro, Vicky, recuérdalo siempre. —Le susurró al oído, la besó en la mejilla con mucha ternura y se separó de ella.

—Cuídate mucho, Gerard... y gracias por... gracias por quererme tanto —expresó con un nudo de lágrimas en la garganta.

—Es imposible no hacerlo... espero verte pronto, hasta entonces no te olvides de mí —pronunció y se obligó a sonreír para que esa despedida no fuese triste, luego besó su mejilla.

Victoria también le dio un beso en la mejilla mientras sentía que todo su cuerpo temblaba por tener que contener su llanto, aunque sabía que amaba profundamente a Fabrizio, le dolía no poder corresponderle a Gerard. Él era un buen hombre; sin embargo, en el corazón no se podía mandar y el suyo ya había escogido a Fabrizio.

Se alejó de él y caminó hacia la rampa para abordar el barco, ya Brandon la esperaba y al llegar hasta él le ofreció su mano. Cuando ella la recibió le dio un suave apretón al tiempo que le dedicaba una mirada que la hacía sentir reconfortada, demostrándole que había actuado bien porque en cuestiones del amor siempre era mejor ser sinceros, ella debía hacerle saber a Gerard que su corazón ya le pertenecía a alguien más.

Desde la borda pudieron ver a los franceses aún en el puerto, Gerard se despidió haciéndole un ademán y dedicándole una sonrisa, esta vez sus ojos brillaban a través de las lágrimas. Victoria le respondió de la misma manera, aunque sentía que las lágrimas se acumulaban cada vez más en su garganta, inhaló profundamente para evitar derramarlas mientras soportaba el latido pesado de su corazón.

Él observó con detalle la imagen de la mujer que se había adueñado de su corazón y de su alma, bellísima, simplemente un ángel, llena de luz, ternura, inocencia, paz, pero también inalcanzable. Siempre lo fue; sin embargo, él se empeñó en correr tras ella, cegado por su belleza y aspirando a algo que nunca tendría, dejó libre un suspiro cuando su vista la perdió, su padre lo abrazó dándole un par de palmadas en la espalda, luego le dedicó una sonrisa y con su brazo apoyado sobre los hombros de su hijo, caminó junto a él sin decir una palabra, porque nunca las necesitaron para brindarse consuelo.

Capítulo 19

Fabrizio y Fransheska habían intentado retomar el curso normal de sus vidas, él ocupándose en los laboratorios y ella en las clases de danza que dictaba. Aunque las cosas no habían sido sencillas, tan solo habían pasado cuatro días desde la partida de Brandon y Victoria, pero ellos sentían que había sido mucho tiempo, y cuando los recuerdos llegaban también lo hacían las lágrimas.

Como era sábado, Fabrizio no tenía que ir a la oficina así que decidió salir a pasear con Ónix y Piedra de luna, él había decidido llevarse a la yegua para que tuviera la compañía de su caballo y poder cuidar de ella. Ambos estaban muy acostumbrados el uno al otro, y ya bastante difícil había sido la separación de Victoria con la yegua, como para también negarle que compartiera con Ónix.

Llegó hasta el lugar donde siempre compartía con Victoria, de inmediato la nostalgia se apoderó de él y un cúmulo de lágrimas le inundó la garganta. Le soltó las riendas a Piedra de luna y bajó de Ónix, los soltó para que pudieran retozar en el campo, luego caminó hasta el gran árbol cerca del arroyo y se tumbó bajo su sombra, mientras buscaba en su mente todos esos momentos que le regalaron tanta felicidad junto a su hermosa novia. Cerró los ojos para imaginarla allí y casi podía jurar que sentía su presencia, suspiró dejándose envolver por esa sensación y su cuerpo se relajó tanto que darse cuenta se quedó dormido.

Sus párpados comenzaron a moverse ligeramente y una sonrisa adornó sus labios, demostrando que justo en ese instante estaba teniendo un sueño y que la protagonista del mismo era la mujer que amaba. Aunque había algo extraño en este, pues una vez más no veía a Victoria como la mujer que él conocía sino como a una joven que seguramente no pasaba de los quince años.

La máquina dio el primer sacudón y él pudo percibir como el cuerpo de ella se tensaba, lo que lo hizo sonreír. Victoria lo miró y buscó su mano para sujetarla con fuerza; luego la vio apretar los párpados y murmurar un montón de las oraciones religiosas.

—Vicky, te vas a perder el paseo si no abres los ojos.

—Espera un momento —pidió, terminando sus oraciones.

—Abre los ojos, pecosa —susurró a su oído, al tiempo que sonreía porque minutos atrás se mostraba muy valiente y entusiasmada, pero ahora estaba muerta de miedo—. Te prometo que te gustará lo que verás cuando lo hagas.

Ella fue abriendo los ojos lentamente, sus párpados temblaban al igual que todo su cuerpo, pero cuando los abrió por completo, se quedó tan maravillada ante el paisaje, que no pudo hablar. La vista era sencillamente grandiosa, se podía ver todo el poblado, las hermosas construcciones, la costa llena de embarcaciones de todo tipo, buques grandes y pequeños barcos, incluso, se podía ver el colegio desde allí.

—¡Esto es grandioso! —expresó con entusiasmo e intentó ponerse de pie, había perdido el miedo por completo.

—¡Eh! Será mejor que te quedes sentada, no es seguro ponerse de pie. —Le advirtió, tomándola por la cintura.

—Lo siento..., es solo que... ¿Puedes ver todo esto? —preguntó, olvidando con rapidez su

imprudencia.

—Claro, hasta donde sé, no soy invidente —respondió, usando un tono sarcástico.

—No seas tonto, no lo digo por eso... Es que..., nunca había estado en un lugar tan alto — pronunció, mirándolo a los ojos.

—Yo tampoco —susurró él, sumergiéndose en la espesura de ese par de ojos verdes, que eran como el del bosque, pero que brillaban con la belleza de las esmeraldas.

Una hermosa sonrisa afloró en los labios de Victoria, fue tan especial, que llenó de calidez su corazón y lo hizo sentir como si fuese la primera vez que alguien le sonreía de esa manera, al menos que él recordase, y sin darse cuenta, sus labios emularon el mismo gesto.

Comenzó a sentir cómo la mirada de Victoria alejaba por completo todas esas sombras que cubrían su vida, que lo hacían un chico tan reacio, reservado y amargado; ella tenía el poder de iluminar su mundo, porque parecía brillar más que ese sol dorado que comenzaba a esconderse, anunciando el final del día.

Un trueno que retumbó en todo el lugar lo despertó de golpe, su respiración estaba algo agitada, aunque desconocía el motivo pues el sueño había sido hermoso. Intentó ponerse de pie, pero un mareo lo detuvo y volvió a tumbarse; sintiéndose algo desconcertado porque él no vio una foto de Victoria cuando era adolescente, pero estaba seguro que la chica de su sueño era ella, de eso no había duda, sus ojos, su cabello dorado, su entusiasmo al hablar, era ella.

—¿Cómo es esto posible? —Se preguntó mientras su mirada se perdía en los rayos de sol que atravesaban el follaje del árbol, suspiró y cerró los ojos intentando recordar los detalles de su sueño.

Sabía que los sueños eran caprichosos y que algunas veces podían mostrarle situaciones que ya había vivido y otras que nunca habían pasado, pero lo extraño de todo eso era que él pudiese tener una imagen tan nítida de Victoria a esa edad, si no la conocía de antes. Comenzó a percibir que sus sienes pulsaban anunciándole que tendría uno de esos dolores de cabeza que lo atormentaban y que hacía mucho no sentía, se levantó con cuidado hasta quedar sentado.

—¿Qué me está pasando? —preguntó, acunándose la cabeza con las manos, sin atreverse a abrir los ojos y empeorar su malestar.

Allí estaban de nuevo todas esas preguntas que lo inquietaban, esas que amenazaban con hundirlo en la oscuridad y la angustia de no recordar su pasado y sentir que su vida era una gran mentira, como una obra de teatro donde él solo era un personaje. A veces se sentía en medio de una isla donde encontraba estabilidad, comodidad y seguridad, pero donde también estaba aislado, a merced de sus miedos y sus incertidumbres.

Sabía que tenía que salir de allí y entrar al agua, debía empezar a buscar las respuestas que tanto deseaba, que tanto necesitaba, pero el temor lo despojaba de todo el valor que reunía. Lo petrificaba el más mínimo asomo de encontrar algo que derrumbara todo aquello que había creído como suyo durante ese tiempo.

—Eres un hombre arriesgado, decidido y valiente Fabrizio... ¿Por qué no dejas este miedo detrás y comienzas a buscar respuestas? —Se preguntó y en sus ojos se reflejaba la angustia y la ansiedad, esos sentimientos que se mezclaban dentro de él y lo torturaban.

Se puso de pie pensando que quedarse allí solo empeoraría las emociones que hacían estragos en su interior, necesitaba estar en un lugar conocido y seguro, bajo el cobijo de su familia. Caminó para buscar a su caballo y a la yegua, los sujetó de las riendas acariciando sus crines, estar cerca de esos animales lo relajaba; luego subió en Ónix y llegó a Piedra de luna de las riendas, intentando apresurarse porque el cielo amenazaba con dejar caer un diluvio sobre ellos.

Fransheska miraba a través de la ventana, aunque realmente no apreciaba el paisaje porque sus pensamientos estaban muy lejos de allí, su semblante reflejaba la tristeza que sentía, a pesar de que se había enforzado por enfocarse en lo que más la apasionaba, la ausencia de Brandon era abrumadora. Entonces la figura de su hermano la trajo a la realidad, él venía a todo galope tratando de escapar de la lluvia, lo vio bajar de Ónix y llevarlo junto a Piedra de luna al establo.

Minutos después lo vio salir y por su andar dedujo que algo le pasaba porque se le veía angustiado, no triste como lo había notado en días pasados, sino como si algo realmente lo perturbara. Eso la preocupó así que enseguida se levantó y caminó para salir de la habitación y recibirlo, a lo mejor él necesitaba hablar con alguien.

—Hola, Fabri. —Lo saludó bajando las escaleras.

—Hola, Fransheska. —Fue su respuesta.

—¿Te sientes bien? —preguntó mostrándose algo desconcertada.

—Sí... sí, claro, solo me duele un poco la cabeza, no creo que baje para cenar, por favor dile a nuestros padres que deseo descansar.

—Por supuesto, si necesitas algo me avisas —pronunció mirándolo con detenimiento.

—Gracias —esbozó y caminó en dirección a su habitación.

Fransheska se quedó parada a mitad de las escaleras, desconcertada ante esa actitud de Fabrizio, aunque ya la había visto en otro tiempo, justo cuando él regresó. Pensaba que su hermano había encontrado resignación a todo lo que le sucedió, que ya no le preocupaba su pasado, pero era evidente que había ocurrido algo para que estuviese lleno de dudas de nuevo.

Lo conocía lo bastante bien para saber que otra vez estaba llenándose de preguntas, solo esperaba que esta vez no se encerrara en sí mismo y se dejara ayudar, no quería verlo triste o angustiado. Suspiró con congoja porque no era justo que él siguiera pagando por los errores que había cometido cuando solo era un chico, ya la vida se lo había cobrado durante los años que estuvo en la guerra, y quizá lo mejor era que nunca recordara ese infierno.

22 de septiembre de 1915

Fabrizio había estado en un ir y venir de varios frentes, su batallón había sido destinado a reforzar los ataques que hacían los nuevos reclutas de las fuerzas expedicionarias británicas, quienes al llegar cargadas de energías y con el ánimo de luchar, eran enviadas para abrir brechas en el casi impenetrable frente alemán. Como su tobillo no había sanado del todo, el teniente Collingwood decidió no enviarlo a batallar, así que lo puso junto a otro compañero al mando de una ametralladora, lo que no solo le provocó daños físicos en sus manos y oídos, también emocionales pues las imágenes de decenas de hombres cayendo frente a él lo atormentaban día y noche.

Por suerte no estuvo mucho en esa posición, los artilleros eran relevados con frecuencia de sus puestos por recomendación de los doctores. Ellos sugerían enviarlos a los puestos de vigías para evitar que las detonaciones arruinaran por completo sus sentidos auditivos.

Luego de haber estado casi dos meses luchando sin tregua, su batallón había regresado a Arrás para descansar, los oficiales necesitaban que recuperaran sus fuerzas porque dentro de poco debían volver al frente. El alto mando tenía una nueva estrategia y ya estaba preparando una avanzada hacia Loos, que sería comandada por el mismísimo general Douglas Haig, de quien decían que haría retroceder a los alemanes de una vez y por todas.

Las dos semanas de permiso se la habían ido como agua entre los dedos, y comenzaba a sentir

un miedo atroz ante la idea de verse de nuevo cara a cara con la muerte. A veces cuando llegaba la correspondencia se descubría anhelando recibir alguna carta de su familia, pero nunca anunciaban su nombre, y eso solo confirmaba sus sospechas de que de seguro lo odiaban por lo que hizo, incluso llegó a pensar que para ellos había muerto el día en que decidió enlistarse.

Sin embargo, no perdía la esperanza de que en algún momento le respondiesen, por eso decidió escribirle otra carta, al menos les haría saber que estaba bien, que sentía todo el sufrimiento que les había causado y que esperaba que algún día lo perdonasen. Salió de la campaña aprovechando que no llovía y se fue a su lugar junto al tronco, repetiría la misma operación de la vez anterior, enviarla al colegio para que de allí la madre superiora se la enviara a sus padres.

Arrás, 22 de septiembre de 1915

Querida familia:

Les escribo para que sepan que estoy bien, he sufrido algunas lesiones, pero gracias a Dios ninguna ha sido de gravedad y ya estoy recuperado. Lamento no haberles escrito antes, nos hemos estado moviendo por muchos lugares y tan solo hace dos semanas regresamos al campamento en Arrás.

Las cosas también comienzan a escasear y no nos había llegado el papel, ahora lo racionan más que nunca, solo nos entregaron una hoja por lo que esta vez tendré que ser breve. A cada instante los extraño, ya quiero que todo esto termine para poder volver a casa, aunque no sé si eso sea posible porque pasan los meses y seguimos igual, no avanzamos ni retrocedemos, simplemente estamos en un punto muerto y a veces se me olvida hasta en qué mes estoy, solo conseguimos diferenciarlos cuando se acercan las estaciones.

He hecho algunos amigos y cuando vamos al frente nos cuidamos, gracias a ellos me libré de ser... de caer en un pozo profundo de lodo y terminar todo cubierto, aunque sé que si eso hubiese sucedido me habría visto muy gracioso. No deben angustiarse por mí, les prometo que me seguiré cuidando...

—¡Macbeth... Richard! —gritó John, corriendo hacia él.

—¿Qué sucede? —preguntó alterado y se puso de pie.

—El teniente entró a la tienda y nos ordenó prepararnos, nos vamos en diez minutos, los alemanes atacaron a la octava división, debemos salir ya hacia Artois —informó con la voz agitada.

Fabrizio sintió que un sudor frío le cubría la espalda y que todo su cuerpo era recorrido por un escalofrío, miró la carta en sus manos y estuvo a punto de dejarla allí tirada. Sin embargo, lo pensó mejor y la metió con rapidez en el sobre, ya había escrito la dirección del colegio así que solo debía dejarla en la tienda de correspondencia, salió corriendo junto a su compañero para prepararse.

—¡Todos a los camiones, ahora! —gritó Collingwood para que se dieran prisa, pues con cada minuto que pasaba más hombres morían.

—Mi teniente... necesito dejar esta carta en la tienda de mensajería, por favor —suplicó Fabrizio al borde de las lágrimas.

—¡No podemos perder tiempo, Macbeth! ¡Deje eso, la envía después! —Le ordenó con el rostro endurecido por la tensión.

—Quizá no haya un después, mi teniente, mi familia no ha tenido noticias mías en meses... por favor —rogó dejando correr su llanto.

Marcus resopló sintiéndose mucho más molesto, pero las lágrimas del joven lo hicieron condolerse de él, además, tenía razón, tal vez no hubiese un después para ninguno de ellos. La estrategia propuesta por Haig era una locura, el hombre era un maldito arrogante que estaba dispuesto a sacrificar miles de vidas con tal de demostrarles a sus detractores que era el oficial de más valía dentro del alto mando.

—¡Vaya rápido! —ordenó y lo vio salir corriendo.

Luego se giró hacia los camiones, estos ya estaban casi llenos así que saldrían rápido, elevó su rostro al cielo que esa noche se mostraba hermoso como pocas veces lo había estado, pensó en su mujer y sus hijas, pidiéndole a Dios que les permitiese verlas de nuevo.

Fabrizio no podía controlar el movimiento de su pierna, era un gesto que hacía siempre que se sentía nervioso o ansioso, y justo esas dos emociones acompañadas del miedo lo invadían a medida que se acerca al frente y podía escuchar el sonido de la batalla. Tampoco podía controlar la manera en la que sus músculos se contraían para resistir las potentes vibraciones de las explosiones, que incluso hacían vibrar al camión, mientras escuchaba a sus compañeros rezar.

25 de septiembre de 1915

Al fin las fuerzas anglo francesas se habían unido para crear un solo frente, que según la estrategia de Douglas Haig crearía una ofensiva tan poderosa, que haría retroceder a los alemanes de manera definitiva. Llevaría a cabo la misión que se le encomendó a John French y en la que había fallado porque no tuvo el coraje de atacar con cada hombre que tenía en su división; contrario a ello, se acobardó al ver que se quedaba sin artillería y anunció la retirada.

Fabrizio sentía que las sienas le martillaban y su cuerpo era solo una masa de carne, piel y huesos que no dejaba de temblar, en ese momento deseaba con todas sus fuerzas poder ganarle la batalla a su miedo, pero sabía que en esas situaciones los nervios más sólidos se desbaratan, entre más cerca estaba la hora de salir a luchar en tierra de nadie, más crecían en él la ansiedad y el temor. La sangre le subía a la cabeza y todo su cuerpo ardía como si tuviese fiebre, su boca se secaba y su corazón iba tan rápido que no podía distinguir entre un latido y otro, en su pecho solo había un zumbido.

Escuchó los pasos del teniente detrás de él y supo que en segundos daría la orden, cerró los ojos cuando sintió que su cabeza daba vueltas, se llevó la mano al pecho buscando el cordón con la medalla de san Bénézet y se la llevó a los labios para darle un beso, pidiéndole que lo mantuviera con vida y que las partes de su cuerpo permanecieran intactas; no quería por nada del mundo ser desmembrado, quedar reducido a una masa deforme de carne, eso era lo que más le atemoriza de los bombardeos.

—¡En sus posiciones! —gritó Marcus y vio como los cuerpos de sus hombres se estremecían—. ¡Al ataque! —ordenó y luego sonó su silbato, mientras veía a los jóvenes subir las escaleras.

Fabrizio salió de la trinchera y a partir de ese momento, algo sucedía dentro de él que lo hacía desconocerse por completo, la adrenalina corría por su cuerpo y disparaba sin siquiera sentir. Era como si su consciencia lo abandonara y solo se convirtiera en una máquina de matar, en ocasiones se quedaba sin municiones y le tocaba usar la navaja que llevaba consigo, o incluso con sus propias manos, había ganado la fuerza suficiente para derribar a un hombre.

El tiempo en una batalla no se podía medir para quienes luchaban en ella, solo era consciente del paso de este cuando la luz del sol se ocultaba o se asomaba en el horizonte. Así pasaban las horas, respondiendo al fuego enemigo, intentando esquivarlo y si podía en algún momento buscaba un lugar seguro para al menos beber un poco de agua, y evitar deshidratarse porque eso aumentaba

su fatiga, se tendió junto a John y sus otros compañeros en una zanja.

—Esos malnacidos parecen multiplicarse... he perdido la cuenta de los que he matado hoy y siento como si fuesen los mismos que cuando empezamos —mencionó Flint con la voz vibrándole por esa mezcla de sentimientos y sensaciones que lo embargaban.

—Ellos están mejor equipados, sus armas son más modernas y al parecer toda su vida se prepararon para esto —comentó John, no admiraba a sus alemanes, pero sí su estrategia y sus equipos.

—Será mejor seguir, si nos quedamos aquí pueden emboscarnos —sugirió Fabrizio, quien solo quería acabar y regresar a Arrás.

Al final del primer día los británicos consiguieron atravesar las trincheras alemanas y llegar hasta el pueblo de Loos, allí se reunieron cuatro divisiones que ocuparon las trincheras y comenzaron a reagruparse. Para cuando consiguieron llegar allí, ya Fabrizio había perdido a dos de sus amigos más cercanos, Charles y Arthur, mientras que John había recibido un disparo en el hombro, que no parecía grave, pero que lo obligó a volver junto a otros heridos hasta sus trincheras para ser atendido por los doctores.

Él también tenía un leve rasguño en la pierna que le causó una estilla de madera, cuando una de las bombas de los alemanes la hizo volar a escasos metros de donde estaba; por poco se hacía realidad su temor de quedar desmembrado. Rasgó su pantalón e intentó limpiarla para que no se infectara, buscó en su kit de primeros auxilios una venda y la cubrió de nuevo para evitar que las ratas fuesen a morderla.

Esa noche no pudo dormir porque en sus oídos resonaban los estallidos de las bombas, el silbido de las balas y los gritos de los hombres que caían a su alrededor pidiendo ayuda. Posó su mirada en el cielo oscuro e insondable, como siempre luego de una batalla; y en cuestión de segundos los vigías comenzaron a advertir sobre un avance de los alemanes y antes de que el sol despuntase, una vez más estaba luchando por su vida.

28 de noviembre de 1915

Una vez más se encontraba en el frente británico, habían perdido la poca ventaja que tuvieron en los primeros días de batalla y de nuevo estaban en ese punto muerto. A medida que pasaban los días podían sentir que el frío arreciaba y que la primera nevada estaba pronta a caer, todo el valle se cubriría por completo de un mágico e impecable blanco, la nieve ocultaría las decenas de cadáveres que aún reposaban en el campo de batalla. El hielo también ayudaba a evitar que los cuerpos se descompusieran tan rápido, y disimulaba ese olor putrefacto al que no había llegado a acostumbrarse luego de un año, y que lo hacían querer vomitar a cada pasado que daba.

14 de febrero de 1916

Fabrizio estuvo durante cinco meses en el frente, esta vez no se perdió por lo que le dio gracias a san Bénézet por ayudarlo a superar con bien la situación; solo tenía uno que otro rasguño, sentía sus manos adoloridas por tener que empuñar durante tanto tiempo el rifle, y varias ampollas en los pies por tener que usar las botas día y noche. El trayecto había sido demasiado largo y agotador porque el camino cada vez estaba más deteriorado, para colmo el día estaba gris anunciando que de un momento a otro llovería.

El camión se estacionó cerca del campamento en Arrás y él bajó de inmediato, siendo seguido por sus amigos Robert y John, quienes habían llegado en la misma división que él hacía más de un

año, y como si fuese un milagro también seguían con vida. Comenzó a llover como había previsto, pero necesitaba tanto un baño que no se molestó en ir a refugiarse en la tienda como sus amigos, solo se encaminó hasta los tanques de agua, dejó su equipo de lado, se quitó la camiseta y comenzó a lanzarse agua en el rostro y el torso.

Ya el agua fría no le molestaba en lo más mínimo, aunque sentía que esa hasta era tibia comparada con la de los pozos en las trincheras. Sumergió las manos en el agua deseando meterse por completo en el barril, hacía mucho más de un año que no sabía lo que era bañarse en una tina, suspiró ante ese deseo imposible y levantó la mirada para sacudir su cabello que ya estaba bastante largo.

Sus ojos divisaron a una joven enfermera que iba riendo con otra, no pudo evitar que su mirada se clavara en ella, su sonrisa era tan hermosa que hizo que su corazón diera un vuelco inesperado. Parecía haber revivido después de dos años y palpitaba enloquecidamente, pero esta vez no era por miedo sino por la sonrisa de esa chica, había visto miles de enfermeras, fue atendido por más de una docena, pero ninguna tan hermosa como ella.

Su respiración inmediatamente se disparó cuando ella lo miró y volvió a sonreír, algo le decía que era con él, quisiera haber sonreído en ese momento, pero no pudo porque había sido hechizado por su belleza, nunca ni en su más absurdo sueño pensó encontrarse a un ángel en medio de ese infierno.

—¡Macbeth! —gritó Marcus al presenciar la escena.

—¡Diga, mi teniente! —El grito del hombre reventó violentamente la burbuja donde estaba, agarró su ropa y se la puso con rapidez.

—Macbeth, sabe que no pueden mirar a las enfermeras —dijo en un tono severo mientras lo fulminaba con la mirada—. Y a Laroche menos que a nadie. —Había reconocido a la chica.

—Mi teniente, yo solo me estaba lavando la cara —respondió con la voz vibrándole a causa de los nervios.

—Sí, claro, lavándose la cara, pero también tenía la mirada puesta en alguien más. La verdad me extraña porque usted no es de esos, nunca lo había visto clavándole la mirada a ninguna enfermera.

—Mi teniente, yo no... no la miraba. —Los nervios lo hicieron tartamudear al saberse descubierto.

—No me crea estúpido, Macbeth y no haga que lo castigue... mire que son años de experiencia los que le llevo y conozco esa mirada. Solo un consejo por su bien... esa jovencita es hermana del teniente Manuelle Laroche y ese hombre no se andan con juegos...

—¿No sé de qué me habla? ¿No conozco al teniente? —Lo interrumpió queriendo demostrar su inocencia.

—La enfermera rubia, es hermana de un teniente francés y porque lo conozco no se le ocurra volver a mirarla, ni siquiera a pensarla... y búsquese mejor la muerte en el frente y no a manos del que quiere como cuñado. ¿Entendido? —preguntó con el tono propio de un militar que hacer una seria advertencia.

—Entendido, mi teniente —respondió y lo vio alejarse después.

Su mirada se perdió en el sendero por donde había desaparecido la chica, y sin siquiera proponérselo una sonrisa se apoderó de sus labios, mientras pensaba en la belleza que sus ojos habían apreciado a través de la lluvia. Horas después estaba acostado mirando al techo de su litera y por primera vez, en todo ese tiempo, no era Antonella la que estaba en sus pensamientos antes de dormir sino a aquella rubia angelical que había visto en la tarde.

Capítulo 20

Durante su estadía en Londres, los Anderson pensaron en ir a visitar a sus amigos los duques de Oxford, aunque Victoria todavía no se sentía muy cómoda con esa idea. Por supuesto, quería ver a la señora Amelia, quien ya debía tener un embarazo bastante avanzado, también al duque Danchester; además de agradecerles por su generoso regalo y felicitarlos en persona por su matrimonio.

Sin embargo, no sabía cómo conseguiría hablar con ellos sin llegar a algún tema donde debiese hablar de Fabrizio, y obviar el detalle del inmenso parecido que tenía su novio actual con Terrence. Sabía que no hacerlo podía ser desleal, pero también que era una completa locura, porque incluso para ella seguía siendo difícil de comprender el porqué de ese gran parecido, si aparentemente nada los unía.

—Victoria... comienzas a marearme —dijo Brandon, al ver que no dejaba de caminar y de estrujarse las manos.

—Yo... lo siento, Brandon... es solo que no sé... ¿Cómo se supone que pueda mirarlos a los ojos y no hablarles de esto? —inquirió mostrándose aturdida y llena de dudas.

—Sé que es algo complicado, pero debemos decidir ahora si ir a verlos o no, pasado mañana sale nuestro barco y debemos...

—Lo sé... lo sé... —murmuró y todo el cuerpo le temblaba, cerró los ojos y respiró hondo para calmarse, luego de unos segundos se sentía más serena—. Está bien, llámalos y pide la cita para ir a verlos.

—Perfecto —mencionó, sonriéndole para tranquilizarla.

—Y supongo que si surge el tema... pues intentaremos explicarlo de la mejor manera; después de todo, no seré la única a la que le digan que se ha vuelto loca, creerán que tú también perdiste la razón —comentó con la voz vibrándole y estuvo a punto de morder sus uñas, pero recordó que su tía odiaba que hiciera eso y pronto la vería.

—Gracias por recordármelo, Vicky.

Brandon no pudo evitar reír ante la acotación de su prima, intentaba mostrarse casual, pero también se sentía algo nervioso por ese encuentro. No sabía cómo se tomarían los Danchester la noticia de que en Florencia había un joven idéntico a su difunto hijo.

—Buenas tardes, habla Brandon Anderson —mencionó al hombre al otro lado de la línea.

—Buenas tardes, señor Anderson ¿en qué puedo ayudarlo? —preguntó Octavio con su habitual tono formal.

—Me gustaría solicitar una audiencia con los duques de Oxford, me encuentro en Londres junto a mi prima Victoria, somos sus amigos y nos gustaría saber si existe la posibilidad de saludarlos antes de partir en un par de días a América —respondió, viendo cómo Victoria parecía una estatua de lo tensa que estaba.

—No tengo el placer de conocerlos en persona, señor Anderson, pero he escuchado hablar a los duques de ustedes, la señorita Anderson fue la novia de lord Terrence —anunció con un tono más amable para hacerles saber que sabía quiénes eran.

—Efectivamente, señor Middleton, nos enteramos por la duquesa de todo lo que ha acontecido en sus vidas, y deseamos felicitarlos.

—Estoy seguro de que ellos estarían felices de recibirlos; sin embargo, no creo que se pueda en esta ocasión, sus excelencias fueron invitadas a Aberdeenshire, por su majestad el rey Jorge, para pasar el verano en el castillo de Balmoral.

—Qué lamentable, en todo este tiempo en Europa no hemos logrado coincidir, supongo que será en otra ocasión entonces. Por favor hágale llegar nuestras más sinceras felicitaciones por el matrimonio y por la espera de su hijo —mencionó con pesar, pero vio que Victoria soltaba el aire que estuvo conteniendo y se relajaba.

—Con gusto les haré llegar su mensaje, los duques están muy felices con la espera de sus hijos —expresó Octavio con alegría.

—¿Hijos? —cuestionó Brandon algo sorprendido.

—Sí, la duquesa espera gemelos —respondió con desconcierto, por el asombro que el americano mostraba ante esa información.

—Eso es... es maravilloso, entonces felicítelos doblemente de nuestra parte y dígales, por favor, que esperamos coincidir en otra ocasión.

—Así lo haré, que tengan un buen viaje, señor Anderson.

—Gracias, señor Middleton, feliz tarde para usted. —Tras decir esas palabras colgó, su rostro reflejaba la conmoción ante lo que acababa de escuchar, enfocó su mirada en Victoria y ella estaba pálida.

—¿Los padres de Terry esperan gemelos? —inquirió ella con la voz temblorosa y los ojos abiertos con asombro.

—Sí, fue lo que me comentó el secretario del duque. —Vio que su prima se dejaba caer en el sillón y se llevaba las manos a la cabeza, supo de inmediato lo que pensaba—. Vicky...

—¿Será posible que Terry y Fabrizio...? —No tuvo el valor de terminar la pregunta, la garganta se le inundó de lágrimas.

—¡No! Por supuesto que no —dijo, pero no podía asegurarlo.

—¡Por Dios, Brandon! El parecido entre ambos es impresionante, incluso sus actitudes son tan semejantes y... —Se detuvo antes de decirle que su manera de besarla y acariciar era la misma, por no hablar de la vez que vio su pecho desnudo.

—Es algo ilógico, Fabrizio es hijo de los Di Carlo...

—Quizá no, a lo mejor lo adoptaron —argumentó, mirándolo.

—Terry nació en América y se supone que Fabrizio en Italia, ¿cómo sería eso posible? Además, el primero nació en enero de 1897 y según me contó Fransheska, su hermano lo hizo en diciembre de 1898 —alegó mostrándole que su planteamiento no tenía sentido, él sospechaba de algo más, pero no se lo había dicho para no atormentarla y porque de ser cierto, habría implicaciones legales muy serias contra todos los involucrados, incluyendo a su novia.

—Tienes razón... pero... no sé, Brandon, esto me parece demasiada casualidad. —Su cabeza era un torbellino de ideas.

—¿Acaso Terry te dijo alguna vez que era gemelo? —cuestionó porque todo eso le parecía una locura.

—No, no nunca... pero quizá no lo sabía, a lo mejor sus padres se lo ocultaron —respondió, mirándolo a los ojos.

—Dudo que sus padres hayan hecho algo como eso, Victoria.

—¡Dios, todo esto es una locura...! Pero es cierto, Terry me contó la historia de sus padres y no creo que la señora Amelia le hubiese dejado que le quitaran a sus dos hijos, ni que el duque fuese tan cruel como para quitarle a su bebé y darlo en adopción —pronunció mostrándose apenada por pensar mal de sus ex suegros.

Brandon asintió y le posó la mano en el hombro para reconfortarla, sabía que la idea de que Fabrizio y Terrence fuesen gemelos tal vez no era del todo absurda, porque había pruebas suficientes de la existencia de Fabrizio Di Carlo. Sin embargo, no quería que Victoria se atormentara con eso, lamentaba que esa reunión con los duques no se diera, porque quizá los hubiese sacado de dudas por completo, pero las cosas siempre sucedían por algo.

No sabía cuántos días lleva en la misma situación, ella ignorándolo por completo, él haciéndose el indiferente, parecían un par de niños caprichosos, tercos y malgeniados, en lugar de los adultos conscientes y responsables que comparten el mismo sitio de trabajo, al menos no había dejado de tutearlo cuando estaban a solas, pero de resto se porta más fría que un tempaño de hielo.

Justo como acababa de hacer un instante atrás, solo entró a la oficina, le dejó las carpetas que debía revisar durante el fin de semana para hacer el lunes la presentación del balance mensual. Y todo lo que salió de su boca fue: *Si no necesitas nada más, me retiro, buenas noches, descansa.* siempre lo mismo. Las palabras cariñosas, las invitaciones y las miradas cómplices habían quedado atrás. Soltó un suspiro, se puso de pie y caminó hasta el gran ventanal de su oficina.

Su mirada alcanzó a verla en el estacionamiento del edificio, para su sorpresa iba junto a dos de las secretarías y tres hombres, uno de ellos era de archivos, a los otros dos no los reconoció en el momento. Su cuerpo se tensó y fue barrido por una ola de calor cuando vio que el hombre del departamento de archivos caminaba muy cerca de ella y además sonreían como si fuesen los mejores amigos.

Él respiró profundo e intentó controlarse para no bajar corriendo y alejarlo de ella a golpes, no podía hacer algo así porque no tenía el derecho, así que tragándose su rabia se apartó de la ventana y se sentó en el sillón para seguir trabajando. Sin embargo, no pasó un minuto cuando agarró la carpeta con el informe, la puso dentro de su maletín y se levantó para salir de la oficina; cuando llegó al estacionamiento comenzó a mirar a todos lados, pero ya se habían marchado.

—¿Busca a alguien, señor Lerman? —Le preguntó Mark, uno de los hombres de seguridad de la empresa.

—No... en realidad, sí, olvidé entregarle algo a mi asistente...

—La señora Scott ya se retiró, le escuché decir que iban a un restaurante a celebrar el cumpleaños de James Stevenson.

—Entiendo... ¿Por casualidad usted sabe a cuál irían? —inquirió, intentando no sonar muy interesado.

—No con certeza señor, seguramente será uno de los que frecuentan y queda por aquí cerca —respondió, mirándolo.

—Bueno, tendré que esperar hasta comunicarme con ella, muchas gracias Mark, feliz fin de semana. —Daniel se obligó a sonreír.

—Igual para usted, señor Lerman —dijo con más efusividad.

Daniel subió a su auto y salió en dirección a su departamento, pero estando a una esquina de llegar, giró regresando a la zona donde funcionaba el banco y comenzó a buscar entre los restaurantes que estaban por allí. Solo necesitaba dar con el auto de Stevenson, luego entrarían al lugar haciendo ver que todo había sido una casualidad y se quedaría junto a Vanessa para evitar que ese idiota intentara seducirla.

—Eres un estúpido, Daniel, tú no conoces el auto de ese hombre. —Se dijo en voz alta luego de llevar varios minutos dando vueltas.

Decidió dejar de perder el tiempo e ir hasta el departamento de Vanessa, directamente, si por casualidad ya ella estaba allí inventaría cualquier excusa para justificar su presencia y si no la

esperaría. Al llegar al edificio tuvo que esperar un rato, porque él no tenía llaves de la puerta principal; por suerte, una de las vecinas que ya lo había visto visitar el lugar le abrió, y él lo agradeció con una sonrisa.

Mientras caminaba por el pasillo que llevaba al departamento de Vanessa, sentía su corazón latir lentamente al tiempo que buscaba en su mente algo que sonara convincente. No deseaba que ella se sintiera presionada ni mucho menos hacerle pensar que él estaba celoso; en realidad no lo estaba, solo estaba preocupado por ella. Dio un par de golpes en la puerta, pero no recibió respuesta, esperó un minuto y repitió el llamado. Nada, no salía nadie, intentó cinco minutos después porque era probable que estuviese en el baño o dormida

«¡Por favor, Daniel! Esto es ridículo, mira la forma en cómo te estás comportando, Vanessa tiene derecho a salir con quien desee, tú no eres su dueño... ella no tiene ningún tipo de compromiso contigo y todo por tu culpa... ¿Con qué cara pretendes reclamarle lo que sea que hayas venido a reclamarle?».

Se preguntó en pensamientos sintiéndose avergonzado, así que caminó hasta las escaleras para marcharse, porque a lo mejor ella seguía en el restaurante celebrando el cumpleaños de Stevenson. Sin embargo, antes de que bajara cinco escalones se regresó de nuevo, no se iría de allí sin verla y saber que estaba bien, así que esperaba.

Dieron las diez de la noche y ella no aparecía por ningún lado, tenía más de tres horas esperando en ese lugar y su estado de ánimo distanciaba mucho del que tenía cuando llegó. Caminaba de un lugar a otro intentando relajarse, ya había perdido la cuenta de cuantas veces había tomado el informe para analizarlo y no lograba avanzar.

De repente escuchó unas voces en el exterior del edificio, se asomó por la ventana y vio que Vanessa bajaba de un auto rojo, mientras recibía la mano del hombre de archivos. La vio entregarle esa sonrisa que creía que solo le dedicaba a él, darse cuenta de que no era así lo hirió, y lo peor vino cuando antes de despedirse el muy infeliz de Stevenson la abrazó y le dio un beso en la mejilla.

Daniel sintió que la sangre le hervía, contuvo sus deseos de correr escaleras abajo y partirle esa cara de maniquí que tenía por atreverse a tocarla de esa manera, esa mujer era suya. La furia hizo que su rostro se enrojeciera y comenzó a caminar como un león enjaulado, escuchó los pasos de Vanessa en la escalera y se apostó delante de su puerta.

—¡Daniel! ¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendida.

—¿Por qué llegas a esta hora? —inquirió a quemarropa.

—¿Disculpa? —cuestionó, parpadeando con nerviosismo.

—Llevo casi tres horas esperándote —espetó con rabia.

—No sabía que venías —comentó, sacando las llaves de su bolso.

—Necesitaba que me aclararas unos puntos para el informe de la junta —mintió y se sintió como un estúpido.

—¿Acaso era tan importante que no podías esperar hasta mañana? —Intentó esquivarlo para entrar a su departamento.

—No, no es tan importante, pero tampoco pensé que te molestara —respondió con tono áspero, intentaba contener su rabia.

—No estoy molesta, solo me sorprende que estés aquí...

—No sé por qué te sorprende. Antes lo hacía con mucha frecuencia... prácticamente vivía más aquí que en mi casa.

—Eso era antes, Daniel. —Dio un par de pasos para abrir.

—Vanessa, esto tiene que acabar, tú y yo... —dijo, caminando tras ella, la sujetó por la cintura

y la acorraló contra la puerta al tiempo que se inclinaba peligrosamente sobre ella—. Nosotros deseamos estar como antes, lo puedo ver en tus ojos y sentir cuando me acerco, sé que me extrañas tanto como yo te extraño a ti ¿por qué no olvidas todo y me das una oportunidad? —pidió, mirándola a los ojos.

—Por favor, Daniel, ya basta... deja las cosas como están, es lo mejor para los dos... —Ella sentía que las piernas le temblaban.

—¡No! Me niego a dejar que esto termine... nosotros estábamos bien juntos, disfrutábamos de nuestra compañía... yo necesito eso.

—Vete a tu casa, por favor —rogó sin atreverse a mirarlo.

—Deja que me quede contigo esta noche... por favor. —Él necesitaba tenerla entre sus brazos y asegurarse que ningún hombre llegara para robársela, no podía permitir que eso pasara, no de nuevo.

Vanessa sentía que se desmayaría de un momento a otro, el calor de su cuerpo, su aliento tibio y embriagador sobre sus labios, ese deseo en su mirada, todo en él la estaba quemando. Y eso aunado a las copas de vino que se tomó, no la estaba ayudando en nada, sentía su corazón latir desbocado consciente de que él podía escucharlo; además, sabía el poder que tenía sobre ella y lo estaba utilizando a su antojo.

—Nos vemos el lunes, Daniel. —Lo alejó posando una mano en su pecho mientras que con la otra abría la puerta.

—Vanessa... —Fue lo único que logró decir al ver cómo ella desaparecía tras la puerta—. ¡Oh por favor! ¿Por qué haces esto? Es absurdo que actúes de esta manera —agregó frustrado.

—Envíame mañana en un resumen los puntos que no entiendes y en tres horas lo tendrás de vuelta con su respectiva aclaratoria —mencionó ella desde el interior, aunque sabía eso solo era una excusa que había usado para poder presentarse allí.

—No, gracias, no te preocupes ya encontraré la manera de hacerlo, que descanses —contestó sumamente molesto.

Salió del lugar hecho una furia, él no tenía por qué seguir en esa situación, mendigándole a una mujer por un poco de atención, como si fuera la única en el mundo. Él podía encontrar a otra con solo hacer una señal, podía tener a cualquier mujer de esa ciudad. Subió a su auto y se dirigió al mejor club de caballeros de Charleston, donde consiguió tragos y buena compañía.

Los Anderson ya se encontraban de camino a América, tan solo habían pasado dos semanas desde que dejaron la mitad de sus corazones en Florencia, pero ya estaban desesperados por regresar, aunque también eran conscientes del compromiso que tenían con su tía. Esa mañana el astro rey salió dejándose apreciar en toda su magnitud, poderoso, deslumbrante, parecía cubrir cada espacio del horizonte ante sus ojos, el agua se pintaba de un hermoso naranja a medida que se alzaba en el cielo y el aire comenzó a ser cálido.

La suave brisa que traía el aroma del océano movía su cabello y acariciaba su rostro, cerró los ojos suspirando al recordar aquellos grises que lo enamoraron y una sonrisa se dibujó en sus labios cuando a su mente llegó el recuerdo de la maravillosa risa de Fransheska, esa que lo llenaba de felicidad. De pronto sintió unos pasos resonar en el piso de madera de la cubierta que lo sacaron de su ensoñación, supo quién era incluso antes de volverse para mirarla.

—¡Feliz cumpleaños, Brandon! —expresó Victoria con emoción mientras lo abrazaba rodeando su cintura.

—Gracias, Vicky —respondió, volviéndose con una sonrisa.

—¿Qué haces despierto tan temprano? —preguntó, sonriéndole.

—No sé. —Se encogió de hombros—. No tenía sueño y quise ver el amanecer, siempre es hermoso desde cubierta —respondió acariciado la espalda de su prima—. ¿Y tú?

—Bueno, es que te tengo una sorpresa y justo iba a despertarte para entregártela. —Le mostró la bolsa donde llevaba los paquetes.

—¿Regalos? —inquirió desconcertado, porque no pensó que le hubiese dado tiempo de comprarle nada.

—Este es mi regalo —mencionó, extendiéndole una pequeña caja de terciopelo negro con una cinta de seda verde.

—Gracias —Él la recibió con una sonrisa, retiró la cinta y después la abrió, dentro encontró un hermoso reloj de cadena, diseñado en oro blanco con sus iniciales en dorado en la parte posterior—. Está hermoso, Vicky —dijo, sonriendo y se acercó para abrazarla.

—Espera... aún no lo has visto bien, ábrelo.

Él lo hizo y en la contracara del reloj estaba una foto de Fransheska y él que se tomaron en Cala Coticcio, pensaba que todas estaban el álbum que había mandado a hacer, pero al parecer su prima había logrado sacar unos duplicados del negativo.

—Vicky... —pronunció entre sorprendido y emocionado.

—Fransheska, Angela y yo recorrimos todas los estudios de fotografía de Florencia hasta que dimos con ese dónde había enviado a revelarlas, el hombre nos dijo que era muy difícil sacar un duplicado, pero logramos convencerlo para hacerles unos presentes.

—Victoria esto es... es... gracias —dijo abrazándola.

—Espera que aún faltan varios más. —Le anunció sonriente.

Sacó de la bolsa otro paquete envuelto en un hermoso papel crepe celeste con un lazo amarillo que daba la impresión de que fuese el sol en medio del cielo. Se lo entregó a su primo con una gran sonrisa, sintiéndose emocionada por haber sido cómplice de ese detalle tan bonito. Brandon rasgó el papel con cuidado, encontrándose con un hermoso diario con cubierta elaborada en fina piel, estaba dividido por meses y en cada una había una foto de la Isla de Caprera, una foto de él y Fransheska juntos y poesías de diferentes autores.

La emoción le había robado la voz y solo un par de lágrimas que rodaron por sus mejillas, fueron la prueba de lo feliz que estaba y no pudo evitar deslizar sus dedos por las preciosas imágenes de su novia, sintiendo una inmensa nostalgia y la necesidad de tenerla allí. Hubiese dado lo que fuera para que ella hubiese aceptado irse con él en ese viaje, haberlo hecho como su esposa, pero el tiempo les jugó en contra y ahora debía esperar para hacer ese sueño realidad.

—Fransheska llevaba un par de semanas haciéndolo, y tuvo que pasar toda una noche despierta para terminarlo.

—Es muy hermoso, lo voy a atesorar para siempre —habló cuando al fin las emociones le dieron una tregua.

—Estoy segura de que así será, pero aún falta uno y este viene acompañado de una nota —agarró el paquete más pequeño y se lo dio junto a un sobre de color fucsia.

Brandon sabía que ese era el color favorito de Fran y supo que también era de parte de ella, quitó la cinta con cuidado y abrió la caja, encontró dentro una hermosa brújula dorada. Su mano tembló cuando la sacó, era una verdadera belleza, la giró porque sabía que debía tener un mensaje, y así era en letras grabadas estaba escrito:

«Para que encuentres tu camino en la vida y que este te regrese siempre a mí. Te amo».

Fransheska Di Carlo.

Sus ojos se humedecieron al tiempo que dejaba sonreír y un suspiro salió de sus labios, su corazón latía con fuerza porque estaba lleno de felicidad. Victoria también se emocionó al igual que él, sabía que esos pequeños detalles eran los más importantes si venían de la persona que se amaba.

—Feliz cumpleaños, Brandon —dijo con una sonrisa.

—Muchas gracias, Victoria —expresó con la voz ronca por la emoción y la abrazó con fuerza. Después de eso ella se marchó.

Brandon se acercó hasta una de las bancas que estaban en la cubierta, dejó con cuidado todos sus regalos y se llevó el sobre a la nariz para disfrutar del perfume de su novia. Se dispuso a abrirla y sus dedos temblaban, respiró profundamente para mantener las lágrimas dentro de sí, reconoció en las elegantes hojas de color champaña la letra de Fransheska, que era tan estilizada y hermosa como ella.

Florencia, 16 de junio de 1921

Querido Brandon:

¡Feliz, feliz cumpleaños!... Te juro que quisiera estar a tu lado en este momento para abrazarte muy fuerte y darte muchos besos, decirte que te amo, mirarme en tus ojos, sentir el calor de tu cuerpo, la paz y la confianza que siento entre tus brazos...

Sí, es lo que más deseo, tal vez no esté físicamente, pero ten por seguro que todos mis pensamientos están contigo. Mi amor, desde que te conocí me quedé a vivir en tus ojos y allí no hay lugar para nada más que no sea la felicidad.

Te he dicho muchas veces que te amo y nunca me cansaré de hacerlo, porque este sentimiento que has despertado en mí, es tan grande que mi pecho no basta para albergarlo todo. Es por eso que en este instante lo dejo volar para buscarte, ten por seguro que te encontrará dondequiera que estés... ¿Sabes por qué? Porque todo eso lo puede el amor, para nosotros no hay distancias, Brandon... este amor ha creado un mundo para los dos, uno que es perfecto, maravilloso, mágico y hermoso como ningún otro.

Justo ahora estoy caminando entre los rosales, pensando en todas esas veces que compartí este lugar contigo, cuando me regalaste la primera rosa, no sé si alguna vez te lo dije, pero aún la guardo, está en un lugar especial como recordatorio de ese día... ¿Recuerdas cuando te invite a conocer mi mundo? Estaba tan nerviosa ese día, sentía que todo lo que decía eran tonterías... mi mente se quedaba en blanco cuando me veía en tus ojos... nunca había sentido mi corazón latir tan rápido como cuando estuviste a punto de besarme... pero mis padres no pudieron ser más inoportunos... seguro te estarás riendo de mí, no lo hagas sabes que tengo razón.

Ella lo conocía muy bien porque justo en ese momento él sonreía, y las lágrimas que rodaban por sus mejillas eran de felicidad, todo su ser cantaba desbordándose de alegría y con cada línea que leía su emoción crecía. El sentimiento que compartía con Fransheska era fuerte y lo podía sentir en cada palabra, la imaginaba caminando en su jardín, vestida de blanco, con el cabello cayendo sobre sus hombros y espalda, tan bella como una princesa. Suspiró y siguió leyendo.

Quiero que me sientas a tu lado, rodeándote con mis brazos y besando con suavidad tus

labios... Eso es lo malo de ser de aire ¿ves? No puedo besarte como quisiera... pero eso no importa, ya estaremos juntos de nuevo y entonces prometo darte todos los besos, las miradas y las caricias que te estoy guardando, son unas cien por día...

Brandon no te imaginas cuán feliz me haces y quiero que sepas que cada hora del día voy a pensar en ti, que mi corazón latirá por ti y mis labios sonreirán por ti... y no importa el tiempo que pasemos lejos, te voy a esperar porque te amo, te amo muchísimo. Espero que la brújula cumpla con el objetivo que le he dictado, que te ayude a encontrar tu camino y que este te haga feliz, es lo que más deseo en la vida, Brandon, que seas inmensamente dichoso y que regreses a mí.

Tuya siempre,

Fransheska Di Carlo Pavese

Brandon suspiró con emoción, cerró los ojos y la imaginó allí junto a él, podía sentirla abrazada a él, besándolo y regalándole esas sonrisas que lo iluminaban más que el sol. Sin embargo, quiso hacer algo más, así que buscó el diario y comenzó a mirar las fotografías, deleitándose con su novia, con esa belleza que podía robarse todos sus suspiros, Fransheska era un ángel, su mujer perfecta, la dueña de su vida.

Capítulo 21

Manuelle vio salir a Marion de la habitación trayendo en sus manos la bandeja con la comida intacta, cerró la puerta tras de sí y se recargó dejando libre una de sus manos para secar las lágrimas que brotaban de sus hermosos ojos verdes. Él había soportado demasiado esa situación, se había contenido todo ese tiempo por ella y por su sobrino, pero ya no aguantaba más, verla sufrir de esa manera lo enfurecía porque apenas cumplió veintiún años y aparentaba treinta, se veía muy desgatada física y emocionalmente.

Al percatarse Marion de que era el objeto de la mirada de su hermano, se limpió las lágrimas y se encaminó a la cocina, cuando pasó junto a él le mostró una sonrisa que seguramente notaría que era forzada. Se sintió nerviosa al ver la actitud furiosa de Manuelle, por lo que intentó actuar de manera casual ya que sabía que a él le molestaba que sufriera por Richard.

Dejó la bandeja en la encimera y luego regresó al salón para sentarse junto a su hermano y Joshua a leer, pero antes de tomar el libro, vio que uno de los cordones del zapato de su hijo estaba suelto, extendió sus manos para amarrarlo y sin darse cuenta quedó más expuesta para la mirada de su hermano, porque Manuelle tenía su hijo sentado en las piernas; sin embargo, luchó para evitar que las lágrimas que la estaban ahogando se hicieran presentes.

—¡Esto se acabó! La poca paciencia que tenía acaba de llegar a su fin —sentenció con rabia, levantó a Joshua de su pierna y se lo entregó, ignorando el asombro y el miedo en ella. Apoyó las manos en las ruedas de su silla y empezó a deslizarse.

—Manuelle... ¿Qué vas hacer? —Marion sentó a su hijo en el sillón y se puso de pie—. No te atrevas a hacerle algo a Richard... Manuelle —dijo, llegando hasta él y se puso delante de la silla de ruedas—. No voy a permitir que le toques un solo cabello... Él no se va de aquí ... y si eso es lo que quieres, entonces yo me voy con él —pronunció desafiante, de sus ojos ya brotaban las lágrimas.

Manuelle la sujetó de los brazos y la hizo a un lado con apenas esfuerzo, pues su hermana siempre había sido muy pequeña y él seguía conservando la fuerza del militar que fue. Luego de eso puso en marcha la silla de ruedas, ella intentó sujetarlo, pero la fuerza que él llevaba no le permitió hacerlo y terminó cayendo de rodillas, a él le dolió verla allí tendida, tampoco podía detenerse, debía acabar con su sufrimiento, así que entró a la habitación cerrando la puerta con un azote y pasó el pestillo.

Marion se llenó de terror ante ese gesto de su hermano, un torrente de sollozos brotó de sus labios y gateó hasta la puerta de su habitación, empezó a golpearla con las palmas de sus manos, después de intentar abrirla y encontrarla trancada casi entró en pánico.

—Manuelle... hermano, si me quieres no le hagas nada, abre la puerta por favor... Manuelle, él está enfermo... ¡No le grites! Por favor no lo hagas, yo lo amo... lo amo, Manuelle, por favor, es el padre de tu sobrino. —Comenzó a implorarle en medio de un doloroso llanto—. Si le haces algo... me muerdo... me muerdo.

—Mami... por favor... por favor... por favor. —Joshua también se asustó con la actitud de su tío, pero al ver la de su madre comenzó a llorar y a temblar.

Marion se puso de pie con rapidez y caminó hasta su pequeño, lo cargó limpiándole las lágrimas al tiempo que le daba suaves besos en el cabello y lo arrullaba para que dejara de llorar.

Precisamente por él era que siempre se mostraba fuerte, para que no tuviese una niñez plagada de situaciones que lo hicieran vivir atormentado, su hijo no merecía eso, su hermano no tenía el derecho de hacerlo pasar por eso.

—Tranquilo, mi vida, no pasa nada, todo está bien, tu tío y tu papi solo están conversando —susurró con voz temblorosa.

—Mami... mi tío... y papi... ¿Por qué tío le grita a papi? — balbuceó con las manos en la boca mientras seguía llorando.

—No, no le está gritando... sabes que tu tío a veces habla muy fuerte porque es un teniente, es solo eso, él no está haciendo nada malo —dijo, mirándolo a los ojos para que creyera en lo que decía.

Marion trataba de calmarlo, aunque a ella misma le hacía falta que alguien la calmara, que le dijera que solo estaban conversando tranquilamente, por lo menos ya no escuchaba gritos. Caminó a la cocina para llenar un vaso con agua y le dio de beber un poco a Joshua y ella bebió el resto, sabía que eso los ayudaría.

Se dirigió a la sala y se sentó en el sofá, manteniéndose atenta ante cualquier ruido proveniente de su habitación; sentía el palpitar de su corazón en la garganta y sus piernas a pesar de tener a Joshua sentado sobre ellas no dejaban de temblar. Las lágrimas le ardían al borde de los ojos, pero luchaba para no derramarlas, tenía que tratar de tranquilizarse. Cuando lo hizo cayó en cuenta de que no prestó atención a lo que su hermano le gritaba a su esposo.

Richard se sorprendió cuando vio a Manuelle entrar de esa manera a la habitación, su cuñado casi nunca pisaba ese lugar y menos sin llamar. Su desconcierto aumentó cuando lo vio tirar la puerta y cerrarla con seguro, pero lo que realmente le anunció que algo malo sucedía, fue escuchar a Marion llorar desesperadamente, eso lo hizo reaccionar y enseguida se puso de pie.

—¿Qué le sucede a Marión? —preguntó alarmado, al tiempo que se encaminaba presuroso a la puerta, pero Manuelle le cerró el paso.

—¡A ella no le pasa nada! ¡Nada que no seas tú! —repuso con rabia y sus ojos verdes ardían amenazadores—. De aquí no sales hasta que no me escuches, Richard o cómo diablos te llames, porque no creas que porque estoy postrado en esta maldita silla de ruedas no puedo hacer mis averiguaciones, y sé perfectamente que Richard Macbeth no existe, así que por tu bien te sientas y me escuchas —ordenó con ese tono de teniente que aún conservaba y le señaló el sillón donde casi siempre pasaba sus días.

Richard tragó en seco, temeroso ante el temperamento de su cuñado, pues no era fácil hacerle frente a alguien que a pesar de que no tener piernas podía romperle la cara a cualquiera con un solo golpe, pero más allá de eso lo hizo por el respeto que le tenía. Su actitud le decía que estaba ahí exigiendo que dijera la verdad y que utilizaría la fuerza si era preciso, había llegado el momento de enfrentar su pasado, así que se dejó caer derrotado en el sillón.

—¿Por qué te comportas de esta manera? Y no quiero que me digas que es el trauma de la guerra, porque sé perfectamente que ya lo has superado y puedes vivir con ello, a mí no puedes engañarme, no creo que se te haya olvidado que estuve en el mismo infierno.

Richard solo asintió en silencio mientras una variedad de emociones lo asaltaban, formándole un nudo en la garganta y su mirada se perdía en los rosales del jardín. No se atrevía a mirar a Manuelle a los ojos y confesarle su verdad, porque sabía que su cuñado terminaría sintiéndose muy decepcionado de él, incluso podía acabar alejándolo de Marion y de su hijo.

»Puedes no mirarme y hacer que no me escuchas, pero no voy a desistir ante este teatro barato... ¿Por qué eres tan cobarde, Richard? La verdad es que no lo entiendo y me hubiese gustado conocer al soldado. —Manuelle lo vio fruncir el ceño y comprendió que a su cuñado no

le agradó haber sido un soldado; sin embargo, continuó modulando un poco el tono de su voz para no asustar a su sobrino y su hermana—. ¿Dónde quedó el militar que resistió dos años de guerra? Algo que no cualquiera haría porque la mayoría de los voluntarios morían a los pocos meses, en cambio tú estuviste muchas veces del frente y por experiencia propia sé lo que es estar en primera fila enrumbándote al infierno. Por eso me pregunto: ¿dónde está ese que logró sobrevivir incluso a un ataque de gas mostaza? —inquirió mirándolo con desconcierto, porque lo que decía era cierto, su cuñado estaba vivo de milagro.

Se detuvo al escucharlo sollozar, sabía que esos recuerdos no eran fáciles de afrontar, pero debía hacer que se liberara de una vez por todas de sus demonios para que pudiera vivir plenamente junto a Marion y Joshua. Ellos merecían ser felices y no tener que vivir bajo la sombra de la depresión de Richard, no era justo para ninguno y muchos menos para su hermana quien había pasado por tanto dolor.

Richard intentaba bloquear siempre esa parte de su pasado, no quería recordar que era un asesino, porque no importaba decir que lo había hecho en cumplimiento del deber o para sobrevivir, sus manos estaban manchadas con la sangre de muchos jóvenes que al igual que él, solo creían que harían del mundo un lugar mejor. Se pasó la mano por el rostro para secar sus lágrimas, sabía que no iba a inspirar lástima en Manuelle porque su cuñado no le creía ni lo apreciaba.

»Ya estoy cansado y Marion también lo está, aunque no te lo demuestre, hay veces en las que no puede más, pero esconde su dolor y su impotencia para no lastimarte, sin importarle que al hacerlo sea ella la que se haga daño. —En ese momento fue él quien tuvo que contener sus lágrimas—. No voy a permitir que lo siga haciendo, es mi hermana, lo único que me queda en esta miserable vida y no voy a dejar que con tu actitud termines por arrancármela también.

—Yo no quiero lastimarla —murmuró Richard, sintiendo que el nudo en su garganta apenas lo dejaba hablar.

—Pero lo haces, te encierras en ti mismo refugiándote en tus traumas como si fueses el único que los tuviese. ¿Acaso crees que Marion no tiene los suyos también? ¿crees que no vivió lo mismo porque no estuvo en el frente? —cuestionó con rabia—. Muchas veces las enfermeras veían y vivían cosas peores que nosotros. Nosotros solo teníamos que estar atentos, correr, enfrentar y tener sangre fría para matar con tal de salvar nuestras vidas, eso es fácil... ¿Sabes lo que es difícil? Verlos morir lentamente después de horas de cirugía y suturas, escucharlos suplicar que no los dejaran morir y ellas hacían hasta lo imposible para salvarlos y les decían que todo iba a salir bien, que pronto estarían con sus familias, pero al final terminaban por irse y ellas quedaban en deuda, devastadas y con un enorme peso en sus almas.

Richard sollozó una vez más al imaginarse todos esos momentos que debió vivir Marion como enfermera de guerra, sabía que lo que decía Manuelle era cierto, a veces la veía deprimida cuando tenía un arduo día de trabajo, pero nunca la escuchó lamentarse por ello.

»Marion es una mujer fuerte, nunca se ha quejado y te aseguro que a cualquiera que le hubiese pasado lo que a ella no lo habría superado con la misma estoicidad... ¿Acaso no fue traumático enterarse de que estaba embarazada en plena guerra? ¿No crees que lo fue verte llegar con toda la espalda quemada por el gas mostaza? Y no suficiente con eso, aunque ya estaba de baja y consciente del peligro que corría decidió quedarse solo para ser ella misma quien te curara, pasando noches en vela al pie de tu cama, tratando de mantenerte con vida y pidiéndole a Dios que no te llevara porque lo que más quería era que su hijo te conociera. —Manuelle se detuvo porque ya la voz comenzaba a rompérsela, se llevó una mano a la mejilla para secarse una lágrima.

—Yo... no sabía nada de eso —mencionó apenado y sorprendido por la revelación de su

cuñado.

—No podías saberlo, estuviste casi inconsciente desde que llegaste herido del frente y permaneciste así varios meses después.

—Marion nunca ha querido contarme como llegué hasta aquí ni todo lo que pasó mientras estuve convaleciente, siempre se lo pregunto, pero evade el tema para no hacerme sentir mal... sin embargo, yo necesito saberlo, por favor Manuelle, cuéntame todo lo que ella vivió —suplicó, en sus ojos se reflejaba la desesperación.

Richard escuchó atentamente a su cuñado continuar con su relato y a medida que avanzaba, dentro de él las emociones ganaban intensidad haciendo que derramara sus lágrimas ante la impotencia que le provocó el haberle causado tanta angustia a Marion y precisamente durante su embarazo.

—Cuando al fin llegó a la casa de nuestros padres, esperando ser recibida entre abrazos, risas y lágrimas de alegría, solo encontró un montón de escombros, y ni siquiera podía entender lo que había pasado porque creía que solo ella y yo éramos lo que estábamos en la guerra. Y sin siquiera detenerse a llorar la muerte de sus seres queridos, tuvo que continuar hasta Amiens porque si los capturaban lo menos que podía pasarles era que te hubieran fusilado y ella tomada como prisionera de guerra, y bien sabes lo que le hubiesen hecho esos malnacidos a una mujer joven y bonita como mi hermana.

Richard comprendió a lo que se refería su cuñado, de inmediato la rabia y el miedo estallaron dentro de su pecho y apretó con fuerza los brazos de la silla al imaginar a Marion siendo capturada y a merced de los alemanes y lo que era peor, sin que él pudiera hacer nada. Por suerte eso no sucedió porque su ángel no merecía sufrir más de lo que lo había hecho hasta ese momento, y él tampoco tenía el derecho para causarle más daño, su cuñado tenía razón, debía afrontar de una vez sus demonios y brindarle la vida que Marion merecía.

»No quiero decir que lo que hayas vivido sea menos traumático, solo quiero hacerte entender que hay personas que hemos pasado por situaciones parecidas y seguimos adelante, Richard, tú al menos tienes a tu hijo y a Marion que no hace más que amarte, incluso he llegado a creer que te ama más que a ella misma y que a su propio hijo... también tienes una familia que está viva y...

—No puedo volver con ellos —murmuró con la voz ahogada en llanto, mientras negaba con la cabeza, ya no era parte de sus vidas.

—Está bien, no voy siquiera a persuadirte a que la busques porque tus razones tendrás para no hacerlo, pero tienes una esposa y un hijo. Yo en cambio no tengo nada y no me quejo, aunque algunas veces me muero de ganas por correr o bailar un Charleston —confesó dirigiendo la mirada al vacío de sus piernas—. Y no lo sabes porque es algo de lo que no me gusta hablar, y quizá mi hermana no te lo ha contado, pero yo también amé... amo con todas las fuerzas que poseo, solo que me es imposible tener la vida que sueño a su lado, y no porque algún trauma me lo impida, ya que a pesar de regresar de la guerra sin piernas fui directamente a buscarla para hacerla mi esposa, pero cuando llegué a su casa me enteré que el día del bombardeo, a Diane se le ocurrió la brillante idea de ir a visitar a mis padres esperando obtener noticias mías y que murió junto a ellos, así que yo también luché con mis demonios, Richard y no tienes la más mínima idea de cómo me siento cada vez que lo revivo.

El sufrimiento de Manuelle se podía ver reflejado en su rostro al recordar y revivir por todo lo que habían pasado, la tempestad hacía estragos en su interior, y al exigirle a su cuñado que dejara sus temores atrás, también se estaba obligando a él a exteriorizar toda esa carga que llevaba encima, pero que al igual que Marion, siempre procuraba ocultarles a todos a su alrededor, haciéndose el fuerte porque eso le habían enseñado sus padres desde que era un niño.

Richard se puso de pie y se sentó al borde de la cama para estar más cerca de su cuñado, se volvió a mirarlo sintiéndose mal por él, no era consciente de lo pasado con su familia, aunque sabía que sus padres y sus hermanos menores habían muerto durante la guerra, Marion nunca le contó cómo perecieron y tampoco sabía lo de la prometida de Manuelle, ni mucho menos que lo había sacado en esas circunstancias del hospital, arriesgándose tanto.

—Manuelle, no digas que no tienes nada, tienes a tu hermana y a Joshua. —Le puso una mano en el ante brazo para darle consuelo, porque podía ver que su cuñado lo necesitaba—. Y quizá no valga de mucho, pero me tienes a mí, nosotros somos tu familia —pronunció mirándolo a los ojos para que supiera que era sincero, que podía contar con él si necesitaba desahogarse.

—Sé que los tengo a ustedes, pero cuando digo que no tengo nada... Si amas a Marion sabes a lo que me refiero —acotó, sintiendo como las lágrimas le iban inundando la garganta.

Por más que intentó no mostrarse débil delante de su cuñado no pudo más y rompió a llorar como un niño, se llevó una mano al rostro porque quedar tan expuesto lo hizo sentirse avergonzado. Nunca había llorado delante de nadie, ni siquiera de Marion, cuando lo hacía era en silencio y en la soledad de su habitación ya que siempre le habían dicho que los hombres no lloraban.

—Está bien, Manuelle, no hay de qué avergonzarse, los hombres también lloramos así que no tienes por qué obligarte a no hacerlo, tú me has visto hacerlo miles de veces a pesar de que va en contra de mi crianza... Aún escuchó la voz de mi padre haciendo eco en mi cabeza *No llores, no puedes llorar, los hombres no lloran* pero hay un momento en que no se puede más y es mejor dejar salir todo ese llanto, si no lo haces será peor —dijo, palmeándole la espalda.

Después de un rato Manuelle ya estaba más calmado e incluso podía decir que se sentía más liviano, era como si al hablar de Diane y poder llorar su muerte junto a alguien más, lo liberase de ese peso que había cargado durante todos esos años. Sabía que su cuñado necesitaba hacer lo mismo, que necesitaba desahogarse y decirle la verdad sobre su vida a su hermana, solo así lograría continuar.

—Marion merece que te sinceres, que le digas la verdad, que dejes de lado la mentira en la que vives, al menos a ella cuéntale todo.

—Porque la amo es que no digo nada y me trago todo, Manuelle, tengo miedo de que cuando le hable de mi pasado y lo que le he ocultado, me odie y nunca pueda perdonarme —confesó con temor.

—Te perdonará, ella lo hará y si después de todo aún te quiere a su lado, yo no tendré el valor para ir en su contra. Ahora vaya, cabo, enfrente con valentía y coraje esa conversación pendiente. —Lo vio ponerse de pie y caminar hacia la puerta, lo detuvo con la mano en la perilla—. ¡Suerte, Richard! —acotó con una sonrisa, a la que su cuñado respondió de la misma manera, desde que lo conocía pocas veces lo había visto sonreír, esperaba que eso fuese un avance.

—Manuelle, mi nombre es Fabrizio Di Carlo... y si ves la caja de los medicamentos, sabrás porque pasaba horas observándola. —dijo, abriendo por fin la puerta y dejándola así.

Manuelle se llenó de curiosidad ante ese comentario, llegó hasta la mesa de noche y buscó dentro del cajón donde guardaba su hermana los medicamentos. Comenzó a mirarla para descubrir algo que tuviera que ver con lo que acababa de decir; sus ojos se abrieron con sorpresa cuando leyó debajo de las precauciones, que estos eran elaborados por Laboratorios Di Carlo.

Al escuchar Marion que la puerta se abría, se levantó inmediatamente y se encaminó hasta la habitación encontrándose en el pasillo con su esposo, quien al verla salió corriendo hasta ella, amarrándola en un fuerte abrazo mientras lloraba, entendiendo por fin todo el dolor que su esposa

había guardado. Lloraba por todo lo que se había arriesgado por él, por todos los peligros que afrontó, por saberla en medio de ellos y ahora más que nunca la amaba.

Todo su cuerpo convulsionaba ante el llanto, y Marion no podía más que acompañarlo porque necesitaba sacar toda la angustia de su pecho. Joshua los abrazaba a ambos y también lloraba al ver a sus padres hacerlo, aunque no entendía lo que sucedía; de pronto, Richard se apartó un poco y apoyó sus manos en las mejillas de ella para mirarla a los ojos y se dijo que a pesar de tenerlos inundados en lágrimas se veían igual de hermosos.

—Marión, amor ¿por qué siempre me has mantenido al margen? —preguntó acariciándole las mejillas y el cabello con manos temblorosas—. ¿Por qué no me habías contando por todo lo que has pasado? Lo de tus padres, el sacrificio que hiciste por mí... Marión, no merezco tanto —dijo entre sollozos y ella lloraba abiertamente, sabía que Manuelle había puesto al tanto de todo a su esposo.

—Mi vida, no digas eso, claro que lo mereces porque yo te amo... Si no te dije nada es porque no quería atormentarte con mis problemas, ya es bastante con los que tienes —respondió, limpiando con una mano las lágrimas de él, mientras que con la otra mantenía cargado a Joshua, quien miraba con ojos sorprendidos la reacción de ambos, en ese momento Richard cargó a su hijo para ayudarla.

—Tus problemas también son los míos —aseguró, dejando caer una lluvia de besos temblorosos en los labios de su esposa—. Somos una familia..., aunque sé que casi nunca he estado para ustedes porque he sido un cobarde. —Ella negaba con la cabeza mientras él afirmaba—. Sí, sí lo soy porque me aterra enfrentar mi realidad, pero Manuelle me ha dado el valor y creo que es hora de que te diga todo lo que me atormenta.

En ese momento Marion vio salir a su hermano de la habitación, pudo notar que se mostraba algo perturbado, sabía que, aunque siempre intentaba hacerse el fuerte, recordar todo el sufrimiento que pasaron debió afectarlo. Quería caminar hasta él y abrazarlo para reconfortarlo, pero la mirada de su hermano le advertía que antes debía hablar con su esposo, aprovechar que él estaba dispuesto a hacerlo por fin, ella le dedicó una sonrisa y asintió.

—¡Campeón! Ven acá. —Le pidió Manuelle a su sobrino, extendiéndole los brazos, al tiempo que le sonreía.

Richard lo bajó y Joshua salió corriendo, lanzándose a los brazos de su tío quien lo recibió entre cosquillas, sacándole pequeñas carcajadas. Le besó con ternura las mejillas, pidiéndole de esa manera perdón por haberlo asustado, pero todo lo que había hecho era también por su bien, no quería que su sobrino siguiese viviendo como lo hacía hasta el momento, merecía una niñez feliz.

—Ustedes necesitan hablar, mientras tanto nosotros nos quedaremos aquí armando un rompecabezas. —Les dijo para que buscaran un lugar donde pudieran hacerlo sin que el niño se viese involucrado en esa situación que era de adultos.

Richard asintió para asegurarle que haría lo que le había exigido, agarró de la mano de Marion y caminó con ella hacia al jardín, sabía que allí tendría la privacidad que precisaban; además, necesitaba respirar aire fresco para afrontar lo que le esperaba. Sentía que todo el cuerpo le temblaba a medida que avanzaba al gran árbol en un rincón del jardín, y poco a poco los miedos intentaban apoderarse de él, pero esta vez no los dejaría, debía derrotarlos para seguir adelante.

Capítulo 22

Cuando llegaron al jardín, se sentaron bajo la sombra del gran arce quedando frente a frente, él se acercó a ella hasta juntar sus labios y comenzó a rozarlos, poco a poco fue profundizando el beso. Ella le respondió con el mismo entusiasmo y él le entregó toda esa energía, la pasión y el arrebató de cuando apenas eran novios, haciéndola vibrar y gemir deseando más.

Se apartó lentamente para poder respirar, porque debido a su condición a veces le costaba mucho, pero no quería dejar de beber de la boca de su esposa, así que volvió a besarla despertando mil emociones dormidas, esas que solo él le hizo conocer y que se ya casi no se entregaban debido a los problemas vividos.

Si ella no lo perdonaba y tenía que irse, al menos se llevaría el sabor de los labios más dulces que había probado, esos que borraron aquellos besos fingidos. Una vez más fue bajando el ritmo del beso, se apartó lentamente de ella y clavó su mirada en el angelical rostro de Marion, la mujer que lo había regresado a la vida.

—Necesito empezar, pero me matan los nervios y no sé por dónde debo hacerlo —confesó con voz temblorosa.

—Creo que se empieza por el principio —respondió Marion y le entregó una sonrisa para infundirle confianza

—Ese es el problema, no sé cuál pueda ser el principio —mencionó, sujetando las pequeñas manos de su esposa.

—Richard, sea lo que sea, te prometo que voy a tratar de entender tus razones. —Lo miró fijamente a los ojos.

—Fabrizio —pronunció y soltó un gran suspiro—. Creo que debería empezar por allí; en realidad me llamo Fabrizio Alfonzo Di Carlo Pavese. —Tras decir su nombre, sintió como si una parte de ese peso que lo agobiaba se esfumase.

Marion contuvo el aire, ya su hermano le había insinuado varias veces que el verdadero nombre de su esposo no era Richard Macbeth, sabía que Manuelle lo decía por algo. Sin embargo, esperaba que al menos fuese Richard, pero lo único que reconocía de ese nombre era el Alfonzo y porque él se lo había puesto a su hijo.

En un principio no comprendió por qué no le había puesto Richard, ya que era lo más lógico y lo que los padres siempre hacían con su primer hijo varón. Cuando le preguntó por qué no lo llamaba como él, su esposo solo le respondió que le gustaba más Joshua, porque su significado en hebreo quería decir bendecido por Dios, y ella comprendió que era perfecto para su hijo.

—¿Por qué usaste otro nombre? —preguntó tratando de parecer lo más imperturbable posible.

—Amor, intentaré explicarte de la manera más sencilla todo lo que hasta este momento desconoces de mí, porque tú mereces que sea sincero contigo y porque ya no quiero seguir viviendo una mentira, pero no intentaré justificarme porque sé que he cometido muchos errores y algunos no tengo cómo repararlos, solo quiero que me escuches e intentes comprender —pidió, mirándola a los ojos, Marion solo asintió instándolo a continuar—. No soy de Devon, soy italiano... nací en Florencia.

—¿Por qué te hiciste pasar por otra persona? ¿Con qué objetivo entraste a la guerra? —inquirió con la voz vibrándole por los nervios.

Había escuchado de espías que entraban al lado enemigo enviados por sus superiores, para así reportar sus movimientos y estrategias. La sola idea de que su esposo fuese uno de esos hombres la aterraba, porque el peligro nunca desaparecía para personas como él, siempre eran perseguidos, cazados y juzgados.

—Necesitaba otra identificación porque aún era menor de edad y no podía entrar como voluntario. Al igual que muchos jóvenes, entré a la guerra con el ideal de servir y defender al pueblo del despiadado ataque de los soldados alemanes.

—¿Qué edad tienes? —preguntó sintiéndose desconcertada, ya que a veces actuaba y hablaba con tanta madurez, que llegó a pensar que era mayor de lo que le había dicho.

—Tengo veintidós años, no veinticuatro. —Vio como los ojos verdes de su esposa se abrían con asombro, así que le acarició con suavidad las manos—. Además, no podía entrar como italiano, para ese momento mi país no tomaba una postura, pero todo apuntaba que de hacerlo sería del lado de los alemanes, así que era muy peligroso que me registrara con mi nombre real, por eso tuve que usar otro ya que el mío me delataba demasiado.

—Comprendo —dijo asintiendo, porque ella misma acababa de juzgarlo en ese momento, creyendo que era un espía italiano.

—Aún recuerdo ese día como si fuese ayer, me escapé del colegio y fui hasta uno de los puntos de reclutamiento, pero estando allí me exigían un documento que certificara quien era para poder admitirme... Cuando estaba a punto de rendirme escuché a otros jóvenes que decían que podían conseguir identificaciones falsas —explicó mostrándose apenado porque sabía que había hecho mal.

—Eso es un delito, Richard. —Ella no pudo evitar reprenderlo.

—Lo sé, amor..., pero en ese momento yo no... no pensaba en ello, solo quería enlistarme, así que me uní a ese grupo y fuimos hasta el colegio Naval, ni siquiera había pensado en un nombre inglés, lo hice durante el tiempo que estuve esperando a que la fila avanzara... Era tan tonto e ingenuo que casi comento la estupidez de usar el apellido de un duque... ¿imaginas eso? —cuestionó con un gesto de burla hacia él mismo, y la vio negar porque ella poco comprendía de esas cosas, así que le explicó—: Hubiesen descubierto que mentía, Marion, porque el familiar del duque no hubiese tenido que formarse para sacarse un documento ni hubiese entrado como voluntario en un batallón de novatos, a esas personas les asignaban puestos junto a altos oficiales para evitar ponerlos en peligro.

—¿Qué hiciste entonces? —preguntó sintiéndose angustiada al ver el peligro en él que se había puesto, solo por esa tonta idea de ser un soldado, aunque no lo lamentaba porque de no ser así nunca lo hubiese conocido y no estaría a su lado en ese momento.

—Recordé el libro que había estado leyendo la noche anterior y no lo pensé dos veces para utilizar el apellido del protagonista, lo que, por supuesto era otra locura, pero los ingleses estaban tan ansiosos por voluntarios que ni siquiera se detuvieron a constatar si lo que decía era verdad... Solo tuve que decir que la necesitaba con el fin de entrar a la fuerza expedicionaria británica y de esa manera dejé de ser Fabrizio Di Carlo y pasé a ser Richard Macbeth —respondió y a medida que iba avanzando en su historia, sentía que no era tan difícil como había imaginado; por el contrario, contarle la verdad a su esposa estaba provocando un sentimiento de alivio en él.

—¿Por qué no me lo dijiste desde un principio? —cuestionó, mientras sus emociones se volvían un mar embravecido.

—No podía confiar en nadie. —Se sintió un miserable cuando su esposa le dedicó una mirada llena de resentimiento, así que quiso justificarse—. Amor, si le decía lo más mínimo a la persona equivocada pensarían que era un infiltrado.

Marion apartó su mirada de la de él sin poder creer que no confiara en ella, ¿acaso no se mostró lo suficientemente enamorada, como para que él supiera que nunca lo delataría? Sentía tanta impotencia que las ganas de llorar amenazaban con ganarle, pero tragó en seco para pasarlas y tranquilizarse, porque le prometió que lo comprendería y debía intentar hacerlo.

—Marion, lo siento. —Llevó una mano a su barbilla haciéndola volver el rostro para que lo mirara a los ojos.

—Continúa, por favor, Rich... Lo siento, Fabrizio. —Se sintió extraña al llamarlo así, pero suponía que debía acostumbrarse.

—Amor, si no te dije nada fue porque no quería involucrarte en tal delito, no quería que por ningún motivo te creyeran mi cómplice si llegaban a descubrirme..., pero no sabes cómo deseaba que susurraras al oído mi nombre y no el de Richard... porque a veces sentía que hacías el amor con otro y no conmigo —confesó y bajó la mirada sintiéndose avergonzado por pensar algo así.

—¡Qué tontería! Yo... yo... me entregaba a ti, sin importar si te llamaba Richard o... Fabrizio, siempre me entregué a ti. —Se defendió porque no era su culpa haberlo llamado por otro nombre que no fuese el suyo, si él hubiera sido sincero eso no habría pasado.

—Lo sé... sé que fue mi culpa, y te juro que había llegado a acostumbrarme a que todos me llamaran Richard, pero cuando estaba a solas contigo quería ser Fabrizio de nuevo —mencionó y vio como ella asentía dándole a entender que comprendía su punto, él soltó un suspiro y prosiguió —: pasé dos años en la guerra moviéndome por inercia, porque ya no podía hacer nada para salir de ese infierno y porque no sabía cómo afrontar a mi familia luego de haberme fugado dejándoles solo una carta. —Un par de lágrimas rodaron por sus mejillas, y ella apretó la unión de sus manos.

—Yo me ofrecí como voluntaria a la guerra porque necesitaba el dinero que ofrecían, mi madre estaba enferma y el tratamiento era bastante costoso; Manuelle, bueno el mundo militar era su pasión desde los dieciséis años se enlistó y estudió para dedicar su vida a ello, y sé que si no hubiese perdido las piernas estaría en cualquier base militar..., pero ¿cuáles fueron tus razones? —preguntó dedicándole una mirada donde le exigía que le dijera la verdad.

—La falta de dinero definitivamente no fue, y créeme que hubiese preferido que esa fuese la causa, pero fueron otros los motivos por los que decidí ofrecirme —dijo, bajando el rostro.

—Fabrizio... no sé si lo estoy pronunciando bien, es que aún no me acostumbro a llamarte así y creo que nunca lo haré...

—Tranquila, puedes seguir llamándome Richard... ya estoy acostumbrado y hace muchos años que nadie me llama Fabrizio. —Su voz no pudo esconder su tristeza, porque su padre fue el último que lo llamó así, ya que en el colegio lo hacían por su apellido.

—No..., no, te llamaré por tu nombre real, aunque al principio seguro me costará, pero a partir de hoy serás Fabrizio Di Carlo... —Le dedicó una sonrisa—. Fabrizio, quiero que me cuentes tus motivos... Creo que como tu esposa merezco que seas sincero.

—Marion... amor te contaré todo, pero quiero que sepas que te amo por encima de cualquier cosa —pidió y le besó las manos.

Ella asintió en silencio y un nudo de nervios se le hizo en la boca del estómago, al tiempo que sentía que sus manos y su nuca se cubrían de una ligera capa de sudor. Respiró hondo e intentó permanecer calmada para que su esposo se sintiese animado a continuar; era la primera vez desde que se conocían que él se mostraba tan dispuesto a hablarle de su pasado, porque ni en su época de novios fue así de abierto.

Lo vio quedarse callado mientras se sumía en sus pensamientos, pero no como lo hacía en ocasiones anteriores donde se perdía por completo, ahora él parecía muy consciente, lo sabía porque podía apreciar en su rostro que esos recuerdos eran dolorosos, lo dejaba ver fácilmente.

Le acarició tiernamente una de las mejillas y él levantó la mirada encontrándose con la de ella, luego tomó la mano que se posaba sobre su rostro y se la llevó a los labios depositándole un tierno beso, para luego mantenerla entre las de él.

Fabrizio dejó caer los párpados y respiró profundo para llenarse de valor, mientras buscaba dentro de su cabeza las palabras para compartir su pasado a la mujer que deseaba que fuese su presente y su futuro. Por un instante sus miedos intentaron apoderarse de él, pero no lo permitió, batalló contra ellos porque ya estaba cansado de ser un cobarde, no era ese el ejemplo que deseaba darle a su hijo, cuando abrió los ojos de nuevo no había dudas en su mirada y con esa resolución comenzó a relatarle su vida a su esposa.

Marion escuchaba atentamente a Fabrizio y mientras lo hacía sentía que por fin estaba siendo parte de la vida de su esposo, que ya no se vería asaltada por esas dudas que la habían atormentado durante años, porque entre los dos ya no habría secretos. Sin embargo, su felicidad duró poco, porque en cuanto él comenzó a hablar de una mujer de la que se había enamorado siendo apenas un chico, todas esas incertidumbres regresaron y comenzaron a golpear su corazón con tanta fuerza que le fue imposible esconder sus emociones.

Fabrizio, al ver las reacciones de Marion comenzó a sentirse arrepentido de haberle hablado de Antonella, no tenía por qué traer a acotación ese tema, tuvo que contarle solamente de su familia. Pero sabía que eso no habría sido honesto, porque ella le pidió que le dijera los motivos que lo habían llevado a enlistarse, y Antonella había sido el más fuerte de todos, él se fue a la guerra para olvidarla.

Ya no podía guardar silencio porque ella podría malinterpretarlo, así que decidió enfocarse en lo que fue su separación, en cómo Antonella lo había burlado y en lo cruel que fue cuando decidió acabar su relación. Aunque le dolía recordar todas las humillaciones que le hizo la mujer a la que tiempo atrás idolatró, no se calló ninguna, incluso le contó sobre la vez que la vio con otro hombre.

Marion no podía concebir que su esposo hubiese estado tan ciego para no darse cuenta de que esa mujer solo lo estaba usando, que él solo fue un juguete para ella y que una vez que se cansó lo desechó. Que ni siquiera le prestaba atención a los consejos de su padre porque solo creía en ella, y que incluso le diese más valor a esa mala mujer que a su propia familia, que estuviese dispuesto a abandonarlos para irse con ella, ya era demasiado, no podía seguir escuchando todo eso.

Todo empeoró en el momento que le confesó que se había enlistado para revelarse contra su padre, pero también para olvidarse de su examante, sus palabras le rompieron el corazón y no pudo más. Se llevó las manos a la cara para cubrirla y un gran sollozo brotó de sus labios acompañado de espasmos que estremecían su cuerpo, se soltó del agarre de sus manos, se puso de pie y comenzó a caminar para alejarse de él mientras lloraba descontrolada.

Fabrizio se quedó pasmado ante la reacción de su esposa, pero al ver que se alejaba se obligó a reaccionar y rápidamente llegó hasta ella, la sujetó por el brazo para detenerla. Todavía no terminaba su relato, debía contarle muchas cosas más y necesitaba que ella lo escuchase, ya no quería seguir teniendo secretos en su vida.

—Marion, por favor... necesito que me escuches...

—Ya no quiero hacerlo más, suéltame —pidió sollozando.

—Esto es que lo que temía... por eso no quería hablarte de eso.

—¿Temías decirme que solo he sido para ti un consuelo a tu despecho? —pronunció con rabia, mientras lo veía negar con la cabeza—. Me lo hubieses dicho desde el principio y no me habría ilusionado como una estúpida ni me hubiese entregado a ti. —La ira y el dolor hacían destellar sus ojos que estaban colmados de lágrimas.

—Marion, las cosas nos son así... —Fabrizio intentaba explicarse, pero verla de esa manera solo hacía que su temor a perderla lo bloqueara y no daba con las palabras para exponer su verdad.

—¿Cómo son entonces? ¿Cómo son, Richard?... —cuestionó furiosa, olvidándose de que ese no era su verdadero nombre, se soltó con brusquedad del agarre porque necesitaba alejarse de él —. ¡Eres un miserable, un desgraciado...! ¿Cómo pudiste hacerle eso a tus padres, a tu hermana? Ellos no se merecían todo eso, no merecían la angustia que les causaste, te has preguntando acaso ¿cómo hicieron para soportar tu supuesta muerte? —cuestionó mirándolo a los ojos.

—Ellos... ellos no saben que yo estoy muerto —respondió consciente de que alguien más estaba ocupando su lugar.

—La guerra terminó hace tres años y tú no regresaste, por supuesto que creen que estás muerto... Los destruiste, Fabrizio... y todo por una mujer que ni siquiera te valoró y que tampoco merecía la pena, y no te diste cuenta porque no quisiste ya que estaba claro.

—¡Lo sé! ¡Sé que los destruí y sé que me odian! —expresó en medio de un llanto cargado de dolor y rabia ¡contra él mismo, porque eso se lo confirmó el hecho de que nunca le enviarán una carta, aunque suponía que las cosas habían cambiado con la llegada del impostor que ahora vivía bajo su techo y se hacía pasar por él—. Eso es lo que me atormenta... es lo que no me deja vivir, saber todo el daño que le he causado a mi familia... y a todos a mi alrededor...

—Lo que no te deja vivir es que aún estás enamorado de Antonella Sanguinetti... ¡Eso es lo que te atormenta! ¡Que todavía la amas! —Le gritó sabiendo el dolor que ella misma se causaba con esas palabras, pero no podía esconder la realidad. Él negó en silencio, pero no se atrevía a hacerlo en voz alta—. No me lo niegues, mírame a la cara y dime que no la amas... Dime que no sientes nada por ella. —Le exigió una respuesta, pero él solo lloraba—. ¿Ves? —cuestionó, limpiándose las lágrimas—. No ganas nada con negarlo.

—No lo sé... ¡No sé lo que siento por ella! —exclamó sintiéndose acorralado. Su esposa soltó un jadeo cargado de indignación y dolor—. Solo sé que te amo a ti... Marión, tú eres mi vida, mi presente y mi futuro, ya el pasado no importa... Marión, tú me has dado más que nadie en este mundo. —Intentó sujetarle las manos para convencerla, necesitaba que ella le creyera y lo perdonara.

—No... el pasado sí importa... claro que importa porque es lo que te atormenta, y nunca serás libre mientras sigas pensando en esa mujer, mientras sigas sufriendo por ella.

—Marión, yo te amo, lo supe desde el momento en que te vi, desde que me reviviste, con tan solo ver tu sonrisa supe que serías quien me liberaría de tanto dolor y mentira, por favor, mi amor, tienes que creerme —rogó, mirándola a los ojos al tiempo que lloraba.

—Yo creía en Richard Macbeth, el hombre del que me enamoré y al que sin pensarlo le di todo de mí... hasta le di un hijo..., pero ese no existe... ¡No existe!... ¡Ese amor fue una mentira! —gritó ahogada en llanto y corrió hacia la casa.

Apenas se detuvo al ver a su hermano en el salón con Joshua dormido en sus brazos, solo negó con la cabeza cuando vio que iba a preguntarle, luego entró a su habitación y se encerró lanzándose a la cama a llorar. Sentía que todo por lo que había luchado durante años y que con tanto amor, dedicación y esfuerzo había construido se estaba derrumbando a su alrededor y no podía hacer nada, su vida con el hombre que amaba solo había sido un castillo de mentiras.

Fabrizio se dejó caer de rodillas sobre el pasto mientras todo su cuerpo se convulsionaba a causa del llanto, ni siquiera podía pensar y solo se estaba derrumbando nuevamente, pero el dolor en su pecho era mucho más fuerte a aquel que sintió cuando Antonella lo dejó en los andenes en Florencia. La verdad era que nunca había sentido algo parecido, ni el ardor de las quemaduras en

su espalda se acercaban a lo que sentía en ese momento y que lo estaba matando.

Pensó que hubiese sido mejor dejarse morir cuando cayó en el valle del río Somme, pero le había hecho una promesa a Marion, le había prometido que regresaría a ella y que formarían una familia juntos. Si no se dio por vencido esa vez no lo haría ahora, y si intentó hasta el último momento con Antonella, que no valía la pena como bien le dijeron su padre y Marión. ¿Cómo no iba a luchar por ella que lo había dado todo por él? ¿Por qué no intentarlo todo por la madre de su hijo, por la mujer que amaba?

Porque si de algo estaba seguro era de eso, él amaba a Marion y no la perdería, ya no seguiría siendo un maldito cobarde, era hora de retomar su vida y hacerlo junto a la mujer con quien la compartía. Se puso de pie y se encaminó al interior de la casa, pasó por la sala y Manuelle estaba sentado con su hijo dormido en los brazos.

—¿Qué carajos está sucediendo? —exigió Manuelle al verlo entrar.

—No puedo explicártelo ahora, necesito hablar con Marion.

Fue todo lo que dijo y siguió de largo por el pasillo, llegó hasta la puerta de la habitación, sujetó la perilla e intentó girarla, pero se encontró con que Marion le había pasado el pestillo. La soltó y se dejó caer sentado en el suelo apoyando su espalda en la hoja de madera mientras sentía que sus latidos eran cada vez más dolorosos y que el llanto en su garganta lo ahogaba.

Nota de autoras:

Querida lectora: te invitamos a conocer la historia de Fabrizio y Marion, en este material extra que les entregaremos en seis partes, y después de eso podrás continuar con la historia completa. Lo hicimos de esta manera para que pudieras disfrutar del amor de estos dos maravillosos personajes y así puedas comprender lo que se viene más adelante, esperamos que la disfrutes.

Con cariño,

Lily y Lina Perozo Altamar.

«Ven y descifra de mi corazón tanta confusión.»

Presiento, Miguel Ángel Baquero

Fabrizio se negaba a dejar que todo acabara de esa manera, no esperaba nada de la vida cuando conoció Marion, pero ella fue un milagro, el ángel que Dios había enviado para salvarlo del infierno donde se encontraba. Por eso no podía perderla, por eso y porque la amaba con toda su alma, con cada latido de su corazón, sollozó apoyando la cabeza en la puerta mientras las lágrimas bajaban por sus mejillas.

—Marion, perdóname... perdóname por tantas mentiras y por ocultarte tantas cosas, sé que tienes muchos motivos para estar molesta conmigo, pero te amo, solo Dios sabe cuánto y no me voy a rendir hasta hacerte saber que todo lo que llevo dentro de mí es para ti y para mi hijo, ustedes son la razón de mi vida... tú eres la razón de mi vida. —Sollozó dolorosamente al imaginar que los perdería, se llevó una mano al rostro y se limpió las lágrimas—. Amor, sabes que por ti no me rendí en la trinchera, que eras tú quien me daba la fuerza para seguir adelante, lo hacía por ti, sin siquiera saber que llevabas dentro el mejor regalo que me han dado en la vida, el milagro más grande que un ser humano pueda tener, tú has sido quien me lo ha entregado, solo tú has llenado mis días y mis noches, prueba de eso es que cuando no estás me derrumbo, mis fuerzas flaquean y me devoran los fantasmas, pero al mirar tus ojos todo eso se esfuma, se van porque saben que contigo no pueden... porque tú eres mi luz.

Marion podía oír con claridad la voz de Fabrizio al otro lado de la puerta, aunque deseaba no hacerlo para no creerle nada de lo que dijera, tampoco podía luchar contra su corazón que rogaba que le diera la oportunidad de explicarle todo. Ahogaba sus sollozos en la almohada cuando el dolor se hacía más intenso, pero lo peor era que esta tenía impregnada el aroma de su esposo y la idea de perderlo para siempre la llenaba de miedo y desesperación.

—¿Por qué tuviste que mentir tanto? —susurró llorando.

—Sé que me estás escuchando... así que no me iré de aquí hasta que te convenza de que mi amor por ti es verdadero... Tú llegaste a mi vida para sanar todas las heridas que traía y sabes que no te hablo de las físicas sino de las que tenía en el alma, tú iluminaste mi vida... Marion... tomaste ese sentimiento que yo creía muerto y con tu magia lo sanaste, lo hiciste mucho más fuerte y por ti me atreví a creer de nuevo en el amor, por eso sé que solo te quiero a ti, te quiero y creo en lo que siento porque es verdadero. —Cada una de sus palabras estaban repletas de convicción—. Lo supe desde la primera vez que tuve la dicha de verte, y no me importó lo que el teniente Collingwood me dijo en aquella ocasión, cuando me descubrió mirándote, aún recuerdo sus palabras... *La enfermera rubia es hermana de un teniente francés y porque lo conozco no se le ocurra volver a mirarla, ni siquiera pensarla... y búsquese mejor la muerte en el frente y no a manos del que quiere como cuñado.* Sin embargo, así como me lo dijo, así lo olvidé y me arriesgué.

Manuelle seguía en el salón con su sobrino en brazos y también escuchaba atentamente cada palabra de su cuñado, no por pecar de entrometido sino porque su instinto militar le exigía saber

más del hombre que vivía con su hermana. No pudo evitar que, tras escuchar esa última confesión, un intenso calor se apoderara de su rostro y la rabia se apoderara de él, al descubrir lo descarado que había sido.

«El muy desgraciado sabía que era mi hermana y aun así se atrevió a enamorarla... no le importó las consecuencias que eso podía traerle a los dos ¡era un inconsciente...! Ya cálmate, Manuelle, eso fue hace mucho..., pero no se librará que se lo reclame».

Sentenció en pensamientos, no se atrevía a esbozar palabra para no despertar a su sobrino y que después no lo dejara escuchar o que fuese a interrumpir la confesión de su padre.

Fabrizio soltó un suspiro recordando ese día en el que pensó que, a pesar de estar en el infierno, Dios no se olvidó de él porque había enviado al más hermoso de sus ángeles y lo había puesto frente a sus ojos. Sí, eso parecía ella, un ángel envuelto en escarcha brillando a través de la lluvia, tanta belleza hizo tambalear su mundo.

—Era imposible que no te pensara porque estabas instalada en mi cabeza, y por primera vez en dos años dormí tranquilo, sin sentirme culpable porque pensar en ti me hacía sentir libre, hacía que quisiera correr y gritar de felicidad... moría por buscarte y por ver tu sonrisa de nuevo... Amor, sé que quizá pienses que exagero, pero te juro que nunca, nadie...absolutamente nadie me hizo sentir lo que me provocaste tú cuando me dedicaste esa mirada fugaz.

Manuelle puso los ojos en blanco al escuchar esas frases tan melosas de su cuñado, quizá a su hermana no le parecía exagerado que se sintiera así con solo verla, pero él no le creía una palabra, los hombres no eran así. Ahora sabía por qué su hermana había caído rendida a él; la pobre era una inexperta en cuestiones del amor, seguramente nunca había escuchado a otro chico hablarle de esa manera, así que llegó este con toda esa verborrea y la ilusionó.

Fabrizio estaba tan dedicado a recuperar a Marion, que no le importaba la presencia de su cuñado a pocos metros de ese lugar, ni que pudiese estar escuchándolo y seguramente juzgándolo como lo había hecho su padre. El nunca se había avergonzado de mostrar sus sentimientos, ser hombre no debería ser un impedimento para expresarle a una mujer cuánto la amaba y si no lo hizo antes cuando su padre se lo exigía, no lo haría en ese momento.

—Recuerdo que Collingwood me ordenó ir con la comitiva que escoltaría al comandante Pershing hasta Doullens, pasé dos días alejado del campamento en Arrás y en lo único que podía pensar era en ti, en ese ángel que había visto caminar bajo la lluvia. Cuando regresamos una vez más estaba lloviendo y el camino había sido muy difícil, por lo que el comandante americano llegó sintiéndose mal, yo me ofrecí a llevarlo a las campañas de enfermería para que lo atendieran, y no me importó empaparme por completo porque lo único que deseaba era verte de nuevo —confesó sonriente al recordar la segunda vez que la vio—. Aunque tenía todas mis esperanzas puesta en ello, no imaginé que el milagro se me diera tan pronto, cuando recibiste al comandante, solo podía admirarte y me percaté de que eras mucho más joven de lo que pensaba, tus ojos reflejaban ternura, inocencia, sabía que eras una niña aún, pero me ilusioné enseguida, un ángel definitivamente, eso eras.

Marion se sintió atraída por el magnetismo que poseía la voz de su esposo y se acercó lentamente a la puerta, aprovechando que estaba descalza y que él no escucharía sus pasos. Se sentó adhiriéndose también a la hoja de madera, pero con el oído en esta, a pesar de estar muy dolida se le hacía difícil no escuchar a Fabrizio hablar de su historia con ella desde que se conocieron.

—*¿Qué tiene?* preguntaste, pero no mirabas al comandante, me mirabas a mí, y yo te respondí... *Creo que está enamorado* y tú me dedicaste una sonrisa que hizo que mi corazón se

acelerara, una sonrisa que desbordaba inocencia y tus mejillas sonrojándose fue lo más hermoso que había visto en mucho tiempo. Sin embargo, el comandante rompió la magia al decir: *No estoy enamorado, estoy mareado y tengo ganas de vomitar* y nos miró con reproche, eso hizo que una de tus compañeras se acercara para atender al hombre, le dijo que lo llevaría a una camilla y te haló por el brazo para llevarte con ella y con el americano, yo me quedé en la entrada sin despegar mi mirada de ti y tú volvías la mirada cada cuatro pasos... lo sé porque los conté — dijo, sonriendo con emoción.

Marion se llevó una mano a los labios para esconder su sonrisa, a pesar de que él no podía verla, sentía que no estaba bien que la hiciese sonreír porque debía estar furiosa. Sin embargo, no pudo luchar contra las emociones que despertaban en su cuerpo todos esos recuerdos, tampoco pudo hacer nada contra el suspiro que soltó en ese momento y que llegó acompañado de un par de lágrimas.

—Me molesté cuando me enviaron a cambiarme y se quedó otro soldado cuidando la entrada —continuó Fabrizio con su relato de ese día—. Quise regresar para verte, pero el teniente Collingwood no me quitaba la mirada de encima, supongo que sospechaba de mi interés en regresar a la campaña de enfermería, no quería perjudicarte así que tuve que desistir y conformarme con tu recuerdo—. La siguiente vez que te vi, fue dos días después cuando llegué con la herida de bala en mi pierna. Robert y yo hablamos tonterías mientras limpiábamos el armamento, si te digo que recuerdo lo que me decía él, te mentaría porque no le prestaba el mínimo de atención, solo pensaba en tus ojos, tu sonrisa, tus cabellos, tus labios tan rosados, llenos y hermosos. De pronto escuché el estallido e inmediatamente el calor que entró en mi muslo seguido de un intenso ardor. Seguramente aún recuerdas a Robert, mi pobre compañero fue quien se echó la culpa y le tocó trotar tres horas como castigo bajo la incesante lluvia de ese día.

—Me habías dicho que fue en un ataque masivo —susurró Marion, al tiempo que sonreía y negaba con la cabeza.

—No podía decirte que fue por estar pensando en ti —respondió, porque había alcanzado a escuchar su comentario, eso lo hizo sonreír, ella estaba allí y lo escuchaba—. Si eso llegaba a oídos del teniente, él mismo se hubiera encargado de sacarme la bala y ponerme en su lugar dos piedras de sal y suturar con ellas dentro. Sabes que nos teníamos terminantemente prohibido mirar a las enfermeras. —Fabrizio continuó, ahora con mayor dedicación—. Cuando entré a enfermería estabas atendiendo a otro, pero lo dejaste de lado y llegaste corriendo hasta mí, lo recuerdo como si fuera ayer, tus manos tomando la tijera y cortando el pantalón mientras mantenías tu mirada en mis ojos, me sonreías y a pesar de que el dolor era fuerte, yo también te sonreía.

—¿Cuántos años tienes? me preguntaste —mencionó Marion al otro lado, recordando ese momento—. Y respondí dieciséis.

—¡Dieciséis! Pronuncié con asombro, mientras pensaba que eras mucho más joven de lo que me esperaba, aunque en tu rostro y cuerpo no se apreciaba más de eso, tenías la edad de mi hermana y en ese momento te vi como a una niña. Creo que adivinaste mis pensamientos porque la sonrisa en tu rostro desapareció y te alejaste para buscar el material quirúrgico. Cuando regresaste estabas muy seria y sin previo aviso derramaste el alcohol sobre mi herida, yo me quejé ante el ardor, pero tú no te condoliste de mí y comenzaste a hurgar en la herida para extraer la bala.

—Lo del alcohol lo hice a propósito, me molestó que me vieras de esa manera, pensé que te gustaba en verdad, pero tu actitud me hizo sentir como la tonta chiquilla que aspiraba a llamar la atención del experimentado cabo que nunca se fijaría en ella —pronunció en un tono más alto para que él la escuchara—. Ahora comprendo el porqué, estabas acostumbrado a andar con mujeres

mayores.

—No fue por eso, te juro que cuando estaba contigo la última persona en la que pensaba era en Antonella..., ella ni siquiera me pasaba por la cabeza —alegó enseguida, no quería perder el pequeño acercamiento que estaban teniendo—. Fue a mi hermana Fransheska a quien me recordaste; sin embargo, eso solo duró un instante, porque cuando te tuve así de cerca en lo único que podía pensar era en probar tus labios y en acariciar tu dorada cabellera —dijo, esperando convencerla, pero al ver que ella no le daba una respuesta decidió continuar con su historia—. Después de casi una hora lograste sacar la bala para alivio de mi cuerpo, pero no de mi corazón, porque sabía que tendría que regresar a mi tienda y alejarme de ti... así que me arriesgué y te pregunté cómo te llamabas.

—Siento haber tardado tanto, pero estaba sumamente nerviosa, nunca había sentido tantas emociones mientras hacía un trabajo tan sencillo, por más que quisiera no podía concentrarme —respondió Marión, para que él supiera que eso no lo había hecho adrede—. Tus ojos me descontrolaban... y todo fue peor cuando me hiciste esa pregunta, mi corazón enloqueció y no sé de dónde saqué el valor, pero te dije: *Marion* luego sonreí y me sonrojé como una tonta.

—*Richard*, mencioné para hacerte saber el mío, me moría por preguntarte acerca de tu hermano, pero desistí porque esto era entre tú y yo. Así que me olvidé por completo de que eras la hermana de un teniente y me dije que si después de besar tus labios, esos labios que tu mirada me gritaban que eran vírgenes, si después de probarlos, venía tu hermano y me mataba, bien sabía que habría valido la pena porque tu mirada me alejaba de la oscuridad, me hacía sentir realmente vivo, como no lo sentía desde hacía más de dos años —mencionó y soltó un suspiro, recordando ese momento.

La respiración de Manuelle se volvió irregular al escuchar lo que acababa de decir el infeliz de su cuñado, no podía creer que aun sabiendo quién era Marion, tuviese la osadía de fijarse en ella y pensar en robarse su inocencia en cuanto la vio.

—¿Como se atrevió a pensar en eso? ¿A mirar descaradamente los labios de una niña? ¡Dieciséis años era lo que tenía! Era como mi hija, yo ayudé a mis padres a criarla y cuidé de ella, ahora veo que no lo hice lo suficiente, pero te juro que si me hubiese enterado te habría sacado las uñas una a una y después te volaba los sesos, de esa forma te la sacaría de la cabeza de una vez por todas, así le ahorra tanto sufrimiento —sentenció, pero al ver a Joshua en sus brazos, dejó de hacerlo porque si las cosas no hubiesen pasado como lo hicieron, su pequeño campeón no existiría. Le dio un beso en la frente y lo arrulló.

Fabrizio deseaba besar sus labios de nuevo, perderse en ellos hasta que todo el dolor y la culpa se alejaran de él, quería hacerle sentir que ella era la única mujer en su vida, pero mientras esa puerta se interpusiera entre los dos no podría hacerlo. Decidió continuar relatándole su historia, quizá de esa manera Marion lograba entender que realmente la amaba, que lo había hecho de la primera vez que la vio y no había dejado de hacerlo un solo segundo de su vida.

—Pasaron cinco días sin verte y no sabía qué hacer, estaba tan desesperado que hasta pensé en abrirme las suturas para regresar, pero sabía que era una locura. Cuando me sentí mejor, me arriesgué a ir a la campaña de enfermería con el pretexto de que revisaran cómo iba la herida, pero me atendió otra enfermera, tú no estabas por ninguna parte y no podía preguntarle a nadie por ti. Luego de quince días sin verte empecé a creer que te habían transferido, pero una mañana cuando estaba haciendo abdominales, mi mirada se topó con tu figura, quise ponerme de pie y correr hacia ti, por eso me detuve y el teniente al verlo me golpeó con su bastón en el estómago, me vi obligado a continuar, pero me arriesgué una vez más a mirarte y...

—Yo te miré y te sonreí, pero no podía detenerme a pesar de que lo deseaba con todas mis

fuerzas. —respondió Marion, sonriendo al recordar lo evidente que eran ambos, suspiró y continuó con la historia—. Había estado en un ambulatorio cerca de Verdún. Al día siguiente tendría mi día libre, me levanté a las diez de la mañana y me dirigí cerca del río, me gustaba estar en ese lugar. Tomé el sendero que estaba cerca de la tienda que ocupabas, para ver si te veía, pero de momento fue en vano, no me percaté de tu presencia y seguí caminado, cuando entré en el bosque descubrí que me seguías y me eché a correr... ¿No sé porque fui tan infantil?

—Te escondiste detrás de un árbol, pero no duraste ni un minuto porque asomaste la mitad de tu cuerpo y me sonreíste, esas sonrisas que me llenaban el alma y me dejaban sin aliento, haciendo que el corazón se me disparara y mis manos temblaran. —Siguió él, dejando ver una sonrisa radiante—. Luego te ocultaste de nuevo detrás del árbol, yo seguí tu juego e hice lo mismo, me escondí detrás de un roble y esperé un poco para dejarte ver la mitad de mi cuerpo. Nuestras miradas y sonrisas se encontraban, lo que no sabías era que yo me iba acercando cada vez más, hasta que llegué a tu lado sin que te dieras cuenta y por primera vez acaricié tu mano, pidiéndote permiso para tomarla, pero tú la retiraste y saliste corriendo.

—Me asusté, tu toque hizo que algo dentro de mí temblara y como nunca me había pasado nada parecido, no supe cómo actuar, por eso salí corriendo —esbozó sintiéndose apenada.

—Me desconcertó cuando te detuviste y te volviste sonriente, corrí hasta ti y acaricié tu mejilla sonrojada, cerraste los ojos por unos segundos y un suspiro se escapó de tu boca, me sentí embelesado por tu belleza, pero luego escapaste una vez más, adentrándote en el bosque, yo te seguí y lo logré alcanzarte, pero antes de que pudiera tocarte sentí que rozabas mis dedos. Traté de tomarte nuevamente, pero no pude y así lo hicimos un par de veces más... ¿Sabes? Lo que más me gustó de eso fue que no nos dijimos nada, solo sonreíamos y nos mirábamos a los ojos, no había necesidad de esbozar una sola palabra para decir lo que sentíamos.

Marion sollozó recordando lo hermoso que fue vivir todo eso con él, y cuanto había extrañado al joven que la hizo experimentar todas esas sensaciones por primera vez. Había luchado durante mucho tiempo por recuperarlo y parecía que estaba allí, justo detrás de esa puerta, pero seguía sin tener la certeza de que su corazón le perteneciera y eso la estaba matando.

—En medio de ese juego, te giraste y quedamos demasiado cerca, mi respiración se agitó igual que la tuya, cuando las sensaciones son por primera vez no podemos disimularlas y exactamente eso fue lo que pasó contigo, te miré a los ojos y llevé mis manos temblorosas a tus mejillas. —Fabrizio recordaba todo como el primer día.

—Yo cerré los ojos mientras mis brazos se quedaron suspendidos a cada lado, tuviste que doblarte un poco porque eras mucho más alto que yo. Un segundo después el cielo se rasgó liberando una lluvia torrencial sobre nosotros, pero no fue impedimento para que me besaras. Lentamente tus labios se posaron sobre los míos que estaban inmóviles, una sensación extraña pero placentera se instaló en mi estómago y en mi vientre, eran como cosquillas que se intensificaron cuando tu lengua rozó mis labios. —Ella lo acompañó en su relato.

—Me aparte un poco y me dijiste: *Lo siento, no sé besar*. Luego bajaste la mirada apenada y no sabes cómo me llenó eso, el sentimiento que embargó mi pecho fue único, tanto que me dieron ganas de llorar. Tus ojos se llenaron de lágrimas a pesar de estar bajo la lluvia lo percibí y te veías mucho más hermosa... tus labios rojos y fríos por la lluvia me invitaban a probarlos... quería probar nuevamente esas gotas de miel que fueron tus toques temblorosos.

—*No te preocupes*, me susurraste y me besaste de nuevo, acariciando con tu tibia lengua mis labios, moviste una de tus manos hasta mi mandíbula y con el dedo pulgar en mi barbilla ejerciste una suave presión para que mis labios se separan un poco, en ese momento succionaste suavemente mi labio superior y luego el inferior. Yo estaba entregada a esa maravillosa sensación

y cuando sentí que tu lengua rozaba la mía, un fuerte temblor me recorrió entera y mi respiración se hizo más agitada, mientras saboreábamos la lluvia que se confundía con nuestras salivas. — Marion se estremecía con solo recordar su primer beso.

—El sabor más maravilloso que mis labios y mi boca han probado, sentí que te costaba respirar y por eso me alejé un poco, pero para dejar que fuese mi aliento el que te llenara, luego volví a tomar tus labios, encontrando ese sabor puro e inocente que me enloqueció. Un trueno hizo temblar la tierra y aunque renuente tuve que dejar de besarte, me sonreíste tímidamente y te tomé de la mano entrelazándola nos dirigimos cerca del campamento, pero antes de llegar, me detuve y, mirándote a los ojos, te pregunté...

—*¿Marion quieres ser mi novia?* —completó ella.

—*¿Qué edad tienes?* me preguntaste, pensé que esa no era la respuesta, tendría que ser un sí o un no, por lo que me hiciste sonreír, solo tú habías logrado sacarme una sonrisa real después de dos años. Por fin respondí: *veinte*. Cuando en realidad tenía dieciocho, te quedaste en silencio lo que para mí fue una eternidad, luego asentiste con esa sonrisa brillante que posees, te acerqué y un nuevo beso floreció en nuestros labios, y ya no tenía que persuadirte con mi pulgar para que me dejarás hacer el beso más profundo.

Una sonrisa se apoderó de ambos, y ella al otro lado de la puerta se mordió el labio mientras sentía un deseo enorme de abrir esa puerta y comérselo a besos. Fabrizio también sentía lo mismo, elevó su mano dispuesto a llamar a la puerta, pero no lo hizo porque no se aprovecharía del deseo que vibraba entre los dos en ese momento, esperaría a que fuese ella quien le abriese y lo dejara entrar.

«Sirena y duende jugando en ríos revueltos.»

Presiento, Miguel Ángel Baquero.

Manuelle había rodado un poco la silla para escuchar mejor, hasta sus oídos llegó la voz de su hermana, se asomó con cuidado para que su cuñado no lo tomara por entrometido, pero todo seguía igual. Fabrizio, como le dijo que se llamaba, estaba sentado en el piso con su espalda apoyada en la puerta, y supuso que Marion le hablaba desde el otro lado; él negó con la cabeza ante esa actitud tan infantil por parte de su hermana, seguía siendo una niña a pesar de que se jactaba diciendo que ya era una mujer.

Se replegó de nuevo en la silla para esconderse al ver que su cuñado volvía la mirada hacia el pasillo, Joshua se removió en sus brazos y él comenzó a arrullarlo para evitar que se despertara. Luego siguió escuchando y sorprendiéndose en más de una ocasión al ver lo osado que fue su cuñado para abordar a su hermana de esa manera, cuando a él le llevó meses poder darle un beso a Diane y solo fue un casto roce de labios.

«¡Ay mal nacido! Te salvas porque tengo a Joshua en los brazos y no tengo piernas porque si no te saco a patadas de aquí. ¿Cómo te atreves a obligar a mi hermana a que te profundizara los besos? Eras un pervertido. Mira nada más, la chiquita no sabía besar... mejor no sigo escuchando esto porque voy a terminar matando a mi cuñado por aprovecharse de la inocencia de Marion».

Los pensamientos de Manuelle eran muy elocuentes, y en verdad quiso ir hasta su habitación y encerrarse allí a leer un libro, pero no podía moverse sin que su sobrino se cayera, tendría que despertarlo para decirle que se sujetara de su cuello. Además, también tendría que pasar por el pasillo y no sabía si lograría controlándose, o terminaría lanzándosele a su cuñado para romperle la cara.

—Demonios, tendré que seguir aquí, solo espero que esas confesiones no me provoquen un ataque al corazón —refunfuñó.

—Siempre nos encontrábamos en el bosque porque era el lugar más seguro, aunque no era fácil vernos, tú debías escapar de la supervisora y yo del teniente. Me impacientaba cuando tardabas y también lo hacía cuando veía que era yo quien no podía ir a tu encuentro. Qué contradictorio, en un momento de mi vida llegué a odiar todo lo referente a medicina, pero desde que te conocí comencé a adora ese olor tan particular de los hospitales que se concentraba en tu uniforme y que hasta hoy amo... Marión, amaba tu inocencia, tus carcajadas, cuando te ruborizabas si te adhería demasiado a mi cuerpo. Me hacías tan feliz que llegué a adorar ese infierno y si tengo que vivir todo de nuevo con tal de conocerte, te juro que me enlistó de primero —mencionó con total seguridad.

—Aún recuerdo cuando te sentí por primera vez y me asusté muchísimo... fue en uno de esos juegos de hojas secas, salí corriendo y tú me atrapaste bañándome con hojas, pero en un descuido tuyo tomé un montón en mis manos sin saber que llevaban tierra, te las lancé a la cara y te entró un grano de arena en un ojo, enseguida se te enrojeció y tratabas de sacártelo torpemente, así que me acerqué y te ayudé... pero aprovechaste que yo estaba concentrada en mi tarea de enfermera para tomarme por la cintura y tumbarme al suelo, te pusiste sobre mí y empezamos a dar vueltas sin

dejar de reírnos, hasta que al final quedamos igual que al principio tú arriba y yo abajo... —Se interrumpió sintiendo que sus latidos se aceleraban con solo recordar ese episodio, la primera vez que su instinto de mujer se hizo presente.

—Continúa —pidió él con la voz ronca por la excitación que le provocaba el recuerdo de la primera vez que la tuvo bajo su cuerpo.

—Sé que fue mi culpa por besarte, se supone que tú tenías que tomar la iniciativa, pero no pude evitar rozar tus labios y nos entregamos a ese beso que por mí hubiese eternizado... Ya tenía algo de experiencia porque nos besábamos mucho y sabía cómo usar mis labios, lengua y hasta dientes para complacerte. De pronto tus ojos se oscurecieron como el cielo cuando estaba a punto de caerse por una tormenta, tus manos acariciaban mi rostro y mis costados, causándome temblores en todo el cuerpo, estaba sumida en la sensación de los besos cuando sentí tus pulsadas en mi vientre. —Suspiró con ensoñación y una sonrisa adornó sus labios.

—Yo sentí cómo tu cuerpo se tensó y me paralicé de inmediato, creo que me asusté tanto como tú. Recuerdo que te pedí disculpas una diez veces mientras te ayudaba a ponerte de pie; sin embargo, el temor no desaparecía de tu mirada, y eso me hizo sentir horrible porque no quería ofenderte de ningún modo, simplemente no pude controlarme. —Fabrizio se perdía en sus recuerdos.

Manuelle abrió los ojos con asombro y boqueó un par de veces como pez fuera del agua, sin poder creer lo que estaba escuchando no solo en palabras de su cuñado también de su hermana. No obstante, negó con la cabeza asimilando que no había escuchado bien la parte de Marion, quizá ella solo quería jugar con las benditas hojas, solo eso y el otro abusador fue quien la incitó con sus artimañas.

«Esto es demasiado... demasiado... cómo podía tener esa reacción mientras jugaba con mi hermana. No, este hombre no es normal. ¿Marion con qué bestia estás viviendo? ¿Cómo permitiste todo esto?... Seguro te engatusó... ¿Pero qué dudas, Manuelle? ¿Acaso no estás escuchando que la engañó? Mi pobre hermanita una oveja en un campo atiborrado de lobos y se fijó en el peor».

Pensó sin saber si soportaría escuchar otra confesión como esa, además, sentía que de alguna manera estaba invadiendo la privacidad de su hermana. Miró a su sobrino que dormía plácidamente en sus brazos, y le dio pesar despertarlo, decidió quedarse un poco más; después de todo, siempre sintió curiosidad de cómo su cuñado había conquistado a Marion, porque era tan callado y raro.

Tanto Fabrizio como Marion se habían olvidado por completo de Manuelle, e igual que le pasaba años atrás, en ese momento solo existían ellos dos y el sentimiento que compartían. Recordar cómo se habían enamorado estaba fortaleciendo su amor y al mismo tiempo, los animaba a apostar por esa vida juntos que se prometieron.

—Uno de los días más difíciles fue ese veintitrés de abril, cuando tuvimos que separarnos porque una vez más sería enviado al frente, de nuevo iba rumbo al infierno de Ypres, donde los alemanes estaban atacando con todo su poderío... Recuerdo que en dos años de guerra no me había aterrado tanto morir como en aquella ocasión, y eso era porque ahora tenía un motivo para seguir vivo. Por suerte, nuestro batallón no fue enviado a Ypres, sino que nos quedamos en la aldea de Hulluch; sin embargo, allí también los alemanes estaban usando sus mortíferos gases, y como si de un milagro se tratase, el viento esa mañana viró hacia ellos haciendo que la tóxica nube se posara sobre sus propias trincheras, manteniéndonos a nosotros a salvo.

—Yo rezaba por ti día y noche, pidiéndole a Dios que te cuidara y te regresara a mí. Aunque el temor me invadía cada vez que veía llegar a los soldados heridos en el frente, siempre corría hasta el camión con la esperanza de que tu rostro no estuviese entre ellos. Pero mis miedos se

acrecentaban cuando veía a los que traían los cadáveres, no tenía el valor para acercarme a estos y enviaba a mi amiga Charlotte, ella te conocía y conseguiría identificarte... Te juro que hubiese muerto si me decía que estabas entre ellos.

—Regresé a ti casi dos meses después, estaba tan ansioso por verte que fingí que me sentía muy mareado y comencé a hacer arcadas para que el teniente Collingwood me enviara a enfermería. En cuanto te vi quise correr hasta ti para amarrarte a mí en un abrazo y besarte hasta quedarme sin aliento, pero tan solo pude acercarme despacio mientras seguía fingiendo para no levantar sospechas.

—Pensé que habías sido afectado por los gases y no pude evitar llorar cuando te recibí en mis brazos para ayudarte a recostarte en una camilla. Pero alejase todos mis miedos cuando me entregaste un guiño y me dijiste: *Estoy bien, solo quería verte*. Te juro que quise golpearte por asustarme de esa manera, pero tan solo pude acariciar tu frente, aunque me moría por besarte.

—Pero te vengaste poniéndome un suero fisiológico, con lo que odiaba las inyecciones. —Se quejó, pero sonreía.

—Lo necesitabas, estabas deshidratado y eso me dio más tiempo para tenerte junto a mí..., me encargué de limpiar tus heridas, aunque ninguna era de gravedad no podía evitar sentirme triste al ver que tu cuerpo tenía tantas cicatrices —esbozó con congoja.

—Mi alma tenía muchas más y esas también te encargaste de curarlas. —Quería que ella supiera todo lo que había hecho por él y cuán agradecido estaba por eso, cuánto la amaba por eso. Marion se quedó en silencio y él supo que estaba dudando de nuevo, así que cambió a un recuerdo más animado—. Amor, ¿recuerdas la primera vez que nos bañamos juntos en el río? No teníamos planeado nada solo caminábamos tomados de la mano, llegamos hasta el río y me dijiste que te querías bañar pero que no sabías nadar.

—Me dijiste que tú sí sabías, que si quería me podía bañar mientras me sostenías en tus brazos y no lo dudé, confiaba ciegamente en ti. —Sintió una presión en su pecho tras decir esas palabras, pero luchó contra sus ganas de llorar, no dejaría que lo que vivía en ese momento, empañara el hermoso recuerdo que tenía de su época de novios—. Empecé a quitarme el uniforme y te pedí ayuda, tus manos temblaban demasiado mientras me ayudabas y tus ojos se posaron en mi cuerpo cuando quedé solo con mi ropa interior.

—Me detuviste en mi recorrido visual cuando me dijiste con una sonrisa: *No tengo mucho tiempo*. Sin saber todo lo que causabas en mí, me obligué a controlarme una vez más y me quité las botas, seguido de la chaqueta y la camiseta, quedando solo con el pantalón, me lancé al río esperando que el agua fría me ayudara a bajar la temperatura de mi cuerpo, salpiqué mucha agua y casi te bañé por completo, lo que hizo que la delgada tela de algodón que te cubría, se hiciera casi transparente y que mis latidos se aceleraran al ver cómo se pegaba a tu cuerpo —confesó con la voz ronca.

—Yo quise desistir al sentir lo fría que estaba el agua, pero al verte tan a gusto no pude resistirme, recuerdo que te dije: *prepárate me voy a lanzar, Richard, no me vas a dejar ahogar*. Tú soltaste una carcajada y respondiste: *Me muero si lo hago*. Esas palabras fueron claves, así que me lancé con los ojos cerrados y sentí que me iba hasta el fondo del río, pero tú te diste prisa y me sostuviste entre tus brazos cerrando mi cintura con ellos, me adheriste a ti despertando en mi cuerpo miles de sensaciones, sentí tu fuerte abdomen pegado al mío mientras mis manos descansaban sobre tu pecho, tu respiración se hizo más pesada y tus labios empezaron a temblar así que me acerqué para unirnos en un beso. Mis manos comenzaron a recorrer tus hombros y tu espalda que eran tan fuertes, te miré a los ojos apenas teniendo fuerzas para respirar y de pronto me dijiste...

—*Marión, te amo...* —Fabrizio repitió lo que le dijera en aquella ocasión y suspiró—. Creí que nunca más le diría a alguien esa palabra de nuevo, ni que el hacerlo me sacudiera con mucha más fuerza que antes, decir *te amo* y sentir una emoción tan única... Esa que solo tú eres capaz de provocar en mí, pero tú no me respondiste, solo acercaste tus labios y me besaste, después pronunciaste...

—*Te habías tardado en decírmelo... yo te amo desde hace mucho... es más, creo que, desde antes de conocerte, siento como si fueras mi otra mitad.* —Ella también recordaba con exactitud lo que le respondió en ese momento—. De pronto me asusté porque tú solo me mirabas sin decir nada, imaginé lo que pensabas por eso me apresuré a decirte: *sé que es una locura, pero en verdad sabía que te amaba antes de conocerte, lo que nunca me imaginé fue encontrarte aquí, en medio de la guerra, ni tan pronto, esperaba que llegaras a mi vida cuando tuviese veinte y veintidós años, creo que no tengo suficiente edad para soportar la fuerza de este sentimiento.* Recuerdo que bajé el rostro sintiéndome apenada porque era verdad, habías despertado en mí el amor y era mucho más fuerte de lo que había leído en los cuentos de hadas, contigo me sentía distinta... me sentía mujer, aunque era algo contradictorio porque a veces también me sentía como una niña ... y me daba vergüenza confesarte que todavía dormía con oso de peluche —mencionó sonrojándose.

—Yo conocía esa fuerza, ya la había experimentado y en aquel momento también sentí que era demasiado poderosa para poder albergarla. No tenía ni idea de que podía serlo mucho más, pero tú me lo estabas enseñando en ese instante. Marion, contigo aprendí que el amor puede ser mucho más intenso y hermoso, que va más allá de una entrega física, contigo ese sentimiento tenía un equilibrio perfecto y te juro que no lo cambiaría por nada. —Le aseguró esperando que ella sintiera la sinceridad en sus palabras.

Sin embargo, ella se mantuvo en silencio, alimentando sus miedos de estar a punto de perderla para siempre, no podía dejar que eso pasara, necesitaba mirarla a los ojos y decirle que la amaba, hacerlo hasta convencerla de que ella era y sería la única mujer en su vida.

—Marión, en ese momento supe que, si todo el sufrimiento que me causó Antonella, fue para estar allí contigo, entonces había valido la pena, y le di gracias por haberme abandonado, porque si ella no lo hubiese hecho no te habría conocido y nunca hubiese llegado a sentirme tan completo, sin angustias, sin temores, nunca los sentí porque cuando te besé descubrí un mundo nuevo y que yo era el único en ocuparlo, eso me hizo ser el hombre más feliz sobre la tierra.

—No hablemos de eso, solo sigamos recordando nuestra historia —susurró con la voz ronca por las lágrimas.

—Está bien... Decidimos salir del agua y nos sentamos en las piedras para secarnos, me obligué a no mirarte hasta que tu ropa interior por lo menos se despegara de tu cuerpo, después de un rato alcé un poco la vista y vi que mirabas mi torso desnudo. Tu mirada, mezcla de inocencia y curiosidad, estuvo a punto de calcinarme, por lo que tomé rápidamente la camiseta y me la puse, tú volviste la mirada a otro lado para ocultar el intenso carmín que pintó tus mejillas, quisiste salvar un poco la situación por lo que me susurraste:

—*Solo estaba viendo el escapulario...* Pero era mentira, estaba viendo tu abdomen perfecto gracias a los ejercicios que te mandaba el teniente Collingwood, pero también quería ver el escapulario, en ese momento te acercaste a mí, lo sacaste y me lo mostraste con una sonrisa, al verlo supe inmediatamente y te dije:

—*Es san Bénézet.* Asentí en silencio y te conté la historia del escapulario colgando en mi cuello, unas lágrimas se asomaron a tus ojos al escuchar sobre mis temores de que me insultasen, yo no quería verte sufrir así que me acerqué y las sequé con mis labios. —Fabrizio tomó con una

de sus manos el escapulario que aún conservaba.

—*No deberían insultarlos, ustedes solo nos ayudan, tratan de protegernos.* Recuerdo que te dije y me abracé a ti fuertemente...

—Nos quedamos en silencio, luego te dije: *Marion sé de quién eres hermana y Collingwood me ha advertido que no puedo estar cerca de ti, creo que sospecha algo.* En tu rostro se reflejó el asombro e ibas a decirme algo pero te detuve: *No voy a desistir porque te amo como nunca había amado y no voy a renunciar a ti, así venga tu hermano y amenacé con fusilarme, lo enfrentaré con valentía, no voy a ser cobarde con esto que siento, te lo prometo,* dije mientras entrelazábamos nuestras manos.

—*Seremos como los amantes de la leyenda.* —pronuncié, emocionada al saber que no me dejarías.

—*¿Leyenda? No la conozco, me la cuentas.* Te pedí con una sonrisa, y tú se pusiste muy solemne, como si fueses una creyente ferviente de la misma —dijo sonriendo.

—*Cuenta la leyenda que en el año doscientos cincuenta después de Cristo, el emperador Claudio II. Pensó que los hombres casados tenían bajo rendimiento en la batalla y por esto ordenó suspender el matrimonio, pero ante esa loca orden, un obispo cristiano llamado Valentín, decidió que era mejor seguir uniendo a las parejas en la clandestinidad. Sin embargo, esa información llegó a oídos del emperador, este ordenó la ejecución de Valentín el catorce de febrero y por eso es que ese día se celebra San Valentín...* En ese instante no sabía el verdadero motivo, solo creía que había sido un capricho del emperador —confesó sonrojándose.

—Yo sí lo sabía, pero no te lo expliqué porque aún eras muy inocente, además, tú no ibas a bajarme el rendimiento porque no pensaba tocarte un cabello, aunque me muriera de ganas por recorrer con mis labios cada centímetro de tu piel. Antes debía hacerte mi esposa —comentó, sonriendo al recordar todo eso.

—Antes de despedirnos me dijiste que al día siguiente irías a Doullens por provisiones y yo te mencioné que era de esa ciudad, que ahí estaban mis padres y mis hermanos menores, tú me pediste la dirección para ir a verlos. Recuerdo que estaba muy nerviosa, pero sabía lo comprensible que era mi madre y te la di.

—No pude ir a su casa porque la situación era muy tensa en la ciudad, pero me hubiese gustado tanto hablar con ellos y pedirles tu mano en matrimonio. —Fabrizio escuchó un sollozo al otro lado de la puerta y se sintió mal por hacer que ella recordara a sus padres con dolor, sabía que los extrañaba—. Amor, lo siento, sé la falta que hacen los padres y también sé que ellos estarían orgullosos de la mujer que eres... no... no llores, mi vida... no lo hagas porque me rompes el alma. —Le pidió volviéndose para mirar la puerta cerrada, deseando entrar y consolarla como tantas veces lo había hecho ella con él.

—Estoy bien, sigue —respondió, sorbiendo sus lágrimas.

—Cuando regresé no sé qué locura se me había metido en la cabeza, pero quería casarme contigo, se lo dije a Robert y a John, ellos ya pensaban que estaba loco por mantener un noviazgo dentro del campamento, pero les rogué tanto que me ayudaran que no pudieron negarse. Ambos sabían cómo me sentía porque ya tenían esposas, incluso Robert había sido padre de un niño hacía poco y acababa de regresar de su permiso, recuerdo que no hacía más que hablar del pequeño... John ya era padre de dos niñas, gemelas que habían nacido poco antes de iniciar la guerra, ambos habían entrado para ganar dinero y poder mantener a sus familias.

—Los recuerdo, eran buenas personas —mencionó Marion, para que supiera que era consciente de quienes les hablaba.

—Los tres estábamos de permiso por haber viajado a Doullens, y aprovechamos que no

entrenaríamos, salimos a las cinco de la mañana en medio del batallón para pasar desapercibidos y fuimos hasta un hermoso lugar cerca del río, no nos importó que el agua estuviese helada, nos metimos a sacar las flores y adornamos el lugar —relató recordando a sus buenos amigos—. Debo admitir que todo fue idea de ellos, eran unos románticos y tenían más experiencia que yo, ellos vieron ese cambio que tu hiciste en mí y te lo agradecían... Después de dejar todo preparado, regresé al campamento, me cambié de ropa y fui hasta el lugar donde siempre te esperaba y te llevé conmigo, te juro que no lo había dejado así, pensé que habían sido Robert y John, pero al parecer la naturaleza se había puesto de nuestro lado y las flores en el lago se habían multiplicado.

—Recuerdo que no lo podía creer, era demasiado hermoso estaba repleto de flores de loto, me llevaste debajo de un árbol y cuando miré hacia arriba y este también estaba decorado con flores... Yo temblaba de la emoción mientras me ahogaban las ganas de llorar ante tanta felicidad, definitivamente eras un príncipe... —Suspiró emocionada la recordar todo eso y su corazón latía muy de prisa.

—Por ti sería capaz de convertirme en lo que sea, en un príncipe, en un soldado o simplemente en este hombre que con todo y sus defectos, solo quiere hacerte feliz —mencionó con la voz ronca por las emociones que sentía, pero al ver que ella una vez más se quedaba en silencio, decidió no presionarla y continuar—: recuerdo que estaba muy nervioso, mis manos temblaban cuando tomé la coronilla de flores que había preparado y te la puse, si te hubieses visto, estabas tan hermosa, definitivamente eras un ángel y por eso te pedí...

—*Marión, cástate conmigo* Yo dejé correr mi llanto y te dije que lo repitieras, quería escucharlo de nuevo.

—*Marion, cástate conmigo*, dije de nuevo y tu respondiste: *Sí, me casaré contigo*. La felicidad en mí no cabía, necesitaba compartirla contigo y por eso te acerque y tú me besaste, después del beso te diste cuenta de que estábamos solos y preguntaste:

—*¿Dónde está el sacerdote?* —inquirió con una sonrisa.

—*Valentín está aquí y nos mira desde el cielo, él nos va a casar*. Te dije mirando al cielo, luego te miré a los ojos y tomándote las manos comencé a entregarte mis votos: *Yo Richard Macbeth, te prometo a ti, Marion Laroche, crecer contigo, cobijarte con mis brazos cada día y cada noche, te prometo que mi amor te protegerá de todo aquello que pueda dañarte...* —suspiró tembloroso por las lágrimas que ahogaban su garganta y continuó—: *prometo llenar tu mundo como tú llenas el mío, que juntos podamos crear uno sin odios, sin mentiras o miedos, donde podamos ser libres para amarnos y tener a nuestros hijos, donde pueda hacerte feliz... Y prometo ser tuyo desde hoy y para siempre*. —pronunció sintiendo la misma emoción. Recordaba cada una de esas promesas y le dolía saber que no había cumplido ninguna, eso lo hizo sollozar.

—*Yo, Marion Laroche, te prometo a ti Richard Macbeth, ser la luz que le dé brillo a tus días, llenar de risas tu vida, ser tu amiga, tu amante y la madre de tus hijos... Prometo vivir junto a ti cada momento como si fuese el último, ser valiente ante las tempestades para que nuestro amor salga airoso, y si llegamos a naufragar, prometo crear una balsa que traiga a puerto seguro nuestro amor... Y prometo hacerte feliz y ser tuya desde hoy y para siempre*. —Marion tenía la garganta inundada en lágrimas y temblaba de la emoción.

—Con eso sellamos nuestro amor, te mencioné que Valentín había dicho que el novio podía besar a la novia y llevé mis manos hasta tus mejillas para regalarte mi vida en un beso... Lloramos de felicidad mientras nos besábamos y una vez más la lluvia aparecía de la nada para empañarnos por completo. Me dijiste...

—*Esa es la aprobación de Valentín. Y nos besamos...* fuimos tan felices en ese momento —

mencionó, sollozando.

—Marión, te amo... te amo... Sé que no he cumplido mis promesas, pero estoy dispuesto a hacerlo porque desde ese día mi amor por ti ha aumentado con cada respiro... Sé que te prometí un mundo sin mentiras y no lo he cumplido, te he ocultado muchas cosas, pero ya no quiero hacerlo más... no puedo con este peso, necesito dejar atrás mi pasado y comenzar una vida nueva, pero eso solo puedo hacerlo contigo porque tú eres mi fuerza, tú y Joshua son mi razón para vivir... por favor, no me abandones ahora, no lo hagas —pidió sollozando como un niño, sintiéndose aterrado.

Ella se quedó en silencio, y eso solo aumentó la angustia de Fabrizio, por lo que se llevó las manos al rostro, ahogando allí los dolorosos sollozos que brotaban de sus labios. Negó con la cabeza, respiró profundo y se limpió las lágrimas, no podía dejarse vencer tan fácil, debía luchar por ella y demostrarle que era la única mujer en su vida, que Antonella ya no significaba nada para él.

»Mi amor... perdóname por todos mis silencios, por las veces que me he ausentado, por cada lágrima que hice que brotara de tus hermosos ojos verdes... Marion... esa última vez en el frente me cambió, me perdí en medio de tanto horror y dolor... Me ha costado mucho encontrarme de nuevo, pero estoy aquí... soy yo, soy el hombre que te enamoró y si tengo que hacerlo de nuevo, te juro que lo haré, mi amor, estoy dispuesto a lo que sea por ti.

Manuelle no pudo evitar derramar algunas lágrimas al escuchar las promesas de su hermana y su cuñado, resultaba increíble cómo un amor así podía florecer en medio de tanto caos. Y estaba seguro de que si los dos ponían de su parte conseguirían superar cualquier cosa, porque era evidente que se amaban; en medio de esos pensamientos cayó en cuenta de que ellos solo habían hecho votos simbólicos.

«Esperen un momento, eso solo fueron promesas, no están casados, me han engañado todo este tiempo diciéndome que estaban casados y yo como un estúpido hasta me creí el nombre del obispo, qué iba a imaginar que era el de la fulana leyenda».

La sangre le empezó a hervir, despertó a Joshua porque con el pequeño en brazos no podía ir a su habitación y ya eran las once de la noche, eso había tomado más tiempo del esperado y por lo visto su cuñado no pensaba retirarse de la puerta. Logró que el niño se despertara sin hacer berrinche, lo puso de pie y lo vio caminar algo adormecido mientras se frotaba los ojos, pero antes de llegar a su habitación vio a su padre y se fue a sus brazos, Fabrizio lo recibió con una sonrisa y lo cargó haciéndolo dormir nuevamente.

Manuelle se deslizó en la silla por el pasillo miró por un largo rato a su cuñado sentando en el piso con el pequeño en brazos y la espalda apoyada en la puerta. No quería sumar más peso al que ya tenía, pero tampoco podía obviar que él y su hermana lo habían engañado.

—Si te perdona, lo primero que vas hacer es casarte con ella... no me interesa lo que tengas que hacer, pero buscas tus malditos documentos y te casas con mi hermana si no quieres que te saque el alma con mis manos —repuso con rabia.

—Manuelle, si Marion me abre la puerta, ahora mismo voy y me caso... en este instante me casaría sin siquiera pensarlo, amo más que nada en el mundo a tu hermana, nunca he querido hacerle daño, lo sabes bien —dijo mirándolo a los ojos.

—No querías y te metías con una niña de dieciséis teniendo veinte, un hombre con suficiente experiencia.

—Tenía dieciocho, Manuelle, y si tenía experiencia, pero no la usaría para dañar a Marión... ella lo sabe muy bien, tú lo sabes.

Manuelle no dijo nada, solo entró a la habitación y cerró la puerta mientras la mirada de

Fabrizio se perdía admirando el rostro de su hijo dormido en sus brazos, al tiempo que le rogaba a Dios para que la mujer a la que amaba le diese la oportunidad de reparar todo el daño que le había causado. Una vez más los recuerdos se apoderaban de él, llevando a revivir uno de los días más felices de su existencia.

«El milagro anhelado por fin se ha consumado.»

Presento, Miguel Ángel Baquero.

24 de junio de 1916

El cielo estaba despejado esa noche y se mostraba como un hermoso manto de terciopelo negro, adornado por incontables estrellas que titilaban con fuerza. La luna llena en su punto más alto derramaba su luz plata sobre el hermoso valle que no había sido devastado por los cañones, ya que estaba lejos del frente y aún conservaba su esplendor, rodeado de flores silvestres que cubrían el pasto de un intenso verde que se asemejaba a una mullida alfombra.

Marion estaba sentada sobre el tronco caído de un viejo árbol, mientras admiraba el hermoso espectáculo que le ofrecían las luciérnagas que adornaban los árboles y el campo frente a ella. Suspiró con algo de desilusión, pues ya tenía un buen rato esperando a Richard y él no llegaba, pensó que de seguro no pudo escapársele al teniente, estaba por levantarse cuando sintió unos brazos que rodeaban su cintura y unos labios tibios besar tiernamente su cuello.

—Pensaste que ya no vendría. —Le susurró al oído.

—¡Me has asustado! Sí, ya estaba por marcharme.

—Lo siento —mencionó, al tiempo soltaba la diminuta cintura y tomaba asiento a horcajadas en el tronco, la rodeó con sus brazos y la pegó a su pecho, descansando su barbilla sobre el hombro de Marion, luego de darle un suave beso—. Es que el teniente nos reunió.

—¿Qué les dijo? —preguntó mientras acariciaba los brazos de su esposo que estaban amarrados su cintura nuevamente.

Richard llevó una de sus manos hasta la barbilla de Marion mientras que con la otra le acariciaba quedamente la espalda con sus dedos. Ella volvió la mirada y se hundió en los iris azul mar, que estaban más oscuros por la noche, algo en su mirada hizo que un miedo la calara por completo por lo que su cuerpo se estremeció.

—¿Tienes frío? —preguntó tratando de parecer tranquilo.

La angustia que se había apoderado de él luego de la reunión con Collingwood, no lo abandonaba. Ella negó con un movimiento de cabeza, pero él se quitó la chaqueta y la puso sobre sus hombros, porque esa noche estaba helando.

—¿Para qué los reunió el teniente? —inquirió con la voz quebrada ante el presentimiento y la actitud taciturna de él.

Fabrizio se acercó aún más a ella posándole las manos sobre las mejillas y capturó suave, lenta y tiernamente los labios, pidiéndole permiso con su lengua para disfrutar del interior de su boca. Marion cedió entregándose a las placenteras sensaciones; sin embargo, el temor no mermaba, ella alejó un poco sus labios, pero mantuvo su frente pegada a la de su esposo, lo vio abrir sus párpados lentamente y su mirada estaba cristalizada por las lágrimas.

—¿Richard? —susurró sintiendo una presión apoderarse de su pecho, mientras sus propias lágrimas estaban a punto de desbordarla.

—Nos movilizan —respondió mirándola a los ojos.

—¿Muy lejos? —Sintió las lágrimas deslizarse por sus mejillas.

—Al Valle del Somme —contestó con sinceridad, no ganaba nada con seguir reteniéndolo, ella se enteraría de todas formas.

Marion lo miró horrorizada y su llanto se hizo más copioso, sintió que su corazón se apretaba dolorosamente y un sollozo escapó de sus labios. Después de retenerle la mirada por unos segundos se abrazó fuertemente a él, y los sollozos se hicieron mucho más fuertes, estremeciendo todo su cuerpo mientras el llanto bañaba su rostro.

—Marion... amor, no te pongas así —pidió, acariciándole la espalda, mientras ella se aferraba a él con más fuerza.

—Richard... ¿cómo no quieres que sufra?... Si una vez más te vas al frente y tendré que vivir toda esa angustia de no saber de ti de nuevo —mencionó ahogándose con los sollozos.

—Mi vida, no me voy al frente, solo iremos al valle para ser relevo en las trincheras... allí estaremos a salvo.

—No me mientas, ya sabes que el Valle no es seguro, que da lo mismo estar allí, en Ypres o en Verdún —refutó, apartándose del abrazo, llevó sus manos al rostro de Richard y lo miró a los ojos —. No quiero que estés en ese infierno de nuevo, no lo quiero.

—Está bien... no te mentaré, los oficiales planean una gran ofensiva para terminar con la guerra, por eso necesitan de cada hombre en el Valle... Y a ustedes las van a trasladar a Doullens para que estén más seguras, porque sabemos que la fuerza alemana se va a concentrar aquí... y en caso de que sean ellos los que logren avanzar no queremos que las tomen como prisioneras...

—¡No!... Yo no me voy a ir... yo te esperaré, Richard —dijo negando con la cabeza y más lágrimas se hacían presentes.

—Marion, debes seguir las órdenes de tus superiores, no puedes quedarte aquí... Arrás ya no será seguro.

—¡No me importa! Amor, no me pidas eso, no iré a ningún lado, me quedaré... de seguro van a necesitar voluntarias en el frente, así que me ofreceré —pronunció, llorando con desesperación

—¡No, Marión! Por favor, no se te ocurra hacer algo como eso, te amo demasiado y no quiero que te pase nada, por favor, necesito que te montes a ese camión mañana y te quedes en Doullens, allí estarás segura... —Le suplicó llorando.

—No quiero que te pase nada, Richard, me muero si te pasa algo.

—No me va a pasar nada, voy a regresar por ti... para hacerte mi esposa y la madre de mis hijos. —Le aseguró con voz trémula.

—Soy tu esposa... soy tu esposa, san Valentín nos casó —aseguró mirándolo a los ojos, porque en su corazón así lo sentía.

Se acercó y le dio un beso cargado de amor, sintiendo que su cuerpo se exigía entregarse por completo, no quería que él se marchase sin haber consumado su unión. Deslizó sus manos buscando los botones de su uniforme y comenzó a soltarlos, luego las acercó al abdomen de Richard y con movimientos temblorosos intentó subirle la camiseta, pero él se apartó del beso y la detuvo.

—Marión... no... esto no es necesario, mi amor yo quiero que sea especial, cuando estés segura y podamos disfrutarlo plenamente, no que lo hagamos porque nos separaremos por un tiempo —mencionó, mirándola a los ojos para que viera que era sincero.

—Estoy segura... estoy segura —pronunció al tiempo que lo besaba con premura—. Nunca en mi vida he estado tan segura de algo... quiero ser tu esposa como debe ser —agregó, volviendo a su uniforme para quitárselo completo.

—Marion... yo también estoy seguro de desear esto, pero quiero que podamos recordar este momento como algo mágico...

—¿Y es que acaso puede existir algo más mágico que esto? Mira este cielo estrellado y lo hermosa que luce la luna, este campo lleno de luciérnagas, el sonido del río... tú y yo... mi amor, te aseguro que este será uno de los tantos bellos recuerdos que atesoraremos para siempre, hagámoslo realidad —pidió con la mirada brillante, llena de anhelos y certezas, mientras entrelazaba sus manos a las de él.

—Lo único que deseo de ahora en adelante es hacerte feliz, y si quieres que consumemos nuestro amor, así lo haremos —pronunció con la voz vibrándole por la emoción.

Se adueñó de sus labios con un beso suave que se desbordaba en ternura, porque quería que ese momento fuese especial para los dos, pero sobre todo para ella. Llevó sus manos para ayudarla a quitarse la parte de arriba de su uniforme, tal como hizo el día que se bañaron en el río, luego se apartó un poco y la miró, necesitaba asegurarse de que ella no lo estaba haciendo por sentirse presionada, sino porque en verdad lo deseaba; y su mirada brillante y oscura le dio la respuesta que necesitaba, así que le tendió la mano y se puso de pie junto a ella.

Marion lo acompañó alejándose un poco del tronco quedando en medio de ese claro rodeado de flores y luciérnagas, sintió que él le entregaba una caricia íntima y lenta en su espalda, haciéndola estremecer. Después bajó las manos lentamente y desabrochó el botón que sostenía su falda, esta fue a parar a sus pies y ella empezó a temblar, por lo que Richard se detuvo para mirarla a los ojos.

—No te va a pasar nada malo —susurró, acariciándole las mejillas.

—Lo sé —respondió asintiendo y entregándole una sonrisa, para hacerle saber que no tenía miedo.

Ya sabía en lo que consistía la unión entre un hombre y una mujer porque había escuchado a muchas de sus compañeras hablar de ese tema. Richard y ella no eran los primeros que entablaban una relación, muchos otros también lo habían hecho, incluso algunos doctores y oficiales también tenían relaciones con las enfermeras, porque la guerra no era más poderosa que el amor.

Richard se llevó las manos al cinturón y lo desabrochó lentamente sin apartar su mirada de Marion, se deshizo de las botas y luego dejó caer su pantalón, mientras ella solo lo miraba con esa mezcla de deseo e inocencia que le calentaba la piel. Se acercó nuevamente hasta ella y le rodeó la cintura con los brazos mientras sus labios recorrían las tersas mejillas, su mandíbula y sus hombros, podía sentir que ella vibraba con cada roce de los labios.

Él se sentía quizá más nervioso que ella porque no sabía cómo actuar en ese momento, a pesar de contar con mucha experiencia en el plano íntimo, no podía solo desbocarse en Marion porque ella era virgen. Sabía que debía ser cuidadoso, aunque la excitación que corría por sus venas era tan poderosa que incluso su hombría estaba más rígida que nunca, a lo mejor era por el tiempo que había estado sin tener relaciones o porque Marion provocaba en él sensaciones más poderosas, no lo sabía con certeza, pero necesitaba contenerse.

—Eres tan hermosa —susurró cuando soltó su cabello que era como una cascada dorada y caía más allá de su cintura.

—Tú también eres hermoso —murmuró Marion sonrojada, al tiempo que le acariciaba el pecho y los hombros.

—Te adoro —susurró, dándole suaves besos en el cuello para intentar relajarla. Fue bajando su ropa interior hasta sentir que caía a sus pies, notó que ella intentaba mirarlo, pero la detuvo para que no se asustara al verlo tan erecto—. Mírame a los ojos, solo mírame a los ojos, amor —pidió, rozándole los labios.

Bajaron hasta quedar sentados en el pasto, él agarró su chaqueta y la extendió para acostar a Marion, ella se veía tan hermosa envuelta por la luz de la luna, que lo hizo suspirar. Se tendió a su

lado y comenzó a besarla, dejando que su lengua recorriera su maravillosa piel encontrando un sabor único y exquisito, sintió que ella se estaba reprimiendo así que quiso animarla a ser parte de ese preámbulo.

—Amor, has lo que tu cuerpo te pide, tócame, bésame... no te cohíbas —susurró a su oído, mientras sus manos iban bajando.

—Richard... no sé, siento una mezcla de miedo y de deseo —confesó mientras sus manos trémulas bajaban por el pecho de él.

—Yo también, mi amor —respondió dándole un suave beso en los labios—, pero no tienes por qué temer, porque yo siempre... siempre estaré cerca de ti, para cuidarte y hacerte mi mujer como pienso hacerlo ahora y como lo haré por lo que me queda de vida — susurró con la voz vibrándole, pensó que ese nerviosismo solo lo sentiría una vez en la vida, cuando dejó de ser virgen, pero en ese momento estaba instalado en todo su ser y era mucho más intenso.

—Contigo me siento mujer, Richard... me siento mujer desde la primera vez que nos besamos, siento cómo todo mi cuerpo se enciende —susurró extasiada por todo lo que sentía.

—Sí, yo también puedo sentirlo, ese calor en tu cuerpo es... —La miró con devoción, acariciándole el rostro—. Quizá te va a sonar exagerado lo que te voy a decir, pero eres como un faro... yo estaba a la deriva, en la oscuridad y tú encendiste una luz y me salvaste.

—Esa luz es mi amor, Richard... esa luz que se me desborda por la piel es mi amor por ti. — Se abrazó a él mientras las lágrimas de felicidad la desbordaban—. Te amo, Richard, te amo tanto.

—Yo también te amo, Marión... tú eres lo mejor que me ha pasado en la vida y te juro que te voy amar siempre.

—¿Por encima de todo? —preguntó, besándolo.

—Por encima de todo, Marión. —Eso era ella para él, paz, tranquilidad, esperanza. La besó con devoción y ternura.

Marion alzó los brazos al descubrir el deseo de Richard por desnudarla, pero al sentir que sus senos quedaban al descubierto, el pudor hizo que los cubriera con sus brazos. Richard le agarró las manos y las alejó sonriéndole, luego la abrazó con cariño y la sensación de los senos tibios de Marion pegados a su pecho fue única, se alejó un poco y los admiró; eran pequeños, sumamente blancos y adornados apenas por dos capullos de rosa.

—Son hermosos, amor, no tienes por qué ocultarlos. —Bajó y los besó apenas rozándolos para no asustarla, haciendo que ella se estremeciera y que de su boca se escapara un gemido—. Eres todo... todo para mí, mi amor —susurró, acostándola sobre la chaqueta.

Richard se acomodó en medio de las largas y delgadas piernas de su esposa, que lo esperaba como alas de mariposa, al tiempo que se dedicaba a recorrer con besos el rostro de Marión, mientras ella acariciaba con timidez su espalda. Sintió que se dejaba llevar por su instinto femenino y bajaba un poco más rozando sus nalgas, mientras él acariciaba su vientre tembloroso y subía para cubrir uno de sus senos, apretándolo suavemente.

Marion lo sintió acomodarse encima de ella, haciendo que todo espacio entre los dos desapareciese; tembló al sentir la humedad y la dureza de la masculinidad de Richard rozando su vientre. Eso hizo que algo estallara dentro de ella, provocándole miles de emociones, haciendo que de su interior brotaran por primera vez, fluidos producidos por el placer.

—Richard, me siento como si estuviese cayendo de un precipicio —dijo sin dejar de rozar sus labios temblorosos con los de él—. Es una sensación demasiado fuerte. —Suspiró besándole el cuello y el rostro—. Demasiado hermosa. —Tenía ganas de llorar, pero no era porque Richard se marcharía, era algo más, una emoción que no conseguía definir y que a cada instante crecía más y

más.

—Dame la mano. —La sujetó con delicadez y firmeza al mismo tiempo, mirándola a los ojos —. Y lancémonos juntos por ese precipicio —dijo, dispuesto a hacer suyo el cuerpo virgen de Marión.

Se hundió en la boca de su esposa con un beso apasionado, al tiempo que su masculinidad abría las puertas de ese templo que no había sido profanado y su cuerpo se sacudía ante la anticipación sabía que tenía que hacerlo lentamente, darle el tiempo a Marión.

—¿Por qué tiembles? Richard, tiembles demasiado... me asustas —cuestionó, apartándose del beso presa de su propio nerviosismo.

—No tienes que temer, amor... solo tiemblo por ti, solo por ti —respondió entrecortadamente y volvió a tomar su boca, entrando en ella, Marion ahogó un jadeo de dolor y se aferró a su espalda mientras unas lágrimas corrieron por sus sienes—. Amor, lo siento... mi vida, perdóname —suplicó, retirándose un poco y saliendo de ella mientras le limpiaba las lágrimas y él también empezó a llorar, nunca había experimentado esa mezcla tristeza y dolor al ver llorar a la persona amada—. Marión... mejor no, esperemos, mi amor, no quiero hacerte daño, dejémoslo para otro día, otra ocasión.

—No... no, Richard... sigue, por favor, te necesito... sí me duele, pero lo soportaré, es que es más grande el deseo que siento de ser tu mujer —pronunció deseando ser valiente para él.

—¿Estás segura? —preguntó dudoso, mientras le acariciaba el rostro para secarle las lágrimas.

—Sí... sí. —respondió, aferrándose nuevamente a su espalda—. Estoy segura, mi amor, te necesito —susurró besándole el cuello.

Él suspiró llenándose de paciencia y volvió a entrar en ella, la vio apretar los labios conteniendo sus gemidos y eso lo hizo detenerse, pensando que quizá ella no estaba preparada para tener relaciones, apenas tenía dieciséis años, su cuerpo era demasiado joven para vivir todo eso y él debía darle tiempo a que madurase. La preocupación le impedía disfrutar de aquel encuentro que deseaba que fuese mágico y perfecto, pero quería complacerla, así que se quedó quieto dentro de ella y le besó el cuello con dedicación.

A Marion, el ardor una vez más hacía correr sus lágrimas, un jadeo de dolor brotó de sus labios al sentir que él se quedaba una vez más a la mitad, sin terminar de romper esa barrera que le impedía llenarse de alivio. Se aferró con su boca al hombro de Richard para soportar, porque sentirlo pulsando allí, sin terminar de llegar a donde lo necesitaba, solo hacía que le doliera aún más.

Decidió seguir su consejo y hacer lo que el cuerpo le pedía, así que se aferró con sus piernas a las caderas de él y elevó su pelvis haciendo que la atravesara completamente. Jadeó con fuerza ante el dolor que le provocó el desgarre en su interior, pero también al librarse de la agonía que él le estaba propiciando al ser tan cuidadoso, empezó a moverse lentamente sintiendo que eso la ayudaba a acostumbrarse a sentirlo en su interior y el dolor comenzó a menguar.

Richard sintió que Marion le exigía moverse, así que lentamente fue aumentando el ritmo de sus caderas, mientras leves temblores viajaban por todo su cuerpo y el calor en su interior era cada vez más intenso. Los gemidos de placer de su esposa lo estaban volviendo loco de deseo, quería desbocarse en ella y hacerle el amor como estaba acostumbrando, pero temía hacerle daño.

—Marion... —susurró a su oído, luego se movió para mirarla a los ojos—. ¿Ya no te duele? —preguntó con la voz ronca. Ella negó con la cabeza y le dedicó una sonrisa que lo llenó de alivio—. ¿Puedo ir más rápido? ¿Te gustaría que lo hiciera? —sugirió, mirándola a los ojos y rozando sus labios con ternura.

—Sí... quiero sentirse más... —respondió temblando y con la mirada brillante por el placer que le estaba haciendo sentir.

Marion se sintió feliz cuando él la envolvió con sus brazos haciéndola sentir amada y especial, su corazón se desbordó de felicidad y se acercó para besarla con intensidad. Él conquistaba su cuerpo con poderío, arrancándole jadeos de placer y dolor cada vez que la embestía con fuerza; ahora comprendía porque Richard le pidió que lo mirara a los ojos, acaso no sabía que no solo la vista podía apreciar el tamaño.

Su mente empezó a nublarse, sus pulmones se vaciaron y todo a su alrededor desapareció, incluso le pareció que el tiempo se detenía, era una sensación nueva, maravillosa y única, solo esperaba que Richard no la abandonara, que no saliera de ella por nada del mundo. Los gemidos se agolpaban en su garganta, su cuerpo se arqueaba y los espasmos lo sacudían, mientras le era imposible abrir los ojos, era la sensación más maravillosa que había vivido hasta ese día.

Richard la llevó al cielo porque sentía que casi podía tocar las estrellas, estaban tan cerca que las veía destellar mostrándole hermosos colores. Lentamente su cuerpo fue bajando tan ligero como la pluma que se desprende de una gran ave que surca el cielo y se desliza en medio de la brisa.

Suspiró con ensoñación siendo consciente de él una vez más, sintiendo su temblor, el fuego de su piel y su sudor que la empapaba, mientras escuchaba su respiración afanosa cerca de su oído. De pronto se detuvo anclándose tan profundo en su interior, que su cuerpo se arqueó sintiendo una punzada de dolor y placer recorrerla, luego un líquido tibio inundaba su ser, la llenaba por dentro, desbordándose dentro de ella.

—Te amo —susurró con la voz agitada. Marion se sentía más cansada que cuando hacía turnos dobles, pero era el cansancio más hermoso que había experimentado—. Richard... nunca pensé que se podía sentir algo tan fuerte por alguien —confesó extasiada.

—Te amo, Marión... por todo lo que me has enseñado, por mostrarme otro mundo dentro de este —dijo, besándole la frente, se tendió junto a ella y la recostó en su pecho para dejarla descansar.

Después de un rato Marion fue consciente de la hora, debía volver al campamento antes de que alguien notara su ausencia, se levantó quedando sentada, agarró su camisola y se cubrió mientras admiraba a Richard. Él la miraba y acariciaba uno de sus brazos con esa cara sonriente que ella adoraba, aprovechó y dirigió la mirada a la parte sur de su cuerpo, esa que tanto le había pedido que no mirara.

Richard se incorporó quedando sentado y le acarició con ternura las menillas, sintiéndose terrible por tener que separarse de ella después de vivir algo tan hermoso. Marion se acercó a él, sentándose en sus piernas y lo abrazó con fuerza, la sintió estremecerse y escuchó que los sollozos brotaban como un torrente de sus labios.

—No llores —susurró él, pero ella seguía llorando—. No llores —pidió con la garganta inundada en lágrimas.

—No puedo, esto es muy triste esto, Richard... no quiero que me dejes, no quiero... no te voy, amor... tengo miedo —pronunció entre sollozos—. No me quiero separar de ti.

—¡Oye, mírame!... mírame, mi amor... ya verás todo va a salir bien... voy a regresar... te lo prometo... te prometo un mundo mejor. —Tragó para pasar las lágrimas y le sonrió.

—Te amo... —susurró mirándolo a los ojos, intentando no llorar.

—Yo también te amo —respondió él, acariciándole la espalda.

Ella se adueñó de su boca con desesperación, con ganas, fuerza, anhelo y con una arrolladora pasión, que los llevó a entregarse una vez más, robándole tiempo al tiempo, queriendo olvidar la

amenaza que pendía sobre ellos. Esta vez el encuentro fue mucho más intenso porque el cuerpo de Marion ya se había acostumbrado a recibirlo, aunque aún sentía un poco de dolor, no se lo dejó ver para que él no se cohibiera, quería que la amase con intensidad y por completo.

Unidos en cuerpo y alma mientras se miraban a los ojos, sintiendo los estremecimientos que los recorrían, acompañando a los jadeos y gemidos que brotaban de sus pechos. Ella lo envolvía con sus brazos, aferrándose a la poderosa espalda de su esposo, mientras él tenía sus manos ancladas en las suaves y pequeñas caderas de Marion para guiarla en sus movimientos, al tiempo que desde abajo marcaba su propio ritmo constante, que una vez más la llevaba al cielo.

Sintieron cómo sus cuerpos se hicieron livianos una vez más, surcando ese firmamento estrellado que no tenía límites, así como no lo tenía el placer que estaban experimentando. Lentamente fueron bajando hasta quedar sumidos en ese remanso de paz que los envolvía en un estado de plenitud perfecto, mantuvieron el abrazo y la unión de sus cuerpos que seguían palpitando.

—Mañana nos vemos en el río —susurró entre besos, después de un rato, cuando vio que la noche comenzaba a despedirse.

—No quiero que no separemos... no me quiero ir, quedémonos así, Richard —suplicó, abrazándolo nuevamente.

—Amor, qué más quisiera yo que nos quedáramos así, pero sabes que ni tú ni yo podemos hacer algo como eso. Sin embargo, te prometo que cuando esta estúpida guerra acabe, vamos a estar así por lo que nos quede de vida, hasta que estemos viejos y los nietos no nos dejen hacer nada —respondió, mirándola a los ojos, deslizando sus pulgares por las suaves mejillas de su esposa para secar sus lágrimas.

—Primero tendríamos que tener hijos —acotó sonriente.

—¡Claro! Tendremos unos ocho —respondió con entusiasmo.

—¡Ocho! —exclamó abriendo mucho los ojos.

—¿Qué? ¿Son muchos? —preguntó de la misma manera.

—Bueno, sí son contigo... puedo tener doce, catorce... quiero una familia muy grande y que nos visiten mis hermanos, mis padres, también podrían venir, los tuyos... y tus hermanos ¿tienes hermanos, Richard? —Le preguntó porque no le había hablado de su familia.

—Mi familia está molesta conmigo por haber entrado a la guerra y por... —Se interrumpió porque no quería hablarle de Antonella, le acarició las manos y se llevó a los labios para besarlas.

—Lo olvidarán todo cuando regreses victorioso y sepan que luchaste con valentía para mantenerlos a salvo —expresó para animarlo, no le gustaba ver esa sombra que se posaba sobre él.

—Es mejor darnos prisa, no quiero que se den cuenta de tu ausencia. ¿Puedes verme mañana a las dos en el río? —Cambió de tema para no ahondar en ese que tanto lo lastimaba.

—Sí, haré hasta lo imposible por estar allí —respondió con una sonrisa y se apartó para ponerse su ropa interior.

Terminaron por vestirse y antes de que dieran más de tres pasos empezó a llover nuevamente, miraron al cielo y ambos rieron, no podían esconder de sus rostros la felicidad que sentían. Se miraron a los ojos y se dieron un beso antes de que cada uno escogiera un camino distinto para regresar al campamento.

Ninguno de los dos pudo dormir por lo que restó de la noche, Marion solo miraba a Pach, así se llamaba su oso de peluche, para después abrazarlo fuertemente y pensar en su esposo. Richard tampoco pudo dormir, suspiraba recordando todo lo vivido y se preguntaba qué había sido todo

eso que sintió junto a Marion, y por qué había sido tan distinto a lo que vivió con Antonella.

«¿Acaso esto es lo que significa hacer el amor? Entonces... ¿Qué era lo que hacía con Antonella? ¿Era solo sexo como le había dicho su padre? Ahora comprendo que todos estaban en lo cierto, lo que Antonella y yo tuvimos nunca fue amor, ella... bueno ya ella me dejó claro que la había llevado a entablar esa relación conmigo... y yo, tal vez yo tampoco estuve enamorado, quizá solo me ilusioné y me dejé deslumbrar por su belleza y su sensualidad».

Cavilaba mientras su mirada se perdía en el techo de la tienda y él seguía comparando esas dos experiencias, intentando aclarar sus sentimientos que en ese momento estaban envueltos por una espesa bruma que lo hacía sentir confundido. Pensó que con Marion sentiría lo mismo que sintió con Antonella, pero no fue así, todo fue nuevo y equilibrado, con su esposa como la sentía en su corazón, todo había sido puro, apasionado, desenfrenado y perfecto.

«¿Cómo le cobro al destino las vidas que no estuve contigo?»

Presiento, Miguel Ángel Baquero.

Cuando el teniente Collingwood irrumpió con el silbato en la tienda, Richard apenas había cerrado sus ojos, se levantó inmediatamente y empezó a preparar todo. Antes de que el sol saliera ya ellos habían recorrido unos cinco kilómetros, luego regresaron al campamento para desayunar, se sentía sumamente agotado y sabía a qué se debía, pero no podía demostrarlo.

John y Robert tuvieron que llamar su atención un par de veces, porque se estaba durmiendo de pie mientras el teniente les explicaba las posiciones que ocuparían en el Valle del Somme. Sus amigos sonreían con malicia, seguramente intuían a qué se debía su cansancio, pero como los caballeros que eran no dijeron nada, además debían ser discretos para que nadie se enterara.

Después del almuerzo tuvieron su descanso, y el aprovechó para darse un baño y escapar a su encuentro con Marion, en cuanto se acercaba vio que ella lo hacía también, así que corrieron y se unieron en un beso tierno, cálido y húmedo. Se separaron sonrientes, se tomaron de la mano y caminaron al río, al llegar, se sentaron en las piedras y se dedicaron a mirar el horizonte.

—¿Te vas a bañar? —preguntó algo desconcertado, al ver que ella se ponía de pie y comenzaba a desvestirse.

—Nos vamos a bañar —respondió con entusiasmo—. Recuerda que no sé nadar. —Él se puso de pie y empezó a quitarse la ropa, pero ella se le adelantó y quedó completamente desnuda.

—Marion —susurró, mientras recorría con su mirada el cuerpo níveo, pequeño y delgado, sus curvas apenas se estaban formando y él ya la había convertido en mujer.

—No tengo por qué mojar mi ropa interior, ya tú me viste desnuda, así no tendremos que salir antes del agua para esperar a que se seque —acotó con una sonrisa radiante y sus mejillas sonrojadas.

—Está bien, entendí —respondió él con una gran sonrisa al tiempo que se terminaba de quitar la ropa interior—. ¿Me lanzo y te espero? ¿O nos lanzamos tomados de las manos? —preguntó mirándola a los ojos con todo ese amor que sentía por ella.

—Contigo de la mano hasta el fin del mundo y hasta después de la muerte —contestó sin titubear y le sujetó la mano.

—Contigo de la mano hasta el fin del mundo y más allá, hasta después de la muerte y en todas las vidas que Dios me dé —dijo y se llevó la mano de ella hasta sus labios para darle un beso.

Se lanzaron salpicando una gran cantidad de agua, él la tomó por la cintura dando varias vueltas bajo el agua, salieron para tomar oxígeno. Ella le rodeó el cuello con los brazos, ambos reían abiertamente felices, sus miradas se fundieron y luego lo hicieron sus labios, haciendo que se olvidaran de todo a su alrededor.

Marion rodeó con sus piernas la cintura de Richard y él se fue acercando a una piedra en la que dejó que la espalda de su esposa descansara. La sensación de sus pieles desnudas estaba encendiendo la llama de la pasión una vez más, aunque apenas habían pasado horas desde que estuvieron juntos, ya deseaban unirse una vez más porque nada parecía menguar su deseo por

mucho tiempo.

—Richard... si te pasa algo.... —Él intentó callarla con un beso, pero ella lo dejó, apenas le rozó los labios—. Yo me muero contigo, te amo demasiado como para vivir en un mundo donde no estés.

—Yo también te amo...y no debes preocuparte porque ninguno de los dos va a morir, saldremos de esto juntos y te voy a dar todos los hijos que te prometí —pronunció, mirándola a los ojos.

—Entonces hazme el amor... y ayúdame a olvidar que pronto nos separaremos —rogó con su mirada cristalizada por las lágrimas.

—Marion... tal vez es muy pronto, tu cuerpo...

—Mi cuerpo está bien y anhela sentirte otra vez, no me veas como a una niña, Richard, porque soy una mujer... me has hecho mujer para ti —esbozó con absoluta convicción y lo besó.

Él le tomó la palabra a su esposa y la estrechó fuertemente entre sus brazos, para después recorrer con sus manos cada rincón de su hermosa figura. Sin embargo, ella solo se limitó a acariciarle el cabello, la espalda y los hombros, brindándole caricias tímidas.

Richard agarró las manos de Marion y las guio para que recorriera su cuerpo, quería que dejara de lado el pudor y se atreviera a acariciarlo como deseaba, porque su mirada verde le decía que quería tocarlo igual que él lo hacía con ella. Marion soltó las amarras que la falsa moral tenía sobre ella y se deleitó acariciándolo, mientras se perdía en esos ojos que le incineraban la piel, posando su mirada en los sensuales y rojos labios de Richard, que la invitaban a besarlo.

Sus cuerpos les exigían unirse y lentamente él fue entrando en ella, al tiempo que sus miradas se fundían, así como lo hacían sus labios y corazones. Marion se sentía algo adolorida aún, por lo que hundió su rostro en el cuello de su esposo, para que él no viera ese gesto de dolor que no podía controlar.

Todo se hizo más intenso cuando Richard aceleró el movimiento de sus caderas, llevándola a jardear con fuerza y aferrarse a su poderosa espalda mientras le mordía el hombro. Comenzó a sentir esa misma fuerza que la envolvió la noche anterior y su cuerpo se fue tensando, llenándose de un placer tan abrumador que comenzó a sollozar y se movió para buscar la boca de su esposo.

Fabrizio también comenzó a temblar y sintió como si su garganta se desgarrase cuando de su pecho empezaron a brotar los gemidos que acompañaban cada descarga de su cuerpo. El interior de Marion se hizo más húmedo cuando su esencia se unió a esa que de ella brotaba, y la explosión del orgasmo los cegó una vez más, llevándolos a alcanzar un placer infinito y a fundirse en un solo ser.

—Te amo... te amo —susurró él, sintiéndose demasiado emocionado y abrumado por las sensaciones que lo atravesaban.

—Te amo, Richard, te amo —repitió temblando de placer.

Se quedaron admirándose en silencio hasta que ella empezó a temblar por el frío, él rodeó con sus brazos la diminuta cintura de su esposa y la llevó hasta mitad del río, le pidió con la mirada que confiara en él y se sumergieron en la profundidad. Ella sonrió admirando lo hermoso que era todo debajo, iluminado por los rayos de sol que atravesaban la superficie, había perdido por completo el miedo, su mirada también recorrió el cuerpo de su esposo y una sensación de felicidad la colmó al sentir que él era suyo.

Emergieron del agua y se dedicaron a entregarse sonrisas y caricias tiernas, una vez más la lluvia los sorprendía y ellos empezaron a reír mirando al cielo y sintiéndose sumamente felices a pesar de que solo le quedaban unos minutos juntos. Ella se abrazó a él y dejó descansar la cabeza en su hombro a mientras la lluvia se confundía con sus lágrimas y a momentos sollozaba,

aferrándose a él.

Richard no pudo soportarlo más y dejó libre el dolor de saber que tendría que separarse de Marión, de nuevo lloraba a causa del amor, pero esta vez era distinto porque tenía la certeza de que ella lo amaba tanto como él. Eso también hacía que su tristeza fuese mayor, porque había encontrado a la chica más maravillosa del mundo, e imaginar que el destino los separaría era una espantosa tortura.

Después de un rato se obligaron a calmarse, debían regresar al campamento para no levantar sospechas, salieron del río y se vistieron con manos temblorosas ya que el frío hacía titiritar sus cuerpos. Comenzaron a caminar agarrados de las manos, no querían separarse, pero tampoco podían luchar contra la realidad, estando cerca del campamento se besaron una vez más compartiendo un sollozo y se abrazaron con fuerza. Por un instante les pasó por la cabeza escapar, pero ambos sabían que no era tan sencillo y que eso podía terminar condenándolos, a él lo fusilarían por desertor y a ella la harían prisionera, aunque enfermera, también era parte del ejército francés.

—Marión... gracias por cambiar mi vida, por darme un motivo para continuar, me has salvado, mi amor... me has salvado —pronunció, mirándola con los ojos cristalizados por el llanto.

—Richard, mi dulce amor... siempre voy a salvarte, siempre y estaré junto a ti cada día, aunque no me veas a tu lado mi corazón y mis pensamientos se van contigo —dijo, rozando sus labios.

—Iré a verte antes de que se vayan... Tal vez no pueda acercarme porque sabes que lo tenemos prohibido, pero estaré allí para verte una vez más... Te amo —susurró y la abrazó de nuevo.

—Te amo —respondió ella obligándose a sonreírle.

Luego de eso tomaron caminos separados para regresar al campamento, debían tener mucho cuidado de no dejarse ver juntos, en cuanto Richard puso un pie dentro de la tienda fue abordado por sus amigos, el teniente había estado en la tienda y al no verlo preguntó por él, pero le dijeron que estaba en el baño. Había llegado para darles la noticia de que los iba a reunir a las cinco, eso hizo que él comenzara a sentirse desesperado porque Marion partiría a las seis, y cuando el teniente los congregaba duraba hasta tres horas.

Marion no podía dejar de llorar mientras empacaba sus cosas, en cinco minutos tendría que subir al camión que las estaba esperando en el centro de las campañas, agarró a Pach y lo abrazó buscando en el las fuerzas para soportar la despedida. No podía evitar sentir miedo pues sabía que el valle de un momento a otro sería un frente y su amor estaría ahí, salió y recorrió el lugar con su mirada, notando con terror que su esposo no estaba por ningún lado, tampoco sus compañeros de regimiento.

—Vamos, Marión, sube. —Le dijo Charlotte, tendiéndole la mano.

Ella miró una vez más hacia las tiendas de campaña de los soldados, pero no consiguió ver a Richard, tenía demasiadas ganas de llorar. Subió al camión y sintió que se cuerpo se estremecía cuando escuchó el sonido del motor cobrar vida, se llevó una mano a los labios para ahogar sus sollozos, pero las lágrimas salían copiosas.

Richard miró el reloj colgado en un extremo del cuartel donde los tenía reunidos Collingwood, no lo podía creer Marion se iba y el teniente no paraba de hablar. Cuando marcó las seis exactas, no pudo más y se puso de pie ante la mirada de asombro de sus compañeros y la del teniente quien en ese momento clavó su dura mirada en él.

—Richard... no... no estás loco, siéntate. —Le exigió Robert.

—Te vas a meter en un grave problema —advirtió John.

—Lo siento, mi teniente... si quiere después me fusila, pero necesito hacer algo —mencionó

ignorando a sus compañeros y salió corriendo. Lo hizo con todas sus fuerzas y a la velocidad que sus piernas se lo permitían porque ya el camión salía del campamento.

—¡Paren el camión! ¡Paren el camión! —gritó Marion en cuanto lo vio acercarse corriendo, se puso de pie y casi se cae cuando el conductor detuvo el camión en seco.

—Marión, no hagas esto... te meterás en problemas —pidió Charlotte e intentó sujetarla de la cintura.

Fue demasiado tarde, ya ella se había lanzado del camión y corría con todas sus fuerzas para encontrarse con Richard y cuando estuvo cerca se le lanzó rodeándole con sus piernas la cintura. Él la sostuvo abrazándola con fuerza, luego posó una de sus manos sobre la mejilla y la miró a los ojos al tiempo que la besaba con desesperación.

—Mi amor, tengo mucho miedo de que pase algo —confesó Marion sollozando en medio de los besos.

—Mi vida, recuerda la leyenda de los enamorados y el juramento de amor que hicimos, cuanto nos amamos y con eso dame fuerzas para soportar y regresar a ti, por favor... Marion dame fuerzas... dame fuerzas —rogó llorando también y acariciándole la mejilla.

—El amor puede triunfar en una leyenda, pero esta guerra es demasiado cruel. —El llanto apenas la dejaba hablar.

—Nuestro amor es más fuerte que esta guerra y ni siquiera ella va a poder separarnos, te lo juro, mi amor... te lo juro —Le aseguró llorando, sabían que todos los estaban viendo, pero no le importaba.

—¡Macbeth! —Se escuchó el grito del teniente.

—Te voy a estar esperando. —Le prometió Marion dejándole caer una lluvia de besos en los labios—. Te amo... te amo... te amo.

—Yo regresaré, mi amor... te amo... te amo... eres lo mejor de mi vida. —La bajó con cuidado—. Ahora ve... y cuídate, por favor solo cuídate. —Se secaron las lágrimas mutuamente.

Ella se alejó tomándolo de la mano hasta que sus dedos solo se rozaron y subió al camión sin dejar de mirarlo, él se quedó ahí hasta que el camión desapareció. Después de eso recibió gustoso su castigo, que por suerte solo fue trotar, hacer abdominales y flexiones de pecho, mientras el teniente la repetía una y otra vez que mejor se dejara matar en el valle, porque cuando el teniente Laroche se enterase de todo lo iba a fusilar, pero no sin antes torturarlo.

25 de julio de 1916

Había pasado un mes desde que tuvo que separarse de Richard y aún no tenía noticias suyas, solo podía llorar por las noches porque durante el día debía estar concentrada para atender a los heridos. Al igual que la vez anterior cuando él se fue al frente, pasaba su día revisando cada militar que llegaba del valle y le pedía a su amiga que fuese a la sala donde guardaban a los cadáveres. Con el pasar de los días el número de heridos que llegaban era cada vez mayor, lo que le decía que la situación se hacía más complicada.

Esa tarde mientras atendía a un soldado que había perdido varios dedos de una mano, sintió que un ataque de náuseas se apoderó de ella y tuvo que vomitar en la vasija donde estaban las gasas, ante la mirada de asombro del hombre. Le pidió disculpas y se llevó el recipiente para deshacerse de sus propios alimentos mal digeridos, se enjuagó la boca y regresó para terminar con su labor.

—¿Se siente bien? —preguntó al verla tan pálida.

—Sí, he tenido mucho trabajo últimamente y estoy algo agotada, es solo eso —respondió

mostrándole una sonrisa.

Al levantarse al día siguiente, le sucedió lo mismo y tuvo que correr al baño para vomitar, pensó que de seguro era la angustia por no tener noticias de Richard lo que la hacía sentirse de esa manera. Comenzó su turno y a medida que avanzaba el día se iba sintiendo cada vez más cansada, por la tarde la jefa de enfermeras las reunió y ella tuvo que pedir permiso dos veces para ir al baño.

Últimamente estaba orinando más de lo normal, pero apenas si le prestaba atención a eso, ni siquiera se preocupó por el retraso de su periodo, ya que nunca había sido muy regular. Regresó al salón sentándose cerca de la puerta y en ese momento otra de las enfermeras de guardia irrumpió en la sala, haciéndoles saber que habían llegado más heridos y que necesitaban ayuda, por lo que se pusieron de pie y salieron corriendo a recibirlos.

Marion junto a dos de sus compañeras recibieron a uno en estado crítico, por lo que lo subieron a una camilla para llevarlo al quirófano iban por el pasillo cuando ella se desplomó causando alarma entre sus amigas. Carol continuó con el paciente hasta el quirófano, Charlotte se quedó junto a Marion y pidió ayuda, de inmediato llegaron dos chicas más y la llevaron hasta el salón donde atendían a las enfermeras cuando sufrían algún percance.

—¿Qué... sucedió? —Marion despertó en una camilla, se sentía algo mareada aún y con la boca reseca.

—Se desmayó —respondió el doctor que estaba a su lado—. ¿Se ha estado sintiendo mal últimamente? —preguntó mirándola.

—No..., solo un poco cansada y con algo de nauseas, pero debe ser por el trabajo —respondió mirándolo a los ojos.

—¿Cuándo fue su último periodo menstrual? —inquirió, haciendo anotaciones en su libreta y la miró fijamente al ver que dudaba.

—Hace más de un mes... —respondió titubeando.

—¿Es usted regular? —cuestionó, porque si era así ya estaba teniendo un retraso y podía comenzar a formar un diagnóstico.

—No, siempre he tenido problemas con eso, doctor —contestó parpadeando con nerviosismo, no sabía por qué lo preguntaba.

—Bien... enfermera Laroche... ¿Ha mantenido relaciones íntimas con algún hombre en los últimos dos meses? —cuestionó con su mirada fija en ella. Sabía que la respuesta podía ser afirmativa porque fue testigo de la emotiva despedida que la chica tuvo con aquel cabo.

—Yo... —Las palabras se le atoraron en la garganta a causa del miedo que la recorrió, así que solo asintió con la cabeza.

Vio que el doctor ponía el fonendoscopio sobre su vientre y en la carotidea, mientras la miraba de una manera que la hacía sentir intimidada. Después de unos minutos salió sin decir palabra, ella solo se quedó mirando al techo y en eso entró una de sus amigas.

—Marión... ¿Es verdad lo que le dijo el doctor a la señorita Brel? —inquirió, tomando asiento al borde de la camilla.

—No sé... a mí no me dijo nada —respondió tranquilamente.

—Marión... yo escuché sin querer... —Se detuvo mirándola con una mezcla de asombro, alegría y hasta temor.

—¿Que le dijo? ¡Habla Charlotte! —exigió con voz angustiada.

—Que lo más seguro es que estés embarazada.

—No... no puede ser —esbozó siendo asaltada por los nervios y sin poder creérselo, pero al ver la expresión en el rostro de su amiga, a quien le había contado todo lo vivido junto a Richard,

tuvo que reevaluar su respuesta—. Bueno... está bien, si puede ser —admitió, llevándose las manos a la cara—. Dios mío, no... no puedo estar embarazada, no ahora... me van a matar, Charlotte... Mis padres me van a matar y Manuelle también... ¿Qué voy hacer ahora? —Empezó a llorar descontroladamente y todo su cuerpo se estremecía.

—Cálmate, Marión, a lo mejor no estás embarazada y te estás alarmando por nada —dijo intentando tranquilizarla.

—Sí... sí lo estoy... Charlotte, estuve con Richard tres veces, pero no pensé... no pensé... que estúpida soy... mi madre se va a morir —respondió sin dejar de llorar.

—Nada de eso pasará, ya tranquilízate Marion, a ver... Richard te ama y de eso no hay duda, mira que arriesgarse como lo hizo, así que no debes preocuparte porque él se hará cargo, se va a casar contigo y todo solucionado, además es el fruto de tu amor por él.

—¿Y si le pasa algo?... ¿Qué voy hacer? —cuestionó sollozando.

—¡Ya Marión, deja de ser tan pesimista! Tu novio va a regresar. —La abrazó para que dejara de llorar, después de un minuto se apartó y la miró llevando sus manos al vientre de su amiga que seguía siendo igual de plano—. Imagino que va a ser un niño hermoso... si saca los ojos del padre... bueno si se parece al padre —expuso sonriente.

—¡Charlotte! —Se quejó parpadeando con asombro.

—¿Qué? ¿Acaso no es todo un bombón el padre? Qué suerte tienes Marión... eso sí, quiero ser la madrina.

—Serás la madrina... ¡Ay, no me lo creo! —expresó, posando las manos sobre su vientre—. Me van a matar —repitió mientras lloraba y reía—. Un hijo de Richard, es maravilloso, y sí quiero que se parezca a él, pero aún somos muy jóvenes...

—Ya mujer, para ser padres no hay edad, además tú tienes experiencia le has ayudado a tu madre con tus hermanitos.

Marion asintió mostrando una sonrisa, sintiéndose más optimista y su corazón comenzó a latir con fuerza al imaginar lo feliz que se pondría Richard cuando le dijese que ya esperaba al primero de esos ocho hijos que le prometió. Sin embargo, el miedo no la abandonaba del todo, sabía que sus padres y su hermano se molestarían muchísimo, además, esperaba una gran reprimenda por parte de la señorita Brel, pero la jefe de enfermeras no le dijo nada, solo la envió a su dormitorio y le ordenó que se quedara allí por el resto de la tarde.

31 de julio de 1916

Una semana después, estaba en el salón donde preparaban las curas y el material quirúrgico, su supervisora le había designado esa labor, y ya no la dejaba estar en el área donde llegaban los heridos. De pronto entró una de sus compañeras para informarle que la jefe de enfermeras deseaba verla en su oficina. La mujer le pidió que tomara asiento y luego de eso se marchó, Marion recorría con su vista el lugar que era iluminado por los inmensos ventanales que daban al jardín del hospital, la puerta se abrió una vez más y ella se volvió, al ver quien entraba no podía creerlo, se puso de pie con una amplia sonrisa.

—¡Manuelle! —Se acercó emocionada para abrazarlo, tenía más de cinco meses sin verlo y lo había extrañado mucho.

Él la recibió con una bofetada que le volvió la cara, ella sintió como si un relámpago la hubiese cegado y un intenso zumbido se apoderó de su oído. Se llevó inmediatamente la mano a donde ardía y palpitaba el golpe, al tiempo que sus ojos se llenaron de lágrimas, volvió la cara y lo miró a los ojos descubriendo que estaba furioso.

—¿Cómo pudiste, Marión? —inquirió con la voz cargada de ira.

—Estoy bien, hermano... —respondió con la voz temblorosa ante el llanto que ya comenzaba a desbordarla.

—¡Embarazada!... ¡Estás embarazada! —Le gritó, alzando la mano para darle otra cachetada, pero ella se llevó las manos a la cara para cubrirla y empezó a llorar descontroladamente, lo que hizo que él se condoliera y no la lastimara—. ¿Ahora qué le vamos a decir a nuestros padres? Te traje aquí, hice de todo para que te admitieran y sales embarazada... ¡Dios mío, esto es increíble! ... Tienes dieciséis años, eres una niña ¡Apenas tienes dieciséis años!

—El mes que viene cumplo diecisiete. —respondió llorando.

—¡Bravo!... Bravo la mujer que el próximo mes cumple diecisiete... diecisiete —esbozó con sarcasmo, aplaudiendo—. ¡¿Con un hijo de Dios sabe quién?! —explotó en un grito.

—Manuelle, no me ofendas, sé perfectamente quien es el padre —refutó llenándose de rabia al ver como él la trataba.

—Y me lo vas a decir. —Le exigió, arrastrando las palabras sin poder disimular su rabia y se acercó a ella de manera amenazante.

—No... no te lo voy a decir —respondió, dando un paso hacia atrás, pero él la sujetó por el brazo con fuerza.

—¿Dime quién es el maldito que te puso las manos encima, Marion?... ¡Dime el apellido! —demandó, mirándola con fiereza.

—No..., no te lo voy a decir, porque no le vas hacer nada al padre de mi hijo... No voy a dejar que le hagas daño a mi esposo —respondió con valentía, al tiempo dejaba correr sus lágrimas mezcla de rabia y de dolor, porque él le estaba haciendo daño.

—¿Se casaron?... ¿Quién demonios lo casó? —preguntó, soltándola bruscamente, al ver que la estaba lastimando.

—Un obispo... Valentín. —Fue lo primero que le vino a la cabeza, además sabía que no lo encontraría. Vio que comenzaba a calmarse y quiso abogar por ella, por su esposo y su hijo—. Manuelle, perdóname hermano... lo siento mucho, pero yo solo... me enamoré. Sé todo lo que hiciste para encontrarme el trabajo y también que te pueden reprender por esto, no quise perjudicarte... Se suponía que las cosas no debían pasar de esta manera. —Sollozó acercándose a él.

—Marión... Lo del trabajo o lo que me digan a mí es lo de menos, ¿acaso no ves que eres una niña?... Apenas si... si se te han desarrollado los pechos ¿cómo lo vas a amamantar? —cuestionó con tristeza, ella era como una hija para él y odiaba que un miserable se hubiese aprovechado de su inocencia para arruinarle el futuro—. Pero a ese mal nacido lo voy a matar... me interesa un bledo que sea el padre de tu hijo... Ya me dijeron que está en el valle del Somme y es mejor que le pida a Dios que caiga allá, porque si queda vivo y descubro quien es, le voy a arrancar la cabeza.

—¡Manuelle no... no le vas hacer nada, por mí...! Por favor, papito, yo lo amo —recurrió a ese apelativo que usaba con él desde que era una niña—. Además, es el padre de tu sobrino... Manuelle, dentro de mí crece tu sobrino, no puedes dejarlo sin padre.

—No tengo por qué hablar de eso contigo, yo tomé las decisiones que me da la gana y no tengo que consultártelas, así como tú no me consultaste que...—prefirió detenerse para no insultarla, después de todo era su hermana—. Estás de baja, te vas hoy mismo a la casa.

—No, yo no me voy... no me voy porque lo voy a esperar aquí... y si viene herido voy a cuidar de él —mencionó con firmeza.

—¡Te vas he dicho! —Le gritó saliéndose de sus casillas.

—¡No! —Le respondió de la misma forma—. No me voy a ir, de aquí me sacas muerta. —En su mirada se reflejaba la determinación.

—No me hagas usar la fuerza, Marión, será mejor que hagas lo que te digo. —Le advirtió molestándose más aún.

—Ya te dije que no me iré, así que la única fuerza que puedes usar conmigo, será la de la muerte. —Se acercó a él quitándole el arma y se la llevó al pecho—. Si quieres me matas, pero no me voy a ir...

—No seas estúpida, Marión. —Él se enfureció aún más y retiró el arma en un movimiento brusco, guardándola de nuevo—. Lo hago para protegerte, estamos perdiendo la guerra y esta ciudad puede ser bombardeada en cualquier momento. Y lo más seguro es que el padre de tu hijo ya esté muerto entre los miles que están despedazados y continúan en el campo —mencionó para convencerla.

—No me importa, me quedaré aquí... Manuelle, yo se lo prometí, le prometí que lo esperaría hasta el último segundo... Yo cumplo mis promesas, no como tú que te has olvidado de Diane, porque, así como viniste a golpearme hubieses pasado por su casa a dejarle al menos un beso... estoy segura que eso la haría feliz, pero para ti primero es tu carrera y esta estúpida guerra. Podemos llevar la misma sangre, pero no somos iguales porque yo daría hasta lo que no tengo por estar nuevamente entre los brazos del hombre que amo. —Le reprochó entre lágrimas, para hacerle entender que no cedería.

—Has lo que te dé la gana. —Le dijo Manuelle después de mirarla por un minuto, se podía ver fácilmente que tragaba en seco para pasar las lágrimas—. Te puedes ir cuando quieras, tu baja ya está firmada.

Se acercó a ella y le dio un beso en la frente, sabía que no la convencería porque su hermana era igual de terca que su madre; luego de eso se dio media vuelta y caminó sin mirarla. Marion lo vio salir y una vez más se sentía pequeña ante su imponente estatura, esa fue la última vez que vio a su hermano sobre sus piernas.

«Si tú presentías que hasta mí llegarías, quédate eternamente...»

Presiento, Miguel Ángel Baquero.

16 de agosto de 1916

Las noticias llegaron a las siete y cuarenta de la mañana los alemanes habían devastado las líneas británicas en el valle del Somme, al escucharlas su cuerpo se cubrió de un sudor frío y su rostro palideció completamente. Las náuseas la asaltaron mientras el ritmo de sus latidos disminuía y la visión se le nublaba, los sonidos eran cada vez más lejanos por lo que no pudo sostenerse más en pie y su cuerpo se desplomó llevándola a un abismo.

De inmediato fue socorrida por sus compañeras, la llevaron hasta la sala de enfermeras y la recostaron en una camilla, Charlotte no pudo evitar sollozar pensando que los peores temores de Marion se habían hecho realidad. Buscó alcohol y empapó un algodón para ayudarla a volver en sí, aunque no sabía si eso sería lo mejor porque era evidente que se llenaría de angustia en cuanto reaccionase.

—Charlotte... Charlotte —esbozó con la voz trémula.

—Marion, por favor no te levantes así, sabes muy bien que es peligroso —dijo, sujetándola por los hombros—. Aún no sabemos nada... he revisado a todos lo que han llegado, lo más seguro es que esté vivo o que lo traigan después —agregó para tranquilizarla.

—O que como dijo Manuelle, él esté... no... no, Charlotte. Él me prometió que regresaría, me lo prometió, ¿ahora qué haré? —cuestionó, llevándose las manos al rostro mientras lloraba.

—Marion, Richard está vivo, no hagas caso a lo que te dijo tu hermano, él solo estaba molesto porque eres muy joven para salir embarazada y porque eres como su hija, pero no lo dijo en serio —pronunció, acariciándole la frente cubierta de un sudor helado.

—Manuelle... Charlotte, él también estaba allá, rompieron la línea a todo lo largo, mi hermano estaba en Verdún —pronunció, mientras el llanto la ahogaba, presintiendo lo peor.

—Amiga, trata de calmarte, por favor. Hazlo por el pequeño que llevas dentro... Marión, de seguro están bien, ninguno de los dos ha sido ingresado, mejor hagamos algo, iré a buscar el informe de los pacientes del otro hospital, a lo mejor y están allá. No te rindas ahora.

—Está bien no me rendiré... Gracias —dijo, sujetándole la mano.

Todas las búsquedas fueron en vano, ninguno de los dos había ingresado ni vivo ni muerto y las esperanzas de Marion cada vez se evaporaban más. Ella le pidió a su supervisora que la dejara estar en la sala de heridos para ayudarles, necesitaban muchas manos y ella no quería perder el tiempo sentada todo el día en el depósito, eso solo aumentaban su desesperación; la mujer accedió con la condición de que no entrara al área de los pacientes afectados por el gas, pues en su estado eso no era recomendable.

Dos días después llegó Richard, al verlo le volvió el alma al cuerpo, le costó reconocerlo, pero su corazón supo que era él, lo llevaban en una camilla y ella corrió para ofrecerse a cuidarlo.

Sin embargo, las enfermeras que conocían la relación de ambos y vieron la etiqueta en el pie del paciente no le permitían hacerlo, ella sacó fuerzas de donde no tenía y se abrió hasta él, su ropa estaba cubierta de barro mientras su cuerpo se estremecía ante los espasmos.

—Richard... Richard. —Pudo verle la espalda en carne viva.

—Está fuera de sí, Marion... no puede escucharte, tampoco te puede ver, estará ciego... quizá temporalmente —mencionó el doctor Gustave, caminaba de prisa mientras Marion lo seguía.

—Doctor, por favor dígame ¿por qué se estremece de esa manera? —preguntó, mirando como temblaba en la camilla.

—No pudo perder tiempo explicándote ahora, Marion, si quieres entras a la sala, pero tienes que calmarte. —Le dijo, sabía que era de las mejores enfermeras y que si se concentraba sería de ayuda.

Ella solo asintió en silencio y lo siguió mientras le pedía a Dios por Richard y se obligaba a no llorar, aunque era todo lo que deseaba en ese momento al verlo tan mal. En el quirófano, Miller le indicó que tomara la libreta, la mantuvo alejada de Richard y les pidió a dos enfermeras que lo ayudaran para ponerlo de lado y así poder revisarlo, miró a Marion y comenzó a dictarle.

—Caso veintiséis, gaseado por Mostaza hace treinta y seis horas aproximadamente, recibió los primeros auxilios en la tienda de campamento, pigmentación pardusca presente en grandes áreas del cuerpo, quemaduras en el setenta y cinco por ciento de la espalda, laringe muy congestionada, toda la tráquea cubierta de una membrana amarilla, contiene abundante gas en los bronquios, al parecer varias hemorragias en el estómago —mencionó Gustave, sacando la linterna de la boca del soldado—. Marion, pásame la vasija, rápido que va a vomitar. —Ella se la entrego y Richard expulsó un líquido amarillo que tenía un fuerte olor—. No te asustes, es normal, el líquido es proveniente de los pulmones, esto es poco, normalmente son hasta dos litros cada hora —dijo al ver la mirada asombrada de la chica.

Ella se acercó y con manos temblorosas limpió con una gasa húmeda los labios de Richard, agarró otra y se la pasó por el rostro que mostraba un alarmante tono amarillo. No pudo contener sus lágrimas mientras hacía eso, pero apretó los labios para no dejar escapar sus sollozos, sabía que debía mostrarse calmada.

—Marion, vamos a tomarle el pulso, anota —indicó, al tiempo que miraba su reloj y contaba las pulsaciones—. Ciento veinte, por eso ves la respiración agitada. Debemos que tener mucho cuidado porque puede sufrir un ataque. —Les advirtió mirándolas por encima de sus anteojos—. Quítenle lo que le queda de ropa y lo limpian, pero eviten tocar en lo mínimo las quemaduras y las lavan cuidadosamente con agua de tomillo, denle un poco de agua con las sondas, no le pongan vendas y aplíquenle una dosis de penicilina cada doce horas, también una de éter cada dos horas, aunque esté delirando aún siente dolor —indicó, no creía que pudiera salvarse, pero su deber era hacer lo posible por ayudarlo.

—Doctor Miller ¿puedo ayudar? —preguntó, mientras las lágrimas salían y ella las limpiaba en vano—. Yo podría encargarme de él.

—Marion. —Se acercó hasta ella, le puso ambas manos sobre los hombros y los ojos se le cristalizaron, mientras negaba con la cabeza.

—Doctor... sé que usted no lo sabe, porque lo han mantenido en secreto... pero Richard y yo... yo estoy...

—Sé que Macbeth y tú tienen una relación, no es un secreto para nadie, es más, creo que esto ya se sabe en casi toda Francia... seguramente será un cuento que durará años y ustedes serán los famosos jóvenes que se enamoraron en medio de la gran guerra...

—No me refiero a eso, doctor, sé que los últimos dos meses he sido el tema de conversación

de todo el mundo. Lo que no saben es que estoy embarazada —susurró, bajando la mirada.

—¿Y qué haces aquí, Marion? ¿Acaso no sabes que esto puede ser peligroso? —inquirió, abriendo desmesuradamente lo ojos.

—Lo sé, pero no lo voy a dejar... ahora más que nunca lo necesito y quiero ayudarle a salvarlo... por favor, doctor...

—Marion tienes que ser fuerte. —Gustave tragó en seco—. No le doy doce horas, el gas mostaza lo invadió completamente, sus pulmones están muy afectados... Tengo que ser sincero, tiene una fuerte infección en todo su sistema respiratorio y la mayoría de sus quemaduras son de tercer grado. Además, su estómago tiene varias hemorragias y no soportaría una cirugía para repararlas... solo está sufriendo demasiado, aunque esté inconsciente el gas sigue consumiendo sus órganos por eso los espasmos, y si un milagro lo salva no será el mismo... sobrevivirá un año... dos como máximo —explicó con crudeza, pero no había manera más sutil de explicarle lo que pasaba con el padre de su hijo.

—Doctor, por favor no sea tan cruel... No lo sea —pidió rompiendo en llanto—. Él no se va morir porque me lo prometió... me lo prometió... —repitió en medio de sollozos.

—Marion... estoy seguro de que no hay nada que él hubiera deseado más que cumplir su promesa, pero ya no está en sus manos.

—¿Me está diciendo que no va hacer nada? ¿Qué lo va a dejar morir? —cuestionó con rabia y ahogada en llanto—. ¡Es el padre de mi hijo... el hombre que amo, no me pida que lo deje morir porque no lo voy hacer...! Usted tiene que salvarlo.

— Marion, está sufriendo —apeló a su sentido común.

—¡No me importa!... —expresó alzando la voz y limpiándose bruscamente las lágrimas—. Prefiero que sufra con la esperanza de salvarlo, a que todo el sufrimiento que ha pasado hasta ahora haya sido en vano... yo aún tengo por ofrecerle mi vida... ¿no lo entiende? ¿No se ha enamorado, doctor? —cuestionó, mirándolo a los ojos y sintiéndose impotente al ver que él se daba por vencido.

—Está bien, Marion, pero no puedes estar aquí.

—Doctor por favor, déjeme con él —rogó, sujetándole la mano.

—No harás nada aquí, estás involucrada sentimentalmente con el paciente y eso afectará tu desempeño —alegó determinante.

—Por favor, se lo ruego, me dice que no le da doce horas, entonces no me prive de estar a su lado, por favor...

—¡Doctor Miller! ¡El paciente! —gritaron las enfermeras al ver que Richard convulsionaba de nuevo.

—Se está ahogando..., sosténganlo... sosténganlo —ordenó y de inmediato se hizo cargo de la situación—. No dejen que pegue la espalda a la camilla. Los pulmones se le cerraron... está colapsando. —Negó con la cabeza, sabía que no se salvaría.

Marion salió corriendo y agarró una sonda, luego abrió la boca de Richard y las introdujo rápidamente atravesando la tráquea, empezó a soplarla para llenar de aire los pulmones, ante la mirada atónita del médico. Mientras soplabla algo subió por la manguera y sintió un sabor amargo que le inundaba la boca, por lo que sacó la sonda y rápidamente escupió en una vasija, expulsando el mismo líquido amarillo que en ese instante vomitaba Richard.

—Es el padre de mi hijo, el hombre que amo y no lo voy a dejar morir, no mientras pueda evitarlo —sentenció, mirando a los demás en la sala, ignorando sus miradas cargadas de asombro y asco, le acarició la frente sintiendo su temperatura—. Tiene mucha fiebre, Carol me buscas por favor un recipiente con agua y unas toallas.

—Marion... ya te dije que no te puedes quedar. —Le advirtió Gustave apoyándole una mano en el hombro.

—No voy a dejar a Richard, doctor Miller, ¿acaso no lo entiende? Si lo dejo nunca podré estar en paz... Y él no se va a morir porque solo espero el primero de los ocho hijos que tendremos, además, será quien le dé el nombre a este bebé que crece dentro de mí... y sé que cuando se enteré que será papá va a luchar con todas sus fuerzas por mejorar —alegó, acariciando una de sus manos entre las suyas.

—Está bien, Marion, solo espero que sigas al pie de la letra todo lo que te voy a decir y al menos siéntate, que en tu estado no es recomendable que estés de pie. Otra cosa, no vuelvas a llenarle los pulmones porque el líquido que expulsa está cargado de gas y si tragas al menos un poco matarás al feto, así que enjuágate la boca.

—Haré exactamente todo lo que me ordene doctor —dijo afirmando con su cabeza, sintiéndose agradecida de que la dejara allí.

—Bien, regresaré en un par de horas, pero si ves que se pone mal de nuevo me llamas de inmediato —exigió, mirándola a los ojos.

Marion asintió de nuevo y lo vio salir de la sala con una de las enfermeras, agarró la jarra con agua y se enjuagó muy bien la boca un par de veces. Su compañera se quedó para ayudarla, Marion se encargó de ponerles paños de agua para bajarle la fiebre, y con la ayuda de Carol sostenía a Richard cada vez que los espasmos regresaban y lo azotaban con fuerza varios segundos.

Él vomitaba y cuando terminaba, ella pasaba una gasa húmeda por sus labios para mantenerlos hidratados, abría un poco su boca para limpiar los restos ya que el sabor era bastante desagradable. Su compañera le decía que no ganaba nada con hacerlo ya que él no estaba consiente, igual ella siguió haciéndolo, rodó una silla y la puso al lado de la camilla, descansando la cabeza en un espacio y se posó la mano de él en su mejilla, besándole la palma.

—Richard, no me dejes por favor... amor no lo soportaré —susurró y una vez más sus lágrimas se hacían presentes—. Tienes que conocer a tu hijo... tienes que hacerlo por él y por mí... Tú eres más fuerte que esta guerra, no me vayas a dejar, por favor, no lo hagas mi príncipe, no lo hagas, sigue luchando por nosotros —rogó viéndolo y a pesar de que en su cara se reflejaba el sufrimiento que el gas estaba causando en su interior, para ella parecía que estuviese soñando y las ganas por mirarse en sus ojos crecían tanto como sus lágrimas.

El agotamiento que le provocaba el embarazo aunado a su tristeza y la angustia de ver a Richard tan mal, lograron vencerla y se terminó quedando dormida un par de horas. Despertó a causa de las arcadas que le anunciaba que vomitaría de nuevo, con rapidez agarró la vasija junto a ella y expulsó lo poco que quedaba en su estómago, miró por la ventana mientras se limpiaba la boca con el dorso de la mano y vio que el sol iba ocultándose en el horizonte.

De repente su estómago protestó recordándole que no había probado bocado desde hacía un buen rato, acercó su mano acariciando la frente de Richard, por suerte la fiebre comenzaba a bajar y hacía un rato que no convulsionaba. Se puso de pie y bordeó la camilla para mirarle la espalda, no pudo evitar sollozar al ver lo lastimada que estaba, su barbilla tembló por tener que contener su llanto, para no mostrarse afectada delante de su compañera.

—Deberías bajar a comer algo —mencionó Carol al escuchar el sonido que hacía el estómago de Marion.

—No me gustaría dejarlo solo —murmuró sin dejar de mirarlo.

—No lo estará, yo me quedo con él... ahora ve, necesitas alimentarte, Marion —ordenó mirándola a los ojos.

—Gracias —dijo, intentando sonreír y le dio un beso a su esposo en la frente, luego caminó y a cada tres pasos, se volvía a mirarlo.

Al bajar se encontró con Charlotte en el comedor, quien la obligó a comer algo más que un emparedado, la hizo sentarse y probar un poco de la crema de papas que habían hecho. Marion le explicó lo grave del estado de Richard, y no pudo evitar derrumbarse y ponerse a llorar en los brazos de su amiga, ella la consoló y luego subieron a la habitación donde estaban él y otros pacientes afectados por el gas.

—Charlotte... necesito pedirte un favor —dijo Marion, aprovechando que Carol había bajado al comedor.

—Claro, dime —respondió, posando su mirada en ella.

—Necesito que vayas a mi casa y le pidas a mi madre que te preparé ese unguento que ella hace para las quemaduras...

—Marion, sabes que no puedes aplicarle ningún remedio que no autorice el doctor, puede ser contraproducente —alegó Charlotte.

—No le hará daño, ya mi mamá lo usó una vez con uno de mis hermanos cuando cayó sobre un montón de brasas por estar jugando.

—Pero las quemaduras de Richard son de otra naturaleza, Marion, no puedes aplicar el mismo remedio —comentó mostrándose dudosa.

—Créeme, funcionará... amiga, yo nunca pondría en riesgo la vida del hombre que amo; por el contrario, solo quiero ayudarlo y sé que ese remedio de mi madre lo ayudará... Yo misma iría pero no quiero dejar a Richard solo, no me perdonaría si algo le pasa y yo no estoy a su lado —mencionó, acariciándole la frente.

—Está bien, haré lo que me pides... aprovecharé que ya acabó mi turno para ir, pero... ¿Qué le diré a tu madre si me pregunta para quién es? —inquirió, mirándola a los ojos.

—Dile que es para mí, que me quemé cuando estaba hirviendo unas vendas —contestó, le dio un abrazo cuando la vio asentir—. Muchas gracias por ayudarme, Charlotte.

—No tienes nada que agradecer, para eso estamos las amigas, además, quiero que mi bello ahijado conozca a su papá.

Se abrazaron una vez más para despedirse, después de eso, Marion se dedicó a cambiar las compresas de agua que estaba usando para bajarle la fiebre a Richard. Por suerte no tuvo ninguna convulsión durante el tiempo que se quedó sola con él, pero sí debió ayudarlo cuando vio que intentaba expulsar más de líquido, tanto por su boca como por su nariz, lo sostuvo con cuidado y luego lo limpió.

Charlotte regresó dos horas después con lo que le había pedido, ella lo recibió y escondió el pequeño recipiente en los bolsillos de su uniforme porque sabía que, si Carol se daba cuenta, no dejaría que lo usara. Por suerte su compañera acabó su turno y mientras llegaba su relevo, Marion aprovechó para aplicarle el unguento en la espalda a Richard, sabía que eso junto con la penicilina ayudarían bastante, con cuidado fue esparciendo la mezcla de clara de huevo, manteca de cerdo, cera de abeja y llantén que había preparado su madre.

24 de agosto de 1916

Marion se encontraba limpiando las heridas de Richard que gracias a su tratamiento habían mejorado bastante, aunque él seguía inconsciente a ella le gustaba hablarle porque pensaba que su voz le daba ánimos para seguir luchando por recuperarse. Terminó de lavarlas y se quitó los guantes para luego lavarse las manos, estaba por darle un beso cuando vio entrar a tres militares

del ejército británico a la sala, así que rápidamente se alejó.

—Buenas tardes. —Los saludó Marion al ver que se acercaban.

—Buenas tardes, ¿es usted la enfermera encargada del paciente? —pregunto el coronel Smith, mientras el otro bordeaba la camilla y se detuvo a observar el rostro del soldado.

—Sí, coronel... ¿Usted dirá? —inquirió, mirando las estrellas en su uniforme, gracias a Manuelle sabía diferenciar los rangos militares.

—¿Nombre del soldado? —exigió, observándola fijamente.

—Ri... Richard Macbeth —respondió nerviosamente ante la actitud del militar, mientras los latidos se le aceleraban.

—¿De qué frente llegó? —preguntó nuevamente.

—Estaba en el valle del Somme. —Su voz vibraba por los nervios.

Jonathan Smith miró a su compañero asintiendo y le hizo una señal con la cabeza, el otro se encaminó a la mesa para tomar la tablilla donde estaba el registro. La observó con detenimiento, frunciendo el ceño al leer el cuadro clínico, aunque no era médico tenía algo de conocimiento y podía entender lo complicado de la situación, ese joven estaba vivo de milagro.

—Sí, es él. —Les informó a los otros y se quedó con la tablilla.

—Disculpe teniente... ¿para qué necesita la información del paciente? —Le preguntó Marion al que la agarró—. El cabo Macbeth es un caso extremadamente delicado y esa información es vital para que podamos continuar con su tratamiento —mencionó dispuesta a luchar contra quien sea por salvar a su esposo. En ese momento entró al doctor Miller y se sintió salvada.

El coronel miró de arriba abajo a Marion, deteniéndose en el vientre que se veía algo pronunciado, lo que lo hizo fruncir el ceño. Ante tal escrutinio ella se volvió a la mesa de los medicamentos y empezó a temblar, algo le decía que las cosas no estaban bien.

—¿Es usted el médico a cargo de este soldado? —inquirió con ese tono de mando que usaban todos los militares.

—Así es, Macbeth es mi paciente y no pueden estar aquí. Así que les pido que salgan inmediatamente —demandó sin dejarse intimidar por sus rangos—. Ustedes pueden tener el dominio sobre ellos en el campo de batalla, pero aquí en el hospital son mi responsabilidad.

—Necesito que me acompañe, doctor —ordenó el coronel.

Gustave asintió y miró a Marion, quien lo veía con cara de súplica, en sus ojos se reflejaba miedo, él le sonrió para tranquilizarla y después caminó junto a los militares. Ella los vio salir y que se quedaban hablando en el pasillo, pero no podía escuchar solo los veía negar o asentir y un par de veces se pasó la mano por la frente en un claro gesto de preocupación, mientras hablaba con los militares.

—Doctor Miller... ¿Qué sucede? ¿Por qué esos militares entraron así? —Le preguntó Marion apenas entró solo a la habitación y sus pupilas se movían con nerviosismo—. ¿Se lo van a llevar? ... ¿Que le han dicho? —inquirió de nuevo mientras el desespero la invadía.

—Marión, cálmate, solo querían verificar si era Richard Macbeth y preguntaron por su estado clínico... al parecer es para un registro o para notificarle a su familia, me preguntaron si podían sacarlo... —Ella negó con la cabeza—. Tranquila, les he dicho que no porque su estado aún es delicado —dijo para calmarla.

—Pero... ¿Por qué se lo van a llevar? —cuestionó desconcertada.

—No lo sé Marión, supongo que en Londres estará mejor atendido, pero me dijeron que antes debía comunicarse con... —Se interrumpió porque le habían dicho que era confidencial.

—¿Con quién? Dígame por favor, doctor —pidió, mirándolo.

—Con nadie... Marión, y ya deja de hacer preguntas.

—¿Se lo van a llevar? ¿Es eso doctor? —Estaba a punto de llorar.

—No se lo van a llevar, no por ahora, está muy delicado. La única posibilidad de hacerlo es en una ambulancia y con un equipo médico, en estos tiempos un traslado así es demasiado costoso.

—No me pida que no me preocupe, esos hombres alejaron a Richard de mí y de nuestro hijo —esbozó, sollozando.

—Nada de eso pasará, pero para que estés más tranquila, si por alguna casualidad ellos deciden trasladarlo, te asignaré como la enfermera particular de Richard, solo así les daré mi consentimiento para el traslado, ¿está bien? —preguntó mirándola a los ojos.

—Sí... me deja mucho más tranquila.... —respondió asintiendo, soltó un suspiro y se secó las lágrimas.

—Bueno ya deja de llorar que eso te hace mal, mejor vamos a darle de beber al padre de tu hijo, recuerda que es vital mantenerlo hidratado —indicó el Gustave, al tiempo que tomó la tablilla del estado de Richard y la estudió.

Marion se dedicó a su tarea de atender a Richard, pero esa sensación de angustia no la abandona del todo, mucho menos cuando descubría al doctor Miller viéndola con curiosidad y después le esquivaba la mirada, haciéndole sentir que le estaba ocultando algo. Esa noche casi no pudo conciliar el sueño, la incertidumbre de no saber lo que podría pasar con Richard en los siguientes días, la mantenía en vilo, solo podía mirarlo desde la camilla que habían puesto para que ella se quedara allí a su lado y no tuviese que dormir en la silla, ya su embarazo era evidente y necesitaba más cuidados.

«Presiento que traes tanto para aprender, que quisieras si quieres, enseñarte también»

Presiento, Miguel Ángel Baquero.

30 de septiembre de 1916

Los rumores sobre el avance de los alemanes tenían a Doullens sometidos a una espantosa zozobra, aunque el gobierno había dado la orden de evacuar la ciudad, muchos de los habitantes se negaban a irse y dejar sus hogares, a pesar de que lo último que supo era que el enemigo bombardeaba todo a su paso. Marion temía por su familia que aún seguía en su casa a las afueras de la ciudad, se había visto tentaba a ir a verlos en un par de ocasiones, pero el temor de la reacción que podían tener sus padres al verla y enterarse que estaba embarazada, la hacía desistir porque no quería causarles una desilusión, era consciente de que ellos debían enterarse en algún momento, solo esperaba a que Richard despertara y pudiera acompañarla, era mejor eso que presentarse sola.

—Quedaste guapo, como siempre —mencionó con una sonrisa admirando a su esposo, le había cortado el cabello y afeitado la barba, debía mantenerlo limpio para evitar alguna infección.

Los médicos y las enfermeras decían que su recuperación había sido milagrosa, ya que de los cincuenta pacientes que llegaron afectados por los ataques de gas, él era el único que había sobrevivido y que parecía tener la posibilidad de llevar una vida normal. Claro que eso solo se vería una vez que recobrase el conocimiento, porque podía haber perdido la vista de manera definitiva, la voz e incluso haber sufrido algún daño cerebral, aunque de momento su sistema nervioso no parecía afectado, ya que podía moverse y reaccionaba a ciertos estímulos, pero debían esperar.

—¡Marion! —exclamó Charlotte, entrando con una gran sonrisa.

—¿Qué sucede? —preguntó sobresaltándose.

—Es... es tu hermano, me dijeron que había ingresado al hospital estatal... ¡Está vivo, Marion! ¡Está vivo! —expresó con emoción.

—¡Charlotte!... ¡Papito! Tengo que ir a verlo —mencionó sintiendo que todo el cuerpo le temblaba de la felicidad, sus ojos se colmaron de lágrimas mientras se quitaba los guantes. De pronto recordó que Carol no regresaría hasta después del mediodía—. No puedo dejar a Richard solo... él aún necesita de supervisión, tendré que esperar a que Carol regrese —comentó con tristeza.

—No te preocupes por eso, yo acabo de salir de mi guardia y puedo quedarme con él —sugirió Charlotte sonriendo.

—¿Estás segura? ¿No te sientes cansada por tu turno? —Marion no quería aprovecharse de la buena voluntad de su amiga.

—Solo un poco, trabajábamos más cuando estábamos en Arrás.

—Muchas gracias, Charlotte, eres una gran amiga —dijo sonriendo y le dio un fuerte abrazo. Luego besó a su esposo en la frente—. Regresaré pronto, te amo —susurró y después salió.

Al llegar al hospital estatal tuvo que esperar a que la autorizaran para ver a su hermano, mientras el tiempo pasaba se llenaba de temor al imaginar que él también podía estar grave, ya que nadie le decía en qué condiciones había llegado. Después de quince minutos por fin una enfermera llegó hasta ella y la llevó a la habitación donde estaba Manuelle, al verla no pudo evitar sorprenderse, se llevó una mano a los labios para acallar sus sollozos mientras las lágrimas bajaban copiosas por sus mejillas.

Sintió una profunda pena al ver que su segundo padre ya no tenía las piernas, estaba dormido y pensó que lo más seguro era que lo hubiesen sedado por el dolor. Ocupó la silla al lado de la cama, al tiempo que con una mano le acariciaba la mejilla y con la otra tomaba una de las de él, Manuelle parpadeó lentamente saliendo del sueño y al verla no pudo mantenerle la mirada, volvió el rostro para esconder sus lágrimas y su sufrimiento, no quería que ella sintiera lástima por él.

—Papito... Manuelle. —Lo llamó, llevándose la mano de él a los labios y dándole un beso mientras la mojaba con sus lágrimas, él volteo la cara y con la mano que ella besaba le limpió el llanto.

—No llores, princesa... no llores, Marión. Estoy bien —mencionó intentando mostrarse fuerte, luego desvió la mirada al vientre y lo acarició con ternura—. No le hace bien a mi sobrino.

—No sé si será niño o niña. —Sonrió al escucharlo decir *mi sobrino* y posó una mano sobre la de Manuelle.

—Será un niño y te ayudaré a criarlo... ya verás, será muy inteligente... ¿Y el padre? ¿Sabes algo de él? —inquirió mirándola.

—¿Le vas hacer daño? —preguntó y sus pupilas se movieron con nerviosismo, revelando su temor.

—No pequeña, ya no tengo ganas de nada, solo quiero estar con ustedes con mis padres y buscar a Diane... aunque no creo que me acepte como estoy ahora —murmuró, desviando la mirada al vacío.

—No lo dudes, Manuelle, Diane te aceptará porque te ama, así como yo acepto a Richard, aunque esté... —Se detuvo para no llorar.

—Con que se llama Richard ... ¿Que le pasó? —Vio que la barbilla de su hermana temblaba al intentar retener las lágrimas.

—Fue víctima del gas mostaza... Tiene casi toda la espalda quemada y casi siempre está inconsciente... a veces abre los ojos, pero no puede ver y tampoco puede hablar... yo tengo tanto miedo —respondió al tiempo que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Está vivo y eso es un milagro, Marión, muchos en las condiciones que describes no pasan las veinticuatro horas, así que ten fe que se pondrá bien, debe ser un hombre fuerte —concluyó.

—Sí, lo es... es muy fuerte y sé que está luchando por nosotros —acotó, posando la mano sobre su vientre.

Manuelle la acercó para darle un beso en la frente, no quería verla llorar; sin embargo, tenía que ponerla al tanto de su preocupación por lo que estaba sucediendo, como teniendo él tenía acceso a información importante. Sabía que no podía compartirla con nadie, pero al carajo con todo eso, ella era su hermana y no dejaría que le pasara nada por seguir órdenes, tampoco a su familia ni a su prometida.

—Marion... sabes que los alemanes se acercan y lo más seguro es que arrasen con todo —murmuró, para que nadie escuchase o se metería en problemas, la vio asentir y continuó—: a mí todavía no me darán de alta, así que necesito que me hagas un favor.

—Claro, hermano... dime qué quieres que haga.

—Debes marcharte, Marion...

—¿Marcharme? ¿A dónde Manuelle? —inquirió desconcertada.

—Lejos de Doullens. Debajo de mi cama están mis pertenencias, búscalas —exigió y ella sacó la caja de metal—. Agarra las llaves y ese sobre, son las escrituras de una casa que me dio el gobierno en Amiens... Necesito que busques a nuestra familia, también a Diane y a su familia, debes sacarlos de aquí, esta ciudad ya no es segura.

—Pero... Manuelle, yo no puedo... no puedo dejarte y tampoco puedo dejar a Richard, no ahora... —pronunció con voz trémula.

—Tienes que hacerlo, por mí no te preocupes, me da lo mismo... pero debes irte por ti y por tu hijo. —Vio que ella iba a protestar, así que se apresuró a decir algo más—. Llévate a Richard, roba una de las ambulancias, yo te enseñé a conducir, podrás hacerlo... Él tiene más oportunidad de sobrevivir si lo llevas a Amiens que si se queda en el hospital... Marion, los alemanes tienen ese lugar entre sus blancos porque saben que todos los pacientes allí son militares.

—Lo me pides es una locura... —dijo negando con la cabeza.

—¡Van a bombardearlo! —exclamó perdiendo la paciencia, la vio sobresaltarse así que le sujetó las manos y la miró a los ojos—. Sácalo del hospital, tú estás de baja desde hace mucho así que no impedirán que te marches, y ya después yo me encargo de tapar la falta de Richard para que no lo sometan a juicio por desertar, aunque en su condición de seguro ya tiene autorizada la baja.

—Manuelle, no me pidas que te deje... no lo puedo hacer —pronunció mientras lloraba desconsoladamente.

—Yo estaré bien... este lugar aún es seguro, hay civiles y eso es garantía de que no sea bombardeado —explicó, pero vio que ella negaba con la cabeza y sollozaba—. ¡Hazme caso, carajo! —La hizo sobresaltarse y se sintió como un miserable, ella solo estaba preocupada por él—. Has lo que te digo... ¿No entiendes que si no lo haces vamos a morir todos? Salva a nuestra familia, a tu esposo y a Diane, yo no importo... Vete de una vez y prepara todo.

—Entonces no me mientas ni me digas que me vas a ayudar a criar a mi hijo porque no estarás... no me mientas que ya no soy una niña —expresó, ahogada en lágrimas y se aferró a él.

—Está bien, no te mentaré —murmuró y la envolvió con los brazos, su pequeña hermana se estremecía a causa de los sollozos, mientras él luchaba por contener su llanto—. Debes llevarte a Richard para que te ayude, él es el padre... Ahora vete, Marion y no pierdas tiempo por favor... debes hacerlo cuanto antes. —La alejó para mirarla a los ojos y le dio un beso en la frente—. Cuídate, mi pequeña, cuida de todos... te quiero mucho, recuérdalo siempre.

—Te adoro, papito —pronunció y le dio muchos besos en las mejillas, luego caminó hacia la puerta—. Nos veremos pronto —dijo desde el umbral de la puerta y luego se marchó.

—Nos veremos pronto —murmuró, sintiendo que las lágrimas lo desbordaban al fin y se dejó caer en la cama.

Marion se alejó de la habitación de su hermano, en medio de un torrente de sollozos que la hacían estremecer, no sabía cómo haría para llevar a cabo lo que le había dicho, ni siquiera tenía un plan. Esa noche cuando se acostó en la camilla y posó su mirada en Richard, tuvo la urgente necesidad de que él despertase y le dijera que lo haría sería lo correcto, pero eso no sucedió, así que tuvo que tomar la decisión ella sola, haría lo que le había pedido su hermano.

Así fue como desde el amanecer empezó a hacer sus propias investigaciones para trazar un plan, conocía a un par de chicos que conducían las ambulancias. Fue a llevarles café intentando saber el horario exacto del cambio de turno y donde dejaban las llaves, una vez que obtuvo esa información se despidió con una sonrisa.

Luego se ofreció a surtir los medicamentos a cada pabellón, así que tuvo oportunidad de entrar

varias veces al depósito y así poder preparar una gran cantidad de dosis para Richard, los guardó muy bien en una caja y los escondió debajo de la cama de su esposo. Después del mediodía el hospital entró en revuelo cuando recibieron órdenes de comenzar a trasladar a los pacientes hasta otros centros médicos; por supuesto, empezaron por los de más altos rangos y ni siquiera se molestaron en anotar a los tres que estaban en condiciones parecidas a las de Richard, a esos los dieron por muertos sin mirarlos.

—Son unos miserables —mencionó temblando de la rabia y la impotencia que sintió ante ese gesto—. No importa, igual me lo llevaré de aquí esta noche —sentenció, olvidándose de que estaba junto al doctor Miller, Charlotte y Carol.

Los tres la miraron con curiosidad e insistencia, por lo que no pudo ocultarles lo que planeaba; como era de esperarse, en un principio todos creyeron que se había vuelto loca. Sin embargo, después de analizarlo bien no les pareció tan descabellada la idea, ella les pidió que la acompañaran, pero sabían que eso no era posible, debían permanecer en ese lugar cumpliendo órdenes.

Eran cerca de las siete de la noche cuando Marion sacó a Richard de la habitación, iba en compañía de Carol, Charlotte y el doctor Miller por si alguien les preguntaba se inventarían algo; no obstante, era poco probable que eso sucediera porque durante todo el día se habían realizado traslados y nadie vería raro uno más. La tensión estaba a punto de quebrar a Marion, pero se obligaba a tener nervios de acero, no podía fallarle a su esposo en ese momento, llegaron hasta la zona de ambulancias, solo quedaban dos en el estacionamiento, ella agarró las llaves y le entregó unas al doctor y se quedó con las otras.

—Vengan con nosotros... iremos tan lejos como sea posible para escapar de este infierno —pidió, mirándolos a los ojos.

—Mi deber como doctor me exige quedarme aquí... no puedo, Marion —respondió Gustave sin titubear.

—Pero, doctor... sabe que aquí corre peligro, por algo están evacuando el edificio... los alemanes están cerca.

—No puedo abandonar a los pacientes —reafirmó su postura.

—Toma... te traje esta caja con comida, seguramente te hará falta.

—Charlotte... ven conmigo por favor —rogó a su amiga.

—Debería hacerlo, enfermera Blanchett —pronunció Gustave con la voz ronca, mientras la miraba a los ojos.

—No puedo... no puedo dejarte, Gustave, ya te lo dije... no me iré sin ti y si tú no lo haces, entonces yo tampoco —dijo, y se acercó a él para sujetar su mano, luego miró a su amiga—. Lo siento, Marion, pero no puedo irme, sé que me entenderás.

—Entiendo —murmuró Marion, algo sorprendida ante esa revelación, no sabía que su amiga al fin hubiese alcanzado el corazón del doctor, eso la hacía feliz—. Por favor, cuídate mucho y si deciden irse después, estaré en Amiens... —Se acercó a Charlotte y le dio un fuerte abrazo, luego miró al médico—. Muchas gracias por todo, doctor Miller... cuide de ella por favor.

—Así lo haré, cuídate tú también... y ponte esto te servirá para pasar desapercibida —dijo, extendiéndole un uniforme militar.

—Gracias —mencionó, quitándose el velo de su uniforme, se recogió la larga cabellera metiéndola dentro de la gorra y se puso la chaqueta, luego miró a su otra compañera—. Carol... tú...

—Yo iré contigo —respondió sin titubeos—. Lo siento mucho doctor, pero... —Su voz se quebró por las lágrimas.

—Está bien, enfermera Segal, cuídese mucho por favor. —Gustave se acercó y las abrazó a las dos.

—Esperen... por favor esperen —pidió Sophie, una de las cocineras, quien llevaba de la mano a su hijo, él había quedado ciego por el gas mostaza—. Llévennos con ustedes, por favor.

—Señora Martel —pronunció Marion, sorprendida.

—He traído comida... —sollozó y su mirada suplicaba—. Por favor, ayúdenos a salir de Doullens al menos.

—Por supuesto... puede ir en la parte de atrás con Richard y Carol, si no le importa me gustaría que Jean Baptiste vaya adelante conmigo, será menos sospechoso cuando pasemos los controles si ven a dos soldados en lugar de a uno —indicó Marion, mirándola.

—Muchas gracias, enfermera Laroche. —La abrazó y guio a su hijo hasta la parte delantera de la ambulancia, él no podía hablar aún.

Después de eso se despidieron en medio de lágrimas y abrazos, presintiendo que quizá esa sería la última vez que se verían, Marion subió al camión y por un instante sintió que el pánico la invadía, pero cerró los ojos para calmarse y recordar todo aquello que le había enseñado su hermano. Se puso en marcha y apenas salió del hospital se percató de que la ciudad parecía un pueblo fantasma, las tiendas estaban cerradas y las calles desoladas, ni siquiera habían puestos de control, todo el mundo parecía haberse marchado.

De pronto escuchó un ruido ensordecido y vio pasar dos grandes aviones, supo de inmediato que los alemanes habían llegado, pisó más afondo el acelerador para escapar de ellos. Media hora después entró a la zona donde estaba la casa de sus padres, pero apenas comenzó a avanzar por las calles sintió como el miedo iba calando en su interior al ver que todas las casas destruidas por los bombardeos.

—No... no Dios mío, no —murmuró llorando, dobló en una esquina y vio la de su familia en ruinas, paró el camión y bajó corriendo—. ¡Mamá... papá! ¡Nicholas! ¡André! —gritaba buscándolo entre los escombros de su humilde casa, pero era en vano, nadie le respondía y dentro de su corazón supo que ninguno podía haber sobrevivido a ese ataque, se dejó caer de rodillas, llorando.

—Marion... ¡Dios mío! —exclamó Carol ante la dantesca imagen.

—Mis papás... mis hermanitos... —susurró ahogada en llanto.

—Lo siento tanto —dijo, abrazándola para consolarla.

Sophie también bajó del camión y estuvo allí un rato, intentando hallar al menos los cuerpos de sus familiares, pero era demasiado complicado en medio de la oscuridad; de pronto, escucharon una vez el sonido de los aviones y vieron las luces en el cielo. Eso las alertó y rápidamente se pusieron de pie para retomar su camino hacia Fossemant, antes de subir al camión oyeron el estruendo de las explosiones y miraron detrás de ellas, tal como le advirtió Manuelle, los alemanes habían bombardeado el hospital.

Rompieron en llanto por todos los que se habían quedado allí, pero la guerra era tan cruel, que ni siquiera les daba una tregua para expresar su dolor. Vieron que los aviones sobrevolaban de nuevo y se apresuraron a subir al camión, Marion condujo despacio porque no encendió las luces para no alertar a los bombarderos, iba con los nervios destrozados, las lágrimas inundando su garganta y bañando su rostro, el dolor atravesándole el corazón y con un vacío inmenso en el pecho, pero aun así tuvo que continuar su camino hasta Amiens.

15 de octubre de 1916

Dos semanas después tuvo que viajar a Doullens de nuevo para buscar a Manuelle en el hospital, había sido dado de alta y ese mismo día asistieron al sepelio de su familia y Diane, quien también había perdido la vida en el bombardeo. Carol, Sophie y Jean Baptiste se habían quedado con ella para ayudarla con Richard y que no se sintiera tan sola en medio de la tragedia que había sufrido, pero cuando el teniente llegó a su casa, ya tenían todo listo para partir sintiéndose tranquilos al saber que Marion estaría acompañada.

Ese fue el día en que su hermano vio por primera vez a Richard, quien aún no recobraba el conocimiento del todo; por momentos tenía algo de lucidez, pero apenas conseguía abrir los ojos. Marion sabía que aún no podía ver nada por el movimiento desorientado que hacían sus pupilas; sin embargo, ella mantenía la esperanza de que se recuperara, ya que Jean Baptiste había comenzado a hacerlo.

—Es más joven de lo que pensé. —Fueron las primeras palabras de Manuelle al verlo—. Definitivamente cometieron una locura, siendo tan jóvenes, pensé que tendría unos treinta.

—No me diste tiempo a decirte que apenas tiene veinte años —dijo tranquilamente, acariciándole la espalda a su hermano.

—Está bastante delgado, hay que alimentarlo mejor, te ayudaré a preparar unos sueros que son muy buenos —mencionó y ella le dio un beso en la mejilla—. Solo lo hago porque tiene que ayudarte a criar al pequeño, no vas a hacerlo sola, no lo hiciste sola —acotó para que no se hiciera ilusiones, pues no le perdonaría al tal Richard que la hubiese engatusado.

—Manuelle, no hablas con compañeros militares, te recuerdo que soy tu hermana. —Lo regañó frunciendo el ceño.

—Está bien, intentaré mejorar mi vocabulario contigo, pero no me pidas que a él lo estime al menos un poco porque no lo haré.

Marion asintió y sonrió cuando su hermano no la veía, sabía que él cambiaría de parecer cuando conociera mejor a Richard, estaba segura de que su esposo se ganaría el aprecio de Manuelle.

Mes y medio después finalmente Richard abrió los ojos y al parecer había recobrado la vista parcialmente, lo supo cuando lo vio sonreírle, ella se sintió tan feliz que se acercó a abrazarlo y el bebé en su vientre también pareció emocionarse, porque se movió con fuerza. Richard se mostró asombrado cuando ella se alejó para mostrarle su vientre que había crecido mucho, ya casi cumplía los siete meses, él lloró de felicidad y con cuidado estiró su mano para tocarlo.

—Vas a ser papá —expresó con emoción—. Ya esperamos el primero de los ocho que tendremos —agregó sonriendo y él respondió con el mismo gesto, ella se acercó y lo besó con cuidado.

Luego comenzó a contarle parte lo que había sucedido durante ese tiempo, evitando los episodios tristes al ver que se angustiaba, se enfocó mejor en hablar de cosas más agradables. Como ese extraño antojo por ñoquis que le había despertado el embarazo, como lo más fácil de conseguir para comer eran papas, Sophie le enseñó a hacer varios platillos para que no se aburrieran; sin embargo, ella sintió debilidad por esa preparación italiana y lo comía casi todos los días.

Dos semanas después, Marion despertó a media madrugada con las contracciones de parto lo que la llenó de miedo porque aún le faltaban ocho semanas para dar a luz. Le pidió ayuda a su hermano, pero Manuelle no sabía qué hacer aún no dominaba muy bien la silla. Richard tampoco podía ir en busca de ayuda pues apenas podía mantenerse en pie, al final Manuelle le pidió que esperara y se dirigió hacia la casa de una vecina, ella le ayudó buscando a otra que se encargaba

de traer a niños al mundo.

Richard despertó sobresaltado por los gritos de Marion, e intentó levantarse de la cama, pero Manuelle y el esposo de la vecina ayudaron a que se calmara. Él lo miró con ojos suplicantes e intentó hablar, pero Manuelle negó con la cabeza para que no lo hiciera.

—Richard... no es nada, solo es tu hijo que está naciendo. Soy Manuelle, el hermano de Marion, tu esposa está dando a luz, pero no te preocupes, mi hermana es muy fuerte y traerá a su hijo con bien —explicó y de corazón esperaba que eso fuese así.

—Qui... qui... Quiero... ver... verla. —Fue lo primero que consiguió decir después de mucho tiempo, mientras derramaba lágrimas que quemaban sus sienes.

—No puedes... Está en proceso de parto y ni yo puedo entrar, no es nada malo, solo que tu hijo, al igual que tú y mi hermana, se adelantó... al tiempo. Si sabes de que te hablo ¿verdad? —inquirió, abriendo los ojos amenazadoramente—. Ya quédate tranquilo que te vas a reabrir las heridas de la espalda, aún hay algunas que no están completamente cicatrizadas. —Le ordenó con su tono militar.

Richard asintió haciendo lo que le pedía, pero la angustia no lo abandonaba, quería ponerse de pie y acompañar a Marion a traer a su hijo al mundo. Después de un tiempo que no logró contar, escuchó el llanto del niño retumbar en toda la casa, lágrimas de felicidad lo desbordaron y una gran sonrisa adornaba sus labios, sintió un enorme deseo de ponerse de pie e ir a conocer a su hijo, pero no podía.

Tuvo que esperar tres días para conocerlo, ya que Marion había quedado delicada después del parto y apenas podía levantarse de la cama. Ellos dormían en habitaciones separadas por seguridad, ya que durante sus pesadillas él a veces despertaba de manera violenta y podía lastimarla sin querer; además, seguía convaleciente.

Manuelle fue el encargado de cuidar a su sobrino y no durmió en dos días, viéndolo, era él quien lo cargaba y se lo entregaba a Marion para que lo alimentara. Luego casi se lo arrancaba de los brazos a su hermana para sacarle los gases y también era quien lo cambiaba.

—¡Qué desgracia! Es puro padre... hubiera sido mejor que se pareciera al tío... qué sé yo un poco más guapo, al menos un poco más rubio, ni los ojos verdes, mira nada más como pintó el azul.

—Richard es muy guapo, solo que ahora está algo demacrado, pero ya lo verás cuando se recupere —alegó Marion, sonriendo.

Manuelle chasqueó la lengua en un gesto de desagrado, después de tres meses seguía sintiendo cierto rencor por el padre de su sobrino, solo se condolía de él porque lo veía luchar contra las secuelas que le había dejado el gas mostaza. Acompañó a su hermana a la habitación de su cuñado para llevarle al niño y que lo conociera, ella se mostraba tan emocionada que él no pudo evitar compartir su felicidad.

—Manuelle, ayuda a Richard a sentarse por favor. —Le pidió.

Él lo ayudó poniéndole unas almohadas debajo de la espalda, Marion le puso al bebé con mucho cuidado en las piernas, ya que su esposo aún no podía cargarlo. Richard sintió una emoción tan grande, que su pecho apenas podía contenerla y unas lágrimas rodaron rápidamente por sus mejillas. Marion las secó con sus dedos y le dio un beso en la mejilla, luego se sentó con cuidado al lado de su esposo y él la rodeó con un brazo, besando su frente.

—Es tan pequeño —susurró, acompañado de ese silbido que hacía cuando se esforzaba al hablar.

—No te esfuerces, amor, aún no puedes hablar... Y sí, es muy pequeñito, todavía le faltaba tiempo, pero gracias a Dios está bien.

—Joshua —susurró una vez más—. Lla... Llama... lo, Joshua.

—Joshua... me gusta, es un nombre hermoso... ¿Te gusta Manuelle? —preguntó, desviando la mirada a su hermano.

—Sí... me gusta, al menos tiene buen gusto para los nombres —respondió, mirando hacia otro lado.

—Y para las mujeres también... a menos que creas que tu hermana es fea —acotó, sonriendo con picardía.

—Marion... Marion no me tientes, mira que solo tengo que estirar el brazo y estrangularlo. — Le advirtió, arrastrando las palabras.

—Está bien, no te tiento. —Le entregó un guiño a Richard.

—Creo que ya es hora de cambiarlo, dámelo acá.

—Manuelle no tiene media hora que lo cambiaste, ya deja que lo tenga un rato, tú te encargas de Joshua toda la noche.

Manuelle frunció el ceño al quedarse sin argumentos para rebatir lo que había dicho su hermana, pero su naturaleza posesiva lo llevaba a sentir celos porque para él ese niño era como suyo. Sin embargo, sabía que no lo era por lo que debía ceder y dejar que sus padres disfrutaran de él, así que se marchó a la cocina con el pretexto de ir a ver qué preparaba para la cena, pero terminó pidiéndole a la vecina que cocinara y ella accedía porque él compartía sus alimentos.

Después de cinco meses ya Richard conseguía sostener a Joshua en brazos, se ponía de pie y caminaba con él, aunque se cansaba fácilmente porque sus pulmones eran más débiles que los de su hijo; podía pasar horas admirándolo. Manuelle se ponía cada vez más celoso ya que el pequeño exigía más atención de su padre, parecía reconocerlo y para su descontento se parecía cada vez más a Richard, solo que el cabello lo tenía un poco más claro.

No podía negar que su cuñado se desvivía por Marion y su hijo e intentaba mantener una relación cordial con él, aunque a veces se sumía en una profunda depresión a causa de todo lo vivido en la guerra. Él lo comprendía porque a veces le sucedía lo mismo, pero no podía evitar molestarse ya que veía a su hermana sufrir cuando eso pasaba; sin embargo, cuando Richard estaba bien, ella era feliz.

Mientras los días pasaban, Marion sabía que la mensualidad que le pasaban a Manuelle no alcanzaba para los cuatro; sobre todo porque con Joshua los gastos habían aumentado. Por eso salía todas las mañanas en busca de trabajo, y se llevaba al pequeño pues no podía dejarlo con su hermano ya que debía alimentarlo.

Se iba a los barrios de clase acomodada para ofrecerse a cuidar a algún enfermo, e incluso a limpiar si necesitaban a alguien que lo hiciese, pero lo único que obtenía era que le cerraran la puerta en las narices. Ya estaba cansada de tanto caminar, tenía hambre y frío, metió la mano en su bolsillo y sacó las dos monedas que le había dado el mayordomo de una de esas grandes casas antes de cerrarle la puerta en la cara, eso la hizo sentir tan humillada que comenzó a llorar.

Se sentó en una banca mientras apretaba a su bebé contra su pecho, sintiéndose desesperada ante esa situación y de pronto sintió que alguien le apoyaba una mano en el hombro. Ella se sorprendió y se volvió a mirar a la mujer de ojos verdes, cabello castaño y tez blanca que se había detenido a su lado.

—¿Se siente usted bien? —Le preguntó y la vio negar con la cabeza al tiempo que rompía en llanto—. Venga conmigo. —Le pidió y la llevó al hospital que quedaba a dos manzanas.

Marion supo que Dios no la había abandonado cuando la mujer se presentó como Emma Roger, era la jefe de enfermeras del hospital central de Amiens. Ella aprovechó la oportunidad para

contarle la situación que estaba atravesando y su necesidad de conseguir un trabajo, le habló también de su experiencia como enfermera de guerra y que lo único que deseaba era tener un ingreso para alimentar a su familia, ya que su esposo y su hermano habían quedado incapacitados.

Así fue como empezó a trabajar en un hospital a pocas cuadras de su casa, aunque su hermano puso el grito al cielo, tuvo que aceptarlo porque sabía que era necesario. A su esposo tampoco le gustó la idea, pero ella le mintió diciéndole que la habían obligado a regresar al trabajo, al final acordaron que Manuelle y Richard se harían cargo del bebé para que ella pudiera trabajar tranquila y no tuviese que gastar en alguien que cuidara del niño cuando ellos podían hacerlo.

Después de tres meses, Marion y Richard comenzaron a dormir en la misma habitación, Joshua se quedó en la que estaba al lado de la de Manuelle. No podía dormir en la de sus padres, ya que Richard a veces despertaba dando gritos por las pesadillas y eso podía asustarlo, así poco a poco fueron construyendo su hogar y su familia.

Nota de autoras:

Querida lectora: esperamos que hayas disfrutado de la historia de Fabrizio y Marion, que te hemos mostrado en este material extra, muchas gracias por leerla y darles la oportunidad a estos personajes, para demostrarte cuantos sacrificios han tenido que hacer y cuán fuerte es su amor. Ahora sigue con la historia y descubre lo que les depara el destino a ellos y a los demás personajes.

Lily y Lina Perozo Altamar.

Capítulo 23

Fabrizio se encontraba una vez más en el despacho observando las fotografías donde aparecía con su familia, esas de antes de irse a la guerra y las de después de que su padre lo trajese de vuelta. En las fotos lucía exactamente igual, bueno a grandes rasgos ya que su contextura se había hecho más gruesa estando en el ejército, pero siempre había sido alto, con tan solo quince años parecía de diecisiete.

Su sonrisa parecía la misma, pero tampoco podía estar seguro, así como no podía estarlo de su mirada, sentía como si su yo de antes hubiese perdido mucho más que la memoria en la guerra. Su actitud; por ejemplo, se notaba distinta en ambas épocas, ahora se notaba más confiado, pero suponía que era algo que iba ligado a la adultez.

La similitud con su padre también se mantenía, aunque se parecía más a él cuando tenía quince años, quedaba muy poco de ese parecido ahora. En cambio, su madre y su hermana sí conservaban esa semejanza, el brillo en la mirada y la sonrisa de ambas eran idénticas, con ese halo mágico que parecía flotar en torno a ellas.

Dejó libre un suspiro y cerró los ojos, llevándose los pulgares hasta las sienes y presionándolas con suavidad para aligerar el dolor de cabeza que sentía. Una vez más habían regresado, aunque no eran tan fuertes ni constantes, pero venían acompañados por sueños extraños a los que no les encontraba lógica y cuando intentaba recordarlos se volvían confusos.

Escuchó que la puerta se abría y acomodó a un lado los álbumes, pero ya su padre lo había visto, se puso de pie y caminó hasta la ventana para simular que no tenía importancia lo que hacía.

—Fabrizio, sigues aquí, pensé que ya te habías retirado a dormir.

—No, padre, no tengo sueño todavía... vine a buscar un libro y me distraje viendo las fotografías —contestó sin mirarlo.

—¿Buscando tus recuerdos de nuevo? —preguntó mientras se sentaba en su sillón, mirándolo con tristeza.

—No —respondió secamente, porque ya había renunciado a eso.

—Si quisieras... podríamos ponernos en contacto de nuevo con los doctores que te trataron en un principio, ellos...

—Ellos no me ayudaron en nada, padre, ya lo intentamos.

—Hijo... sé que esto no es fácil, pero ha pasado mucho tiempo, tal vez las cosas ahora hayan cambiado y alguno consiga ayudarte... buscaremos al mejor —sugirió intentando convencerlo, quería que él recuperase sus recuerdos, aunque después de eso terminara odiándolo por todo lo que había hecho.

—Si no lo hicieron durante los ocho meses que estuve asistiendo a las consultas dudo que puedan hacerlo ahora, me ayudó mucho más lo que ustedes hicieron por mí. —Se volvió para dedicarle a su padre una mirada de verdadero agradecimiento—. Ustedes me dieron un pasado, mientras que ellos solo decían que todo era mi culpa, que era yo quien bloqueaba mis recuerdos —mencionó con la expresión de su rostro contraída—. Que seguramente los acontecimientos atroces de la guerra me traumatizaron a tal grado que decidí olvidar todo, esa fue siempre su respuesta, que era yo el del problema.

—En eso se equivocan, te he visto luchar por recuperar tu pasado y créeme que daría lo que

fuera para que lo hiciese, para que volvieras a ser el mismo de antes —dijo con sinceridad—, pero siento que hay algo más que te atormenta y creo saber lo que es. Hijo... sé que fue tu decisión el que no le contáramos a nadie sobre tu enfermedad, pero este secreto te está asfixiando poco a poco.

—Padre... sabes bien que no quiero...

—Sí, lo sé... sé que no quieres que te miren con lástima, pero nosotros no lo hacemos y conocemos el problema...

—Porque ustedes son mi familia —alegó antes de que su padre pudiese continuar—. Estuvieron conmigo durante todo ese tiempo, me dieron su apoyo, su comprensión, me conocen y yo los conozco, sé que puedo esperar de ustedes, pero no de los demás. —Le daba miedo contar su verdad, no quería que lo vieran como alguien raro.

—Hijo, por favor —mencionó poniéndose de pie—. Debes confiar en las personas que están a tu alrededor, abrirte a ellos, dejarles ver lo que sientes, lo que deseas... sobre todo a aquellas que te aprecian, la seguridad que necesitas no la encontrarás si sigues en esa coraza... ¿Qué harás el día que recuperes tu pasado? —preguntó mirándolo a los ojos, quería decir algo más, pero no pudo.

—No creo que eso suceda, padre, si ni siquiera puedo recordar los supuestos eventos traumáticos que viví durante la guerra, eso que se supone debieron haberme marcado y que me impiden recuperar mis recuerdos... —esbozó con rabia—. Nunca he soñado con batallas, con cadáveres, con trincheras... he visto cientos de fotografías de esos lugares e intentando asociar esas imágenes con alguna dentro de mi cabeza, pero es inútil, es como si nunca hubiese estado en esos lugares ni visto nada de eso... no tienes idea de lo que me frustra todo esto —expresó mientras caminaba de un lugar a otro.

—Comprendo tu sentir, hijo, sé que no es fácil con lo que debes lidiar, pero eres fuerte y sé que, aunque ya te hayas resignado las cosas pueden cambiar, no debes perder la esperanza. Además, sin importar lo que suceda tendrás que contárselo a Victoria... no sería honesto de tu parte ocultarle la verdad. —Le aconsejó buscando su mirada.

—Ella no tiene por qué enterarse de nada, todo ha estado bien hasta ahora... y no quiero arruinarlo... ¿Qué se supone que le voy a decir? —preguntó sin poder ocultar el miedo que eso le provocaba.

—La verdad... —respondió Luciano sin titubear.

—¿Cuál verdad? ¿Que está con un hombre que no tiene pasado...? ¿Que no sabe qué demonios sucede con él que no logra encontrar lo que un día fue? ¿Que no sabe si más adelante le ocurra lo mismo y termine por olvidar todo de nuevo? —cuestionó sintiéndose desesperado de solo imaginar cómo reaccionaría ella a todo eso.

—Fabrizio, eso no volverá a pasar, sabes que todo fue causado por el accidente que tuviste... no vas a perder lo que tienes ahora, hijo... Te aseguro que yo haré lo que esté en mis manos para que nada malo te suceda de nuevo. —Le dijo, sujetándolo por los hombros.

—No lo sé, padre, no lo sé... temo que todo eso se repita y que una vez más me sienta a merced de todos esos miedos y las dudas. No quiero volver a caer en lo mismo. —Su voz se quebró y sus ojos se humedecieron, le aterraba deprimirse como antes.

—No tienes nada que temer, yo te voy a proteger, hijo, no volverás a sufrir... —Lo abrazó con fuerza mientras contenía sus propias lágrimas—. Te lo prometo, Fabrizio, te prometo no dejaré que nada te dañe. —No pudo contener las lágrimas que lo ahogaban.

Fabrizio rompió en llanto y se aferró a su padre, sabía que podía confiar en él; después de todo, había sido el único que lo había apoyado incondicionalmente. Desde el primer momento su

padre había estado allí, dispuesto a protegerlo y cuidarlo de todo y de todos, hasta de él mismo cuando se sentía caer, dándole fuerzas y esperanzas, solo él, solo su padre.

Los Anderson habían llegado a Nueva York cuando apenas despuntaba el sol, descansarían allí el resto del día y en la noche tomarían el tren con destino a Chicago. Victoria se tendió en su cama, pero sabía que no lograría dormir; a medida que pasaban las horas sentía que esa necesidad en ella cada vez se hacía más poderosa y que si no hacía lo que su corazón le pedía no estaría en paz.

—Tengo que ir a verlo. —Se puso de pie y le escribió una nota a su primo, luego tomó su bolso y salió de la habitación.

En recepción pidió los servicios de un chofer, de inmediato le ofrecieron uno y ella le ordenó que la llevara al cementerio Green-wood. Al pasar cerca del Central Park vio a la misma vendedora de años atrás, cargada con un montón de rosas, por lo que le pidió al chofer que se detuviera y ella bajó para comprárselas todas; luego de eso siguieron con su camino.

Victoria bajó del auto y con pasos trémulos se acercó a la tumba de Terrence, en sus manos llevaba las rosas que le había comprado, con cuidado las puso cerca de la lápida. Luego se sentó con las piernas cruzadas y sus dedos recorrieron muy despacio el nombre grabado en el mármol, como si quiera grabarlo en su piel.

La suave brisa creó una lluvia de hojas que cayó sobre ella y luego comenzaron a elevarse de nuevo en espirales a su alrededor, el aroma de las rosas se esparció por todo el lugar, y una paz se adueñó de su alma mientras el silencio que reinaba solo era interrumpido por el canto de algún pájaro o el rumor del viento en las copas de los árboles. Ella cerró los ojos y su mente se llenó de recuerdos, tristes y felices, los mejores y los peores de su vida y en muchos de ellos estaba Terrence porque él siempre había sido parte de ella.

Desde el día en que lo conoció hasta ese momento, él siempre había estado junto a ella, a través de la distancia, del tiempo, en el dolor, en la soledad y también en la alegría; nadie la había hecho tan feliz como él y por nadie había llorado tanto como por él. Suspiró y no pudo evitar que las lágrimas brotaran, las dejó correr hasta que sintió que caían en sus manos entrelazadas sobre su regazo.

—Han pasado tantas cosas, Terry... tengo tanto guardado aquí dentro del pecho y todo es tan confuso, a veces siento que este amor que ha hecho nacer Fabrizio en mí... no le pertenece a él sino a ti, sé que es una locura... —Sollozó sintiendo que necesitaba confesarle todo lo que sentía —. Estoy amando a alguien que me brinda cosas maravillosas, por quien siento algo fuerte, hermoso... y al mismo tiempo estoy consciente de que por más que intente alejar su imagen de la tuya nunca lo lograré... Te juro que, si no hubiese estado presente el día de tu sepelio, si no hubiese visto el sufrimiento de tus padres... pensaría que Fabrizio eres tú y sin importar todo lo que me grita que no es posible, yo aún pienso que puedes ser tú... mi corazón y mi alma lo gritan, todo en mí gritaba que eras tú... —Se mordió el labio y cerró los ojos—. Cuando me miro en sus ojos, cuando escucho su voz o esa manera tan hermosa en que sonrío.

Victoria comenzó a llorar y su cuerpo se estremecía al sentir que el dolor y las dudas se apoderaban una vez más de ella, estaba enloqueciendo y lo sabía, porque no era posible que amase a dos personas al mismo tiempo, eso no era posible.

»Si te dijera que... que tú eres quien me alientas y al mismo tiempo me cohibes, que solo cuando dejo a mi corazón sentir que no es Fabrizio a quien beso y acaricio, sino que eres tú... entonces soy feliz, solo en esos momentos me libero de todos los miedos y las dudas... Cuando veo sus ojos busco tus miradas, aunque sean las de él, siempre busco las tuyas... esas que me

dedicabas solo a mí... —Se llevó las manos al rostro para esconder la vergüenza que sentía por estar haciéndole eso a su novio, Fabrizio no lo merecía—. Me siento horrible de solo pensar que lo engaño, que me engaño a mí misma y también a ti... ¿Por qué no puedo simplemente dejarte como un hermoso recuerdo y entregarme por completo al amor que él me brinda? —preguntó con desesperación.

Sentía que una vez más se quebraba, se llevó las manos hasta el rostro cubriéndolo mientras su cuerpo temblaba a causa de los sollozos. Así paso unos minutos, dejando libre parte del peso que llevaba en el alma y que nada lograba alejar de ella, se sentía una mala persona y le aterraba perder a Fabrizio por sus engaños.

»Quisiera tanto verte de nuevo, que me hables y me digas que no hago mal, que el hecho que desee ser feliz junto a alguien más no te lastima... Terry, déjame saber que merezco continuar con esos sueños que una vez compartimos. Me he sentido sola y vacía por tanto tiempo, llena de dolor y culpa, estoy cansada de sentirme así —admitió llorando sin reparo—. Yo nunca podré olvidarte... estoy unida a ti y nadie logrará borrar este amor, ni el tiempo ni alguien más... pero es urgente que entiendas que yo sigo aquí... que estoy viva y necesito continuar con mi vida..., aunque... ¡Te extraño tanto, Terry! ¡Aun te amo! ¡Te amo! —exclamó y se dejó caer tendiéndose frente a la tumba, sus lágrimas bañaban las rosas y su cuerpo entero temblaba, lloraba sintiendo a su alma fundirse en aquel lugar.

Una ligera brisa la envolvió elevando las hojas que se encontraban a su alrededor, moviendo suavemente sus cabellos, sumiéndola de nuevo en esa especie de paz que era un bálsamo para su alma. Poco a poco comenzó a calmarse, se incorporó hasta quedar sentada, su mirada se perdió en el horizonte y el cielo gris a lo lejos anunciaba una tormenta, el aire comenzó a hacerse frío y ella tembló.

—Victoria. —Brandon había leído la nota y le dio su tiempo, antes de pasar por ella para ir a la estación de trenes.

—¿Es hora de irnos? —preguntó ella sin volverse a mirarlo.

—No... aún estamos bien de tiempo —contestó bajando para estar a su altura, ella aún se encontraba sentada

Brandon por su parte desvió la mirada de Victoria y también la posó en la pieza de mármol con el nombre de aquel que fuese su amigo y algo en esta atrajo su atención de inmediato. Releyó varias veces la fecha inscrita «cuatro de octubre de mil novecientos dieciséis». Él recordaba esa fecha, días antes se había reunido con Luciano en esa ciudad para hacerle entrega de un gran préstamo en efectivo, según le contó, lo necesitaba para atender una emergencia personal con relación a... a su hijo.

Brandon sintió que se mareaba cuando una idea estalló dentro de su cabeza, sabía que era una locura, pero después de haber visto el impresionante parecido de Fabrizio con Terrence, cualquier cosa escapaba de la lógica. Buscó con la mirada a Victoria, quien se notaba muy tranquila a pesar de ser evidente que había llorado, no quiso perturbarla con sus teorías y se las guardó para él, necesitaba investigar un poco más, antes de comentarle sus sospechas a ella.

—Tenemos que irnos —mencionó con tranquilidad.

—Dame un minuto, por favor —pidió ella mirándolo a los ojos. Brandon asintió en silencio y caminó dejándola sola.

—Ahora debo dejarte, pero siempre voy a pensar en ti y sé que al hacerlo estarás conmigo... me hiciste tan feliz, Terry, me diste tanto...; sin embargo, ha llegado la hora de decirte adiós —susurró y sus ojos se llenaron de lágrimas, su garganta se cerró haciéndole muy difícil respirar y un intenso dolor se apoderó de su pecho—. Adiós, Terry... adiós, amor mío —agregó

levantándose muy despacio, le dio la espalda a la tumba y se alejó de él.

Brandon le extendió la mano para ayudarla a subir y ella le dedicó una sonrisa que no llegaba a iluminar su mirada, sentía que las lágrimas la desbordarían de un momento a otro. Entraron al auto y se pusieron en marcha, ella no volvió a mirar la tumba de Terrence, solo cerró los ojos con fuerza y las lágrimas rodaron por sus mejillas.

Brandon la rodeó con sus brazos atrayéndola hacia su pecho con ternura mientras acariciaba el cabello dorado y le daba suaves besos para reconfortarla. Victoria pasó sus brazos alrededor de la cintura de su primo y hundió su rostro en esa calidez que de él brotaba, dejando correr las lágrimas que la estaban ahogando, su cuerpo temblaba ligeramente y lloraba en silencio, pero sin poder ocultar el dolor.

Horas después el tren se movía a toda velocidad dejando atrás los lugares despoblados para entrar a la hermosa y brillante ciudad de Chicago, el sol se encontraba en lo alto iluminando cada rincón del paisaje ante sus ojos. El tiempo parecía haberse detenido pues todo en ese lugar lucía igual que meses atrás; después de estar casi medio año fuera, una vez más estaban en su hogar y a pesar de la tristeza que aún sentían por haber dejado a sus amores en Italia; una parte de sus corazones estaba feliz porque verían a sus seres queridos de nuevo.

—Bueno, ya estamos en casa —comentó Brandon cuando escuchó el silbato. Angela y Victoria sonrieron, asintiendo.

En la estación ya los esperaba Robert, en compañía de los dos choferes de la mansión con sus respectivos autos; según la señora Margot, después de un viaje tan largo seguramente sus sobrinos traerían una gran cantidad de equipaje. Los pasajeros comenzaron a descender del tren, Robert vio a los herederos y se acercó hasta ellos, indicándole a Rick y a Marcus que se encargaran ellos del equipaje.

—¡Brandon! —Lo llamó para atraer su atención.

—¡Robert! —exclamó él con alegría y se acercó para darle un abrazo—. ¿Cómo estás? —inquirió mirándolo a los ojos.

—Muy bien, gracias... ¿Cómo estuvo el viaje? —preguntó, sintiéndose realmente feliz de tenerlo de regreso.

—Bien... un poco agotador, ya que apenas estuvimos unas horas en Nueva York, estábamos muy preocupados por la tía y queríamos verla cuanto antes —respondió tornándose serio.

—Es algo extenuante, pero debes estar tranquilo, su salud ha mejorado considerablemente —acotó y desvió su mirada a la bella hija de su difunto amigo Stephen—. Victoria, que alegría verte de nuevo, te ves muy hermosa —mencionó con alegría.

—Muchas gracias, señor Robert, también me alegra mucho verlo y luce igual que siempre, el tiempo no pasa por usted —expresó caminando para darle un abrazo al tiempo que sonreía.

—Señor Johansson. —Lo saludó Ángela con una sonrisa.

—Ángela, usted también luce muy bella, por favor acompañenme ya los autos nos esperan —pidió al ver que ya los choferes esperaban.

Brandon fue sustraído de sus pensamientos cuando su mirada captó el inmenso portal de hierro forjado donde resaltaba el escudo de la familia. Dejó escapar un suspiro con disimulo, pues una vez más el peso de su apellido se posaba sobre sus hombros; uno de los empleados les abrió y los saludó con entusiasmo, Brandon y Victoria le respondieron con una sonrisa.

El hermoso jardín se veía igual que siempre en esa época del año, desplegando sus mágicos colores y sus exquisitos aromas que los embriagaban. La calidez del ambiente se sentía en todo el lugar, no solo por ser verano, sino porque regresaban su hogar.

—Buenos días, bienvenidos señor Brandon, señorita Victoria, Ángela. —Los recibió Dinora

con una gran sonrisa.

—Gracias, Dinora, qué bueno verte —mencionó Brandon.

—Estamos felices de tenerlos de vuelta —respondió ella.

—Nosotros también lo estamos —respondió Victoria, quien ciertamente deseaba ver a sus amigas, sus primos y a sus tías.

—¿La tía está en su habitación? —Brandon quería verla.

—No, está en la terraza, por favor acompáñeme. —anunció con gran emoción el ama de llaves y les hizo un ademán.

Cuando llegaron al lugar lo vieron hermosamente decorado con elegantes globos azules y planeados, una gran mesa cubierta con manteles en los mismos tonos, un enorme pastel y bandejas con una gran variedad de bocadillos. Allí los esperaban Annette, Sean y su pequeña hija Keisy, también estaban Christian, Patricia quien mostraba con orgullo su pronunciado vientre, y el pequeño Paul, quien había crecido mucho en esos meses.

También estaban todos los empleados de la casa, quienes se mostraban sonrientes por tenerlos de vuelta. Y a un lado, sentada en un gran sillón estaba su tía Margot, quien se notaba más delgada y algo demacrada por su enfermedad, pero seguía conservando su postura altiva y elegante que acompañaba con una gran sonrisa.

—¡Bienvenidos! —exclamaron todos al mismo tiempo.

—Muchas gracias —respondió Victoria algo sorprendida, esperaba encontrar a su tía en cama, pero se le notaba bastante bien.

—Gracias por este recibimiento —comentó Brandon, sintiéndose tan desconcertado como su prima, pero intentó disimular.

—Qué alegría tenerlos con nosotros de nuevo —mencionó Margot, y su voz sí evidenciaba que estaba un poco débil—. Sé que tu cumpleaños fue hace dos semanas, Brandon, pero quisimos hacerte esta fiesta para celebrarlo —agregó emocionada.

—Muchas gracias, tía, pero según me contó Robert, usted estaba delicada de salud, no debió molestarse —respondió y se acercó para darle un abrazo mientras la mirada detenidamente.

—No te preocupes, que no me dejaron mover un dedo, todo esto fue obra de Annette y Patricia, yo solo sugerí la idea —respondió, notando cierta tensión en su sobrino, ya sabía que no iba a estar muy feliz de que lo hubiera hecho regresar.

—Todos estamos felices de tenerlos de regreso —comentó Christian acercándose para abrazar a su tío.

Pasado el desconcierto por parte de los recién llegados, procedieron a recibir los abrazos de sus seres queridos, las chicas estuvieron unidas en uno por casi un minuto, mientras se expresaban cuánto se habían extrañado. Los caballeros también siguieron su ejemplo, turnándose para abrazarlos a ambos, después llegó el turno de los niños, quienes tardaron un poco en recordar a Brandon y a Victoria, lo que causó las risas de todos.

Ellos se quedaron compartiendo con sus familiares, a pesar de que estaban un poco cansados, pero era más la emoción de verlos y escuchar todas esas anécdotas que no se alcanzaron a contar en las cartas. De momento, Brandon y Victoria acordaron no hablar de la relación que tenían con los hermanos Di Carlo; sobre todo, porque tendrían que hacer referencia al parecido entre Fabrizio y Terrence.

—Me alegra mucho verla bien, estábamos muy preocupados —mencionó Brandon, mirando a su tía mientras le brindaba una caricia en la mano, notando que de verdad se veía más decaída.

—Gracias por venir tan pronto, por un momento pensé que no los vería de nuevo —pronunció y su mirada se cristalizó por las lágrimas—. Esta vez creo que el asunto fue más serio de lo

habitual, ya ven, los años no pasan en vano, siempre se llevan nuestra vitalidad.

—No diga eso, tía, usted es una mujer fuerte, ya verá como pronto estará respuesta por completo —alegó Brandon con optimismo.

—Brandon tiene razón, y yo me dedicaré a ayudarla para que mejore pronto —agregó Victoria con una sonrisa y se acercó para darle un beso en la mejilla,

—Eso espero, queridos..., pero no me quiero engañar, es mejor estar preparados —pronunció con la voz algo rasposa.

—Por favor, tía abuela, dejemos esos pensamientos de lado, hoy es un día para estar felices —dijo Sean con una sonrisa, no quería que se desanimara porque eso le haría mucho peor, él vio en su madre lo que era capaz de hacer la depresión.

—Mi hermano está en lo cierto, hoy es un día para celebrar; además, le aseguro que usted verá a este niño o niña que viene en camino —mencionó Christian acariciando el vientre de su esposa, mientras le sonreía—. Y también verá a los del tío Brandon, los de Victoria y los otros que tengamos Sean y yo con nuestras esposas —agregó con entusiasmo, mirándolos a todos.

Eso provocó que una vez más los presentes sonrieran, incluso Victoria, quien siempre se tensaba cuando hablaban de ese tema, Margot que observaba con detenimiento a sus sobrinos pudo darse cuenta de ello. También del destello en la mirada de Brandon, era la primera vez que lo veía emocionarse ante la idea de ser padre, eso hizo que de inmediato su intuición se despertara y que se propusiera averiguar qué había sucedido en esos meses para que sus sobrinos se mostraran abiertos a la idea de formar una familia.

—Será mejor que se dé prisa, tío, porque ya nosotros le llevamos la delantera —comentó Sean, riendo.

—Mi hermano tiene razón, ya yo voy por el segundo, y no me extrañaría que, dentro de poco, Keisy también reciba la noticia de que sus padres le darán un hermanito. —Christian miró a su cuñada, quien casi se ahoga con el té y eso lo hizo reír.

—No contagies a mi marido con tus ideas, yo adoro ser madre, pero aún no estoy lista para afrontar de nuevo un embarazo y mucho menos la labor de parto —comentó Annette, mirándolo seriamente.

—Mejor no hablemos de eso que comienzo a ponerme nerviosa, aunque por suerte ya Vicky está aquí —indicó Patricia sonriéndole.

—No tienes nada que temer, verás que tu bebé vendrá al mundo sano y fuerte, así como lo hizo Paul —dijo Victoria, apretándole la mano para darle confianza—. Ahora tengo más experiencia y te ayudaré a que todo sea más sencillo, ambos estarán bien.

—Gracias, Vicky, confieso que me siento más tranquila teniéndote aquí —admitió sonriéndole y también la apretó la mano.

—Yo también estoy segura de que todo saldrá bien, ese bebé lleva sangre Anderson —alegó Margot con orgullo, luego miró a Brandon—. Tus sobrinos tienen razón, querido, no es posible que hayas sido tío abuelo antes que padre —agregó, ya que estaba loca porque su sobrino le diese un heredero a la familia.

—Bueno, bueno... todo a su tiempo —alegó y le echó un vistazo a Victoria, quien se mostraba muy divertida al verlo acorralado.

—Creo que se están olvidando de algo, Brandon primero debe buscar una esposa —indicó Annette con una sonrisa enigmática, ella tenía a un par de amigas que estaban locas por el magnate.

—No creo que eso sea inconveniente, aspirantes habrán de sobra —aseguró Sean, estaba al tanto del anhelo de muchas damas.

—¡Vaya! Creo que todos se pusieron de acuerdo para buscarme una esposa —murmuró, sintiéndose tentado a hablarles de Fransheska, pero vio que Victoria le dedicaba una mirada de súplica para que no mencionara a los Di Carlo, al menos no todavía.

—Pues no debería extrañarte, hace años que estás en la edad para casarte, y Victoria también, ambos deberían ir pensando en ello.

Margot vio el intercambio de miradas de sus sobrinos y pudo notar que ambos se mostraban más cómplices y unidos que la última vez que los vio, al parecer compartían un secreto. Pensó que, a lo mejor, ese viaje juntos había conseguido que los dos cambiaran la forma en la que se veían, y quizá su plan de casarlos no resultaría tan difícil.

Brandon cambió de tema y se enfocó en lo bien que les había ido con la apertura de la nueva sucursal, así como con las obras que la fundación Anderson llevó a cabo de la región del Piamonte y también en algunos pueblos cerca de Florencia. Victoria también lo ayudó a alejar a su familia del asunto romántico, relatando por su parte lo feliz que se sintió cuando pudo ejercer como doctora en el hospital de Florencia, ya que debido a la gran cantidad de médicos que perecieron durante la guerra se habían abierto plazas a las mujeres, no solo en el hospital sino en muchas otras áreas de trabajo.

—Bueno, será mejor que los dejemos para que descansen y ya nos pondremos al día con los asuntos pendientes, tienen mucho que contarnos —comentó Christian, poniéndose de pie llevando a su hijo en brazos, y le ofreció la mano a su esposa para ayudarla.

—Sí, será mejor que nos retiremos... yo tengo que pasar por la oficina a firmar unos documentos, y usted no se preocupe por regresar aún, todo marcha bien, mejor descanse y ya la próxima semana lo ponemos al día —dijo Sean imitando la actitud de su hermano, también debían dejar descansar a su tía.

—Muchas gracias por este recibimiento, de verdad me siento feliz de estar en casa de nuevo —expresó Brandon con sinceridad, porque los había extrañado mucho; sin embargo, esa felicidad no sería completa, porque ahora era a Fransheska a quien extrañaba.

—Yo también me siento feliz de estar en casa, los echaba mucho de menos. —Victoria se acercó para abrazarlos.

—Nosotras también y tenemos una larga conversación pendiente, las cartas nunca serán suficientes para hablar de todo lo que nos sucedido en estos meses. —Annette veía a Victoria tan cambiada que apenas podía controlar su curiosidad, deseaba hacerle muchas preguntas, pero sabía que su amiga necesitaba descansar.

Victoria asintió mostrándole una sonrisa para esconder sus nervios, no sabía cómo haría para hablarles a todos de Fabrizio, temía la reacción que pudieran tener al enterarse del parecido que su novio tenía con Terrence. Se acercó para despedirlos con besos y abrazos, y se quedó allí para ayudar a su tía a subir a su habitación mientras Brandon los acompañaba a los autos.

Victoria se tomó unos minutos para revisar las indicaciones del doctor, le dio las pastillas que le correspondían y la dejó tomando una siesta, era evidente que ya su tía no tenía la misma fortaleza de antes. Suspiró y cerró los ojos mientras rogaba para que Dios le permitiese tenerla unos años más; luego salió con cuidado de la habitación y en el pasillo se consiguió con Brandon, se dieron un abrazo y después cada uno caminó hasta sus habitaciones para descansar.

Capítulo 24

Fransheska pasaba las tardes en el teatro rodeada de niñas colmadas de sueños, y en cada una de ella se veía reflejada a esa edad, con tantas ilusiones a flor de piel. Eso le ayudaba mucho a no ser consciente de la ausencia de Brandon, aunque había momentos en los que no podía evitar perderse en sus recuerdos, pero era traída de regreso por sus alumnas, quienes comenzaban a reír cuando la veían suspirar imaginando que era por su novio americano.

—Profesora Di Carlo ¿usted cree que cuando nosotras seamos grandes también tendremos un novio tan lindo como el suyo? —preguntó Gloria, quien era de las más extrovertida.

Fransheska dejó libre una carcajada sintiéndose sorprendida ante esa pregunta, y no pudo evitar sonrojarse como si tuviese la edad de sus alumnas. Vio que todas le dedicaban miradas llenas de curiosidad a la espera de la respuesta que pudiera darles, así que decidió quitarse los años que las diferenciaban y se dio la libertad para sentirse una chica de nuevo, esa que tuvo que dejar de lado tras lo sucedido con su hermano, pues le tocó madurar de la noche a la mañana.

—¿Les puedo contar un secreto? —preguntó mirándolas. Las niñas asintieron en silencio, ella les hizo un ademán y cerraron un poco más el círculo que habían hecho sobre el escenario—. Cuando tenía su edad... yo siempre soñaba con un príncipe azul, así como el de los cuentos, alto, con hermosos ojos, apuesto, fuerte... que me llenara de confianza y jurara amor eterno. —Las niñas suspiraron al unisonó. Ella dejó ver una sonrisa aún más brillante—. Sin embargo, nunca logré ponerle un rostro a ese príncipe; es decir, de niña me gustaba mucho el mejor amigo de mi hermano, pero no sentía que Ángelo tuviese todo eso que yo anhelaba en mi príncipe.

—Los chicos son muy infantiles... —Se quejó María, pues el chico que le gustaba no se tomaba nada en serio.

—Tienes razón, en lo único que piensan es en ellos y sus amigos, pareciera que las chicas les provocáramos alergia.

—Ellos tardan más en madurar, chicas, deben tenerles paciencia. —Le aconsejó Fransheska con una sonrisa—. Bueno como les contaba, no conseguirle un rostro a mi príncipe me frustraba, con quince años pensaba que nunca lo encontraría... conocí a muchos chicos guapos y atentos, pero en ninguno lograba encontrar eso que me dijera que era la persona que siempre había estado esperando... hasta que vi por primera vez a Brandon —expresó y su sonrisa se hizo más amplia así como incrementó el brillo de sus ojos.

—¿Y cómo supo que era él? —La interrogó Giulietta y sus hermosos ojos café que brillaban detrás de sus anteojos.

—¡Cuando la besó! —respondió Gloria y soltó una carcajada que retumbó en todo el lugar, haciendo sonrojar a su profesora.

—¡Gloria! —expresó Fransheska con reproche, pero no pudo evitar sonreír—. No fue en ese momento... —dijo con voz calmada, pero al mismo tiempo dejaba ver que el recuerdo de ese día la emocionaba—. Fue cuando me vi por primera vez en sus ojos, cuando me regaló la más hermosa sonrisa que he visto en mi vida... en ese instante supe que era todo lo que había deseado, hizo despertar en mí un sentimiento y una calidez maravillosa, era como si sus ojos y su sonrisa me diesen la bienvenida, como si Brandon también me hubiese estado esperando —agregó y suspiró con ensoñación.

—Profesora... que hermoso debe ser estar enamorada —mencionó Helena, batiendo sus pestañas.

—Lo es..., es sencillamente extraordinario... cuando les suceda sé que se sentirán las jóvenes más felices sobre la tierra, van a desear que el tiempo se detenga para estar siempre al lado de la persona amada y todo a su alrededor será perfecto —respondió Fransheska con una sonrisa que sacaba hermosos destellos a sus ojos grises.

—Van a querer besarlo a cada instante —comentó Martha, sorprendiéndolas a todas.

—¿Tienes novio, Martha? —inquirió Gloria, parpadeando.

—Solo tenemos un mes... —confesó con las mejillas pintadas de carmín y viendo las miradas curiosas de sus compañeras y su profesora, se animó a continuar—: Tobías es un chico muy dulce, cuando estoy con él todo a nuestro alrededor desaparece... es como si con tan solo tocar su mano entrásemos a un mundo distinto, mágico —contestó con voz suave y una luz en sus ojos que resaltaba el ámbar, esa que solo podía crear el amor.

Fransheska escuchó cada una de sus palabras y no pudo evitar sentirse emocionada, conmovida, triste; en realidad sentía mucha nostalgia, era una mezcla de emociones que amenazaban con desbordarla. Sintió como si cada una de las palabras de Martha fuesen suyas, no era de extrañarse, ella estaba enamorada y había definido con exactitud lo que ese sentimiento puede crear en uno y en la persona que amas, un mundo perfecto creado por ambos.

—¿Qué edad tiene Tobías? —preguntó mirándola a los ojos.

—Diecisiete, profesora, nos conocemos desde niños... la verdad, creo que siempre estuvimos enamorados, pero ninguno de los dos nos habíamos dado cuenta de ello... hasta que...

—¿Hasta qué? —preguntaron todas al mismo tiempo.

—Hasta que nos besamos —respondió y sintió sus mejillas arder, pues para ella ese fue el momento definitivo.

Ellas dejaron libre un suspiro, la verdad era que el amor se podía sentir en todo el lugar y no era para menos, diez niñas de entre quince y catorce años descubriendo un sentimiento tan único y espléndido.

—Bueno, señoritas, se acabó nuestra charla romántica, debemos seguir ensayando los pasos que están pendientes... a ver todas de pie —mencionó con una sonrisa mientras las aminaba con ademanes.

—Pero... ¡Profesora! La conversación está muy interesante, no es justo, además ya tenemos la rutina prácticamente lista —alegó Gloria, haciendo un puchero y cruzándose de brazos.

—Sí, profesora... por favor, dejemos los ensayos para mañana... mejor sigamos hablando —pidió Clara en una súplica.

—Aún quedan algunas cosas por perfeccionar; sobre todo con los tiempos... debemos estar listas para la próxima semana si no queremos ser el hazme reír de toda la ciudad —respondió Fransheska, adoptando una actitud más seria.

—Pero si el acto es en quince días —expresaron al unísono.

—Sí... pero igual necesitamos pulir todos los detalles, además de descansar. ¿A menos que deseen tener alguna torcedura por trabajar bajo presión? —preguntó observando al grupo.

—Está bien —murmuró Gloria con actitud de derrota—, pero prometa que mañana hablaremos de este tema de nuevo.

—Sí, profesora, nuestras casas no podemos hablar con nadie de estos temas, nuestras madres son muy estrictas respecto a esto.

—Es que no está bien visto... —argumentó Giulietta, quien era la más tímida de todas—. Se supone que solo debemos saber ciertas cosas el día de nuestra boda, antes no —agregó

mirándolas.

—Tienes razón, pero no podemos ser del todo ignorantes, porque algunos chicos se pueden aprovechar de eso —comentó Fransheska, pues su madre y ella siempre se habían tenido mucha confianza y le había explicado cómo poner ciertos límites con los chicos—. Les prometo que mañana seguimos hablando, pero será nuestro secreto porque si alguna de las hermanas se enterara terminara echándome de aquí —agregó con una sonrisa que se desbordaba en picardía y vio a sus alumnas asentir emulando su mismo gesto—. Ahora debemos seguir, Clara por favor pon la música de nuevo.

Después de una hora la clase terminaba, Fransheska casi siempre se quedaba un rato más, para pensar, bailar o sencillamente descansar; sin embargo, decidió salir en compañía de sus alumnas. Ya era bastante tarde y se sentía muy nostálgica por las palabras de las jóvenes, sabía que si se quedaba en ese lugar se llenaría de recuerdos y terminaría llorando y extrañando a más no poder a Brandon.

El sol comenzaba a caer bañando con su luz tenue las calles de Florencia que eran muy concurridas a esa hora, el grupo se dividió y Fransheska se quedó junto a Gloria, Martha y Giulietta. Estaba cerca de las oficinas de su padre así que decidió caminar, de seguro su hermano aún seguía allí ya que últimamente estaba trabajando hasta tarde y podría llevarla, así no tendría que tomar un auto de alquiler.

Al otro lado de la calle un coche esperaba para cruzar en dirección al centro de la ciudad, las miradas de dos de los cuatro ocupantes captaron de inmediato al grupo y se sintieron atraídos por la belleza de la mujer que acompañaba a las chicas. Ella parecía ser su tutora o algo por el estilo, aunque se le veía muy joven para serlo, además, no se mostraba estricta como la mayoría de las profesoras sino bastante relajada e irradiaba una luz que pocas mujeres poseían.

—Tenía años sin ver a una mujer tan hermosa —mencionó Enrico, sin lograr despegar su mirada de ella.

—Yo nunca en mi vida había visto una así —confesó Enzo, completamente embelesado por ella—. Es bellísima y mira su figura, puedo jurar que debe ser un verdadero deleite sin toda esa ropa — agregó con una sonrisa que iluminaba sus ojos verdes.

—Tengo que darte toda la razón, es una verdadera belleza... ¿Quién será? —preguntó Enrico, interesado.

—¿Me pregunta a mí? Es la primera vez que vengo a Florencia, pero puedo asegurarte que lo averiguaré —sentenció sonriendo.

El auto se puso en marcha de nuevo y ellos perdieron de vista a la hermosa mujer que los había hechizado, cuando cruzaron en una esquina. Sin embargo, Enzo se obligó a recordar que la había visto cerca del teatro, quizá era de ese lugar de donde había salido junto a las niñas, por lo pronto ya tenía por donde comenzar a buscarla, sonrió con entusiasmo y se relajó en el asiento.

Marion no pudo conciliar el sueño en toda la noche, no podía dejar de pensar en todo lo que había vivido junto a su esposo y en lo que acababa de descubrir. Suspiró negando con la cabeza, cuando sintió que una vez más se pondría a llorar, tenía que despejar su mente para decidir qué haría, no solo por ella sino también por el bien de su hijo, debía pensar en Joshua.

Se puso de pie y con pasos lentos entró al baño se ducho y se preparó para ir al trabajo, aunque su mundo fuese un caos, la vida debía continuar. Abrió la puerta cuidadosamente y se encontró con su esposo dormido en la alfombra, por lo menos había tomado la precaución de cubrirse con una cobija y usar una almohada.

Ella intentó pasar con cuidado por encima de él para no despertarlo, pero apenas había dado

un par de pasos cuando lo vio que comenzaba a removerse. Así que como pudo lo esquivó y apresuró sus pasos, quería entrar a la habitación de su hijo para despedirse, pero más fuerte era su necesidad de alejarse de Richard.

—Marion. —Fabrizio sintió su presencia y se incorporó de inmediato, rápidamente se acercó hasta ella y la abrazó por la espalda, besándole la cabeza, pero su esposa solo se quedó inmóvil —. Marion, por favor, tienes que creerme... tú eres la mujer de mi vida... desde que te besé por primera vez me quedé en tus labios, te soy sincero... te digo la verdad con el corazón en la mano, te amo... Marion y de eso no tengo dudas... te amo —aseguró apretando el abrazo.

—Tengo que irme al trabajo... dejemos esto para después, ya no sigas por favor —pidió con un nudo en la garganta.

—Aún es temprano, por favor quédate y hablemos... solo quiero que creas en lo que te digo. —Intentó girarla para mirarla a los ojos, pero Marion tensó su cuerpo, resistiéndose—. Marion... quise ser sincero contigo y por eso te conté todo, no te lo voy a negar que ella fue una parte importante de mi pasado, pero en este momento no significa nada... yo era apenas un joven tonto e inexperto, creí que era amor lo que sentía por ella, pero estaba equivocado porque el amor verdadero lo conocí en tus ojos, en tus labios, en tu cuerpo... tú me lo enseñaste. —La desesperación se apoderó de él al ver que Marion seguía con la misma actitud distante.

—Se me hace tarde —repitió tratando de soltarse del abrazo.

—No me vas a perdonar ¿verdad? —preguntó con la voz ronca.

—No lo sé... por favor suéltame. —Su voz se quebró porque estaba a punto de ponerse a llorar. Él al fin la soltó y ella casi se lanzó a correr para poder alejarse, necesitaba hacerlo.

Fabrizio se apoyó en la puerta y no pudo contener sus sollozos, rompió a llorar como hacía mucho tiempo no lo hacía, ya que casi siempre procuraba liberar sus lágrimas en silencio, pero en ese instante no podía más. La sola idea de perder a Marion era algo que le quebraba el alma y el corazón, él no era nada sin ella y sin su hijo; respiró profundo intentando calmarse porque sabía que eso le hacía daño, se limpió las lágrimas y se giró para ir a ver a su hijo, pero al hacerlo se encontró con Manuelle, quien estaba en el pasillo.

—Marion acaba de irse —dijo esquivando la mirada de su cuñado.

Frunció el ceño al ser consciente de que una vez más volvían a mirarlo con esa lástima que tanto odiaba, caminó hacia la habitación que compartía con su esposa, sin decirle nada más a Manuelle. Entró y se dejó caer sentado sobre la cama, apoyando sus codos sobre las rodillas y sosteniéndose la cabeza con las manos mientras los sollozos se agolpaban en su garganta, pero no se atrevía a liberarlos porque ya no quería seguir generando lástima en los demás.

—¿Hasta cuando vas a causarme daño, Antonella? ¿Hasta cuándo voy a cargar con tu cruz? —Se cuestionó sintiéndose molesto y frustrado—. Me estás destrozando por segunda vez... Ahora mi esposa duda de mí por tu culpa... No, es por mi culpa porque yo soy un estúpido al seguir sufriendo por ti... al seguir pensando en ti y no dejarte en el pasado de una vez por todas... No debí contarle nada que tuviera que ver contigo, le hubiese inventado otra cosa..., pero Marion no merece que siga mintiéndole... ¡Por Dios, lo he hecho tanto! No va a perdonarme... no va a perdonarme... —Se repetía mientras el llanto hacía estremecer su cuerpo.

Ya no podía seguir conteniendo los sollozos que le desgarraban la garganta, así que se dirigió al baño para llorar con libertad mientras se duchaba. Sin embargo, no demoró mucho porque seguramente su hijo no tardaba en despertar y él debía comenzar a explicarle algunas cosas; estaba frente al espejo haciéndose una coleta con una liga cuando escuchó que alguien giraba la perilla de la puerta.

—Papi... ¿te quedaste dormido? —preguntó asomándose.

—Hola mi pequeño... sí, me quedé dormido —respondió volviéndose, lo cargó y se esforzó en dedicarle una sonrisa.

—Papi... ¿Tienes alergia? Tus ojos están muy rojos... o ¿estás resfriado? —Lo interrogó sintiéndose curioso.

—No... solo me entró jabón en los ojos mientras me bañaba —contestó acariciándole la espalda y caminaba a su habitación para bañarlo, sabía que Joshua disfrutaba de hacerlo en su propia tina.

—Bueno, tienes que tener cuidado, sabes que no te puedes enfermar, mami siempre te lo dice... no te puedes resfriar por tus... tus... ¿Cómo es que se llaman? —preguntó frunciendo el ceño.

—Por mis pulmones... son los que tengo aquí dentro del pecho están un poco débiles, por eso me canso rápido cuando jugamos.

—¿Por qué son así, papi? —Joshua mostraba la curiosidad propia de los niños de su edad, quería tener todas las respuestas.

—Porque hace algún tiempo aspiré un gas muy malo —respondió terminando de desvestirlo y su hijo se estremeció, Fabrizio soltó una carcajada—. ¿Te dio frío? —preguntó, sobándole los bracitos.

—Sí papi... méteme en el agua —respondió, alzando los brazos para que su padre lo cargara—. ¿Fue en la guerra, papi?

—¿Quién te ha hablado de la guerra? —Le preguntó con algo de desconcierto mientras le enjabonaba la espalda.

—Siempre hablan de eso en la casa del coronel Pétain... —murmuró porque se suponía que no debía escuchar las conversaciones de los mayores, pero sentía mucha curiosidad y su padre siempre respondía sus preguntas, así que lo miró a los ojos para hacerle otra—. ¿De ahí son tus cicatrices en la espalda y ahí también se le quedaron las piernas a mi tío? —inquirió con la voz rasposa.

—Sí... pero no me gusta que escuches esas conversaciones, Joshua, cuando hablen de eso solo apártate, te pones a ver los libros o a colorear, ¿entendido? —Le ordenó con algo de dureza.

—Está bien, papi... —dijo bajando la mirada, para después dejar escapar un sollozo y sus hombros se estremecieron.

—Mi vida... no llores —pidió, acariciándole la mejilla.

—Es que estás molesto conmigo —esbozó alzando la mirada y sus hermosos ojos topacio estaban inundados en lágrimas.

—No, Joshua..., no estoy molesto contigo, mi pequeño. —Lo sacó de la tina, lo envolvió en una toalla y lo abrazó acariciándole la espalda—. Joshua, no estoy molesto, solo que la guerra es muy mala y no me gusta que te enteres de las cosas que pasaron en ella.

—Sé que es muy mala, papi... porque te hizo daño, por eso cuando sea grande quiero ser como mami y ayudarlo para curarte... no quiero que te enfermes y que mi tío pueda bailar... —mencionó posándole una mano en la mejilla a su padre.

—¿Quieres ser médico? —Le preguntó con algo de asombro y media sonrisa al tiempo que lo miraba a los ojos. El pequeño asintió en silencio—. Bueno, entonces serás médico, pero si cuando estés grande cambias de opinión y quieres ser... ¿qué se yo? músico, igual te voy a apoyar. —Le aseguró y lo puso en la cama para comenzar a vestirlo, mientras se llenaba de nostalgia, imaginando lo que sentiría su padre si supiera lo que su hijo quería ser de grande.

—Gracias, papi... seré médico y también bailarín —comentó mostrando una sonrisa pícaro. Su padre soltó una carcajada y lo abrazó con fuerza, luego terminó de vestirlo—. Papi tengo hambre.

—Bueno vamos a ver qué preparamos de comida.

Joshua se puso de pie encima de la cama y bajó de un salto, luego salió de la habitación y corrió hasta la cocina, mientras su padre lo seguía sin dejar de sonreír. Al llegar a la cocina ya Manuelle había preparado el desayuno, algo que los sorprendió a ambos porque casi nunca cocinaba, de seguro tendría hambre y no quiso esperarlos.

—¿Cocinaste, tío? —inquirió Joshua con los ojos muy abiertos.

—Sí, Joshua, toma asiento..., Rich... cuñado, puedes servirle a Joshua, por favor. —Le dijo seriamente.

No sabía si llamarlo Fabrizio delante de su sobrino porque eso podía desorientarlo y sabía que Joshua no dejaría de hacer preguntas hasta que le explicaran todo. Tampoco podía mantener una conversación cordial sin saber el porqué de la actitud de su hermana, solo sabía que tenía que ser algo muy grave para que ella no quisiera verlo, porque Marion se desvivía por él y solo algo realmente serio cambiaría esa devoción que su hermana sentía por su cuñado.

Fabrizio comenzó a servirle a su hijo después se sirvió él, regresó a la mesa para sentarse y empezaron a comer los tres al mismo tiempo, pues Manuelle no había tocado su comida todavía. Fabrizio se llevó un bocado de huevos revueltos a la boca y lo saboreó mientras miraba a Joshua, quien apenas si los mantuvo en la boca porque enseguida sacó la lengua dejándolos caer en el plato, lo que hizo que él casi explotara en una carcajada cuando lo vio agarrar con sus manos el vaso con jugo de naranja y le dio un gran sorbo.

—Joshua... eso es mala educación. —Lo reprendió Manuelle dejando a un lado su propio plato luego de tener que obligarse a pasar el bocado—. ¿Acaso no te gusta? —preguntó fingiéndose casual.

—Sí... sí me gusta tío, solo que están un poco salado... en realidad muy salado —respondió, agarrando un pan y mordiéndolo—, pero el pan está bien... ¿Papi puedo comer mermelada?

—Sí... de hecho yo también comeré mermelada —Fabrizio también hizo a un lado el plato con los huevos.

—Yo también —indicó Manuelle sonriendo ante las ocurrencias de su sobrino, pero tenía razón eso estaba incomible.

Fabrizio se puso de pie y buscó en la alacena el frasco de mermelada, le preparó dos tostadas a su hijo, cuatro para Manuelle, porque sabía que el apetito de su cuñado era insaciable, y él también se hizo un par más. Intentaron mostrarse casuales durante el desayuno, aunque podía notar la insistencia con la que lo miraba su cuñado, quizá a la espera de que le dijese algo y él sabía que le debía una explicación, solo estaba reuniendo el valor para contarle todo.

Capítulo 25

Después del desayuno Manuelle se deslizó hasta la sala de estar y siguió con el libro que había estado leyendo el día anterior, mientras Fabrizio se encargó de levantar la mesa y lavar los platos. Terminó y se sentó cerca de Manuelle, sabía que tenía una conversación pendiente con su cuñado, pero no podía tenerla delante de su hijo.

—Joshua ve a dibujar con las libretas que te dejé en tu habitación y me lo traes después. —Le dijo Fabrizio sonriéndole para animarlo.

—Está bien, papi... te haré dos —respondió feliz, porque si se quedaba allí no podría hacer ningún ruido.

—Manuelle... —Lo llamó y su cuñado apartó la mirada del libro para enfocarla en él. Lucía tan serio que Fabrizio tragó en seco para pasar el nudo en su garganta y armarse de valor—. Se que tienes muchas preguntas y te debo las respuestas ya que tú has sido una de las personas que más me ha ayudado.

—Ya le contaste todo a Marión, lo demás no me interesa, solo te repito si ella te perdona, te casas —esbozó con seriedad.

—Lo sé, pero aun así quiero que tú también seas consciente de quién es el hombre que vive con tu hermana y bajo tu techo.

—Está bien... soy todo oídos —dijo dejando el libro de lado.

—Soy italiano como ya habrás deducido por lo que te conté ayer... mi nombre es Fabrizio Alfonso Di Carlo Pavese... mi padre es Luciano Di Carlo, el dueño de los laboratorios que fabrican el medicamento que debo tomar a diario...

—Y por el que mi hermana paga una buena cantidad de dinero todos los meses —señaló con algo de rabia, porque le parecía muy injusto y egoísta de su parte que hiciera que Marion gastara tanto en algo que podía obtener de manera gratuita.

—Lo sé y créeme que esa es una de las cosas que me atormenta, pero yo... la historia con mi familia es complicada. —Frunció el ceño y negó con la cabeza, no quería abordar ese tema de nuevo—. Como te dije solo tengo veintidós años, me saqué una documentación falsa para entrar a la guerra y sabes que no fui el único que cometió una locura así... Yo estudiaba en Londres y me escapé de ahí, por qué lo hice... bueno por un desengaño amoroso... Cuando tenía catorce años me enamoré de una mujer diez años mayor que yo...

—Esto es increíble... ¿Sabías que no eres el primer chico de catorce años que se enamora de una mujer mayor? La mayoría lo hacemos, pero no porque no nos corresponda decidimos irnos a la guerra para morir —mencionó mirándolo con reproche.

—Es que... las cosas fueron distintas conmigo, porque ella me aceptó como pareja y mantuvimos una relación por un año... Todo iba bien, incluso mis padres aceptaron nuestra relación, pero de pronto ella comenzó a alejarse y sin más me dejó. —Su rostro reflejó el dolor y la rabia que recordar ese le causaba, pero enseguida se obligó a no darle importancia a eso, porque había decidido que Antonella ya no significaría nada para él, suspiró y continuó—: Por otra parte, yo quería estudiar leyes, pero había renunciado a ello a cambio de seguir con esa relación, ya que fue la condición que mi padre me puso. Él quería que estudiara medicina, pero cuando la relación con Antonella terminó, mi padre siguió insistiendo en que mantuviera nuestro

acuerdo, yo quise revelarme... así que busqué la que creí sería la salida más fácil a mi dolor y a las responsabilidades que mi padre me imponía y me enlisté como voluntario.

—Qué estúpido... Iluso... pendejo —pronunció Manuelle arrastrando las palabras y mirándolo a los ojos con rabia.

—Está bien, puedes insultarme —aceptó, bajando la mirada.

—¿Insultarte? Debería darte una golpiza —acotó manteniendo un tono de voz bajo, pero sin dejar de ser amenazante.

—Puedes hacerlo, sé que mentirle todo este tiempo a Marión fue una bajeza, que ella no se merece esto... —respondió, tragando en seco y esperando con valentía ese golpe que sabía se merecía.

—No es por Marión... es por ti, por ser tan... tan idiota. Es que debería darte la golpiza que tu padre no te dio... no entiendo como pudiste ser tan insulso, solo a ti se te ocurre enamorarte de una mujer mayor, ¿acaso no sabes que solo buscan a jóvenes por experimentar? —cuestionó con reproche, pero resopló al ver que el tonto seguramente creyó que esa mujer lo amaba—. Estoy de acuerdo en que te quitaras las calenturas de adolescente con ella, porque bueno a esa edad uno no se guía por la cabeza sino por el instinto, pero de allí a enamorarte y luego dejar a tu familia para entrar a la guerra y lanzarte a una muerte casi segura por una mujer... ya es demasiado, además ¿qué te hizo pensar que quería un futuro contigo?

—Me prometió hijos y ella era viuda, así que no había impedimentos para que nos casáramos —respondió, y seguía sin mirar a la cara a Manuelle, porque se sentía avergonzado.

—¡Ah no! Lo de los hijos ya es un fetiche... Es que tu estupidez no tiene límites, cómo vas a relacionarte con una viuda, esas son las peores... te aseguro que mientras andaba contigo tenía otros —dijo a la ligera, pero pudo ver que él se tensaba y fruncía el ceño, así que cambió de tema—. ¿Cuál de tus padres es el extremista? Porque eso tiene que ser hereditario, primero te buscas una demasiada mujer y después una demasiado sonsa, porque eso es lo que era mi hermana, además de niña —alegó, mirándolo con rabia.

—Manuelle... yo me dejé deslumbrar por Antonella, eso fue lo que sucedió, pero a tu hermana la amo, ahora conozco la diferencia, me di cuenta de que era amor cuando la besé por primera vez.

—Pues claro que la amas... por tu bien la tienes que amar.

—No la amo porque me amases... sino porque con ella supe lo que era el amor. —Le aseguró sin desviarle la mirada.

—Claro, con la otra eran las hormonas alborotadas, ¿tu padre no tuvo esa conversación contigo? —inquirió, porque el suyo hasta lo había llevado a un burdel para que debutase y no anduviese por allí buscándole la quinta pata al gato.

—Mi madre siempre me vio como a un niño... Y mi padre lo único que me dijo fue que no debía estar con una mujer, no hasta que no fuese un hombre adulto y responsable, porque podría arruinar mi futuro y el de ella si la dejaba embarazada.

—Debió ser más específico, porque allí tienes lo que sucedió con mi hermana —refunfuñó, aún no le perdonaba que la hubiese embarazado siendo tan joven—, pero bueno, ya no se puede llorar sobre la leche derramada, las cosas sucedieron así.

—Yo jamás me arrepentiría de lo que viví con Marion, gracias a eso tenemos a Joshua y él es mi mayor tesoro junto a ella. Además, cuando estuve con Antonella no pasaba nada, no salía embarazada.

—Claro imbécil, porque se cuidaba... no es que no pudieras embarazarla —comentó, rodando sus ojos.

—Por eso con Marión no supe qué hacer... es difícil hablar de esto —dijo y vio como en ese momento Manuelle se tensaba—. Era consciente de que ella era muy joven para vivir todo eso, pero simplemente nos fue imposible contenernos, nos amábamos —expresó mostrándose completamente sincero.

—Sí... sí consiente por eso no pudiste esperar un poco más, al menos hasta que cumpliera los diecisiete —pronunció con seriedad.

—Manuelle... nos llevaban al Valle del Somme, sabes bien el infierno que se desataba allá —mencionó, mirando el espacio vacío donde debían estar sus piernas, aunque su cuñado las perdió en Verdún—. Tenía miedo de no regresar, así que lo último que quise hacer era amarla completamente, solo eso, sin hacerle daño.

—Mejor dejemos ese tema de lado... ¿Cómo debo llamarte ahora delante de tu hijo? —preguntó esquivando eso que aún le molestaba.

—Puedes seguir llamándome Richard... ya me acostumbré..., pero ahora estoy aterrado, no sé qué hacer porque Marion no quiere perdonarme, ni siquiera me quiere en la habitación y te juro, Manuelle, que esa mujer ya no significa nada para mí. —Se limpió un par de lágrimas que se le escaparon—. Y la verdad, si ella no me perdona, no sé qué voy hacer aquí, no seré un estorbo para ustedes.

—Vamos, para mí eres un estorbo desde que decidiste mirar a mi hermana, ahora ya me harías falta; tampoco pienses que te llevarás a Joshua. —Le advirtió mirándolo fijamente.

—No, no, eso no lo haría, no les quitaría a Joshua... solo me iría, aunque no sé a dónde porque no tengo el valor para ir donde mis padres, en eso soy un cobarde, ellos no me verán nunca más... y ya mi lugar ahí lo perdí... Todo lo tengo perdiendo.

—No tienes que irte a ningún lado, solo dale tiempo a Marion, ya deja de ser tan cobarde y buscar la salida más rápida a los problemas, afóntalos. —Le exigió, deseando golpearlo para que reaccionara.

Fabrizio asintió confiando en las palabras de su cuñado, esperando que estuviera en lo cierto y que Marion le diese esa oportunidad que le pedía, porque sencillamente no sabía lo que sería de su vida sin ella y sin Joshua, ellos eran todo lo que le quedaba en el mundo, todo.

Después de tres días en Chicago, Brandon y Victoria intentaron retomar sus rutinas para no pasar tanto tiempo encerrados y llenándose de nostalgia, ya que eso solo acrecentaba su deseo de tomar un barco para regresar a Italia. Además, que las miradas inquisitivas que les dedicaba su tía, los ponían nerviosos y les costaba mucho disimular que habían llegado distintos, ambos dejaban sus pensamientos volar a menudo, sonreían cuando creían que nadie los estaba observando y también suspiraban sin motivo aparente.

—Que te vaya bien, hijo —mencionó Margot, cuando lo vio ponerse de pie y le extendió la mano para pedirle que se acercara.

—Gracias, tía —respondió y le dio un beso en la frente, luego miró a su prima—. Trataré de regresar para el almuerzo.

—Está bien, pero no te preocupes sino puedes hacerlo, yo me quedaré al pendiente de la tía, que te rinda el día —dijo Victoria poniéndose de pie y lo despidió con un abrazo.

—Gracias —esbozó y luego de eso se marchó.

Margot una vez más intentaba dar con más detalles que le revelaran cuál era ese secreto que los dos compartían, porque estaba segura de que sus sobrinos callaban algo. Solo esperaba que fuese eso que tanto anhelaba, porque nada la haría más feliz.

A pesar de que Rick se había ofrecido a llevarlo, él se negó y condujo su auto porque le

gustaba disfrutar de su independencia tanto como le fuera posible. Llegó a la enorme y elegante torre donde funcionaban las oficinas principales del consorcio bancario, en el centro financiero de Chicago, estacionó el auto en su puesto y desde que bajó de este comenzó a ser saludado por el personal, quienes se mostraban felices de tenerlo de regreso.

—Buenos días, Brandon, bienvenido de nuevo. —Lo saludó Robert mostrando una gran sonrisa, al encontrárselo en el vestíbulo.

—Buenos días, Robert y gracias por este recibimiento —dijo al comprender que seguro él y su sobrino le habían informado al personal, pues todos estaban allí reunidos—. ¿Sean ya llegó? —inquirió al percatarse que no estaba allí.

—Sí, tu sobrino es un hombre muy madrugador, llegó hace una hora porque desea presentarte los balances antes de que la junta directiva se reúna. —Le informó caminando hacia los elevadores.

—Eso no debe preocuparle, estoy seguro de que ha hecho un gran trabajo... Además, no estoy interesado en tener una junta por ahora, al menos no por esta semana. —No se dejaría presionar tan pronto.

—Señor Anderson, bienvenido, qué emoción verlo de nuevo.

—Muchas gracias, Nancy, ¿cómo has estado? —La saludó dándole un abrazo, pues esa mujer había sido su salvadora en más de una oportunidad y la extrañó en la sucursal de Florencia.

—Muy bien ¿cómo estuvo su viaje? —preguntó amablemente.

—Llegamos sin retrasos, por suerte. Espero que Sean te haya tratado bien durante mi ausencia —comentó con una sonrisa.

—Su sobrino es tan encantador como usted y como su difunto tío, es algo que los Anderson llevan en la sangre —respondió sonriendo.

—Me alegra mucho escucharlo, aunque espero que no dejes de consentirme ahora por atenderlo a él. —Mostró el mismo gesto.

—Por supuesto que no, por cierto, permítame decir que su estadía en Italia le sentó muy bien... se ve rejuvenecido —expresó con precaución para no parecer entrometida, aunque tenía una buena relación con su jefe, siempre se debía mantener la distancia.

—Muchas gracias, Nancy, creo que tengo muchos motivos para decir que tienes toda la razón... este viaje me trajo muchas cosas buenas —mencionó con una sonrisa que iluminaba sus ojos azules, haciéndolos lucir más hermosos.

Ni para Nancy ni para Robert pasaron desapercibidas esas palabras ni mucho menos la emoción desbordaba cuando las pronuncio. Sin embargo, ambos optaron por no decir nada, aunque intercambiaron una mirada y una sonrisa.

—Me alegra, señor, les traeré café —dijo y se retiró.

Entraron a la oficina y Brandon dio un par de vueltas recorriendo el lugar, tal vez reconociéndolo para asociarlo a su realidad actual; una vez más se sentía como si no perteneciese allí. Suspiró con desgano y al fin se decidió a caminar hasta su puesto como presidente del consorcio, llegó hasta el sillón de fina piel detrás del enorme escritorio de cedro rojo y tomó asiento, cerró los ojos suspirando de nuevo.

Robert lo observaba estudiando su actitud, luego caminó para tomar asiento frente a él, podía notar que Brandon no se sentía completamente conforme con haber regresado de esa manera a América. Su comportamiento casi lo gritaba; sin embargo, sentía que había algo detrás de todo eso y comenzaba a sospechar de lo que se trataba, así que quiso arriesgarse y confirmarlo.

—¿Cómo se llama? —preguntó sacándolo de sus pensamientos.

—¿Cómo se llama quién? —inquirió Brandon sin entender, ya que de nuevo estaba distraído.

—La mujer que te tiene suspirando todo el día y con la cabeza en las nubes —contestó con naturalidad, mostrando una gran sonrisa pues presentía que había acertado al verlo parpadear.

Brandon comenzó a reír lleno de felicidad, sintiéndose aliviado de no tener que seguir ocultando cuán enamorado se sentía, deseaba poder hablar con alguien sobre eso, y quién mejor que su amigo y confidente por años. Robert no podía evitar sentirse sorprendido, porque estaba casi seguro de que nunca lo había visto así y lo conocía desde que era un chico, al parecer por fin había encontrado a la mujer que llenase su corazón

—¿No te han dicho que a veces eres muy perspicaz, Robert? —cuestionó aun con la sonrisa en sus labios y los ojos brillantes.

—Es una de mis mejores cualidades —respondió con modestia y también sonreía—. Sin embargo, no hay que serlo para adivinar que estás enamorado, nunca te había visto distraerte con tanta frecuencia, ni reír sin motivos aparentes y menos suspirar... menos con un brillo en la mirada, en resumidas cuentas, solo es necesario observarte por un momento y conocerte muy bien para confirmarlo —explicó con una actitud de triunfo.

—Ya veo... Su nombre es Fransheska Di Carlo y es la mujer más hermosa y maravillosa que he conocido en mi vida, es un ángel, una princesa... un milagro, mi milagro —contestó y la emoción de hacía un momento no era nada comparada con la que desbordaba ahora.

—¡Vaya! Creo que por fin llegó la mujer capaz de atraparte... eso sí es una novedad, el trotamundos Brandon Anderson perdidamente enamorado —señaló con una sonrisa que iluminaba los ojos cafés.

—Completamente enamorado, no te imaginas lo feliz que me hace Fransheska... es tan especial, hermosa y sensible, me ha llenado la vida de alegrías, una tras otra, y te juro que quisiera tomar un barco mañana mismo e ir a buscarla para amarrarla a mí tan fuerte que nunca nadie jamás pueda separarnos —expreso con emoción.

—Déjame darte un abrazo y felicitarte —dijo, poniéndose de pie y le extendió los brazos, Brandon recibió el gesto de buen agrado.

—Muchas gracias, Robert, te juro que nunca pensé que podía ser tan dichoso... es como si todo, todo lo que le he pedido a la vida pudiese encontrarlo en los ojos de Fransheska, a su lado el mundo es perfecto... ha sido la única mujer por la cual he estado dispuesto a dejar todo de lado y quedarme junto a ella, es como si hubiese despertado en mí a un hombre mejor —pronunció con una seguridad que nunca había mostrado al hablar de una mujer.

—Me hace muy feliz escucharte hablar así, ahora entiendo por qué te quedaste tanto tiempo en Italia... y supongo que vas a regresar pronto ¿no es así? —inquirió, mirándolo a los ojos.

—Sí, le prometí que regresaría en cuanto la tía estuviese mejor... —Brandon iba a decir algo más, pero en ese momento se escuchó un golpe en la puerta que le impidió continuar.

—Me parece bien, pero hablaremos de eso después —mencionó Robert, consciente de que debía hacerle saber sus sospechas sobre la gravedad de la enfermedad de la matrona—. Adelante —ordenó a quien llamaba y vio entrar a Nancy acompañada por Sean.

De inmediato los tres hombres se sumieron en los asuntos del banco, ya que, aunque Brandon no quería llenarse de ocupaciones tan pronto, tampoco podía seguir abusando del tiempo y la buena voluntad de su sobrino. Sabía que Christian debía estar necesitando de Sean para atender los asuntos de la naviera, así que ya era hora que lo liberara de algunas responsabilidades y las asumiera él.

Marion llegó después de las seis de la tarde, porque se ofreció como voluntaria para cubrir las horas de una compañera, necesitaba estar lejos de su esposo tanto como le fuera posible y así

poder pensar en lo que haría en cuanto se viesen de nuevo. Manuelle y Joshua estaban en el salón, ella se acercó a su hijo para cargarlo y le dio un montón de besos en todo el rostro.

—Mami... me pondrás sonrojado. —Se quejó en medio de risas.

—Es que te extrañé mucho —dijo mirándolo a los ojos, que eran idénticos a los de su padre, en realidad, ambos eran dos gotas de agua.

—Yo también —respondió imitando su actitud y comenzó a besarla—. Y seguro papi también te extrañó —esbozó señalándolo.

Marion volvió el rostro y pudo verlo en el pasillo, los observaba desde la distancia, con las manos metidas en el bolsillo y con una actitud de arrepentimiento que le encogió el corazón.

—Será mejor que vaya a cambiarme, estoy exhausta —comentó sentando a su hijo en el sillón, ignoró la mirada que su hermano le dedicaba, donde claramente le exigía que hablara con su esposo.

Caminó directamente a la habitación esquivando a Fabrizio, ni siquiera lo miró ni lo saludó; aún se sentía muy dolida con él, entró y dejó caer su bolso sobre el sillón. Luego entró al baño para comenzar a cambiarse, pero se detuvo al ver que él se recargaba en el umbral de la puerta, cruzando los brazos sobre el pecho y la miraba.

—Preparé la cena, descansa unos minutos y me avisas para servir.

—Pueden cenar ustedes, yo ya lo hice en el hospital —dijo al tiempo que le daba la espalda y se quitaba el sujetador—. Me voy a dar un baño, podrías dejarme sola —pidió con tono serio.

—Marión, me pediste que fuese sincero y eso fue lo que...

—Rich... digo, Fabrizio, estoy cansada. —Lo interrumpió porque no quería escucharlo en ese momento, tampoco que la viera desnuda.

—¿Estás cansada de mí, Marión? Te decepcioné tanto que ya no me quieres... ¿Es eso? —cuestionó con la voz vibrándole a causa del dolor que se sentía al ver que la estaba perdiendo.

—Ya es tarde y Joshua debe tener hambre.

—Me pediste que fuera sincero y ahora me odias por ello, se suponía que me amarías sin importar que tan malo fuese mi pasado, eso me prometiste cuando te dije que no quería perderte, ya veo que tus palabras no fueron verdad... —La vio ignorarlo y buscar una bata de baño y cubrirse, suponía que lo dejaría allí con la excusa de ir a atender a Joshua—. Está bien, no me respondas, báñate, yo me encargo de mi hijo —dijo y salió del baño molesto, era la primera vez en casi cuatro años que le hablaba de esa manera a Marión, pero ya no sabía qué hacer, ni qué decir para que ella lo perdonara.

—También es mi hijo —susurró con voz temblorosa.

—No digo lo contrario —pronunció alanzando la voz para que lo escuchara, luego salió de la habitación cerrando la puerta tras de sí.

Después de cenar se quedó un rato con su hijo para dormirlo, se quedó allí admirándolo mientras pensaba en lo que le diría a Marion para que lo comprendiera y lo perdonara. Cuando entró a su habitación ya ella estaba acostada en la cama y parecía que se había quedado dormida, así que pasó de largo al baño; salió minutos después y se acostó abrazándola por la espalda, pudo sentir cómo el cuerpo de su esposa se tensaba revelándole que estaba despierta.

—Amor, lo siento, no quise hablarte de esa manera, sé que estás despierta, Marión, te he visto dormir por cuatro años... Mi amor, por favor dame la oportunidad de reparar todo el daño que te he hecho... sé que he estado muy ausente todo este tiempo y lo siento, pero no quiero perderte. —Le rogó, mientras acariciaba su vientre.

—Lo siento, pero ahora no... no puedo —respondió apartando las manos de él de su cintura y se incorporó para ponerse de pie, necesitaba poner distancia entre los dos.

—¿Qué es con lo que no puedes? ¿Me estás castigado por las mentiras o es por Antonella?... Porque la verdad no te entiendo, yo solo hice lo que siempre me pedías, te conté todo —mencionó molestandose nuevamente ante la actitud de ella—. Ya te he dicho que ella no significa nada para mí... ¡Nada! —Subió su tono llevado por la frustración y la desesperación que sentía.

—¡Nada!... Si de verdad no es nada, ¿por qué siempre la nombras? Porque yo no lo he hecho —habló un poco más alto que él.

—Porque no tienes que hacerlo, tu actitud lo grita.

—¿Y cómo no quieres que lo grite, si ella todavía te atormenta? Es por ella que estás así, no duermes, no comes, lloras todo el tiempo... Ella sí se merece tus lágrimas, pero la estúpida que vela tus sueños todas las noches, que te ofrece calor, comprensión, fuerza, amor incondicional... la estúpida de Marión no se merece al menos que la pienses, porque Antonella lo ocupa todo... solo Dios y tú saben cuántas veces me habrás hecho el amor pensando en ella —expresó con la voz alterada por las lágrimas.

—¡No!... No, Marión... por favor, no pienses eso, ella nunca ha logrado entrar en mis pensamientos mientras estoy contigo. —Se puso de pie y se acercó hasta ella para envolverla con sus brazos—. Y tú no te mereces mis lagrimas ni mis malos estados de ánimos, tú solo te mereces mi amor, mi cariño, mi pasión, mi vida —mencionó tan calmado como el llanto se lo permitía.

—El problema es que yo también quiero todo eso, también quiero que llores y sufras por mí... que me extrañes y que no puedas concebir una vida sin mí, así como no podías hacerlo sin ella... yo quiero ser importante para ti... lo quiero todo y puede que esto te suene egoísta, pero quiero que seas completamente mío... no soporto la idea de compartirme con otra mujer... ¡No lo soporto! —gritó sacando todo el dolor que sentía en ese instante.

—Sabes que eres importante para mí, sabes que daría la vida por ti... y que soy completamente tuyo. Tú significas mucho más para mí de lo que alguna vez significó ella... Por favor, créeme —pidió mirándola a los ojos mientras dejaba correr su propio llanto.

—¿Entonces por qué te martirizas de esta manera? ¿Por qué pasas días tendido en ese sofá como si lo único que quisieras es morir? —inquirió mirándolo fijamente porque necesitaba respuestas.

—Antonella no tiene ese poder sobre mí... no es por ella por quien sufro, es por mi familia —respondió sin titubear.

—Si es así ¿por qué no los buscas? —cuestionó desconcertada.

—Porque no es sencillo, yo los decepcioné, Marion, les causé mucho daño y... porque existe algo más que me lo impide.

—¿Algo más? ¿Acaso tienes más secretos? —preguntó en un sollozo, mirándolo con asombro y molestia.

—Es... es otra cosa difícil de explicar, pero no tiene nada que ver con Antonella. —Le aseguró mirándola a los ojos.

—Y no vas a contármelas —concluyó por su actitud, y se soltó bruscamente del agarre, sintiendo que ya no podía más.

—No es fácil, Marión... no es para nada fácil, es mucho peor... ¡Es una maldita locura! —exclamó desesperado y llevándose las manos para cubrirse el rostro mientras negaba con la cabeza.

—¿Sabes qué? No me digas nada, sigue en ese mundo de mentiras donde vives, me iré a dormir con Joshua —dijo con indignación y agarró una almohada para macharse, no podía seguir allí.

—Marión... Marión, por favor. —La agarró del brazo.

—Suéltame... no quiero seguir escuchándote y que termines de desilusionarme más —dijo duramente al tiempo que se soltaba.

—Marión... —acotó, pero no pudo retenerla.

Fabrizio supo que no tenía caso seguir insistiendo esa noche porque ella ya no lo escucharía, y en el estado en el que ambos estaban tampoco se entenderían; lo mejor era esperar a calmarse. Sin embargo, no sabía cómo haría para contarle ese otro asunto que lo atormentaba, cómo le diría que no podía volver con su familia porque ya otro hombre ocupaba su lugar y que además era idéntico a él.

Capítulo 26

Fabrizio había tenido que viajar hasta Nápoles para firmar el contrato de adquisición de un edificio donde pondrían a funcionar un nuevo laboratorio, el negocio de la familia se expandía cada vez más gracias a su visión de crecimiento. Sin embargo, algunas personas le aconsejaron a su padre no invertir en esa ciudad, dada la fuerte presencia de la Camorra, un grupo de mafiosos asentados en la misma y que casi se presentaban como una sociedad criminal.

No obstante, Fabrizio insistió para que su padre se arriesgara a invertir en establecer una sucursal de los laboratorios, alegando que la ciudad estaba en pleno crecimiento y debían aprovechar todos los beneficios que les daba el alcalde. Además, los índices delictivos habían bajado considerablemente desde hacía diez años, cuando los líderes de los clanes fueron llevados a juicio y encarcelados.

Para convencerlo de que ese negocio sería seguro, decidió ser él mismo quien se trasladara hasta allá para cerrar el trato e incluso se reunió con el líder de una de las familias más poderosas de la ciudad. Salvatore Lotti le aseguró que no tendría problemas, siempre y cuando ofreciera fuentes de trabajo para los habitantes, él no vio problema en ello y accedió; luego de eso el trato quedó cerrado.

—¿Desea algo más, señor Di Carlo? —Le preguntó el camarero que le había llevado el desayuno y el periódico a su habitación.

—No, así está bien, muchas gracias, Lucio.

El hombre recibió la propina y luego se marchó dejándolo solo, Fabrizio se sentó tomando enseguida la taza de café y dándole un gran sorbo, antes de comenzar a disfrutar de su desayuno, agarró el diario para echarle un vistazo. La noticia que resaltaba en la primera plana hizo que un dolor agudo se apoderara de su pecho y que la garganta se le inundara de lágrimas, lo que lo desconcertó porque no tenía un motivo para sentirse así por la muerte de un hombre al que apenas había visto una vez actuando sobre su escenario.

Sus manos comenzaron a temblar y dejó caer el periódico sobre la mesa, mientras se ponía de pie e intentaba calmarse, pero todo fue en vano porque rompió a llorar sin poder evitarlo.

—¿Por qué siento esto?... ¡Maldición, terminaré loco! —Se quejó llevándose las manos a la cabeza, cerró los ojos tratando de aliviar esa molesta presión en el pecho que apenas lo dejaba respirar—. ¿Qué es todo esto? ¿Por qué me afecta tanto la muerte de este hombre, si ni siquiera llegué a conocerlo? Lo admiraba... es cierto, pero...

Regresó sobre sus pasos y tomó el periódico para ver una vez más la fotografía del tenor, un par de lágrimas rodaron por sus mejillas mientras se fijaba en su rostro y algo dentro de su cabeza le gritaba que sí lo conocía. Leyó la nota tratando de encontrar algo allí que le diese explicación a esa manera de sentimientos, quizá ese hombre estaba emparentado con su familia, a lo mejor lo conoció durante la guerra, intentó desesperadamente hallarle lógica a su conmoción, pero no consiguió nada y eso lo hizo sentirse frustrado.

Dejó de lado el periódico y caminó hasta el balcón para abrirlo y respirar el aire que provenía del mar, mientras sentía que los latidos de su corazón se hacían pesados y esa punzada en su cabeza cada vez era más intensa. Dejó caer los párpados y se llevó los pulgares a las sienes para masajearlas e intentar aliviar en parte esa sensación; de pronto vio, aún con los ojos cerrados,

como una luz brillante lo cegaba y lo llevaba a otro lugar, era el escenario de un esplendoroso teatro.

Su corazón dio un brinco, cuando su vista se encontró con la del hombre que se acercaba a él, con una mirada cargada de sorpresa y una sonrisa algo dudosa.

—Encantado, Enrico Caruso. —Le extendió la mano, no lo veía como hacían la mayoría de las personas cuando lo conocían.

Se sentía emocionado como un chiquillo, pero se irguió para mostrarse más maduro, al ver que el hombre le sonreía divertido.

—Soy un gran amigo de tu madre... Cuando me hablaba de su hijo, me imaginaba a un niño de unos doce años, como mucho, pero veo que eres todo un hombre.

El fuerte timbre del teléfono lo sacó de golpe del episodio donde estaba, haciéndolo estremecer y quedar tan aturdido que tuvo que sujetarse de la barandilla para no caerse de bruces. Inhaló con fuerza como si hubiese estado mucho tiempo debajo del agua y miró a su alrededor, deseando comprobar que estaba en la habitación del hotel en Nápoles, caminó para agarrar el teléfono.

Era su padre que quería saber cómo estaba y si regresaría esa tarde, pero apenas pudo mantener una conversación coherente con él. Aún seguía conmocionado, y solo fue consciente de haberle dicho que volvería al día siguiente, porque aún le quedaba algo que hacer.

Luego de colgar respiró profundo para amarse de valor y agarró una vez más el diario, asombrándose a ser consciente que el hombre en esa fotografía se parecía mucho al que acababa de recodar. Se fijó en los detalles del sepelio que se llevarían a cabo esa tarde, sería abierto al público lo que le facilitó tomar la decisión de asistir; se puso de pie de inmediato y buscó en su armario un traje acorde a la ocasión, tenía que averiguar qué lo ligaba a Enrico Caruso.

A las tres de la tarde pidió un taxi para ir hasta el cementerio de Santa María del Pianto, donde se llevaría a cabo el sepelio del tenor, como era de esperarse las calles adyacentes a este se encontraban colmadas de personas que deseaban darle el último adiós, a uno de los hijos más ilustres de la ciudad. Tuvo que bajar dos calles antes de llegar y continuar el trayecto caminando en medio de la multitud que entre lágrimas y sollozos subía la pendiente para acercarse al mausoleo donde reposaría el cuerpo de Caruso.

Se acercó tanto como le fue posible porque había un cordón que rodeaba al féretro, y dividía el espacio donde se encontraba la familia del tenor y sus amigos más allegados del resto de los asistentes. Sin embargo, dentro de la iglesia se abrió el ataúd y se les permitió a algunos asistentes despedirse de él, pero Fabrizio solo se quedó observándolo desde la distancia, mientras sentía que una vez más las lágrimas se agolpaban en su garganta y el corazón se le encogía.

Alejó su mirada del rostro grisáceo de Enrico Caruso y buscó entre los que suponía eran sus familiares, para ver si alguno le resultaba conocido y hallarle así la lógica a todas esas emociones que lo azotaban. Entre todos ellos resaltaba una mujer rubia que, en lugar de ir vestida de negro como la mayoría de los presentes, llevaba un hermoso vestido blanco, pero no era solo eso lo que la hacía sobresalir sino su avanzado estado de gravidez.

—¿Quién será? —preguntó en un susurro para sí mismo.

—Es la soprano Amelia Gavazzeni.

Comentó alguien que había alcanzado a escucharlo, y tampoco podía despegar su mirada de la bellísima cantante que había dejado su carrera para convertirse en la duquesa de Oxford, rompiendo el corazón de más de un caballero. Fabrizio sintió que todo su cuerpo se estremecía y

su corazón se lanzó en una carrera desbocada cuando se fijó mejor en ella, incluso sintió el extraño impulso de acercarse y comenzó a caminar en su dirección, pero al ver al hombre que se encontraba a su lado, una sensación de rechazo se apoderó de él y regresó al lugar donde estaba segundos antes.

—Creo que le cantaré —agregó una vez más el hombre, viendo que también estaban presentes varios músicos con sus instrumentos.

—Será un privilegio escucharla —respondió Fabrizio, sonriendo.

—No te imaginas cuán grande, muchacho. Si los ángeles tienen voz, estoy seguro que sería como la de esa mujer.

Fabrizio vio a la soprano dedicarle una mirada al hombre a su lado, quien debía ser su esposo porque le acarició el vientre y la ayudó a ponerse de pie, dedicándole una sonrisa. Luego de eso vio cómo se acercaba a la viuda del tenor e intercambiaba unas palabras con ella, después le hizo una indicación a uno de los hombres allí presentes y este se giró para mirar a los músicos, quienes de inmediato se apostaron alrededor del fèretro, dando inicio así a una melodía que hizo brotar más de un sollozo.

«¡Qué bella cosa es un día de sol!
Un aire sereno después de la tempestad,
por el aire fresco parece ya una fiesta.
¡Qué bella cosa es un día soleado!»

La poderosa voz de Amelia Gavazzeni hizo que el corazón de Fabrizio saltara de la emoción, era algo tan maravilloso que no podía darle una explicación y comenzó a sentir como si flotara. Lo que estaba provocando en él era tan intenso, que estuvo a punto de dejar salir su voz y acompañarla en la interpretación, pero algo más fuerte que ese deseo le había robado la voz y una vez más estaba llorando.

«¡Pero hay otro sol más hermoso!
Mi sol lo tengo enfrente, en ti.
Mi sol, Mi sol...
Lo tengo enfrente, en ti
¡Enfrente, en ti!»

La ovación de los presentes no se hizo esperar y más de uno acompañaron las lágrimas que en ese momento derramaba la grandiosa soprano, quien había compartido escenario junto al tenor durante muchos años en la Casa de la Opera Metropolitana de Nueva York. Y así, en medio de aplausos despidieron a quien hasta hacía poco fuera y quizá sería el más grande cantante de ópera de la historia, un hombre que casi hasta su último aliento compartió con el público el grandioso talento que Dios le había obsequiado y que se entregó por completo a su más grande pasión.

Fabrizio sentía que el corazón se le desgarraba y ya no le buscó lógica a sus emociones, simplemente dejó que su llanto saliera libremente, como aquel niño que acababa de perder a su padre. Cerró los ojos y pudo verlo sonriéndole, guiándolo y entregándole un cariño que hasta ese momento desconocía.

Quizá todos esos eran recuerdo reales o tal vez la admiración que sentía por el tenor lo estaba haciendo imaginarse cada episodio; sin embargo, no le importó porque en ese instante se sentía verdadero y tan suyo que era como si lo hubiese vivido. Se llevó las manos al rostro para secar

sus lágrimas, cuando abrió sus párpados pudo ver que la bella soprano era consolada por su esposo, él también quiso acercarse a ella para abrazarla y ayudarla a cargar con ese dolor que él también llevaba en el pecho, pero sabía que eso era una locura.

Una suave llovizna comenzó a caer bañando la ciudad de Nápoles, pero ninguno de los asistentes se retiró del lugar hasta que el cuerpo de Enrico Caruso fue llevado hasta la que sería su última morada. Después de eso el campo santo fue quedando vacío y solo la familia se mantuvo, él también siguió el ejemplo de los demás y caminó en medio de un mar de personas que iban contando alguna anécdota que involucraba al artista, mientras que a través de las ventanas de las casas se podía escuchar la voz del tenor cantando sus éxitos.

Mientras esperaba en una esquina para subir a un auto de alquiler, vio pasar el cortejo del tenor, entre los autos iba el de la soprano y su marido, lo supo porque pudo ver a través de la ventanilla que ella reposaba la cabeza sobre el hombro de él. Recordó que ellos eran los padres de Terrence Danchester, el exnovio de Victoria, que se habían casado hacía poco y ese bebé que esperaban fue el que le anunciaron en la carta que le enviaron por su cumpleaños, no supo que motivó la felicidad que lo embargó, pero se sintió contento por ellos, merecían esa dicha después de haber perdido a su hijo.

Luego de dos semanas, la situación entre Fabrizio y Marion había empeorado, ella ya ni siquiera le dirigía la palabra y cada vez le quedaba más claro que no iba a perdonarlo. Después de pensarlo mucho tomó la decisión de marcharse, aunque no tenía la más remota idea de a donde, pero se iría para no seguir haciéndole daño a las personas que amaba, regresaría tal vez una o dos veces al mes para visitar a Joshua.

Era casi medianoche y él seguía deambulando por la casa, como ese fantasma en el que se había convertido después de vivir tanto horror y quedar lleno de secuelas. Llegó hasta la habitación de su hijo, donde había estado durmiendo los últimos días, tomó lápiz y papel para escribirle una carta de despedida a su esposa.

Marion:

Amor... no sé ni siquiera por dónde empezar. Tal vez debería hacerlo por decirte que estoy cansado, de verdad lo estoy... Sé que tal vez viéndolo desde afuera para todos es fácil juzgarme y tratarme de inmaduro e irracional por todas las estupideces que he cometido, ya que a quienes se los cuento solo me critican. A veces, también me gustaría pararme del lado de afuera y juzgarme por haber sido tan iluso, pero entonces me pregunto ¿quién se atreve a pararse dentro y pasar por las cosas que pasé? No es fácil que arranquen tus ilusiones y que acaben con tus sueños de un día para el otro...

Marion, me destrozaron la fe cuando apenas tenía dieciséis años, tan solo era un chico y mis padres no me enseñaron nunca a soportar un dolor como ese o la soledad que sentí después. Nunca me faltó nada, con esa edad aún mi madre me mimaba más de que tú lo haces con Joshua; no quiero decir con esto que no seas cariñosa con él, es solo que mi madre era extremista.

Tal vez deberías decírselo a Manuelle, tu hermano adivinó que uno de mis padres lo era y que yo lo había heredado; y tiene razón, yo al igual que mi madre siempre quise entregarme por completo, sin guárdame nada porque para mí amar era entregarlo todo. Y no te imaginas cuánto lamento que no hayas sido tú la primera mujer en mi vida, cuánto me duele que no fueras quien viviese todas mis primeras veces, porque ahora sé que no existe nadie que las

mereciere más.

Por favor créeme, te juro por ti y por Joshua que son lo más valioso que tengo, que te digo la verdad... Las recaídas que tengo no se deben a Antonella, sino a la falta que me hace mi familia, pero no me atrevo a buscarla porque les causé mucho daño y sé que ellos terminaron odiándome por lo que hice... Aunque supongo que ya me perdonaron porque ahora resulta que estoy con ellos y ya sé que pensarás que me he vuelto loco o que miento y es que ni yo mismo sé cómo explicarlo...

¿Recuerdas la última vez que fuimos a París? ¿Recuerdas a la joven hermosa y elegante que le regaló la rosa a Joshua? Ella es Fransheska Di Carlo, mi hermana. Ese día ella iba acompañada de un hombre a quien sé que si lo ves te desmayarías, porque es idéntico a mí y no, no es mi hermano gemelo porque no tengo uno, la única hermana que tengo es Fransheska. Ya sé, es una locura y tal vez ahora entiendas un poco mi actitud ese día y los días posteriores.

Sin embargo, eso no fue lo único, porque un mes después vi a mi padre en la foto de un diario y volví a derrumbarme porque junto a él estaba el mismo hombre de la estación y según el pie de la foto este es Fabrizio Di Carlo... No sé quién es ese hombre que está con ellos y que se hace pasar por mí, eso me angustia, pero lo hace mucho más el que seamos tan parecidos. Te juro que estoy más confundido que nunca, solo sé que me desplazaron... Sé que todo esto es muy difícil de entender, porque ni yo mismo le encuentro lógica, pero es la razón de mis lágrimas, mi falta de apetito, mis insomnios... es eso lo que me atormenta.

Por favor no dudes del amor que siento por ti, porque te juro que en mi vida no hay nada más verdadero y poderoso, porque cuando ya no esperaba nada llegaste y me diste nuevos motivos para continuar. Tú me salvaste, Marion y lo hiciste día tras día solo con mirarme, con sonreírme... y si me das una oportunidad estoy dispuesto a darte todo lo que tengo y mucho más. Te amo.

Fabrizio Di Carlo Pavese

Al terminar se quedó mirándola un largo rato, con un deseo enorme de romperla y luchar un poco más por Marion, pero a la final solo suspiró mientras la doblaba y la dejó sobre la mesa de noche, después se acostó al lado de su hijo y apagó la luz. Sentía un enorme vacío en el pecho por dejar todo, pero permanecer ahí era mucho más doloroso, ya no soportaba ver cómo Marión lo ignoraba día tras días, estaba dispuesto a aguantar todo menos eso.

Serían las seis de la mañana cuando se encaminó a la cocina para preparar el desayuno, luego regresó para bañar a Joshua y vestirlo ya que saldría con Manuelle. Su hijo estaba de pie en la cama y él arrodillado en el suelo por lo que se le hizo fácil abrazarlo con fuerza y darle un beso en la frente mientras contenía su llanto.

—Joshua, sabes que te voy a querer siempre, tú y tu mami son lo mejor de mi vida —dijo, tragando en seco para pasar las lágrimas.

—Claro, papi... soy tu hijo y yo te voy a querer siempre porque eres mi papá —respondió, dándole un beso en la frente—. Hasta cuando tengas los ojos así. —Se apretó el contorno de los ojos para hacerse unas arrugas—. Como el coronel Pétain.

—Sí, hasta que esté así. —Imitó el gesto de su hijo y aprovechó para secarse las lágrimas, luego se obligó a sonreír—. Vamos a comer para que no se les haga tarde —dijo, tomándolo en brazos.

Después del desayuno, Manuelle se llevó al pequeño, mientras Marión seguía en la habitación, aunque él sabía que no dormía, simplemente no salía de allí para no topárselo. Deslizó la carta

que le había escrito la noche anterior, con la esperanza de que al menos ella la leyera, pero al no escuchar pasos al otro lado, soltó un suspiro cargado de derrota y se dirigió a la habitación de Joshua, buscó debajo de la cama del pequeño el bolso que ya tenía preparado tomó una hoja y solo escribió:

«¡Recuerda que te voy a querer siempre!»

Se puso de pie dejando la nota sobre la cama de su hijo, miró la repisa donde había algunas fotografías y tomó donde salía Joshua solo, otra donde estaban los tres y una donde estaban su pequeño y Manuelle. Las sacó de los marcos y las guardó en medio de un libro que metió en su bolso, le dio un último vistazo a la habitación sintiendo que un fuerte nudo le cerraba la garganta y luego salió.

Caminaba por el pasillo cuando escuchó que la puerta de la habitación que había compartido con Marion se abría. Sin embargo, reunió todo el valor que había dentro de él para continuar, porque sabía que si se daba la vuelta no tendría la voluntad para macharse.

—¿Qué haces? —preguntó ella deteniéndose en medio del pasillo.

—Me voy... no hago nada aquí —contestó, sin volverse.

—¿A... dónde vas? —inquirió con la voz entrecortada.

—No lo sé. —Él alzó los hombros despreocupadamente, llevando la mano a la perilla de la puerta principal.

—¿Vas a buscar a tus padres y vas a ver quién es ese hombre? —Había leído su carta y ahora comprendía muchas cosas. Lo vio volverse, manteniendo el bolso en la mano.

—No... ya no tengo nada que hacer allá tampoco, no puedo seguir arrastrando a todos a este infierno donde vivo, soy yo el del problema, Marión. —Las lágrimas se asomaban a sus ojos.

Ella solo negó con la cabeza dejando correr su llanto y salió corriendo hasta él, no podía dejar que se marchara porque sería como si una parte de su corazón también saliera por esa puerta. Fabrizio sintió que la esperanza revivía dentro de su pecho y lo llenaba por completo al verla correr hacia él, dejó caer el bolso para recibirla en un abrazo estrecho, amarrándola a su cuerpo y comenzó a besarla con una mezcla de devoción y desesperación.

—Te amo, Marión... te amo... solo quiero tenerte así entre mis brazos... hasta que muera... volverme loco de tanto amarte —pronunció en medio de un llanto desesperado, apretándola fuerte contra él para que supiera cuánto la necesitaba.

Marion lo calló atrapando con sus labios los de él en un beso que se fue intensificando, convirtiéndose en uno desesperado, doloroso, asfixiante y que buscaba recuperar el tiempo que habían perdido no solo en esas dos semanas, sino también en los casi cinco años que habían compartido porque una vez más sentía que él era el chico de quien se enamoró. Dentro de sus cuerpos comenzaba a destellar la llama de la pasión, haciéndolos vibrar de deseo y exigiéndoles entregarse por completo, por lo que Fabrizio le alzó rápidamente el camisón, quitandoselo para lanzarlo a alguna parte de la sala.

Él le dio gracias a Dios que solo llevara eso puesto, mientras sus manos acariciaban con ímpetu la delgada espalda de su esposa y luego se perdían en esa abundante y larga cabellera que le encantaba. Sentía cómo las de ella también revolvían su cabello, pero no se quedaron allí por mucho tiempo, pues al sentirse desnuda comenzó a intentar quitarle la chaqueta, lo que no se le estaba haciendo muy fácil así que él quiso ayudarla y dio unos pasos sentándola en el respaldo sofá, y entre los dos se fueron deshaciendo de su ropa con movimientos rápidos y seguros aunque temblorosos.

Cuando no tuvo una prenda sobre su cuerpo, la tomó de nuevo entre sus brazos para seguir entregándose besos y caricias intensas que acompañaban sutiles mordiscos que provocaban que jadeos y gemidos estallaran en sus labios. Fabrizio buscó algo de comodidad y la sentó en una de las mesas que eran un poco más altas; sin embargo, sus movimientos desesperados hicieron que terminaran haciendo caer una lámpara, aunque ninguno de los dos se percató de ello porque el deseo los tenía completamente cautivos.

—Te creo... te creo —susurró temblando de placer al sentir como Fabrizio le mordía suavemente la mandíbula y ella se aferraba de lo que podía, cuello, hombros, brazos, cabellos—. Te amo... mi amor... me encanta que me quemes de esta manera, que me tengas así acorralada, enséñame, ámame con fuerza... dejemos la ternura para otro momento... no quiero que seas delicado —pidió, ahogando los gemidos en la boca de su esposo—. No te detengas.

—Marión... mi amor, me elevas... me haces sentir único... Te daré lo que me pides, te amaré con pasión y desenfreno —prometió, subiéndola un poco para tomar en su boca los pequeños pechos de su esposa que tanto adoraba, besándolos y succionándolos con tanta fuerza que dejaba marcas rojas en la nívea piel, mientras los jadeos de ella llenaban la sala.

—Vamos a la habitación... pueden llegar —rogó cuando fue consciente de que estaban en el salón de su casa.

—No van a llegar... no van a llegar —aseguró, negándose a dejar de lado la sensación que le brindaba besarla de esa manera.

—No me quiero arriesgar —señaló, halándole los cabellos para que alzara la cabeza y mirarlo a los ojos.

Fabrizio invadió su boca, ahogándola con su lengua mientras la de ella trepaba por la de él y todo su raciocinio se fue por un barranco, lo deseaba tanto que ya no podía esperar. Él la alejó de la pared dando media vuelta y se dirigió con pasos lentos hacia su habitación, abrió y apenas tuvo la precaución de cerrarla, pero no le pasó seguro.

Se acercó a la cama y la dejó caer deseando cubrirla con su cuerpo y entrar en ella en ese instante, pero le había prometido darle mucho más. Lentamente fue bajando por su vientre creando un sendero de besos húmedos, suaves mordiscos y caricias de su lengua mientras sus manos le masajearan los senos, luego volvió a subir tomando su boca en un beso profundo para llevarla muy alto, quería excitarla como no lo había hecho antes.

Marión sentía que se derretía, pero también quería participar de ese encuentro por lo que pasó una de sus piernas por encima de él y en un movimiento rápido cambiaron de posición quedando ella encima. Se acomodó tomando en una de sus manos el falo erecto y hermoso de su esposo que vibró ante sus caricias, eso la animó y comenzó a mecerse lentamente para después llevarlo a su interior, jadeando con fuerza al sentirse tan llena de él y al mismo tiempo le arrancó un gemido largo y gutural que intensificó su excitación.

—Quiero que me sientas... que soy tuya —dijo, esperando que él no desear estar en los brazos de otra mujer nunca más.

Sentía que comenzaba a elevarse y apretó los labios para retener la avalancha que crecía en su interior, no quería irse aún, necesitaba disfrutar un poco más de ese momento. Agarró una de las manos de Fabrizio y la pasó por su cuerpo que lucía rojo por la presión de las caricias, los besos y los mordiscos, mirándolo a los ojos empezó con una suave danza de vaivén, ascendiendo y descendiendo.

—¡Dios... Dios! —Fue todo lo que Fabrizio pudo pronunciar.

Llevó sus manos a las caderas de Marion y las bajó apretándole los muslos y los glúteos, mientras intentaba mantener la cabeza elevada, porque al estar atravesado en la cama parte de su

cuerpo quedaba por fuera. Ella deslizó las suyas en una caricia lenta sobre su pecho, llevándola hasta su mandíbula y la posó encima de su boca, haciendo con ese movimiento que su cabeza quedara suspendida en el aire y su cabello comenzó a rozar la alfombra.

Eso hizo que la sangre subiera aún más a su cabeza, nublándole la vista y cortándole la respiración, al tiempo que ella aumentaba el ritmo de sus caderas, dominando completamente la situación, elevándolo con cada ascenso y descenso de su cuerpo. Sus latidos se aceleraron en medio de esa placentera agonía, pero la falta de oxígeno le advirtió que no podía seguir prolongándola, así que en un nuevo movimiento se incorporó, sujetándola por la cintura y la tumbó en la cama, ella lo miró sorprendida y él solo le sonrió.

Quedó de rodillas en medio de sus largas piernas y la haló por los muslos para elevarla poniendo unas almohadas debajo de ella, luego invadió su cuerpo con un movimiento contundente sintiendo que las llamas de la pasión anidaban en su interior. Marion no podía hacer más que aferrarse con sus manos a las sábanas mientras las de él se anclaban en sus caderas, y marcaba con su pelvis un movimiento cadencioso que lograba elevarlos a ambos.

Fabrizio sentía una electrizante sensación concentrarse en su abdomen y correr por su masculinidad anunciándole que pronto se desahogaría, por lo que quitó las almohadas y se dejó caer encima de ella. Marion lo encarceló en medio de sus piernas y lo llevó a volar a ese mundo donde no existía nada más que no fuese esa emoción que los desbordaba y que los hacía flotar en un mar de felicidad y placer infinito.

Capítulo 27

Los temblores y los jadeos fueron menguando a medida que también lo hacían sus movimientos, mientras sus miradas seguían fundidas la una en la otra, así como lo hacían sus cuerpos que se negaban a separarse. Fabrizio empezó a acariciarle el cabello, besaba sus labios con esa ternura que siempre le entregaba después de derrochar su pasión en ella, aunque nunca lo había hecho como hasta ese momento ya que Marion siempre le había inspirado un amor puro y sublime, pero en ese instante había desatado su lujuria, esa que había estado dormida dentro de él.

Sin embargo, fue consciente de que el peso de su cuerpo la estaba oprimiendo, porque a pesar de que él estaba bastante delgado, sus huesos seguían siendo muy pesados para la diminuta figura de su esposa. Le sonrió besándole la nariz y salió de ella para acomodarse a su lado, rodeándola con su brazo para recostarla sobre su pecho y que así pudiera escuchar lo emocionado que latía su corazón.

—Marión... amor, perdona... —Intentó hablar, pero ella lo calló posando una mano en los labios y negó con la cabeza.

—No hablemos de eso ahora... solo vivamos el presente, olvidemos el pasado por uno o dos días, por favor —rogó, mirándolo a los ojos y luego se dio un suave toque de labios.

—Entendido.... Mi dueña... mi jefa... mi teniente... no..., mi teniente no, se me va la inspiración al pensar en Collingwood; además, no te le pareces en nada. —Ella soltó una pequeña carcajada.

—Pero sí que me puedo parecer a Collingwood... bueno no físicamente, pero puedo dejarte tan exhausto como te dejaba él —aseguró pasándole la lengua por el cuello y lo escuchó gemir.

—Si es este tipo de cansancio, entonces puedo portarme muy mal para que me redobles el castigo —respondió con una mirada pícaro.

—¿Sí? ¿Y cómo se portará mal el soldado? Me gustaría verlo —cuestionó llevando sus dedos índice y medio al abdomen e hizo con ellos unas piernas que empezaron a subir por el pecho hasta llegar a los labios de su esposo, quien abrió la boca y los mordió suavemente.

—Ahora lo verá. —Le dijo apartándose un poco.

Se incorporó y la movió con agilidad acostándola boca abajo, luego acercó los labios a su espalda y empezó a besarla sin prisa, deteniéndose en cada poro y regalándole caricias de sus labios, mientras ella inundaba la habitación con suspiros. A veces también se le escapaba alguna risa cuando la rozaba con la barba y eso lo hacía sonreír, subió una vez más y le mordió suavemente la clavícula, elevándole el cabello para morderle la parte posterior del cuello, arrancándole un gemido y él soltó una pequeña carcajada.

—Se está portando muy, pero muy mal... tendré que castigarlo fuertemente —susurró ahogadamente entre los temblores que le provocaban los besos de Fabrizio en su nuca.

Se puso de rodillas y se acercó a él para morderle los labios, porque le encantaba ver cuán rojos se ponían cuando se besaban tanto. Luego apoyó las manos sobre su pecho para hacer que se recostara y se acomodó dejándolo en medio de sus piernas, empezó a besarlo y sonrió traviesa antes de morderle las tetillas, mientras su mano bajaba lentamente para apoderarse de su masculinidad que rápidamente se tensaba de nuevo.

Marion mantuvo la mirada en la de Fabrizio mientras lo acariciaba, le encantaba ver reflejado

el placer en su rostro. Fabrizio se aferraba con una mano a la sábana y la otra se enredó en la espesa cabellera de Marion que se derramaba sobre su pecho cuando bajó para besarle el abdomen que subía y bajaba anticipándose a eso que sospechaba que ella haría por primera vez.

El sonido que hizo la puerta principal al abrirse, los sacó de la burbuja donde estaban sumergidos, Marion se incorporó rápidamente asombrada y él abrió los ojos cayendo del cielo al suelo en cuestión de segundos. Ambos se miraron sin saber qué hacer, actuando como un par de adolescentes que son atrapados por sus padres, enseguida los temblores de placer fueron reemplazados por los del susto; sobre todo en Marion.

—Llegaron... Llegaron —repitió ella bajando de la cama.

—No va a entrar, no te preocupes —aseguró para tranquilizarla.

—La puerta no está con seguro —dijo, al tiempo que halaba una sábana y se cubría, dirigiendo la mirada a su esposo que mantenía la misma posición cómoda y sonriente—. ¡Richard, cúbrete por Dios!... ¿No hay problema en que te llame Richard? Es que aún no me acostumbro a decirte... Fabrizio —agregó algo apenada.

—No hay problema... y está bien ya me cubro —Agarró una almohada y se la puso encima.

—Eso apenas te cubre, agarra una cobija —ordenó, pero él solo le sonrió y se encogió de hombros, provocándola.

Manuelle había regresado a su casa porque notó a su cuñado algo sospechoso el día anterior, algo le decía que el muy tonto había decidido marcharse como tenía pensado y claro, no tendría una mejor ocasión que esa cuando no había nadie para detenerlo. Sin embargo, al llegar allí se sintió muy sorprendido al ver todo el desastre, parecía que alguien hubiese entrado a robar y de inmediato se asustó por Marion, pero solo le bastó mirar mejor para descubrir que no se trataba de un asalto sino de una reconciliación, que quizá continuaba en ese instante y él había llegado a interrumpirla.

—Joshua, no... no abras la puerta ven. —Le advirtió a su sobrino.

—Pero tío, quiero ver a mis papis —anunció mirándolo.

—No... no puedes ahora... están ocupados y no los puedes interrumpir —dijo, acercándose por el pasillo y lo tomó de la mano.

—¿Y qué hacen tío? —preguntó inocentemente.

—Pues... ellos están... están armando un rompecabezas —respondió lo primero que se le vino a la mente.

—Yo sé armarlos, puedo ayudarles —acotó sonriendo.

—No, Joshua es... es un rompecabezas de adultos... eso... es de adultos, uno muy difícil y si los interrumpes solo los retrasarás, así que es mejor que... vayamos por un helado y después regresaremos a la casa del teniente Pétain, nos quedaremos allí para disfrutar de la fiesta de esta noche —mencionó para convencerlo.

—¡Yupi! —exclamó dando un salto—. Tío, eres el mejor... sí, vamos a bailar Charleston —dijo con entusiasmo, moviendo su pequeño cuerpo al ritmo del baile, consiguiendo que su tío sonriera.

—Bien..., pero tendremos que llevar nuestros pijamas para dormir allá, y también los cepillos de dientes —indicó, decidiendo darles esa noche a solas a su hermana y su cuñado.

—¡Grandioso, tío! Iré por todo —dijo encaminándose a su habitación, pero antes se percató del desorden que había en el salón y se volvió a ver a Manuelle—. Tío, a mí me regañas cuando dejo mis juguetes y mis calcetines tirados, también tendrás que reprender a mami y a papi por dejar su ropa regada por aquí —dijo, agarrando la chaqueta de su padre del piso y la puso en el sofá.

—Créeme que lo haré —murmuró mientras negaba con la cabeza al ver la lámpara rota en el suelo—. Deja eso, seguro tu madre organizara la casa cuando termine el rompecabezas.

—Bien —respondió encogiéndose de hombros y siguió.

Manuelle también entró a su habitación para buscar lo que necesitaría, además, aprovechó para escribirle una nota a su hermana, la dejaría sobre la mesa del comedor para que pudiera verla, no quería preocuparla. Pasó por la habitación de Joshua y lo ayudó a alcanzar su pijama que estaba en un cajón alto.

—Gracias, tío... eres el mejor que tengo —Se sentía muy entusiasmado porque podría jugar y bailar mucho tiempo—. Tendré que decirles a mis papis que armen más seguido rompecabezas de grandes para que me lleves a una fiesta.

—Soy el único tío que tienes, Joshua... —Le recordó, porque hasta donde sabía su cuñado tenía solo una hermana—. Y sí... dile que armen rompecabezas para que pronto llegue otro y te desplace. —Le advirtió y frunció el ceño, pero después dejó ver una sonrisa al imaginar a una pequeñita igual de hermosa que su hermana.

—¿Qué quiere decir eso, tío, como me desplace? —preguntó con esa curiosidad innata en él.

—Pues... cuando desplazan a alguien es que te quitan el puesto, llega otro y ocupa tu lugar - explicó con palabras sencillas.

—Ah... Es eso —dijo sin darle importancia, pero al ser consciente de lo que quería decir se detuvo, mirándolo—. Espera, tío ¿me estás diciendo que van a preferir un rompecabezas que jugar conmigo? —inquirió entre serio y alarmado, por lo que Manuelle no pudo evitar soltar una carcajada.

—Olvidalo, Joshua, no me hagas caso... te prefieren a ti. Ahora démonos prisa que se me antojó un helado de chocolate —dijo, subiéndolo a sus piernas para echar a andar la silla de ruedas.

—Confiaré en tu palabra, tío... y el mío lo quiero de chocolate también —indicó pasándose la lengua por los labios, saboreándose desde ese momento el dulce sabor que tendría el cono.

Apenas escucharon que la puerta se cerraba, Fabrizio y Marion respiraron aliviados y soltaron una carcajada, cuando al fin dejaron de reír, ella caminó hacia la puerta dispuesta a salir y acomodar el desorden que habían dejado en el salón. Fabrizio hizo a un lado la almohada y se puso de pie alcanzándola antes de que saliera, la abrazó por la espalda y la pegó a su cuerpo.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó en un susurro a su oído.

—A levantar el desastre que dejamos —respondió y su cuerpo se le estremeció por el aliento tibio en su oído y parte de su cuello.

—Pues primero vamos a terminar con el rompecabezas —ordenó caminando de espaldas y se sentó al borde de la cama, abriendo las piernas, dejándola a ella en medio y le quitó la sábana—. Después nos damos un baño —Le acarició los senos, besándole la espalda—. Y por último organizamos la sala —susurró mordiéndole el hombro.

—Me parece perfecto. —Marión empezó a temblar al sentir las palpitaciones de él confundiendo con las de ella, posó las manos en los muslos de su esposo para elevarse un poco y que él pudiera tomarla de esa manera, jadeó con fuerza al sentirlo en su interior.

Nuevamente sus movimientos se desbocaron y ella cerró los ojos, subiendo al cielo su rostro repleto de placer, mientras sus manos apretaban los brazos de Fabrizio que le rodeaban la cintura. Podía sentir que la respiración agitada de él se estrellaba en la piel sudada de su espalda, y de vez en cuando la mordía suavemente, arrancándole estremecimientos y jadeos.

Fabrizio le dio la libertad a sus dedos para que la tocaran e intensificar así el placer que ya su

masculinidad le proporcionaba, pues sentía que él no tardaría mucho en desbordarse. Juntos cayeron por un precipicio sin hacerse el más mínimo daño, solo esa adrenalina que amenaza con explotar sus venas, con cegarlos por contados segundos y devolverlos a la realidad más maravillosa, completamente agotados y con esa sensación de querer llorar.

Se tumbaron en la cama y descansaron acostados uno al lado del otro, pero después de unos minutos entraron al baño y se quitaron el sudor de sus pieles entre risas, caricias y besos. Salieron al salón y lo ordenaron entre juegos como cuando apenas eran novios, terminaron y prepararon algo para comer pues la actividad física los había dejado realmente hambrientos.

Después pasaron nuevamente a la sala él se sentó en el sofá y ella lo hizo sobre sus piernas, tomó un libro y comenzó a leer para los dos. Esa costumbre le había quedado desde que tuvo que cuidarlo durante su convalecencia, él le daba besos en el hombro derecho a momentos y ella sonreía; de pronto, el timbre del teléfono sonó explotando la burbuja en la que se encontraban, Fabrizio solo tuvo que estirar el brazo y descolgar.

—Buenas noches —habló tranquilamente.

—Buenas noches ¿Richard? —preguntó Manuelle al otro lado.

—No señor, está equivocado, es Napoleón Bonaparte —contestó seriamente, haciéndole un guiño a Marion, quien soltó una carcajada.

—Como Napoleón Bonaparte vas a terminar si no organizan la casa, bonito lo que hacen ¿no? —cuestionó con molestia.

—¡Vamos, Manuelle! Ten algo de sentido del humor, que no eres un viejo —expresó sonriendo, se sentía muy relajado.

—Bueno... bueno a ver si nos vamos respetando que puedo ser tu padre. —Lo reprendió frunciendo el ceño, pero el silencio de su cuñado le hizo saber que no debió decir algo así—. ¿Vieron la nota que les deje? —inquirió cambiando de tema.

—Sí, muchas gracias por darnos este tiempo a solas. Disfruten la fiesta. —Agradeció que su voz no revelara la nostalgia que lo invadió.

—Richard... —Manuelle lo detuvo antes de que colgar.

—¿Sí? —inquirió percibiendo que el tono de voz de su cuñado había cambiado, tornándose más serio que de costumbre.

—Te casas. —Le advirtió Manuelle al otro lado.

—Dame un minuto. —Apartó el auricular de su oído y miró a la maravillosa mujer junto a él —. ¿Marion, te quieres casar conmigo? —preguntó en voz alta para que Manuelle lo escuchara.

—No me queda de otra —respondió sonriente, Fabrizio parpadeó con asombro y ella sonrió —. ¡Sí, un millón de veces sí! Aquí y en la otra vida —agregó, rodeándole el cuello con los brazos y le dejó caer una lluvia de besos en los labios.

—¿Escuchaste... Manuelle...? ¡Me caso... me... caso! —pronunció entre besos, sonriendo de la emoción.

—Eso me deja más tranquilo... hasta mañana. —Manuelle no pudo evitar sonreír al imaginarse la escena de ese par.

—Hasta mañana, cuñado. —Le entregó el auricular a Marion.

—Hasta mañana, hermanito, dale muchos besos a Joshua de mi parte... y gracias por apoyarnos y querernos tanto.

—Siempre lo voy a hacer, son mi familia —respondió Manuelle con una sonrisa y después de eso colgó.

Marion mostró una gran sonrisa, puso el auricular en su lugar y luego le extendió los brazos a su esposo para abrazarlo, pero Fabrizio en lugar de recibir ese gesto la sujetó por la cintura y la

acostó sobre el sofá, luego se acomodó encima de ella y empezó a besarla con toques de labios tiernos, mientras le acariciaba el cabello y la miraba con devoción, agradeciéndole que lo quisiera en su vida.

—Me tan haces feliz, mi amor, tienes el poder de sanarme... contigo no siento penas ni confusión y cuando estás a mi lado me siento único... Marión, yo solo quiero ser parte de tu piel, de tus labios, de tu fuego... ser quien dibuje tu sonrisa, esa que me deslumbró apenas te vi. Quiero ser el dueño de tus miradas... de tus caricias... quiero ser tu sueño de amor y también deseo ser valiente para ti, ya no quiero ser más este cobarde, por favor ayúdame a ser el hombre que mereces... ayúdame, Marion —pronunció, mientras las lágrimas se le agolpaban en la garganta.

—Mi amor... tú no eres ningún cobarde, no lo eres. Te apuesto a que ningún hombre hubiese salido corriendo de una reunión con un teniente solo para despedirse de la chica que amaba, sabías que estabas arriesgando tu vida, pero no te importó porque solo querías cumplir la promesa que me hiciste... dime si eso no te hace el hombre más valiente del mundo —cuestionó, llorando.

—En ese momento fui valiente, pero en otras ocasiones no, en otras ocasiones solo soy un pobre cobarde —respondió, bajando la mirada para esconder su vergüenza—. Marión, estuve a punto de ir a encarar a ese hombre que está con mi familia... yo iba lleno de ira y con ganas de matarlo, pero no tuve el valor... Mientras trabajabas fui hasta la estación y estaba dispuesto a pagar para que me dejaran viajar sin documentos, pero cuando vi una vez más la imagen de mi padre junto a ese hombre en el diario, no pude hacerlo. Yo... no lo sé, siento que ya no merezco estar junto a mi familia, que no soy quien solía ser y sé que ellos se sentirán muy defraudados de mí ahora. —No pudo evitar romper en llanto y se llevó las manos al rostro.

—Richard, cálmate... sabes que no puedes alterarte, amor... Además, hiciste bien... no podías solo aparecer allá y quitarle la vida a ese hombre, eso te hubiese traído graves consecuencias y tienes que pensar en Joshua y en mí, no puedes dejarte llevar por la rabia... Tú no eres un asesino, eres un ser espléndido —dijo con voz temblorosa.

—No soy nada, Marión... no soy nadie... ¿Quién es Richard Macbeth? —cuestionó incorporándose y se sentó alejándose de ella.

—Eres mi vida, nuestro hijo y yo dependemos de ti. —Ella se levantó rápidamente y se sentó ahorcadas delante de él, acomodándole el cabello detrás de las orejas y acariciándole las mejillas —. Y tienes razón... no eres Richard Macbeth, eres Fabrizio Di Carlo.

—Entonces no puedo ser tu amor, porque te enamoraste de Richard Macbeth —alegó, bajando la mirada, pero ella le alzó el rostro para que la mirara.

—Yo no me enamoré de un nombre, me enamoré de esto. —Le señaló el pecho—. Me enamoré de tu corazón —aseguró, acariciándole los brazos y empezó a besarle el rostro con labios trémulos —. Me enamoré de ti, tanto física como sentimentalmente, de tu esencia. Puede haber miles... con nombres iguales, pero ninguno como tú, te juro que si te hubieses llamado Napoleón Bonaparte igual me iba a enamorar. —Le regaló una pequeña sonrisa a la que él correspondió—. Eres Fabrizio Di Carlo donde vayas, donde estés, con quien estés, seguirás siendo Fabrizio Di Carlo así hayas pasado años tratando de no serlo, eras tú —dijo tocando con su dedo índice su pecho.

—Marion... —susurró negando con la cabeza, porque ya no se sentía como él, hacía años que había dejado ser serlo.

—Y ese hombre que está con tus padres no puede ser igual... no lo va a ser nunca porque todos somos distintos, puede que se esté haciendo pasar por ti, pero nunca será como tú... Y estoy segura de que quienes te quieren y te conocen bien saben la verdad, pero quizá no lo dicen por miedo a aceptar que no eres quien está con ellos... y estando en tu lugar yo iré a verlos —sentenció, mirándolo a los ojos.

—Puede que tengas razón, pero no voy a ir... no quiero desilusionar más a mis padres, ya les he hecho sufrir demasiado, una vez mi padre me lo dijo... que si me pasaba algo mi madre y él no lo soportarían... Y yo fui tan estúpido e inconsciente que entré como voluntario a la guerra, sin importarme el daño que podía ocasionarles, así que ahora no puedo llegar sonriente como si no hubiese pasado nada, sé que van a odiarme y yo no lo soportaría... puedo soportar cualquier cosa menos el desprecio de mi familia, por eso prefiero vivir recordando los buenos momentos... no sabes el pánico que me da el solo hecho de pensar en verlos a la cara, no tengo el valor, no lo tengo, Marion —confesó sollozando como un niño.

—Ellos te van a querer... no te van a rechazar. —Le aseguró secándole con los labios las lágrimas que mojaban sus mejillas.

—Mi amor... es que ya no soy ni el reflejo de lo que era su hijo, de lo que era Fabrizio Di Carlo. —Sus cicatrices lo acomplexaban.

—¿Y cómo eras?... dime ¿cómo era Fabrizio Di Carlo? Porque no creo que haya una mejor persona que la que tengo frente a mí —alegó y él negó con la cabeza, pero ella insistió—. ¿Dime cómo eras?

—Era... era —Trató de buscar la diferencia, pero solo daba con las físicas, porque en esencia seguía siendo él, al menos, cuando sus pesadillas no lo atacaban y su mente se perdía en esos lugares oscuros que colmaban su mente—. No Marión... no es fácil.

—A ver amor... yo te ayudo... estoy aquí contigo para que nos ayudemos, empecemos por las físicas.

—Bueno, no tenía el cabello largo, mi complexión era más gruesa, claro no como cuando estaba en el ejército, pero lo del peso sabemos que es irremediable, por lo de las hemorragias en el estómago y lo del... —Ella le selló los labios con sus dedos.

—No hablemos de la guerra o de lo que te pasó... eso no lo nombres por favor porque me... —Bajó el rostro y negó.

—Porque te recuerda que en cualquier momento puedo morir, porque mis órganos no funcionan completamente... Amor, eso lo tenemos claro, ya nos los han dicho miles de veces la docena de doctores que me han visto, no te pongas mal... por favor, Marión... y esa es una más de las razones por las que no quiero ir a ver a mis padres, ya no puedo causarles más angustias y dolor.

—Solo quiero saber cómo era Fabrizio Di Carlo... Y no te vas a morir, ya te lo he dicho, mientras sigas al pie de la letra con los medicamentos... Así que solo dime cómo eras... solo eso —pidió con voz temblorosa, reteniendo las lágrimas en su garganta.

—Me conociste como era, Marión, la verdad es que no he cambiado mucho —respondió, encogiéndose de hombros.

—Bueno está bien, hagamos una cosa... ¿Me puedes prometer algo? —preguntó, acariciándole el pecho, ella sabía lo que pasaba por su cabeza cuando le decía que no era nadie, sabía a qué se refería.

—No lo sé, Marión. Por mí te prometería la luna, pero hay cosas que se escapan de mis manos.

—Entonces no hay problema, porque lo que pediré está en tus manos y es mi condición para que nos casemos... es lo que quiero de regalo de bodas —pronunció con la mirada llena de emoción y se acercó a él dándole un beso en los labios—. Vas a estudiar leyes —susurró rozándole los labios con los suyos, él le posó las manos en los hombros y la apartó para mirarla a los ojos, le iba a decir algo, pero ella le puso los dedos en los labios para callarlo—. Y de ahora en adelante vas a ser Fabrizio Di Carlo, sin que nadie elija por ti, ser solo lo que tú quieres ser, cumplir tus sueños, quiero que cumplas tus sueños, así como tu cumpliste el mío.

—¿Yo cumplí tu sueño? —preguntó con la voz ahogada. Ella asintió en silencio—. ¿Cuál

era?... si solo te he dado problemas.

—Conocer a mi príncipe de los cuentos de hadas... a ese que me hiciera volar en sus brazos, también soñaba con saber si era verdad eso de las famosas mariposas en el estómago... y tú hiciste que las sintiera con solo mirarme la primera vez, desde ese instante supe que eras tú... que eras mi príncipe. Aunque nunca leí un cuento donde el príncipe se le presentara a la princesa con un perfecto torso desnudo y debajo de la lluvia —contestó, mostrando una sonrisa que iluminaba sus ojos verdes.

—Marión... ¿Un príncipe?... ¿Qué cosas dices, amor? Si no tengo nada para ofrecerte, ni siquiera un hogar porque vivimos arrimados en el castillo del cuñado, y si lo único que tenía era mi torso marcado, pues ya ni eso queda —pronunció con pesar, porque no se sentía como un príncipe sino como un fracasado.

—Pero te amo... además, nunca quise un príncipe pretencioso forrado en oro y que no me haga sentir nada, prefiero uno sencillo pero apasionado, salvaje cuando se lo propone, tierno, comprensible, cariñoso e incluso melancólico. Me gusta que demuestres tus sentimientos porque eso me dice que tienes un gran corazón... Pero no me cambies el tema solo dime que sí. Dime que estudiarás leyes.

—Marión no es fácil... qué más quisiera que estudiar y poder ser un gran abogado, pero no puedo, mis documentos están en Italia y los papeles del colegio están en Londres, además para entrar a la universidad es un proceso demasiado engorroso costoso, sabes que no tenemos dinero —alegó, acariciándole la mejilla.

—Nada en esta vida es imposible, solo hay que intentarlo.

Lo besó para que él no siguiera negándose, ella también sabía que no era fácil, pero ya encontrarían la manera y quizá cuando fuese un abogado, se animaba a viajar a Italia para ver a su familia.

Capítulo 28

Ese día los ensayos habían terminado temprano gracias al empeño y entusiasmos de las chicas que cada vez se sentían más seguras y preparadas; Fransheska no podía más que sentirse feliz y afortunada de poder entregarse al baile de esa manera. Aunque sabía que no era lo que había soñado de niña y que ni siquiera estaría sobre el escenario en esa oportunidad; al menos, le complacía poder brindarle el conocimiento que poseía a sus alumnas.

—Profesora, para que vea lo felices que estamos por los avances hoy la invitamos a un helado —mencionó Clara con una sonrisa.

—¡Vaya! Es una sorpresa muy grata; sobre todo viniendo de usted señorita Ferreti pues es la que más se queja —contestó sonriendo.

—¡Ay profesora! Yo no me quejo... simplemente expreso el clamor callado de todas mis compañeras, solo que ellas son unas miedosas y no se lo dicen —respondió mirándolas.

—No seas mentirosa, Clara... eres la que más te quejas porque estás gorda, todas las semanas te comes un helado enorme —mencionó Helena con media sonrisa.

Las otras niñas rompieron en una carcajada, mientras salían del lugar, la aludida solo pudo dedicarle una mirada de reproche a Helena y alzó la barbilla con altivez, demostrándole que su comentario la tenía sin cuidado, porque ella se sentía bien con su cuerpo.

—No haré caso a comentarios mal sanos, total no soy la única que se muere por un helado... entonces profesora, qué dice ¿viene con nosotras? —preguntó con un brillo en los ojos.

—Está bien... pero con una condición. —Las miró con seriedad.

—No hay problema... ¿Digamos cuál?

—Que vayamos todas y sin comentarios desagradables o ironías, ustedes estás muy jóvenes para comportarse así, además, son compañeras —sentenció demostrando su autoridad.

—Será como usted diga profesora —mencionó Martha con tranquilidad, mirando a las dos chicas que tenían malas caras.

—Perfecto, vamos... Hace mucho tiempo que no me como un helado —pronunció Fransheska con entusiasmo.

—Le voy a recomendar varios deliciosos, profesora Di Carlo, hace un mes comenzaron a vender uno que... que... bueno ya lo probará —expresó Clara, saboreándose al imaginarlo.

Fransheska sonrió al ver el entusiasmo y la pasión que despertaba el helado en Clara, eso le hizo recordar a su hermano cuando era más joven, no podía vivir sin comer helado todos los días durante sus vacaciones. Cruzaron la esquina tomando la calle hacia la Piazza santa Croce, luego vieron frente a ellas el pequeño y hermoso local de la heladería Vivoli, que tenía encantados a propios y foráneos por igual desde que abrió sus puertas.

Entraron al local y Clara las llevó a su mesa favorita, una junto a la ventana desde dónde se podía ver la hermosa plaza; tomaron asiento y de inmediato se acercó hasta ellas un joven risueño con lindos ojos aguamarina. Lo vieron cruzar miradas con Martha y que su sonrisa se hacía más amplia, así como la de ella que iluminó su mirada, pero que rápidamente disimuló cuando se dio cuenta de que todas las miradas estaban puestos en los dos.

—Buenas tardes, señoritas. —Las saludó entregándoles la cartilla.

—Buenas tardes —respondieron todas con sonrisas, mientras intentaban actuar casual para no

incomodar a Martha y su novio, pues a todas luces se podía notar que él era el famoso Tobías. Hicieron sus pedidos y en cuanto el chico les dio la espalda todas fijaron sus miradas llenas de curiosidad en Martha, pero Fransheska les hizo una seña para que fuesen mesuradas, pues estaban rodeadas de personas.

Ellas suspiraron con resignación y comenzaron una conversación amena sobre sus estudios y sus familias, cuando Tobías les trajo los helados se concentraron en ellos. Sin embargo, después de unos minutos llegaron al tema de los enamorados, aunque bajando mucho el tono de sus voces para no ser escuchadas; aunque de vez en cuando alguna soltaba una carcajada o se ruborizaba.

—Profesora... no piense que quiero pecar de imprudente, pero... ¿es verdad que su hermano es novio de la americana? —preguntó Clara con interés, mirándola fijamente.

—De Victoria Anderson, sí, es cierto, Clara... ellos llevan una relación muy bonita y aunque ella también viajó con Brandon, los cuatro decidimos continuar con nuestros noviazgos a la distancia —respondió, llevándose la cucharilla a los labios.

—¿Vieron? ¡Se los dije! —acotó Helena en voz baja—. Creo que ambos son afortunados, ella es una chica muy linda y su hermano es... es. —Ella no daba con las palabras protocolarmente adecuadas.

—Es un espectáculo de hombre. —Clara completó la frase con una sonrisa—. No entiendo por qué te cuesta tanto decirlo, Helena, es evidente que lo has notado —agregó con naturalidad.

Todas miraron a ambas chicas con interés y después sonrieron por el sonrojo que cubría el rostro de la pobre de Helena. Ella se sintió apenada e hizo un lado la copa de helado, había perdido el apetito y también la voz por la vergüenza.

—Es normal que veas esas cualidades en los chicos, Helena, no tienes que avergonzarte por ello —expresó Fransheska con una sonrisa al ver la actitud de su alumna.

—Yo opino igual que la profesora, no tiene nada de malo que reconozcas cuando un joven es apuesto, ellos lo hacen siempre y nadie los critica por ello, además, nosotras somos tus amigas —señaló Martha tomándole la mano para que no se sintiera apenada.

—Pero es que... no está bien, su hermano es un hombre comprometido, profesora; además, tiene veintidós años... yo apenas tengo quince años y no debería pensar así —respondió nerviosa.

—¿Por qué no, Helena? Entiendo que el hecho de que Fabrizio tenga novia lo hace prohibido, pero puedes expresar tus sentimientos por cualquier chico, aunque sea mayor que tú... Brandon me lleva diez años y no por eso pensé que no podía entablar una relación con él; por el contrario, creo que es precisamente su madurez lo que ha creado el equilibrio perfecto de nuestra relación —explicó Fransheska buscando los ojos de su alumna.

—¿Cuántos años tiene su novio? —preguntó Clara, sorprendida.

—Acaba de cumplir treinta —respondió con una sonrisa al ver el asombro en los semblantes de las chicas.

—No los aparenta, se ve mucho más joven —dijo Helena.

—Es verdad, profesora, se le ve mucho menor —alegó Martha.

—Sí, es cierto, pero aunque tuviese cinco o diez años más y me hubiese ofrecido lo mismo que hasta ahora, estoy segura que eso no hubiese sido impedimento... claro está, la edad no siempre es sinónimo de madurez —acotó Fransheska.

—Por ejemplo, lo que le sucedió a mi hermana, se casó con el señor Zanetti quien es quince años mayor que ella, y parecía un hombre centrado así que estaba entusiasmada, pero al parecer las cosas cambiaron porque su esposo no es tan sensato y responsable como ella pensaba, sino un tonto mujeriego... y creo que está arrepentida —comentó Helena con pesar, porque le dolía verla sufrir.

—Exacto, no siempre podemos confiar que porque ellos sean mayores que nosotras tiene más madurez. Además, eso puede ser peligroso porque los hombres pueden aprovecharse de nuestra juventud e inexperiencia para jugar con nosotras. —Fransheska había visto eso en su hermano, cómo Antonella Sanguinetti jugó con él y no quería que nadie nunca pasara por algo igual en su vida, por eso aconsejaba a las chicas—. Es prudente pensar muy bien antes de entregarle el corazón a alguien. Créanme chicas, no todo lo que brilla es oro, nunca... nunca se dejen llevar por falsas promesas ni permitan que las manipulen en nombre de un sentimiento. —Le pidió mirándolas a cada una para que lograsen captar sus palabras.

Las chicas se quedaron analizando las palabras de su profesora, sumidas en un silencio que se creó debido a lo serio del asunto; ya que, por lo general las madres nunca hablaban de esos temas con sus hijas. Se suponía que ninguna debería saber nada de eso, que son los hombres los encargados de instruir las y guiarlas en esos terrenos y que ellas deben confiar en ellos ciegamente.

—Disculpen, buenas tardes, señoritas —mencionó Enzo, parándose junto a la mesa y mirando a Fransheska a los ojos.

—Buenas tardes, señor —dijeron todas al unísono.

—Estaba en mi mesa y no pude evitar escuchar su conversación. Sé que es de muy mala educación hacerlo, pero realmente he quedado fascinado al escuchar la seguridad que imprime a cada una de sus palabras, señorita, y la verdad inmensa que existe en estas —continuó estudiando en detalle el rostro de Fransheska, notando que era mucho más hermosa cuando se le veía de cerca.

—No sé si deba agradecerle o molestarme con usted por escuchar nuestra charla y mucho menos entiendo cuál ha sido el motivo para que se acercara hasta aquí y hacernos partícipes de ello —contestó Fransheska, observando los ojos verdes que brillaban y la sonrisa que se dibujó en el rostro del desconocido.

—No pude contener mi deseo de felicitarla por la sabiduría que posee y por compartirla con estas jóvenes, seguramente les ahorrará muchos tragos amargos si siguen sus consejos al pie de la letra. Son muy afortunadas al contar con la tutoría de una de las mujeres más hermosas de Florencia; por no decir que de toda Italia, y también con su amistad que ha de ser un tesoro muy valioso y que seguramente es un privilegio de pocos —respondió estudiando las reacciones del grupo, pero sobre todo de la bella profesora.

—Solo de aquellos que se lo merecen, señor... —Se detuvo al ver que no sabía ni siquiera su nombre.

—Enzo Martoglio —mencionó, extendiéndole la mano, ella la recibió y él se la llevó a los labios para darle un beso—. A sus pies —agregó mirándola a los ojos con intensidad.

—Encantada, señor Martoglio, Fransheska Di Carlo Pavese. —Retiró la mano con seguridad, pero tratando de no parecer descortés, luego miró a las chicas—. Ellas son mis alumnas de ballet.

—Es un verdadero placer —expresó con una sonrisa—. Bueno, supongo que estoy quitándoles parte de su valioso tiempo, así que me retiro —agregó y se dio la vuelta para marcharse, pero giró sobre sus talones y enfocó la mirada de nuevo en la joven—. Si no es mucha osadía de mi parte, me gustaría contar con la fortuna de ser su amigo. —Le pidió con una sonrisa que le iluminaba la mirada.

—Perdone, señor Martoglio, pero los amigos no se hacen de un día para otro. —Fransheska no se sentía cómoda con esa actitud.

—La entiendo y me disculpo si le parecí osado, llegué hace poco a la ciudad y en verdad me gustaría comenzar a relacionarme con los habitantes, pero quizá estoy yendo muy de prisa... Quizá nos veamos en otra ocasión y si seguimos coincidiendo podemos llegar a ser amigos —dijo con

tono esperanzador.

—Sí, probablemente —respondió Fransheska para no ser grosera, pero desde ese momento hizo una nota mental de no brindarle mucha atención, porque conocía a los de su tipo.

—Que tengan una feliz tarde. —Enzo le sonrió y se marchó.

Todas se quedaron en silencio mientras lo veían alejarse, sintiendo que ese episodio había sido tan extraño como ese hombre, de inmediato concluyeron que él solo se había acercado para coquetear con su profesora, pero por el semblante de ella, sabían que estaba perdiendo el tiempo, pues ya era una mujer enamorada.

—Y es precisamente de ese tipo de hombres, de los que deben cuidarse, chicas, son de los que les gustan jugar al don Juan —mencionó Fransheska para darles un vivo ejemplo.

Cambiaron de tema olvidándose de ese episodio, pero minutos después cuando llamaron a Tobías para cancelar la cuenta, él les dijo que un hombre había llegado hasta la caja registradora y lo había hecho; eso las tomó a todas por sorpresa.

—¿Cómo era el hombre? —preguntó Fransheska con algo de molestia, sospechando de quien se trataba.

—Era alto de cabello negro, piel blanca, ojos verdes... delgado, como de unos treinta y tantos años. La verdad nunca lo había visto en la ciudad, señorita Di Carlo —respondió, también había quedado intrigado por la actitud de aquel extraño.

—Está bien...—. Tobías, ¿verdad? —inquirió sonriéndole.

—Sí, señorita —contestó sorprendido, aunque de inmediato pensó que tal vez Martha se lo había dicho—. Tobías Puccini —agregó, extendiéndole la mano para presentarse de manera formal.

—Un placer, Tobías. —Ella recibió la mano con una sonrisa.

Después de que todas se presentaran salieron del café, caminaron una cuantas calles y una a una se iban despidiendo; Fransheska lo hizo frente al edificio donde funcionaban las oficinas de los laboratorios. Fabrizio aún seguía en Nápoles, pero su padre estaba allí y podría llevarla a la casa, no quiso tomar un auto de alquiler porque tenía una sensación extraña desde que aquel hombre las abordó en la heladería.

Fabrizio y Marion regresaron a su habitación luego de cenar se metieron a la cama, ninguno de los dos tenía sueño, así que solo se dedicaron a hacerse compañía y brindarse caricias. Ella estaba sentada apoyando su espalda a la cabecera mientras le hacía pequeñas trenzas y Fabrizio acostado con la cabeza apoyada encima de sus piernas, estaban sumergidos en sus propios pensamientos cuando de pronto ella se puso de pie encaminándose al tocador y haló la silla.

—Fabrizio, ven siéntate. —Le pidió con una sonrisa.

—¿Y para qué? ¿Qué piensas hacer? —preguntó intrigado.

—Tú solo hazme caso. —Abrió los brazos para que se acercara.

—Está bien —dijo poniéndose de pie y acercándose hasta ella.

—Toma asiento, por favor —pidió y él obedeció sin dejar de mirarla extrañado—. Espérame aquí. —Camino al baño mostrando una sonrisa enigmática mientras Fabrizio la seguía con la mirada.

—Puedes salir desnuda... no me importaría y así no perdemos tiempo —dijo alzando la voz para que lo escuchara en el baño.

Marion salió tal como entró, pero llevaba las manos en su espalda lo que le decía a Fabrizio que definitivamente estaba tramando algo. Se paró detrás de él y lo miró a través del espejo, su sonrisa se hizo más amplia cuando le mostró las tijeras.

—Amor, no.... No... no me quiero cortar el cabello, a ti te gusta vérmelo así... además, a mí

también me gusta.

—Sí, me gusta, pero es tiempo que lo cambiemos, quiero verte como lo usabas antes, cuando eras Fabrizio Di Carlo. —Lo vio mostrarse dudoso, así que le acarició la cabellera y quiso agregar algo más—. Vamos, por favor —rogó, haciendo un puchero.

—Está bien..., pero ¿qué gano si me lo dejo cortar? —preguntó pícaramente, mirándola a los ojos.

—Veamos... ¿qué te parece esto? —inquirió, quitándose el camisón y quedando desnuda, él le recorrió el cuerpo con la mirada, aprobando lo que veía y asintió sonriendo—. Bien, quédese quiero soldado. —Agarró el primer mechón y lo cortó a la altura de la nuca.

—Tres años... Tres años se van a la alfombra —murmuró, mirando cómo caían los cabellos.

—Tampoco es para tanto, Fabrizio, volverá a crecer —comentó sonriéndole mientras iba cortando mechón tras mechón.

—Sí... por supuesto, tres años pasan rápido —dijo con tristeza.

Ella se movió frente a él cortando un poco más, su esposo aprovechó para posar las manos en su cintura y acercó su rostro besándole el vientre, ella se alejó y soltó una carcajada ante las cosquillas que le provocaba con su barba, pensando que quizá dejaría que la mantuviera, porque se veía muy masculino así.

—Me haces cosquillas, mantén las manos quietas, por favor, harás que me distraiga y que te corte de más —pidió, sonriéndole, él dejó caer las manos sobre sus muslos pues no quería terminar calvo.

—Está bien... ¿Te falta mucho? —preguntó impaciente.

—Solo un poco más y listo —respondió, sin dejar su labor.

—Bueno date prisa, que me estás tentando.

—Listo —anunció Marión mostrando una gran sonrisa apenas término—. Te ves hermoso... ¡Dios! No sé cómo se puede más.

Él se levantó de la silla y la agarró por la cintura, elevándola para darle un sonoro beso, después la lanzó a la cama dedicándole una mirada ardiente, estaba desesperado por estar dentro de su cuerpo una vez más, poseyéndola con toda la pasión que había contenido durante años, porque pensaba que su esposa solo merecía ternura; se desvistió rápidamente acostándose encima de ella y empezó a besarla.

—Vas a estrenar novio, así que tienes que causar una buena impresión. —Le susurró al oído.

—Nada de eso, eres el mismo..., aunque estuviera ciega te reconocería, con el cabello, largo, corto, vestido, desnudo, así me hables en alemán o italiano te reconocería porque mi alma reconoce la tuya y siempre será la misma. Te daré lo mejor de mí... aunque no creo que te impresione, pero trataré; sin embargo, si me ayudas podría hacerlo mejor, solo enséñame cómo y lo haré, te dejaré sin aliento —pidió al tiempo que se removía debajo de él y le acariciaba la espalda.

—*Non dovete fare molto, vicino per sorridere appena voi radura la respirazione a me, i vostri occhi lo date alla vita eterna* —susurró.

—Fabrizio, sabes que es muy poco lo que sé de italiano, solo entendí la mitad —mencionó con la voz entrecortada.

—No tienes que hacer mucho, solo con sonreír me quitas el aliento y con tus ojos me das la vida eterna... eso te dije —respondió con una gran sonrisa, mirándola a los ojos—. No te preocupes, te enseñaré y tú a mí, ambos aprenderemos a complacernos. —Le mordió el lóbulo de la oreja, después bajo a la clavícula mordiéndola y regreso al oído—. Y también te enseñaré italiano.

—Me parece buena idea, pero deberíamos ir al baño porque me están picando tus cabellos, allá continuamos. —Se colgó del cuello de Fabrizio al tiempo que envolvía con sus piernas las caderas de su esposo y dejaba caer una lluvia de besos sobre sus labios.

Él se incorporó llevándola así y se dirigieron al baño donde una vez más se entregaron a la pasión que los consumía, poniendo en práctica nuevas formas de hacerlo, más animal y lasciva. Se embriagaron de besos y caricias, sintiendo esa pasión tan verdadera e intensa como el amor que sentían; cayeron rendidos de tanto placer después de medianoche, sintiéndose plenos.

Fabrizio despertó al sentir que Marion alejaba cuidadosamente la mano de él que estaba puesta en su cintura, mostrando su intención de abandonar la cama, pero se aferró más y la pegó a su cuerpo, besándole el cuello. No quería que la realidad le arrebatara ese momento tan preciado que vivían, quería quedarse para siempre así, abrazado a ella y haciéndole el amor.

—¿No me digas que piensas levantarte ya? —preguntó, acomodándola sobre su pecho de nuevo—. Aún es temprano.

—Amor, no es temprano, tengo que ir a trabajar... se me está haciendo tarde. —Ella intentó mostrarse razonable, aunque su corazón le rogaba que se quedara en esa cama para siempre.

—No vayas... no lo hagas hoy —rogó, acariciándole la espalda.

—Tengo que ir... sabes que no puedo faltar —pronunció, deshaciendo el abrazo, se incorporó y le acarició el pecho, luego se levantó y caminó al baño.

—Entonces no tiene caso que siga en la cama.

Fabrizio se puso de pie y la siguió entrando con ella al baño, se metieron bajo la regadera y comenzó a enjabonarle la espalda a Marion, mientras varios pensamientos lo asaltaban. Ella lo vio distraído y le dio un beso para evitar que se perdiera de nuevo, no soportaría algo así ahora que lo había recuperado.

—¿En qué piensas? —cuestionó mirándolo a los ojos.

—En nuestro hijo, tengo que hablar con él, pero no sé cómo lo tomara, si lo entenderá... y me gustaría que estuvieses aquí para ayudarme a explicarle... ¿Estás segura de que no puedes faltar?

—No había pensado en eso, y me gustaría quedarme, pero puedo faltar, amor... sabes que necesitamos el dinero.

—¿Y cómo harías si te enfermaras? Todos no podemos depender de ti, Marión, por eso te he dicho que quiero trabajar.

—Sabes que no puedes... no tienes documentación, recuerda que Richard Macbeth murió en el hospital y si te investigan...

—¿Por qué todo tiene que ser tan complicado conmigo? —cuestionó frustrado.

—No es complicado, solo que estás limitado, ya sea por salud o por documentación. Deberíamos buscar otro nombre y apellido para tus nuevos documentos... ¿Qué te parece Napoleón Bonaparte? —inquirió y él le sonrió negando con la cabeza.

—De todas formas, tengo que buscarle una solución a mi situación porque debemos casarnos y no te puedes casar con Napoleón... Esta semana iré a la embajada para ver si puedo pedir mis documentos a Italia, imagino que del registro me los enviarán...

—Seguro..., allí tienes una solución, ahora será mejor darnos prisa que se nos hace tarde —indicó ella abriendo la llave del agua.

—¿Aún no me has respondido? —preguntó seriamente.

—¿Qué no te he respondió? —Ella se estaba desenredando la larga cabellera que seguía goteando.

—¿Como harías si te enfermaras? —cuestionó mirándola.

—Pues ya eso sería una causa mayor.

—Bueno deberíamos de recurrir a la causa mayor, entonces.

—¿A qué te refieres? —Dejó el cepillo y se puso de pie.

—Déjame a mí. —La agarró de la mano y la llevó al salón.

Tomó el teléfono y marcó el número del hospital que se sabía de memoria, vio que ella pretendía impedirle que realizara esa llamada, así que la volvió de espaldas y la envolvió con sus brazos mientras le besaba el cuello sintiendo cómo se estremecía.

—Buenos días, por favor con la señorita Roger... Buenos días señorita, le habla el esposo de Marion Macbeth... bien, gracias ¿y usted...? Me alegro, le llamo para avisarle que mi esposa no se siente bien, tiene fiebre, tal vez esté resfriada.

Subió la mano acariciándole el cuello, manteniendo un tono de voz entre serio y preocupado, luego bajó la mano metiéndola por la bata, apoderándose de uno de sus senos y empezó a masajearlo suavemente, sintiendo cómo la respiración de su esposa se agitaba.

»Sí... está bastante caliente... —Le pasó la lengua por el cuello para luego decir—: no se preocupe sé cómo hacerlo, ella me ha enseñado a bajarle la temperatura... cualquier cosa la llevo, pero no creo que sea necesario, es solo una calentura... yo me encargo. Muchas gracias por la comprensión, cualquier novedad la llamaré —Colgó sonriendo satisfecho y volvió a Marion para mirarla.

—Eres un tramposo... un mentiroso.... Un...

Él la calló con un beso al tiempo que la cargaba para llevarla de nuevo a la habitación y aprovechar que Manuelle y Joshua aún no llegaban, iba a hacerle el amor una vez más. Ambos sentían que estaban viviendo su luna de miel, esa que no habían tenido porque la guerra y todo lo que sucedió después se las había robado.

Capítulo 29

Victoria estaba tendida en su cama observando las fotografías que se había tomado en Europa, entre ellas las de Cala Coticcio, Florencia y Venecia junto a la familia Di Carlo. Una sonrisa adornaba su rostro e iluminaba su mirada esmeralda, porque la sola imagen de su novio la llevaba a revivir esos momentos que habían sido capturados en esas imágenes.

Fabrizio se veía tan hermoso en cada una, con esa sonrisa maravillosa y radiante que la hacía suspirar, esa luz en sus ojos que la hechizaba y, aunque la fotografía estaba en blanco y libre, ella podía recordar con exactitud ese azul zafiro que tenían sus ojos y que adoraba, también el tono de su piel que lucía mucho más atractivo cuando adquiría el bronceado que dejaba el sol y el mar.

Ese día había sido sencillamente extraordinario, suspiró con tan solo recordar la sensación que Fabrizio despertaba en ella, la seguridad, la ternura, saber que entre sus brazos nunca existiría nada que pudiese hacerle daño. Lo amaba tanto y su amor crecía cada día más, y por extraño que eso fuese, no sentía que desplazaba el de Terrence; por el contrario, sentía que la acercaba más, era como si Fabrizio fuese la conexión física entre ambos.

Pasó varios minutos observando las fotografías suspirando y sonriendo ante cada una; de pronto miró el reloj colgado en la pared y vio que eran casi las tres, por lo que guardó todo rápidamente y se puso de pie. Annette la había llamado para decirle que iría esa tarde a la mansión para visitar a la tía y compartir el té con ellas; entró al baño para comenzar a prepararse.

—¡Dios, es tardísimo! —exclamó cuando salió y vio que faltaban media hora para servirse el té y la tía era muy puntual—. Eso te pasa por andar con la cabeza en las nubes. —Se reprochó, pero no pudo evitar sonreír al recordar lo que la había retrasado. Escuchó un golpe en la puerta y supo que era su amiga—. Adelante.

—Hola, Vicky. —La saludó con su entusiasmo de siempre.

—Hola, Annie, ¿cómo estás? ¿Y la pequeña Keisy? —preguntó, acercándose para darle un abrazo y un beso.

—Con sus abuelos, mis padres la consienten tanto que desea pasar todo el tiempo con ellos... he llegado a sentir que me ha desplazado por completo, ahora parece más hija de ellos que yo —comentó sonriendo y luego hizo un puchero algo gracioso.

—Debes comprenderlos, ellos deben sentir que es como si el tiempo hubiese retrocedido y pudiesen tenerte de nuevo, ya que Keisy es idéntica a ti —dijo para consolarla.

—Todo el mundo me dice eso, pero yo creo que también tiene rasgos de Sean... doy fe de que no la hice sola, mi esposo contribuyó mucho para concebirla —alegó con picardía.

—¡Annette! Estamos hablando de mi primo... no me des esos detalles —expresó Victoria mostrándose alarmada.

Annette soltó una carcajada al ver el sonrojo apoderarse del rostro de su amiga, caminó junto a ella hasta el tocador y tomó el cepillo para ayudarla a desenredarse el cabello. La miró a través del espejo y una vez más notaba que lucía distinta, irradiaba una luz que hacía mucho no le veía y su curiosidad aumentaba a cada minuto.

—Vicky... ¿Puedo preguntarte algo? —inquirió, mirándola a los ojos a través del espejo.

—Por supuesto, Annie —contestó con una sonrisa.

—¿Qué es eso que te tiene tan feliz? —preguntó, pero al ver el desconcierto en la mirada de su

amiga, continuó—: Desde que llegaste de Europa tienes... no sé, te ves... llena de una felicidad y una emoción que no puedes disimular. —Se detuvo al ver como una sonrisa se dibujaba en los labios de Victoria y de nuevo se sonrojaba.

—Annie... yo... —Se sintió nerviosa ante la pregunta de su amiga, pero necesitaba desesperadamente hablar de eso con alguien y quién mejor que ella—. Conocí a alguien en Italia, su nombre es Fabrizio Di Carlo y es un joven maravilloso... él es alguien muy especial, es el hermano de la novia de Brandon...

—¿Brandon tiene novia? —preguntó sorprendida.

—Sí —Victoria dejó libre una pequeña carcajada ante la reacción de Annette, al parecer le sorprendía más que su primo tuviese novia que la noticia de que ella había conocido a alguien—. Es una chica encantadora y lo quiere mucho, su hermano y yo... nosotros también somos novios —agregó y sus ojos se iluminaron aún más.

—¡Vicky! Esto me hace muy feliz, muchísimo, amiga —expresó rodeándola con sus brazos y dándole un beso en la mejilla.

—Yo también lo estoy... Fabrizio me ha... me ha devuelto esa felicidad plena que creía perdida. Sabes que siempre estaba feliz por ustedes y por todo lo que estaba sucediendo en sus vidas, pero una parte de mí estaba como estancada y me hacía sentir tan desdichada, pero él me hace sentir viva de nuevo —pronunció con emoción.

—¡Ay por Dios! Adoro escucharte hablar así. —La abrazó de nuevo con fuerza al tiempo que sonreía—. De entre todas las personas tú te mereces esta felicidad amiga, y el hecho de que te sientas así también me llena de dicha..., pero cuéntame más de él... Fabrizio, me gusta su nombre, es muy italiano —comentó mirándola con complicidad y algo de curiosidad.

—Bueno... él es... —En ese momento escucharon un toque en la puerta, supieron de inmediato que la tía había enviado por ellas.

—Adelante —mencionó Victoria, poniéndose de pie, debía darse prisa o su tía se molestaría y empezaría con sus sermones.

Era la dama de compañía de su tía, pero no era para anunciarles que ella requería de su presencia en el salón de té, sino para decirles que la matrona le había pedido que la excusara con ambas, pero que no se sentía muy bien como para salir de su habitación. Victoria quiso ir a verla, pero Rosie le dijo que la había dejado durmiendo y que mejor la dejara descansar, ella accedió y Annette pidió que el servicio de té les fuese servido allí, así podrían continuar con su charla.

—Bien, ya estamos solas de nuevo, sígueme contando. —Annette la tomó de las manos para sentarse en la cama, como si una vez más fuesen esas dos chiquillas que se conocieron en el colegio.

—Dame un momento para cambiarme y enseguida regreso —pidió Victoria poniéndose de pie, aún estaba con la bata de baño.

—Está bien —respondió con una gran sonrisa.

Annette la vio desaparecer dentro del vestidor; de pronto su mirada se topó con un hermoso cofre de madera, que estaba sobre la cama de su amiga y la curiosidad volvió a hacer de las suyas. Pensó que Victoria no se molestaría si le echaba un vistazo a su contenido; después de todo, entre ellas no había secretos.

Descubrió que se trataban de unas fotografías de su viaje por Europa, en se podía ver a Brandon y Victoria acompañados de las tías Margot y Beatriz, le sorprendió ver que la mujer lucía igual de cuando la conoció hacía años atrás. Pasó a otra donde los rubios posaban frente al palacio de Versalles y en otros lugares turísticos de París, también algunas en lo que parecía ser una escuela y un hospital, supo de inmediato que esas fueron tomadas en el Piamonte.

Siguió pasando hasta que llegó a una que seguramente había sido tomada durante el carnaval de Venecia, pues iban con antifaces y vestidos con ropas que parecían de siglos pasados. En esa foto estaban cuatro personas más junto a ellos, dos damas y dos caballeros, su intuición le dijo que esos debían ser los Di Carlo, e intentó mirarlos mejor, pero era poco lo que sus máscaras le permitían descubrir.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó cuando pasó a la siguiente y vio a Victoria junto a alguien que ella reconoció de inmediato.

La fotografía había sido tomada en una hermosa playa y su amiga se veía tan radiante como el chico a su lado, en ese instante Victoria desapareció por completo de su vista y solo se enfocó en él, mientras sentía que el pánico se apoderaba de ella, estaba tan conmocionada que le costaba respirar. Con manos temblorosas pasó a la siguiente, donde también posaban Brandon y Angela junto a dos personas más; sin embargo, ella seguía sin poder apartar la mirada del hombre junto a Victoria y siguió pasando las fotografías.

»No puede ser... no puede ser... esto es imposible, él está... él está... —Se dijo negando con la cabeza.

Pasó a otra de las fotografías esperando que la próxima le hiciera ver que estaba equivocada, pero sucedió todo lo contrario, ya que esa había sido tomada más de cerca y se podían ver los rasgos de ese hombre con mayor claridad. Muy pocas veces lo vio sonreír, pero una sonrisa como la de él era muy difícil de olvidar, tal vez por lo deslumbrante que resultaba y por la extrañeza de verlas, así que podía casi jurar que era la misma.

»¡Dios mío! ¡Es él! —exclamó, llevándose una mano a la boca.

—Ya estoy lista, Annie —mencionó Victoria, con la mirada puesta en los botones de blusa que un faltaban por abrochar.

—Vicky... —Fue lo único que logró esbozar mientras temblaba.

Victoria levantó la mirada percibiendo algo extraño en la voz de su amiga; cuando la vio se sorprendió mucho más al ver que tenía el rostro completamente blanco y la miraba con una mezcla de sorpresa y terror, mientras sostenía en sus manos las fotografías.

—Annie... yo... —No daba con las palabras para explicarle, la escuchó sollozar y eso empeoró sus nervios—. Es algo muy difícil de explicar...—agregó caminando hasta ella y tomó las fotografías de sus manos, la primera era una donde aparecía ella y Fabrizio en Cala Coticcio, sentados sobre una piedra con el mar de fondo, abrazados y sonrientes, una de sus favoritas.

—¡Es Terry! —expresó acompañando sus palabras con un jadeo cargado de asombro—. Es él... ¡Oh por Dios! —Se llevó ambas manos al pecho y clavó la mirada en los ojos verdes de su amiga.

—¡No!... No... Annie... no es él... —Victoria tartamudeaba.

—¡Claro que lo es!... Victoria, es él, es idéntico... ¿Acaso no lo ves? —preguntó, señalando las fotografías.

—Son muy parecidos... te asombraría cuanto, pero no son la misma persona, ni siquiera hay un parentesco entre ambos...

—Pero... es que... —Annette sentía su cabeza turbada.

—Esta situación es muy difícil de explicar, Annie... Créeme, Brandon y yo pensamos lo mismo en cuanto lo vimos, bueno más yo, pero con el paso de los días terminamos por confirmar que era imposible... No es Terry —mencionó mostrándose segura.

—Victoria, no sé qué te ha llevado a pensar que ese chico no es Terry, pero estás equivocada... No pueden existir dos personas tan parecidas en el mundo, a menos que sean gemelos y hasta donde...

—Fabrizio es italiano y vive con su familia en Florencia, además..., existe toda una historia detrás que sustenta su pasado, hay fotografías de él cuando niño... y sí, se parece mucho a Terry, pero no son la misma persona —aseguró, aunque una parte de ella todavía no se convencía de eso, pero siempre se negaba a escucharla.

—Yo aún no puedo creerlo... Victoria, esto es demasiado... inusual... Mira su sonrisa, es idéntica, su mirada, tú conociste a Terry mejor que yo, compartiste más con él... ¿Estás absolutamente segura de que no es él? —inquirió de nuevo, mirándola a los ojos.

Victoria fue asaltada por las dudas una vez más, sus ojos se llenaron de lágrimas y sus manos empezaron a temblar, se sintió tan intimidada que tuvo que esquivar la mirada inquisitiva de Annette. Un remolino de recuerdos se apoderó de su mente, enfrentándola a todas esas veces en las que sintió que Fabrizio y Terrence eran el mismo; de nuevo comparaba sus miradas, sus gestos y sus palabras.

Su mente la llevó a lo que sucedió aquella noche a la orilla del mar, justamente dos días después de que se tomara esa fotografía, cuando él cantó aquella canción que solo le había escuchado a Terrence. Y se iba un poco más atrás estaba esa vez cuando cayeron en la piscina de su casa en Florencia y que estuvieron a punto de besarse, o la noche en el club de Beauvais cuando estuvo a punto de preguntarle si era Terrence, o cuando casi hacen el amor en aquella cabaña.

Si tomaba en cuenta cada una de esas ocasiones, no podía asegurarle a Annette que una parte de su corazón no creyese que Fabrizio era Terrence, pero sabía que confesar algo como eso era entrar a una espiral de locura. Abrió los ojos y sintió un miedo atroz recorrerla por completo, porque justo en ese momento no sentía la seguridad que necesitaba para responder a la pregunta de su amiga.

—Annie... yo... no lo sé... no lo sé —confesó dejando correr sus lágrimas mientras una vez más se derrumbaba

—Vicky —esbozó Annette y la abrazó con fuerza—. ¡Dios, qué tonta soy! No debí presionarte de esta manera... De verdad lo siento, tú te sentías tan feliz con todo esto y vengo yo a arruinarlo —expresó sintiéndose culpable y no pudo evitar llorar al ver así a su amiga.

Después de un momento, Victoria logró tranquilizarse, Ángela les había llevado el servicio de té y eso había ayudado para que la rubia pudiese calmar sus emociones. No quiso que Annette siguiera sintiéndose culpable, así que pensó que lo mejor era contarle todo y empezó desde el primer momento en que vio a Fabrizio en el teatro Le Fenice, comentándole que en ese momento apenas alcanzó a verlo con claridad, pero que su corazón se llenó de una emoción que no pudo explicarse en aquel entonces.

Luego le mencionó el encuentro en la casa de los Di Carlo, y todo lo que había ocurrido, su desmayo, su obsesión por conocer todo de él, su empeño en que era Terrence. Así continuó por varios minutos, sintiendo como poderosas emociones se apoderaban de su cuerpo, haciéndola llorar y sonreír a medida que iba relatándole como había terminado enamorándose de Fabrizio, y que ese sentimiento era tan intenso como ese que sintió por su primer novio.

La mirada de Annette se le iluminaba cada vez que veía a Victoria sonreír de esa manera, con los ojos brillantes y llena de luz; sin embargo, no lograba entender cómo podían existir en el mundo dos personas tan parecidas. Evidentemente, el joven de las fotografías se veía más adulto, sus rasgos estaban más marcados, pero eso les había sucedido a todos, Sean, Christian, ellas mismas ya no lucían como cuatro años atrás, también habían cambiado, así como lo hubiese hecho Terrence de estar vivo.

Además, existía algo que distinguía a una persona de las demás y era precisamente el carácter,

la esencia y ese joven parecía tener toda la que poseía Terrence. La sonrisa genuina y franca, esa mirada que desbordaba seguridad e intensidad, ese porte tan elegante que era más propio de la realeza que de un muchacho italiano.

—Cuando le conté sobre Terry todo se complicó, Annie, él se sintió muy mal... yo lo herí, te juro que no quise hacerlo, pero era algo inevitable —mencionó mostrándose avergonzada.

—¿Le hablaste de su parecido con Terry? —preguntó sin poder ocultar la angustia en su voz y en su semblante.

—¡No! No, por supuesto que no... creo que eso habría terminado con todo, seguramente hubiese pensado que solo me acercaba a él por ese motivo —respondió, mirándola a los ojos.

—¿Y no es así? —cuestionó Annette, buscando su mirada.

—Admito que en un principio su parecido con Terrence me hizo sentir atraída por él, pero al mismo tiempo me hacía desear estar lejos, porque sí, era una locura —respondió, poniéndose de pie y caminó para mirar por la ventana—. Todo eso cambió después, cuando me di la oportunidad de conocerlo mejor y descubrí que Fabrizio es un joven maravilloso, es cariñoso, comprensivo, alegre...

—Bueno, creo que en eso no se parece al rebelde de Brighton.

—No, no se parecen en ese aspecto, quizá porque Fabrizio se crio en el seno de una familia amorosa, y eso lo hace estar libre de muchos de esos temores y rencores que azotaban el alma de Terry y lo hacían comportarse tan esquivo e introvertido en algunas ocasiones, hasta el grado de hacerle parecer una mala persona, arrogante y egoísta... — Se detuvo volviéndose para mirar a su amiga a los ojos.

—Comprendo —murmuró Annette, sintiéndose cada vez más confundida, porque ese chico parecía ser una mezcla de dos personas.

—Bueno, a veces sí muestra un carácter recio... y parecido al de Terry... es impulsivo, celoso y algo arrogante, pero sabemos que muchos hombres son así; sin embargo, es más abierto a la hora de expresar sus sentimientos, no esconde cuando algo le molesta o lo hiere, mientras que Terrence se lo guardaba todo —explicó, caminando de nuevo hacia Annette y sentándose al borde de la cama.

—No debería decirte esto, pero no me gustaría estar en tu lugar, debe ser agotador estar todo el tiempo intentando separar ambas imágenes —mencionó, sintiéndose mal por ella.

—Lo es, Annie..., pero le prometí a Brandon y me prometí a mí misma que no haría comparaciones, aunque a veces resulta imposible y tienes razón, es muy agotador, pero Fabrizio merece que cuando esté con él no haya nadie más en mi cabeza. Así que voy a esforzarme para que nuestra relación funcione y para que él esté seguro de mis sentimientos —sentenció mirándola a los ojos.

—Me alegra mucho escucharte decir eso, verte tan decidida a vivir este nuevo amor. —Le dedicó una hermosa sonrisa, al tiempo que le tomaba las manos—. Sabes que cuentas conmigo para ayudarte en lo que sea, también con el apoyo de Patricia... que ahora que lo pienso, gracias a Dios no vino hoy, imagina que hubiese visto esas fotos, a la pobre se le adelanta el parto —comentó, riendo nerviosa.

Victoria también soltó una carcajada algo histérica, al imaginar a su pobre amiga desmayada como le sucedió a ella, aunque cuando logró calmarse la asaltó el temor de cuál sería la reacción de todos cuando se enterasen del parecido entre Fabrizio y Terrence. De momento no quiso angustiarse por eso y le pidió a Annette que guardara su secreto, que no se dijera a nadie ni siquiera a Sean, sabía que era injusto pedirle eso, porque entre los esposos no debía haber secretos, pero quería ser ella quien se lo contara a todos.

Annette lo aceptó sonriéndole y dándole un fuerte abrazo, demostrándole su apoyo; después de todo, le ahorra la tarea de tener que explicarle a su esposo quien era mucho más instigador que ella, que Fabrizio Di Carlo y Terrence Danchester no era la misma persona, y que ni siquiera estaba unidos por un lazo de sangre.

Capítulo 30

Estaban por llamar a la casa del coronel Pétain al ver que su hijo y Manuelle no regresaban, lo que se les había hecho extraño porque ya pasaban de las diez de la mañana. Escucharon voces afuera de la casa, seguido del sonido de las llaves y la puerta principal se abrió, Joshua fue el primero en entrar y al ver a su padre se quedó parado bajo el umbral, mirándolo como si no lo reconociera.

—¿Papi qué le pasó a tu cabello? —preguntó con curiosidad, corrió lanzándosele a los brazos y él lo atrapó con una sonrisa.

—Tu mami me lo cortó... No te gusta ¿verdad? —inquirió Fabrizio, mirándolo a los ojos y negó con la cabeza al tiempo que hacía una mueca de desagrado para que su hijo lo apoyara.

—Sí... sí me gusta ¿sabes por qué? —cuestionó, al tiempo que le acariciaba el cabello a su padre, quien negó una vez más—. Porque así nos parecemos más —dijo sonriendo.

—Tienes razón. —Fabrizio no pudo evitar sonreír.

—Qué desgracia. —murmuró Manuelle, envolviendo con sus brazos la pequeña cintura de su hermana, quien se había acercado para saludarlo. Ella no pudo evitar carcajearse porque sabía que él lo decía nada más por molestar a su esposo.

—¿Qué dices, cuñado? —preguntó Fabrizio, mirándolo.

—Nada, que está bien... te quedó bien. —Desvió la mirada a Marión que le acariciaba la espalda—. ¿Por qué no estás en el trabajo?

—Es que yo... es que me sen... —Ella se puso nerviosa.

—Una compañera le está haciendo su guardia, algún día tendría que cobrar los favores ¿no crees? —acotó Fabrizio, interrumpiéndola.

—Claro... Los favores —murmuró Manuelle, soltándose de su hermana, le dio un beso en la mejilla y puso en marcha la silla de ruedas—. Voy a la habitación, me avisas cuando esté listo.

—Aún no hemos empezado a prepararlo —dijo Marión.

—Ahora también me van a matar de hambre... Luna de miel —cuestionó mirándolos con reproche.

—No... no, cuñado es que aún no decidimos qué preparar... ¿Dinos qué quieres comer? —preguntó sonriente.

—Bueno, en ese caso... me gusta la italiana —respondió con una amplia sonrisa, no lo dijo por maldad sino por cobrarse la que le había hecho con lo de Napoleón Bonaparte.

—Perfecto, te haré varios platillos... ¿Qué te parece? *L'antipasto: carpaccio, il primo: fettuccine al ragú, il secondo: Vitello tonatto... el contorno... no, no hanno... e il dolce Tiramisú...*^[4] —pronunció sonriente pues sabía que Manuelle lo decía por molestar.

—¿Enserio vas a preparar todo eso? —preguntó incrédulo.

—Claro, ya sabes que cocinar se me da muy bien.

—Está bien. —Manuelle desvió la mirada a Marión quien lo veía sonriente y de nuevo la posó en Fabrizio, luego los señaló con su dedo—. Deberían pelear más seguido ustedes dos, eso sí, sin esperar mucho para reconciliarse. —Logró sacarles una carcajada a ambos—. Lo digo enserio... y ahora sí, cuñado, no te quito más tiempo que ya despertaste mi apetito con solo mencionar el tiramisú, nos vemos en un rato. —Se deslizó para entrar a su habitación.

—Vamos que me tienes que ayudar a cocinar. —Le dijo a su esposa, tomándola de la mano—. Es mucho lo que tengo que hacer... pensé que diría que con una simple pasta estaría bien.

—Solo a ti se te ocurre que Manuelle te va a rechazar comida —comentó sonriendo y se condolió de él. En ese momento Joshua irrumpió con una carcajada—. Joshua, no te burles que a ti te tocará lavar los platos. —Le hizo saber ella con una sonrisa.

—¿Y si descuento la vajilla, mami? —preguntó, estirándole los brazos para que ella lo cargara.

—No la vas a descontar, deja de ser tan astuto que ya los has lavado antes —contestó, besándole una de las mejillas mientras él le rodeaba el cuello con los bracitos—. ¿Sabes? Tenemos una conversación pendiente. —Le dijo mirándolo a los ojos.

—Fue papi —alegó de inmediato señalándolo—. El que se comió los bombones —agregó, liberándose de culpa.

—¡Oye, amiguito! —Le dijo despeinándolo y no pudo evitar sonreír, luego miró a Marión quien lo veía de manera inquisidora con una mano en la cintura—. Yo no te he tocado nada... bueno, no tus bombones —aseguró, mirándole el cuerpo sugestivamente.

—Más te vale. —Le entregó su hijo a Fabrizio y caminó hasta la alacena para verificar que decían la verdad.

—Mami... ¿Me das uno? —pidió con esa mirada que usaba para convencerlos a todos, mientras juntaba sus manitas.

—Está bien, solo uno —respondió entregárselo.

—¡Gracias, mami! —expresó con emoción.

—¿Y a mí no me darás uno? —inquirió Fabrizio.

—No, guardaré el resto para la noche. —Sonrió al ver que su esposo ponía cara de perrito regañado, se acercó a él abrazándolo por la espalda y se puso de puntillas para alcanzar su oído—. Dejaré que los comas de mi boca —susurró, para que su hijo no la escuchase.

Fabrizio sonrió ampliamente ante esa promesa que de inmediato le calentó la sangre, dejó a su hijo en su silla y se volvió para acunar el rostro de Marion con sus manos y así dedicarse a besarla. Sin embargo, no pudieron prolongar ese momento tanto como les hubiese gustado porque tenían mucho trabajo por delante; además, su hijo exigió su atención cuando comenzó a hacerles todas esas preguntas propias de su edad.

Fabrizio se encargaba de picar finamente la carne de ternera para el carpacho, ya había preparado la salsa con especias que lo acompañaría, mientras su esposa preparaba la salsa ragú para la pasta, y Joshua jugaba con su carro de madera. Marion y Fabrizio eran un gran equipo cocinando juntos, así que en pocos minutos tenía todo sobre el fuego, él miró a su hijo y supo que era el momento para tener esa conversación pendiente, le agarró la mano a su esposa para atraer su atención y ella supo lo que deseaba sin que lo dijera.

—¿Estás seguro? —preguntó, mirándolo a los ojos.

—No lo estoy completamente, pero él tiene derecho a saber quién es su padre en realidad —respondió y la vio asentir al tiempo que le dedicaba una sonrisa para infundirle valor, él la besó y luego se acercó a la mesa, sacó una silla para ella y ocupó la otra, respiró hondo y posó la mirada en su hijo—. Joshua, tengo algo que contarte... Verás, yo —pronunció y su pequeño asintió en silencio, Marión le tomó la mano para darle fuerzas—. No sé cómo empezar —confesó en voz baja a Marión mientras los nervios lo asaltaban.

—¿Mi vida tú quieres a tu papi? —Le preguntó ella a Joshua.

—Sí, mucho... mucho... hasta el cielo —respondió mirando fijamente a su padre y mostrándole una sonrisa.

—¿Eso quiere decir que lo vas a querer por encima de cualquier cosa... no importa lo que sea? —inquirió otra vez, acariciándole la mejilla. El niño asintió con su cabeza—. Bueno, tu papi te va a contar algo que es un poquito complicado, pero sé que eres muy inteligente y lo vas a entender. —Joshua asintió nuevamente y ella le hizo una seña a su esposo para que continuara.

—Joshua..., mi nombre real no es Richard... yo me llamo Fabrizio. —Lo vio fruncir el ceño y supo que debía buscar una manera más sencilla de hacerle entender todo—. Verás, por algo que pasó hace mucho tiempo... antes de que tú nacieras. Tuve que cambiar mi nombre porque necesitaba hacerlo y nadie podía saber que me llamaba Fabrizio, es como cuando jugamos a las escondidas que nadie puede saber dónde estás —dijo y su hijo asintió—. Bueno, nadie podía saber que mi nombre era Fabrizio Di Carlo, porque era peligroso... Es como si cuando jugamos a las escondidas alguien le dijera al quien te busca donde estás... ¿Qué pasa si le dicen?

—Me encontraría y perdería el juego —respondió porque eso lo entendía, era uno de sus juegos favoritos.

—Exacto, si alguien se enteraba de mi nombre entonces yo perdería el juego... pero ya no estoy jugando más, así que no hay necesidad de que siga llamándome Richard, ahora puedo ser Fabrizio de nuevo. ¿Entiendes? —preguntó, acariciándole la mano.

—Entonces no eres mi papi. —Lo dijo con la voz estrangulada.

—¡Claro que soy tu padre! —expresó y se movió para tomarlo en brazos—. Soy el mismo, solo que ya no me llamo Richard —explicó mirándolo a los ojos, pero al ver que él seguía mostrándose confundido quiso agregar algo más—. También soy Alfonzo como tú, mi nombre es Fabrizio Alfonzo Di Carlo Pavese.

—Tienes cuatro como yo —acotó y vio que su padre asentía sonriéndole—. Yo soy... Joshua Alfonzo... ¿Cómo me dijiste que era el otro? —preguntó porque no podía recordarlo.

—Di Carlo... Ahora eres Joshua Alfonzo Di Carlo Laroche.

—¿Ya no soy como el de Shakespeare? —Vio a su padre negar con la cabeza, por lo que soltó un suspiro—. Eso me gustaba... me gustaba ser como el del libro... —Fabrizio y Marión sonrieron con pesar al verlo así—. ¿Di Carlo de que libro es? —preguntó curioso.

—De ninguno que yo sepa —respondió Fabrizio. Su hijo hizo una mueca de descontento—. ¿No te gusta Di Carlo?

—Sí... sí, me gusta... solo que ya no seré famoso —pronunció con pesar, bajando la mirada y se encogió de hombros—, pero no me importa cómo te llames, solo que seas mi papá... yo te digo papi y para mi te llamas *papi* —resumió dedicándole una sonrisa.

—Sí... para ti siempre seré papi, pero si no te acostumbras y cuando trabajemos en equipo me quieres llamar Richard, está bien, puedes llamarme de las dos maneras y te cuento todo esto porque los hijos y los padres nunca deben tener secretos entre ellos ¿*Capisci?*^[5] —preguntó Fabrizio pues sabía que el niño entendía un poco el italiano, se había encargado de enseñarle todo ese tiempo.

—Papi, *non capisco niente*^[6] —respondió negando con la cabeza porque todo era muy confuso—. No sé del juego que me hablas... del de escondidas sí, pero de ese en el que jugaste no... lo único que entiendo es que eres mi papá y es lo que me importa.

—Sí, es lo único que importa. —Fabrizio lo abrazó con fuerza.

Marion se sentía tan emocionada que no pudo contener sus lágrimas al ver ese abrazo que se daban dos de los hombres que más adoraba en la vida, aunque su hijo apenas era un bebé. Se acercó a ellos para abrazarlos también y dejar caer una lluvia de besos sobre sus rostros, riendo de alegría al ver ese brillo en la mirada de su esposo, ese que había extrañado durante todo ese tiempo.

—Mi vida, pero igual puedes ser famoso... Me has dicho que quieres ser médico ¿verdad? — Marion y desvió la mirada a su esposo para ver su reacción ante esa noticia, aunque suponía que ya lo sabía, Joshua asintió —. Bueno, puedes ser famoso... un gran doctor, que todo el mundo te reconozca y que solo quieran dejarse curar por ti —acotó ella, acariciando la suave mejilla de su hijo.

—Eso sí me gusta mucho... que todos me quieran —pronunció Joshua mostrando una gran sonrisa.

—Eres egocéntrico ¿no?... quieres atraer la atención de todos —dijo Fabrizio riendo al ver esa actitud de su hijo.

—Es que, entiende, papi, tendré que trabajar por el apellido, antes ya Shakespeare me lo había hecho más fácil —contestó con picardía.

—Bueno, pero tu papi también va a trabajar por el apellido... él va a ser un gran abogado — aseguró Marión mirando a Fabrizio, vio que iba a protestar, pero ella solo negó con la cabeza pidiéndole que no lo hiciera, y se puso de pie para revisar el almuerzo.

—Sí, papi, tienes que ayudarme... es mucho trabajo porque solo seremos dos famosos —acotó entusiasmado.

—La verdad no sé si pueda ayudarte porque es muy complicado, pero no serías el único famoso... tu... tu abuelo... —Respiró profundo para contener su llanto—. Tu abuelo, Luciano, también es famoso... muy conocido, no tanto como Macbeth de Shakespeare, pero es bastante reconocido... ¿Y adivina qué? También es un gran médico... un buen médico —pronunció con nostalgia, limpiándose las lágrimas rápidamente. Marión se acercó hasta él y se puso de cuclillas para cerrarle la cintura con los brazos, dándole apoyo porque sabía que aún le costaba hablar de su familia.

—¿Mi abuelo?... yo creí que solo éramos nosotros y mi tío... y si es médico, papi, él te puede ayudar... él te va a curar porque si es famoso lo puede hacer. ¿Por qué no lo conozco? ¿Es tu papi? —preguntó emocionándose por saber más de su abuelo.

—Sí... es mi papi, pero... pero ya no es médico, ahora solo hace medicamentos... y no lo conoces porque está muy lejos... Algún día tu mami te va a llevar... yo no puedo ir... ya no podré ir porque hice algo que no debía y... ya no puedo volver... —Le frotó la cabeza a Marión para que la levantara y le entregó a su hijo, luego se puso de pie y se encaminó por el pasillo ahogándose con las lágrimas.

—¿Mami por qué mi papi no puede ir a ver a mi abuelo? —preguntó sintiéndose mal al verlo triste de nuevo.

—Por ahora no puede, es que tiene miedo...

—¿Es malo mi abuelo? —inquirió con un gesto de desconcierto.

—No... tu abuelo es bueno y tu papi lo quiere mucho, es solo que... que tu papi lo desobedeció y está arrepentido, pero no sabe cómo pedirle disculpas, no es fácil para ninguno de los dos... Es como cuando te comiste mis bombones que no sabías cómo decírmelo porque tenías miedo de que te reprendiera, es algo así...

—Entiendo —murmuró recordando ese episodio y sabía que su papá debía estar muy asustado entonces—. ¿Y podemos ayudarlo para que le pida disculpas a mi abuelo? —inquirió mirándola a los ojos—. Podemos llevarlo y así lo conocemos.

—Sí, vamos a ayudarlo, pero debemos hacerlo de a poco para que él se sienta bien —contestó sonriéndole a su pequeño quien tenía un corazón enorme—. ¿Sabes? También tienes una abuela, la mamá de tu papi y también está la hermana de él... tu tía.

—Ya no es solo mi tío Manuelle, eso a él no le va a gustar nada... bueno, es mi preferido

porque a ellos no lo conozco.

—A tu tía sí la conoces solo... la viste una vez, aunque lo más seguro es que no la recuerdes...

—¿Dónde está, mami?... ¿Vive aquí en Amiens? —cuestionó mostrándose impaciente, ya quería verla.

—No, no está aquí... pero ¿recuerdas cuando fuimos con tu papi al médico en París... cuando viajamos en tren? —Joshua asintió—. ¿Y recuerdas cuando llegamos que vimos a aquella dama bonita, la que te dio la rosa?... ¿La recuerdas? —preguntó mirándolo.

—¿La de la voz bonita?... —cuestionó y Marion asintió sonriéndole—. Sí, la recuerdo... mami es muy bonita... mucho más que mi tío Manuelle... pero no le digas que dije eso porque se molestará conmigo —pronunció en un tono bajito.

—Tranquilo, yo te guardaré el secreto —comentó Marion, riendo.

—Es hermosa mi tía... Mami, tenemos que decirle a papi que me lleve para conocer a mis abuelos y ver otra vez a mi tía... ¿Ella sabe que es mía tía? ¿Por qué no me dijo nada? ¿También está molesta con papi? ¿Él también la desobedeció a ella? —Joshua preguntaba llevado por su innata curiosidad que le exigía respuestas.

—Ella no sabe que es tu tía porque hace mucho tiempo que tu papi no la ve, por eso no te dijo nada, pero ya viste que aún sin saberlo se mostró cariñosa contigo, así que cuando lo sepa estoy segura que te va a adorar, mi pequeño.

—Yo también la voy a adorar, mami —aseguró con la mirada brillante y una gran sonrisa—. Ya quiero verlos a todos..., pero sé que papi no puede verlos porque tiene miedo y por eso llora... No importa, esperaré... esperaré a que se le pase porque no quiero que lllore —agregó con convicción, mirando a su madre.

—Gracias, mi vida, por ser tan inteligente y entender —pronunció ella, abrazándolo muy fuerte, le apoyó las manos en las mejillas para darle un beso en la frente—. Ahora ve a llamar a tu tío para que comamos todo esto que preparó tu papi y debe estar riquísimo.

—Claro —dijo y corrió por el pasillo para buscar a su tío.

Marion apagó las hornillas para dejar reposar un poco la salsa, luego caminó por el pasillo hacia su habitación para ver cómo estaba su esposo. Al entrar lo encontró acostado en la cama con el rostro hundido en la almohada, esa imagen le estrujó el corazón y de inmediato la necesidad de consolarlo se apoderó de ella.

—Ya... todo estará bien —pronunció besándole la espalda, lo escuchó sollozar y lo rodeó con su brazo.

—Yo también quiero verlos... pero no puedo... no puedo.

—Ahora no, pero te aseguro que en algún momento vas a reunir el valor para hacerlo, cuando tus heridas estén curadas y entiendas que ellos van a perdonar todo lo que hiciste porque te aman.

—No sé si sea digno de recibir su perdón... les causé mucho daño, Marion —mencionó, volviéndose para mirarla a los ojos.

—Ningún daño es lo suficientemente grande para que una madre deje de amar a su hijo... y te aseguro que la señora Fiorella no ha dejado de amarte... ella te ama y debe extrañarte —dijo.

El cerró los ojos deseando con todas sus fuerzas que fuese así, que su madre no hubiese dejado de quererlo, dejó escapar un suspiro tembloroso de sus labios y se llevó una mano a la cara para secarse las lágrimas. Luego se puso de pie y salió de allí para compartir con su familia, ya no podía dejarse vencer por sus temores y encerrarse en sí mismo como hacía antes, había prometido luchar por darle a Marion y a su hijo la vida que ellos merecían y lo haría.

Capítulo 31

Bruce caminaba con seguridad y soltura por el pasillo que llevaba a la habitación de su hija; por fin había soltado el molesto bastón que le obligaron a usar durante siete semanas. Se había esforzado mucho para estar recuperado por completo y poder cumplir el sueño de Allison de llevarla al altar; miró la hora en su reloj de bolsillo, ese que había pertenecido a su padre y abuelo, luego golpeó con sus nudillos la puerta y esperó a que ella lo invitase a seguir.

—Pasa, papá —ordenó desde el interior.

—Cariño, casi es hora ¿ya estás...? —Bruce no pudo terminar la pregunta porque la emoción le había robado la voz, se llevó una mano a los labios mientras sus ojos se colmaban de lágrimas.

—¡Papi, era una sorpresa! ¡Tendrías que haber cerrado los ojos! —expresó Allison, cuya mirada enseguida se cristalizó al ver la reacción de su padre y caminó hasta él para abrazarlo.

—¡Por Dios! ¡Luces bellísima!... Eres... eres la novia más hermosa del mundo, mi pequeña... —esbozó en medio de risas y lágrimas.

Se alejó un poco para mirarla mejor y su corazón latía tan emocionado que no podía dejar de llorar ni de sonreír, ella se veía como el más hermoso de sus sueños y el orgullo le hinchó el pecho. Llevó sus manos hasta el rostro de su hija para acunarlo y limpiar con sus pulgares las lágrimas que rodaron por sus mejillas, luego se acercó y le dio un beso en la frente, agradeciéndole a Dios y a su esposa por haberle entregado el más hermoso y grande tesoro.

—Gracias, papi —susurró y un sollozo escapó de sus labios.

—Desearía tanto que tu madre estuviese aquí y pudiera verte —mencionó nostálgico, pues extrañaba como nunca a su querida esposa Alicia a quien su hija le recordaba tanto.

—Yo también lo desearía, pero sé que de alguna manera ella está aquí, recuerda que nos lo prometió... que siempre estaría junto a nosotros —respondió entregándole una hermosa sonrisa y él le respondió con el mismo gesto, pero también sollozó al tiempo que afirmaba con la cabeza—. Papi..., no debemos llorar... hoy es un día para estar felices —pidió, aunque ella no dejaba de hacerlo.

—Tienes razón, princesa, aunque a veces la felicidad también es motivo para llorar..., pero será mejor que me controle o tendré los ojos hinchados y la nariz roja como cereza cuando te lleve al altar.

—Y mi maquillaje quedará hecho un desastre... me pareceré a un panda —comentó riendo y se abrazó de nuevo a su padre.

Él la apretó con fuerza a su cuerpo liberando un último sollozo, nunca había sido tan sentimental y no comprendía por qué lo estaba ese día, por qué no podía dejar de llorar y de sentir todas esas emociones que lo azotaban. Quizá se debía a que su niña ya era toda una mujer y que se iría para formar su propia familia, a lo mejor porque deseaba con todas sus fuerzas que ella fuese plenamente feliz y que ese amor fuese mucho más largo del que vivió él junto a Alicia, o porque una parte de él, que tal vez era un poco egoísta quería retroceder el tiempo para poder tenerla entre sus brazos como el día en que llegó al mundo y vio sus hermosos ojos por primera vez.

—Estoy tan orgulloso de ti, Allie... de la grandiosa mujer en la que te has convertido —susurró con sinceridad, mirándola a los ojos.

—Todo ha sido gracias a ti, has sido el mejor padre del mundo... gracias por quererme tanto y

perdona todos mis errores, gracias por estar allí cuando más te necesité a pesar de haberte defraudado. —Sollozó bajando la mirada, ya que eso aún la avergonzaba.

—No, mírame... tú nunca me defraudaste, yo fui un tonto por no apoyarte en ese momento y créeme que siempre me arrepentiré de cada palabra que te dije... Pero te juro que no sucederá de nuevo, estaré para ti cada día de mi vida, apoyándote, amándote... siendo el padre que les prometí a tu madre y a ti, te adoro tanto, hija.

—Papi... —Allison no pudo decir nada más, la inmensa felicidad que sentía no podía expresarse con palabras, así que se aferró a su padre y dejó que esos sollozos que la ahogaban, escaparan de sus labios.

Bruce la envolvió entre sus brazos y la meció como cuando era una niña y despertaba de un mal sueño, quería consolarla y alejar de ella toda esa culpa y esa tristeza que sintió en aquel entonces. Era hora de que tuviese su cuento de hadas, ese que pedía todas las noches que él le leyera, y lo hacía, a pesar de llegar cansado de tanto trabajar, reunía un poco más de fuerza y todas las noches se lo leía, pero ahora podría vivirlo junto a un gran hombre, que la merecía, la valoraba, la respetaba y que, sobre todo, la amaba.

—¡Ay por Dios! Pero si están hechos un mar de lágrimas... —comentó Ingrid entrando a la habitación—. Querida, arruinarás tu maquillaje, no puedes presentarte ante tu esposo así.

—Tranquila, abuela... enseguida lo retoco y quedará perfecto.

—Y tú también tendrás que irte a lavar la cara, está sonrojada.

—No te preocupes, mamá... con secarme las lágrimas bastará.

—Bien, será mejor darnos prisa, o el próximo que romperá en llanto será Clive al ver que no llegas —acotó sonriendo y se acercó para besarlos a ambos, mostrándose también muy emocionada.

—Él sabe que nunca lo dejaría plantado en el altar —agregó Allison con la mirada brillante y una gran sonrisa, para luego mirarse en el espejo y llevarse una mano al vientre con disimulo.

—Igual no hagamos esperar al pobre, porque cada minuto sin que llegues es una tortura... si te diré yo que a tu madre se le dio por llegar diez minutos tarde y para mí fue una eternidad —alegó Bruce, recordando cuán ansioso y nervioso se sentía ese día.

—Tu padre tiene razón, hasta estuvo a punto de salir de la iglesia para ir a casa de Alicia y buscarla él mismo. —Ingrid sonrió a costa de su hijo, justo como lo hizo en aquella ocasión.

—Y lo hubiese hecho de no ser porque usted me detuvo... así que antes de que Clive se aparezca aquí, vayamos a san Patrick.

Allison sonrió y terminó de retocar su maquillaje rápidamente, sacó de un cofre los pendientes de perlas de su madre y se los puso, luego recibió el brazo que le ofrecía su padre. Bruce una vez más estaba al borde de las lágrimas al ver que ella llevaba los mismos pendientes que Alicia el día que se casaron, le dio un beso en la mejilla y comenzó a caminar antes de que las emociones lo desbordasen.

Clive estaba parado junto al altar, sonriéndole a los invitados que iban llegando y que en su mayoría apenas conocía, pues eran más amigos de su futura esposa que de él. Su boda sería el evento del año según muchos medios de comunicación, aunque a él lo único que le importaba era jurarle amor eterno frente a Dios y dedicar su vida a hacerla tan feliz como ella lo hacía a él.

No había sido fácil volverse parte del mundo de Allison, ser el prometido de la gran estrella de la ópera que muchos decían estaba llenando el vacío dejado por Amelia Gavazzeni, podía resultar algo agobiante. Sobre todo, porque su vida ya no era tan anónima ni privada como antes, a veces eran seguidos por la prensa cuando salían a pasear por el parque o debía soportar

comentarios groseros de otras personas que intentaban denigrarlo.

Muchos hombres todavía no aceptaban que ella fuese a unir su vida a él, un psiquiatra que solo podía ofrecerle una vida modesta, sin viajes por el mundo, exquisitas joyas o grandes mansiones. Como sí podían hacerlo otros de los muchos pretendientes a los que ella tuvo que rechazar, incluso luego de que comprometerse con él, pues los muy descarados no dejaron de insistirle e intentar llamar su atención.

—Nunca había visto a un novio tan calmado; menos a uno enamorado —acotó Susannah viendo que estaba realmente tranquilo.

—La suerte de ser psiquiatra y poder disimular las emociones, aunque lo cierto es que mi corazón late muy rápido y tengo las manos empapadas de sudor —respondió y con disimulo sacó un pañuelo para secarlas—. Pensé no me sentiría de nuevo de esta manera por ser la segunda vez que me caso, creí que estaría más tranquilo; sin embargo, todo es idéntico... podía jurar que mi ansiedad es mucho mayor, quizá porque he esperado este momento mucho más de lo que esperé para casarme con Julianne —confesó con algo de pena, porque no quería ofender el recuerdo de su difunta esposa.

—Es normal, querido, ningún amor se parece a otro, pero nos provocan las mismas emociones. Recuerdo cómo me sentí cuando me casé con tu padre, también pensé que no volvería a vivir una dicha igual a la que tuve con mi primer esposo, pero estaba equivocada y los años me demostraron que no debía cohibirme, así que tú tampoco lo hagas porque sé que, desde el cielo, Julianne está feliz por ti y por tu decisión de rehacer tu vida con una chica como Allison —mencionó, acariciándole el brazo y dedicándole una sonrisa.

Aunque ella no era psiquiatra, había aprendido durante toda su vida y ese tiempo interactuando con los pacientes de su hijo, que el mayor problema de las personas era que siempre cargaban con demasiadas culpas y vivían atados a sus tristezas. Sabía que soltar no era sencillo, ella misma pasó por todo eso luego de perder a su primer esposo en un accidente de trenes cuando apenas tenía veinte años, quedó tan devastada que pensó que nunca más volvería a enamorarse, pero luego llegó Arthur Rutherford a su vida y le demostró que amar por segunda vez era posible y que no tenía nada de malo.

Clive agradeció el comentario de su madre dándole un beso en la mejilla, ella siempre tenía las palabras justas para alejar sus miedos y despejar sus dudas; a veces las madres eran mejores que cualquier eminencia en psiquiatría. Soltó un suspiro para drenar un poco la tensión y la ansiedad que hacían estragos en él, mientras su mirada seguía enfocada en la puerta de la iglesia a la espera de Allison.

Al fin las notas de la marcha nupcial inundaron la gran nave de la catedral de san Patrick, que esa tarde se vestía de gala para celebrar la unión entre Allison y Clive. Las largas filas de bancos estaban adornadas con hermosas rosas blancas y amarillas que impregnaban con su dulce aroma el recinto, creando un camino de ensueño para la espléndida novia que avanzaba en compañía de su orgulloso padre, cautivando las miradas de los invitados.

Allison parecía estar envuelta en una nube, ya que el hermoso vestido de falda amplia daba la sensación de que estuviese flotando en lugar de caminar. El corte imperio del diseño y la exquisita pedrería afinaban más su esbelta figura, el vestido era una obra de arte.

Sin embargo, este no acaparaba toda la atención, pues el tocado y el largo velo también hacían que todas las damas solteras presentes soñaran con llevar un vestido así el día de su boda. Aunque lo que más resaltaba era la belleza natural de la novia, cuyo maquillaje tenue y su elegante pero sencillo peinado, equilibraban a la perfección su imagen que parecía irradiar tanta luz que deslumbraba a todos porque brillaba más que cuando estaba sobre el escenario.

Clive se encontraba mucho más hechizado que los demás porque para él, Allison era la mujer más bella sobre la tierra, un ángel, una princesa. A cada paso que ella daba su mundo se iluminaba un poco más, su corazón latía desbocado, sus manos temblaban ligeramente y sentía decenas de emociones envolverlo por completo, por lo que definir con una palabra su estado era imposible.

Allison seguía caminando hacia el altar, haciendo conscientes a todos de la felicidad que la embargaba en ese instante y la sonrisa que adornaba sus labios era la muestra fehaciente de eso. Aunque la iglesia estaba repleta de personas, ella solo era consciente de la figura del hombre parado junto al altar, de sus ojos que la miraban con una intensidad y una ternura que solo había logrado encontrar en él, sentía que a cada paso que daba se adentraba a ese mundo maravilloso y soñado que el amor había creado para ambos.

Todo a su alrededor parecía más hermoso, lleno de vida y luz; sentía que las lágrimas comenzaban a acumularse en su garganta y su corazón latía desbocado. El destino había puesto en su camino a un hombre increíblemente maravilloso, tanto que le parecía irreal, la forma en como había llegado a su vida alejando todos los miedos, las dudas, las sombras, él había llegado para salvarla y llenarla de amor.

Cuando se detuvo frente al altar su mirada se fundió en la de Clive quien le sonreía, demostrándole que estaba igual de emocionado que ella. Se veía tan apuesto en ese frac que quiso comérselo a besos, pero fue consciente de que no podía hacerlo, al menos no todavía, debía esperar algunas horas que seguramente se le harían eternas.

—Clive, te entrego a mi mayor tesoro, a mi hija, a mi princesa Allison —pronunció Bruce, con la mirada cristalizada por la felicidad y la nostalgia que decir eso provocaba en él.

—Muchas gracias, señor Foster, le prometo que la trataré como ella se merece y me esforzaré cada día por hacer de ella la mujer más feliz del mundo —respondió, mirándolo a los ojos.

Se dieron un abrazo para sellar ese pacto, después de eso Bruce también abrazó a su hija y le dio un beso en la frente, para luego ocupar su lugar junto a la madre de Clive. Se sentó y suspiró para aligerar esas ganas que tenía de llorar, no quería parecer un tonto sentimental delante de todos, sintió que la mujer le apretaba la mano.

—Sé lo que se siente, pero por suerte ellos estarán cerca de nosotros. Recuerdo cuando Clive me dijo que se había enamorado y que vendría a América, al ser hijo único fue muy difícil para mí, pero sabía que debía dejarlo volar, era su hora de abandonar el nido.

—Sí, será difícil no verla rondando por la casa, escuchar su voz, su risa... solo espero que vaya a verme muy seguido —susurró sacando su pañuelo del bolsillo para secarse los lagrimales.

—Lo hará, Bruce... seguro que lo hará, además, quizá pronto también recibas la visita de nuestros nietos —expresó con una sonrisa, pues ella había visto ciertas actitudes en Allison y su hijo que le decían que esa relación ya había pasado a un plano más íntimo hacía tiempo y su nuera últimamente se notaba distinta físicamente.

Él sonrió ante esa idea porque no había nada que deseara más que su hija tuviese un pequeño entre sus brazos para que así pudiera hacer más llevadera la pena que aún la embargaba por la pérdida de su pequeño Ángel. Ya era hora de que Allison se olvidara de aquel episodio tan triste de su pasado y fuese completamente feliz, se merecía todo eso porque era una chica extraordinaria.

—Hermanos estamos aquí reunidos, para ser testigos del enlace ante Dios de Clive y Allison, ellos han llegado hoy hasta aquí con la firme convicción de ofrecerles sus votos a nuestro Señor y pactar ante él y nosotros como sus testigos, esta unión que hoy comienza.

De esa manera se dio inicio a la ceremonia, las palabras del sacerdote iban llenando los corazones de Allison y de Clive de calma, seguridad y amor, pues les confirmaban que la decisión

de unir sus vidas había sido la correcta porque estaba basada en el amor y el respeto. Cuando llegó el momento de decir los votos, el sacerdote les pidió que se pusieran de pie, ellos así lo hicieron y mirándose a los ojos se tomaron de las manos para entregarse sus promesas de amor.

—Allison, cuando te conocí te pedí que confiaras en mí y hoy te lo pido una vez más, quiero que confíes siempre en mí y que me brindes la oportunidad de amarte, de hacerte feliz... que me dejes caminar de tu mano hasta que Dios lo disponga y prometo que nunca te vas a arrepentir de haberme escogido como tu esposo, porque cada día me esforzaré para hacerte la mujer más feliz del mundo —mencionó él con tanta emoción que no pudo evitar derramar una lágrima.

—Clive, te prometo que confiaré en ti cada día, que seré tu compañera en este camino que hoy emprendemos y que seguirá hasta que estemos llenos de canas y arrugas —expresó con una hermosa sonrisa, suspiró para pasar sus lágrimas—. También te prometo llenar tu vida de alegrías así como tú has llenado la mía y que desde hoy y por lo que me reste de vida seré la esposa que siempre soñaste —expresó igual de emocionada que él.

Bruce y Susannah se sentían muy emocionados al escucharlos entregarse esas promesas de amor, ella no dejaba de llorar de felicidad al ver a su hijo radiante y feliz, sabía que Clive se merecía todo eso después de sufrir tanto por la pérdida de su esposa e hijo. Bruce, por su parte, estaba haciendo un enorme esfuerzo por retener su llanto, al tiempo que recordaba a su amada esposa sintiendo algo de nostalgia, porque daría lo que fuera por tenerla a su lado en ese momento.

—Recibe estas arras como prenda de la bendición de Dios y signo de los bienes que vamos a compartir —pronunció Clive haciéndole entrega de las hermosas monedas doradas.

—Yo las recibo —respondió Allison sonriéndole, luego las puso en la pequeña bandeja de plata que le extendía el sacerdote.

—Ahora sus alianzas de compromiso, para sellar el pacto que acaban de hacer frente a Dios y nosotros —indicó mirándolos.

—Allison, recibe este anillo como prueba de mi amor, respeto y fidelidad —dijo él mientras le ponía el anillo en su dedo anular.

—Clive, recibe este anillo como prueba de mi amor, respeto y fidelidad —mencionó ella emulando su mismo gesto.

—Con el poder que me confiere la iglesia, los declaro marido y mujer, Clive: puedes besar a tu esposa —esbozó el padre mostrando una gran sonrisa al unir en sagrado matrimonio a la pareja.

El interior de la catedral fue colmado por un sonoro aplauso de los asistentes, al tiempo que los nuevos esposos sellaban ese pacto con su suave beso que les llenó el alma de una extraordinaria sensación de felicidad. El amor se podía sentir flotando entorno a ellos mientras se miraban a los ojos y seguían rozando sus labios con sutileza, en medio de los *te amo* que se susurraban y las lágrimas que los desbordaban.

Comenzaron a caminar por el pasillo central de la nave, tomados del brazo y con radiantes sonrisas que iluminaban sus miradas, mientras recibían las felicitaciones de sus amigos más allegados. Detrás de ellos caminaban sus padres y el cortejo, quienes los escoltarían hasta el auto que los llevaría a la lujosa recepción en el salón de baile del prestigioso hotel Astor que había sido ofrecido por la propia familia ya que eran fervientes admiradores de la joven soprano.

—¡Vivan los novios! —exclamaron en la entrada de la catedral y les lanzaron el tradicional arroz y algunos pétalos de rosas.

Los novios reían emocionados y caminaron al auto, él la ayudó a subir y el coche se alejó para dar un paseo por la ciudad, debían hacer tiempo para que los invitados llegaran a la recepción. Ella le pidió al chofer que los llevara al parque central, quería justamente allí, en ese lugar, darle

la noticia que había guardado para ese día, porque fue donde por primera vez se tomaron de las manos, sin saber que meses después ambos estarían uniendo sus vidas para siempre,

—Clive, ven, vamos a pasear un rato. —Le pidió Allison, mirándolo a los ojos al tiempo que mostraba una sonrisa nerviosa.

—¿No está muy pesado el vestido? —preguntó, mirando que toda la parte de arriba del mismo, estaba tallada con pedrería.

—Tranquilo, he aprendido a llevarlos, recuerda que el vestuario de las obras a veces lo es mucho más —contestó ofreciéndole su mano.

—Bien. —Le dedicó una sonrisa y la ayudó a salir.

Al bajar del auto atrajeron las miradas llenas de curiosidad de las personas que estaban en los alrededores, quienes al reconocerla a ella la saludaron sonriéndole y les entregaron su *enhorabuena*; sin embargo, se mantuvieron a cierta distancia para brindarles privacidad. Comenzaron a caminar para llegar a ese lugar donde él la había salvado del idiota de Harry, donde le demostró que estaba dispuesto a protegerla, a pesar de que apenas la conocía.

—¿Recuerdas este lugar? —preguntó con una sonrisa enigmática.

—Por supuesto —respondió, mirando la banca de madera donde se sentaban cada vez que paseaban por el parque—. Es nuestro lugar.

—Sí, es nuestro lugar... aún no puedo creer todo lo que ha pasado desde entonces, cómo se fue dando nuestra historia hasta llegar a este momento en que soy tan feliz, como no esperaba serlo después de...

—Ally, no es necesario que hables de eso, prometiste que lo dejarías en el pasado. —Le pidió porque no quería que trajera recuerdos tristes a su mente, ese día solo debía ser de felicidad.

—Y lo hice, ya no me afecta nada de lo que Harry me hizo; y no pensaba hablar de él sino del valiente caballero que me defendió de aquel patán, que me salvó no solo en ese momento... sino muchas veces después, del que me demostró lo que era el verdadero amor y quien me ha entregado el regalo más grande y hermoso del mundo, el regalo que ya crece dentro de mí —pronunció con una sonrisa que iluminaba su mirada cristalizada por las lágrimas.

—¿Allison...? —Clive se quedó sin voz y no pudo terminar la pregunta que se reflejaba en su mirada.

—¡Sí, estamos esperando un bebé, señor Rutherford! —respondió asintiendo con su cabeza y dejando que las lágrimas la desbordaran.

—¡Dios mío! ¡Ally, mi amor! —expresó rebosante de felicidad y la envolvió entre sus brazos, elevándola del suelo para besarla con devoción y entusiasmo mientras daban vueltas. De repente se detuvo porque no quería provocarle náuseas, sabía que eran muy comunes en las mujeres embarazadas—. ¿Estás segura? ¿Desde cuándo lo sabes? —cuestionó algo ansioso.

—Mi doctora de confianza me lo confirmó hace un par de días, me moría por decírtelo, pero quise esperar para dártelo como mi regalo de bodas —respondió rozándole los labios.

—Ha sido el mejor regalo sin duda alguna... ¡Por Dios! ¡Creo que estoy soñando! Esto es increíble —exclamó, llorando libremente.

—Yo también me siento dentro de un sueño..., pero es real, es nuestra realidad, mi amor —pronunció ahogándose en sus ojos azules colmados en lágrimas—. Sé que habíamos acordado esperar y que tú nos estabas cuidando, pero sucedió y la verdad es que estoy feliz.

—Ningún método es totalmente eficaz, y si lo hice no fue porque no quisiera un bebé contigo, sino porque no quería que las personas te juzgaran si te embarazabas antes de casarnos. Sin embargo, ya nada de eso importa porque nuestro hijo llega en el momento perfecto —Se acercó a ella para darle un beso.

Allison se sentía tan feliz ante la reacción que tuvo su esposo que comenzó a llorar de emoción aferrada a él, sentía que por fin se liberaba de aquel recuerdo amargo cuando llena de ilusión le confesó a Harry que estaba embarazada y por eso la maltrató y la humilló. En ese momento estaba recibiendo la muestra de amor y apoyo que toda mujer esperaba recibir cuando le decía al hombre de su vida que lo haría padre, y desde el fondo de su corazón le agradecía a Dios por haber hecho que Clive y ella se conociera y se enamoraran.

Capítulo 32

Eran casi las cinco de la tarde y el personal del teatro se movía de un lugar a otro detrás de bambalinas, ultimando detalles para que la puesta en escena de *La bella durmiente* ballet que presentarían esa tarde, fuese impecable. Las niñas estaban en un salón que había preparado Fransheska para mantenerlas concentradas antes del acto, sabía que la clave para que tuviesen un buen desempeño era alejarlas de todo el ajetreo que implicaba montar el escenario, ya que eso podía distraerlas o en el peor de los casos aumentar sus nervios.

Había logrado convencer a las hermanas para que permitieran que permitieran la participación de algunos chicos, porque sus alumnas por más que se esforzaron no pudieron capturar la esencia que los personajes masculinos que necesitaban. La tarea de encontrar a quienes quisieran participar no fue fácil, pero no desistió en su empeño y consiguió a cinco jóvenes, entre ellos Matías, quien al ser el novio de Martha obtuvo el papel del príncipe Désiré, pues ella sería Aurora.

—Sigán repasando sus rutinas, enseguida regreso... y no se pongan nerviosos, todo saldrá perfecto —mencionó Fransheska mirando a los jóvenes, ya que eran a quienes veía más llenos de dudas.

—Como usted diga, profesora Di Carlo —respondieron al unísono, había aprendido mucha disciplina en esas dos semanas.

Ella asintió sonriéndoles y salió para dirigirse al escenario, también se sentía nerviosa y llena de expectativas porque era la primera vez que participaba de una puesta en escena como directora y no como bailarina. Se paró detrás del pesado telón y lo corrió un poco para ver a quienes habían asistido, la emocionó descubrir que el teatro estaba con un lleno total y algunas de las familias más distinguidas de Florencia se encontraban allí, eso la animó muchísimo porque la obra estaba destinada a recaudar fondos para el orfanato.

—Señorita Di Carlo. —La llamó la madre superiora.

—¿Sí? Dígame, hermana Lucrezia —respondió mirándola.

—Ya estamos por comenzar. Yo iniciaré dando unas palabras y después saldrán las alumnas junto a los jóvenes, como lo ensayamos.

—Perfecto, entonces iré a buscarlos. —Salió de prisa al salón.

En cuanto entró los chicos se enfocaron en ella, expectantes, les sonrió para hacer que se relajaran y luego les pidió que se acercaran para hacer una oración. Llegaron hasta ella haciendo un círculo y se tomaron de las manos, cerraron los ojos y alzaron una plegaria para que la obra fuese un éxito.

Después de eso, Fransheska caminó hasta cada una de las chicas para darle un abrazo y desearles suerte, hizo lo mismo con los chicos para llenarlos de confianza. Salieron hacia el escenario y ocuparon sus posiciones detrás del telón siguiendo las indicaciones de su profesora, quien después se acercó al director musical y le indicó que diera inicio a la pieza que servía como abertura del primer acto.

Las luces se elevaron y la música envolvió tanto a los asistentes como los danzantes quienes desde el primer acto comenzaron a desbordar gracia, elegancia, belleza y sincronía; tanto las chicas como los muchachos lucían esplendorosos sobre las tablas. Fransheska no podía más que

sentirse orgullosa y feliz por el trabajo realizado; no obstante, la nostalgia se apoderó de ella porque sabía que nunca estaría en el lugar de sus alumnas, no volvería a pararse sobre el escenario y demostrar esa magia que se apoderaba de su cuerpo cuando la música se apoderaba de ella y la elevaba.

Dos horas después la obra llegaba a su final y el telón caía, enseguida el público se puso de pie para ovacionarlas en medio de entusiastas aplausos y vítores. Fransheska les hizo una seña para que salieran de nuevo al escenario y recibieran el reconocimiento de los presentes, al tiempo que ella misma las aplaudía desde bambalinas.

—Profesora, venga, usted también se merece este aplauso —dijo Helena haciéndole un ademán.

—Sí, profesora... usted fue quien lo hizo posible, venga con nosotras —pidió Martha, mostrando una gran sonrisa.

—No, esto es de ustedes... yo solo las preparé, pero no estuve en escena, la actuación fue de ustedes y merecen todo el crédito. —Ella se negó, no sabía si a su padre le parecía bien que saliera al escenario, su acuerdo había sido claro, sería la profesora, pero no bailarían.

—¡Por favor, profesora! Todos saben que sin usted esto no hubiese sido posible, así que vamos al escenario. —Clara miró a sus amigas y entre las tres llevaron casi arrastra a su profesora con ellas.

Fransheska accedió a lo que le pedían y subió al escenario mostrándose algo insegura, pero al ver a su familia aplaudiendo con verdadera emoción no pudo seguir conteniendo sus lágrimas y las dejó correr, mientras les sonreía para agradecerles su apoyo. Se tomó de las manos con sus alumnas y los muchachos para hacerles una reverencia al público, agradeciéndoles por los aplausos, después el telón se cerró y todos bajaron para ir a los vestuarios.

La familia Ferreti había organizado una pequeña fiesta para celebrar el éxito de la pieza, lo hicieron en su nuevo restaurante que contaba con un salón de baile, así que las chicas corrían de un lugar a otro para cambiarse. Fransheska salió primero, pero fue retenida en el pasillo por los padres de sus alumnas, que se acercaron para darle muestras de admiración y agradecimiento por la labor que había hecho.

Ella les agradecía por todas sus atenciones cuando vio que su familia se acercaba, el primero en llegar fue Fabrizio, quien de manera muy espontánea solicitó el permiso de los presentes y se la robó para darle un fuerte abrazo, levantándola como si fuese una niña. Fransheska reía divertida ante las ocurrencias de su hermano; su madre también comenzó a besar sus mejillas mientras la abrazaba, su padre también la felicitó y aunque su entusiasmo no era tan evidente, ella sabía que sus palabras eran sinceras y eso valía muchísimo.

Fiorella y Luciano caminaron para saludar a las demás familias, mientras Fabrizio se acercó hasta las alumnas de su hermana para felicitarlas personalmente por su extraordinario desempeño. Él sentía que las conocía a todas pues Fransheska siempre les hablaba de cada una, eran como esas hermanas pequeñas que toda chica desea tener para compartirles su conocimiento.

—Ha sido un espectáculo maravilloso, señoritas y ustedes también se lucieron, caballeros —mencionó captando la atención del grupo.

—Muchas gracias —dijeron ellas al unísono.

—Es muy amable de su parte, señor Di Carlo —expresó Martha con una sonrisa que mostraba su emoción al ver que sus compañeras se habían quedado en silencio solo mirando embelesadas al hermano de su profesora—. Gracias por haber venido a vernos.

—No tienen que agradecer... Martha, ¿no es así? —preguntó intuyendo de quien se trataba, por la descripción física que le había dado su hermana de cada una de las chicas.

—Sí, señor... Martha Ferreti —contestó, extendiéndole la mano.

—Un placer Martha, pero por favor no me digas señor... Fransheska me ha contado tanto de ustedes, que siento que las conozco a todas desde hace mucho. —Le dedicó una sonrisa maravillosa—. Llámame Fabrizio —agregó y extendió la mano a ella para luego hacerlo con el resto del grupo.

Fransheska observaba la escena con una sonrisa, mientras escuchaba a un grupo de mujeres que comentaban algunos eventos de poco interés para ella. Se mantenía allí para no ser descortés pero lo último que le llamaba la atención enterarse de los más sonados chismes de Florencia.

—Buenas tardes, señorita Di Carlo, permítame felicitarla por tan maravilloso trabajo —expresó Enzo mientras le sonreía.

—Buenas tardes... —Ella no lo reconoció y se sorprendió cuando le ofreció un ramo de rosas amarillas que traía en las manos

—Disculpe mi osadía, pero quisiera hacerle entrega de este presente como muestra de mi admiración —explicó al ver que ella lo miraba con desconcierto y le sonrió para animarla a recibirlo.

—Muchas gracias, señor... —Se detuvo sintiéndose avergonzada pues no recordaba su nombre. De pronto lo hizo—. Martoglio, ¿verdad? —inquirió, recibiendo las rosas.

—Así es, señorita, que alegría que por lo menos recuerde mi nombre, dado que solo nos hemos visto una vez.

—Muchas gracias por las rosas, están hermosas —pronunció de manera cortes, porque lo recordó mejor y también que había decidido no prestarle atención a sus juegos de Casanova. Vio que su madre se acercaba y supo que sería su salvadora—. Permítame presentarle a mi madre —agregó, haciendo un ademán hacia ella.

—Por supuesto, es un placer, señora Di Carlo, Enzo Martoglio para servirle —mencionó con una sonrisa que iluminaba sus ojos.

—Encantada, señor Martoglio, Fiorella Di Carlo —respondió, recibiendo la mano que el hombre le extendía, él la tomó y le dio un suave beso en el dorso mientras la miraba a los ojos.

—Ya veo de donde heredó su belleza la señorita Fransheska —expresó de manera galante.

—Es usted muy amable... —Fue todo lo que logró decir porque su esposo llegó hasta ellas, interrumpiéndola.

—Disculpen, Fiorella, hija... creo que es hora de marcharnos a la recepción de los Ferreti. —Observó con disimulo al extraño.

—Sí, papá... Voy por Fabrizio y los alcanzo en el auto —respondió Fransheska sintiéndose aliviada de escapar de esa situación—. Muchas gracias por las rosas, señor Martoglio.

—No tiene nada que agradecer, usted se merece esto y mucho más, señorita Di Carlo —mencionó, mirándola con intensidad.

—Que tenga buena noche. —Se limitó a decir y escapó de la mirada de ese hombre que la hacía sentir incómoda.

—Señor Di Carlo, permítame presentarme, soy Enzo Martoglio. —Se volvió para mirar al padre de la chica, al tiempo que le extendía su mano y le dedicaba una sonrisa.

—Un placer, señor Martoglio, Luciano Di Carlo —respondió sintiéndose un tanto sorprendido ante esa actitud del caballero—. ¿Es usted nuevo en Florencia? No lo había visto antes —preguntó mirándolo a los ojos con seriedad, algo en él no le agradaba.

—Así es, soy del Piamonte y llegué hace apenas unas semanas, pero pienso establecerme aquí en Florencia por un tiempo, por negocios —contestó con naturalidad.

—Entiendo, bueno tal vez tengamos la oportunidad de coincidir de nuevo, ahora si nos

disculpa tenemos otro compromiso que atender, ha sido un placer —mencionó para finalizar la conversación.

—El placer ha sido todo mío señor, Di Carlo, señora. —Los despidió con una sonrisa.

Enzo los siguió con la mirada hasta que desaparecieron por la puerta del teatro, pero algo lo impulsó a salir detrás de ellos y los vio abordando un elegante auto negro. Dentro ya estaba la mujer que se había apoderado de sus pensamientos, y al volante se encontraba un hombre joven de cabello castaño y ojos claros.

La sonrisa que este le dedicó a la chica hizo que sus entrañas se revolvieran, de inmediato asumió que quizá se trataba de algún pretendiente por la forma en como ella le respondió. Sin embargo, eso no lo desalentó en su meta de conquistarla; después de todo, no sería la primera vez que le robaba la novia a otro hombre, mostró una sonrisa y caminó hasta su propio auto para marcharse.

Deborah revisaba por quinta vez la lista de invitados que asistirían al cumpleaños de su hijo, había decidido organizar una fiesta para disipar los rumores que comenzaban a correr en torno a su familia; sobre todo por el confinamiento en el que vivía Elisa. Su hija casi se había convertido en una ermitaña, contadas veces asistía a reuniones sociales o aceptaba sus invitaciones para salir a comer, ni se animaba a hacer alguna celebración en su hogar, lo que era una verdadera lástima porque la mansión Wells era la más grande y lujosa de todo Chicago.

Levantó la vista de la hoja sobre el escritorio y la posó en el teléfono, sintiéndose tentada a llamarla para pedirle que le ayudase con los preparativos para el cumpleaños de Daniel. No era que lo necesitase ya que podía encargarse sola de todo, pero necesitaba que ella dejara de lado esa actitud obstinada y volviera a ser la chica encantadora que era; marcó y atendieron de inmediato.

—Buenas tardes, mansión de la familia Wells —respondió André.

—Buenas tardes, soy Deborah Lerman y quisiera hablar con mi hija. —Le ordenó al mayordomo.

—Por supuesto, señora, permítame un momento, por favor. —Él dejó el auricular con cuidado y caminó hacia la terraza—. Disculpe que la moleste, señora Elisa, pero tiene una llamada de su madre —informó y pudo ver la actitud de fastidio en la joven.

—¿Le dijo que me encontraba en casa? —inquirió, pensando que a lo mejor podía escapar de esa llamada.

—Le pedí esperar en la línea —respondió, esperando una reprimenda por parte de la caprichosa muchacha—. Si desea le puedo decir que usted está tomando la siesta y que llame después.

—No... es mejor que la atienda ahora —mencionó, consciente de que, si no lo hacía, seguramente su madre era capaz de presentarse allí con alguno de sus dramas—. Dennis, iré a dentro, cuida que Frederick no tome mucho sol. —Le ordenó a la niñera de su hijo.

Luego de eso caminó hacia la casa mientras se llenaba de paciencia porque con su madre siempre la necesitaba; solo esperaba que esa llamada no fuese para hacerle algún reproche porque no estaba de humor. André la seguía de cerca a lo mejor por si ella decidía cambiar de parecer y se negaba a recibir la llamada de su madre, pero al llegar al teléfono se alejó con disimulo; ella respiró profundo, cerró los párpados y agarró el auricular para llevárselo a la oreja.

—Buenas tardes, madre —esbozó con parquedad.

—Buenas tardes, querida ¿cómo estás? —preguntó dándole a su voz un sentimiento de ternura que casi nunca usaba.

—Me encuentro bien, gracias ¿usted y mi padre cómo están? —inquirió sin dejarse engañar por esa aparente cordialidad.

—Perfectamente, querida, como siempre. Te llamo porque estoy preparándole una fiesta a Daniel para su cumpleaños...

—¿Daniel viene a Chicago? —preguntó sorprendida.

—Sí, le hice prometerme que vendría para compartir juntos, hace mucho que no lo vemos y por eso quise organizarle una fiesta, sé que pondrá feliz... Y quisiera que nos viéramos para que ayudes con los preparativos, podemos almorzar en Bellemore, me comentaron que tienen un nuevo platillo que es una delicia.

—Madre... —Ella suspiró—, sabes bien que no me gusta...

—Elisa, de verdad que no entiendo esa manía que te dio ahora por estar todo el tiempo encerrada en tu casa. Además, te estoy hablando del cumpleaños de tu hermano ¿acaso no te importa? ¿No lo harías ni siquiera por él? —preguntó indignada.

—Me importa y mucho, eso lo sabes bien..., pero si le soy sincera no creo que Daniel se sienta a gusto con su idea, mi hermano ha cambiado mucho, madre, si antes no le agradaba ser el centro de atención dudo que le guste ahora. —Le recordó, ya que parecía que ella no conocía ni a su propio hijo.

—Está bien, si no quieres ayudarme, no lo hagas... Cada vez me queda más claro cuánto te importamos. No entiendo por qué te has vuelto una mujer tan amargada y egoísta, tienes mucho más de lo que cualquiera puede soñar y aun así parece que nada te satisface. —Le reprochó Deborah estrangulando su voz para fingir que esa actitud de su hija la lastimaba, quizá así la convencía de aceptar.

—Si vamos a hablar de actitudes egoístas sin duda usted tendría el primer lugar en esta lucha, así que ni crea que va a convencerme con su drama mal actuado.

—¡Elisa! ¿Cómo te atreves? —inquirió realmente asombrada—. Recuerda que soy tu madre y merezco respeto.

—Ahora si me disculpa, tengo cosas que atender y no pudo seguir atendiéndola. ¡Ah! Y no se preocupe porque el día que mi hermano llegue iré a verlo y celebraré junto con él su cumpleaños, no necesito hacerle una fiesta para aparentar delante de toda la ciudad que somos la familia perfecta. Que tenga buenas tardes.

—¡Elisa! —Deborah parpadeaba sin poder creer que ella le hablase de esa manera—. ¡Elisa! ¡Niña estúpida! —expresó al darse cuenta que le había colgado dejándola con la palabra en la boca.

Estrelló el auricular con rabia y se puso de pie para drenar la molestia que sentía correr por sus venas, caminó hacia el ventanal para intentar calmarse, pues una dama nunca debía perder la compostura, ni siquiera estando sola. Sentía que perdía el control sobre su familia, ya sus hijos no la respetaban y su marido; lo mejor era que ni siquiera pensara en él, porque iba a terminar con los nervios destrozados.

John había llegado hacía un par de días de Nueva York y ni siquiera le había insinuado su deseo de estar con ella, después de haber pasado casi un mes fuera de la casa, se suponía que debía regresar con deseos de tener intimidad. No era tan ilusa como para no saber que su esposo saciaba su necesidad de hombre con otras mujeres cuando estaba lejos, pero esta vez había algo distinto, podía intuirlo y eso, lo quisiera o no, la preocupaba.

Horas después, cuando terminaron de cenar, él se retiró a su despacho para tomar un trago de brandy y fumar un puro como acostumbraba, mientras ella subió a su habitación a prepararse para dormir. Ya no podía soportar más esa situación, tenía que hacer algo, así que decidió darse un

baño con esencias aromáticas y luego buscó entre sus camisonos el más sugerente, se lo puso observando su reflejo en el espejo, aún era una mujer atractiva.

—¿Aún estás despierta? —preguntó John al entrar y verla sentada en el tocador, mientras se cepillaba la larga melena rojiza.

—Sí, te estaba esperando —respondió, dedicándole una mirada sugerente a través del espejo. Se puso de pie acercándose a él.

—Voy a darme un baño —mencionó, alejándose.

—Lo haces después —dijo y comenzó a quitarle la ropa.

—Deborah... tuve un día muy pesado. —Se excusó dejando caer un beso en su frente y le dio la espalda para caminar hacia el baño.

—¿Tanto como para no intimar con tu esposa? ¿O es que acaso está sucediendo algo? —preguntó dejándose de rodeos.

—No digas tonterías, no está pasando nada —dijo sin mirarla.

—Entonces ven y demuéstremelo —exigió.

John tensó la mandíbula y la miró con fiereza porque odiaba que ella intentara imponérsele, pero el reto en su mirada le demandaba una respuesta, así que acortó la distancia entre ambos y la sujetó por la cintura para pegarla a su cuerpo. Luego se apoderó de sus labios con rudeza y aunque la sintió tensarse no cesó en sus avances; por el contrario, hizo que sus manos la recorrieran con descaro, tocándola de una manera que quizá ella le reprocharía después.

Deborah sabía que su marido poseía una naturaleza apasionada, pero podía sentir que en ese momento no era el ardor lo que lo llevaba actuar así, sino su deseo de hacerle creer que no estaba sucediendo nada con él. Jadeó al sentir cómo la tumbaba sobre la cama, apenas tuvo tiempo de parpadear cuando lo sintió posarse sobre ella y alzarle el camisón, para luego separarle las piernas con poca delicadeza mientras maniobraba con su ropa.

Ella no encontraba su voz para reclamarle lo que estaba haciendo porque no era una mujerzuela a la que pudiera tratar de esa manera, intentó empujarlo con sus manos, pero en ese instante sintió que entraba en ella con un empujón brusco y seco que lo llevó a lo más profundo, haciéndola arquearse. Después de eso lo único que hizo fue empujar y empujar mientras bramaba como una bestia enfurecida, y todo lo que ella hizo fue quedarse inmóvil, dejándolo hacer lo que quería, mientras ella se llenaba de rabia, dolor y frustración.

—Espero... que esto te haya dejado satisfecha —murmuró en el cuello cubierto de sudor de su esposa, luego de derramarse en ella. Se dejó caer de espaldas sobre la cama y posó su mirada en el techo.

Deborah no le respondió y ni siquiera lo miró, solo se volvió dándole la espalda, lo que lo hizo sentir como un miserable porque no debió tratarla de esa manera, a pesar de que ya no amaba y que otra mujer ahora ocupaba su corazón, ella seguía siendo su esposa, merecía consideración y respeto. Extendió su mano e intentó tocarla para pedirle disculpas, pero ella solo le rehuyó y apagó la luz de su lámpara de noche, él se puso de pie para encaminarse al baño dejando que esa brecha entre los dos se hiciera más grande.

Los rayos del sol de la tarde se colaban a través del amplio ventanal, sacando hermosos destellos a sus ojos ámbar mientras su mirada se perdía en las partículas de polvo que danzaban llevadas por la casi imperceptible corriente de aire que entraba por alguna rendija. Físicamente estaba allí, pero sus pensamientos andaban muy lejos, sentía que su corazón, por alguna extraña razón, no había reaccionado de la manera como esperaba tras recibir la noticia de que Victoria había regresado, el sentimiento que lo embargaba era distinto; un golpe en la puerta lo trajo de

vuelta a su realidad.

—Adelante —ordenó, sin volverse a mirar de quien se trataba.

—Te traje el informe quincenal de los activos, para que lo revises antes de preparar el balance —dijo Vanessa, entrando al lugar.

—Gracias, puedes dejarlo sobre el escritorio, lo revisaré esta noche y te lo entrego mañana —contestó, dándole apenas un vistazo.

Ya llevaban varios días en esa situación, para ser más exactos desde aquella noche en la que él había ido a su departamento y ella le había cerrado la puerta en las narices. Su actitud había cambiado mucho después de eso, estaba más distante, frío y apático; la verdad no sabía si agradecerle o reprochárselo; en todo caso, lo más correcto es que fuese lo segundo.

Ambos debían mantener la distancia si querían seguir trabajando en un ambiente libre de tensión, pero no podía evitar que su actitud la hiciese sentirse mal. La verdad era que lo extrañaba muchísimo, le dolía todo eso; no obstante, sabía que era lo mejor, estaba a punto de salir de la oficina cuando se volvió para mirarlo.

—¿Sucede algo? —preguntó al notar lo tan meditabundo, pero de inmediato se mordió el labio inferior y alejó su mirada de él.

Daniel se volvió al fin, su mirada se mostraba perdida; era como si la mirase y al mismo tiempo como si no. Además, su expresión era inusualmente seria y ella se arrepintió por haber actuado de esa manera, debió haberse mostrando tan indiferente como él.

—Viajaré dentro de dos semanas a Chicago, le prometí a mi madre que pasaría mi cumpleaños con ella, mi padre y Elisa —contestó, luego se puso de pie y caminó hasta el escritorio, agarró la carpeta que acababa de traerle Vanessa y regresó hasta el sillón para adoptar la misma posición de antes—. Dejaré todo listo antes de marcharme.

Ella se quedó en silencio porque su garganta se inundó en llanto y no sabía cómo responder a eso, un segundo después el dolor se apoderaba de su pecho haciendo que el aire se atascara en sus pulmones. Se obligó a respirar profundo para pasar esa horrible sensación, y luchó por no derramar una sola lágrima de las que ya colmaban su mirada porque sabía a quién vería en Chicago, acababa de escucharle al señor Whitman decir que los herederos habían regresado de su viaje por Europa.

—Bien. Si no necesitas nada más me gustaría retirarme. —Luchó para que su voz no revelase la tormenta que se desataba en su interior.

—No, todo está bien... muchas gracias, ya puedes marcharte, que descanses —respondió sin siquiera volverse a mirarla. Él también sentía que las emociones lo sometían a esa lucha eterna entre su razón y su corazón, pero no deseaba complicar aún más las cosas.

—Hasta mañana... descansa tú también —pronunció, sintiendo que estaba a punto de ponerse a llorar y que debía escapar de allí.

Caminó de prisa llevándose una mano a los labios para ahogar sus sollozos, mientras apretaba con fuerza los párpados para contener sus lágrimas. Llevó una mano a la perrilla, pero antes de girarla se volvió para mirarlo, él una vez más se perdía en sus pensamientos, seguramente en unos que tenía como protagonista a Victoria Anderson. El dolor en su pecho aumentó tanto que la hizo boquear como un pez fuera del agua, porque justo en ese momento se dio cuenta que, si alguna vez tuvo una oportunidad con él, acababa de perderla para siempre y que quizá todo había sido su culpa.

Daniel escuchó la puerta cerrarse al tiempo que un par de lágrimas rodaban por sus mejillas, una vez más su mirada se perdía en los rayos dorados de la tarde que entraban por el ventanal mientras soltaba un suspiro pesado. Cerró los ojos reprochándose haber sido un cobarde como

siempre, debió retenerla y decirle que el regreso de Victoria no cambiaba nada de lo que sentía por ella.

«¿Y eso es cierto, Daniel? ¿Puedes asegurarle a Vanessa, que cuando veas a Victoria de nuevo, no vas a caer rendido ante ella?».

Se llevó las manos a la cabeza sintiéndose desesperado ante esa disyuntiva que la vida ponía de nuevo frente a él como si no tuviera suficiente con la situación que ya vivía.

¿Por qué todo tiene que ser tan complicado? ¿Hasta dónde llegaremos con esta situación que cada día nos aleja más?».

Se preguntó en pensamientos llevándose una mano al rostro para secar sus lágrimas, se vio tentado a ir hasta el apartamento de Vanessa y pedirle que hablaran de una vez por todas, necesitaban hacerlo. Sin embargo, las dudas todavía lo torturaban y mientras no aclarase lo que sentía era injusto que le hiciera promesas, pues a lo mejor no podría cumplirlas más adelante y ella no se merecía algo así.

Capítulo 33

Fabrizio estaba más inquieto por los episodios que sufría y que se habían vuelto muy frecuentes, noches atrás comenzó a soñar con sucesos que no recordaba haber vivido recientemente. En un principio pensó que a lo mejor eran remembranzas de la guerra, pero cuando trajo una vez más a su mente el sueño de la noche anterior, descubrió que no estaba en una tienda de campaña sino en un cuartucho maloliente, con las paredes machadas por la humedad, una vieja chimenea que apenas si funcionaba y él estaba tendido en una cama cuyo colchón se hundían bajo el peso de su cuerpo, arropado de pies a cabeza mientras temblaba a causa de la espantosa fiebre que lo poseía.

Sin embargo, lo más impresionante no había sido eso, sino quien apareció en ese lugar para rescatarlo y lo llamó *hijo*, aunque no era la voz de su padre sino la de alguien más. Lo más frustrante de todo eso fue que no consiguió verle el rostro, una vez más su imagen era difusa impidiéndole poder identificarlo, y por mucho que se esforzaba en asociar ese episodio a alguno que le hubiese contado su familia, no lograba hacerlo, era como si su mente se empeñara en bloquearlo.

—Puedo jurar que ese lugar era Londres... no he visto un puente igual aquí en Italia... —murmuró al recordar que en algún momento miró a través de la pequeña ventana de esa habitación y vio un puente de hierro pintado de un tono verde musgo—. No entiendo ¿qué hacía yo en un sitio así? Era... era como un edificio de los barrios bajos de Londres, pero se supone que siempre estuve en el colegio Trinidad de Juan Whitgift, hasta el día que decidí enlistarme en el ejército... Al menos, eso fue lo que me contó mi familia... —agregó y su ceño se frunció profundamente, porque cada vez entendía menos.

Se dejó caer hacia tras en su asiento y cerró los ojos al tiempo que se masajeaba las sienes con movimientos circulares de sus dedos, para aliviar el dolor de cabeza que había estado torturándolo desde que despertó de ese sueño. Dejó escapar un suspiro de sus labios, que temblaron al sentir las lágrimas alojarse en su garganta mientras luchaba contra la impotencia y la frustración

»Y ese hombre... ¿Quién demonios era ese hombre? ¿Por qué me llamó *hijo*? —cuestionó, abriendo sus párpados y buscó con la mirada la foto de sus padres que estaba en la repisa a su derecha.

Fijó la vista en Luciano quien le mostraba una sonrisa, pero su mirada no parecía feliz; por el contrario, parecía intentar esconder una gran tristeza, como si llevase un peso en su alma. No pudo mantener su mirada por más tiempo en la fotografía porque entre más lo hacía más aumentaba su temor, ese que le gritaba desde lo más profundo de su cabeza, que la vida que estaba viviendo no era realmente la suya.

Una lágrima rodó por su mejilla y él la limpió con rapidez, no ganaba nada con ponerse a llorar y deprimirse como antes, debía comenzar a actuar. En ese momento un golpe en la puerta lo hizo volverse para mirar y en silencio la observó, su mente seguía envuelta como en una especie de neblina que le impedía diferenciar la realidad de las quimeras; de pronto reaccionó al escuchar que daban un segundo toque.

—Adelante —ordenó y fingió leer unos papeles.

—Disculpe que lo moleste, señor Fabrizio... pero necesito que firme estas órdenes para el despacho que será enviado a Francia —explicó Carlota, extendiéndole una carpeta.

—Perdona, lo había olvidado. —Agarró su estilográfica para firmarlos, pero antes le echó un vistazo a las ordenes—. ¿El convenio del subsidio para el costo de la Atropina está aquí? —preguntó, pasando las hojas porque no la veía.

—Lo encontrará al final, se mantuvo intacto tal como usted y su padre lo solicitaron —contestó, sabía que él lo preguntaría.

—Bien, debemos dejarle claro al proveedor que no le cobrará de más ni dejará sin su medicamento a esas personas, para ello nosotros asumimos el cincuenta por ciento del costo de producción y envío —sentenció mientras estampaba su firma en las hojas.

—Tengo algunas amigas en varios hospitales y farmacias de Francia, así que no se preocupe por ello, me aseguraré de que el proveedor cumpla con lo que acordaron —mencionó Carlota, quien sabía que muchos hacían de la salud un negocio.

—Muchas gracias, Carlota. —Le dedicó una sonrisa y la vio salir.

Luego de eso se obligó a concentrarse en sus ocupaciones, pero sus pensamientos divagaban de un lado a otro impidiéndole redactar el informe mensual de la mercancía que había entrado y la que había salido. Suspiró con cansancio y se puso de pie para mirar por la ventana, una vez más se sentía atrapado en ese espacio al que sentía que no pertenecía, tal vez Fransheska tenía razón y debería retomar su idea de estudiar leyes, a lo mejor si lo hacía podría recuperar esa pasión que parecía haber perdido en la guerra.

En vista de que la puesta en escena había sido todo un éxito, Fransheska decidió darles una semana de vacaciones a sus alumnas; por supuesto, eso era un alivio para las chicas. Sin embargo, para ella no resultaba de la misma manera porque al no tener nada en lo que ocuparse, comenzaba a llenar su cabeza de recuerdos que la alegraban pero que también acababan acongojándola.

La última carta que recibió de Brandon fue la que le envió un día antes de embarcar hacia América, por lo que todos los días se despertaba con la ilusión de recibir alguna de su parte. La espera a veces le resultaba insoportable, así que, para no caer en un estado de desesperación y tristeza, decidió ir hasta Florencia y pasar la tarde en el teatro pues nada en el mundo le ayudaba más a relajarse que bailar.

Escuchó las campanas de la iglesia dar las cinco de la tarde, por lo que se puso de pie rápidamente para ir a cambiarse, había quedado con Fabrizio de que pasaría a buscarla cuando saliese de la oficina. Salió del teatro y comenzó a caminar por la vía de la pérgola, porque era la que siempre tomaba su hermano; de pronto vio que alguien se interponía en su camino.

—Señorita Di Carlo... ¡qué alegría coincidir con usted de nuevo! —mencionó Enzo, con una sonrisa y le extendió la mano.

—Señor Martoglio... Qué casualidad ¿cómo ha estado? —Lo saludó con un tono cortés, mirándolo a los ojos.

—Muy bien, gracias —contestó, sujetándole la mano para llevársela a los labios y besarla mientras la miraba con anhelo de besar mucho más—. Aunque ahora que la veo puedo jurar que mi día ha mejorado extraordinariamente —agregó con una sonrisa que iluminaba sus ojos de un intenso verde oliva.

—Es usted muy galante, señor Martoglio —acotó Fransheska con una sonrisa algo forzada y retiró su mano del agarre.

—Es la más justa verdad, usted es tan hermosa como el sol, puede iluminar con su presencia el

día más gris, así como acaba de hacerlo conmigo en este instante —pronunció, mirándola a los ojos, pudo notar que ella se tensaba un poco, lo que lo desconcertó, ya que por lo general las mujeres bajaban sus defensas al escuchar halagos, ignoró esa reacción y prosiguió—: tal vez sienta que soy un hombre muy directo, mi bella dama, pero si existe algo que puede tener por seguro, es que le soy totalmente sincero cuando le digo que es usted la mujer más hermosa que he visto en mi vida —sentenció mostrando una sonrisa deslumbrante, de esas que provocaban suspiros.

—Señor Martoglio, yo... no sé qué decirle, más que me siento halagada por sus palabras, pero... —Fransheska estaba acostumbrada a recibir cumplidos; sin embargo, la actitud de él la abrumaba.

—Llámeme Enzo, por favor —pidió con voz suave. Ella se quedó en silencio y él continuó—: señorita Di Carlo, sé que tal vez no crea en mis palabras porque apenas nos conocemos, pero me gustaría demostrarle que mi admiración por usted es sincera y que mis intenciones son honestas... y si fuese tan amable de aceptarme una invitación para tomar un café, me haría muy feliz.

—Lo lamento, pero en este momento no lo creo posible, señor Martoglio —respondió, obviando su petición de que lo tutelara.

—Comprendo... —murmuró, debía ir despacio porque ella era distinta a las demás mujeres que había conocido, eso era lo que la hacía especial—. Es una lástima, me hubiese encantado charlar con usted y conocernos mejor. Tal vez en otra ocasión. ¿Qué le parece? —inquirió de nuevo con una mirada de súplica.

—Es posible —respondió solo para eludir esa situación—. Ahora si me disculpa debo marcharme... —Intentó avanzar, pero él la sujetó por el codo y su tacto la hizo estremecer, pero no en un buen sentido, sino todo lo contrario, así que lo miró exigiéndole que la soltara.

—¿Se dirigía a algún lugar en especial? —preguntó y la liberó al notar en ella cierta incomodidad—. Puedo llevarla si lo desea.

—No se preocupe, no es necesario. —Su mirada captó el auto de su hermano y de inmediato sintió un enorme alivio cuando lo vio estacionarse al otro lado de la calle—. Estaba esperando a alguien, pero ya está aquí —agregó, sin siquiera mirar a Enzo.

Fabrizio bajó del auto y su mirada enseguida recorrió de pies a cabeza al hombre junto a su hermana, un sentimiento de rechazo se instaló en su ser y avanzó con paso decidido para alejarlo de ella. Fransheska le hizo un gesto que él identificó de inmediato, por lo que moderó su actitud y dejó que fuese ella quien controlase esa situación, pero no le quitó la mirada de encima al hombre ni un solo segundo.

—Fue grato verlo de nuevo, señor Martoglio —mencionó para despedirse y esquivó su intención de tomarle la mano.

—El placer fue todo mío, señorita Di Carlo —dijo, volviéndose para mirarla y sus ojos captaron al otro lado de la calle al hombre con quien la vio salir del teatro. Sus miradas chocaron y percibió cierta dureza en la del otro, por lo que él se la mantuvo con actitud retadora.

—¿Quién es ese hombre, Fransheska? —Le preguntó Fabrizio a su hermana en cuanto ella se encontró con él.

—En el auto te cuento, Fabri... ahora vámonos —contestó para tranquilizarlo mientras le tomaba la mano, por alguna extraña razón necesitaba ese gesto de unión con él.

Fabrizio asintió y le abrió la portezuela, luego caminó hasta el puesto del piloto y subió, todo sin dejar de mirar al hombre al otro lado de la calle. Su hermana miraba en otra dirección, pero cuando él puso el auto en marcha sus miradas se encontraron y ella le dedicó una sonrisa dejando de lado la tensión que sintió segundos atrás.

—Ahora sí, dime ¿quién era ese hombre? —inquirió de nuevo, cuando se detuvieron en una intersección.

—Apenas lo conozco, se llama Enzo Martoglio, al parecer acaba de llegar a Florencia... Hemos coincidido por casualidad un par de veces, nada más... y fue él mismo que me regaló las flores el día de la presentación —respondió sin darle mucha importancia.

—No me gusta para nada —mencionó con el ceño fruncido.

—A mí tampoco... no es mi tipo. —Ella bromeó. Aunque debía reconocer que era un hombre atractivo, no le llamaba la atención.

—Hablo de su actitud, Fransheska Di Carlo —pronunció con seriedad, pero al ver que ella se encogía como solía hacer cuando su padre la regañaba, se relajó un poco para no hacerla sentir mal o culpable—. Además, se supone que el único hombre que debe resultarte atractivo es tu novio —agregó, mirándola de reojo.

—En eso tienes toda la razón, no existe en el mundo un hombre más guapo que Brandon, él es sencillamente perfecto —esbozó, sintiéndose divertida al ver que su hermano fruncía el ceño en un claro gesto de celos—. Bueno... tú también eres muy guapo y de seguro no hay en el mundo un hombre más perfecto que tú para Victoria —acotó con una hermosa sonrisa, al ver que él también esbozaba una se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Eso espero —mencionó sonriendo, pero se tornó serio de nuevo—. ¿Qué te decía? —inquirió, mirándola de soslayo.

—Nada en especial... uno más que quiere jugar al casanova, pero ya sabes que conmigo pierden su tiempo.

Él seguía serio y ella de inmediato supo que allí estaba el hermano celoso y protector de regreso, la verdad le resultaba extraño que no hubiese puesto alguna objeción cuando ella le comentó de su noviazgo con Brandon, tal vez porque él también estaba saliendo con Victoria o vio que las intenciones de su novio eran las mejores. Ahora que lo pensaba mejor, Brandon fue el único al que Fabrizio no llevó al banquillo de los acusados, ni mucho menos lo presionó hasta hacerlo desistir de ella como había hecho con otros tantos.

—Ten mucho cuidado, Fran... de ahora en adelante pasaré por ti todas las tardes al teatro y no saldrás hasta que llegue —ordenó, mirándola a los ojos. Ella intentó objetar—. Por favor, compláceme en esto —pidió de una manera que ella no pudo negarse, la vio asentir y le tomó la mano dedicándole una sonrisa.

Cambiaron de tema y comenzaron a hablar de cosas cotidianas, aún Fabrizio no se sentía preparado para hablarle de lo que le estaba pasando, era un asunto complicado de explicar.

En cuanto Victoria puso un pie fuera del auto, sintió como el aire que la rodeaba traía ese aroma a hogar que siempre respiraba al llegar a la casa de sus tías. Todas esas cargas sociales que llevaba sobre ella estando en la ciudad, sencillamente desaparecían, y era que allí se sentía verdaderamente libre, como solo se sintió estando en Italia.

—¡Vicky! —exclamó su tía Olivia al abrir la puerta e intentó caminar tan deprisa como su vejez se lo permitía.

—¡Tía Olivia! —gritó con alegría y corrió para abrazarla.

—¡Victoria, mi niña! —expresó Julia, saliendo también de la casa.

—Tía Julia... las extrañé tanto a las dos... —Victoria sollozó derramando lágrimas de alegría mientras las abrazaba y besaba.

—Nosotras también te extrañamos, mi pequeña —dijo Olivia.

—No veíamos la hora de verte de nuevo —agregó Julia.

—Espero que a mí también me hayan extrañado —comentó Brandon con una sonrisa, al ver ese hermoso reencuentro.

—¡Por supuesto que sí! —pronunció Olivia con alegría—. Ven para darte un abrazo —pidió extendiéndole sus brazos.

—Me alegra mucho verlas —mencionó él, abrazándolas.

—Cada día te pareces más a tu tío Stephen —acotó Olivia, mirándolo en detalle—. ¿No lo crees, Julia?

—Sí, se parece mucho, y Vicky es la viva imagen de nuestra Virginia, heredó su misma belleza y candor —agregó, sonriéndole al tiempo que le sujetaba el rostro y la miraba con ternura.

Los primos les agradecieron sus palabras y se disculparon con ellas por no haber ido antes a verlas, pero ellas no le dieron importancia a su retraso, sabían que la salud de la matrona había estado delicada y que debían acompañarla. Después de eso los invitaron a pasar a la casa, como sabían que irían a verlas les prepararon una comida especial y los dulces que sabían que disfrutaban; a pesar de que los años habían robado parte de su vitalidad, ambas seguían conservando la alegría y la destreza para desenvolverse en la cocina.

—La comida está deliciosa —comentó Brandon, una vez que comenzó a degustar lo que las hermanas habían preparado.

—También había extrañado mucho sus platillos, nadie hace el estofado tan rico como ustedes —agregó Victoria, sonriéndoles.

—Lo preparamos con cariño, ese es nuestro secreto —respondió Julia dedicándoles una sonrisa.

—¿Y cómo les fue el Europa? Estuvieron tanto tiempo allí que pensamos que se quedarían a vivir.

—Nos sobran los deseos de quedarnos, Olivia, pero también queríamos regresar porque los extrañábamos mucho a todos —dijo Brandon, sintiendo que con ellas podían ser sinceros.

—Estaban haciendo muy buenas obras —comentó Julia.

—Sí, pero además de eso, conocimos a dos personas muy especiales. —Victoria miró a sus tías con una sonrisa.

—¿Especiales? —inquirió Olivia llena de curiosidad.

—¿Qué tan especiales? —Julia también se sintió intrigada por esa revelación, aunque algo sospechaba por la felicidad que veía reflejada en las cartas de Victoria, necesitaba más detalles.

—Muy especiales... Brandon al fin encontró a la mujer de su vida —mencionó Victoria con una gran sonrisa—. Y yo... conocí a alguien que me devolvió esa alegría a mi corazón que pensé que nunca más tendría —agregó emocionada.

—¡Queridos! —expresó Olivia y se puso de pie para abrazarlos.

—¡Qué felicidad! —Julia también siguió el ejemplo de su hermana.

—Muchas gracias —respondió Brandon, abrazándolas con cariño.

—Gracias tía Olivia y tía Julia... yo en verdad me siento muy feliz, y me gustaría tanto que conocieran a Fabrizio, sé que les agrada —dijo recordando cuánto querían sus tías a Terrence.

—¿Es un joven italiano? —preguntó Julia, mirando con verdadera emoción a su sobrina, sintiéndose feliz por ella.

—Sí, así como Fransheska, ambos son italianos y hermanos —respondió Brandon, al ver que su prima se quedaba en silencio.

—¡Vaya! ¡Qué casualidad! —Olivia se sentía muy entusiasmada.

—Son las primeras de la familia en saberlo, bueno... también le conté a Annette porque se enteró de casualidad al ver unas fotografías que nos tomamos en Italia —acotó Victoria, ya le

había comentado sobre eso a Brandon y ambos acordaron que irían poniendo a la familia al tanto de todo, solo que deseaban esperar un poco.

—Muchas gracias por confiarnos esto. —Julia les extendió sus manos por encima de la mesa, agradeciéndoles ese gesto.

—Son como mis madres, nunca tendría secretos para ustedes.

—Y yo también las considero así —dijo Brandon, sonriéndoles.

Las hermanas les sonrieron y continuaron con la comida, mientras charlaban sobre las obras que habían llevado a cabo con la Fundación Anderson, lo de la nueva sucursal en Florencia y algunas cosas más sobre la familia Di Carlo. Sin embargo, ninguno de los dos hizo referencia del enorme parecido de Fabrizio con Terrence, sabían que era un tema difícil de abordar y de explicar, porque las tías de Victoria podrían asumir que el sentimiento que ella tenía por el italiano se debía solo a que él le recordaba a su difunto prometido.

Ellas los invitaron a pasar la noche allí, aunque no era mucho el espacio que tenían podía acomodarse perfectamente; sin embargo, Brandon debía regresar a la propiedad de los Anderson en esa localidad, para visitar a los empleados y ponerse al día sobre algunas novedades con relación al negocio de los caballos. Victoria por su parte no pudo negarse a la invitación que le hicieron sus tías, así que se quedó a pasar la noche en su antigua habitación.

Pasaron un día más junto a las amables hermanas Hoffman, quienes los cargaron de postres para que compartieran con todos en Chicago, y les hicieron prometerles que irían más seguido a visitarlas. Les aseguraron que así sería y que la próxima vez irían acompañados de los demás, aunque también les hicieron saber que las puertas de la mansión Anderson estaban abiertas para cuando quisieran, que solo tenían que avisarles y enviarían a uno de sus choferes por ellas.

Se despidieron en medio de besos, abrazos y bendiciones, luego subieron al auto y emprendieron el trayecto de regreso a Chicago que les llevaría al menos dos horas. Las últimas luces del día pintaban de naranja la imponente fachada de la mansión Anderson, cuando el auto arribó a la propiedad, ellos bajaron y caminaron hasta la entrada donde Dinora los esperaba para darles la bienvenida.

—Buenas tardes, señor, señorita, sean bienvenidos —mencionó con tono cordial, mientras los miraba y sonreía.

—Buenas tardes, Dinora, muchas gracias —respondió Brandon, haciéndole entrega a uno de los trabajadores de las dos pequeñas valijas que habían llevado para ese viaje de fin de semana.

—Permítame ayudarla, señorita Victoria —pidió el ama de llaves, extendiéndole la mano al verla cargando una cesta.

—Gracias, Dinora... son dulces que enviaron mis tías, hay suficientes para todos, solo guarden algunos para mis primos y las chicas, saben que deliran por ellos.

—Por supuesto, señorita —respondió con el mismo gesto.

—¿Cómo ha estado todo por aquí? —inquirió Brandon al ver que su tía no estaba allí para recibirlos.

—Perfectamente, señor Brandon, su hermana estuvo haciéndole compañía a la señora Margot toda la tarde, se retiró hace poco... y les llegó correspondencia —contestó.

—¿De Florencia? —preguntó Victoria emocionándose.

—Sí, las he dejado en sus recámaras —respondió algo sorprendida por la efusividad que se apoderó de ambos.

—Muchas gracias, Dinora —dijo Brandon con una gran sonrisa

—Gracias, Dinora. —Ella estaba tan feliz que hasta la abrazó.

Ambos caminaron de prisa hacia las escaleras sintiendo que no podían esperar un segundo más

para tener noticias de los dueños de sus corazones. Sus miradas se encontraron con la de su tía, quien los observaba con evidente curiosidad, así que intentaron disimular su entusiasmo y actuaron de manera casual.

—Buenas tardes, Brandon, Victoria —esbozó mirándolos.

—Buenas tardes, tía. —Brandon fue el primero en responder.

—Buenos tardes, tía, se le ve mejor semblante —mencionó Victoria con una sonrisa y se acercó para darle un beso en la mejilla.

—Me he sentido mejor hoy. Imagino que deben estar cansados por el viaje, será mejor que suban y descansen, enviaré por ustedes cuando vaya a servirse la cena —comentó con su mirada fija en ellos, intentando descubrir a qué se debía todo ese entusiasmo.

—Nos vemos más tarde. —Victoria continuó con su camino.

—Tiene razón, el viaje me dejó agotado, nos vemos en la cena, tía —mencionó Brandon, le dio un beso y se alejó con una gran sonrisa.

Margot los siguió con la mirada hasta que los vio desaparecer por el pasillo, solo había salido de su habitación para recibirlos, pero al ver sus actitudes se llenó de curiosidad, así que bajó las escaleras para interrogar al ama de llaves, necesitaba saber a qué se debía tanta emoción por parte de sus sobrinos.

—Dinora. —La llamó con ese tono de autoridad de siempre.

—Dígame, señora Margot, ¿en qué puedo ayudarla?

—¿Sabe a qué se debe el entusiasmo de mis sobrinos?

—Supongo que a unas cartas que recibieron desde Italia, esa fue la noticia que les di y ambos se pusieron felices.

—¿Cartas? ¿Qué cartas y quién las envió? —preguntó y su tono de voz revelaba su molestia, porque toda la correspondencia debía ser entregada a ella primero para revisarla.

—No sabría decirle, señora Margot, por el estilo parecían de carácter personal, por eso decidí entregárselas a ellos directamente —respondió sin comprender la molestia de la matrona.

—Bien, regresaré a mi habitación, avíseme cuando esté la cena —dijo y le dio la espalda sin esperar una respuesta.

Mientras subía las escaleras pensaba en la manera de descubrir el motivo de esas cartas y al remitente, sabía que Dinora debía tener más información, pero también que no se la daría porque siempre había sido cómplice de sus sobrinos, pero ya hallaría la manera de averiguarlo, no podía permitir que algo interfiriera en los planes que tenía para Brandon y Victoria.

Capítulo 34

Victoria entró a su habitación casi corriendo y se acercó al tocador donde Ángela siempre dejaba sus cartas y allí estaba el sobre, reconoció la letra de su novio y de inmediato el corazón se le aceleró. La agarró llevándosela al rostro para disfrutar de su esencia, esa con suaves notas a pino, lavanda y bergamota que eran tan propias de él y que a ella la enloquecía, giró con un movimiento casi artístico y se acercó a la cama para tenderse y poder leerla con comodidad.

Florenia, 10 de julio de 1921

Mi amada Victoria:

Te escribo esta carta con la esperanza de que te encuentres bien, que hayas cumplido con la promesa que me hiciste y que esa sonrisa que tanto adoro, esté en tus labios a cada instante; porque mi felicidad depende de la tuya y solo entonces así yo también estaré bien y seré dichoso. Aunque debo confesar que te extraño demasiado, que mis manos anhelan con urgencia poder acariciarte y mis labios están desesperados por besar los tuyos, por sentir ese temblor que te recorría cada vez que mi lengua se perdía dentro de tu boca y me entregabas esos gemidos que me enloquecían, cuando nos aferrábamos en un abrazo como si de eso dependieran nuestras vidas y tu cuerpo casi se volvía mío y el mío tuyo.

Si supieras, mi amor, todo lo que provocas en mí, tal vez te escandalices o a lo mejor terminas animándome a sentir más, a ser más intenso y a darte todo cuanto hay en mí, sin cohibiciones, sin medida. Sospecho que si te confieso todo lo que pasa por mi mente cuando te tengo entre mis brazos, tú terminarías sorprendiéndome al confesarme lo que pasa por la tuya y anhelo tanto saberlo, quiero que me lo digas y que me lo hagas sentir, te deseo exigiéndome y rogándome... Oh, Victoria, mi adorada Victoria... este tiempo se me está haciendo eterno y no veo la hora de tenerte entre mis brazos de nuevo.

Quisiera tener la capacidad de cerrar los ojos y aparecer junto a ti en este momento, porque sé que mis palabras te harán vibrar y erizarán tu piel, así como lo están haciendo conmigo mientras las escribo. Te amo y te deseo tanto, que no sé si haber decidido esperar fue lo mejor o lo peor, debí robarte y casarme contigo.

Sin embargo, aquí estamos, separados por un océano, por llanuras y montañas, pero unidos por este sentimiento que cada día se hace más poderoso, con una promesa que late en nuestros corazones tan fuerte como el amor que sentimos y que me recuerda todos los días que al otro lado del mundo existe una mujer extraordinaria a la que le pertenezco y que me pertenece. Nuestras vidas se unirán de nuevo y cuando eso pase te juro que ya nada podrá separarnos porque te entregaré mi vida y seré el hombre que te haga feliz, hasta entonces sueña conmigo todas las noches, recuerda que te amo con cada parte de mi ser y que tú le das un maravilloso sentido a mi existencia.

Siempre tuyo,

Fabrizio Di Carlo Pavese

Victoria suspiró con ensoñación mientras cerraba los ojos y se estremecía, pensando en cuanto razón tenía Fabrizio porque sus palabras la habían dejado vibrando de emoción y deseo, con la piel erizada y el cuerpo ardiendo de necesidad. Anhelaba todo eso que él ya le había entregado en Florencia y aquello que aún estaba por brindarle, esa arrebatadora pasión que latía en su interior y que una vez que tuviera la libertad para hacerse sentir lo haría, la enloquecería de placer como ya lo hizo antes.

—Victoria... no, no... recuerda que te hiciste una promesa, ya no harías más comparaciones, lo que has de vivir con Fabrizio no será igual porque él es otra persona, no es Terry... no lo es...

Se dijo mientras negaba con la cabeza, pero algo en su pecho se encogió, era su corazón que se negaba a aceptar esa realidad, prefería seguir soñando que era su rebelde y que había regresado para cumplir con todo aquello que les faltó por vivir. Sin embargo, sabía que aferrarse a esa quimera podía ser muy peligroso, podía terminar haciéndole daño a Fabrizio y lo que era peor, podría perderlo si él se enteraba de todo, era consciente de que en algún momento debía hablarle de su parecido con Terrence, pero aún no estaba lista.

Brandon se olvidó del relajante baño que se había prometido tener en cuanto llegase a la mansión, luego de que Dinora le informó de la carta que había recibido lo demás pasó a un segundo plano, en ese momento su prioridad era leer las palabras de su novia. Agarró el sobre que le habían dejado en el pequeño escritorio de su habitación, se dejó caer en el sillón junto al balcón y antes de comenzar a leer, quiso disfrutar del dulce perfume a flores que usaba Fransheska, sabía que ella rociaba las cartas para que él no se olvidara de lo delicioso que olía y así no extrañase tanto su aroma.

Florencia, 09 de julio de 1921

Mi príncipe, mi amor:

Ha pasado casi un mes desde que nos separamos y siento que te extraño demasiado, a diario busco algo para intentar llenar este vacío que me has dejado..., pero todo parece imposible, a veces ni las clases con las chicas consiguen alejarme de la tristeza que me provoca saber que estás tan lejos de mí. Cómo quisiera poder volar y llegar hasta ti, abrazarte y besarte hasta que todo este dolor de no tenerte a mi lado desaparezca, sé que prometimos no estar tristes.

Lamento iniciar esta carta de esa manera, pero necesitaba desahogarme contigo porque sé que quizás estás pasando por lo mismo, y no quiero seguir preocupando a mis padres con mis tristezas, los pobres ya han tenido demasiado. Por eso será mejor hablar de otro tema, uno que nos alegre a ambos porque no quiero que estés triste por mi culpa, odiaría ser quien te cause dolor o pena, no después de que me confesaste que había llenado tu vida de alegrías y espero seguir haciéndolo.

Mi sol, cómo anhelo perderme en el cielo de tus ojos, escucharte reír y sentir tus labios besando los míos, tus manos acariciando mi cuerpo, ahora sé que no solo mi corazón te pertenece, todo en mí también lo hace. Extraño tanto estar entre tus brazos, me sentía tan bien cuando me abrazabas... me hacías sentir única, especial... la mujer más feliz del mundo, como si sobre la tierra no hubiese un lugar más seguro ni más placentero que estar cerca de tu corazón.

Te cuento que las clases de ballet con las chicas van muy bien, dentro de poco tendremos una puesta en escena, será «La Bella Durmiente» y convencí a la madre superiora para que dejara participar algunos chicos, porque necesitábamos de presencia masculina para algunos papeles. Fue difícil, pero sabes que cuando me propongo algo no descanso hasta lograrlo, así que ella lo permitió, al parecer a los padres de Florencia les da más pavor que sus hijas se vistan de hombres a que los chicos se pongan mallas y bailen en un escenario.

Te estoy escribiendo varias cartas por semana, Fabrizio dice que soy una exagerada, pero esa será mi manera de hacerte sentir que estoy cerca de ti, además, él también le escribió varias a Victoria, lo descubrí cuando fuimos al correo a llevarlas. Mi pobre padre quedará en la ruina luego de pagar por tantos sellos postales y supongo que tu prima también gastará buena parte de su fortuna en ello... Sé que debes estar sonriendo por mis locuras en este momento y daría lo que fuera por ver esa sonrisa, confío en Dios que pronto será así, por favor escíbeme seguido, yo también necesito sentirte cerca de mí y no olvides nunca que mi corazón, mi alma y mi vida entera esperan por ti.

Con todo mi amor, siempre tuya...

Fransheska Di Carlo Pavese

Brandon suspiró al terminar y cerró los ojos mostrando esa sonrisa que ella le inspiraba, pero un par de lágrimas también rodaron por sus mejillas. Aunque cada palabra de Fran lo llenaba de felicidad, asimismo lo sumía en una profunda desesperación porque no sabía cuánto tiempo pasaría para que pudiera viajar y verla de nuevo.

Por suerte su tía había mejorado bastante, pero su salud aún seguía siendo delicada y podía sufrir alguna recaída de un momento a otro, por lo que él debía permanecer a su lado. Sin embargo, todos los días le rogaba al cielo que oyese sus plegarias y le diese la gracia de poder estar de nuevo junto a Fransheska.

Al igual que ella sentía la necesidad de llenar sus días con una montaña de trabajo para no ser consciente de ese vacío que era no tenerla a su lado. Y a momentos se descubría deseando ser aire y viajar con el viento, atravesar el océano y las tierras que los separaban para llegar hasta ella, encerrarla entre sus brazos y guardarla allí para toda su vida, mantenerla junto a su corazón que le perteneció desde el mismo instante en que le brindó aquella sonrisa maravillosa.

—Te extraño tanto, mi amor... tanto —esbozó acariciando la caligrafía plasmada en la hoja, le dio un beso y la guardó de nuevo.

Luego extendió su mano y sacó del cajón de su mesa de noche el diario que ella le había regalado con fotos de los dos. Se dedicó a contemplarlas y después de un rato el cansancio por el viaje terminó por vencerlo, llevándolo a un maravilloso sueño donde una vez más compartía con la mujer que amaba.

Desde el otro lado de la calle, él observaba a la espera de que ella saliese, había adoptado esa rutina desde hacía varios días con el único anhelo de poder hablarle y verla de nuevo, lo necesitaba. Todavía no lograba entender la magia que envolvía a esa mujer y que lo tenía completamente atrapado, llevaba poco de conocerla, pero le resultaba imposible dejar de pensarla.

Se había dado a la tarea de investigar un poco más sobre ella y hasta el momento se había enterado de que era hija de Luciano y Fiorella Di Carlo, que tenía un hermano mayor llamado

Fabrizio, que ella había estudiado en Francia y le encantaba la danza. Era una mujer de espíritu libre como a él le gustaban, porque esas siempre resultaban siendo un reto y eso le despertaba el deseo de conquistarla

Desde aquella vez en la que intercambiaron algunas palabras no había logrado acercarse de nuevo a ella; aunque iba todas las tardes al teatro y conseguía verla, no podía acercársele porque solo salía del lugar cuando aquel hombre pasaba por ella.

Sin embargo, esa tarde estaba decidido a acabar con su agonía, así que en cuanto vio que las alumnas comenzaban a salir, lanzó la coletilla del cigarrillo a un lado, se acomodó la chaqueta y bajó del auto. Se disponía a cruzar la calle cuando vio que una vez más aquel idiota se aparecía allí, pero esta vez no le robaría su oportunidad, dio un par de pasos y por poco es atropellado por un auto que pasaba en ese momento, por lo que tuvo que esperar mientras veía al otro entrar al teatro siendo recibido por una de las monjas.

—¡Maldición! —exclamó frustrado.

Los vio salir del teatro y ella se veía tan hermosa como siempre, él hombre le agarró la mano y se la llevó a los labios para darle un beso, lo que hizo que la hoguera de los celos se encendiera dentro de su pecho. Después de eso le abrió la puerta para que ella subiese, en ese instante sus miradas se encontraron, retándose y lo vio dar un par de pasos en su dirección, seguramente para encararlo, pero al parecer ella le dijo algo que lo hizo detenerse y regresar al auto.

Enzo se sintió furioso consigo mismo por no haber actuado como correspondía en ese momento, él era un hombre bien plantado y era ridículo que dejase que un mamarracho con ínfulas de realeza creyese que podía intimidarlo. Regresó sobre sus pasos y entró al auto, cerrando la puerta con excesiva fuerza, descargando en esta la furia y la impotencia que corría por sus venas.

—Que equivocado estás, imbécil... el mundo no es de aquellos que se quedan en sus castillos a observarlo, el mundo es de los que salen a buscarlo y tú no eres de esos... Así que si piensas que con tu actitud impedirás que me acerque a esa mujer, estás equivocado... y créeme que será todo un placer mostrarte cuán iluso eres, te la voy a quitar, como que me llamo Enzo Martoglio —sentenció con una sonrisa torcida y puso el auto en marcha.

Llegó hasta un café donde había quedado en reunirse con uno de sus amigos y algunos posibles socios, al verlo los hombres se pusieron de pie y lo saludaron, luego lo invitaron a sentarse. Comenzaron a tratar los puntos más importantes de la propuesta que los había llevado a allí, pero a él le resultaba imposible concentrarse y dejaba que su amigo fuese quien hablase, limitándose a observar y de vez en cuando intervenía con algún monosílabo.

—Martoglio. ¿Qué te sucede hombre? ¿Estás molesto por algo? —preguntó Stefano con tono de reproche, pero en voz baja.

—No es nada, solo un pequeño percance... nada de importancia —contestó, tomando entre sus manos la taza de café con su respectiva porción de brandy, como solía tomarlo.

—Pues no lo parece, te recuerdo que estamos tratando un asunto muy importante y tu cabeza parece estar en otro lado...

—No te preocupes, ya lo tengo controlado —murmuró con molestia, y luego miró a sus acompañantes quienes regresaban a la mesa ya que se habían ausentado para ir a saludar a unos conocidos—. Lamento haber estado distraído, caballeros, es que tengo un asunto rondado en mi cabeza, pero ya me ocuparé de ello después... Sigamos con nuestra reunión —pidió sonriendo.

—Ese tipo de *asuntos* por lo general tienen el nombre de una mujer, ¿será ese su caso, señor Martoglio? —cuestionó Leonardo Vitelli, mirándolo con cierto interés.

—Efectivamente, pero no cualquier mujer, le puedo asegurar.

—No me cabe la menor duda... y ¿será que la distinguida dama tiene nombre? Verá es que me

provoca mucha curiosidad, porque para tenerlo a usted tan cautivado debe ser toda una beldad — mencionó con una sonrisa para animarlo.

—Su nombre es Fransheska Di Carlo —respondió sin mucho énfasis, tomando de nuevo la taza de café.

—¡Vaya, la princesa Di Carlo! —exclamo Fabio Corasí con una sonrisa, comprendiendo su embelesamiento—. Pues con razón está así, la señorita en cuestión es una de las mujeres más hermosas de Florencia...—señaló manteniendo el mismo ánimo.

—Yo diría que de Italia, amigo Corasí —acotó Enzo con una sonrisa, pues él había visto muchas bellas, pero ninguna como ella.

—Imagino que el inconveniente es que está comprometida —dijo Leonardo, cuyo hermano era socio del novio de la chica.

—En parte... aunque es un asunto del cual pretendo ocuparme muy pronto —sentenció mientras sonreía ladino.

—Permíteme darte un consejo, Enzo —mencionó Stefano, presintiendo que ese empecinamiento de su amigo le traería serios problemas—. Vete con cuidado con esa gente, los Anderson son personas muy importantes; sobre todo el novio de la señorita Di Carlo, aunque parezca un hombre sencillo y calmado, no creo que se quede de brazos cruzados si se entera que intentas conquistar a su prometida, así que no tientes a tu suerte —agregó con seriedad.

—Ya he sido testigo de eso, Stefano, el muy idiota no la deja ni a sol ni a sombra, pasa todas las tardes por ella al teatro...

—Espere un momento, señor Martoglio porque no estoy entendiendo ... ¿Estás usted hablando de Brandon Anderson? —inquirió Leonardo con desconcierto. El interrogado asintió, no conocía el nombre del hombre que buscaba a Fransheska, pero intuía que era ese—. Pero si ese hombre dejo el país hace más de un mes, lo sé porque mi hermano tiene acciones en el banco que acaban de abrir en la ciudad y le escuché decirlo —expuso, mirando a Enzo a los ojos.

—¿Entonces quién es al que has visto? —inquirió Stefano.

—¿Cómo es el caballero que has visto junto a la señorita Di Carlo? —preguntó Fabio, quien comenzaba a sospechar de quien se trataba.

—Es joven de unos veinticinco años, tal vez menos, cabello castaño, ojos azules... alto... y su auto es un Duesenberg —explicó Enzo, paseando su mirada por los dos caballeros.

—Ese hombre es Fabrizio Di Carlo —informó Leonardo con una carcajada—. Y es el hermano de la señorita.

—Sí, debe ser él... un hombre bastante extraño, tenía una relación de años con Antonella Sanguinetti y la rompió de la noche a la mañana... Yo hubiese dado la mitad de mi fortuna por tener a esa mujer entre mis brazos y él la desechó así sin más —comentó Fabio con el ceño fruncido, mientras le daba un sorbo a su copa de vino.

—Tiene usted razón, señor Corasí, pero es que el chico tampoco es tonto... según me contó mi mujer, rompió esa relación para poder entablar una con la hermana de Anderson, la hermosa joven que trabajaba en el hospital... creo que su nombre es Victoria —dijo Leonardo, dejando ver que estaba de acuerdo con la decisión del joven Di Carlo, pues la reputación de Sanguinetti no era muy buena.

—Sí, ese rumor comenzó a correr desde la fiesta de inauguración del banco, yo no pude asistir porque estaba de viaje atendiendo un negocio importante, pero mi mujer también me comentó que Antonella Sanguinetti monto espectáculo... tanto que hizo que ese par dejara la fiesta a la mitad —comentó sonriendo.

—Qué mujer más tonta, no solo hizo el ridículo frente a toda Florencia... sino que, además, le

dio la oportunidad a Di Carlo de tener la excusa perfecta para irse con la americana y tener su propia fiesta privada... que seguramente fue mucho más entretenida —expresó Stefano desde su orgullo herido, porque él también había deseado ser alguno de los amantes que tuvo Antonella Sanguinetti, pero ella nunca le hizo caso por estar detrás de aquel párvulo.

Todos rieron ante el comentario de Stefano y luego continuaron con la charla, incluso Enzo se relajó y se concentró en hablar de negocios. Desde ese momento comenzó a sentirse más tranquilo y hasta esperanzado, sabía que no había nada más vulnerable que una mujer sola y acongojada por el abandono del prometido, así que conocía exactamente cómo actuar para conquistarla.

Daniel llegó a Chicago cuando el sol apenas despuntaba, bajó del tren en medio de un tumulto de personas y caminó por la acera mientras buscaba con la mirada a su familia, pero solo logró ver al chofer. Pensó que quizá sus padres lo estaban esperando en el interior del edificio, se acercó al hombre, haciéndole un ademán con la mano y dedicándole una sonrisa, se sentía feliz de verlo.

—Señor Lerman, que grato tenerlo de regreso, señor... ¡Feliz cumpleaños! —Lo felicitó con una sonrisa efusiva y le extendió la mano para pedirle el equipaje.

—Muchas gracias, Marcus, también me alegra verlo... No se preocupe, yo la llevo —respondió negándose a entregarle su equipaje, no pondría al pobre anciano a cargar su maleta cuando bien podía hacerlo él—. ¿Mis padres y mi hermana no vinieron? —inquirió al ver que lo guiaba hacia la salida en lugar de entrar al salón de espera.

—No..., no pudieron hacerlo, señor... su padre también está de viaje y llega hoy en la tarde, y su madre se quedó terminando los detalles de su fiesta de cumpleaños —respondió y le apenó ver que la desilusión se apoderaba del rostro del joven.

—¿Mi fiesta de cumpleaños? —preguntó frunciendo el ceño.

—Sí... no me diga que no sabía nada y que he arruinado la sorpresa —cuestionó parpadeando con nerviosismo.

—No sabía nada, pero tranquilo... no creo que se tratase de alguna sorpresa, simplemente no lo sabía porque mi madre no me consulta nada —comentó sin poder esconder su molestia.

Marcus asintió comprendiendo el sentir del joven, había estado junto a la familia por muchos años y sabía a lo que se refería cuando decían que no lo tomaban en cuenta. A pesar de ser el primogénito, apenas si sus padres le prestaban atención, siempre tenían otros asuntos más importantes en los que ocuparse.

Daniel subió al auto y a medida que avanzaba por esas calles, decenas de recuerdos colmaban su cabeza, haciéndole sentir que algo en él había cambiado. No era el mismo chico que dejó Chicago ocho meses atrás, ya no se sentía parte de ese lugar; suspiró con desgano y cerró los ojos, de inmediato la imagen de Vanessa se apoderó de su cabeza, provocándole un agudo dolor en el pecho.

Al llegar a su casa sintió cómo la nostalgia lo invadía, había vivido tantos momentos buenos y malos en aquel lugar; pero una vez más esa sensación de no pertenecer allí se adueñó de él; sin embargo, se armó de valor y bajó del auto. Al entrar a la casa fue recibido por el ama de llaves, quien al verlo también se alegró y le dedicó una sonrisa, al parecer los sirvientes lo habían extrañado más que su familia.

—¡Daniel, querido! ¡Qué felicidad tenerte en casa de nuevo! —expresó Deborah, acercándose a él con una sonrisa y lo abrazó dándole un par de besos en la mejilla—. ¡Feliz cumpleaños! —Lo miró a los ojos, notando que se veía algo desencajado.

—Muchas gracias, madre, también me emociona estar de regreso.

—Te estoy organizando una fiesta para celebrar tu cumpleaños, será fabulosa —mencionó, volviéndose para mirar el salón que ya casi estaba listo, solo faltaban algunos detalles.

—Sí, acabo de enterarme —masculló, frunciendo el ceño al ver al personal de la casa correr de un lado al otro, pensó en reclamarle por no haberle dicho nada, pero desechó la idea porque sabía que era perder el tiempo, su madre nunca cambiaría—. Me extrañó no ver a Elisa esperándome en la estación.

—No me hables de esa ingrata, no tienes idea de lo dolida que me siento por su actitud... Hace más de un mes que no la veo, no atiende mis llamadas ni acepta mis invitaciones para salir a comer, tampoco quiso ayudarme con los preparativos de la fiesta de esta noche... No sé cuál fue el daño tan grande que le hice para que me trate de esta manera —expresó con la voz quebrada, en su papel de víctima.

Daniel se vio tentado a responderle porque él sí conocía más de un motivo para que su hermana estuviese resentida con su madre y no quisiera verla. Sin embargo, le dolía que tampoco quisiera verlo a él; de cualquier manera, buscaría la manera de hablar con Elisa porque la había extrañado mucho, y también deseaba ver a su sobrino.

Se despidió de su madre alegando que estaba exhausto por el viaje y la dejó que siguiera con los preparativos de su fiesta de cumpleaños; después de todo, apenas si lo escuchaba mientras le hablaba, pues siempre lo interrumpía para darle alguna orden a las empleadas. Entró a su recámara notando que todo estaba tal y como lo había dejado; no obstante, cuando se miró al espejo vio que él ya no lucía igual.

Horas más tarde, Deborah se paseaba por el salón comprobando que todo estuviese perfecto, había organizado una celebración digna de uno de los solteros más codiciados y admirados de la ciudad, porque eso era su hijo. Desde el instante en que se corrió la voz de que Daniel había comenzado a trabajar en el emporio Anderson, la mayoría de las solteras de la ciudad habían fijado su mirada en él, y más de una la había hecho consciente de su interés de asistir esa noche a la velada y disfrutar de la compañía de su hijo.

Por supuesto, eso la hizo sentir complacida por lo que quiso incentivar un poco el interés de las aspirantes, así que agregó que su hijo recientemente había adquirido algunas acciones dentro del banco en Charleston. Como era de esperarse, eso acrecentó el interés de las hijas de las mejores familias de Chicago, y sembró en ella la esperanza de que alguna lograra cautivar la atención de Daniel.

Sin embargo, no podía obviar la molestia de tener a Victoria entre las presentes, pero tampoco podía hacer nada ya que el protocolo la obligaba a invitarla. Solo rogaba para que ese absurdo capricho que sintió Daniel por la intrusa fuese cosa del pasado; suspiró con disimulo para liberar la tensión que todo eso le provocaba y se obligó a sonreír al ver que llegaban los primeros invitados.

Daniel hizo su aparición casi una hora después, aunque no estaba de ánimos para celebrar nada y menos de esa manera, tampoco podía hacerle un desaire así a su madre, suspiró resignándose y salió de su habitación. Al llegar a la escalera se detuvo, pues su mirada quedó prendada de Victoria, quien justo en ese momento entraba al salón del brazo de Brandon; de inmediato los latidos de su corazón se lanzaron en una carrera frenética y una sonrisa adornó sus labios.

Ella lucía realmente espléndida, envuelta en un hermoso vestido celeste que marcaba todo su talle y resaltaba las curvas de sus caderas, que se movían con esa sensual naturalidad que era innata en ella, que le daba un toque desenfadado y elegante al mismo tiempo. Él tuvo que hacer un esfuerzo para que su corazón retomase su ritmo normal y volvió a respirar, ya que había dejado de

hacerlo desde el instante en que su mirada se posó en ella; se obligó a bajar despacio, aunque deseaba correr y abrazarla, lo mejor era actuar de manera natural.

—Hijo, todos te estábamos esperando para celebrarte —expresó Deborah con una sonrisa que iluminaba su mirada y lo abrazó.

—Gracias, madre... es una fiesta estupenda —dijo con una sonrisa sin saber qué más decir, y una vez más buscaba a Victoria.

—Vamos a saludar a los invitados, hay muchas damas ansiosas por felicitarte —pronunció con orgullo, tomándolo de la mano y caminó junto a él para empezar a lucirlo.

Daniel se vio arrastrado a cada mesa donde estaban las hijas solteras de las familias más ilustres de Chicago, y de inmediato su madre comenzó a exponer sus *cualidades* haciendo énfasis en su soltería, lo que lo hizo sentir incómodo. Solo faltaba que le colgara un cartel en el pecho que dijese: *Se vende a la mejor postora* quien sin duda sería alguna de esas distinguidas señoritas que lo miraban con descarado deseo o fingida timidez; sin embargo, él no estaba interesado, así que tanto su madre como ellas, perdían su tiempo.

Capítulo 35

Elisa llegó junto a su esposo a la fiesta, lucía hermosa y sensual como hacía mucho tiempo no se mostraba en sociedad, por lo que varias de las miradas de los presentes se volvieron hacia ella y por supuesto, los comentarios murmurados no se hicieron esperar. Ella los ignoró por completo porque ya no le prestaba atención a lo que dijeran los demás, todos eran unos hipócritas que un día la alababan y al siguiente la destrozaban, solo estaba allí para ver a su hermano.

Se abrió paso entre los invitados sin siquiera responder a sus falsas sonrisas y caminó directamente hasta la mesa donde Daniel parecía estar prisionero. Al menos eso gritaba la incomodidad que podía ver en su rostro y que intentaba desesperadamente disimular, estaba segura de que su madre había organizado esa fiesta con el único objetivo de conseguirle una esposa a su hermano y no para festejarlo.

—Buenas noches —mencionó al llegar a la mesa, de inmediato todas las miradas se volvieron hacia ella.

—¡Elisa, querida! ¡Qué bueno que pudiste venir! Les decía a nuestras amigas que... — Deborah habló rápidamente para evitar que su hija la desmintiera delante de la familia Belmont.

—Sí, madre, vine... a pesar de que no recibí una tarjeta de invitación. —Ella no seguiría ese juego de las falsas apariencias.

—¿Invitación? ¡Por Dios, querida! No la necesitas, eres la hermana del homenajeado y este siempre será tu hogar —mencionó mostrando una sonrisa, pero su mirada apenas podía contener su rabia—. Frank, ¿cómo ha estado? Es una alegría tenerlo aquí esta noche, hace mucho que no compartíamos —agregó, mirando a su yerno.

—Mi estimada Deborah, el trabajo me tiene muy ocupado, pero no podía faltar a esta celebración. ¡Feliz cumpleaños, cuñado! —dijo, acercándose a Daniel para abrazarlo.

—Muchas gracias, Frank —murmuró Daniel y luego miró a su hermana—. ¿Y tú no vas a felicitarme? —cuestionó pues al parecer Elisa solo había ido para molestar a su madre y no para verlo a él.

—Por supuesto que sí. —Lo abrazó con fuerza—. ¡Feliz cumpleaños, Daniel! Te extrañé mucho —susurró eso último.

—Yo también a ti... y gracias a Dios llegaste —dijo en el mismo tono y con disimulo se alejó del grupo—. Mi madre pretende comprometerme esta noche con la primera mujer que vea disponible —agregó con un tono que era mitad broma mitad molestia.

—No lo pongo en duda... y tú te esmeraste en complacerla, porque luces muy apuesto hoy —acotó con una sonrisa que hacía brillar sus ojos miel, mientras le acariciaba la mejilla.

—Debí vestirme con harapos —mencionó, haciendo una mueca de desagrado—. En cambio, tú te ves espléndida, bien podría decir que eres la mujer más hermosa que han visto mis ojos esta noche... —Se detuvo cuando su mirada se enfocó en Victoria.

—Por lo visto, acabas de cambiar de opinión. —Le reprochó Elisa cuando vio al otro lado del salón a la mujer que había captado la atención de su hermano.

—¿Celosa? —preguntó divertido, tomándole la mano para darle un beso al tiempo que la miraba a los ojos.

—¿Yo? Por favor. ¡Jamás! Y menos de ella —respondió con seguridad, alzando la barbilla con

altivez.

Daniel levantó una ceja y dejó ver media sonrisa, que Elisa conocía muy bien, mientras se llevaba su mano a los labios para darle un beso muy suave. Ella no pudo evitar sonreírle y mirarlo con un dejo de tristeza; seguramente toda esa situación era muy difícil para él, tener tan cerca a la mujer que amaba y al mismo tiempo saber que ella seguía siendo inalcanzable.

Ella sabía lo complicado que era verse atrapada en un amor imposible, justo eso estaba viviendo con Jules, aunque no podía decir que estuviera perdidamente enamorada del francés, lo que él la hacía sentir era lo más parecido al amor que ella había conocido hasta el momento. Suspiró al tiempo que negaba con la cabeza para alejar esas ideas de su mente, después buscó los ojos de su hermano viendo en estos un brillo distinto y hermoso, algo que despertó su curiosidad, al parecer algo había cambiado dentro de Daniel en ese tiempo.

—Ven, vamos a saludar a la tía abuela —mencionó sorprendiéndolo, y tuvo que halarlo del brazo para hacerlo avanzar.

—Elisa, esperemos unos minutos... acaban de llegar, aún hay muchas personas a las cuales no he saludado, es de mala educación.

—Te equivocas, es completamente normal que los saludes a ellos primero, se supone que somos familia, así que nadie se extrañará porque nos acerquemos a ellos —agregó sin cesar en su afán.

—Pero, Elisa... yo no...—Era muy tarde estaba frente a Victoria.

—Buenas noches, tía abuela, qué alegría verla —expresó, caminando hasta la matrona para darle un abrazo—. ¿Cómo ha seguido su salud? —preguntó mirándola a los ojos.

—Mucho mejor, hija, gracias por preocuparte —respondió sonriéndole—. Por cierto, te ves muy hermosa esta noche, vengan siéntense con nosotros y cuéntame cómo está tu familia.

—Muy bien, gracias, tía, usted también se ve espléndida como siempre. —Le echó un vistazo a su hermano, quien miraba embelesado a Victoria, por lo que lo pellizcó para que disimulase y quitara esa cara de tonto que tenía.

—¡Feliz cumpleaños, Daniel! —Brandon se acercó para darle un abrazo, al tiempo que le entregaba una sonrisa.

—Muchas gracias, tío —respondió, sintiéndose un poco abrumado por ese gesto, nunca habían sido muy cercanos.

—¡Daniel, feliz cumpleaños! —dijo Victoria, poniéndose de pie para abrazarlo y dedicarle una sonrisa sincera.

—Muchas gracias, Vicky —susurró prolongando ese abrazo más de lo que debería, pero no podía evitar su deseo de sentirla cerca.

Se obligó a separarse un poco de ella, pero le fue imposible deshacer el abrazo por completo, no cuando su mirada se ancló en ese par de ojos verdes que eran tan hermosos como enigmáticos y le entregaban una mirada llena de calidez.

—Tío Brandon, qué bueno que esté de regreso, hasta ahora no había tenido la oportunidad de ir a visitarlo, como comprenderá la vida de casada no es sencilla —mencionó Elisa, para romper el silencio que quedó luego de ese abrazo entre su hermano y la intrusa.

—Gracias, Elisa... y no te preocupes, comprendo que ahora estés muy ocupada —respondió con una sonrisa condescendiente, sabía que eso era solo una excusa—. Me alegra mucho verte bien.

—Victoria, el viaje te sentó muy bien, luces diferente —dijo mirándola con suspicacia, al tiempo que ocupaba una de las sillas.

—Gracias, Elisa, tú también luces muy hermosa, el matrimonio te ha sentado de maravilla —

expresó con sinceridad.

—Debo decir que Elisa tiene razón, te ves esplendorosa, Victoria —expresó Daniel, sin esconder su admiración.

—Muchas gracias, tú también te ves muy cambiado, estás más apuesto —respondió Victoria a su cumplido.

—No podía ser de otra manera, está copiando parte de mi estilo —mencionó Sean con diversión—. Feliz cumpleaños, primo.

Todos rieron a coro por sus ocurrencias; sin embargo, Elisa se notaba aún tensa, la luz en la mirada de Daniel no le pronosticaba nada bueno, al parecer su hermano seguía perdidamente enamorado de Victoria. Aprovechó la primera oportunidad que tuvo para llevárselo de la mesa, prefería que su madre siguiera presentándole a todas las jóvenes de Chicago, a tener que presenciar cómo se desvivía por Victoria y esa estúpida apenas si lo determinaba.

Así fue transcurriendo la velada hasta que llegó el momento de inaugurar la pista de baile, de inmediato las esposas Cornwall animaron a los hermanos para que las sacaran a bailar, Victoria suspiró al recordar lo maravilloso que era sentir a Fabrizio guiar su cuerpo, era como volar. Brandon le dio un suave apretón en la mano para reconfortarla, él también sentía esa necesidad de tener a Fransheska a su lado, a su mente llegó el recuerdo de esa última fiesta que compartieron antes de salir de Florencia, ella lucía tan hermosa.

—¿Señorita Victoria, sería usted tan amable de concederme el honor de esta pieza? —preguntó Daniel, sorprendiéndolos.

Victoria se tardó unos segundos en reaccionar, pero aceptó la mano que le ofrecía, entregándole una sonrisa sincera.

—Claro.

Daniel estaba haciendo un enorme esfuerzo por mostrarse tranquilo, pero la belleza de Victoria parecía haber florecido de nuevo, se veía radiante y sus ojos tenían ese mismo brillo de antes. No se parecía en nada a aquella chica que él dejó meses atrás, cuando se fue a Charleston, algo en ella había cambiado y una vez más lo estaba cautivando de una manera en la que le era imposible resistirse.

—Me alegra mucho verte bien, Daniel —dijo dedicándole una sonrisa mientras lo miraba a los ojos y danzaba con él.

—Gracias, a mí también me alegra verte bien... luces diferente, Vicky... —Se detuvo al ver que la sonrisa de ella se hacía más amplia.

—Me siento diferente —mencionó con tranquilidad—. Feliz, me siento muy feliz, Daniel —agregó con la mirada brillante.

—¿Algún motivo en especial? —No pudo evitar hacer esa pregunta, aunque fuese masoquista.

—Estoy viva, Daniel... Estoy viva, así como muchas de las personas que me importan. Recuerdo que una vez me dijiste que el mundo no solo era dolor y muerte, que existían muchos motivos por los cuales continuar, bueno la vida me dio nuevos y hermosos motivos —contestó con una emoción que no podía disimular.

—¡Vaya! Creo que tendré que hacer un viaje a Europa —acotó con una fingida alegría que intentaba ocultar la pena que lo había embargado.

—¿Por qué lo dices? ¿Te sucede algo malo? —inquirió ella malentendiendo sus palabras.

—No... no es nada, Vicky... solo lo dije por broma.

—¿Seguro? —preguntó buscando su mirada que le rehuía.

—Por supuesto. —Sonrió para esconder la pena que llevaba dentro de él—. Las cosas también han cambiado para mí, puedo decir que por primera vez en la vida me siento útil, he comenzado a

cosechar éxitos y le he demostrado a muchos que soy un hombre capaz, no solo de valerme por mí mismo, sino también de mantener mi palabra... —Se detuvo al ver que ella lo miraba fijamente.

—¿Y tu corazón? ¿Cómo está, Daniel? —Ella lo miró a los ojos, sintiendo que había un nuevo sentimiento dentro de él.

Daniel casi pierde el paso de la música al escuchar esa pregunta tan directa, su respiración se hizo más pesada y la mano que tenía en la cintura de Victoria, tembló ligeramente. Para su alivio la canción había llegado a su fin, así que le dedicó una sonrisa y caminó con ella de regreso a su mesa, necesitaba alejarse y poner sus ideas en orden.

Victoria se sorprendió ante esa reacción que él tuvo, pero no dijo nada para no incomodarlo, al parecer había tocado un punto débil y prefirió dejar de lado la conversación. Sin embargo, la llenó de curiosidad que él no le dijera que seguía teniendo sentimientos hacia ella, pensó que tendría que lidiar una vez más con esa situación pero por suerte no fue así y esperaba que hubiese un motivo para ello.

—Hacen una linda pareja, todas las miradas del salón estaban puestas en ustedes —mencionó Margot, cuando los vio regresar.

—Seguramente era por Victoria, tía, es ella quien luce radiante — indicó con una sonrisa, pero su mirada ya no tenía el mismo brillo.

—No me des todo el crédito, después de todo tú eres el soltero más codiciado de la noche — expresó ella para seguir el juego.

—Pues si las mujeres de Chicago desean conseguir un marido hoy, la mejor opción es el tío Brandon... y en segundo lugar me puedes dejar a mí, pero lo sigo dudando —manifestó con la misma sonrisa, mientras tomaba la copa de champagne que el mozo le ofrecía, pero no paso por alto la mirada que su tío y Victoria compartieron, así como tampoco lo hizo la matrona.

—En todo caso, Daniel, hoy tú eres el festejado... y yo no tengo interés en conseguir una esposa... —Brandon estaba a punto de decir algo más cuando escuchó una algarabía.

Dos empleados entraban con el enorme pastel iluminado por veinticuatro velas, y de inmediato los presentes comenzaron a entonar *cumpleaños feliz*. Deborah aprovechó la oportunidad para alejar a su hijo de Victoria, llevándolo al centro del salón donde ya los esperaban su esposo, su hija y su yerno.

—¡Hermanito! Te falta poco para que cumplas los treinta, ya debes casarte y darme sobrinos —mencionó Elisa mientras lo abrazaba con fuerza. En verdad deseaba que su hermano encontrara una buena mujer y dejara de estar mendigando el amor de Victoria.

—¿Qué dices? Aún me faltan muchos años, además, lamento no poder complacerte en esto, hermanita, pero pretendo seguirle los pasos al tío, él ya cumplió los treinta y acaba de decir que no está interesado en conseguir una esposa esta noche.

—Será porque ya tiene una a su lado —esbozó ella sin poder evitarlo, pero después se arrepintió cuando frunció el ceño.

—O será porque al igual que a mí, ninguna de las aquí presentes le llama la atención, siento como si estuviese en medio de un atelier, todas parecen maniquís —acotó en tono de broma.

—¡Daniel! Eres un odioso —expresó ella en tono de reproche. Él soltó una carcajada y la abrazo de nuevo—. Además de un mentiroso, no creas que no vi como mirabas a Victoria cuando bailaban.

—Por favor, Elisa, no empieces con eso... mira que presiento que nuestra madre está esperando que todo el mundo se vaya, para darme un sermón largo y tendido —mencionó con desgano.

—Está bien..., pero deberías darte la oportunidad de bailar con alguna de las damas presentes,

no se ve bien que el homenajeado no comparta con los invitados —señaló, mirándolo a los ojos.

—Perfecto, empezaré con una de las mujeres más hermosas de Chicago, lástima que sea casada —contestó con una mirada suspicaz.

—Daniel no vayas a cometer alguna locura...

—¿Me permite esta pieza, madame? —dijo y le extendió la mano.

Elisa dibujó una hermosa sonrisa, sacudió la cabeza y recibió la mano de su hermano; se encaminaron hasta la pista de baile y se adueñaron de esta de inmediato. Él la guio magistralmente a ella, ambos sonreían y disfrutaban de esa complicidad que con el paso de los años no solo se había mantenido, sino que se hacía más fuerte.

Dos días después Daniel llegaba a la mansión de los Anderson para visitar a su tía abuela, aunque su verdadero objetivo era ver a Victoria. Fue recibido por la matrona, pero a la rubia no la vio por ningún lado, su mirada se paseaba por el salón a la espera de que Victoria apareciera en cualquier momento; después de unos minutos, su tía se disculpó pues debía regresar a su habitación, ya que no se sentía muy bien ese día, él lo comprendió y se resignó a marcharse sin ver a la mujer que una vez más se había apoderado de sus pensamientos.

—Gracias por recibirme, tía abuela, vendré a verla antes de regresar a Charleston —mencionó subiéndole con ella las escaleras.

—Gracias a ti por venir a verme, querido —dijo, dándole un beso en la mejilla—. Que tengas buena tarde, saluda a tus padres de mi parte —agregó para despedirlo.

—Así lo haré, descanse. —La besó en la mejilla y le sonrió.

La vio alejarse junto a su dama de compañía, su andar aún seguía siendo elegante, aunque ahora era más lento y supo que su madre no había exagerado, cuando le dijo que la matrona se estaba quedando sin fuerzas. Rogó para que Dios no se la llevara tan pronto, después de todo, la mujer era el pilar de la familia, giró y bajó las escaleras para marcharse, pero en ese instante su mirada captó a Victoria a través de uno de los ventanales, ella estaba en el jardín.

Lucía sencillamente hermosa, envuelta en un lindo y sencillo vestido de seda verde agua, el cabello recogido con unos delicados broches, su piel nívea y tersa; su imagen era tan irreal que cualquiera que la viese bien podría compararla con la de un ángel. Sus pasos lo encaminaron de inmediato hasta donde ella estaba, y a medida que se acercaba sentía que su corazón latía más y más rápido.

—Acabo de encontrar a un ángel —mencionó parado desde cierta distancia, mientras le sonreía y la miraba con embeleso.

—¡Daniel! No sabía que estabas en la casa —exclamó sorprendida y se acercó hasta él—. ¿Cómo estás? —Lo saludó dándole un abrazo.

—Bien... bien, viene a visitar a la tía —contestó posando sus ojos en los de ella, detallando todo su rostro—. En verdad luces muy hermosa, Victoria —expresó sin poder evitarlo.

—Gracias, Daniel... el día de la fiesta no pudimos hablar de cómo te va en tu nueva vida, te ves tan cambiado... te confieso que me hace realmente feliz todo lo bueno que te está pasando —pronunció mientras tomaba asiento en una de las bancas y lo invitaba a él.

—Bueno, no hay mucho que contar, soy el encargado del departamento de contabilidad del banco, no hubiese conseguido ni la mitad de lo que tengo sin la ayuda de mi asistente... ella es... es una excelente profesional y una maravillosa persona... —Quiso decir algo más, pero la sola mención de Vanessa lo puso nervioso—. He aprendido a cocinar... la verdad apenas si logro comer lo que hago —agregó con una pequeña carcajada que Victoria acompañó—. Gracias a Dios he contado con la ayuda de una señora de servicio; de lo contrario ya hubiese muerto de

inanición... De resto, no hay muchas novedades, solo que ahora puedo decir que soy el dueño de mi vida y mi futuro solo me pertenecerán a mí —acotó con una sonrisa que no alcanzaba a iluminar su mirada.

—Eso es realmente importante, pero no lo es todo... sabes, algunas veces siento que tú y yo estamos unidos por un extraño vínculo, como si compartiéramos un sentimiento... —Se detuvo al ver que él se tensaba y le esquivaba la mirada.

—Creo que te equivocas, lo que tú sientes no es lo mismo que yo... y eso más que unirnos nos separa —expresó con dolor.

—No me refiero a eso, pero sé que te sucede algo... solo que no quieres hablar de ello, aunque sabes que eso te ayudaría no desear hacerlo... así que en eso tú y yo somos parecidos, es lo que nos une —pronunció mirando cómo fruncía el ceño.

—No sé de dónde sacas eso —esbozó y se puso de pie para alejarse, sentía que podía ver dentro de él—. Yo estoy muy bien, la verdad no puedo pedir nada más a la vida... mi vida es perfecta —dijo y un nudo se le formó en la garganta ante tamaña mentira.

—¿Qué estás haciendo por tu felicidad, Daniel? —preguntó con una asombrosa naturalidad. Él se volvió para mirarla sorprendido—. Recuerdo que hace un tiempo, tú me hiciste esa pregunta en este lugar... En ese entonces yo estaba completamente deshecha y tú tenías esperanzas, metas... ganas de salir adelante y luchar por tu felicidad, por encontrarla a como diera lugar, pero ¿sabes lo que veo ahora? —cuestionó, mirándolo a los ojos.

Daniel negó con la cabeza sintiendo que de un momento a otro las lágrimas terminarían por traicionarlo, vio a Victoria ponerse de pie y caminar hasta él, le agarró las manos y buscó su mirada que seguramente le gritaba el tormento que vivía en ese instante.

—Veo miedo... ese mismo miedo que me invadió a mí durante tanto tiempo, temes arriesgar y salir lastimado, perder y sufrir de nuevo... Te veo y es como si pudiese viajar al pasado y ver en ti un reflejo de lo que fui... —expresó con la voz ronca y los ojos colmados de lágrimas—. En ese entonces, yo cargaba con demasiado dolor y culpa, Daniel, lo sabes muy bien... pero no entiendo qué te impide a ti tomar la decisión y arriesgarte a entregarte al amor —preguntó con desconcierto.

—Tú —contestó y una lágrima rodó por su mejilla—. Lo que siento por ti es lo que me mantiene atrapado.

—Daniel... —Ella intentó no mostrar la conmoción que le ocasionaron sus palabras.

—No sé cómo explicar lo que siento, todo es tan confuso... se suponía que no tendría que afectarme tu presencia, pero no es así... ¡Demonios, no es así! Solo bastó mirarte y me sentí completamente perdido... —pronunció negando con la cabeza—. Pero al mismo tiempo siento que todo es diferente, no esperaba que estuvieses de esta manera, irradiando tanta felicidad... —Se interrumpió al ver la confusión en la mirada verde—. ¡Dios mío! No sé cómo explicarme, Vicky... te juro que me alegra muchísimo verte bien, pero esa luz que ahora veo en ti me está haciendo... amarte de nuevo

—Daniel... no... —Ella intentó hablar, pero él se lo impidió.

—Espera, por favor, necesito dejar salir todo esto que llevo dentro —respiró profundamente y continuó—: Esto me está volviendo loco porque no puedo negar que mi corazón también está atado a eso que Vanessa despertó en mí, ella me brindó un amor maravilloso, incondicional... junto a ella me siento completamente feliz, como nunca me había sentido... por eso deseo corresponderle de la misma manera y entregarme a ella sin dudas, sin remordimiento, sin mentiras... deseo amarla con todo mi ser y no puedo ¡No puedo! ¿Por qué no puedo hacerlo? —confesó notando que el peso del silencio se iba, su rostro estaba bañando en lágrimas.

—Tienes que empezar por sincerarte contigo mismo y dejar a tu corazón decidir. ¿Me creerías si te dijera que yo también me encuentro en una situación parecida? —preguntó, mirándolo a los ojos y vio que la sorpresa se apoderaba de ellos, por lo que esbozó una sonrisa—. Tal vez te parezca una locura, pero es así... créeme que entiendo esa angustia que te embarga ahora, yo también la he sentido y aún lo hago; sin embargo, he aprendido que hay momentos en los que debemos reaccionar. Daniel, ambos hemos pasado mucho tiempo viendo la vida pasar y no hacemos nada, solo esperamos un cambio, pero cuando este llega nos llenamos de miedo, de dudas... buscamos cualquier excusa para evitar correr riesgos... y es en ese momento que comenzamos a perder. Solo que no contamos con que nuestro corazón no entiende de razones ni barreras, y se revela contra eso que nosotros creemos conveniente y seguro, nos hace actuar de forma distinta a la que deseamos y si intentamos luchar en contra de lo que sentimos solo terminamos sufriendo mucho más.

—Victoria..., yo no quiero... —Negó con la cabeza, porque ella tenía razón, le aterraba sufrir, pero ya lo estaba haciendo.

—Daniel, por favor no te ciegues, no corras tras una ilusión... Mucho menos si por ello puedes perder una realidad maravillosa y que te llena por completo.

—No sé cómo hacerlo... ¿Cómo te saco de mi corazón? ¿Cómo me entrego por completo a Vanessa? —preguntó presa de la desesperación, mientras el temor se adueñaba de su rostro.

—Yo no puedo darte esa respuesta, solo te puedo aconsejar que sigas a tu corazón... y si te soy sincera creo que ya escogió —respondió mientras le mostraba una sonrisa—. Háblame de ella, dime cómo es... háblame de lo que han vivido —pidió invitándolo a sentarse de nuevo, sabía que eso le ayudaría a aclarar lo que sentía.

Daniel se sintió incómodo en un principio, no sabía cómo empezar, pero el recuerdo de Vanessa lo fue relajando y su corazón comenzaba a alejarse del dolor. Su mente lo llevó al día en que se conocieron y lo que sintió al verse por primera vez en sus ojos, todos los momentos compartidos, las alegrías, los triunfos, las penas, los silencios cómplices y los fines de semana juntos. La aventura de cocinar con ella, amarla hasta quedar rendido entre sus brazos y sentir que el mundo a su lado era perfecto, verla dormir junto a él y saber en el fondo de su corazón que ella era suya, como nadie más lo había sido, solo ella lo elevaba a este estado de plenitud y felicidad.

Victoria sabía que él amaba a su asistente; sin embargo, cuando se tiene tanto miedo a salir lastimado es muy difícil aceptar esa verdad. Ella lo había vivido junto a Fabrizio, todas las dudas y los miedos, ese afán de aferrarse al recuerdo de Terrence, pero luchar era en vano.

—¿Y bien? —inquirió de nuevo al ver que él seguía en silencio, aunque sabía que dentro de su cabeza estaba sucediendo mucho.

—Estoy enamorado de Vanessa —esbozó sin siquiera darse cuenta, sonriendo y con la mirada brillante.

Decirlo en voz alta lo hizo sentir extraordinariamente feliz, como si esa revelación pusiera en un perfecto equilibrio su mundo, la sonrisa en sus labios alcanzó su mirada que justo ese momento mostraba un hermoso tono ámbar. Se volvió a mirar a Victoria, y ella le siguió parecieron una chica hermosa y capaz de inspirar amor en cualquier hombre; sin embargo, el suyo ya era de la hermosa mujer de cabello castaño, ojos oscuros y piel canela que había estado a su lado durante esos últimos meses.

—Sí... ya lo sabía y eso es maravilloso, pero lo sería aún más si la buscas y se lo dices. Déjale ver cuán importante es para ti, no tengas miedo de entregarte a ella... —Le aconsejó mirándolo al tiempo que le sujetaba las manos y le dedicaba una sonrisa radiante—. Algo me dice que Vanessa..., también está esperando por esas palabras y ahora que estás consciente de tu amor

por ella no existe nada que les impida estar juntos ¡Haz algo por tu felicidad! —Lo animó con emoción.

—Victoria... yo... no sé qué decir... Gracias —expresó y la abrazó con fuerza, sentía que se estaba liberando de ese amor imposible que lo atormentó por tanto tiempo.

—No tienes nada que agradecer, me alegra verte feliz —dijo con sinceridad y lo abrazó de nuevo.

Después de eso lo acompañó hasta la salida, podía ver en él un afán por marcharse, seguramente estaba desesperado por ver a Vanessa y confesarle lo que sentía, lástima que ella estuviese en Charleston y no en la ciudad. Lo vio subir a su auto, mostrándose feliz y esperanzado, lo que provocó en ella una agradable sensación de felicidad y alivio; por lo menos él ya tenía a alguien que llenase su corazón, eso la hizo pensar en Gerard y rogó para que su amigo también encontrase a una buena mujer que le hiciera conocer el amor.

Capítulo 36

Fransheska llegó hasta la habitación de Fabrizio y dio un par de golpes en la puerta, no recibió respuesta así que decidió intentar de nuevo. A lo mejor, él aún dormía, después del segundo toque escuchó la voz de Fabrizio invitándola a pasar.

—¡Buenos días! —pronunció sin ocultar su alegría, caminando hasta él que permanecía de espaldas observando el jardín.

—Buenos días, Fran. —La saludó sin mostrar mucha emoción.

—¿Cómo amaneces? —preguntó con una sonrisa, mirándolo.

—Bien —contestó Fabrizio, encogiéndose de hombros.

—¿Bien?... creo que puedo cambiar ese «bien» —acotó y su sonrisa se hizo más amplia, iluminando su mirada.

Él la miró intrigado, pero ella no dijo nada, solo se tumbó sobre la cama de su hermano y fijó su vista en los relieves del techo, luchando por parecer tranquila. Él se acercó hasta ella y la miró con atención, el brillo en sus ojos tenía nombre y apellido.

—Está bien, dámela —pidió y el tono de su voz había cambiado.

Ella dejó ver una sonrisa aún más hermosa y se levantó despacio, sacó la carta de su bolsillo y se la extendió. Su mirada se iluminó cuando llegó el remitente y su corazón dio un vuelco, con premura y delicadeza al mismo comenzó a abrir el sobre.

—¡Espera! —mencionó Fransheska. Él se sobresaltó sorprendido y la miró a los ojos—. Nos vemos para el almuerzo, ahora me voy para que te concentres y puedas disfrutar la carta. Creo que cambié tu estado de ánimo —agregó, con la mano en la perilla de la puerta.

—Increíblemente —respondió, sonriéndole—. Gracias, Fran —agregó y le dio un beso en la mejilla.

—De nada —dijo ella entregándole el mismo gesto, luego salió.

Fabrizio caminó hasta el sillón junto a la puerta que daba al balcón de su habitación, el aire de la media mañana era fresco y el paisaje ante sus ojos se estaba pintando de naranjas, marrones y rojos. El otoño lo hacía sentirse un poco melancólico, a pesar de ello, en ese momento su corazón cantaba de felicidad, se sentó en su sillón y se concentró en las líneas ante sus ojos.

Chicago, 30 de julio de 1921

Amado Fabrizio:

Amor mío, ha pasado más de un mes desde que nos separamos, apenas hemos llegado a Chicago y siento que ya no soporto esta ausencia, la distancia que nos separa es demasiado grande y eso me llena de desesperación, porque no sé cuánto tiempo pasará hasta que pueda verte de nuevo. Todas las mañanas durante el viaje salía a la cubierta del barco y dedicaba horas a mirar las aguas del Atlántico porque me recordaban el color de tus ojos, e intentaba no llenarme de recuerdos que después me resultasen tristes al descubrir que no podía tenerte a mi lado, y es que deseaba y deseo tanto poder extender mi mano y tocarte.

Estás en mi pensamiento a cada instante, eres lo primero que llega a mí cuando despierto y

lo último antes de que el sueño logre vencerme, y es que cada vez que te recuerdo mi corazón late lleno de felicidad y una sonrisa se dibuja en mis labios. Sé que a pesar de toda la distancia que nos separa, estamos juntos porque mi corazón está contigo, se negó a dejarte y yo no pude hacer nada para impedirlo, pero créeme que regresaré a buscarlo y no será para alejarlo de ti; por el contrario, amor mío, cuando regrese será para quedarme a tu lado para siempre.

Ya no existen más dudas en mí, ahora sé perfectamente lo que quiero y es quedarme contigo, quiero entregarte mi vida por completo, realmente deseo arriesgarme y recibir todo aquello que desees concederme. Solo pido tu corazón a cambio del mío y te prometo que lo cuidaré como el máspreciado de mis tesoros, porque tú has llegado como un sol iluminando mis días, esos que eran oscuros y fríos, tú ahuyentaste todas las sombras que cubrían mi vida, no olvides que eres mi sol y que te amo con cada espacio de mi ser.

Prometo escribirte muchas cartas para que no me extrañes y sientas que estoy contigo como todas las tardes cuando nos veíamos junto al arroyo, por favor escíbeme tú también, aunque sea para contarme cosas triviales, seré feliz solo leyéndote e imaginando todo lo que haces en tu día a día. Abraza a Piedra de luna de mi parte y dile que la extraño mucho, también a Ónix que lo echo mucho de menos, pero que más le vale respetar a mi niña... aunque si la ama, dile que entonces le doy permiso para que la haga muy feliz.

Saluda a tus padres también, aunque les he enviado una carta a ellos, no quiero que piensen que su nuera solo se desvive por su apuesto hijo..., si bien es cierto, una dama jamás debe confesar una devoción tan profunda por un caballero. Sin embargo, yo nunca he sido una dama muy convencional, así que te envío todo el amor que mi corazón es capaz de entregar y con esto me despido. Te amo, Fabrizio y recuerda que siempre seré tuya.

Victoria Anderson Hoffman

Una hermosa sonrisa iluminó el rostro de Fabrizio, al tiempo que un suspiro brotaba de sus labios, pues cada palabra escrita en esa carta le llenaba el alma de calidez y alegría. Victoria tenía el poder de hacerle olvidar todo, borrar sus tristezas y alejar de él, aunque fuese por un instante, todo eso que lo atormentaba, incluso en la distancia ella tenía la fuerza necesaria para levantarlo.

Sin embargo, una carta y sus recuerdos no le bastaban para sentirse pleno, deseaba con todas sus fuerzas que ella estuviese allí, que regresase a él y poder ser felices. Cada vez le resultaba más difícil soportar su ausencia; por eso la idea de viajar a América lo tentaba, pero al intentar concretar esa idea un extraño temor se apoderaba de él y lo hacía desistir, era como si en ese país lo esperase algo con lo que no deseaba encontrarse.

Fransheska caminó hasta la fuente en medio del jardín, se sentó sobre las hojas secas que empezaban a desprenderse del rosal, dándose la libertad para cruzar sus piernas porque era algo que le encantaba y a lo que estaba acostumbrada por el baile. La suave brisa de la mañana mecía su cabello que estaba suelto como de costumbre, mientras el aroma a flores la embriagaba y los rayos del sol la bañaban llenándola de calidez, creando el escenario perfecto para leer la carta que le había enviado Brandon.

Era maravilloso saber que él la llevaba en sus pensamientos, que al igual que ella también la extrañaba y que en medio de tantas ocupaciones que debía tener, siempre buscaba un momento para escribirle. A pesar de ello, a veces sentía que el tiempo corría más despacio, atormentándola con la idea de que, tal vez, pasaría mucho para que pudiesen verse de nuevo, pero le prometió y se

prometió mantener la esperanza, conservar ese amor en un lugar donde ni el dolor ni la incertidumbre pudiesen alcanzarlo.

—Nada me hará dudar de lo que siento por ti, te prometí que te esperaría y eso haré... — susurró, mirando la hermosa caligrafía de su novio. De pronto la imagen de Enzo Martoglio llegó hasta ella, pero solo para confirmarle que ni siquiera alguien tan insistente como ese hombre conseguiría que Brandon abandonara sus pensamientos, ella no tenía ojos ni corazón ni alma para nadie más que él—. Yo te los entregué y seguirán siendo tuyos siempre.

Se llevó el sobre hasta el rostro para absorber el aroma de Brandon, una sonrisa maravillosa se instaló en sus labios, cerró los ojos mientras sentía que la presencia de él lo llenaba todo. Era tan hermoso sentir que, a pesar de la distancia, el amor los podía acercar; era algo mágico que hacía latir su corazón como si Brandon estuviese allí junto a ella.

Chicago, 28 de julio de 1921

Mi amada Fransheska:

Mi princesa, no tengo palabras para expresar todo lo que mi corazón siente y creo que no se han inventado las indicadas para decirte cuán feliz me haces, para agradecerte por todo lo que me das, por todo el amor, el cariño, la ternura, la alegría... Eres la mujer más extraordinaria que he conocido en mi vida y créeme que aún no he dejado de preguntarme si merezco todo esto.

Pienso una y otra vez en lo que era mi vida antes de ti y todavía dudo de esta dicha de tenerte, me parece mentira que tanta perfección sea verdad y te confieso que me aterra pensar que todo ha sido un sueño, que un día de estos despertaré y estaré en la misma monotonía donde me encontraba antes de ti, no soportaría volver a esa vida después de haberte conocido.

Fran, son tantas las cosas que deseo decirte y es que con cada minuto que pasa siento que te pertenezco más a ti que a mí mismo, te juro que todos estos días que he estado lejos de ti han sido una tortura. Yo perdí tanto tiempo envuelto en sueños efímeros, carentes de sentido, grises y fríos, que me desespera seguir perdiendo más días y noches, por eso necesito estar cerca de ti y poner mi vida entera en tus manos, entregártela en un beso, en un abrazo, si tú estás dispuesta a recibir lo que te ofrezco solo tienes que decirlo y tomaré el primer barco hacia Europa.

Tal vez sientas algo de desesperación en mis palabras, pero es que tengo miedo de perderte, que esta distancia debilite ese sentimiento que me brindas, que la ausencia y todo el dolor que inevitablemente nos pueda traer esta separación termine desvaneciendo lo que tu corazón guarda para mí. Quiero que sepas que no dudo de tu amor ni de la fuerza que posee... solo entiendo que no puedo evitarlo porque esto es mucho más de que un día soñé tener y es lógico que tema perderlo.

Por eso te ruego que pienses en mí, todos los días y perdóname si pecho de egoísta al pedirte esto, es el ruego de un humilde hombre que se ha enamorado de la mujer más extraordinaria del mundo. Yo te prometo que cada instante pensaré en tus hermosos e infinitos ojos grises, en tus labios suaves y exquisitos que me hacen delirar, en esa piel nácar y aterciopelada que jamás voy a dejar de anhelar, y mis pensamientos me llevarán a hacerte cosas que aún no pudo contarte, pero que te haré sentir cuando seas mi esposa y podamos entregarnos como deseo.

Te voy a escribir todos los días, aunque tenga que suspender reuniones, juntas o cualquier otra cosa que se interponga entre mi amor y el tuyo, porque en este momento tú y mi familia son

lo más importante que tengo, lo que verdaderamente me llena de satisfacciones y alegrías, puedo vivir sin lo demás, pero no sin ustedes, no sin ti. Con todo el amor que guardo en mi pecho y es solo tuyo.

Brandon Anderson

Fransheska se sintió tan emocionada que unas lágrimas de felicidad acompañaron esa bella sonrisa que adornó sus labios, mientras su corazón latía desbocado y emocionado ante esas hermosas palabras y la necesidad de Brandon por sentirla a su lado, esa urgencia porque el tiempo volase para volver a estar juntos. El solo hecho de saber que él deseaba con la misma fuerza estar a su lado la hacía inmensamente feliz y eso le confirmó que sin importar el tiempo que pasara, su amor iba a soportar cualquier prueba que el destino pusiese en su camino, de eso no le quedaba la menor duda.

Después de una semana en Chicago por fin había regresado a la apacible calma que le brindaba Charleston, había llegado la noche anterior y dio gracias a que el viaje lo dejó agotado, porque eso le ayudó a controlar la ansiedad que sentía por ver a Vanessa. Sin embargo, esa mañana despertó mucho antes de que el sol saliera y comenzó a prepararse para ir al banco, se sentía muy nervioso de lo que pudiera suceder, pero también guardaba la esperanza de que ella le creyese y aceptara volver con él.

Entró a la sede del banco saludando con verdadera efusividad a todo aquel que se topaba en los pasillos, muchos de ellos le extendieron sus felicitaciones por el cumpleaños y él les agradeció con una sonrisa más efusiva. Cuando llegó a su oficina vio que Vanessa no estaba en su lugar y pensó que seguramente estaría en archivo o algún otro lugar, pero sabía que estaba en el edificio porque ella se obsesionaba con llegar temprano.

Su oficina estaba completamente en orden, él se quitó el abrigo y lo colgó en el perchero, luego caminó a su escritorio y tomó asiento en el cómodo sillón de piel oscura. Sacó de su maletín la rosa blanca que le había comprado y la mantuvo en su mano debajo del escritorio, le hubiese gustado llevarle un enorme y bello ramo, pero no quería exponer su relación frente a los demás, al menos no todavía.

Sentía que Vanessa estaba tardando mucho y los nervios comenzaba a apoderarse de él, miró su reloj de pulsera notando que apenas llevaba diez minutos allí, pero había sido una eternidad. Un toque en la puerta lo hizo reaccionar, sus manos comenzaron a temblar ligeramente y su corazón se disparó, antes de responder se pasó la lengua por los labios, que se habían secado repentinamente.

—Adelante —ordenó dando gracias a su voz por sonar normal.

—Buenos días, señor Lerman, bienvenido de regreso ¿cómo está? —Lo saludó Natalie mostrando una gran sonrisa.

—Buenos días, señora Parker, muy bien gracias, ¿usted...? —dijo desconcertado al ver a la mujer del área de archivo que llevaba los registros contables en su oficina.

—Bien, gracias, disculpe la demora es que aún estaba entregando unas carpetas, deseaba dejar todo en orden antes de venir...

—Disculpe que la interrumpa, señora Parker, pero no entiendo...

—¿Aún no le han informado? —inquirió con una sonrisa amable.

—¿Informarme? ¿Tenían que informarme sobre algo?

—Veo que no, es que usted apenas va llegado. Yo haré la suplencia a la señora Scott...

—¿Suplencia? ¿Qué sucedió con Vanessa? —Daniel no la dejó continuar, dejó caer la rosa y se

puso de pie, alarmado.

—La señora Scott salió de licencia el viernes, señor Lerman, fue algo bastante sorprendente ya que ella nunca había solicitado las vacaciones que por derecho le corresponden. El caso es que el señor Whitman no pudo negarse... así que me asignó a mí la labor de la señora Scott. Espero de verdad serle tan útil como ella y no debe preocuparse porque estoy al tanto de todo, ella se encargó de entrenarme lo mejor posible —explicó con una sonrisa, pero sin evitar sentirse nerviosa ante el cambio de semblante en él.

—No se preocupe, señora Parker, lograremos llevar todo al día —mencionó para tranquilizar a la mujer—. Permítame hacerle una pregunta más. —Esperó a que ella asentiese y continuó—: ¿Por casualidad usted sabe a dónde fue? —preguntó mirándola a los ojos.

—La verdad no estoy segura, pero tratándose de quince días de permiso... supongo que iría a visitar a su familia a México —respondió un poco desconcertada ante la actitud de su jefe.

«¿¿Quince días?! ¡Por Dios! ¿Cómo podré esperar tanto?»

Se preguntó Daniel en pensamientos al tiempo que sentía el vacío instalarse en su estómago y sus latidos se hicieron tan lentos que el pecho comenzó a dolerle. Cerró los ojos y respiró hondo para intentar calmarse, reteniendo las lágrimas que le llegaron de golpe.

—¿Se encuentra bien, señor Lerman? —preguntó Natalie con preocupación, al ver que él perdía los colores del rostro.

—Sí... sí, no sé preocupe, comencemos a trabajar... seguramente tenemos mucho pendiente —ordenó para que la mujer no notara su conmoción, al tiempo que él mismo se obligaba a controlarse.

—Por supuesto, enseguida le traigo lo que es prioridad para hoy —dijo y salió del lugar para buscar el material.

Daniel sintió que eso era una muy mala jugada del destino, justo cuando había decidido luchar por ella y que sentía que ya nada lo ataba a ese amor del pasado, Vanessa había decidido marcharse. Y lo que era peor, debía esperar dos semanas para verla de nuevo, porque ni siquiera tenía una dirección o un teléfono donde comunicarse con ella. Suspiró siendo consciente de que la espera sería insoportable.

Vanessa estaba sentada a la orilla del mar y su mirada se perdía en el inmenso azul ante sus ojos, la suave brisa acariciaba su piel y la embriagaba de ese maravilloso aroma que la había acompañado desde que era una niña. Mientras el rumor de las olas estrellándose en la orilla colmaban sus oídos y bañaban sus pies, dejando en ellos el rastro de la suave espuma tan blanca que se desvanecía rápidamente.

Ese lugar la hacía sentirse segura y le brindaba una sensación de tranquilidad que difícilmente encontraba en otro sitio, por eso decidió pasar unos días allí, porque era su hogar. Necesitaba dejar de lado esa angustia que se había apoderado de ella desde el mismo instante en el que Daniel anunció que volvería a su casa, y que seguramente vería a Victoria Anderson.

—Tal vez sea lo mejor, Vanessa, quizá una vez que él esté frente a ella pueda comprobar si su corazón aún le pertenece... lo que es muy probable, así que lo mejor es que no te hagas ilusiones —susurró para sí misma y se limpió la lágrima que bajó por su mejilla.

Ella también necesitaba aclarar sus sentimientos y tomar una decisión, tenía que hacerlo para cuando estuviera de nuevo frente a él; de lo contrario, seguiría sufriendo y ya no soportaba continuar en esa situación. Suspiró cerrando los párpados y la brisa arrastró las lágrimas que humedecieron su rostro, aunque estaba luchando contra ese dolor, los sollozos terminaron ganándole la pelea y escaparon de sus labios en un torrente, estremeciendo su cuerpo

»¿Cómo me duele amarte, Daniel Lerman! —expresó al tiempo que el dolor en su pecho se

hacía más intenso.

La tarde comenzó a caer desplegando sus hermosos colores sobre el mar, mostrando un espectáculo deslumbrante, digno de ser plasmado en una pintura. En ese instante recordó la que él había comprado para ella cuando viajaron a la cabaña para celebrar su primer mes juntos, ese fin de semana fue tan perfecto que no podía creer que alguien que se entregase como él lo hizo en aquella ocasión, estuviese enamorado de otra mujer.

Esos recuerdos renovaban sus esperanzas por momentos, pero luego llegaban las dudas y azotaban con poderío su alma, mientras su conciencia le gritaba que debía continuar en su postura, que ella no merecía recibir solo las migajas de un amor, mucho menos cuando se daba por completo. Sin embargo, su corazón también tomaba parte en esa lucha interna que libraba y le rogaba para que lo escuchara, para que le diera la oportunidad de demostrarle que lo que decía era verdad, que creyera en sus sentimientos y que entre los dos hallaran la manera de que él se liberase de ese amor imposible.

»¿Y si eso no es posible?... ¿Si él nunca logra olvidar a Victoria Anderson? ¿Qué harás, Vanessa? —Se cuestionó, llorando.

Percibió que alguien se acercaba y rápidamente se pasó la mano por el rostro para secar sus lágrimas, luego respiró profundo para calmar sus emociones y fijó su mirada en el mar. Sintió que le apoyaban una mano en el hombro y por el toque supo que era su madre, pero no se volvió a mirarla porque sus ojos aún estaban vidriosos por las lágrimas y no quería angustiarse.

—Hacía mucho que no te veía tan triste... ¿Qué sucede, mi niña? ¿Por qué estás así? —preguntó, acariciándole el cabello con ternura.

—No es nada mamá, estoy bien... —mintió sin mirarla a los ojos.

—Nunca fuiste buena para decir mentiras, Vanessa, anda habla conmigo, te aseguro que te hará bien... —pidió, buscando su mirada.

—Es complicado de explicar —murmuró, le avergonzaba contarle a su madre sobre la relación que tenía con Daniel.

—Para una madre nada es complicado cuando se trata de sus hijos —señaló Hortensia, dedicándole una sonrisa para animarla.

Vanessa suspiró con resignación y cerró los ojos buscando en su cabeza las palabras para iniciar esa conversación, sabía que su madre no dejaría de insistir hasta que no le contase lo que estaba pasando. Después de casi un minuto consiguió el valor que necesitaba y dio inicio su relato, pero no apartó su mirada del mar ni entró en detalles íntimos, simplemente le resumió cómo se había dado su relación con su jefe y el motivo que la había hecho regresar a su hogar.

—¿Y qué has decidido? ¿Le darás una oportunidad o terminarás su relación de manera definitiva? —inquirió Hortensia con un tono calmado y con su mirada puesta en su hija, una vez que ella se quedara en silencio, dando por terminada su confesión.

—Aún no lo sé, como ve es un asunto complicado.

—No hay amor que no lo sea —acotó, sonriéndole y suspiró—. Eso no quiere decir que no valga la pena luchar por lo que se siente, tú estás enamorada de ese joven y por sus gestos, casi puedo asegurar que lo que él siente por ti también es fuerte, pero nada de eso importa si no hablan y se sinceran... en cuestiones del amor no es bueno mostrarse indiferentes y orgullosos; por el contrario, se debe ser humilde y estar dispuestos a escuchar, eso es algo que he aprendido en treinta años de matrimonio —comentó, mirándola a los ojos.

—Tengo miedo... no sé qué hacer. ¿Y si él me dice que aún ama a esa mujer? —cuestionó, sollozando de solo imaginarlo.

—Bueno, tendrás que aceptarlo y alejarte de él, solo así podrás superarlo y continuar con tu

vida... eres una mujer fuerte, Vanessa, ya una vez lograste salir adelante y estoy segura de que ahora no será distinto, pero para que eso sea posible tienes que afrontar esta situación. Sabes que sin importar lo que decidas nosotros siempre estaremos aquí para apoyarte y que este siempre será tu hogar.

—Gracias, mamá —esbozó Vanessa con la garganta y los ojos inundados en lágrimas, abrazándose a su madre quien la recibió con esa ternura que siempre le había brindado.

—No tienes nada que agradecer, mi niña, para eso estamos las madres, para ayudar a nuestros hijos a encontrar su camino a la felicidad —pronunció, mirándola a los ojos y acariciándole las mejillas al tiempo que le sonreía—. Y ahora vamos, te preparé un rico mole, porque las penas con el estómago lleno, no son tan pesadas.

Vanessa asintió con su cabeza y por fin después de mucho tiempo volvió a mostrar una sonrisa sincera, se puso de pie ayudada por su madre y caminó hacia la hermosa casa de dos plantas de estilo colonial donde se había criado. Se entretuvo preparando junto a su madre uno de sus platillos favoritos, luego llegaron sus dos hermanas quienes también se unieron para hacer más comida, porque en las mesas de los mexicanos un alimento no era suficiente, siempre debían tener al menos cuatro o cinco y todos variados.

Capítulo 37

Fransheska bajaba las escaleras mientras miraba los sobres que llevaba en sus manos, esta vez le enviaría a Brandon siete cartas, una para cada día de la semana. Tenía muchas cosas que contarle por lo que una sola no le bastaba, y no le importaba que a su hermano no le pareciera, porque lo único que deseaba era que su novio pensara en ella todos los días y que no olvidara sus promesas.

Sonrió y suspiró con ensoñación al recordar algunos de los momentos compartidos con él, levantó el rostro cuando llegó al último escalón y en ese instante su mirada captó algo que la hizo tensarse de inmediato. Sobre una de las mesas del salón estaba un arreglo con no menos de treinta rosas en tono damasco.

Suspiró con molestia y caminó hasta él para buscar la tarjeta que lo acompañaba, la verdad no tenía que leerla para saber quién las enviaba ni a quien iba dirigido. Sin embargo, la leyó para comprobar sus sospechas y frunció el ceño al ver que no se equivocaba, agarró la tarjeta y la guardó en el bolsillo de su falda, después de eso caminó hasta el comedor donde la esperaba su familia para desayunar.

—Buenos días, hija. —La saludó Fiorella con una sonrisa—. ¿Ya viste el ramo de rosas que llegó para ti esta mañana? —inquirió llena de curiosidad, aunque ya su hija le había dado una explicación esta no la convencía del todo, sospechaba que podía ser un pretendiente.

—Buenos días mamá, papá, Fabri. —Los saludó, caminando hasta cada uno para darles un beso—. Sí madre, ya lo vi... está muy bonito —agregó sin mucha emoción y ocupó su puesto en la mesa.

—Es el tercero que llega este mes —mencionó Luciano en un tono que dejaba ver que estaba pidiendo una explicación.

—Sí... la verdad no sé por qué se molestan en enviarlos, me doy por bien pagada con el cariño y el entusiasmo que nos brindan en cada presentación —respondió ella sin mucho énfasis.

Fransheska les había mentido a sus padres haciéndoles creer que eran obsequios de agradecimiento por parte las familias de sus alumnas. Las chicas habían ganado bastante fama en toda Florencia y hasta algunas escuelas de ballet de Roma habían llegado para verlas.

—Por lo visto no has sido muy convincente —expresó Fabrizio, llevándose la taza de café a los labios, él no la miraba, pero ella supo de inmediato que él sabía quién los enviaba realmente.

—¡Por favor! Parecen unos novios celosos, yo no veo nada de malo en que Fran reciba rosas. Además, todos en Florencia saben que es una chica maravillosa y el trabajo que está llevando con esas niñas es extraordinario, así que alejen esos pensamientos de sus cabezas... ¡Por Dios, que hombres más desconfiados! —Los regañó Fiorella, y le extendió la mano a su hija—. Son detalles hermosos, mi princesa, no debes tomarlos a mal —agregó dedicándole una sonrisa.

—Gracias. mamá, aunque en verdad es un poco exagerado, supongo que no durará para siempre —respondió, agradeciendo el gesto de su madre e intentando mostrarse casual.

«Y yo me encargaré que no vuelva a llegar un ramo más, tendré que dejarle las cosas en claro, señor Martoglio».

Sentenció en pensamientos y se dedicó a disfrutar de su desayuno, no dejaría que ese hombre le arruinara la mañana. Media hora después, cada uno se levantó para ocuparse de los asuntos que

debían atender ese día. Fiorella salió junto con Luciano para visitar a unos amigos que acababan de llegar de Francia y que no veían desde hacía mucho; por su parte, Fabrizio estaba por salir para la oficina.

—Fabri, espera —pidió, acercándose al auto—. ¿Me puedes llevar hasta Florencia? —preguntó con una seriedad poco habitual en ella.

—Sí, por supuesto, sube —contestó mirándola con curiosidad.

Él quería tocar el tema de las rosas que le estaban enviando, y que sospechaban venían de parte del tal Enzo Martoglio; sin embargo, podía notar cierta tensión en ella, así que prefirió dejarlo de lado, al menos de momento y se enfocó en un tema más agradable.

—¿Te dejo en el teatro? —preguntó cuando entraron a la ciudad.

—No, voy primero al correo a llevar unas cartas para Brandon... y después iré al teatro. —Fue la respuesta de ella, estaba distraída.

—Bien, pasaré por ti en la tarde... cuídate mucho —menciono él cuando detuvo el auto frente al edificio.

—Lo haré, nos vemos, Fabri —respondió y llevó su mano a la palanca para abrir la puerta y bajar, pero su hermano la sujetó.

—Fran... ¿Está todo bien? —inquirió preocupado y presintiendo que ella estaba ocultándole algo a todos

Ella se quedó en silencio porque no sabía cómo responder, pensaba que tal vez lo mejor era contarle a Fabrizio; no obstante, sabía lo temperamental que era su hermano y más cuando se trataba de ella. No quería complicar las cosas, mucho menos cuando sabía que ese problema lo podía solucionar sin involucrar a su familia, era una mujer adulta y podía manejar la situación perfectamente.

—Sí, Fabri... Todo está bien, no te preocupes, nos vemos en la tarde —respondió, acercándose para darle un beso en la mejilla.

Después de eso bajó y caminó hacia el edificio de correos, él la siguió con la mirada desde su auto, Fransheska se volvió y le dedicó una sonrisa antes de entrar. Fabrizio suspiró, cerró los ojos y luego los abrió recorriendo con su mirada todo el lugar, buscando algo sospechoso, pero al no percatarse de nada extraño puso el auto en marcha y retomó el camino a su oficina.

Fransheska salió minutos después del edificio de correos, iba caminando por la calle con una gran sonrisa por los comentarios que le había hecho la señora Bernardi sobre su novio. Le entregó dos cartas que le habían llegado desde América, que las haría llegar ese día luego de organizar toda la correspondencia, pero ya que ella estaba allí se las entregó de una vez, también le dio cuatro para su hermano de parte de Victoria y la invitación a un congreso para su padre.

Sus planes eran ir hasta Florencia para buscar a Enzo Martoglio y exigirle que dejara de estar enviándole rosas y siguiéndola a todos lados, porque ella era una mujer comprometida. Sin embargo, las cartas de Brandon cambiaron por completo sus planes, o por lo menos los retrasaron, decidió ir hasta el teatro para estar en un lugar seguro y tranquilo donde pudiera leerlas.

Leer las palabras de Brandon le ayudó a relajarse, pero también sintió que más que nunca debía ponerle un límite a Martoglio, respiró hondo y se puso de pie dispuesta a zanjar las pretensiones de ese hombre. Para su mala o buena suerte, se encontró con la madre superiora de la congregación, quien al verla la llamó para conversar de algunos eventos que deseaba organizar.

Cuando se dio cuenta ya casi era mediodía, les anunciaron que el almuerzo estaba por servirse, por lo que la religiosa la invitó a quedarse y de esa manera discutir las nuevas ideas que se le habían ocurrido. Fransheska aceptó, suponiendo que tal vez era lo mejor ya que era muy probable que ese hombre no se encontrara en el lugar donde funcionaba su empresa a esa hora, lo mejor era

esperar, una hora más o menos no debía hacer mucha diferencia.

Luciano estaba en su oficina revisando unas carpetas cuando un toque en la puerta captó su atención, levantó la mirada por encima de los anteojos, mostrándose un tanto desconcertado, ya que no sabía de quien podía tratarse. Su secretaria había salido a almorzar con la mayoría de los empleados de la empresa, se acomodó en el asiento y cuando escuchó un segundo toque dio la orden para que entrar.

—Padre, disculpe que lo moleste —menciono Fabrizio, entrando al lugar—. Necesito hablar con usted de algo muy importante.

—Por supuesto dime, hijo. —Le hizo un ademán para que tomara asiento, al tiempo que lo miraba fijamente.

—Necesito investigar a alguien —soltó de golpe y en su voz se podía sentir cierta incomodidad.

—¿Investigar a alguien? —preguntó sorprendido—. Por Dios, Fabrizio ¿qué cosas dices? ¿A quién se supone que quieres investigar? —Lo interrogó Luciano sin salir de su asombro.

—A un hombre que está molestando a Fransheska, su nombre es Enzo Martoglio —contestó y no pudo disimular la rabia que eso le provocaba—. Ella está actuando de manera extraña últimamente y no me convence eso de que los ramos de rosas los envían los padres de sus alumnas. Además, uno es creíble... pero tres en un mes.

—Tengo que confesarte que a mí también me resultaba extraño; sin embargo, no pensé que esto tuviese un trasfondo..., pero ahora que lo recuerdo, el día de la presentación se nos acercó un hombre para presentarse con nosotros, nos dijo que se llamaba Enzo Martoglio si mal no recuerdo y que acababa de llegar a la ciudad. Ese día le obsequió a tu hermana un ramo de rosas y la felicitó con efusividad, en ese momento no le presté atención, pero analizándolo ahora todo parece encajar —mencionó y un vacío se empezaba a formar en su estómago, se puso de pie y caminó hasta el ventanal.

—Yo he intentado enfrentarlo y exigirle que se aleje, pero ella me lo ha impedido alegando que no le dé importancia. Sin embargo, empiezo a sospechar que el tal Martoglio está obviando las señales que tanto ella como yo le enviamos de mantenerse a distancia. Ese hombre la espera fuera del teatro casi todas las tardes, insiste en invitarla a salir a pesar de que ella se ha negado... y ahora esto de los ramos que le envía, porque estoy seguro que es él.

Luciano se sorprendió ante la información que su hijo le ofrecía, de inmediato sintió la necesidad de hacer algo al respecto. Lo mejor era averiguar quién era ese hombre y todo lo referente a él: trabajo, familia, amigos, conocidos; tenía que investigarlo todo.

—Creo que tu petición es válida, hijo. Dame un par de días para intentar obtener toda la información que sea posible; después de eso tú y yo le haremos una visita para que termine de entender que debe mantenerse alejado de Fransheska.

—Sí, debemos actuar antes de que cree algún problema. Sé que mi hermana siempre ha querido demostrarnos que puede cuidarse sola y que sabe cómo manejar este tipo de situaciones, pero siento que en esta ocasión debemos intervenir, padre —alegó Fabrizio, quizá Fransheska se molestaría si se enteraba, pero lo hacía por su bien.

—Sí, creo que es necesario porque según lo que me cuentas ese hombre no busca una amistad desinteresada, sino que está empeñado en atraer su atención de otra manera ¿no es así? —cuestionó Luciano y vio a su hijo asentir—. Eso no será posible, Fransheska ya tiene un compromiso que debe cumplir y si por algún motivo decide terminarlo, debe hablar con Brandon antes. No puede dejar que ese hombre se acerque a ella mientras mantenga una relación —dijo con

determinación, porque debía cuidar su reputación.

—Le aseguro que ella no quiere tener nada que ver con ese hombre, padre, su presencia la incómoda. Está mañana la noté bastante tensa y estoy seguro que es por lo de los ramos, la conozco lo suficiente para saber que no se quedará de brazos cruzados, así que antes de que tengan que enfrentarse a ese hombre, es mejor que lo hagamos nosotros, y seremos más convincentes —sentenció mirándolo a los ojos, estaba dispuesto a defender a su hermana.

Le brindó un poco más información a su padre para que supiera sobre ese hombre, como el auto que conducía y sus rasgos físicos; luego regresó a su oficina para continuar con sus asuntos, sintiéndose más tranquilo al saber que tendría su apoyo. Luciano se sumió en sus pensamientos, sintiendo como que el miedo que hacía mucho no se apoderaba de su pecho, estaba allí una vez más; respiró profundamente, luego caminó hasta su escritorio, agarró el auricular del teléfono y marcó el número de alguien de confianza que podía ayudarlo en ese asunto.

Fransheska llegó a media tarde hasta el lugar donde funcionaba la oficina de Enzo Martoglio, obtuvo la dirección por unos conocidos a quienes en algún momento los escuchó hablar del piemontés. El edificio quedaba en el centro de la ciudad, a pocas manzanas de la empresa de su padre por lo que no le resultó difícil encontrarlo.

Con la mirada fija en la puerta respiró profundamente para armarse de valor y empujó la hoja de madera muy despacio, su mirada recorrió el lugar que se hallaba decorado con muy pocos muebles, tal vez debido a que el hombre apenas se estaba instalando en la ciudad. Dio un par de pasos más y se encontró con un espacio que seguramente era la recepción, en ese momento una mujer que salió de lo que debía ser una oficina y se sorprendió a verla allí.

—Buenas tardes, señorita ¿la puedo ayudar en algo? —preguntó con amabilidad, mientras dejaba unas carpetas sobre su escritorio.

—Buenas tardes... sí, yo... yo he venido a ver al señor Martoglio —respondió y la voz le temblaba, por lo que se aclaró la garganta.

—¿Tiene cita con él? —inquirió desconcertada, generalmente el hombre no recibía visitas así, ella se notaba de buena familia.

—No... no la tengo, pero... no habrá la posibilidad de hablar con él, solo será un momento —pidió con amabilidad.

—No sé si el señor Martoglio pueda atenderla, señorita...

—Por favor... podría al menos intentar preguntarle, solo serán unos minutos... prometo no causarle inconvenientes. —Ella sabía que, si no hablaba con él en ese momento y dejaba todo claro, las cosas podían complicarse, era consciente de que Fabrizio ya sospechaba.

—Espéreme aquí un minuto, por favor —mencionó Laura y le dio la espalda, pero enseguida se volvió—. ¿A quién debo anunciar?

—Fransheska Di Carlo —respondió y le dedicó una sonrisa.

Laura asintió y caminó hasta el interior del lugar de donde minutos antes había salido; Fransheska se frotaba las manos, haciendo varias respiraciones para contrarlar los nervios y la ansiedad. Debía mostrarse decidida si quería que ese hombre la dejara en paz; la puerta se abrió de nuevo y la mujer le hizo un ademán para que continuase.

—Puede seguir, señorita Di Carlo, el señor Martoglio la recibirá.

—Gracias. —Ella avanzó con cautela, mientras temblaba.

Cuando entró a la oficina pudo ver a ese hombre de pie detrás de un gran escritorio de nogal oscuro, en su rostro se dibujaba una gran sonrisa y sus ojos brillaban, demostrarle que estaba feliz de verla allí. Sin embargo, ella mantuvo su misma actitud porque no había ido a ese lugar en una

visita de cortesía sino todo lo contrario, le reclamaría las libertades que se estaba tomando y le exigiría que parara.

—¡Señorita Fransheska, qué alegría verla de nuevo!

—Buenas tardes, señor Martoglio —saludó en tono cordial pero distante, para que él no se hiciese ilusiones.

—Por favor tome asiento... ¿Desea algo de tomar? —preguntó sin dejar de sonreír. Daba por hecho de que ella había ido para agradecerle por las flores que le había enviado.

—No gracias, estoy bien —contestó y ocupó el sillón frente al escritorio, manteniendo una postura rígida.

—Perfecto... Laura, no estoy para nadie, si viene alguien envíelo a pasar más tarde o mañana, por favor. —Se dirigió a la mujer.

—No hará falta que cancele o posponga sus compromisos, señor Martoglio, lo que he venido a hablar con usted solo me tomara unos minutos —alegó Fransheska, mirando a la mujer.

—Está bien; en todo caso... siga mis instrucciones mientras la señorita Di Carlo esté aquí —mencionó con la misma sonrisa forzada.

Laura asintió y después salió cerrando la puerta detrás de ella, dejándolos solos; Fransheska intentó permanecer calmada e ignorar la tensión que sentía en sus hombros. Lo vio a rodear el escritorio y tomar asiento detrás de este mientras fijaba la mirada en su rostro, por lo que ella tuvo que hacer un esfuerzo enorme por mostrarse más segura de lo que en realidad estaba.

—Señorita Fransheska, la verdad me sorprende gratamente tenerla aquí, por favor dígame a qué debo su visita.

—Lamento que el motivo que me trae hasta aquí no sea para nada grato, señor —mencionó con dureza y al ver que él fruncía el ceño, pero se quedaba en silencio, decidió continuar—: he venido para pedirle, encarecidamente, que deje de enviar flores a mi casa...

—¿Acaso le ha molestado que tenga ese detalle con usted? —cuestionó con el ceño fruncido y desconcertado.

—No existe motivo alguno para que lo haga —contestó en el mismo tono, manteniéndole la mirada.

—No veo por qué deba tener un motivo en especial —pronunció con amabilidad—. Lo hago porque me nace, simplemente, porque como le dije el día que nos conocimos, quiero ser su amigo y no veo nada de malo en ello; por el contrario, es algo que debería hacerla sentir halagada... o eso sentirían la mayoría de las mujeres —agregó, mostrando una sonrisa condescendiente, pero su mirada era seria.

—En ese entonces creo que le dejé claro que los amigos no se hacen de un día para otro —sentenció con seguridad—. Además, los amigos no envían rosas sin que exista un motivo especial...

—Bueno, en ese caso yo tengo un motivo especial, creo que usted no es ajena a los sentimientos que ha despertado en mí, usted me atrae mucho, señorita Di Carlo y en verdad me haría un hombre muy feliz si acepta que la corteje —dijo, mirándola a los ojos.

Fransheska se quedó pasmada ante tal osadía, parpadeó de manera nerviosa y de inmediato buscó en su cabeza las palabras adecuadas para responder. Él sonrió al ver su turbación y el brillo volvió a su mirada, haciéndola sentir como esa presa que está frente a un depredador y que solo espera el más pequeño error para devorarla.

—Tiene usted razón, señor Martoglio, no soy ignorante de lo que usted cree sentir por mí... sin embargo...

—De lo que siento, le aseguro que lo siento, Fransheska... y que es tan real como este sol que

nos ilumina —dijo señalando hacia el ventanal por donde entraba la luz a raudales—. Perdón por llamarla por su nombre, pero ya una vez le pedí que me llamara Enzo y usted lo ignoró, supongo que quizá es porque no se siente en confianza, así que seré yo quien dé el primer paso y la tutearé... si no le molesta —mencionó dedicándole una vez más esa sonrisa radiante que usaba para conquistar, al tiempo que su mirada verde se fijaba en ella.

—Señor Martoglio... —Fransheska suspiró armándose de paciencia con ese hombre tan insistente—. Si lo trato de usted es porque el protocolo demanda que sea así entre personas que no se conocen; en cuanto a lo otro, lo lamento mucho, pero yo no puedo corresponderle porque soy una mujer comprometida y...

—¿Comprometida? —preguntó en tono irónico y se puso de pie impidiéndole que continuara—. Hasta donde sé, usted no está casada o pronta a hacerlo... —agregó, sirviéndose un trago de whisky.

—Creo que está muy mal informado, señor Martoglio, no estaré casada, pero estoy comprometida... y si el enlace está pronto o no a efectuarse, ese no es su problema —replicó, mostrándose molesta por su atrevimiento y su actitud grosera.

—Si usted lo dice —murmuró, sonriendo con petulancia—, pero lo que me dijeron es que usted estuvo saliendo con un americano, quien es socio de su padre en algunos negocios, y que se marchó de manera repentina hace un par de meses... abandonándola.

—No he venido hasta aquí para hablar sobre mi vida privada, sino para exigirle que no vuelva enviar rosas a mi casa y que se mantenga lejos de mí, no me interesa recibir su cortejo ni salir con usted mientras siga con su empeño de sumarme a su larga lista de conquistas... Eso es todo —mencionó sin poder ocultar la rabia en su voz, se puso de pie y dio un par de pasos para salir de allí.

—Usted viene a exigirme —habló en tono parco.

—¡Sí!... ¡Así es! —confirmó volviéndose para mirarlo, pero al notar que quizá estaba siendo muy grosera, optó por ser más amable y acabar todo eso por las buenas—. Por favor, señor Martoglio, hago esto por su bien, no tiene caso que siga insistiendo en algo que no lo llevará a ningún lado... Estoy siendo totalmente clara con usted para evitar malentendidos —agregó usando un tono más amable, pero sin dejar de mostrarse segura.

—Supongo que esto se debe a su... relación con Brandon Anderson. —Se volvió para mirarla mientras sorbía un gran trago.

—En parte sí, señor, como corresponde... pero también por el hecho de que no lo conozco a usted, no sé quién es ni lo que hace; además, lo que desea de mí no puedo ofrecérselo porque ya le pertenece a alguien más... —Se detuvo al ver que él se acercaba.

—No conoce nada de mí porque no me ha dado la oportunidad, he sido galante con usted, la he invitado varias veces a tomar un café o dar un paseo y siempre me rechaza, ¿acaso va a negarlo, señorita Di Carlo? —preguntó y sus ojos destellaron de rabia.

—Simplemente estoy siendo sincera, señor.

—No... no está siendo simplemente sincera, está siendo grosera y despectiva... A lo mejor cree que soy menos que su flamante novio. ¡Sí! Seguramente piensa que soy un mediocre y que no estoy a la altura de *la princesa de Florencia*. —Su tono se elevaba cada vez más y la rabia era palpable en su voz. Ella comenzó a asustarse e intentó dar un par de pasos para salir de allí, pero Enzo lo notó y la sujetó por la muñeca con fuerza—. Yo puedo demostrarle todo lo contrario, señorita... Le aseguro que la haría cambiar de opinión, si tanto solo me diera la oportunidad de demostrarle que realmente me importa y que usted no sería una más de mis conquistas, sino la mujer a la que deseo para que sea mi esposa —susurró, mirándole los labios.

—No creo que eso sea posible, señor Martoglio, ya le he dejado clara mi postura y ahora si me disculpa debo retirarme —expresó ella, dando gracias a su voz por mostrarse segura; sin embargo, sus ojos decían lo contrario, estaba aterrada.

—¿De verdad cree que él va a volver? —preguntó con sarcasmo y pudo ver que la sorpresa se reflejada en sus ojos grises. Fue consciente que había tocado un punto sensible y continuó—: Yo no lo creo... verá, un hombre millonario, poderoso, acostumbrado a viajar por todo el mundo y a ver mujeres hermosas en cualquier lugar al que va... mujeres que seguramente le pueden ofrecer más de lo que usted le dio... —Se detuvo con una sonrisa malévola al ver como ella palidecía—. A menos que sí se lo haya entregado como *una prueba de su amor*; en ese caso, confirmaría mi idea de que no volverá si ya obtuvo lo que deseaba de usted. —Él quería lastimarla, así como ella lo estaba lastimando al despreciarlo sin ninguna sutileza.

Fransheska se soltó del agarre de un tirón y sus ojos se llenaron de lágrimas, una mezcla de rabia, dolor e indignación se apoderó de su pecho. Mientras la sonrisa en los labios de Enzo se hacía más amplia, mostraba su satisfacción por haberla herido, estaba actuando de manera vil y eso hizo que ella respondiera con violencia.

—¡Es usted un insolente! —gritó con rabia, dándole una bofetada con todas sus fuerzas—. ¿Y así pretende que le brinde mi amistad? —cuestionó, mirándolo con desprecio.

—Tal vez solo deseo lo que ya le dio al americano —respondió lleno de ira y la sujetó por la cintura, pegándola a su cuerpo.

Fransheska soltó un jadeo mezcla de miedo y sorpresa, apoyó las manos en el pecho de Enzo para mantenerlo lejos, pero la presión que ejercía era demasiada. Él intentó besarla, pero ella lo esquivó con rapidez, luchando contra el pánico que intentaba adueñarse de ella y comenzó a empujarlo, pero apenas si conseguía moverlo y sus intentos por alejarlo solo parecían divertirlo.

De pronto lo sintió hundir el rostro en su cuello y eso la hizo estremecer, pero no porque fuese agradable; por el contrario, ese gesto le provocó repulsión y su cuerpo se tensó al sentir cómo la apretaba contra su él, haciéndola sentir oprimida y deslizaba la nariz por su piel hasta detenerse en su oreja.

—Huele delicioso —esbozó contra la delicada y nivea piel—. Pero estoy seguro de que sus labios son muchísimo mejores —agregó, subiendo el rostro para mirarla a los ojos.

—No se le ocurra —siseó Fransheska de manera amenazante, mientras se removía entre sus brazos para liberarse y una vez más alejaba el rostro para evitar que él la besara—. ¡Suélteme, patán!

—¡Sí! Justo así me gusta... que sea rebelde... así me será más placentero dominarla —pronunció, y la apretó más contra él usando su brazo y con la otra mano le sujetó la mandíbula para que no se le escapara esta vez, iba a devorarle esa altanera boca con un beso.

Fransheska pudo ver con claridad su intención de besarla a la fuerza, por lo que sacó impulsos de donde no tenía para empujarlo y consiguió alejarlo un poco. En ese momento recordó algunas cosas que le había enseñado Fabrizio, en caso de encontrarse en una situación incómoda, con un movimiento ágil levantó la rodilla dándole un golpe certero y con mucha fuerza en la entrepierna.

Enzo reaccionó de inmediato al dolor y se dobló alejándose de ella, llevándose las manos a la parte que le había golpeado, al tiempo que su rostro se pintó de un intenso carmesí y la miró con mucho odio. Respiró profundo para pasar un poco el dolor, mientras sentía que su miembro y sus testículos palpitaban, la rabia estalló dentro de su pecho y quiso vengarse por lo que estiró la mano para agarrarla y hacerle pagar por lo que le había hecho.

—¡Maldita!... ¡Me la pagarás! —gritó furibundo, viéndola echarse hacia atrás e intentó caminar hacia ella, pero el dolor era demasiado.

Fransheska se había quedado paralizada por el miedo, ya que nunca había hecho algo como eso y pensó que le había causado un verdadero daño. Esa no era su intención sino alejarlo; sin embargo, al ver que él pretendía sujetarla de nuevo, caminó con rapidez para abrir la puerta y escapar de ese lugar.

Apenas le echó un vistazo a la secretaria, quien se puso de pie y la miraba con desconcierto, pero ella no se detuvo para despedirse, simplemente siguió hasta la puerta principal. Salió y comenzó a caminar más rápido; de vez en cuando miraba por sobre su hombro para verificar que no la seguía, dio vuelta en la esquina a una calle del edificio de su padre, respiró hondo para calmarse, luego se acomodó un poco el cabello y el vestido para no mostrar su conmoción.

Capítulo 38

Fransheska llegó hasta el edificio y tras cruzar las puertas sintió un inmenso alivio, Emilia estaba en el mostrador de la recepción y le sonrió al verla aparecer, por lo que ella intentó responder de la misma manera, pero ni siquiera pudo hablar. Pasó de largo hasta las escaleras y comenzó a subirlas casi corriendo, necesitaba refugiarse en el pecho de su padre y sentir que estaba a salvo.

—Buenas tardes, Leticia —saludó a la secretaria, intentando sonreír—. ¿Mi padre está? —Su voz mostraba su estado nervioso.

—Buenas tardes, señorita, su padre salió hace una hora... lamento no poder decirle si regresa pues no me lo dijo, tampoco hacia donde iba —contestó, notando que la joven lucía asustada.

—Entiendo... gracias —mencionó alejándose.

Sentía que las lágrimas se desbordarían de un momento a otro, por lo que estando a mitad del pasillo dudó en llegar hasta la oficina de Fabrizio; decidió que lo mejor era entrar primero al baño para intentar calmarse. Para su suerte no había nadie, abrió el grifo y metió las manos bajo el agua fría, las llenó y luego se las llevó al rostro para mojarlo, esperando que eso le ayudara a tranquilizarse.

Sin embargo, resultó inútil ya que la presión en su pecho en lugar de menguar solo aumentaba más y más; al fin las lágrimas se hicieron presentes. Sintió un gran dolor en su pecho y un torrente de sollozos escapó de sus labios, cuando hasta su cabeza llegó el recuerdo de ese hombre intentando forzarla y del peligro que corrió.

—¡Fransheska, ya cálmate! Cálmate, aquí estás segura... no te pasará nada, tu hermano está en este lugar... —murmuró llorando.

En un arranque de rabia, asco, impotencia y pánico, se llevó las manos hasta el cuello y comenzó a estrujarlo con fuerza, intentando alejar de ella esa horrible sensación que Enzo había dejado. Su llanto se hizo más amargo y los sollozos hacían temblar su cuerpo, se sostuvo con fuerza de la pieza de mármol para no caer, se sentía débil.

—¿Fran, estás aquí? —preguntó Fabrizio desde afuera y su voz se notaba tensa—. Leticia me dijo que habías venido buscando a nuestro padre —agregó al no obtener una respuesta.

Fransheska fue presa de los nervios al escucharlo, él no debía verla en ese estado o de seguro se volvería loco de rabia e iría a darle una paliza a Enzo Martoglio. Que, por supuesto se la merecía, pero no quería exponer a su hermano; rápidamente agarró un pañuelo desechable de la bandeja y comenzó a secarse el rostro, al tiempo que intentaba controlar el temblor que la invadía.

—Fabri, sí... hoy terminamos temprano y... —Sentía que ni siquiera podía hablar, respiró profundamente para calmarse—. Decidí venir hasta aquí en lugar de esperar en el teatro —explicó, mientras buscaba con manos torpes la polvera en su bolso.

—No debiste hacerlo... al menos me hubieses llamado para haber pasado por ti o enviar a alguien, sabes que...

—No tienes de qué preocuparte, Fabrizio... yo... estoy bien —mencionó, pero al llegar a las últimas palabras su voz se quebró y las lágrimas se alojaron de nuevo en sus ojos—. Estoy bien —repitió, intentando hacerlo con seguridad, pero le resultó mucho peor.

Fabrizio presentía que algo le había sucedido, así que decidió entrar al baño, de inmediato sus

miradas se encontraron, la de él se mostraba preocupada y la de ella estaba llena de angustia y dolor. Fransheska la esquivó enseguida, apretando los dientes para no dejar salir las lágrimas, su hermano caminó hasta ella y llevó las manos hasta sus brazos, sintiendo el temblor que la recorría.

—¿Qué sucedió, Fran? —preguntó con voz estrangulada, bajando el rostro para mirarla a los ojos y la vio dudar—. Y no se te ocurra decirme que nada, porque es evidente que fue algo grave, dime qué sucedió, por favor —pidió, aunque era más una exigencia.

—Yo... yo... fui a ver a Enzo Martoglio...

—¡Maldición! —exclamó, sintiendo como la ira se apoderaba de él. Ella se sobresaltó al ver su reacción—. ¿Fransheska, como pudiste hacer algo así? ¿Acaso no pensaste que podía ser peligroso? ¿No has visto las señales que ese hombre envía? ¡Ese hombre es un loco! —Fabrizio estaba por completo fuera de sus cabales, necesitaba ir a donde ese maldito y reventarle el alma a patadas.

—Yo... yo... —Las lágrimas bañaban su rostro y sus manos temblaban—. Solo quería ponerle un punto final a todo esto... pensé que ir a pedirle en buenos términos que me dejara en paz funcionaria... pero él no lo entendió así y...—Sollozó, temblando.

—Ese miserable... ¿Cómo se atrevió a ponerte una mano encima? Te juro que lo va a lamentar —sentenció y sus ojos mostraban una tormenta, dio un par de pasos para salir, pero ella lo sujetó del brazo deteniéndolo—. Fran... quédate aquí hasta que llegue nuestro padre, no te preocupes por nada, yo me haré cargo de ese malnacido —Le posó una mano en la mejilla, mirándola con ternura para calmarla.

—¿A dónde vas? —preguntó, presa del miedo, aferrándose a él para evitar que se marchara—. Fabrizio, por favor... Él no me hizo nada, yo estoy bien, de verdad estoy bien... por favor no hagas nada. —Su voz mostraba la angustia y el miedo que la recorrían.

—No te preocupes... tú solo quédate aquí, yo regreso enseguida —respondió, apretándole la mano y le dio un beso en la frente.

—¡Fabri, no...! Fabri no, por favor no vayas a ningún lado, quédate conmigo, por favor.

—Fran, todo va a estar bien, te lo prometo, princesa... Pero necesito hacer esto, ese hombre tiene que entender de una vez por todas que no debe acercarse a ti.

—Pero... ¿Acaso no ves que por lo mismo no les dije nada a ti ni a papá? —inquirió perturbada—. No quería que se vieran involucrados en un problema por mi culpa...

—Primero, no es tu culpa... me consta que no hiciste nada para que ese hombre se creyese con derechos sobre ti, y segundo: soy consciente de que siempre has querido solucionar las cosas por ti misma, pero esta vez debiste buscar nuestra ayuda, porque mira hasta dónde te llevó tu decisión... Así que ahora deja que sea yo quien me encargue de esto, te aseguro que ese hombre no volverá a molestarte —mencionó con determinación y salió del baño con paso apresurado.

Ella lo siguió entrando con él a su oficina, lo vio caminar hasta la caja fuerte y sus ojos se abrieron con asombro y horror cuando descubrió lo que acababa de sacar, provocando que un vacío se formara en su estómago y su corazón se desbocara. Fabrizio agarró su arma y le revisó la carga, luego la metió en un costado de su pantalón, ajustándola con su cinturón, después tomó la chaqueta del perchero y se la puso, se giró para caminar hacia puerta, pero ella se atravesó en su camino mientras lo miraba horrorizada.

—¡No! Fabri, no por favor... hermanito, por favor. —Fransheska le rogó y lo abrazó con mucha fuerza para retenerlo allí—. No cometas una locura, yo no soportaría si algo te pasa por mi culpa, no vayas a ese lugar... mírame —pidió, sujetándole el rostro—. Yo estoy bien, Peter Pan... no me pasó nada, te juro que me pasó nada, por favor créeme —suplicó en medio de sollozos que la estremecían.

—Fran... Tengo que hacer esto, tú eres mi hermana y yo tengo que defenderte. —Intentó liberarse de su agarre.

—Está bien, si quieres vas a verlo y le reclamas todo, pero cuando estés más calmado, no ahora, por favor... —Ella no podía contener las lágrimas que bañaban su rostro.

—Fransheska, no voy a quedarme aquí de brazos cruzados después de lo que ese miserable hizo... Él te atacó, puedo verlo en tus ojos, estás temblando y muerta de miedo —pronunció, viendo como ella se quedaba en silencio y bajaba el rostro, dándole la razón. Se separó con cuidado y la dejó allí mientras caminaba para salir.

—Fabrizio, no me hagas esto... no podré vivir en paz si algo llega a pasarte, ninguno lo hará... Esta vez no podremos soportarlo, mamá se moriría, por favor no te arriesgues, no actúes de manera impulsiva otra vez. —Le pidió dejándose caer de rodillas y su llanto se hizo más doloroso, mientras sentía que la culpa se apoderaba de ella.

Fabrizio se dio la vuelta para mirarla y su corazón se quebró no solo por las palabras de Fransheska, sino al verla tan frágil y llena de dolor. No soportaba verla así, por lo que acortó la distancia entre ambos y se puso de cuclillas para estar a su altura, luego acunó el rostro de su hermana entre las manos y la miró a los ojos anegados en lágrimas, en ellos vio un gran dolor y una pesada culpa, mucho más grande que de la que mostrase un momento antes.

La abrazó con fuerza y ella rompió a llorar temblando entre sus brazos, él no pudo evitar sentir que las lágrimas lo desbordaban también. Comenzó a acariciarle el cabello, dándole besos en la frente para consolarla, así estuvieron unos minutos hasta que poco a poco ella consiguió calmarse y buscó su mirada.

—Te juro que no me hizo nada... —murmuró y vio el escepticismo en la mirada de su hermano, por lo que se apresuró a agregar—: Lo intentó... él intento besarme a la fuerza, pero no pudo... yo lo empujé y logré alejarlo... luego lo golpeé como me enseñaste —dijo, mirándolo a los ojos y él podía ver que era sincera.

—¿Le rompiste la nariz? —preguntó, intentando alejar la tensión tanto en ella como en él mismo.

—No... —contestó, negando con la cabeza—. Yo le pegué con la rodilla... en... —Fransheska se detuvo buscando la palabra decentemente correcta para nombrar esa parte.

Él dejó ver media sonrisa y le acarició la mejilla, entendiendo con claridad cuál había sido el golpe que su hermana le había propinado a ese malnacido. Ella bajó la mirada, apenada mientras un rubor cubría sus mejillas, aunque ellos se tenían confianza, cuando le enseñó esos golpes le dijo que ese en particular no era mucho de señoritas, pero era el más efectivo de todos y así lo fue.

—¡Esa es mi hermana! —expresó, dedicándole una sonrisa o al menos algo parecido, y una vez más le besaba la frente.

Quería alejar ese sentimiento de pavor que aún veía en ella, así que la abrazó de nuevo y la puso sobre su regazo, meciéndola como a una bebé. Se quedaron así un tiempo que ninguno de los dos pudo contar, ella sabía que él necesitaba que le narrase lo que había sucedido; también que tenía que ser sincera, porque Fabrizio la conocía muy bien y notaría si le mentía o le ocultaba algo.

Respiró profundo armándose de valor para revivir todo eso y comenzó su relato, abrazada a su hermano mientras lo miraba a los ojos. Como era de esperarse, Fabrizio tuvo varios arranques de rabia e impotencia a medida que ella le contaba lo ocurrido, incluso la detuvo un momento para asegurarle que ese hombre mentía.

—Brandon te ama, en verdad te ama, Fran... y sé que volverá por ti, debes confiar en el amor

que sientes. No permitas que lo que dijo ese hombre te haga dudar.

—Lo sé..., sé que Brandon me ama tanto como yo lo amo a él, nunca dudaría de su amor y mucho menos por lo que me diga alguien como Enzo Martoglio, sé que lo hizo para herirme... y que de algún modo yo me sintiera despechada y aceptara salir con él.

—Es un miserable —siseó Fabrizio, apretando los dientes.

—Lamento mucho no haberte contado lo que haría, sé que de haberlo hecho nada de lo que sucedió hubiese ocurrido... fui una tonta y una ilusa al pensar que podía tener el control sobre algo así —murmuró, bajando una vez más su rostro.

—No fuiste ninguna tonta; por el contrario, fuiste muy valiente... aunque no estuvo bien. —La miró con algo de reproche, no quería hacerla sentir mal, pero tampoco pudo evitarlo. Le apoyó un dedo debajo de la barbilla para hacer que lo mirara—. Fran, yo soy tu hermano y estoy aquí para ayudarte si tienes algún problema, también para protegerte... Sé que tiempo atrás incumplí mi promesa de estar a tu lado y cuidarte siempre, sabes cuán arrepentido de ello, pero ahora estoy aquí y quiero que me dejes hacerlo y que confíes en mí... por favor prométeme que lo harás —pidió, mirándola fijamente.

—Lo prometo —respondió, asintiendo con la cabeza y con su mirada gris ahogada en los ojos azules zafiro de su hermano, luego lo abrazó con fuerza—. Gracias por estar conmigo, Fabri.

Él correspondió al abrazo de la misma manera y le dio un par de besos en el cabello, luego la miró dedicándole una sonrisa y pasó sus pulgares por las mejillas de Fransheska para secar el rastro que habían dejado sus lágrimas. Aunque de momento, él accedió a hacer lo que Fransheska le pedía, no iba a dejar las cosas así, en cuanto tuviese una oportunidad iría a ajustar cuentas con ese bastardo, ya se la tenía jurada y ahora con lo que había hecho tenía la excusa perfecta para cobrársela, le enseñaría a respetar a las mujeres.

La noche se iba apoderando de la ciudad, llenando de sombras el despacho de Fabrizio, por lo que él se puso de pie y luego la ayudó a ella, debían regresar a su casa. Él decidió que a partir de ese día mantendría el arma consigo, era mejor tener algo con que defenderse en caso de que lo necesita, aún no sabía en qué terrenos se movía Enzo Martoglio, pero sospechaba que podía ser un hombre peligroso.

El trayecto a su casa se hizo en completo silencio, cada uno sumergido en sus pensamientos, él de vez en cuando se volvía para mirar a Fransheska, notando que se estaba tranquila y eso lo llenaba de alivio. Cuando ella era consciente de que su hermano la miraba, se acercaba a él y le sonreía o al menos eso intentaba, no quería que siguiera preocupándose e internamente rogaba que ese episodio hiciera desistir a Enzo Martoglio de seguir molestandola.

—Fabri... quiero pedirte un favor —mencionó, mirándolo a los ojos, una vez que tomaron el camino hacia la casa. Él asintió en silencio instándola a continuar—: Quiero que me prometas que no le dirás nada a nuestros padres de lo sucedido hoy.

—Fran, no puedo hacer eso —expresó dejando claro que no lograría convencerlo—. Lo que sucedió fue grave...

—Por favor, Fabrizio, no le comentes nada... al menos por un par de días hasta que me sienta más tranquila, si se enteran en este momento, seguramente van a querer hacerme muchas preguntas y se angustiarán... Es lo que menos deseo —pidió, tomándole las manos—. Todavía me siento perturbada y los nervios pueden hacer que todo parezca peor de lo que en realidad fue —explicó, sincerándose.

—Se molestarán mucho si lo ocultamos... Además, ya mucho hice con no ir hasta donde ese miserable y obligarlo a entender que no debe acercarse a ti, como para también mentirle a nuestros padres —expuso con rabia, frunciendo profundamente el ceño.

—Lo sé... lo sé hermano y créeme que te lo agradezco muchísimo, pero no quiero que papá y mamá se preocupen por algo que no llegará a mayores... Estoy segura que a ese hombre le quedó claro que no conseguirá nada persiguiéndome. Y ya bastante han sufrido nuestros padres como para que ahora lo haga de nuevo por mi culpa —pronunció con pesar, respirando hondo para evitar llorar de nuevo y que ellos notasen que algo había sucedido.

—Ya te dije que tú no tienes la culpa de nada... estuvo mal el que fueras hasta ese lugar sola, pero no propiciaste esta situación, Fran —dijo, rodeándole los hombros y acercándola a él para reconfortarla, odiaba que se sintiera responsable cuando allí el único culpable era el malnacido de Martoglio—. Afortunadamente no pasó algo peor y solo fue un gran susto..., pero eso te preparó para que la próxima vez lo pienses mejor. Todo es cuestión de aprender, ahora intenta alejar esas ideas de tu cabeza, aquí solo existe un culpable y es ese miserable que no sabe recibir un no por respuesta —sentenció, mirándola.

—Créeme que aprendí la lección, pero por favor prométeme lo que te pedí... solo serán unos días. Después yo misma buscaré la manera de contarles todo —suplicó una vez más.

—Está bien, pero solo unos días. Después de ese tiempo se lo diremos y te aseguro que entre todos encontraremos la forma de tomar cartas en el asunto y ponerle punto final a esto —indicó sin dejar de mirarla, dándole atender que no olvidaría el asunto.

Fransheska asintió comprendiendo su postura y no lo reprocharía, porque ella misma había actuado de manera impulsiva cuando Antonella Sanguinetti lo lastimó, había jurado que se vengaría y así lo hizo. Recordó que cuando se enteró que esa mujer había regresado a Florencia, fue hasta su casa y la atacó de manera tan violenta, que tuvieron sus empleados que quitársela de las manos o la hubiese desfigurado, porque por su culpa Fabrizio se había ofrecido como voluntario para participar en la guerra, abandonando a sus padres y a ella, lanzándose a una muerte casi segura.

Capítulo 39

Daniel contaba los días, uno tras otro, pero ella no regresaba, ni siquiera hacía una llamada o enviaba una nota, algo que le dijera dónde se encontraba, si volvería, si estaba bien o si pensaba en él. Su humor había cambiado mucho, en ocasiones se irritaba con facilidad y en otras se sumía en una profunda tristeza, la extrañaba muchísimo.

Cada lugar que veía se la recordaba y esa situación lo estaba volviendo loco; en vano buscaba su olor entre las sábanas o en su ropa, pero al igual que ella, había desaparecido. Ni siquiera lograba dormir sin que su imagen se adueñase de sus sueños, sin darse cuenta comenzaba a llorar y pedía con todas sus fuerzas verla, al menos una vez más; estaba sumido en sus pensamientos cuando se percató de que llevaba diez minutos en el estacionamiento del banco.

—Señor Lerman, buenos días ¿se siente bien? —preguntó el hombre de seguridad, mirándolo con desconcierto.

—Sí... sí Mark, buenos días... solo estaba recordando si no había dejado nada en el apartamento —contestó, bajando del auto mientras intentaba esbozar una sonrisa.

—Entiendo. —Fue lo único que dijo y sonrió.

Daniel continuó con su camino y cuando llegó a su oficina no vio a la señora Parker en su puesto, pensó que tal vez estaba en archivos buscando los reportes que aún faltaban por analizar para hacer el balance mensual. El trabajo se había acumulado debido a toda esa situación que él atravesaba y a la falta de experiencia de la mujer, que, aunque ponía todo de su parte no conocía el área como Vanessa.

Entró al lugar dejando el saco en el perchero, para luego tomar asiento detrás del escritorio, de inmediato su mirada se perdió en la montaña de carpetas que tenía sobre su escritorio. Un suave toque en la puerta lo hizo volver de sus cavilaciones, soltó un suspiro cargado de resignación y se dispuso a comenzar con su rutina.

—Adelante —ordenó, agarró la primera carpeta e intentó concentrarse en los números allí reflejados.

—Buenos días, señor Lerman. —Lo saludó Natalie, quien llegaba con una pila de documentos.

—Buenos días, señora Parker, cuando llegué y no la vi, pensé que tal vez estaría en archivos y no me equivoqué —mencionó, desviando la mirada para ocultar su desilusión.

—Sí... es que fui a buscar las carpetas que están pendientes por revisión para facilitarle el trabajo a...

—Buenos días, señor Lerman... le traje su café. Muchas gracias por tu ayuda, Natalie... hiciste un excelente trabajo en mi ausencia y en verdad no tendré nunca cómo pagarte —pronunció Vanessa, dedicándole una sonrisa a la mujer, mientras luchaba por mostrarse casual, pero por dentro estaba temblando.

—No tienes nada que agradecer, Vanessa, sabes que lo hice con gusto... Y espero que el señor Lerman haya quedado satisfecho con mi desempeño —mencionó, posando la mirada en él.

—Yo... sí, por supuesto, señora Parker, hizo un gran trabajo, le estoy muy agradecido —respondió Daniel, luego de salir de su sorpresa, había deseado tanto verla entrar por esa puerta que aún dudaba que fuese una realidad, por eso no podía dejar de mirarla.

—Bueno..., regreso a mi puesto y los dejo para que se pongan al día, hasta luego —mencionó

para despedirse, pues notaba una actitud extraña por parte de ambos, y pensó que a lo mejor sus sospechas no estaban del todo erradas, entre ellos pasaba algo.

—Hasta luego, Natalie y gracias de nuevo. —La acompañó a la puerta, sabía que debía hablar con Daniel, pero se sentía nerviosa.

—Sí, muchas gracias, señora Parker —esbozó Daniel y se puso de pie saliendo de ese estado de conmoción—. Señora Scott, le importaría venir un momento, por favor —pidió, estaba desesperado por declararle sus sentimientos, pero también se sentía aterrado.

—Por supuesto —respondió sin mirarlo, cerró la puerta y respiró profundo para armarse de valor. Había analizado muy bien todo lo que le diría, así que se volvió dispuesta hacerlo, pero en cuanto su mirada se encontró con la de él, lo olvidó todo

—¿Cómo estás? —preguntó Daniel y su voz vibraba.

—Bien gracias... ¿y tú? —inquirió, intentando sonreír.

—Bien... me alegra tenerte aquí de nuevo —acotó sin apartar la mirada de ella, sintiendo unos deseos enormes de correr y abrazarla, pero su cuerpo parecía estar clavado en ese lugar.

Vanessa asintió y caminó hasta uno de los archivos, comenzó a sacar algunas carpetas intentando en lo posible parecer casual; sin embargo, sus manos temblaban y no lograba conseguir lo que buscaba. En realidad, ni siquiera tenía idea de lo que era, al fin encontró algo que le podía servir, lo sacó y regresó para tomar asiento frente a él, aunque no se atrevió a mirarlo.

—Hay mucho trabajo pendiente aún —esbozó sin mucho énfasis.

—Sí... la verdad fue mi culpa, no lograba concentrarme... —mencionó y de inmediato bajó la mirada—, pero supongo que tenemos tiempo para preparar el balance de la próxima junta —agregó en tono casual para corregir su comentario anterior.

—Sí... tendremos que trabajar bajo presión y tal vez hasta un poco más tarde..., pero lo tendremos listo para la junta. —Le confirmó, sin levantar la mirada de la carpeta en sus manos.

Después de eso un silencio se instaló en la sala y ellos buscaron concentrarse en lo que le correspondía hacer, evidentemente se les hacía muy difícil, pero lo consiguieron. Después de todo, eran un gran equipo y cuando de trabajo se trataba se complementaban muy bien, en más de una oportunidad sus miradas se cruzaron y sus corazones comenzaban a latir con fuerza, por eso las rehuían.

Los nervios se apoderaban de ellos, pero lograban controlarlos y mostrarse tranquilos, aunque se ambos se morían por decirse muchas cosas; de momento no conseguía el valor ni las palabras para hacerlo. Aunque los dos pensaron que lo primero que harían en cuanto se viesen sería confesarle al otro sus sentimientos, los miedos y las dudas se los impedían, tanto Daniel como Vanessa temían ser rechazados.

—Ya casi es mediodía ¿te parece si pido algo para comer? —preguntó ella, poniéndose de pie para salir de la oficina.

—¿Y si mejor vamos a algún restaurante aquí cerca? —sugirió él, pensando que quizá estar en otro lugar y en otro ambiente, le ayudaría a conseguir el valor de decirle que la amaba.

—Tenemos mucho trabajo... y salir nos tomaría al menos dos horas, eso nos retrasaría —argumentó, mirándolo de soslayo.

—Tienes razón... será mejor comer aquí —aceptó y bajó la mirada para esconder su desilusión.

—Bien, ¿qué deseas comer? —inquirió, mostrándose profesional.

—Puedes decidirlo tú, sabes lo que me gusta —dijo y no pudo evitar posar su mirada en ella, una mirada sexual y hambrienta.

—Bien... regreso enseguida. —Salió huyendo de ese lugar, antes de que su cuerpo que

clamaba por correr hasta él para besarlo, fuese más fuerte que su voluntad y su deseo de aclarar las cosas.

Compartieron la comida en la oficina, ya que él le pidió que se quedara, pero no hicieron ningún comentario de lo ocurrido durante las últimas semanas. Era obvio que ambos estaban evitando el tema y así fue pasando el día, hasta que las sombras de la tarde comenzaron a filtrarse por el ventanal, anunciándoles que el tiempo se agotaba.

Ella miró su reloj de pulsera y suspiró, dejando la carpeta a un lado y se puso de pie para relajar su cuerpo que estaba entumecido. Él la observó en silencio cuando ella le dio la espalda, y no pudo dejar de hacerlo cuando se acercó a mirar a través de la ventana; la luz de la tarde se reflejaba en su perfil haciendo resaltar el tono bronceado que había adquirido su piel, haciéndola lucir mucho más hermosa, como si estuviese hecha de bronce; de pronto, un toque en la puerta lo sacó de su estado de ensoñación.

—Adelante —ordenó Daniel y su voz sonó extraña, por lo que se aclaró la garganta con disimulo y miró hacia la puerta.

—Daniel, disculpe que lo moleste... —August se detuvo al ver a la chica allí—. ¡Vanessa, que sorpresa! No sabía que había regresado, pensé que llegaría el lunes —agregó con una sonrisa.

—Señor Whitman ¿cómo ha estado? —Lo saludó con una sonrisa—. Decidí regresar antes porque recordé que teníamos una junta en puertas y pensé que tal vez habría mucho trabajo pendiente.

—Entiendo, estoy seguro que Daniel debe estar muy agradecido —acotó, mirando la pila de carpetas sobre el escritorio.

—De eso no le quede la menor duda —respondió él y paseó su mirada de Vanessa a Whitman y después la enfocó en ella de nuevo.

—Bueno, yo estaba de salida..., pero me extrañó ver que aún seguía aquí —comentó, porque había visto salir a Natalie Parker.

—Creo que tendremos que trabajar un par de horas más... espero que no tenga problema por ello —explicó Daniel, mirándolo.

—¡No! Por favor, para nada... En ese caso, no les quito más tiempo y los dejaré trabajar... solo no vayan a esforzarse demasiado. Estoy seguro de que teniendo a su asistente de nuevo logrará tener todo listo para el plazo acordado, bueno descanse, hasta mañana.

—Igual, señor Whitman, buenas noches —mencionó Vanessa.

—Descanse, nos vemos mañana. —Lo despidió Daniel.

August salió de la oficina y Vanessa también lo hizo detrás de él con la excusa de buscar algunas anotaciones en la libreta que estaba en su escritorio. Al hacerlo vio que el lugar se encontraba casi vacío, solo el personal de limpieza que realizaba sus labores seguía allí, ella se sentó unos minutos para intentar controlar sus nervios.

Se llevó la mano a la frente y cerró los ojos dejando libre un suspiro, luego de un minuto respirando muy despacio, abrió el cajón y encontró lo que buscaba, la tomó notando que sus manos temblaban. Se puso de pie y caminó hacia el baño para hacer tiempo, no quería regresar todavía a la oficina y ser consciente de que Daniel y ella estaban prácticamente solos en ese lugar.

—¡Por Dios, Vanessa, intenta calmarte! Pareces una chiquilla. —Se regañó, respirando profundamente de nuevo, luego regresó hasta la oficina. Cuando entró vio a Daniel observando a través de la ventana, Vanessa avanzó para tomar asiento de nuevo, pero él se volvió en ese momento y clavó su mirada en ella.

—¿Cómo has estado? —Se animó a preguntar, mirándola.

—¿Yo? —cuestionó, sintiéndose algo desconcertada—. Bien... bien. Viajé a casa de mis

padres para... —Se detuvo buscando las palabras adecuadas, pero le fue imposible en cuanto notó que él se acercaba los nervios la invadieron de nuevo.

—Te extrañé —confesó, sin apartar su mirada de la de ella.

—Daniel... yo... yo quisiera. —Él se puso de cuclillas frente a ella y la calló, posándole un par de dedos sobre sus labios que temblaron al contacto, ella se sorprendió por el gesto y su corazón se disparó.

—No digas nada... déjame hablar a mí, por favor —pidió mirándola a los ojos. Ella asintió y él continuo—: Vanessa... quiero que hablemos de nosotros... Quiero decirte que estoy consciente de todos los errores que he cometido y que sé que todo fue mi culpa, debí ser sincero desde un principio... tú lo merecías... por eso te pido que por favor me escuches... —Su voz dejaba ver el gran esfuerzo que hacía para parecer tranquilo.

—Daniel... yo... —Ella intentó decirle que también había cometido errores, había actuado como una tonta.

—Vanessa... yo sé que esto no es fácil para ti y te aseguro que tampoco lo es para mí, pero créeme, estoy dispuesto a luchar todos los días por ti, por esto que siento... por favor déjame demostrarte que es posible comenzar desde cero y hacer las cosas bien, sé que podemos superar este episodio si los dos ponemos de nuestra parte, ayúdame a derrumbar esas barreras que nos separan... —Él se detuvo cuando sintió que ella tomaba su mano.

—Daniel... yo necesito que me perdones, fui una tonta, fui ciega y egoísta... pensé que mi dolor era el único importante, me sentía engañada, usada... —Esta vez fue él quien intentó hablar, pero ella no lo dejó—. Por favor déjame hablar ahora a mí... Tú me abriste tu corazón y yo no supe entenderte, te juzgué... te condené por tu pasado, por un sentimiento que no tenía nada de malo... —Su voz se quebró y ella inhaló hondo para poder continuar—: te culpé por amarla a ella... Lo hice porque me dolía tanto saber que sin importar lo que te ofreciese jamás podría compararme con ella, aún me duele saber que... que, si acepto estar a tu lado, ella siempre estará entre nosotros, pero no puedo estar lejos de ti... —sollozó bajando el rostro, porque era vergonzoso admitir todo eso.

—Vanessa, amor, no... no digas eso, mírame por favor —suplicó, levantándose y la sujetó de las manos para ayudarla a ponerse de pie y así mirarla a los ojos—. Vanessa, solo eres tú... No me preguntes cómo sucedió porque te juro que ni yo mismo lo sé... pero en mi corazón solo estás tú —expresó con emoción, mirándola a los ojos.

—Daniel... ya no me sigas mintiendo, no es necesario, yo te acepté de esta manera, solo deseo que me des la oportunidad de...

—Mi amor... yo también fui ciego y estúpido... Este tiempo lejos de ti y los consejos de una amiga me hicieron abrir los ojos y darme cuenta del gran error que estaba cometiendo, te estaba perdiendo, Vanessa... me crucé de brazos a ver cómo día a día te alejabas —mencionó y las lágrimas bañaban su rostro—. Y todo por aferrarme a algo que ni siquiera era amor, ahora lo sé... ¿Y sabes por qué? —preguntó mirándola a los ojos para que viera que era sincero.

—No... —esbozó ella con un hilo de voz y negó con la cabeza, mientras las lágrimas la desbordaban y su corazón latía tan rápido que presentía que escaparía de su pecho de un momento a otro.

—Porque tú me enseñaste la diferencia... a ti te amo... te amo tanto que estaba a punto de volverme loco al ver que no volvías, Vanessa, me sentía tan perdido sin ti... Ahora sé lo que es amar de verdad y que todo lo que necesito para ser feliz es tenerte a mi lado... mi amor no me dejes, no lo hagas de nuevo, por favor... por favor —rogó, acunándole el rostro mientras se ahogaba en los ojos de ella que estaban colmados de lágrimas, así como los suyos.

Vanessa le dedicó una sonrisa maravillosa y no pudo responderle con palabras porque la emoción le había robado la voz; en lugar de eso se acercó y lo besó con todo ese amor que llevaba dentro, todo se lo entregó en un beso tierno, dulce. El beso más hermoso y maravilloso que él había sentido en su vida, la rodeó con sus brazos abrazándola con fuerza, pegándola a su cuerpo y poco a poco el beso fue ganando intensidad, haciéndolos gemir y vibrar.

Daniel abandonó los labios de Vanessa y bajó por su cuello, deseaba saborear su piel y no se privó de ello, separó sus labios y lentamente fue pasando su lengua por su garganta, dejando un rastro de humedad. Suspiró sintiéndose embriagado por su sabor y su aroma que eran dulces y únicos, mientras sus manos seguían dándole forma a su cintura, sintiéndola temblar bajo sus caricias.

Ella gemía sintiendo cómo el calor que brotaba del cuerpo de Daniel también calentaba el suyo, y la delgada tela de su camisa le permitía delinear cada músculo de su espalda, hombros y brazos, pero ella deseaba más, quería acariciar su piel desnuda, besarla y sentirla. Se separaron un poco y sus miradas brillantes se fundieron, al tiempo que sentía cómo sus cuerpos temblaban al más pequeño roce que sus manos se brindaban y que el deseo vibraba en los dos.

Él la sujetó de la mano y caminó con ella hasta su sillón al otro lado del escritorio, Vanessa sentía que las piernas temblaban a cada paso que daba, pero la mirada en los ojos de Daniel la llenaba de confianza. Él se sentó y la puso sobre sus piernas, rodeándole la cintura con sus brazos, sin perder tiempo buscó sus labios y se apoderó de ellos con un beso mucho más intenso.

Vanessa se entregaba a sus besos y sus caricias, extasiada de tenerlo junto a ella de nuevo, de sentir su pesada respiración calentándole la piel, haciéndola vibra como solo él sabía; lo había extrañado demasiado y por eso en ese momento no quería cohibirse. Deslizó sus labios por la fuerte mandíbula masculina hasta llegar a su oreja y allí soltó un suspiro, mientras sus dedos se hundían en el suave cabello cobrizo, acariciándolo con pasión y ternura, percibió como él se estremecía bajo el toque de sus dedos, haciéndola sentir poderosa, deseada y amada.

Daniel también estaba urgido por sentir su piel, la miró a los ojos para pedirle permiso y ella le respondió con una sonrisa, asintiendo con su cabeza al tiempo que le acariciaba el pecho; él comenzó a desabrochar su blusa exponiendo sus hermosos senos, cubiertos apenas por un delicado sujetador de encajes blancos. Lucían llenos y hermosos, tentándolo a acariciarlos y él dejó que fuesen sus labios los que crearan un sendero de caricias, sintiendo cómo ella se estremecía y gemía, pero él deseaba más, así que en un movimiento rápido sacó la blusa de la falda y se la quitó para luego dejarla caer a un lado.

Vanessa estaba a merced de Daniel, ni siquiera le importaba que estuviesen en la oficina ni que quizá alguien de limpieza pudiese entrar sin anunciarse y encontrarlos, o la razón por la cual se había quedado hasta más tarde. Solo era consciente de las placenteras sensaciones que él despertaba en su cuerpo y que le encantaban; se estremeció al sentir que desabrochaba su sujetador dejando sus senos al aire, y luego abarcaba su espalda con esas poderosas manos para hacer que ella se arqueara y se los ofreciera.

Él bebía de sus senos como si fuesen un manantial de vida, con calma y constancia, llenando su boca del maravilloso sabor de su bronceada piel, deleitándose con los jadeos que ella dejaba escapar cuando él succionaba con fuerza su pezón. Su cuerpo estaba clamando por estar dentro de ella y disfrutar de esa calidez que anidaba en su interior, podía sentir la misma necesidad en Vanessa, y supo que nada podría detener esa arrolladora pasión.

—Daniel... mi amor... mi amor —gimió con el rostro arrebolado por ese intenso placer que recorría su cuerpo.

—Vanessa... creo que debemos salir de aquí ahora o terminaré desnudándote y haciéndote el

amor en este lugar —confesó con la mirada brillando de excitación, mientras la miraba a los ojos.

—Sé que puede ser peligro... que alguien podría entrar y vernos, pero en este momento nada de eso me importa... —Su voz y su mirada eran una súplica—. Solo acaríciame... y seamos silenciosos.

—No quiero privarme del placer de escucharte...

—Debemos mantener nuestro secreto... —susurró y le acarició los labios con los suyos mientras sus miradas se fundían.

—Ya no más... no tenemos que hacerlo más, quiero que todos sepan que eres mi mujer —murmuró, siendo más osado y dejó que su lengua se paseara por los voluptuosos labios de ella.

—¿Haremos pública nuestra relación? —preguntó, parpadeando con nerviosismo y todo su cuerpo comenzó a temblar.

—Sí —sentenció, mostrando una gran sonrisa que iluminaba su mirada—. Sí, pero antes de eso tienes que responderme algo.

—¿Qué? —preguntó con la voz estrangulada, la emoción apenas la dejaba hablar y su corazón latía demasiado de prisa.

—¿Quieres ser mi novia, Vanessa Avellaneda? —preguntó usando su apellido de soltera, porque su aspiración era que pronto dejara de ser Scott para volverse Lerman.

—Yo... —Ella no pudo continuar, comenzó a llorar y asintió varias veces con su cabeza para darle una respuesta.

Daniel la envolvió con sus brazos y se apoderó de su boca con un beso intenso y absoluto, que los hizo temblar a ambos y encendió una vez más la hoguera de la pasión, haciéndolos olvidarse del lugar donde estaban. Vanessa fue bajando el ritmo del beso, aunque Daniel se negaba a abandonar su boca y su mirada le pidió una explicación, pero ella solo le entregó una sonrisa y se puso de pie lentamente, alejándose lo que le permitía el escritorio, se llevó las manos hasta el cierre de su falda y comenzó a bajarlo.

Él intentó ayudarla, pero ella se lo impidió con una mirada, continuó hasta llevar la falda a sus tobillos, después repitió el mismo movimiento con su ropa interior, quedando completamente desnuda frente a él. Su rostro se sonrojó al ver cómo Daniel la devoraba con la mirada, se acercó y se sentó sobre sus piernas, sin pensar en lo expuesta que estaba en esa posición, sintió la rigidez de su miembro presionando contra la tela de su pantalón.

Su excitación se fue a las nubes al sentirlo palpitar, dejándose llevar por su deseo comenzó a mover suavemente sus caderas, mientras lo veía a los ojos y le regalaba una sonrisa enigmática que hacía destellar su mirada. Fue consciente de la necesidad en él cuando se sujetó las caderas y empezó a moverse desde abajo para aumentar la fricción, ella comenzó a deshojar los botones de su camisa muy despacio, torturándolo con cada movimiento de sus dedos, él ya no podía esperar más y llevó sus manos para ayudarla.

—Déjame hacerlo a mí —pidió con voz ronca por el deseo.

En segundos la camisa cayó junto a su blusa, ella comenzó a repartir besos en sus hombros, en su cuello, en su pecho, sintiéndolo vibrar bajo el toque de sus labios y escuchándolo gemir. Él llevó sus manos hasta las caderas de ella y las acariciaba con suavidad, mientras cerraba los ojos y vivía todas esas sensaciones que tanto había extrañado porque la manera en cómo Vanessa lo amaba era única.

Daniel estaban alucinado con sus gestos, ya que casi siempre quien tomaba la iniciativa era él, pero saber que en ese momento era ella quien deseaba hacerlo lo excitaba aún más. Se incorporó un poco para que deslizara su pantalón, ella lo ayudó llevándose también su ropa interior y ambos quedaron desnudos.

La sujetó por la cintura sentándola de nuevo sobre él y entró en ella muy despacio subiendo mientras la sujetaba de las caderas para llenarla por completo. Ella tembló cuando sintió que él la colmaba, se quedaron quietos compartiendo besos, miradas y sonrisas, pero la necesidad dentro de ellos le exigía más y al fin comenzaron a moverse en un vaivén cadencioso, aferrándose en un abrazo muy estrecho.

La besaba con desesperación, pero deseaba más y por un instante tuvo temor de que la silla pudiera romperse ante sus movimientos enérgicos, así que rodeó su cintura con un brazo y se puso de pie llevándola en vilo. Con la mano que tenía libre lanzó las carpetas al piso y la sentó sobre el escritorio, abriendo un poco más sus piernas para posarse en medio y entró en ella con mucha más fuerza, empujando profundamente.

Vanessa se estremeció cuando esa mezcla de placer y dolor le recorrió todo el cuerpo, se mordió el labio para no gritar y extendió sus manos para hacer que Daniel se posara sobre ella, necesitaba ahogar en su boca todos sus gemidos. Clavó las uñas en su poderosa espalda mientras se fundía en su interior una y otra vez, haciéndola jadear con tanta fuerza que su garganta se desgarraba, y la felicidad se fue apoderando de ella al sentir esa necesidad en él por poseerla.

—Daniel... quiero que me ames... lo quiero todo... todo —suplicó, mientras su cuerpo parecía elevarse.

—Te amaré con todo... lo que hay en mí... mi amor —esbozó entre jadeos, con la respiración agitada y el sudor perlado su piel, estaba dejándolo todo en ese acto.

—¡Oh Dios! ¡Daniel... amor, Daniel! —Ella comenzó a temblar, una llamarada la envolvía y su corazón latía con tanta rapidez que no diferenciaba entre un latido y otro.

Él fue consciente de que ella estaba a punto de llegar al clímax y su cuerpo rogaba por liberarse también, pero la posición en la cual se encontraba no lo ayudaba mucho. La sujetó de nuevo por la cintura y caminó sin salir de Vanessa, hasta el largo sillón junto al ventanal; con cuidado se recostó junto a ella, quien de inmediato lo rodeó con sus piernas y comenzó a moverse debajo de él con intensidad.

Daniel se acopló a los poderosos y excitantes movimientos que ella le marcaba, haciéndole sentir su necesidad de liberarse en su interior, mientras le devoraba la boca en un beso ardoroso y demandante. Vanessa rozó con sus dedos el trasero de Daniel que se contraía en cada empuje, lo abarcó por completo con sus manos para ejercer más presión, sin importarle que al hacer eso él llegara más profundo y le provocara algo de dolor, ella solo quería dejarse ir, lo necesitaba casi que con desesperación.

Sus bocas se buscaron encontrándose en un beso excitante, apasionado y penetrante, donde intentaron ahogar todas esas expresiones de placer que cada vez eran más ruidosas y llenaban todo el espacio. Él se alejó para mirarla a los ojos, tenía la necesidad de expresarle ese sentimiento que por primera vez albergaba su pecho, ese que era tan poderoso y real que apenas conseguía contenerlo.

—Te amo, Vanessa... te amo, te amo... ¡En verdad lo hago! —expresó, estaba a punto de llorar y un temblor lo recorrió por completo anunciándole que su liberación estaba cerca.

—Yo también te amo Daniel, te amo... ¡Oh, Dios! ¡Cuánto te amo! —respondió ella sintiendo que su corazón estallaría de tanta felicidad—. Te amo y lo haré siempre... siempre —dijo, llorando.

Esas declaraciones llevaron a sus cuerpos a liberarse con una fuerza que no habían vivido antes, aferrándose hasta casi volverse uno solo y la unión de sus cuerpos se estremecía con poderío. Daniel sentía una presión en su pecho y unas ganas de llorar enormes, nunca pensó que hacer el amor fuese tan maravilloso; todo su cuerpo vibraba y su alma parecía estar suspendida en

el aire.

Sin por evitarlo un par de lágrimas se derramaron de sus ojos, por lo que hundió su rostro en el cuello de Vanessa y comenzó a sollozar cuando le acarició la espalda con ternura. Ella era consciente de las emociones que esa entrega había despertado en ambos; sobre todo en él porque por primera vez parecía estar haciendo el amor, los sentimientos también desbordaron su corazón y acompañó al hombre que amaba en ese llanto que era maravilloso y liberador.

Capítulo 40

Fabrizio no había olvidado el asunto pendiente que tenía con Enzo Martoglio, delante de Fransheska se mostraba calmado y dispuesto a mantener la promesa que le había hecho, no quería darle motivos para que sospechara lo que pensaba hacer. Hasta el momento habían mantenido a sus padres al margen de la situación; sin embargo, ambos sabían que solo era cuestión de tiempo para que descubriesen que algo pasaba, porque su hermana se notaba muy tensa.

La información que le había dado su padre sobre Martoglio le resultó de mucha utilidad, el muy miserable estaba mezclado con los fascistas, no se le conocía familia y hasta hacía algunos meses estuvo viviendo en el Piamonte. Sin embargo, tuvo que huir de allí por problemas con algunos dirigentes del mismo partido, contaba con muy pocos amigos en Florencia, la mayoría lo trataban con distancia al estar al tanto de que el hombre era partidario del movimiento que comenzaba a comandar Benito Mussolini.

Teniendo en cuenta todo eso, Fabrizio había ideado un plan para alejarlo de manera definitiva de Fransheska; iría hasta el edificio donde funcionaban las oficinas de la empresa de transporte de Martoglio y le daría una semana para que se largara de Florencia. De lo contrario, él dejaría correr algunos rumores que llegarían al Piamonte en cuestión de días, y los *amigos* de ese malnacido no tardarían en aparecer y convertirlo en comida para buitres.

—Buenos días, Fabri. —Lo saludó Fransheska, mirándolo algo extrañada cuando lo recibió al pie de las escaleras—. ¿No irás a la empresa hoy? —preguntó por la forma en la que vestía.

—Sí, pasaré más tarde, pero antes tengo que ir a la estación de trenes para inspeccionar que esté listo el vagón que compró nuestro padre para hacer los envíos en mejores condiciones. Un par de trabajadores lo estaban acondicionando para los medicamentos; el otro día cuando fui terminé arruinado mi traje, así que me puse este pantalón de mezclilla que compré en Génova, se los vi a unos obreros y quise probar, la verdad es que son bastante cómodos —comentó de manera casual para alejar las sospechas de su hermana.

—Ya veo, te queda bien —dijo ella sonriendo, mientras lo rodeaba para mirarlo mejor. Su hermano se veía muy apuesto con esa prenda y la chaqueta de cuero, aunque la camisa blanca le seguía dando ese toque de elegancia que lo caracterizaba—. La próxima vez que vayas a Génova te encargaré un par para mí —agregó divertida.

—¿Acaso quieres provocarle un infarto a nuestro padre? —cuestionó sin poder esconder su sonrisa.

—Tienes razón, mejor no —respondió negando con la cabeza, pero su sonrisa se hizo más amplia—. Pero puedes traerme uno para regalárselo a mi novio, seguro le quedará igual de bien que a ti.

Fabrizio negó con la cabeza mientras sonreía, definitivamente su hermana no tenía remedio, pero él adoraba que fuese de esa manera, que tuviera esa facilidad para expresar sus sentimientos y sus deseos, que fuese tan espontánea y genuina. Por eso haría lo que fuera para mantenerla a salvo, y lejos de cualquiera que pudiera lastimarla o robarle esa alegría, incluso si eso significaba acabar con la vida de aquel miserable que nadie en el mundo extrañaría.

—Me voy, se me hace tarde... cuídate mucho, Campanita —dijo, mirándola a los ojos y luego le dio un beso en la frente.

—Tú también, Peter pan... por favor —pidió mirándolo fijamente, besó su mejilla y lo vio salir.

Escuchó el poderoso sonido del motor de su auto y una extraña sensación se apoderó de su pecho; de pronto fue presa de una urgente necesidad de retenerlo allí, así que caminó de prisa para intentar alcanzarlo. Cuando abrió la puerta ya el auto se alejaba por el camino bordeado de cipreses; ella respiró profundo para alejar esa sensación de zozobra, tenía que comenzar a calmarse e impedir que el miedo le arruinase la vida, dio media vuelta y caminó hacia el jardín.

Fabrizio estacionó el auto una calle antes de donde funcionaba la supuesta empresa de transporte de Martoglio, algo lo hacía sospechar de todo lo que ese hombre representaba y no dudaba que incluso ese lugar solo fuese una fachada. Bajó del auto y comenzó a caminar calle arriba, cualquiera que lo viera no lo reconocería, al menos no a primera vista, y ese era su objetivo, pasar desapercibido, llegó y empujó una de las hojas de cristal para entrar al lugar.

—Buenos días, caballero, sea bienvenido a Transportes Martoglio, ¿en qué puedo ayudarlo? —preguntó con amabilidad.

—Buenos días, me gustaría ver al señor Martoglio —contestó, intentando sonreírle por cortesía a la mujer.

—Por supuesto ¿tiene una cita con él? —inquirió de nuevo.

—No, no la tengo, pero tenga por seguro que él me recibirá —respondió con determinación y caminó hacia la puerta tras ella.

—Señor, por favor esperé un momento —pidió intentando detenerlo—. No puede entrar así, tengo que anunciarlo primero —agregó, viendo que pasaba a su lado sin detenerse—. ¡Señor, por favor! —exclamó al verlo abrir la puerta de un empujón.

—¡Enzo Martoglio! —gritó Fabrizio, entrando al lugar y lo encontró sentado detrás de su escritorio.

—¿Se puede saber quién demonios le da derecho para entrar de esa manera a mi oficina? —preguntó sobresaltado mientras se levantaba de su sillón y lo fulminaba con la mirada.

—Señor Martoglio... yo intenté detenerlo —esbozó Laura con nerviosismo, mientras miraba a su jefe.

—¿Derecho? ¿Pregunta quién me dio el derecho de entrar así? —Le contestó con una pregunta cargada de rabia—. Me lo dio usted en el mismo instante en el que posó su mirada en mi hermana ¡Rata miserable! —exclamó Fabrizio, mirándolo directamente a los ojos.

—Puede retirarse, Laura —ordenó Enzo, sin apartar su mirada de Di Carlo, no lo había reconocido en cuanto entró.

—Con su permiso, señor Martoglio —murmuró apenada, luego caminó y salió, aunque su naturaleza curiosa la hizo dejar la puerta entreabierta para poder enterarse de lo que sucedía.

—Así que por fin se ha animado encararme, Fabrizio Di Carlo... yo pensé que no tenía el coraje para hacerlo, ya que su hermana tuvo que venir por su propia cuenta —pronunció, mostrando una sonrisa cargada de sorna y caminó para servirse un trago—. Aunque es una lástima que haya venido a perder su tiempo, porque yo no tengo por qué darle explicaciones a nadie sobre mis actos, hago lo que se me da la gana, cuando, dónde y con quien quiera... y eso no lo va a impedir ni usted ni nadie —mencionó con actitud retadora.

—Yo no he venido aquí por ninguna explicación, sino a exigirle que deje a mi hermana en paz y que se vaya de Florencia. —Fabrizio temblaba a causa de la ira que recorría su cuerpo y que clamaba porque le diera una paliza a ese infeliz, pero se controlaba porque le había hecho una promesa a su hermana—. Tiene una semana para hacerlo, y si cree que podrá acercarse a

Fransheska de nuevo está equivocado, porque lo estaré vigilando y lo mataré antes de que le ponga una mano encima... Ya lo sabe. ¡Una semana! —Lo amenazó.

—¡Bravo! ¡Bravo! —Enzo lo aplaudió mientras una sonrisa cargada de ironía se dibujaba en sus labios, pero su mirada era fría como un témpano—. Maravillosa actuación del hermano herido en su orgullo... Escúchame bien, muchachito, no ha nacido el hombre que me haga desistir de algo que deseo... Ahora, para tu desgracia y tu frustración, yo deseo muchísimo a tu hermana y no descansaré hasta tenerla —acotó, viendo con satisfacción como se tensaba.

Fabrizio acortó la distancia entre ambos y lo sujetó por la solapa del traje, estrujándolas con fuerza mientras lo miraba con ganas de asesinarlo. Enzo se sorprendió ante ese arranque de furia, pero no se dejó intimidar por esa postura de bravucón; por el contrario, le mantuvo la mirada con la misma actitud de arrogancia que había mostrado desde que supo quién era.

—Solo le diré esto una vez más y espero que escuche bien —siseó arrastrando las palabras—. Deje en paz a mi hermana o yo mismo vendré hasta aquí y lo mataré con mis manos... A menos que prefiera que lo hagan sus amigos del Piamonte —agregó, esperando que eso terminara de convencerlo de que se largara.

Enzo no pudo esconder la turbación que esa revelación causó en él, pero la amenaza también avivó ese resentimiento que habitaba en su interior y un intenso calor se expandió por su pecho. No se dejaría vencer por ese niño rico que se creía el dueño del mundo y representaba todo lo que él odiaba; además, de ser el hermano de la única mujer que lo había rechazado de manera tan descarada, si ellos pensaban que lo podían humillar estaban muy equivocados.

»Estoy seguro de que ellos disfrutarían muchísimo torturándolo durante días, y seguramente después lo dejen a la vera de un camino o en el fondo de un pozo —agregó Fabrizio, al ver que sus palabras habían tenido cierto efecto en él, pero no veía tanto temor como el que esperaba—. Así que está advertido —dijo y lo soltó haciendo que chocara contra uno de los archivos a su espalda.

—Puede hacer lo que mejor le parezca porque no pienso seguir su juego, no soy su maldito sirviente para hacer lo que me manda.

—Queda advertido —mencionó Fabrizio, no seguiría perdiendo su tiempo allí, así que le dio la espalda y caminó hacia la puerta.

—Ustedes se sienten tan seguros en sus castillos, como si nada en el mundo pudiese dañarlos, pero déjeme decirle que eso no es así. El mundo no les pertenece y su hermana ya se dio cuenta de ello... también de lo que es un verdadero hombre y hasta dónde puede llegar cuando se propone algo. —Se acomodó el traje con sorprendente calma—. Así que, en lugar de estar aquí amenazándome con sus estúpidas influencias, por qué no le aconseja que lo mejor que puede hacer es aceptar mi cortejo. Yo prometo olvidar todas estas desavenencias y comenzar de nuevo... hasta pasará por alto la manera tan grosera en que me rechazo.

—¡Usted está completamente loco! —dijo Fabrizio, volviéndose para mirarlo con asombro, pues era lo que parecía.

—No estoy loco, todo esto tiene una explicación, cuñado ¿puedo llamarte así? —preguntó y sirvió otro trago para luego ofrecérselo, pero la mirada de Fabrizio lo hizo desistir—. Hablemos entre hombres... tu hermana es una mujer muy hermosa, digna de ser tratada como una reina, pero también es altanera y orgullosa... Las mujeres así me enloquecen porque se me presentan como un reto y ante los retos suelo perder la cabeza, no fue mi intención asustarla, solo quería demostrarle cuán fuerte es lo que siento por ella...

—¿Forzándola a hacer lo que no quería, miserable? —inquirió Fabrizio y sus ojos tenían un brillo que anunciaba que su paciencia se acababa, pero respiró hondo para obligarse a no caer en

sus provocaciones—. No pienso seguir perdiendo mi tiempo escuchando sus estupideces, ya sabe lo que le pasará si no deja Florencia en una semana. —Le advirtió una vez más, mirándolo fijamente.

—No se preocupe, yo no intentaré acercarme a su hermana, tal vez suceda lo contrario y sea ella quien termine regresando a este lugar. En ese caso le prometo que sabré tratarla con la delicadeza que se merece, solo no se sorprenda cuando vea que ha cambiado de opinión y decide quedarse conmigo. —Se encogió de hombros y le dedicó una sonrisa mientras se llevaba el vaso a los labios.

Fabrizio sabía que lo estaba provocando y aunque no quería ponerse al mismo nivel de ese miserable, no pudo seguir conteniendo su rabia, si Martoglio quería una respuesta se la daría. Volvió sobre sus pasos con rapidez para no darle tiempo de nada y le propinó un certero golpe en la mandíbula, con tanta fuerza que lo hizo trastabillar y que terminara tendido en el piso.

—¡Mire, maldita basura! Espero no verle la cara de nuevo y créame que lo digo por su bien, tiene unos días para irse de la ciudad, olvidarse de todo esto y seguir con su vida mediocre. De lo contrario ya sabe lo que le espera. —Lo dejó allí tirado y caminó hacia la puerta para abandonar el lugar.

Enzo se quedó en silencio al tiempo que se limpiaba con la mano el rastro de sangre que salía de su comisura izquierda, y sus ojos se encendían llenos de ira mientras lo veía alejarse. Había soportado muchas humillaciones al haberse criado como un miserable huérfano, pero había llegado a una etapa en su vida en la que no estaba dispuesto a hacerlo y se cobraba con creces cada desprecio. Se puso de pie y se encaminó para cerrar la puerta con un golpe que la hizo estremecer, después se sentó en el sillón detrás del escritorio, agarró el auricular y marcó un número que sabía de memoria.

Marión se preparó temprano para irse a trabajar mientras que Fabrizio vistió a Joshua y salieron a la embajada de Italia para gestionar lo de su documentación. También irían a la iglesia para buscar todos los requisitos para el matrimonio.

En la embajada fue poca la ayuda que le brindaron, solo le dijeron que debía esperar a que ellos se pusieran en contacto con el registro en Florencia, ya que él no tenía ningún documento que lo acreditara como la persona que decía ser. Él solo dijo que había perdido la documentación a lo que respondieron que el trámite no era sencillo y debía esperar, salió de allí sintiéndose un tanto decepcionado, pero se recordó que no podía darse por vencido, debía recuperar su identidad.

Se dirigieron a la iglesia donde los recibió el sacerdote que había bautizado a Joshua, el hombre los hizo pasar a oficina en la casa parroquial. Fabrizio tuvo que aguantar en silencio un sermón de casi cuarenta minutos, luego de que el padre se enterara del motivo de su visita; al final terminó dándole los requisitos para la ceremonia, y aunque él no había hecho una confesión formal, terminó recibiendo varios padrenuestros y Avemarías como penitencia.

Salieron de la iglesia, que no estaba muy lejos de la casa, así que llegaron al acuerdo de que caminarían para comprarse un helado con el dinero del taxi. Iban por la acera cada uno saboreando su cono de helado, cuando Joshua recordó algo que le causó curiosidad porque se lo había escuchado decir a su tío y sus padrinos.

—Papi —mencionó elevando su rostro para mirarlo—. ¿Qué es una luna de miel? —preguntó Joshua espontáneamente.

Fabrizio casi se ahoga con el helado, tosió un par de veces y empezó a buscar la respuesta más coherente, mientras miraba los ojos llenos de curiosidad de su hijo.

—Una luna de miel es... es verás, cuando dos personas que se quieren mucho se casan...

normalmente hacen un viaje juntos y a eso se le llama luna de miel y se le llama así porque... La verdad no sé por qué, pero lo más seguro es que se deba a alguna leyenda y yo para eso soy muy malo, pero de seguro tu madre sí lo sabe... aunque pensándolo bien, no tiene lógica ese nombre, debería ser *días y noches de miel*. Ya que uno ama a cada momento ¿verdad? —cuestionó, aunque más para él mismo.

—Sí, tú amas a mami todo el tiempo ¿sabes por qué lo sé?

—¿A ver por qué lo sabes? —preguntó llevándolo a una banca para tomar asiento, necesitaba descansar un poco.

—Porque todo el tiempo hablas de ella... empiezas hablando de algo, pero terminas hablando de mami y porque cuando estás con ella la miras así —acotó, imitando esa mirada embelesada que le dedicaba su papá a su mamá cada vez que se veían— Y suspiras... y te gusta besarle la boca y la sujetas de la mano, le acaricias las mejillas y mientras la miras pones cara de bobo. —Terminó en una carcajada, la que Fabrizio no pudo evitar acompañar.

—¿Tan evidente soy? —preguntó riendo y el niño asintió acompañando su estado de ánimo.

—Papi... ¿Y qué hacen en esos días? —inquirió, mirándolo.

—Bueno después que se casan se dan unos días para demostrarse el amor, así como nos lo demostramos tu mami y yo, se van de viaje a algún lugar que les guste a los dos y comparten juntos todo... Absolutamente todo, claro eso no termina con la luna de miel, después cuando se van a vivir juntos siguen demostrándose el amor.

—Pero papi, ya mami y tú se han demostrado el amor, entonces, ¿qué caso tiene la luna de miel? Ya saben que se quieren.

—Sí, lo sabemos, pero ese viaje es como un regalo que se dan.

—Entiendo... —pronunció y miró su cono casi vacío—. Y si yo también quisiera un regalo, papi... como otro helado porque este ya se terminó —dijo, mostrando una sonrisa traviesa.

—¿Quieres otro helado?... —Joshua asintió moviendo su cabeza—. Déjame ver si lo que tengo aquí nos alcanza. —Verificó algunas monedas y le alcanzaba para otro, lo compraron y siguieron sentados en la banca para que no se le fuera a caer si caminaba.

—Gracias, papi... me encanta mi regalo de bodas.

—Un helado es muy poca cosa para un regalo de bodas, Joshua.

—No creo que sea poco, si es con cariño para mí es suficiente y para mami también —aseguró, porque sabía que su mamá se emocionaba con las flores, los bombones y con sus besos.

—Tu mami quiere algo más complicado que un helado.

—¿Qué quiere mami? —preguntó saboreando su cono.

—Quiere que estudie, que sea un abogado.

—Puedes hacerlo, papi... puedes darle ese regalo a mami.

—Quiero, pero no puedo... es complicado, piden muchos papeles y dinero que no tenemos —respondió, limpiándole con un pañuelo la barbilla para que no se ensuciara la ropa.

—¿Sabes que quiero yo? Pero sé que es muy difícil... muy pero muy difícil —mencionó agrandando sus ojos.

—¿Qué quieres Joshua?... ¿Otro helado? Aún no te terminas ese.

—No. —soltó una carcajada—. Quiero ir a Madagascar... la vi en un libro que tiene mi padrino, es uno que tiene de fotos de África... ya sabes que tiene muchos libros...

—¿Madagascar? —inquirió, algo impresionado.

—Sí, vi unas imágenes de Madagascar y es bellísima, papi... hay muchos animales y está rodeada de agua..., mi tío Manuelle me dijo que era una isla y que lo que la rodeaba era el mar... me gustaría verlo porque se ve muy bonito, él dice que su color es como el de mis ojos... ¿Es

cierto papi? —preguntó con curiosidad.

—Sí, su color es como el de nuestros ojos, pero tiene otros colores, algunos más claros o más oscuros, incluso a veces puede ser verde o transparente... me gustaría llevarte, pero es difícil lo que pides, Joshua —pronunció con pesar porque sabía que no podía cumplirle ese sueño a su hijo.

—Lo sé... tío me dijo lo mismo, pero sería un maravilloso regalo de bodas ¿no crees? —Su mirada se iluminó por la esperanza.

—Sí, maravilloso... solo que por ahora me resulta complicado. —Lo vio bajar la mirada desilusionado, así que le puso un dedo debajo de la barbilla para hacer que lo mirara—. Pero voy a buscar un trabajo y los llevaré algún día... te lo prometo.

Joshua se sintió emocionado de nuevo, Fabrizio lo abrazó y le besó el cabello, mientras dentro de él se reforzaba la idea de buscar un trabajo, así Marion no quisiese él necesitaba hacerlo. Su hijo terminó su helado y después de un rato retomaron el camino a la casa para preparar el almuerzo, o sino Manuelle se comería a sí mismo.

Marion caminaba por el pasillo que llevaba al depósito del hospital, se habían quedado sin gasas para las curas y ella se ofreció para buscarlas; entró al lugar y rápidamente tomó lo que necesitaba, lo metió a la cesta y salió. Mientras regresaba su mirada se topó con la habitación donde guardaban los folletos, los talonarios de récipes y los periódicos viejos, de pronto hasta su mente llegó aquello que le dijera Richard, sobre el hombre que estaba ocupando su lugar.

Hace un mes vi en el diario una fotografía de mi padre junto a ese hombre, que es idéntico a mí y que vi en la estación de París.

La curiosidad se apoderó de ella, por lo que decidió entrar a ese lugar con la esperanza de encontrar los diarios del mes pasado, encendió la luz y dejó de lado la cesta. Contó con suerte y encontró algunos, de inmediato empezó a hojearlo con rapidez, de esa manera pasó unos diez periódicos y ya estaba a punto de darse por vencida, cuando por fin halló lo que estaba buscando.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó y se llevó la mano a la boca, mientras miraba con asombro la fotografía.

Sus manos empezaron a temblar mientras las lágrimas se hicieron presentes, no podía creer lo que veía, ese hombre y su esposo eran sumamente parecidos, incluso podía decir que eran idénticos. Solo que el de la fotografía se veía más saludable, no estaba tan delgado como Fabrizio y aunque sus rasgos eran iguales, ese hombre tenía un semblante más endurecido, como si fuese de carácter más serio y hasta podía decir que si eran hermanos gemelos, aquel era el mayor; además estaba enfundado en un elegante traje, con un corte más prolijo y su porte era más distinguido.

—Tienen que ser hermanos... no existe otra explicación lógica para que ambos tengan un parecido tan asombroso —murmuró deslizando sus dedos por la imagen.

Entonces recordó ese día en que lo encontró afeitado, seguramente fue cuando vio esa imagen y se quitó la barba para constatar más el parecido. En ese momento comprendió la turbación que debió sentir su esposo al verse de cierta manera en esa imagen, ella misma se sentía tan perturbada que si no fuese porque sabía que Fabrizio estaba en su casa, juraría que era el de la fotografía.

—Pero no entiendo... si son hermanos ¿por qué Fabrizio actúa de esa manera? ¿Como si no tuviese conocimiento de su existen? ¿Será acaso que sus padres se lo ocultaron? —cuestionó frunciendo el ceño, pero de pronto vio lo que decía al pie de la imagen y se sintió mucho más confundida—. ¿Por qué llevan el mismo nombre?... Si son hermanos deberían llamarse distinto... Dios... ¿Qué es todo esto? —inquirió una vez más y las dudas intentaron apoderarse de ella, pero negó moviendo su cabeza, no podía desconfiar de su esposo—. Lo que piensas no tiene sentido,

Fabrizio te ha dado muchos detalles de su familia y siempre se ha mostrado convincente.

Cerró los ojos un momento para calmar esa marea de sentimientos e ideas que la azotaban mientras se obligaba a reforzar la confianza que sentía por su esposo. Cuando abrió sus párpados, se enfocó en la figura del hombre a la izquierda de la imagen, quien según el pie de la foto era Luciano Di Carlo, al fin después de tantos años conocía a su suegro y una sonrisa se dibujó en sus labios.

Era un señor bastante elegante y apuesto, tenía cierto parecido a Fabrizio; sobre todo en la mirada, parecía que compartían el mismo hermoso tono topacio, aunque no podía asegurarlo porque la imagen era en blanco y negro. Y también parecían tener la misma tristeza, como si su alma callase muchas cosas, una vez más tuvo que cerrar los ojos para ordenar sus pensamientos; de lo contrario terminaría enloqueciendo.

—Marion, aquí estás... La señorita Rogers preguntó por ti.

—Gracias, Juliet, enseguida voy... solo me distraje.

Agarró el diario para llevárselo porque necesitaba saber más, quizá si le contaba a su hermano él podía ayudarla, confiaba mucho en el instinto militar de Manuelle. No le diría nada a Fabrizio para no exponerlo de nuevo a todo eso, porque sabía que podía terminar perturbándolo y no quería perder los avances que había hecho.

Capítulo 41

Después de una semana de su encuentro con Enzo, Fabrizio recibió una llamada del hombre que había contratado para que lo vigilara; al parecer sus amenazas habían surtido efecto, ya que Martoglio había dejado la ciudad. Sin embargo, la oficina de transporte seguía funcionando a cargo de su secretaria, lo que le indicaba que su ausencia no era irreversible y que podía regresar en cualquier momento, así que debía estar atento.

Había acordado con Fransheska retrasar la conversación con sus padres hasta tanto no estuviesen seguros de que ese hombre se había marchado definitivamente de la ciudad. La única condición que le puso fue que ella debía permanecer en la casa, nada de ir al teatro, a la empresa ni a las reuniones de caridad o cualquier otro evento, que implicase exponerla en Florencia.

Fransheska incluso accedió a pasar una temporada junto a su amiga Edith en París; por suerte sus padres no vieron nada sospechoso en su decisión, ya que ella les explicó que eso le ayudaría a no sentir tanto la ausencia de Brandon. En vista de todo eso, Fabrizio accedió a llevarla hasta Florencia para que pudiera despedirse de sus alumnas, ya que en dos días partirían a Francia, él la acompañaría y luego volvería para seguir con sus labores en la empresa, y cerciorarse de que Martoglio cumpliera con lo que le había exigido.

A medida que avanzaba por las calles de Florencia no pudo controlar su paranoia, por lo que paseó su mirada en busca de algo que le pareciera fuera de lo normal. Estacionó el auto frente al teatro y después de verificar que todo estaba en orden, bajó y caminó para abrirle la puerta, mostrándole una sonrisa para no asustarla.

Cuando llegaron al teatro fueron recibidos por la madre superiora, quien observaba los ensayos de la nueva pieza que se pondría en escena y que ya Fransheska había dejado preparada. En vista de que la obra contaba con la participación de varones decidió ser quien los acompañara y así supervisar de cerca que tuvieran buen comportamiento; después de varios minutos aprovechó que ellos estaban allí y se excusó para ir a hacer algunas llamadas pendientes.

Fabrizio y su hermana se sentaron en los sillones de las plateas, manteniéndose en completo silencio para no interrumpir el ensayo que estaba saliendo grandioso. Ella se emocionó al ver el desempeño de sus alumnas y también el de los jóvenes que, aunque nuevos en ese tipo de actividades, lo hacían bastante bien.

Dejó libre un suspiro cargado de nostalgia mientras la barbilla le temblaba por tener que contener sus lágrimas. Fabrizio fue consciente de las emociones que ella vivía y quiso consolarla sujetándole la mano, le dio un suave apretón para reconfortarla; ella se volvió a mirarlo y le regaló una sonrisa que no alcanzaba a iluminar sus hermosos ojos grises. Hicieron una pausa en el ensayo, y ellos aprovecharon para bajar a saludarlos y a despedirse.

—¡Profesora, que alegría verla! —mencionaron las chicas a coro.

—¡Hola a todas! —respondió ella con emoción, mientras se acercaba para saludarlas con un abrazo.

—Nos tiene abandonadas —expresó Clara en tono de reproche.

—No ha sido mi intención, pero he estado un poco ocupada y vine... a despedirme —contestó, sintiendo que su garganta se cerraba y sus ojos se llenaban de lágrimas.

—¿Despedirse? —preguntaron las chicas con asombro al mismo tiempo—. Pero... ¿Por qué?

¿A dónde va? —Se mostraron tristes.

—A París, por unas semanas, recibí la invitación de una amiga del colegio... hace mucho que no la veo así que no pude negarme.

—Pero, profesora... esta pieza es muy difícil ¿cómo podremos llevarla a cabo sin usted? Lo que nos explicó no es suficiente...

—Lo será, porque ustedes son grandiosas chicas, han aprendido mucho y muestra de ello es lo que acabo de ver, incluso los muchachos se ven tan desenvueltos. —Se obligó a sonreír mientras se acercaba a uno de ellos—. Tobías, tú haces muy bien del Cascanueces.

—Sí... pero es porque todas nos pusimos de acuerdo para que le diesen el papel principal a Martha, no queríamos hacer de novia de ninguno de los chicos sin serlo en realidad, aunque la madre superiora dijo: «nada de besos» —susurró Clara, imitando la voz de la religiosa mientras sonreía con picardía y más de una se sonrojó.

—¡Clara! —La reprendió Fransheska, aunque no pudo evitar sonreír y los demás también lo hicieron.

Fabrizio también se sintió divertido ante la escena, pero al mismo tiempo era consciente que su hermana estaba luchando por no mostrarse triste, pero a él no podía engañarlo. No era fácil para Fransheska tener que alejarse de su familia, de sus amigos, dejar atrás todo eso que tanto le apasionaba simplemente por la obsesión de un depravado como Martoglio, en ese momento sintió que crecía el odio que llevaba por dentro hacia ese hombre.

Fransheska se centró en algunos detalles de la pieza y les dio a sus alumnas unas técnicas que de seguro le funcionarían bastante bien, pues ella conocía a cabalidad esa obra; era una de sus favoritas por todo aquello del valiente caballero que salvaba a la princesa de las garras del malvado. Lo triste era que en la vida real eso no pasaba, en la vida real la princesa tenía que huir dejando todo lo que quería atrás, pues el príncipe estaba muy lejos de ella, y aunque estuviese allí, jamás permitiría que su amor se arriesgara a ser lastimado.

—Profesora Fransheska, la verdad es que Tobías se ganó el papel del Cascanueces porque lo hace muy bien —indicó Martha, mirando a su novio, quien le dedicó una linda sonrisa por apoyarlo.

—¿Sí? Eso suena interesante... me gustaría ver cómo lo haces, Tobías, claro si no es ninguna molestia —pidió Fransheska sonriéndole e intentando alejar la tristeza de su corazón.

—Por supuesto, señorita Di Carlo —expresó y todos se movieron para hacerle un lugar, mientras Helena se encargaba de la música.

Tobías se notaba un poco tenso, pero una mirada de su novia le infundió seguridad, cerró los ojos e inhaló y exhaló un par de veces para relajarse. La música llegó a notas más altas y en segundos dio inicio a una maravillosa demostración, su cuerpo se movía con elegancia, destreza y agilidad; del chico un tanto tímido no quedaba rastro, había cambiado por uno seguro de sí mismo, galante y valiente.

Fabrizio tenía la mirada centrada en el joven, algo en él lo mantenía en una especie de quimera; era como si ya antes hubiese visto esa actitud; solo que no lograba descubrir en quién ni cuándo o dónde. Sentía que había algo en la actitud de Tobías que de alguna forma se asemejaba él, sabía que era absurdo, pero no encontraba otra manera de definirlo, porque eso era lo que sentía, como si él mismo ya hubiese estado sobre su escenario desenvolviéndose así.

Cuando el acto terminó, Fransheska se puso de pie y comenzó a aplaudir la genialidad de Tobías, su novia tenía toda la razón, él se había ganado el papel por su talento y no por algo más. La fuerza y la pasión con que se desenvolvió en escena fue impresionante, a pesar de no tener un entrenamiento previo ni de las técnicas que durante años se les enseñaban a los bailarines, era

evidente que el talento era algo innato en él, algo que lo apasionaba y ella podía reconocerlo.

—Tobías, solo puedo decir que me has dejado gratamente sorprendida, de verdad... lo haces muy bien —expresó Fransheska con una gran sonrisa mientras lo miraba a los ojos.

—Muchas gracias, señorita Di Carlo, pero debo confesar que mucho de esto es gracias a Martha ella me ha ayudado a mejorar... Es una compañera muy dedicada y perfeccionista —contestó con alegría y le dirigió una mirada fugaz a la chica.

—Serán una gran pareja entonces, me alegro por ambos. —Se interrumpió, sintiendo un nudo de lágrimas cerrarle la garganta, al ser consciente de que tal vez no los vería en escena.

—Felicitaciones, Tobías, no solo tienes aptitud, además tu compañera es una chica linda y talentosa, debes aprovechar esta destreza —mencionó Fabrizio al ver que su hermana bajaba el rostro, mostrándose ciertamente triste por no poder ser parte de todo eso.

—Gracias, señor Di Carlo —respondió Tobías con una sonrisa.

—Señor Di Carlo... la profesora Fransheska nos dijo que usted también bailaba ¿es eso cierto? —preguntó Clara con curiosidad.

—Sí... así es, aunque ahora muy poco lo hago, he perdido práctica y ya no cuento con el desenvolvimiento del caballero aquí presente... pero bien podía darle algunas técnicas todavía —contestó con una sonrisa. Aunque no recordaba nada de esa época, en su interior sentía que sabía mucho de lo que se necesitaba a la hora de estar sobre un escenario y enfrentarse al público.

—Es evidente, hermano, ya no tienes quince años —acotó Fransheska un tanto divertida—. Ahora dudo que puedas hacer al menos un *entrechat*—*dix* cruzando las piernas. —Su sonrisa se volvió una carcajada al verlo fruncir el ceño.

—No lo niego, no tengo quince años, pero tampoco estoy tan viejo... ¿No es así? —preguntó a los presentes.

—No, para nada —contestó Clara, sonriendo.

—En lo absoluto —indicó Martha, mirándolo.

—La verdad luce usted muy joven y muchas consideramos que también es muy guapo —agregó Clara con ese desenfado que la caracterizaba. Haciendo ruborizar a más de una.

Él se carcajeó y eso lo hizo lucir aún más apuesto, todas las chicas presentes tuvieron que suprimir un suspiro, a excepción de Martha, quien estaba profundamente enamorada de Tobías. Además, muy acostumbra a ver a Fabrizio porque sus familias eran amigas y él no causaba el mismo efecto en ella que en las demás, pero sí sonrió ante el concierto de suspiros.

—Muchas gracias señoritas, me complace mucho el halago... pero en este momento el mérito es todo de Tobías —indicó, mirando al chico y también a los demás que se notaban algo tensos.

—Yo siempre he dicho que mi hermano sería un gran actor o cantante, tiene una voz impresionante, aunque muy poco hace gala de esta... lo que es una verdadera lástima —dijo Fransheska.

—Digamos que ya no tengo edad para eso, usted misma lo acaba de traer a consideración, señorita... y tengo otras obligaciones que me impiden hacerlo —respondió con media sonrisa, para esconder la tensión que se apoderó de él ante ese comentario.

—En eso te equivocas, mi querido Casimiro Ain, para las artes no existe una edad límite... toda forma de expresión del hombre puede ser mostrada tanto y cuanto este así lo desee —señaló con seguridad, dedicándole una sonrisa de triunfo.

Él se encogió de hombros y no mencionó nada más, ella entendió de inmediato que era caso perdido insistirle, así que cambió de tema para no incomodarlo. Después de unos minutos llegó el momento de despedirse, las chicas no pudieron contener las lágrimas, pero Fransheska hizo un esfuerzo enorme para no hacerlo, eso solo dificultaría más las cosas.

Una vez fuera del teatro, ella subió al auto con rapidez porque necesitaba estar en un espacio que le permitiese llorar, se sentía demasiado triste al tener que dejar a sus queridas niñas. Fabrizio entró al auto y antes de ponerlo en marcha se volvió para mirarla, ella sufría y eso lo hacía sentirse mal también, le acarició la mejilla con ternura mientras le sonreía, ella intentó hacer lo mismo, pero terminó rompiendo en llanto y él la abrazó con fuerza.

Retomaron su camino cuando las luces del atardecer comenzaban a pintar de dorado el extenso y hermoso paisaje toscano, la brisa movía sus cabellos y alejaba de ellos todos esos pensamientos que los sumían en medio de la tristeza y la impotencia. No sabían en qué punto ambos habían perdido el control sobre sus vidas y sus acciones; ya que a pesar de que aún podían tomar decisiones, estas se veían limitadas por las de terceros y eso no era justo.

Fransheska sufría por tener que alejarse de quienes quería, sentirse coartada por ese miedo que no pensaba dejarla nunca, ya había pasado más de una semana, pero aún despertaba sobresaltada y con una sensación de angustia que la embargaba durante todo el día. La verdad no lograba explicarse por qué tanto temor, según le había comentado Fabrizio, ese hombre se había marchado de la ciudad; sin embargo, ella no lograba estar tranquila del todo.

Fabrizio no podía evitar sentirse inútil al ver lo que sucedía y no poder hacer nada más, algo concreto que hiciese sentir segura a su hermana. Quería alejar de ella toda la angustia que la perturbaba, tener entre sus manos la solución y la certeza de que nunca más se viese en medio de una situación como la que tuvo que vivir.

El camino se encontraba completamente solo como solía estarlo a esa hora, por lo que Fabrizio conducía sin prestar mucha atención, tres años recorriéndolo por su propia cuenta, hacía ya que lo conociera a la perfección. Cuando dieron la vuelta en una curva para tomar el último trecho que los llevaría a su casa, vio dos autos oscuros en uno de los caminos alternos a la vía principal, uno de ellos avanzó delante del suyo cerrándole el paso, pero siguió segundos después.

Él frunció el ceño ante la manera tan descuidada de conducir de esa persona, pero más allá de eso le resultó extraño que el otro auto esperara a que ellos pasaran para salir. Intentó mantenerse calmado para no preocupar a Fransheska; sin embargo, se mantuvo atento, vio que en el auto frente a ellos iban dos hombres, miró por el retrovisor a los ocupantes del otro, también eran dos.

El auto frente a él comenzó a bajar la velocidad impidiéndole ir más aprisa, por lo que Fabrizio hizo sonar la corneta para pedir el paso, pero hicieron caso omiso a su señal; contrario a eso, redujeron aún más la marcha. Fransheska notó que algo sucedía pues su hermano se veía tenso, se volvió para mirar el auto detrás de ellos y vio que los hombres discutían sobre algo; de inmediato los nervios comenzaron a tensar cada músculo de su cuerpo.

Lo siguiente pasó tan rápido que no le dio tiempo a que Fabrizio reaccionara, el auto frente a ellos giró en una maniobra muy peligrosa quedando en medio del camino y bloqueando su auto por completo. El otro hizo el mismo movimiento detrás de ellos, ambos levantaron una nube de polvo que los cubrió en un instante y empañó sus vidrios, dejando a los Di Carlo completamente desconcertados.

Fransheska le dedicó una mirada cargada de terror a su hermano cuando escuchó las puertas de los otros autos cerrarse con golpes secos. Miró través del espejo y descubrió que los hombres del auto que estaba detrás, avanzaban hacia ellos con rapidez, traían los rostros cubiertos y estaban armados.

—¡Fabrizio no! —gritó ella presa del miedo, cuando vio que su hermano sacaba un arma de la guantera—. No lo hagas están armados —murmuró sujetándole la mano con fuerza—. Por favor, déjala allí.

—Fran, quédate tranquila, no pasará nada —mencionó, haciendo lo que ella le pedía para no

ponerla en riesgo.

En ese momento tres hombres altos y de contextura fuerte que traían los rostros casi cubiertos, llegaron hasta el auto y los apuntaron con sus revólveres. Fabrizio sintió ganas de pisar el acelerador y llevárselos por delante, pero sabía que ellos podían disparar y terminar hiriendo a Fransheska y a él, además, el auto que le bloqueaba el camino no lo dejaría avanzar mucho.

—¡Salgan ahora! —exigió Calvino, y le hizo una señal a otro de sus hombres para que se acercara y abriera la puerta.

Esa voz hizo que Fransheska se sobresaltara y un par de lágrimas rodaron por sus mejillas, al tiempo que miraba a su hermano y le rogaba que no lo hiciera. Fabrizio le sujetó la mano y le dio un suave apretón para tranquilizarla, sabía que debía hacer lo que ese hombre le pedía, pero odiaba estar en esa situación.

» ¡Ahora! —Volvió a gritar y dio la orden de abrir la puerta.

Fransheska se sobresaltó una vez más al ver que dos hombres se acercaban y abrían las puertas del auto, se replegó en su asiento negándose a salir de la poca seguridad que este le ofrecía. Sin embargo, al ver que su hermano no ponía resistencia, se obligó a calmar sus nervios y puso un pie fuera para bajar.

Fabrizio no apartaba la mirada un segundo de su hermana, pero también estaba atento a los movimientos que los hombres hacían, bajó con las manos en alto y procurando ser cauteloso. Uno de los hombres lo sujetó por el hombro y lo empujó con fuerza contra el capó del auto, haciendo que se golpeará el pecho, Fransheska gritó e intentó correr hacia él, pero otro de los hombres la sujetó con rudeza por el brazo, lastimándola.

—¡No la toques! —gritó Fabrizio, incorporándose con rapidez y se acercó al otro para alejarlo de su hermana.

—¡Quieto! —demandó, Giacomo y lo empujó de nuevo.

—Quédense tranquilos y no les pasará nada —indicó Calvino en un tono calmado pero firme al mismo tiempo.

Uno de los hombres que se había quedado solo mirando desde cierta distancia, se acercó y le dedicó una mirada llena de intensidad a Fransheska. La vio temblar y eso lo hizo sentir poderoso, la tela que le cubría el rostro escondió su sonrisa, aunque su mirada la reflejaba perfectamente; la sujetó por el brazo y la jaló con fuerza para hacerla caminar hacia uno de los autos.

—¡Suéltala, malnacido! —gritó Fabrizio y logró escabullirse del que lo vigilaba para impedir que ese hombre se la llevara.

—¡Fabrizio! —exclamó ella presa del miedo, al ver como el hombre a su lado sacaba un revólver y apuntaba directamente a su hermano, haciendo que él se detuviera en seco.

—Suéltala —siseó Fabrizio sin dejarse intimidar.

—No, por favor... por favor —suplicó Fransheska, al ver que su captor quitaba el seguro del arma—. Fabri —susurró y negó con la cabeza para que no hiciera nada.

El hombre no pronunció una palabra, solo le hizo un gesto a uno de sus compañeros, quien se acercó hasta Fabrizio y le dio un golpe en la cabeza tan fuerte que lo hizo caer de rodillas, dejándolo completamente aturdido. Fransheska sintió que su alma caía al igual que su hermano y el terror se apoderó de ella, pero sacando fuerzas de donde no tenía se liberó de la mano que la mantenía cautiva, para dejarse caer junto a Fabrizio y ayudarlo.

—¡Fabrizio, mírame! —pidió desesperada y con el rostro bañado en lágrimas mientras le acunaba el rostro con las manos.

—Fran... —Logró esbozar él sintiéndose mareado, el golpe le había oscurecido la vista y todo le daba vueltas.

—¡Les dije que se quedaran tranquilos y no pasaría nada! Espero que esto le sirva de lección —Le advirtió Calvino, molesto no solo con Fabrizio, sino también con los otros dos que actuaron sin su consentimiento—. ¡Levántenlo y súbanlo al auto! —Le ordenó a quien lo había golpeado y al otro lo miró con reproche.

Giacomo lo agarró por el brazo y prácticamente lo arrastró hasta uno de los coches, mientras que ese que había sujetado a Fransheska le hizo un ademán para que siguiese a su hermano. Ella le dedicó una mirada cargada de rabia y caminó hasta el auto, los hicieron subir en el asiento trasero, mientras que él que daba las órdenes y quien casi le dispara a Fabrizio, iba en la parte de adelante.

Fransheska se enfocó en su hermano, el pobre aún lucía aturdido por el golpe, ella le acarició la frente con suavidad y le dio un beso en la mejilla mientras intentaba contener su llanto y el temblor que la recorría. Sin embargo, no pudo evitar sobresaltarse, cuando el hombre que hasta el momento parecía ser el jefe, se volvió para mirarla y sus ojos reflejaban una sonrisa condescendiente.

—Lo lamento mucho, señorita... mis muchachos no están acostumbrados a tratar con una dama como usted, pero para evitar que este tipo de situaciones vuelvan a ocurrir es primordial que nadie cometa una estupidez... No me gustan los héroes, señor Di Carlo, así que ahórrese las muestras de valentía, aquí solo existe un jefe, un Dios, un verdugo y ese soy yo —mencionó Calvino, dejando clara su advertencia para que ninguno arruinara sus planes.

Fabrizio no respondió a pesar de que lo único que deseaba era mandarlo al infierno, sabía que en parte el hombre tenía razón, no podía cometer otra estupidez que pusiese en riesgo a su hermana. Fransheska sentía que estaba en medio de una horrible pesadilla y aunque lo intentase no podía dejar de llorar, el miedo que había estado consumiéndola se había triplicado, era una sensación de terror que le evitaba pensar con coherencia y todo su cuerpo temblaba.

—Cálmese, señorita Di Carlo, no le sucederá nada siempre y cuando sus padres sean generosos con nosotros y cumplan con lo que les vamos a exigir, seguramente no tendremos ningún problema... incluso su prometido podría colaborar, supongo que siendo un hombre con tanto dinero no escatimará con tal de resguarda su integridad —señaló y se carcajeó junto a su compañero.

Ella se tensó aún más en cuanto nombraron a su familia y a Brandon, pensó que todo era una locura porque él estaba en América y era imposible que pudiese enterarse lo que estaba sucediendo. Fabrizio por su parte sí entendió el juego de los hombres, eran secuestradores y pedirían rescate por ellos, al menos eso era lo que parecía; sin embargo, sentía que había algo más en todo eso.

—Está bien, todo se hará como usted lo dispone, pero nadie se acercará a mi hermana, no la alejaran de mí en ningún momento... es eso o nada, usted decide —contestó Fabrizio dejándoles en claro que no les tenía miedo; sobre todo a ese que le había apuntado.

—¿Está exigiendo, señor Di Carlo? —preguntó Calvino con un tono sombrío en la voz.

—Sí —respondió con total seguridad—. Nadie le vuelve a poner una mano encima a mi hermana, o usted y todos sus planes se pueden ir al mismísimo infierno, como ve, es igual de simple —agregó con determinación. Clavando su mirada a través del retrovisor en el hombre que había dado la orden para que lo golpearan, y pudo ver que esa sonrisa burlona que mostraba había desaparecido.

—Entendido, siempre he dicho que no hay nada mejor que hacer negocios con caballeros —expresó con una sonrisa de satisfacción, mirando a su compañero que se había tensado—. Bueno, teniendo claros los términos, lo mejor será empezar de inmediato —agregó, sintiéndose una vez

más dueño de la situación.

Luego bajó del auto y le ordenó con un movimiento de su cabeza a los otros integrantes de la banda que rociaran el auto de Di Carlo con la gasolina. Era una lástima tener que destruirlo, pero necesitaban enviar un mensaje fuerte a la familia, encendió una cerrilla y la lanzó en el interior, desatando un fuego voraz que empezó a consumirlo.

Fabrizio se concentró en la imagen mientras las llamas rojas, naranja y amarillas devoraban su auto con verdadera rapidez, y apenas fue consciente del sollozo que soltó su hermana cuando las llamas se iniciaron. La oscuridad comenzaba a reinar en el lugar haciendo el espectáculo aún más dramático; sin embargo, lo que mantenía a Fabrizio atrapado en esa imagen era algo más, una presión en el pecho le impedía respirar con normalidad, al tiempo que el dolor en su cabeza aumentada de manera desproporcionada.

Calvino regresó, subió al auto y sacó unas vendas negras de su chaqueta, luego procedió a cubrirles los ojos y atarles las manos con fuerza innecesaria, pero era mejor prevenir. Los autos se pusieron en marcha dejando el de Fabrizio abandonado a un lado de la carretera mientras era consumido por las llamas, un minuto después se escuchó una gran explosión que retumbó e hizo temblar a los hermanos.

Fabrizio sintió como si hubiese ocurrido a su lado, la presión en su cabeza amenazaba con hacerla estallar, por lo que se inclinó un poco hacia delante y respiró profundamente para alejar esa sensación. No quería angustiar a su hermana y por eso luchaba por mostrarse tranquilo, pero una vez más se sentía en medio de aquella pesadilla en la que se veía siendo rodeado por el fuego, y que suponía era el único recuerdo de su tiempo en la guerra.

—Lamento lo de su auto, señor Di Carlo... no es nada personal, sino para que vean que estamos hablando en serio. Era un hermoso modelo, pero seguramente su padre no tendrá problema en comprarle otro igual —indicó Calvino con un dejo de burla en su voz.

Fabrizio se mantuvo en silencio para no caer en las provocaciones de ese imbécil, y se avocó a consolar a su hermana quien sollozaba reservadamente y no podía dejar de temblar. Buscó sus manos y la tomó entre las suyas apretándola con fuerza para hacerla sentir segura, al tiempo que se acercaba a ella buscando su oído.

—Tranquila, Fran, todo estará bien... te lo prometo. —Aunque intentó que su voz sonara normal, no pudo esconder la mezcla de todas las emociones que lo azotaban—. Yo te voy a cuidar hermanita, te lo prometo. —Le aseguró y le dio un suave beso.

Fransheska asintió en silencio e inhaló hondo para tratar de calmarse, la voz de Fabrizio logró darle un poco de paz, pero existía algo dentro de su pecho que le hacía sentir que eso sería mucho peor de lo que esos hombres decían. Aun así, se obligó a controlar su miedo para no poner más nervioso a su hermano, no podía contribuir a que la tensión hiciera que Fabrizio cometiera alguna locura, ella también debía protegerlo a él.

Capítulo 42

Desde hacía un par de horas una fuerte presión se había apoderado de su pecho acompañada de un miedo al que no le hallaba explicación, pero que le provocaban una angustia demasiado grande como para ignorarla. Sintió que ya no soportaba más el encierro de su habitación, así que bajó y se paró para mirar por el ventanal a la espera de que el auto de Brandon apareciese, quizá él le ayudaba a calmar ese miedo irracional que sentía.

—Vicky, tómate esto, te ayudará a relajarte un poco —dijo Angela, mirándola con evidente preocupación mientras le extendía una taza.

—Gracias, Ángela —mencionó, recibéndola y se obligó a sorber un poco—. Ya es tarde, es extraño que Brandon no haya llegado aún —agregó, posando de nuevo su mirada en el camino y llevándose de nuevo la taza a los labios para darle otro trago.

—Generalmente llegan después de esta hora, apenas van a ser las cuatro de la tarde —comentó, observando el reloj.

—¿Las cuatro? —preguntó sorprendida—. No lo parece, el día se ve tan gris, pensé que era mucho más tarde —acotó, mirando el reloj.

En ese instante apareció el auto de su primo por el camino y ella se sintió tan aliviada, dejó la taza a un lado y salió casi corriendo a recibirlo. Necesitaba saber que Brandon había recibido alguna noticia de Italia, porque esa sensación que la embargaba solo podía estar relacionada con Fabrizio, ya que no dejaba de pensar en él.

—Buenas tardes, señor Brandon.

—Buenas tardes, Dinora —contestó mecánicamente.

—¡Brandon, que bueno que regresaste antes! —exclamó Victoria acercándose hasta él.

—¿Sucede algo? —inquirió mostrándose angustiado de inmediato.

—No... no, bueno —Ella se detuvo y lo agarró del brazo para alejarse un poco—. ¿No has recibido alguna noticia hoy de Italia?

—No. ¿Ha llegado alguna aquí? —inquirió él con el mismo sentimiento de su prima, también había estado angustiado.

—No nada, pero... —Victoria se interrumpió sin saber cómo continuar, decidió que lo mejor era decirle lo que se sentía—. Es solo que siento una angustia que no sé cómo explicar, es como si tuviese un mal presentimiento.

—Sé a lo que te refieres, yo me he sentido igual... y lo peor es que no es la primera vez, la semana pasada sentí algo similar...

—¿Piensas que pueda ser algo relacionado con Fransheska y Fabrizio? —cuestionó temiendo la respuesta.

—No lo sé —respondió, llevándose una mano a la frente para sobarla, un gesto que hacía cuando algo lo preocupaba—. Pero es algo muy extraño —agregó, esquivando la mirada de su prima.

—Sí... lo es, llamé a mis tías para saber si estaban bien y efectivamente lo están, también me comuniqué con Patricia y Annette, ellas me dieron la misma respuesta, todos parecen estar bien... sin embargo, no puedo alejar esta sensación de mí —expresó, frotándose las manos para drenar su tensión.

—Voy a enviar un telegrama a Italia —dijo él, sorprendiéndola.

—¿Un telegrama? Pero eso no es un tanto extremo, Brandon ... digo, si no está pasando nada malo... —Se detuvo al ser consciente que ella también deseaba tener noticias con desesperación.

—Puede que lo sea, pero siento que no estaré tranquilo si no recibo noticias de Fransheska... yo tampoco sé cómo explicarlo, pero tengo la misma sensación de angustia que tú sientes y esto ya no me parece una casualidad, tiene que deberse a algo.

—Te entiendo perfectamente... ¿Irás ahora? —preguntó. Él asintió y dio un par de pasos para alejarse—. Bien, iré contigo —agregó y salieron con paso apresurado.

Brandon siempre había sido muy prudente al conducir, pero en ese momento sentía que la velocidad que el auto le ofrecía era mínima, tenía el ceño fruncido y su mirada parecía estar en la carretera, pero al mismo tiempo era como si estuviera perdida. Apretaba con fuerza el volante hasta hacer que sus nudillos palidieceran, mientras sentía que sus latidos se hacían cada vez más pesados; en pocos minutos estaban en el centro de Chicago y corrieron con la suerte de encontraron una oficina de correos abierta.

Luciano bajaba las escaleras con paso lento mientras una sensación extraña crecía dentro de su pecho, y lo sometía a algo parecido a aquella zozobra que vivió cuando su hijo estuvo en la guerra. Llevaba algunos días notando que Fransheska y él actuaban de manera algo extraña, como si les ocultaran algo, pero cuando le preguntaba a su hijo, él solo le respondía que no debía preocuparse, como si ese fuese fácil, ser padres era vivir constantemente preocupados.

—¿Todavía no llegan nuestros hijos? —preguntó, haciendo que su mujer se volviese para mirarlo.

—No... es extraño pues solo irían a hacer unas diligencias que no les llevarían mucho tiempo —contestó con tono preocupado.

—Tal vez se entretuvieron con algunos amigos —alegó para intentar tranquilizarla, esperaba que eso también lo ayudara a él.

—Sí, es probable, pero... —Se detuvo negando con la cabeza y se acercó para tomar asiento junto a él—. No sé, últimamente los he visto actuar de manera extraña, a veces intercambian miradas cuando piensan que no los vemos... y ese viaje tan repentino de Fransheska, no sé no quiero parecer paranoica, pero siento como si algo pasara... algo que ellos no quieren que sepamos —explicó con la mirada ausente y la inquietud hacía vibrar su voz.

—Yo también los he notado algo raro, pero no debes preocuparte, seguro es por la ausencia de los Anderson. —Una vez más, Luciano intentaban mantener ignorante a su mujer de lo que estaba sucediendo, pero no lo hacía por mal sino para ahorrarle angustias.

Sin embargo, recordó las dos conversaciones que había tenido con Fabrizio en relación a ese hombre que estaba molestando a Fransheska, al parecer ya su hijo tenía todo bajo control, pero eso no quitaba que él se sintiera inquieto. Sus pensamientos fueron interrumpidos por el timbre; vio pasar a Anna hasta la puerta, la curiosidad lo llevó a enfocar la mirada en ella y la vio recibir de manos de un niño un sobre, le dio una moneda y regresó hasta ellos.

—Disculpe, señor, acaba de llegar esto para usted —mencionó, sintiéndose algo extrañada y entregándole el sobre.

A Luciano le sorprendió ver escrito en el exterior del mismo la palabra « URGENTE» Fiorella también alcanzó a verla y se tensó, él se puso de pie muy despacio y abrió el sobre intentando controlar los nervios que lo habían invadido. Su mujer se detuvo a su lado para poder leer el contenido de esa carta, al sacar la hoja pudo ver que había sido hecha en una máquina de escribir.

Respetable señor Di Carlo:

Escribo para informarle que sus hijos Fabrizio y Fransheska están en mi poder. No se angustie, le aseguro que no le pasara nada, siempre y cuando usted cumpla con cada una de las exigencias que a continuación le plantearé:

Primero: Nada de informar a las autoridades sobre el asunto.

Segundo: No intente establecer comunicación con nosotros ni descubrir el paradero de sus hijos a través de algún investigador.

Tercero: Deberá reunir la cantidad de dos millones de dólares americanos, sabemos de buena fuente que su futuro yerno dispone de esa cantidad en efectivo en la sucursal de su banco, así que no tendrá problema en retirarlo, pero seré generoso y lo dividiremos en cuatro partes. Cada dos días le enviemos una prueba de vida de sus hijos y usted dejará una parte del dinero en los lugares que le iré indicando.

Si sigue al pie de la letra todas las indicaciones, tenga mi palabra que a sus hijos no les pasará nada malo, ahora, si por el contrario llega a fallar al menos UNA de las órdenes que les he dado, tenga por seguro que la próxima vez que vea a sus hijos será en una tumba.

Luciano no podía creer que lo que acababa de leer fuese cierto, sus manos comenzaron a temblar y le fue imposible mantener la nota entre sus dedos, de inmediato sintió que un dolor agudo y profundo se apoderaba de su pecho. Su esposa se llevó la mano a la boca para ahogar un sollozo, al tiempo que cuerpo comenzó a temblar y su piel adquirió un aspecto espectral.

Su mundo se detuvo y fueron presa de un vértigo espantoso que amenazó con dejarlos sin cordura mientras se miraban a los ojos sin encontrar sus voces para hablar, pero sus miradas reflejaban el terror que sentían en ese momento. No podían pasar de nuevo por esa pesadilla de saber que uno de sus hijos estaba en peligro, que podían perderlo para siempre y lo que era peor, que ahora no era solo uno sino los dos y en manos de personas despiadadas.

Fiorella casi se desvaneció, pero su instinto de madre le impidió que lo hiciera, en lugar de eso recogió la hoja del piso y la leyó de nuevo, necesitaba cerciorarse de que lo que había leído era verdad. Cuando ya no le quedaron dudas, se volvió a mirar a su esposo, quien seguía perplejo, lo sujetó con fuerza por el cuello de la camisa para hacerlo reaccionar, él debía salvarlos y traerlos de regreso.

—¡Luciano, dime que no es verdad! ¡Dime que no es cierto! Que todo es una equivocación ¡Por favor! ¡Por favor! Háblame... dime algo por favor ¡Por el amor de Dios dime algo! —gritó y suplicó mientras lloraba amargamente, sintiéndose desesperada al tiempo que sus peores miedos la azotaban de nuevo.

—Fiorella, cálmate, mi vida, cálmate... por favor, debemos... —Le pidió Luciano al ver su estado de conmoción.

—¡No! ¡No puedo, Luciano! ¡Dios mío, mis hijos! —Ella estaba completamente descontrolada, sentía que se volvería loca de dolor.

—Anna, ve y busca mi maletín médico que está en el despacho junto a los libros de medicina. —Le ordenó, obligándose a mantener la calma en ese momento para atender a Fiorella.

—Enseguida, señor. —Anna corrió hacia el despacho.

En ese momento otra de las empleadas de la casa se asomó para descubrir qué sucedía, su presencia fue muy oportuna pues el timbre sonó con repentina insistencia. Olga corrió para abrir, mirando de reojo a sus patrones quienes estaban abrazados y el señor parecía consolar a la señora, se veía realmente perturbada; cuando abrió la puerta un rostro conocido se presentó ante

ella.

—Buenas noches, Olga, ¿está el señor Luciano? —preguntó Antonio intentando no mostrarse tan nervioso para no alarmarlos.

—¿Quién es? —inquirió Luciano desde el interior de la casa.

—Soy yo, señor Luciano —dijo mostrándose apenado y entró.

—Antonio... —Luciano se detuvo al ver el rostro pálido y desencajado del hombre—. ¿Por qué has venido? —preguntó y la voz se le quebró al final, presintiendo algo muy malo.

—Verá, señor... yo estaba dando una vuelta por los alrededores de la casa, cuando de pronto vi una gran nube de humo oscura y muy espesa... —Empezó con voz ronca—. Me extrañó y decidí acercarme para ver de qué se trataba. —Se interrumpió al ver los rostros angustiados de los esposos. No era nada fácil lo que tenía que decirle así que intentó dar con las palabras adecuadas.

—¡Habla por favor, Antonio! —exigió Luciano.

—Era el auto del joven Fabrizio, señor —finalizó y bajó el rostro para escapar de las miradas horrorizadas de los esposos—. Estaba prendido en llamas... intenté acercarme, pero no se podía ver nada.

Fiorella comenzó a gritar como loca mientras su mirada desorientada recorría el salón en busca de sus hijos. Deseaba con todas sus fuerzas verlos allí y que eso no fuese más que una pesadilla, sus nervios estaban siendo destrozados y su cuerpo se convirtió en una masa trémula, sentía que esta vez no lo soportaría.

Luciano se dejó caer en el sillón llevándose la mano al pecho y su rostro se desfiguró a causa del intenso dolor que lo embargó, sentía que no podía respirar y su vista se nubló casi cegándolo. Antonio corrió hasta él para ayudarlo, mientras Anna fue detrás de la señora, quien salió corriendo hasta hacia el jardín, consiguió detenerla, pero no pudo sostener su cuerpo y Fiorella terminó cayendo de rodillas.

Olga fue a la cocina por un vaso con agua para dárselo a su patrón, quien se había puesto muy pálido y también le pidió a su compañera que saliese al jardín para que ayudase a Anna con la señora. Todos en la casa se sentía muy nerviosos, aunque de momento no sabían a ciencia cierta lo que estaba sucediendo, solo que estaba relacionado con el joven Fabrizio y la señorita Fransheska.

—¿Dónde está el auto?... ¿Dónde lo dejaron? —pregunto Luciano con urgencia mirando a Antonio a los ojos.

—No muy lejos de aquí, señor... como le dije, el incendio no me dejó acercarme mucho, pero... al parecer no había nadie en el interior —mencionó esperando que eso los calmara.

—Vamos —ordenó Luciano y se levantó del sofá con rapidez.

—¡Luciano, espérame! —gritó Fiorella corriendo hasta él.

—Será mejor que te quedes aquí... por favor... volveré enseguida —dijo sosteniéndola por los hombros para mirarla a los ojos.

—¡No, no!... Quiero ir contigo... por favor, Luciano déjame ir... por favor. —Le suplico aferrándose a él.

Luciano supo que era muy cruel dejarla allí a merced de la zozobra, así que decidió ceder y llevarla con él, la abrazó con fuerza para llenarla de fortaleza y subieron a la parte de atrás de su coche. Antonio fue quien condujo porque Luciano no dejaba de temblar, lo hizo tan deprisa como le fue posible y no tardaron en hallar el auto, ya que las llamas seguían consumiendo el interior.

Luciano bajó sintiendo que el corazón golpeaba con dolorosa furia contra sus costillas, y a cada paso que daba sentía que sus piernas se hacían más débiles. Fiorella intentó acercarse, pero Antonio la detuvo, lo mejor era esperar a que su esposo les confirmara que los jóvenes no estaban

allí, eso era por lo que todos rogaban.

—Será mejor que espere aquí, señora —dijo con voz pausada.

Ella asintió en silencio, la verdad era que no sabía cómo actuar; por un lado deseaba estar junto a su esposo y por otro la horrorizaba lo que pudiese encontrarse dentro del auto. Sentía que el tiempo había dejado de transcurrir desde el momento en que Luciano se alejó y comenzó a caminar hacia el auto de su hijo; de pronto lo vio llevarse las manos a la cabeza y mirar al cielo mientras su cuerpo temblaba.

—¡Luciano! —liberó un grito desgarrador y corrió hasta él.

—¡No están! ¡Fiorella, no están! —expresó presa de un júbilo pasajero, pero que les dejaba esperanzas y eso era lo que importaba en ese momento, saber que ellos estaban vivos.

—¿No me estás mintiendo, Luciano...? No me mientas, por favor... no lo has —rogó, llegando hasta él mientras lo miraba a los ojos.

—No, Fiorella, no te miento —pronunció, acunando el rostro de su mujer para fundirse en los ojos grises de ella que estaba llenos de lágrimas—. No te miento, mi vida... nuestros hijos están bien, están bien... —agregó con verdadero alivio. Se unieron en un abrazo muy estrecho que duró unos minutos, después de eso caminaron de nuevo hasta el auto donde los esperaba Antonio y regresaron a la casa.

Buscaron la nota que habían recibido y que quedó en algún lugar del recibidor, Luciano la releyó muy despacio. La angustia no se había alejado del todo, aunque el terror que sintieron en el momento que Antonio mencionó lo del auto ahora había cedido, un miedo más profundo y oscuro se mantenía dentro de ellos.

Fiorella comenzó a caminar sin dejar de llorar y temblar al ser consciente de que su hija se encontraba en manos de hombres despiadados y sin ningún tipo de escrúpulos. Sabía que Fabrizio estaba junto a ella, pero él también corría peligro y estando desarmado era muy poco probable que pudiese ser un obstáculo para esos hombres si se empeñaban en dañar a su niña.

Eso la hizo entrar en pánico y una vez más intentó salir de la casa para buscarla, aunque no tenía idea por dónde comenzar, pero necesitaba hacerlo porque su princesa la necesitaba. Luciano trató de hacerla entrar en razón, ella estaba ennegrecida, luchaba contra él por liberarse y hasta llegó a golpearlo en el pecho.

—Fransheska me necesita... ella está en peligro, Luciano... ¿Acaso no lo ves?... Ella... yo sé que corre peligro, tengo que buscarla y traerla de regreso, tengo que hacerlo... ¡Suéltame! ¡Suéltame! —gritó forcejeando con él y su llanto cada vez se hacía más desesperado.

—Fiorella, no puedes hacer eso... no puedes... es peligroso, por favor, mi amor, tenemos que actuar con calma y hacer lo que nos exigen esos hombres en la nota... si no lo hacemos pondremos a nuestros hijos en peligro... debemos estar tranquilos —suplicó mirándola a los ojos, luchando contra su propio deseo de salir y rescatar a su hija, pero sabía que no era así de sencillo.

—No soportaría perderla a ella también, Luciano... no lo soportaría —confesó sollozando y mirando a su marido con desesperación; de pronto su vista se oscureció, se quedó son aire, sin fuerzas y el dolor la arrastró a la inconciencia.

Luciano la sostuvo fuerte contra su cuerpo para evitar que se cayera y se hiciera daño, mientras se daba la libertad para dejar libre su dolor y comenzó a sollozar abrazado a su mujer, sintiendo que una vez más su mundo se estaba derrumbando.

Habían pasado al menos un par de horas desde que los habían tomado cautivos, el trayecto se hizo sin mencionar una sola palabra, y eso, en lugar de calmar sus nervios los hacía sentirse más angustiados aún. Los bajaron del auto y Fabrizio enseguida sujetó del brazo a su hermana para

impedir que la separaran de él, podía sentir la tensión en ella y le dio una suave caricia para consolarla, mientras avanzaban por lo que parecía ser un camino de tierra.

El aire estaba bastante frío y soplaban con fuerza, por esos detalles Fabrizio pudo deducir que estaban a campo abierto, pero no se habían alejado mucho de la Toscana, el aroma tan intenso de olivos, uvas y cipreses de esa región difícilmente se podía conseguir en otra.

Los hicieron detenerse y pudo escuchar perfectamente el sonido que hizo una puerta al abrirse, por el ruido que hicieron para moverla, supo que esta debía ser muy pesada. Sintió que uno de los hombres lo empujó para que continuase; de inmediato un fuerte olor a encierro llenó sus fosas nasales, madera vieja, gasolina y otras pestilencias que lo hicieron fruncir la nariz.

—Bienvenidos a su hogar... por el momento —mencionó Calvino con sorna—. Espero que se acostumbren a las comodidades que les brindaremos pues estarán aquí por algún tiempo —agregó con el mismo tono de discurso. Fransheska liberó un sollozo y Fabrizio apretó con fuerza los labios para no maldecirlo—. No llore, señorita Di Carlo, de continuar así terminara por secarse, porque mejor no pasamos y así conocen sus lujosas estancias.

En el camino los hicieron tropezar con varias cajas, seguramente para que cayeran o para turbarlos aún más, ella tuvo que suprimir más de un grito mientras él murmuraba maldiciones. Escucharon abrirse otra puerta; por suerte en ese lugar el olor no era tan fuerte, tal vez la habían limpiado un poco para mantenerlos allí cautivos, o quizá acaba de ser desalojada por otra desafortunada víctima. Los hicieron volverse y uno de los hombres le quitó la venda con movimientos bastante rudos, lo que hizo que Fabrizio le dedicara una mirada amenazadora cuando vio que trataba a Fransheska igual.

—Es una dama. —Le recordó para que fuera más cuidadoso, el hombre les ofreció una reverencia con exageración para burlarse de ellos, pero no mencionó palabra.

—Señor Di Carlo, tengo una pregunta —mencionó Calvino con palabras pausadas—. ¿A cuántos hombres mató durante la guerra? —inquirió con gesto pensativo, sin mirarlo. Le parecía extraño que hubiese sobrevivido a dos años de guerra sin mostrar un rasguño.

—No lo recuerdo —contestó con sequedad, vio que los labios de Fransheska temblaban, por lo que acarició la mano.

—¿No lo recuerda? —preguntó de nuevo, algo sorprendido.

—No... perdí la cuenta a minutos de iniciada la primera batalla en la que participé —respondió sin mucho énfasis.

—Entiendo. —Se volvió para que no detallara su rostro que, aunque estaba cubierto podía ser fácil de estudiar para un hombre inteligente y el joven parecía ser uno—. Bueno, no le quito más tiempo, seguramente estarán exhaustos... aquí les dejo un poco de agua, algo de pan y una confortable cama. —Señaló cada una de las cosas—. En realidad, es un horrible catre... pero es mejor que nada, estaremos pasando de vez en cuando para saber si no se les ofrece nada. Mientras tanto descasen. —Sus palabras parecían amables, pero estaban cargadas de burla y cinismo.

Fabrizio pudo notar que él tenía cierto profesionalismo, pero en los demás escaseaba; sobre todo en ese que los observaba a cierta distancia. Cerraron la puerta y el lugar apenas estaba iluminado por los rayos de la luna que se filtraban a través de las partes derrumbadas del techo, que estaba a unos tres metros sobre ellos, se volvió para ver a Fransheska, quien miraba el cielo con el rostro bañado en lágrimas y temblaba, él se acercó y la abrazó con fuerza.

—Todo va a estar bien, Campanita, prometo que no dejaré que te pase nada —susurró, acariciándole la espalda y la meció entre sus brazos—. No llores... yo estoy aquí contigo y te prometo que todo estará bien —pronunció, intentando consolarla e infundirle seguridad.

En realidad, él no sabía qué sucedería, no tenía la más mínima idea de quiénes eran esos

hombres, en principio le pasó por la cabeza la idea de que todo fuese obra de Enzo Martoglio. Sin embargo, la desechó al ver que también se lo llevaban a él; además, cuando hablaron de dinero y de sus familias todo pareció cobrar otro sentido, quizá solo se trataba de un secuestro común.

No obstante, no podía descartar ninguna hipótesis, porque uno de esos hombres le resultaba más sospechoso que los otros, los miraba con demasiada insistencia y su actitud le resultaba más personal. Estaba completamente consciente de que debía sacar a Fransheska de allí cuanto antes, no podía confiar en la palabra de un delincuente y sabía que ella corría mayor peligro, solo tenía que ser muy cuidadoso para evitar que sus acciones pudieran poner en riesgo sus vidas.

Capítulo 43

Caminaba en medio de la oscuridad y por más que agudizaba la vista para conseguir ver algo, le resultaba imposible, daba vueltas buscando un punto de luz, pero no había nada, era como estar ciego nuevamente, comenzaba a llenarse de miedo y sentir agobiado. Respiró profundo y de inmediato un olor bastante particular llegó hasta él; escuchó el sonido que hacía un reflector al encenderse, se volvió y un gran escenario le daba la bienvenida, conocía ese lugar a la perfección.

Fue él quien lo eligió para cumplir el sueño de su hermana, y era ella quien estaba en medio del escenario dando vueltas con los pies en puntillas, ya no era una niña sino esa joven hermosa que vio en la estación de trenes. Su corazón empezó a palpar descontroladamente como lo hizo aquel día, sus ojos se llenaron de lágrimas al verla convertida en toda una mujer, consciente de que se había perdido la dicha de verla florecer.

La admiraba desde la oscuridad, aunque deseaba con todo su ser correr hacia ella para abrazarla, el pánico instalado en cada poro de su piel lo tenía completamente petrificado. No quería que lo viese en la condición en la que estaba, porque no era ni el reflejo de quien fue, tampoco soportaría saber que su Campanita había terminado odiándolo por haberla abandonado.

—¿Me vas a dejar bailar sola, Fabri? Te estoy esperando... ¿Dónde quedó tu puntualidad? — Se detuvo entregándole una hermosa sonrisa, extendiéndole los brazos. Él miró a los lados con el temor de que apareciera ese hombre en cualquier momento, pero no estaba por ninguna parte—. Fabrizio Alfonzo, vamos a bailar... ¿No me digas que le tienes miedo al tango? —Él solo negó con la cabeza y el miedo se esfumó dando paso a una gran sonrisa.

—Aún bailo mejor que nadie el tango.... Aunque tengo tiempo sin practicarlo —respondió, subiéndose a las tablas, se acercó y su hermana lo miraba sonriente—. Campanita... Campanita. —La abrazó y las lágrimas corrieron libremente—. Me has hecho tanta falta... perdóname... perdóname... no debí dejarte nunca... no debí hacerlo —pronunció, llevando sus manos a la mejilla de ella para admirarla, viendo como seguía sonriéndole.

—Ya deja de ser tan llorón Peter Pan, eres igual a mamá... recuerdas siempre lloraba cuando nos íbamos y cuando regresábamos —dijo, secándole las lágrimas con los pulgares, sin dejar de sonreírle—. Eres mamá versión masculina... Aún te adora, Fabri... más que a nada, siempre serás su consentido... Ahora sí venga mi Casimiro Ain... demuestre de que madera está hecho.

Ella lo agarró de las manos dejando el espacio necesario entre los dos mientras lo miraba de manera altiva, como el tango lo demandaba. Se alejó un poco más y cruzó las piernas para iniciar el ocho, manteniendo aún las manos de Fabrizio entre las suyas, él no podía creer lo que estaba viviendo y una sonrisa se ancló en su rostro.

Fransheska apenas se acercaba, cuando un enorme agujero se abrió bajo sus pies e inminentemente quedó suspendida en el vacío. El peso de su cuerpo hizo que Fabrizio terminara tendido sobre las tablas, mientras ella lo miraba horrorizada y le suplicaba que no la dejara caer en el abismo que se abría debajo de ella.

—¡Fabri... Hermanito... no me dejes caer, por favor ayúdame... ayúdame Peter Pan! —rogó en medio de sollozos.

—No... no te voy a dejar caer, Fran, te voy a sacar... no llores Campanita, cálmate... y no mires abajo —pidió luchando por ponerse de pie y sacarla de allí, pero sus esfuerzos eran en vano.

Su corazón latía tan rápido que parecía querer saltarle del pecho, las lágrimas se le agolpaban en la garganta y el miedo era su enemigo en ese momento. No podía dejar de temblar y sudar haciendo con eso que las manos de su hermana se le resbalaran, estaba a punto de entrar en pánico y no podía permitirse algo así, no podía fallarle.

—Tengo miedo... tengo mucho miedo... ayúdame, Fabri... no me dejes, no permitas que caiga... Peter no me sueltes... te necesito —suplicó, tratando de aferrarse a las manos de su hermano.

—Fransheska, no te sueltes... ¡Ayúdenme!... ¡Fran! Por favor tienes que aguantar un poco más... yo no te voy a soltar, pero ayúdame, trata de calmarte... no mires abajo... solo mírame, mírame a mí hermanita, aquí estoy contigo... —Los brazos le dolían, mientras las lágrimas salían sin poder evitarlo porque podía sentir como ella se le resbalaba—. ¡Fransheska! ¡Ayúdenme! ¡Por favor alguien que me ayude! —gritó con desesperación, esperando que alguien lo escuchase—. Por favor... no te dejaré caer, no lo voy hacer ¡Ayuda!

—Fabrizio... sálvame... por favor —pidió, meciéndose suspendía en ese vacío que amenazaba con tragársela.

—¡No! ¡Fran! —Lloraba consciente de que no podría hacer nada, su hermana se le salía de las manos y los hombros de él ya no soportaban el peso—. Campanita... Campanita. —Los latidos de su corazón cada vez eran más dolorosos y la impotencia lo embargaba.

—Fabri... papá... busca a papá —suplicó ella mientras lloraba y se resignaba a su cruel destino.

—¡Alguien que me ayude! Por favor... —Ya no podía más, pero no se lo dejaría saber a ella—. ¡Auxilio! Hermanita... —Sus dedos estaban tan entumecidos que apenas podía sentir los de ella.

En ese momento una mano cubrió la de él y el peso de su hermana se hizo más ligero, dándole la fortaleza para poder sacarla, él se enfocó en Fransheska quien le dedicó una sonrisa en medio de las lágrimas que inundaba su mirada. La actitud de su hermana lo llenó de curiosidad por lo que levantó el rostro y su mirada se encontró con el hombre de la estación, tendido a su lado mientras aferraba su mano a la de él para ayudarlo a salvar a Fransheska.

—No vamos a dejar que le pase nada —dijo, mirándolo a los ojos y una vez más escuchaba esa voz que era distinta a la suya, aunque quien la emitía fuese idéntico a él—. Tranquilo... no le va a pasar nada... La vamos a sacar de aquí, Fabrizio —aseguró, retomando sus fuerzas para elevarla y al fin regresarla al escenario.

Fabrizio se encontraba en medio de un torbellino de emociones, no sabía cómo actuar en ese momento, solo podía mirar a ese hombre que se le mostraba como su reflejo en el espejo. Aunque era evidente que no cargaba con todos los males que a él lo aquejaban, se veía tan sano y seguro de sí mismo, que no pudo evitar sentir envidia; sobre todo, cuando Fransheska lo abrazó y a él lo ignoró por completo.

—Amor... Amor... —Escuchó la voz de Marión y la imagen frente a sus ojos se fue alejando—. Fabrizio, despierta... Fabrizio. —En ese momento se despertó con la respiración agitada y su corazón latiendo violentamente—. Respira... respira Fabrizio, solo fue una pesadilla, solo eso —mencionó, abrazándolo, él se llevó las manos a la cara y su cuerpo empezó a temblar dejando libres sollozos.

—Fransheska... Marion... Marion... mi hermana... mi hada... mi campanita. —Se aparto del abrazo y se quitó la sábana de un jalón ante la mirada atónita de su esposa, luego se puso de pie—. Algo le pasa... siento un vacío muy grande en el pecho... no puedo respirar... no puedo. —

expresó, caminando de un lugar otro.

—Cálmate, mi amor... cálmate... respira, solo respira. —Se acercó hasta él frotándole las manos, llevándola después al pecho para hacer lo mismo—. Por favor, Fabrizio, trata de tranquilizarte.

—No puedo... Marión, es mi hermana, algo le sucedió a Fransheska... lo sé... lo sé. —Caminó al armario y buscó un pantalón, se lo puso rápidamente, seguido de una camisa—. Necesito ir... tengo que hacerlo... ella me dijo «busca a papá» —repitió sollozando mientras todo su cuerpo temblaba.

—Fabrizio, no puedes, no a esta hora... tranquilízate, estás temblando demasiado, por favor... —acotó nerviosamente Marion, viéndolo ponerse los zapatos y después buscar un abrigo.

—No me importa... —Se detuvo y la miró—. Mi amor... tengo que ir... quiero verla. —Fue todo lo que dijo y salió de la habitación.

—Fabrizio espera... espera —pidió, siguiéndolo por el pasillo.

Él se detuvo e inmediatamente su cuerpo se sacudió, ella ya sabía lo que venía y corrió hasta él para socorrerlo, mientras sus propios latidos se desbocaban al pensar que podía entrar en estado de choque, algo muy común en los pacientes como él. Fabrizio se puso de rodillas y expulsó el líquido amarillo que se acumulaba en sus pulmones, pasaba cada vez que se alteraba de esa manera.

—Ya... tranquilo amor... solo trata de respirar, por lo que más quieras... no te alteres... no te alteres. —Le suplicó tiempo que dejaba correr sus lágrimas porque le dolía verlo así.

—Tengo miedo... amor... algo le pasó a mi hermana, lo siento, me duele el pecho... me duele mucho, no sé cómo explicarlo, no es el mismo dolor de siempre... este es mucho más fuerte, solo sé que me necesita...—dijo un poco más calmado, pero sin dejar de llorar.

—Pero a esta hora no vas a lograr nada, mejor vamos a la cocina toma un poco de agua y te doy otro comprimido... fue solo un mal sueño. —Él negaba con la cabeza—. Fabrizio, te prometo que cuando amanezca buscamos la manera de saber de ella... Podemos pedirle al teniente Pétain que nos preste su teléfono y llamas a tu casa, ahora respira para que bombee bien la sangre —pronunció, acariciándole el cabello, lo vio asentir y ponerse de pie, regresó con un paño para limpiar—. No, Fabrizio déjalo así, ahora lo limpio.

—Déjame que lo haga... por favor... no soy un inútil.

Él se puso de rodillas y comenzó a limpiarlo, después de hacerlo ella lo convenció para que regresaran a la habitación, se metieron a la cama de nuevo. Fabrizio sabía que se le haría imposible dormir, por lo que se sentó descansado la espalda en la cabecera y ella se abrazó a él, dejando la cabeza encima de su pecho, escuchando los latidos de su corazón que seguían alterados y aun no podía respirar normalmente.

—Fabrizio... amor, me cuentas lo que soñaste... claro, si puedes y te hace sentir bien —pidió porque quizá eso lo ayudaba.

Fabrizio empezó a relatarle su sueño, tal como lo recordaba mientras la miraba a los ojos, cuando llegó al punto donde apareció ese hombre no supo por qué se sintió un poco más tranquilo. Él lo había ayudado con Fransheska y aun su voz hacía eco en su memoria: «No vamos a dejar que le pase nada» ¿Por qué ahora se le presentaba en los sueños de esa manera? ¿Por qué lo hacía si en el anterior se burlaba de él? Quería entender, pero cada vez todo era más confuso.

—Tal vez esa parte del sueño donde él te ayuda es... —Ella se detuvo buscando las palabras adecuadas para no incomodarlo o que tomara a mal el comentario.

—¿Es? —preguntó al ver que Marión había enmudecido.

—No sé... bueno, tal vez si ese hombre está con tu familia no permitirá que le pase nada malo,

a lo mejor y si en sus manos está ayudarla lo hará —pronunció con cautela.

—No sé qué pensar en estos momentos... solo sé que no puedo sentir por él nada más que no sea odio... impotencia...

—Celos. —Levantó la cabeza y mirando a Fabrizio a los ojos para estudiar su reacción—. Eso es lo que sientes, Fabrizio, porque a él le están brindando el cariño que debería ser para ti... por eso lo sueñas, porque ocupa el lugar donde deberías estar.

—Marión... no, por favor no empieces de nuevo... sabes que no puedo ver a mis padres... quiero saber de Fransheska, pero solo para comprobar que está bien... si viajo a Florencia sería para verla de lejos, ni siquiera me acercaría a ella... Amor, me aterra que ellos sepan que todo este tiempo estuve vivo y que no nos busqué... sé que jamás me lo perdonarían... eso me llena de pánico y no puedo... es algo que está por encima de mí —confesó liberando sus lágrimas.

—Está bien, solo tranquilízate y trata de dormir... a ver acuéstate.

Él hizo caso a su esposa, se acomodó en la cama para que ella no se angustiara y pudiera descansar, sabía que debía trabajar temprano y no era justo que lo hiciera estando desvelada. Cerró los ojos y las imágenes del sueño una vez más se apoderaban de su cabeza, llenándolo de zozobra. Dejó correr sus lágrimas en silencio.

Ella se revolvía inquieta dando vueltas entre las sábanas que cubrían la enorme cama donde descansaba mientras la brisa azotaba con fuerza las ventanas como queriendo entrar al lugar y elevarla por los aires. Hacerla girar con tanta fuerza y luego dejarla hecha pedazos, así era como se sentía porque en sus sueños estaba luchando contra algo que era imposible de derrotar.

—¡Terry! —exclamó y de inmediato sus ojos se abrieron llenos de angustia y terror—. ¡Terry! ¡Terry! —repetía y el aire comenzó a faltarle, por lo que sintió que se desvanecía.

—¡Amelia! ¡Amelia, mi vida mírame! ¡Amor, mírame! —Benjen entró a la habitación y la abrazó con fuerza—. ¿Qué sucedió, Amy? ¿Por qué gritas así? —inquirió al verla tan perturbada.

Ella no podía dar con su voz y lo único que conseguía era sollozar, el movimiento irregular de su pecho mostraba el esfuerzo que hacía por conseguir un poco de aire. Estaba temblando demasiado, su rostro estaba pálido, sus manos frías y temblorosas.

—Terry... Terry —susurró entre sollozos—. Era nuestro hijo, Benjen, estaba en una barca a mitad de un lago... rodeado de aguas heladas y oscuras que se movían con fuerza y amenazaban con hundirlo... yo... yo le gritaba que remara hacia la orilla... que por favor saliera de allí...— Ella se detuvo para tomar aire porque el llanto no la dejaba hablar, luego continuó: pero... él parecía como si no me reconociera, solamente me miraba... aunque se notaba algo ausente, lejano y lleno de una gran tristeza...

—Amelia, tienes que intentar calmarte, solo fue un mal sueño.

—Benjen... yo sé que todo esto parece una locura, pero... ya no era ese chico que mis ojos vieron por última vez hace cuatro años... el tiempo no se había detenido en él, se veía distinto... —Ella se llevó las manos a la cabeza y respiró profundamente, intentando recordar la imagen con exactitud—. Necesito que por favor creas lo que voy a decirte —mencionó con cautela y mirándolo directamente a los ojos. Él asintió llevando una mano hasta la mejilla de su esposa, animándola para que continuase—. Puedo jurar que el joven de ese sueño era Terry... pero no lucía igual, ahora se mostraba como un hombre... justo como luciría si estuviese vivo...

Sus labios temblaron cuando terminó de hablar, mientras sus pupilas se movían con nerviosismo, porque por alguna razón se sentía aterrada, y esa sensación de presentir que su hijo estaba vivo la embargaba de nuevo. Benjen también se perturbó al recordar a aquel joven tan parecido a su hijo que vio en el hospital el día del accidente de tren donde murieron sus hijos y

Katrina, además de las palabras de Dominique, cuando una noche le confesó que había sido Terrence quien la llevó hasta el hospital.

—Amelia... todo esto es tan... absurdo —comentó, mirándola.

—Lo sé... pero se sintió tan real... Yo lo llamé varias veces, pero él no reaccionaba... y estoy segura de que podía verme, aunque era como si no me escuchara, a pesar de que le gritaba con todas mis fuerzas... él me miraba como a una extraña —agregó y las lágrimas bañaban su rostro.

—Amelia, eso... amor no sé qué decirte, solo fue un sueño y los sueños no todo el tiempo tienen lógica... tal vez...

—Déjame continuar, por favor —pidió y siguió con el relato, porque necesitaba desahogarse —: De pronto, el agua comenzó a agitarse haciendo que la barca se meciera de un lado a otro... vi como el miedo lo atrapaba, así que intenté entrar al lago, pero... no podía alcanzarlo... —Los sollozos le impidieron continuar, sentía que se quedaba sin aire al recordar todo el miedo que veía en él.

—Mi amor... ya no sigas, por favor, esto puede causarte daño a ti y a los bebés... olvida todo eso, solo fue un sueño —rogó, besándola.

—Yo estiraba mis manos luchando por llegar hasta él, pero todo era inútil... y entonces vi como una gran masa de nubes muy oscuras comenzaba a descender sobre él... ¡Dios mío, Benjen yo no podía hacer nada! ¡Oh Dios, Dios! ¡Lo vi caer a esas aguas que se abrían furiosas y hambrientas de mi pequeño, engulléndolo mientras luchaba desesperadamente por librarse ... y yo no podía moverme! —finalizó y todo su cuerpo temblaba presa del miedo, la angustia y el dolor.

—Amy, trata de respirar y de calmarte, ya pasó... ya pasó —susurró Benjen mientras la arrullaba entre sus brazos—. Solo fue un mal sueño, nada más —dijo, besándole la frente.

—Tengo mucho miedo, Benjen... no sé cómo explicarlo, pero... siento mucho miedo, es como si presintiese que algo muy malo puede pasar... y no entiendo... ¿Por qué Terry? ¿Por qué ahora? —preguntó desconcertada, buscando los ojos de su marido.

—No lo sé, Amelia... es algo muy extraño, tal vez... sea que el embarazo te tiene muy sensible, pero por favor trata de tranquilizarte, mira cómo estás temblando... no llores más — Intentó darle una respuesta coherente, secándole con suavidad las lágrimas.

—Fue horrible, Benjen... ese dolor, esa impotencia... ver como mi hijo desaparecía entre esas espeluznantes aguas, escucharlo gritar... —Se llevó las manos hasta los oídos como para evitar escucharlos de nuevo—. Fue tan real..., pero él se notaba distinto... era Terry y al mismo tiempo parecía otro ¡Dios Santo, me voy a volver loca! —exclamó sintiéndose frustrada, sollozando y temblando.

Benjen se quedó en silencio dejándola desahogarse al tiempo que la abrazaba con fuerza para hacerla sentir segura, le partía el corazón verla así y sentirse atado de manos ante eso. Solo le quedaba consolarla y ser su apoyo, no podía derrumbarse ni romper a llorar justo como estaba deseando, eso no era saludable para ella ni para los bebés; sin embargo, sentía que cada vez más las lágrimas se agolpaban en su garganta impidiéndole respirar.

Si ella supiera que él también sentía un temor dentro del pecho que no lograba explicarse, y desde muy temprano eso lo estuvo atormentando, impidiéndole conciliar el sueño. Había bajado a su despacho para no seguir dando vueltas en la cama y despertarla, pero si hubiese sabido que tendría esa pesadilla no la hubiese dejado sola.

Luciano estaba en el despacho observando a través de la ventana ese lugar que siempre había sido el refugio de su princesa, la tenue luz de las lámparas del jardín apenas lo iluminaba, mientras una fuerte brisa mecía de un lado a otro de los árboles. Las pobres rosas luchaban contra

la bestial corriente de aire que las azotaba, para mantenerse incrustada a sus ramas y no ser arrancadas.

Él veía con dolor e impotencia cómo el débil y viejo rosal peleaba con fiereza para conservar intacta a la rosa joven y hermosa, su rosa, su hija. Sin poder evitarlo las lágrimas se hicieron presentes, comenzó a sollozar como el niño que lloraba perdido y en medio de la oscuridad, sentía que se ahogaba y el pecho le dolía tanto, que solo rogaba a Dios para que le diese la fuerza de ver a Fransheska junto a ellos y si después decidía llevárselo, bien podía hacerlo.

Daría su vida en ese preciso instante a cambio de la de su hija sin dudarle, Fransheska era la luz de sus ojos, era su princesa y no soportaría perderla, si antes no enloqueció de dolor, estaba seguro que esta vez nada lo salvaría de hacerlo. Sabía que su esposa tampoco sobreviviría a algo así, se lo había dejado claro antes de desmayarse, además, él sabía que justamente eso sucedería porque ya tiempo atrás pasaron por esa situación, y si Fiorella llegaba a dejarlo, entonces él también se iría detrás, porque no concebía el mundo sin ella.

—¿Por qué esos miserables se la llevaron? ¿Por qué a su princesa, su rosa? La campanita de Fabrizio. ¿Por qué a ella, señor? ¿Por qué no a mí? ¿Es acaso esto un castigo? ¿Es eso señor? — cuestionó y su llanto cada vez se hacía más amargo.

De pronto, escuchó el sonido que hacía la puerta al abrirse, se limpió las lágrimas con rapidez y se volvió para mirar quien era. Sus ojos se abrieron con sorpresa a ver a su esposa entrando al lugar, rápidamente caminó para ayudarla porque estaba seguro que el calmante aún debía estar haciendo efecto y ella estaría débil.

—Fiorella. ¿Qué haces levantada? —Le preguntó mientras la sostenía en sus brazos para brindarle apoyo.

—Me desperté en medio de la oscuridad, te busqué a mi lado y al no encontrarme me asusté mucho —contestó con voz aletargada, aferrándose al brazo de su esposo. Él la guio hasta el sofá y la ayudó a sentarse con cuidado, mientras la miraba y se apostó a su lado.

—No debiste bajar —mencionó, acomodándola sobre su pecho.

—No quería quedarme allí arriba sola, me hace sentir peor... — dijo con actitud ausente, sentía la cabeza en una nube.

—Pero pudiste haberte lastimado al bajar las escaleras, aún estás bajo los efectos del sedante, Fiorella y sabes que...

—No lo hagas de nuevo, Luciano... no vuelvas a sedarme por favor, se siente horrible. —Le pidió, sollozando.

—No lo haré, amor... te lo prometo —susurró, dándole un beso en la frente mientras le acariciaba el cabello con ternura.

—Sé que lo haces por mi bien... sé que todo lo que haces es por el bien de nuestra familia, pero no somos perfectos, Luciano, no podemos predecir las reacciones de los demás... A veces nos equivocamos pensando que hacemos lo correcto y cuando las cosas salen mal, sentimos que morimos y que no existe una salida... entonces optamos por negar nuestra realidad, nos cegamos ante aquello que es evidente... porque es más fácil crecer la mentira que la verdad; sobre todo, si esa verdad puede matarte. —Ella hablaba con voz calmada como si cada palabra estuviese siendo perfectamente analizada, tal vez era el efecto de los sedantes o tal vez su conciencia que en ese momento ya no quería seguir callando.

Los latidos del corazón de Luciano se hacían más pesados al escuchar las palabras de su mujer, el temor se apoderó de él y le rehuyó la mirada porque no podía admitir lo que pasaba por su cabeza en ese momento. Eso era improbable ya que ella nunca le había hecho sospechar que conocía la verdad, quizá era solo el sedante que la hacía recordar lo que sucedió con su hijo antes

de que se marchara a la guerra, sí, a lo mejor estaba asociando aquel suceso que era igual de trágico a lo que estaba viviendo en ese momento.

El silencio se instaló en el lugar y era apenas interrumpidos por los sollozos que dejaba libre Fiorella de vez en cuando, acompañados por una súplica en voz alta a Dios para que regresara a sus hijos sanos y salvos. Mientras Luciano intentaba brindarle todas las fuerzas y el apoyo del que era capaz, rogaba también para que Fabrizio lograra proteger a su hermana e impedir que algo malo le sucediese a su princesa, pero también esperaba que él volviese a la casa sano y salvo, porque se había prometido protegerlo desde el momento en que lo vio.

Capítulo 44

Marion al fin se había quedado dormida nuevamente; sin embargo, él no pudo hacerlo porque la angustia que sentía era abrumadora, miró el reloj sobre la mesa de noche que marcaba las dos de la mañana. Aún faltaba mucho para que pudiese tener noticias de su hermana, y lo peor era que los minutos no avanzaban, le pareció que pasaba un siglo desde que la aguja recorrió todo el círculo.

Soltó un suspiro cargado de frustración mientras se frotaba los párpados con sus dedos, luego respiró profundo para llenar sus pulmones que seguían adoloridos por el esfuerzo de minutos atrás. Sabía que por más que lo intentase no lograría conciliar el sueño, así que se puso de pie con mucho cuidado para no despertar a su esposa y caminó al baño, abrió el grifo y se lavó la cara con el agua fría.

Necesitaba calmar esa angustia que lo embargaba, aunque sabía que hacer eso era inútil, pues lo único que lograría calmarlo sería ver a Fransheska y saber que estaba bien, le gustaría verla dormida en su cama mientras soñaba con alcanzar aquello que su corazón deseaba. Bailar, la libertad, incluso el amor, tal vez eso último ya lo tenía; a lo mejor estaba pronta a casarse o ya lo había hecho.

Él se había perdido todo eso, se había perdido ver cómo su maravillosa hada se convertía en una mujer hermosa y extraordinaria. Dejó escapar un suspiro tembloroso que acabó siendo un sollozo, fijando su mirada en la imagen que reflejaba el espejo; de pronto sintió que no merecía nada de eso, él ya no era su hermano.

—Ahora tú eres Fabrizio, eres su hermano... el hermano que prometió cuidarla y estar siempre con ella —susurró, sintiendo que su corazón se quebraba en ese momento—. Cuídala por favor... no permitas que le suceda nada malo, tan solo no dejes que alguien pueda dañarla... cumple tú la promesa que yo no pude... —Le rogó al hombre que ocupaba su lugar.

No pudo mantener la mirada en el reflejo que le mostraba el espejo, en ese que se negaba a olvidar y se aferraba a lo que ya no tenía. Sin poder evitarlo rompió en un llanto amargo que lo hacía estremecer, de prisa se metió a la bañera para poder llorar su pérdida, porque así se sentía, como si los hubiese perdido a todos; su delgadez y su experiencia en la guerra lo ayudaron a hacerse un ovillo.

Fransheska no pudo aguantar más la tensión, el temor y el cansancio que sentía, así que acabó rendida después de llorar durante horas en las que estuvo rogándole a Dios para que los protegiese y los sacara de ese lugar intactos. Su hermano la cobijó entre sus brazos y la arrulló como a una niña para calmarla y brindarle calor, ya que la noche estaba bastante fría, poco a poco se fue calmando y sin darse cuenta se sumió en un sueño algo intranquilo.

Fabrizio por su parte se mantenía atento a cualquier movimiento fuera de ese cuartucho, miraba con insistencia la puerta cuando alguna sombra cubría la suave luz que se colaba por debajo de la puerta, y seguramente provenía de una lámpara a gas. Se tensó al escuchar el sonido que hacía la llave al girar en la cerradura, apretó con fuerza a su hermana contra él, vio un rayo de luz más fuerte y segundo después la figura de un hombre a contraluz se detenía bajo el umbral, impidiéndole identificar quien era.

—Necesitamos que vengan un momento —mencionó Calvino, al tiempo que daba un par de pasos hacia ellos.

—¿Qué sucede? —preguntó con tono hosco.

—Nada... no sé angustie tanto, señor Di Carlo, solo queremos enviarle una prueba a sus padres para que sepan que ustedes están bien —respondió con calma.

Fransheska se despertó un poco desconcertada y se llevó una mano hasta el rostro, para apartar el cabello desordenado que le cubría los ojos. Cuando fue consciente de que todo eso no había sido una pesadilla y que seguían en ese lugar, su corazón se encogió de dolor y las lágrimas se agolparon de nuevo en su garganta, Fabrizio la ayudó a ponerse de pie mientras le apretaba la mano y la miraba a los ojos para infundirle confianza.

—Por favor, señor, señorita. —Hizo una señal para que saliesen.

Fabrizio envolvió a Fransheska con su brazo para protegerla y ella se aferró a él rodeándole con sus brazos la cintura; el resto de los hombres los esperaban en el centro del lugar, donde habían instalado una cámara fotográfica de un modelo un tanto antiguo. Calvino les indicó que se pusieran delante y miraran al frente, ellos estaban algo dudosos, pero siguieron las instrucciones.

—Cálmate Fran, mírame... no pasará nada —susurró, mirándola. Ella asintió y respiró profundamente para tranquilizarse.

—¿Sus altezas, serían tan amables de sonreír para la cámara? —pronunció Giacomo con sorna, mientras manipulaba el aparato.

Todos los demás rompieron en una carcajada que retumbó en el lugar y los veían con evidente burla. Fabrizio les dirigió una mirada cargada de furia, inspiró con fuerza para llenarse de paciencia y no caerle a patadas a ese imbécil, levantó la barbilla con orgullo.

Fransheska solo pudo respirar muy despacio para evitar llorar de nuevo, al tiempo que sentía que, aunado al miedo, comenzaba a crecer en ella el aborrecimiento por esos hombres. El silencio se instaló en el lugar para ser interrumpido un minuto después por el sonido que hacía el reflector y la fuerte luz que los cegó.

—¡Perfecto! ¡Vayan salieron como para nota de sociales! —exclamó Giacomo manteniendo esa actitud burlesca.

—¡Basta! —Lo reprendió Calvino—. El señor y la señorita Di Carlo están colaborando y merecen ser tratados con consideración —agregó con media sonrisa, se burlaba de ellos, pero de una manera más sutil—. Por favor, unas últimas muestras y regresarán a descansar. —Se acercó primero a Fransheska, buscando con la mirada algo que le sirviera e intentó tomarlo.

—¡Aleje sus manos de mi hermana! —gruñó Fabrizio de manera amenazante, deteniendo la mano del hombre con fuerza.

Todos los demás se pusieron en guardia, dispuestos a salvarle encima; sin embargo, su jefe los calmó dedicándoles una mirada y luego le sonrió ampliamente a Fabrizio e intentó liberar su mano del agarre, pero al ver que no cedía tuvo que señalarle que la liberara.

—No sé preocupe, señor Di Carlo... ya le mencioné que está negociando con caballeros, solo necesito que la señorita me entregue sus pendientes —explicó con voz calmada.

—En ese caso, pídalos y le serán entregados —indicó Fabrizio con un tono áspero, sin dejar de mirarlo. Acto seguido se volvió a Fransheska, quien estaba rígida, había dejado de respirar en el instante en que el hombre se acercaba a ella—. Fransheska. —La llamó apretándole con suavidad la mano. Ella movió la cabeza para afirmar y después de mirar a su hermano, se llevó las manos despojándose de sus pendientes de perla, con dedos nerviosos se los extendió al hombre sin mirarlo.

—Gracias, señorita —pronunció con una sonrisa—. Señor Di Carlo, necesitamos algo que sus padres identifiquen como suyo.

Él se llevó una mano a la muñeca y con agilidad sacó el reloj de pulsera, que había sido regalo

de su madre por su cumpleaños y se lo extendió con rabia. Calvino observó las piezas cuidadosamente y después enfocó su mirada en ellos.

—¡Vaya, oro italiano y perlas! Son jóvenes tan modestos —dijo de forma irónica y en el fondo algo de resentimiento.

Después de eso se alejó un poco dejándolos en medio, uno de sus compañeros le extendió una bolsa y él metió lo que les había quitado, mientras le daba la espalda y los demás observaban los movimientos de su jefe. Fabrizio aprovechó para observar un poco el lugar, notó que uno de ellos lo miraba así que abrazó a Fransheska para cubrir su rostro con ella mientras seguía con su inspección, o al menos lo poco que la luz de dos lámparas de gas le permitía ver.

El lugar parecía ser una bodega abandonada, había cajas de madera apiladas en un extremo, algunas estaban rotas, también tenían heno para alimentar caballos, pero se notaba seco por lo que dudaba que tuviesen uno. Un par de catres viejos y raídos por ratas seguramente, también había un par de barriles, el lugar parecía tener solo una entrada; de pronto, escuchó los pasos del hombre acercándose y antes que pudiese llegar hasta ellos, acercó su boca al oído de su hermana.

—Fran, pídele ir al baño —susurró muy bajo para que solo ella escuchara. Su hermana lo miró sin comprender, pero al ver en su mirada la petición para que confiara en él, asintió levemente para que nadie notara que Fabrizio planeaba algo.

—Bueno, señor, señorita no me queda más que agradecerles su colaboración y regresarlos a su recámara para que descansen...

—Disculpe, señor... —Se detuvo un tanto nerviosa, la verdad era que se moría de miedo al no conocer las intenciones de su hermano, él le apretó la mano y ella continuó—: si no es mucha molestia, me gustaría ir al baño... si tienen —pronunció con voz nerviosa.

—¿Si tenemos? —preguntó con desconcierto fingido—. ¡Por supuesto que tenemos, señorita! —Le hizo un ademán a uno de los hombres, pero fue otro quien dio un par de pasos y se acercó hasta ellos, su mirada se clavó de inmediato en Fransheska. Ella sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo, tragó en seco y sus piernas comenzaron a temblar—. Por favor siga al caballero, él le indicara donde queda —añadió en tono amable.

—Yo voy con ella —señaló Fabrizio con seguridad mientras tomaba del brazo a su hermana.

—Por supuesto —respondió Calvino, quien ya sabía que no la dejaría ir sola y de momento era lo mejor.

El hombre a su lado se tensó de inmediato y cuando los hermanos se volvieron para ir en la dirección que les indicó, se volvió para lanzarle una mirada asesina a Calvino, quien le sonreía y solo se encogió de hombros.

Fabrizio aprovechó que el miembro de la banda se quedaba rezagado para estudiar mejor el lugar, mientras caminaban vio un pasillo que llevaba a otras habitaciones y que estaba iluminado por la luz de la luna, de seguro se filtraba por alguna puerta o ventana. El hombre se adelantó un par de pasos y abrió una puerta lateral a ellos, entró primero para poner la lámpara que llevaba, luego le indicó a Fransheska que entrase, ella tragó en seco de nuevo para aliviar el nudo que sentía en la garganta y animada por una mirada de su hermano lo hizo.

El lugar era un espacio pequeño, pero podía moverse sin tropezar y pudo girar para observar cualquier detalle que pudiera servirle a su hermano, halló una pequeña ventana que estaba al menos medio metro por encima de ella, para alcanzarla debía subirse sobre algo. Miró el retrete y para su asombro estaba limpio, con cuidado se subió sobre este y alcanzó la ventana que estaba abierta, pero era muy pequeña para que pudiera salir por allí, al menos consiguió respirar un poco de aire fresco y eso fue un alivio.

Bajó con cuidado y quiso salir de inmediato, pero su vejiga hinchada le exigía un desahogo,

soltó un suspiro cargado de resignación y tiró una vez de la cuerda para bajar, pero esta no funcionó. Vio un barril con agua que daba la impresión de estar limpia, se acercó y su olor le resultó normal, así que tomó un poco con el recipiente para asegurarse que la taza estuviera limpia y luego llevó a cabo su necesidad casi que manteniéndose de pie.

Fabrizio se quedó junto a la puerta, bloqueándole cualquier intento que pudiera hacer ese hombre por entrar, algo en su actitud y su aspecto casi confirmaba sus sospechas de que era Enzo Martoglio. Aunque no le había mencionado nada a su hermana para que ella no se sintiera culpable ni se angustiara; lo vio mostrar media sonrisa y se llevó la mano hasta la cintura donde traía el revólver, pero Fabrizio en lugar de intimidarse le respondió con una sonrisa arrogante.

—Sabe... cuando estuve en la guerra maté a muchos hombres utilizando solamente mis manos, sin necesidad de un arma... solo por el instinto animal e irracional que poseemos de supervivencia... era sencillo: matabas o morías... evidentemente yo siempre elegí la de matar como puede constatar, nos entrenaban para eso... para matar —mencionó de manera despreocupada.

Debía hacerle creer que cada una de las palabras que decía era verdad, aunque no recordara nada de ello, tenía que crear un papel y representarlo con maestría para no poner en riesgo a Fransheska. El hombre lo miró con odio, su sonrisa se había borrado, apartó la mano del arma mientras se alejaba, quedando fuera del alcance de la luz para que él no tuviese oportunidad de reconocerlo.

—Fabri —murmuró Fransheska, tirando de la manilla.

—Aquí estoy —respondió para que supiera que todo estaba bien.

Soltó el pomo de la puerta, sintiendo su mano entumecida por la presión a la que la sometió, lentamente empujó la hoja de madera sin apartar su mirada de aquel miserable. Puso a Fransheska a su lado para protegerla con su brazo y luego caminaron de regreso hasta donde los demás esperaban.

—Ya estoy bien, muchas gracias. —Le dijo al jefe y vio que el hombre que los había acompañado se alejaba con andar tenso.

—No tiene nada que agradecer, señorita... ahora por favor intenten descansar, ha sido una noche larga y pesada... Lléalos de regreso a su habitación. —Le ordenó a Rodolfo, después de eso salió detrás del desgraciado que planeaba arruinarlo todo.

El más joven de la banda los llevó hasta el cuartucho, cerciorándose de cerrar bien la puerta como le había indicado su jefe, porque sabía que un error podría salirles muy caro. Fabrizio le hizo una señal a su hermana para que guardara silencio hasta cerciorarse que no quedaba nadie cerca, luego la invitó a sentarse en el catre, lo vio relajarse y supo que ya podía interrogarlo.

—¿Fabrizio, que fue todo eso? —preguntó tensa.

—Necesitaba ver mejor el lugar... buscar una salida —contestó en tono de voz muy baja, con el ceño fruncido.

—¡Una salida! —Susurró sorprendida—. ¡¿Acaso te ha vuelto loco?! ¿Cómo crees que lograremos salir de aquí sin ser vistos? —inquirió de nuevo presa de la angustia.

—Fran, por favor tranquilízate, necesitamos salir de este lugar... No confié en esos hombres y por muy amable que se muestre el que está al mando, eso no nos asegura que cumpla con su palabra una vez obtenga el dinero que le piden a nuestros padres... ni siquiera sabemos la cantidad, si es mucha se les hará difícil conseguirla en unos cuantos días, lo que significa que pasaremos aquí un tiempo indeterminado y sabes cuánto afectaría esto a nuestra madre, así que debemos hacer algo —explicó mirándola a los ojos.

—Entiendo, pero Fabrizio eso puede ser peligroso... si nos atrapan nos pueden hacer daño. —

No podía ocultar su miedo.

—No lo harán... tenemos que planear todo muy bien. —Le aseguró mientras la abrazaba—. No dejaré que algo malo te pase, Fran... y voy a sacarte de aquí, te lo prometo.

Ella lo miró a los ojos dejando correr un par de lágrimas, pero inspiró con fuerza para retenerlas y obligarse a ser valiente, al tiempo que asentía mostrándose de acuerdo. Sabía que podían tener una oportunidad porque también había visto aquel pasillo con grandes ventanales; así que solo necesitaban que esos hombres se descuidaran y aprovechar para escapar.

Él necesitaba drenar de alguna manera la rabia que sentía, así que salió del edificio y comenzó a patear unos costales a medio llenar de trigo que ya se había podrido. Luego comenzó a caminar de un lugar a otro como un león enjaulado, deseando regresar y caerle a patadas a Fabrizio Di Carlo hasta dejarlo muerto en un charco de sangre.

—¡Deja de hacer berrinches como si fueras una niña mimada, carajo! —gritó Calvino cuando vio lo que hacía.

—¡Tú no vengas a decirme absolutamente nada ahora! —Le contestó con la voz vibrándole por la rabia, mientras lo señalaba con un dedo de forma amenazante.

—Mira, Martoglio... Yo te hablo cómo, cuándo y dónde se me dé la maldita gana. ¿Entendido? —preguntó en un tono más bajo, pero mostrando quien tenía la autoridad allí. Al ver que se quedaba en silencio con su actitud altanera, tuvo que repetir sus palabras en un tono más fuerte—: ¡¿Entendido?! —Esta vez el grito retumbó en todo el lugar, haciendo que el otro se sobresaltara y que no le quedara más que tragarse su rabia y asentir—. Perfecto, que esto no se vuelva a repetir, la próxima vez que dé una orden la acatarás.

—Sabes lo que quiero y deseo tenerlo ya —mencionó en voz baja, pero sin lograr esconder su rabia.

—Y tú sabes cuales son los términos que debemos cumplir... cuando me propusiste este negocio fui absolutamente claro contigo, lo mío es el dinero; lo demás es asunto tuyo. Pero no permitiré que tus incontrolables ganas por esa niña arruinen mi parte, eso puedes tenerlo por seguro. —Le advirtió mirándolo a los ojos—. Hace un instante desobedeciste una orden que di y sabes cuánto odio que hagan eso, ahora escúchame bien porque solo te lo diré una vez: Aquí quien manda soy yo... se hace lo que yo diga y mientras no recibamos el primer pago no le pones un dedo encima a esa chica, así que ve pensando en buscarte una mujerzuela que te quite la calentura que tienes por la Di Carlo y no arruines mis planes; de lo contrario, me encargaré de entregársela a sus padres sana y salva mientras tú estás en un hospital con una bala dentro por desobedecerme.

—Eso no fue lo que acordamos —refutó con rabia.

—No... pero es lo que sucederá si no contralas tu ímpetu —mencionó de manera cortante. Le llevó una mano al hombro para apretarlo y reconfortarlo, él era bueno con sus muchachos y Martoglio era uno de ellos, pero esa obsesión lo podía llevar a cometer estupideces—. Escúchame, mañana enviaremos la segunda nota con las pruebas e indicándole dónde debe dejar la primera parte del dinero, sabes que es una suma bastante grande y es probable que exijan más plazo... eso será negociable. —Se detuvo al ver que el otro lo miraba con molestia—. Escucha... una vez concretada la primera entrega del dinero le tomaremos otras fotos para tener las pruebas de los días siguientes y tú podrás tomar lo que desees... y para que veas que soy generoso, los días de plazo que pida Luciano Di Carlo... tú te los cobrarás con su hija —explicó, viendo cómo se dibujaba una sonrisa en el rostro de Enzo.

—¿Qué harás con el hermano? —preguntó con un intenso brillo en los ojos, pues él ya había pensado en algunas cosas.

—Sé lo que estás pensando y lamento tener que negarte ese placer... los hermanos deben regresar vivos a su casa... con algunos golpes si así lo deseas, pero vivos —respondió con énfasis.

—No será fácil separarlo de Fransheska —espetó recordando la actitud que había mostrado desde que los secuestraron.

—De eso nos encargaremos nosotros... ahora relájate, si ya has llegado hasta aquí qué importa esperar un día más, además, siendo sincero la mujer vale la pena —dijo mirándolo a los ojos, pero vio un destello peligroso en la mirada de Enzo, supo que debía decir algo más—: Soy un hombre de palabra no me mires así, te dije que ella sería únicamente tuya y lo será..., solo déjame darte un consejo: no la intimides demasiado, ya está bastante asustada y si el pánico la invade puedes terminar acostándote con una fiambre... quedará como muerta... lo vi en muchos soldados durante la guerra. —Buscó un cigarrillo y se lo llevó a los labios, luego se volvió para subir a uno de los autos—. Vamos. —Lo invitó desde el interior.

—¿A dónde? —preguntó mostrándose receloso.

—A dar una vuelta y tomar algo, este lugar me aburre —contestó, expulsando el humo, lo vio dudar y se llevó el cigarrillo de nuevo a los labios—. No confié tanto en ti como para dejarte aquí, así que sube al auto... Ven conmigo, seguro encontraremos a una mujer que te haga olvidar a la Di Carlo por un rato —acotó con algo de sorna.

Enzo lo miró sintiéndose renuente a marcharse, pero no tenía más opción, sino lo acompañaba por las buenas, Calvino lo obligaría hacerlo por las malas y en ese momento no podía darse ese lujo, lo necesitaba para obtener lo que quería. Él podía quedarse con todo el dinero que le quitaría a los Di Carlo, no le importaba; pero a cambio de eso tendría a Fransheska solo para él y hasta que se saciase de ella, hasta dejarla tan marcada que ningún otro hombre que llegase lograría borrarlo de su piel, teniendo esa certeza decidió subir al auto mientras esbozaba una sonrisa de triunfo.

LILY PEROZO
LINA PEROZO ALTAMAR

Quédate VOLUMEN 6



**No dejes de leer la continuación de esta
historia en:**

Desde la ventana de su estudio observaba a su mujer y a su hija, quienes estaban en el jardín compartiendo el té y reían alegremente, haciendo que él también se mostrara sonriente. Con cada día que pasaba, Amelia y Dominique se mostraba más unidas, y no era por restarle mérito a la labor de madre de su difunta esposa, pero el efecto que Amelia había tenido en la actitud de su hija era maravilloso.

Dominique se mostraba más alegre, más dispuesta a mostrar sus sentimientos y también mucho más decidida; por ejemplo, ahora no temía expresar lo que le parecía correcto y lo que no, aunque todavía era cautelosa en sus opiniones, ya no se veía temerosa como antes. Escuchó que llamaban a la puerta, una vez más sus obligaciones le impedían deleitarse con las dos mujeres que más adoraba, suspiró y volvió la mirada hacia la puerta para atender a su secretario.

—Adelante —ordenó para que entrara y un segundo después Malcolm apareció en el umbral.

—Su excelencia, disculpe que lo interrumpa, acaba de llegar esto para usted —mencionó, acercándole un sobre de color marfil con estampillas de Francia—. Tiene carácter de urgente, por ello no lo puse con la demás correspondencia y preferí traérselo de inmediato —agregó una vez que el duque lo recibiera.

—No te preocupes, Malcolm, hiciste bien, gracias —respondió Benjen, sintiéndose extrañado al leer el nombre del remitente.

—Si no le ofrece nada de momento, me gustaría continuar con los pendientes —mencionó, viendo que se había quedado pensativo, mirando el sobre. Debía admitir que a él también le extrañó porque hacía mucho que ese hombre no le escribía.

—Todo está bien, puedes retirarte —dijo y procedió a abrir el sobre con un cortapapel, luego extendió la hoja frente a sus ojos.

París, 20 de septiembre de 1921

Estimada excelencia, duque de Oxford:

Es mi deseo que tanto usted como su familia se encuentren en perfectas condiciones. Antes que nada, permítame pedirle disculpas por tomarme la libertad de escribirle una vez más, seguramente se estará preguntando el porqué de este telegrama con carácter de urgente, a continuación, le explicaré los motivos.

Hace algunos días, mis hijos fueron víctimas de un secuestro en Florencia, perpetrado por una banda de la zona. Gracias a las acciones de Fabrizio lograron escapar; sin embargo, nos hemos visto obligados a dejar la ciudad ante la amenaza de posibles represalias, pensando que en París estaríamos más seguros, pero un hecho sucedido hace una semana nos forzó a tomar medidas extremas, ya que el hombre que planeó el secuestro, consiguió dar con nuestro paradero y atacó a mi hija al intentar llevársela una vez más, gracias a Dios esto no pasó a mayores.

Como ve una vez más atravesamos una situación tan angustiante como la que vivió mi familia años atrás, eso me llevó a escribirle y solicitar su ayuda. Abusando de la amistad que me ha ofrecido, quisiera pedirle encarecidamente que alerte a las autoridades sobre este asunto para que estén atentos a posibles sospechosos, ya que suponemos que estos delincuentes pueden estar siguiéndonos y quizá intenten algo el día veintisiete, cuando vayamos hasta Southampton para despedir a mis hijos que tomarán un barco a América.

Con solo una llamada usted estaría haciéndome un favor que no tendré cómo pagarle. Esperando que no tome esta solicitud como un atrevimiento de mi parte y confiando que pueda ayudarme en este asunto me despido de usted, su amigo.

Luciano Di Carlo Fourier

Cuando terminó de leer un sentimiento extraño se había alojado en su pecho, algo parecido a una angustia que de inmediato aceleró sus latidos, y no lograba comprender por qué se había puesto así. Era cierto que la situación que atravesaba la familia Di Carlo resultaba alarmante, pero él no tenía relación directa con ellos, apenas si había visto un par de veces a Luciano Di Carlo.

Volvió el rostro hacia el ventanal y la imagen de Amelia lo atrapó de inmediato, la veía mucho más tranquila que semanas atrás cuando luego de despertar de aquel sueño, pasó varios días en una espantosa zozobra. Cerró los ojos dejando escapar un suspiro pesado y su mente lo llevó años atrás, cuando por primera vez se topaba con el hombre que le había escrito esa carta.

Inicio de escena en retrospectiva

Esa mañana había tenido una pesada sesión en el parlamento, todos los miembros debatían sobre las acciones que estaban tomando el primer ministro Herbert Asquith y su primo el rey Jorge V, en el palacio de Windsor sobre el asunto de la guerra. Como era de esperarse algunos se mostraban a favor y otros en contra, porque luego de cinco meses de conflicto, no se veía que el final estuviese cerca; por el contrario, los avances de la fuerza expedicionaria británica parecían infructuosos.

—Su excelencia. —Malcolm le extendió el abrigo y el sombrero, mientras avanzaban por el pasillo hacia la salida.

—Gracias —respondió volviéndose a mirarlo.

Se detuvo para que su nuevo asistente lo ayudase con el abrigo, no terminaba de acostumbrarse a la ausencia de Octavio, aunque debía admitir que su hijo era un joven muy diligente, a veces le faltaba la seguridad que mostraba su mano derecha. Sin embargo, suponía que sería algo que iría adquiriendo con el tiempo, y por suerte Octavio no se había retirado de manera definitiva, seguía a su lado, aunque encargado de asuntos importantes y menos engorrosos, ya que debía cuidar su salud luego de sufrir una apoplejía.

—Solicita una audiencia con mi primo para esta tarde. —Le ordenó, poniéndose el sombrero y retomando su camino.

—¿Con su majestad? —inquirió Malcolm con tono sorprendido.

—Sí, con su majestad, el rey Jorge —contestó, recordándose que debía dejar atrás la costumbre de referirse solo a su parentesco.

—Por supuesto, señor —mencionó, viéndose tentado a sacar su libreta para anotar lo, pero su padre le había dicho que la memoria era la mejor herramienta de un asistente y que debía fortalecerla.

Salieron por una de las grandes y ornamentadas puertas de madera del parlamento, de inmediato el aire frío de invierno los golpeó enrojeciendo sus mejillas y erizando la poca piel que tenían expuesta, ya el auto esperaba por ellos. Sin embargo, antes de que pudiera llegar, un hombre se atravesó en su camino impidiéndole avanzar, su actitud se mostraba un poco alterada, tenía el rostro desencajado, la ropa arrugada y una mirada atormentada.

—Disculpe... lord, necesito su ayuda —suplicó mirándolo.

—Se está dirigiendo al duque de Oxford, primo de su majestad el rey Jorge, debe tratarlo como *su excelencia* —indicó Malcolm e intentó mantener al desconocido alejado del duque, porque no se sabía quién podía ser una amenaza para los miembros de la realeza.

—Perdone mi error, su excelencia... he estado toda la mañana en este lugar intentando hablar con alguien, pero hasta el momento ha sido en vano y comienzo a desesperarme, necesito su ayuda para...

—Lamento su situación, pero en este momento no puedo atenderlo, si lo desea puede pedir una audiencia y lo recibiré mañana —respondió Benjen, aunque podía ver la desesperación del hombre, de momento tenía cosas más importantes de las que ocuparse.

—He pedido varias y nadie me ha concedido al menos una, por favor solo escúcheme un minuto... se trata de mi hijo. —Lo vio detenerse y eso lo llenó de esperanzas—. Su excelencia, le aseguro que no estaría aquí rogándole por un poco de su atención si no estuviese realmente desesperado y hubiese agotado ya todas las opciones... por favor solo deme un momento —rogó con la garganta inundada en lágrimas, mientras miraba a espalda rígida del duque.

—Dile a George que espere. —Le ordenó Benjen a su asistente y luego se volvió para mirar al hombre que pedía su ayuda—. Tiene mi atención, señor... —Se detuvo, pues ignoraba su apellido.

—Luciano Di Carlo, encantado —respondió, y le ofreció la mano.

—Es un placer, Benjen Danchester —dijo, dándole un firme apretón—. Por favor, sígame, aquí afuera hace mucho frío —agregó al ver que estaba pálido y temblaba por estar a la intemperie.

—Muchas gracias, su excelencia. —Caminó junto a él al interior del enorme edificio, mientras eran seguidos por el secretario.

—Bien ¿en qué puedo ayudarle? —preguntó, deteniéndose en el pasillo, no contaba con el tiempo para llegar hasta su oficina y ofrecerle una audiencia formal.

—Verá... mi hijo se ha enlistado como voluntario usando una identificación falsa, él es apenas un chico... no tiene la edad para servir en la fuerza expedicionaria y como su padre, sé que tengo el derecho de solicitar que sea dado de baja.

—Está en lo correcto, solo debe hacer las gestiones en las oficinas de la Escuela Naval y ellos se encargarán del resto.

—Ya lo he intentado, el problema es que mi hijo se enlistó con otro nombre... y no tengo idea de cuál pudiera ser, lo que como comprenderá hace más complicadas las cosas porque sin un nombre no puedo apelar. Sin embargo, me queda una opción, sé que existe un registro de voluntarios que contiene fotografías, si yo pudiera tener acceso al mismo daría con él y con el nombre que ha usado —explicó con la voz vibrándole a causa del miedo y la expectativa.

—Lamentablemente eso no será posible, señor Di Carlo, solo el personal autorizado puede tener acceso a ese registro, es por seguridad —respondió Benjen con seriedad, no podía confiarse.

—Lo comprendo, pero si no me dejan ver ese registro a mí, al menos permítame entregarle una foto de mi hijo, sus datos y descripción física... quizá alguien del personal pueda revisar el registro y facilitarme un nombre; es todo lo que pido, que me dé un nombre y yo me encargaré de lo demás —suplicó, mirándolo a los ojos y los suyos estaban a punto de desbordarse en llanto.

—Me pone en una situación difícil, señor Di Carlo...

—Por favor, su excelencia, es mi primer hijo... el único varón... La vida solo me bendijo con Fabrizio y con mi linda princesa, Fransheska, solo los tengo a los dos y ahora él está arriesgando su vida... y todo por mi culpa. Yo soy el culpable de que tomara esa decisión, quise imponerle mi voluntad obligándolo a estudiar algo que no deseaba y a vivir la vida que yo no pude —confesó,

dejando que el llanto corriera libremente, se llevó una mano al rostro para esconder su vergüenza, al tiempo que todo su cuerpo se estremecía.

Benjen lamentó verlo tan afectado y ni siquiera supo qué lo llevó a tener un gesto de consideración, le posó la mano sobre el hombro y lo apretó para reconfortarlo, de cierta manera podía sentirse identificado con su dolor, ya que ambos habían pasado por situaciones similares. Él también se le había impuesto a Terrence para obligarlo a hacer su voluntad y por eso lo había perdido, nunca supo ser un buen padre lo que provocó que su hijo terminara odiándolo tanto, que desde que se fue a América no le había escrito una carta.

—Cálmese, señor Di Carlo... —mencionó y esperó a que se recompusiera para continuar—. Contamos con poco personal para hacer lo que pide, pues todos están dedicados al reclutamiento, pero intentaré comunicarme con alguien en la oficina de registros para que busquen la hoja de su hijo —agregó notando cómo el rostro del hombre se iluminaba y de inmediato lo vio abrir su portafolios.

—Muchísimas gracias, su excelencia... en este sobre está toda su información, copia de sus documentos y un par de fotografías recientes, también su carta de estudios del internado La Trinidad de Juan Whitgift —expresó con emoción, mientras se los entregaba.

—Está bien, pero no me agradezca nada todavía, debemos esperar una respuesta del personal de La Escuela Naval. —Le recordó, mientras recibía el sobre. Se vio tentando de abrirlo y ver las fotografías del muchacho, ya que su actitud rebelde le recordaba a su hijo, pero decidió que lo haría después.

—Por supuesto, no le quito más tiempo —dijo al ver que el hombre tenía prisa, le extendió la mano para despedirse—. Muchas gracias, por atenderme, su excelencia.

—Descuide, regrese en un par de días y pida una audiencia a mi secretario, el señor Middleton —indicó señalándolo.

—Así lo haré —respondió y casi sonreía, porque por primera vez en meses alguien le daba una esperanza—. Que tenga buen día.

—Hasta pronto, señor Di Carlo —pronunció con tono amable.

Luego de eso salió para atender los asuntos que tenía pendiente, había decidido solicitarle a su primo que lo enviara a América para servir como su representante, y ver si lograba convencer a Woodrow Wilson de participar activamente en el conflicto bélico, necesitaban más fuerzas para frenar el avance de los alemanes. Además, eso lo ayudaría a librarse de Katrina, quien se había puesto insoportable desde que se hiciera de conocimiento público que la madre de Terrence era Amelia, ya que hasta ese momento había sido un secreto.

—Hazte cargo de esto, por favor, Malcolm —dijo, entregándole el sobre, una vez que subieron al auto.

—Por supuesto, su excelencia. —Lo tomó y les echó un vistazo a las fotografías, el rostro del joven le resultó familia; sin embargo, algo más captó su atención de inmediato haciéndolo tensarse y no dudó en poner al tanto al duque sobre lo que había descubierto, respiró hondo antes de hablar —: Disculpe, su excelencia.

—Dime —ordenó, sin enfocar su mirada en él.

—Tenemos un problema... este joven es italiano...

—¿Cómo dices? —cuestionó, mostrándose sorprendido, sabía que el hombre con quien habló lo era, pero su hijo había estudiado en Londres, pensó que sería británico.

—Estoy viendo su identificación, se llama Fabrizio Alfonzo Di Carlo, nació el veintiséis de diciembre de mil ochocientos noventa y ocho en Florencia, acaba de cumplir diecisiete años —respondió a la pregunta del duque, mientras veía como fruncía el ceño.

—George, llévanos a La Escuela Naval, me reuniré con sir Herbert Kitchener, debemos atender este asunto con la mayor discreción y brevedad posible, si alguien llega a descubrir que ese joven es italiano estará en grave peligro. —Le ordenó a su chofer.

Una vez más se sumió en sus pensamientos e intentaba enfocarse en los argumentos que utilizaría para convencer a su primo Jorge, sin que viera que detrás de todo eso, también estaba su deseo de viajar a América para ver a Amelia y a Terrence. Sin embargo, en más de una ocasión se sintió embargado por la irracional angustia, que le provocaba ser consciente del gran peligro que corría el hijo de Luciano Di Carlo.

Final de escena en retrospectiva.

Regresó de sus pensamientos y sin perder tiempo caminó hasta su escritorio, se sentó y procedió a hacer un par de llamadas, al tiempo que tomaba papel y pluma para escribirle una respuesta a Luciano Di Carlo. No solo haría lo que pedía en esa carta, sino que él mismo se encargaría de verificar que ese día el puerto fuese un lugar seguro para los jóvenes, quizá así tenía la oportunidad de conocer al fin al famoso y rebelde Fabrizio Di Carlo, de quien hasta el momento no había visto ni siquiera una fotografía, puesto que el mismo día que las recibió, se las entregó a su amigo Herbert para que iniciara la búsqueda.

[1] Traducción al español: Tú eres el amor de mi vida.

[2] Traducción al español: Te quiero en mi vida para siempre.

[3] Extracto del cuento: *El ruiseñor y la rosa*, Oscar Wilde 1888

[4] El aperitivo: carpaccio, el plato principal: fettuccine con salsa de carne, el segundo: ternera tonatto ... y la guarnición ... no, no tienen ... y el postre: tiramisú

[5] ¿Entiendes?

[6] No entiendo nada